OTTO BASIL

Si el Führer lo supiera

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

narrativasextopiso

Si el Führer lo supiera

Si el Führer lo supiera

Otto Basil

Traducción, prólogo y notas
de José Aníbal Campos

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Wenn das der Führer wüßte

Copyright © Milena Verlag, Verlag, Wien 2010

Primera edición: 2018

Traducción
© José Aníbal Campos

Imagen de portadaa
© Ximo Abadía

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2018
París 35–A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16358-85-4

Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

The translation of this book was supported by the Austrian Federal Chancellery, Division for Arts and Culture.

Índice

PORTADA
SI EL FÜHRER LO SUPIERA
PRÓLOGO
DE CIERTAS AMAZONAS
UN JUDÍO ARQUETÍPICO EN EL TERCER REICH
NAFTALINA
EN LAS CATACUMBAS
GUNDLFINGER BUSCA UNA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS
EL ENTIERRO EN EL KYFFHÄUSER
MISERERE
OPERACIÓN BIFRÖST
EN LOS CAMPOS DE ASFÓDELOS
GLOSA
NOTAS

SI EL FÜHRER LO SUPIERA

LOS MONTY PYTHON RECORREN EL REICH

POR JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

Los muchos lectores que esperamos ganar para este libro no deben fiarse únicamente de este prologuista cuando afirma que se les ha puesto en las manos una de las novelas más raras y apasionantes de la literatura en lengua alemana contemporánea, entendiendo por contemporáneo todo lo publicado en ese ámbito cultural desde la década de 1960 hasta hoy y que, aun enmarcado en sus contextos específicos, no ha perdido vigencia ni universalidad.

En fecha tan reciente como agosto de 2017, el semanario alemán *Der Spiegel* publicaba una entrevista con el historiador estadounidense Eric Kurlander para hablar de su más reciente ensayo, *Los monstruos de Hitler. Una historia sobrenatural del Tercer Reich,* en el cual el lector pudiera hallar elementos que le permitan relativizar el unívoco carácter de sátira de las estrafalarias peripecias narradas en esta novela de Otto Basil (Viena, 1901-1983).

Pero adelantemos algo de la situación: el antihéroe de este libro, Albin Totila Höllriegl, es, además de un nazi fanático y masoquista, un rabdomante, un zahorí elevado a la categoría –de sonoridad más científica– de *radiestesista*. Su tarea como integrante del Cuerpo Sanitario del Tercer Reich y como fiel militante del Partido nazi es recorrer el país, previa orden de las altas esferas, para, con la ayuda de varas y péndulos, detectar radiaciones perjudiciales en los edificios estatales, las viviendas o los propios cuerpos de los altos funcionarios del régimen. Lo que, a primera vista, parece una *boutade*, cobra un cariz bien distinto cuando en la mencionada entrevista ofrecida por Kurlander el historiador estadounidense cuenta, por ejemplo, cómo en 1934 el propio Adolf Hitler ordenó que un rabdomante examinara la antigua Cancillería del Reich en busca de radiaciones letales, o cómo la mismísima Marina de Guerra financió en Berlín, desde 1942, un instituto en

el que varios «funcionarios» con dotes paranormales intentaban determinar las posiciones de los buques de guerra ingleses mediante exámenes hechos con el péndulo sobre cartas náuticas de los mares europeos.

Una fría mañana de otoño de un año no revelado de la década de 1960, en una fecha tan significativa para la historia alemana como el 9 de noviembre (el llamado «día fatal de los alemanes»), Höllriegl (nazi ferviente y adorador de *su* Führer) recibe la orden de realizar en Berlín, en una misteriosa dirección, uno de esos tests con el péndulo. Lo que se inicia a partir de entonces bien podría ser una grotesca e hilarante *road movie* al mejor estilo de Quentin Tarantino, como bien ha sugerido el ensayista Marcel Atze. ¿Qué encuentra Höllriegl por el camino? El Reich –que por entonces, tras haber ganado la guerra en 1945 con el lanzamiento de una bomba atómica sobre Londres, ha dominado hasta ahora el mundo entero en alianza con Japón (la Magna Iapónica)– se encuentra al borde de una nueva guerra nuclear con su aliado rebelde y casi a punto de desangrarse en una guerra civil dentro de sus inabarcables fronteras. Muy al principio de la historia, sin embargo, apenas se percibe nada de esa catástrofe en la más bien aburrida vida diaria de nuestro rabdomante. El Reich «milenario» parece sumido en el letargo deshumanizado que el propio sistema ha creado en sus delirios de pureza racial. La población padece de insomnios, depresiones y paranoia. Cada ciudadano ario dispone de su propia «servidumbre» (inmigrantes traídos a la fuerza de otras regiones) para que realice por ellos las labores domésticas menos gratas o las más pesadas en el ramo económico. La vida está determinada por la corrupción y la doble moral que impera en todos los ámbitos de la sociedad, la gente vive entregada a sus placeres psicodélicos y perversiones privadas (con escenas que recuerdan hechos tan actuales –y reales– como los documentados en los filmes de otro austríaco: Ulrich Seidl). De lo que ocurre a nivel macrohistórico nos vamos enterando, a la par del protagonista, sólo por medio de chismorreos, de discursos fragmentarios y de los omnipresentes –y a veces excesivos– programas de radio o televisión que Höllriegl sintoniza a lo largo de su peregrinaje (en una técnica narrativa que, por un lado, alude a la recopilación de datos y discursos del padre de la historiografía moderna, Tucídides, pero que, en sintonía con el mundo psicodélico de la cultura pop, apela también al ardid de esas canciones del rock que, recurriendo a la búsqueda en un dial –con su ristra de noticias y discursos a retazos– intenta poner al oyente en situación), lo cual ha dado pie

para que un agudo crítico como Kay Sokolowsky califique acertadamente este libro de «misa negra de la *Science Fiction*».

Es en ese contexto cuando el anciano Führer muere, y con su muerte se desata entonces una enconada lucha entre sus potenciales sucesores para tomar el poder. Todo parece indicar que una nueva generación de tecnócratas desalmados (encabezados por Ivo Köpfler y sus hombres del Werwolf, una unidad de élite que ha venido a sustituir a las «tradicionales» SS) han provocado la muerte de Hitler, lo que los enfrenta a la vieja guardia del nazismo.

Aunque algunos elementos nacen directamente de la fantasía del autor, Basil basó sus descabelladas descripciones de un mundo impregnado por el nazismo triunfante en datos objetivos que salieron a la luz en los juicios de Núremberg (en la trama de *Si el Führer lo supiera*, esos juicios, significativamente, tuvieron lugar en la Toledo del franquismo), los cuales desvelaron muchos de los planes que la élite del Tercer Reich estaba forjando de cara a su futuro dominio globalizado. Todo ello confiere carácter de ucronía a esta novela, una narración histórica alternativa a la historia real que emparenta hasta cierto punto la obra de Basil con otras similares en género y temática, como *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick (1962) y *Patria*, de Robert Harris (1992), con la particularidad de que la narración del austríaco, antes que abogar por la espectacularidad del *thriller*, recurre a la sátira y al humor negro, anticipándose a nuestra época en su recurso a todas las técnicas y situaciones imaginables del universo pop y de la cultura de masas.

Si el Führer lo supiera podría muy bien leerse como un *collage* de cómics (por momentos uno parece estar leyendo las –para el gusto de la era digital– ya acartonadas peripecias de un Capitán Cometa o un Flash Gordon; aunque, por lo grotesco de algunas escenas, bien podríamos estar hablando de personajes más actuales, como un Homer Simpson o un Peter Griffin en *Family Guy*. El propio empleo de un narrador que no le pierde pie ni pisada al protagonista, siempre pendiente de cuestionar lo que éste ve o siente con preguntas intercaladas, copia casi de forma literal la técnica del globo para los bocadillos de las historietas). Por otra parte, abundan en esta sátira las referencias (reales y falsas) al universo de la antigua mitología germánica, con toda su parafernalia de magia, dioses, poderes, espadas y martillos prodigiosos, textos codificados y claves secretas. Hay, además, escenas de

histeria colectiva muy al gusto del cine *gore* (durante las pompas fúnebres en honor de Hitler, unas jóvenes se suicidan arrojándose delante del vehículo que transporta el féretro del Führer, lo que da pie a un exaltado brote de histeria generalizada a raíz del cual la multitud empieza a arrancarse los vestidos y a embadurnarse con la sangre de las chicas muertas), las cuales recuerdan de inmediato la atmósfera de los conciertos de rock, servicios divinos o suicidos masivos de sectas enteras.

Asimismo, el lector de hoy encontrará sin dificultad en esta novela un hilarante paralelismo con las actuales obsesiones vinculadas a esoterismos varios: al vegetarianismo o a la llamada «literatura de autoayuda», al lenguaje normativo de la *political correctness* (aquí ajustada al contexto del nazismo), a las omnipresentes teorías de la conspiración, a la paranoia en relación con los medios de comunicación y a algo tan candente como la llamada *posverdad*. Cierto reproche de esquematismo en el trazo de algunos personajes y en la descripción de sus comportamientos queda relativizado con apenas echar una ojeada a la peligrosa infantilización de la esfera pública que gobierna nuestros días.[46] Höllriegl –el protagonista–, que, en su peregrinaje por el Reich podría verse como una amarga parodia de la figura de Jasón en *El viaje de los Argonautas*, de Apolonio de Rodas, es bien representativo, con su propio nombre completo –y a modo de paradigma de la infinidad de personajes que, en la novela, responden a nombres alusivos a los rasgos esenciales de su carácter– de ese esquematismo al que ha quedado reducido el ser humano: Albin (del latín *albus*, blanco, de lo cual se deriva una trastorno genético como el albinismo) alude con sarcasmo a la obsesión de pureza racial no sólo del nazismo, sino de otras ideologías supremacistas en el mundo occidental); Totila, su segundo apelativo, además de ser el nombre real del rey de los germánicos ostrogodos, es también una alusión a Atila (referencia a la invasión asiática que impregna toda la trama de esta novela), y lleva asimismo, en su raíz, la palabra *tot* (muerto). Su apellido, por su parte, derivado de *Hölle* (Infierno) y *Riegel* (cerrojo), lo identifican, en su condición de «mago» de varias artes adivinatorias (la rabdomancia, la giro- y la geomancia), como una especie de custodio de las puertas del inframundo, cuya misión fundamental es que no salgan a la luz las perversiones de los ciudadanos de un Reich que entiende la pureza en un sentido tan literal como delirante.

Mal haría el lector si intentase aplicar a esta novela los patrones de lectura

de la epidemia de «realismo» que padecemos en nuestra época de «knausgårdianismo» galopante y contagioso. El propio Otto Basil, a raíz de la publicación de la novela en 1966, decía que la había escrito sin propósitos didácticos de ninguna índole. Su intención, más bien, era demostrar «la potencial bestialización de los seres humanos, como podemos ver en cualquier parte cada día».[47] Una buena situación de partida para disfrutar de esta obra sería, como ya hemos insinuado, echar una simple ojeada crítica a nuestro alrededor, incluso a nosotros mismos (como bien hace Otto Basil en el epígrafe inicial de su novela, incluyéndose entre los personajes detestables que en ella cobran vida efímera cada dos por tres). Yo, sin embargo, aconsejaría también remitirse a esos recorridos por la historia del mundo que hacen los inigualables humoristas de Monty Python. En la novela de Basil no sólo encontramos en abundancia ardides narrativos semejantes a la técnica del *cold open* o del *sketch*. Lo *pythonesque* impregna prácticamente todas las páginas de *Si el Führer lo supiera*, con sus anacronismos, sus grotescos instantes de un lenguaje desquiciado o artificial (como es el caso del *Mutterdeutsch* –alemán matricial– o de esa suerte de *newspeak* que se afianza en un mundo atiborrado de siglas y abreviaturas para fenómenos nuevos y no susceptibles de ser abarcados con el lenguaje humano), con sus guiños intertextuales y sarcásticos a la historia universal o a otras obras del arte y la literatura. Valdría la pena que el lector, antes de enfrentarse a esta extraña pero genial novela, se someta a cierta terapia, viendo –o volviendo a ver– películas como *Las aventuras del barón Münchhausen*, *La vida de Brian* o *Los caballeros de la mesa cuadrada y sus locos seguidores*. Haría bien, asimismo, en olvidarse por un rato del mal hábito de esperar de la literatura en lengua alemana únicamente (des)cerebrados constructos de aires thomasmannescos o tiradas de odio bernhardianas. Va siendo hora, quizá, de hacernos adultos también para esta literatura, de leer con la maravillosa sensatez del niño todavía no contaminado con las formas anquilosadas y vacías que adopta el lenguaje y que, tras la expresión «tener pájaros en la cabeza», entiende estrictamente eso: un pájaro posado sobre una cabeza.

SOBRE LA TRADUCCIÓN

Como traductor he sido siempre reacio al uso excesivo de notas a pie de

página. He preferido dar antes por sentado la cultura general de quienes leen o, al menos, su curiosidad para buscar por su cuenta el dato histórico que les falte o la denominación foránea que desconozcan. Mi estrategia más común es diluir en el cuerpo del texto toda aclaración que requeriría de un comentario al margen: en algunas ocasiones con un pequeño añadido; en otras, dejando en el original algunos términos alemanes que, en su contexto, no implican una gran dificultad de comprensión para el lector de habla española.

En el caso de esta ucronía, su trama está tan relacionada con las circunstancias de la Guerra Fría en la década de 1960, su presupuesto de un Reich vencedor, que ha conseguido conquistar todo el planeta, alude a aspectos tan poco conocidos (o imaginados, pero basados en hechos reales) de la vida en el Tercer Reich, que me he visto obligado a modificar mi propia práctica profesional y a introducir más notas de las que me hubiesen gustado. Confío en que la intención que ha guiado la inclusión de tales añadidos (facilitar al lector el disfrute pleno de esta magnífica obra, hilarante y aterradora a la vez) disculpe las molestias que pueda causar su –en ocasiones– pesado aparato crítico.

JOSÉ ANÍBAL CAMPOS,
Café Zartl (Viena, enero de 2018)

Los personajes no históricos o pseudohistóricos que aparecen en este libro son invención del autor. Toda similitud de nombre o de otra índole con personas vivas es mera casualidad.

En un mundo enloquecido como el aquí descrito, a través del cual, sin embargo, se traslucen los contornos de nuestro mundo real de hoy, el autor no puede mostrar piedad de ninguna índole, de modo que las únicas figuras susceptibles de aparecer aquí son negativas. El propio autor se reserva, para sí, la pretensión de ser una de ellas.

OTTO BASIL

DE CIERTAS AMAZONAS

«La señora Fortuna es tan difícil de atrapar como un corzo; ella, además, me es hostil. Yo sigo su rastro y a menudo me le he aproximado: ¡pero ella siempre se me escapa!».

HERR RUBIN, trovador medieval

El 9 de noviembre de mil novecientos sesenta y tantos fue sábado. Un viento húmedo y frío barría con desidia las calles de Heydrich –la rebautizada ciudad al pie del macizo del Kyffhäuser–, haciendo estremecer las últimas hojas de los árboles. Olía a nieve y agua en descomposición. La luz de esa tardía mañana de otoño se tragaba los colores: los objetos se volvían opacos e irreales en aquel crepúsculo de fluir lento y blanquecino.

Los días 9, 10 y 11 de noviembre eran jornadas de riguroso duelo en todos los puntos de la nación. Pero el recuerdo a la gran deshonra de 1918 había ido difuminándose poco a poco incluso en el seno del Partido, de modo que la atmósfera de esa nublada mañana otoñal no se diferenciaba en nada de otras que la antecedieron. Se iniciaba un día, uno como otro cualquiera.

Höllriegl[1] acababa de tomar una ducha de agua fría; con el cuerpo vigorizado, bajaba con ligereza, casi dando saltos, la escalera que lo llevaba hasta su consultorio. Las lustradas botas de caña alta crujían sobre los peldaños de madera. Como ocurría a menudo en los últimos tiempos, volvía a encontrar un motivo para enfadarse con Burjak, que ahora se había olvidado de sacar brillo al cartel metálico de la puerta, pero que, en general, se estaba volviendo cada vez más negligente. (Höllriegl trataba demasiado bien a sus siervos, un viejo error suyo). Sobre la placa, en letras góticas, podía leerse:

ALBIN TOTILA HÖLLRIEGL
Geomancia - Giromancia - Rabdomancia

Oficina de Heydrich del Gremio de Expertos
Nacionalsocialistas en Radiestesia
Eliminación de todo tipo de daños por radiación
Radiestesia curricular
Electrodos protectores, joyas y adornos a base de metal de radio, cinturones vibratorios
Cadenas antiradioactivas certificadas según las normativas de la Federación de Ingenieros Alemanes (FIA) para aparatos siderales
Asesoría espiritual en temas de vida nórdica

Consultas diarias de 9 a 11, excepto sábados

Cerrado los domingos y días festivos
¡GUERRA A LAS RADIACIONES TERRESTRES!

Nuestro rabdomante, hombre experto en el manejo de los péndulos, atravesó la sala de espera decorada con sobriedad, con sus doce sillas dispuestas en forma de estrella en torno a una mesa, y entró en su consulta, que también servía como laboratorio para ejercicios de relajación y meditación. Ante la foto del anciano Führer, que ocupaba casi toda la estrecha pared frontal, echó los hombros hacia atrás, dio un golpe seco con los tacones de las botas y alzó el brazo para hacer el saludo alemán. La imagen del Führer, una fotografía en color y de tamaño natural, había adquirido con el tiempo una pátina rojiza y su brillo era parecido al de los arreboles del ocaso. En ella, los rasgos del hombre –expresión de su fanática resolución y de su indoblegable voluntad de triunfo– parecían, por tal motivo, más blandos y tiernos, casi como los de un patriarca de la nación. Al mismo tiempo –y la impresión se intensificaba cada vez más–, aquella oscuridad sonrosada que se iba extendiendo por la foto se asemejaba cada vez más al trémulo resplandor de un incendio lejano. Höllriegl casi creía poder oler aquel púrpura ardiente, y cada vez que miraba hacia allí de forma involuntaria, lo que observaba –lo cual quizá no fueran más que ideas descabelladas– lo sumía en oscuros pensamientos. El Führer estaba enfermo, y eso, a pesar del impenetrable bloqueo informativo, lo sabía toda la nación, medio mundo lo andaba comentando entre susurros.

Algo acongojado, Höllriegl se acercó a su mesa. Su buen humor se había esfumado, y también habían desaparecido la sensación de bienestar y seguridad. Cubrían el escritorio montones de cartas, formularios, folletos y recortes de periódico, y en medio de aquel mar de papeles, el ya mencionado Burjak –un antiguo maestro auxiliar de la región del Varta (el Warthegau),[2] que le habían asignado desde el Campo de Infrahumanos de Heydrich (el CdIH 1238)– había colocado la bandeja con el desayuno. Höllriegl comió con poco apetito y más prisa de la habitual. Mientras desayunaba, hojeó distraídamente la última serie de *La llama ódica*, órgano gremial de la Asociación Alemana de Gravimetría y Prospección Pendular. Su mirada se deslizó por las páginas de un libro abierto: era el *Manual de crueldad*, de Schultze-Rüssing. El capítulo iniciado la noche anterior, que ya Höllriegl se sabía casi de memoria, trataba de las medidas de robustecimiento espiritual de la raza de los asios,[3] y hablaba especialmente del trato a la servidumbre.

Poco antes de irse a dormir, Höllriegl había estado leyendo aquel mamotreto ricamente ilustrado, no para levantarse la moral, sino para recrearse en ciertas fantasías suyas que, como él mismo admitía, eran algo desviadas.

Pronto llegaría el correo. Höllriegl echó una rápida ojeada a la agenda. Era sábado, el único día de la semana que no tenía consultas. Levantarse tarde le había sentado bien, aunque se había perdido el programa Gran Despertar de la Nación, transmitido al mundo por todas las emisoras. («¡Otra vez holgazaneando!»). Plenamente consciente de su culpa, Höllriegl oprimió el botón de la radio, y de inmediato se escuchó a través del altavoz una voz pastoral y espesa:

> … Toda vida es misericordia. Ser cristiano alemán es la santificación de todo lo terreno, y no pretende ser más que eso. La nobleza del trabajo, el Edén aquí en la Tierra, la laboriosidad y la actitud inocente ante Dios, sin esos ojos de azoro adictos al Más Allá que sólo incitan a la pereza. Así concebimos nosotros, los alemanes…

Era la hora de confortación del Movimiento Nacional de Cristianos Alemanes, en Osnabrück. Los pensamientos de Höllriegl continuaron vagando hacia determinadas formas rectas, rígidas, pero retornaron de inmediato a aquella voz sinuosa y remilgada:

> … Y si alguien viniera ahora, uno de esos que aún no quieren comprender que se les ha acabado su mezquino papel de intermediarios sacerdotales, esos que nos reprochan rendir un culto mesiánico al Führer o endiosar vanidosamente al Partido y a la Nación, a ésos daremos aquí la más decidida respuesta…

A las diez, según la agenda, comenzaba en la Casa del Partido local el habitual curso de fin de semana para los funcionarios del subdepartamento C-2. Un curso obligatorio sobre la restructuración del Partido en los territorios de los chandalas, con especial atención a las bailías rusas. Höllriegl conocía superficialmente al director del curso, uno de los «Varegos», como llamaban conjuntamente a los hombres del honorable Servicio de Inteligencia y Seguridad del Reich (el SD) y de las Patrullas Alemanas de Autodefensa en las regiones del Este. El hombre no le caía bien, pero, aun así, tenía que

asistir. A las once tenía la hora de instrucción para la Sección de Pioneros Hitlerianos de Transilvania-Sajonia, que hacían su acampada de invierno en el Sachsenburg, cerca de Heldrungen. Las clases tenían como tema el de «Dos veces Compiègne: 11 de noviembre de 1918-21 de junio de 1940. Una comparación». Allí mismo tendría lugar la ronda informativa –aburrido asunto rutinario– para *El heraldo de Kyffhäuser*, ya que el encargado de esos temas, Kummernuß, había enfermado de gripe. Después de eso, pensaba entregar unas cartas en la redacción del periódico y echar un vistazo a las galeradas de su columna dominical, «Introspección nórdica».

Höllriegl puso el receptor en onda corta y continuó girando el botón:

> Ésta es la Voz de la Wehrmacht en Johannesburgo, con sus antenas direccionales en Bloemfontein y Vereeniging. A punto estamos de transmitir el encuentro de camaradas de la hermandad Afrikáner Broederbond, en Krugersdorp.

Dio otro giro al botón. Se oyó entonces una voz hueca y nebulosa:

> Al que por sagrado tener deberíamos, hemos cercenado. No muy propio de nosotros es de los lobos el ejemplo tomar, combatiéndonos con saña como hacen de la Norna sus sabuesos, que en los páramos hambrientos crecieron.

Era la emisora del Reich en Asgard, con sus clases de alemán para el joven pueblo de Norlandia.[4] Otro giro:

> […]
>
> –¡A ver, paleto mentecato! ¿Es que te han estado frotando hoy el cuerpo, de pies a cabeza, con papel de lija? ¡Payaso de goma, te habrías merecido dos años de residencia de ancianos sin derecho a los pases de fin de semana!
>
> –¡Vamos, cierra el pico, anda, o te lo cierro yo de un culatazo! ¿Qué van a pensar los camaradas de nosotros, viendo que ni siquiera eres capaz de cerrar el pico por un momento? ¡Dime, vagabundo de cuneta!
>
> –Modera el tono, ¿lo has entendido? ¡Si no lo haces, te coso el culo a patadas!
>
> –Vaya si tienes hoy el tonto subido…

Ésa era Ankara, con un programa de entretenimiento para las tropas estacionadas en el Protectorado Otomano. (Höllriegl conocía hasta la saciedad todos esos programas de radio). Otro giro. Los cristalinos arpegios de un lejano clavicémbalo –quizá de una de las potentes emisoras de los alemanes del Volga– flotaron por la habitación llena de estanterías de libros y vitrinas repletas de relucientes objetos con una aureola mágica: péndulos de cristal de montaña, estrellas de brillo dorado para colgar (en realidad, elementos), pequeñas placas de plata en el extremo de un colgante, las cuales inmunizaban contra la radiación terrestre, relucientes antenas y odóscopos,[5] adornos que, en realidad, eran detectores de alta frecuencia, varas, péndulos antiguos. ¡Ah! ¡Las *Variaciones Goldberg*! Höllriegl ajustó el volumen del Multireceptor del Pueblo[6] y caminó hasta la ventana con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, totalmente concentrado en escuchar aquella música. Si Bach había erigido la catedral de la música alemana, Adolf Hitler había levantado la catedral de un Reich Germánico Mundial, una catedral que era una fortaleza inexpugnable, la fortaleza de un Grial, un castillo defensivo inconquistable, indestructible hasta el final de los tiempos.

Pero el Führer estaba enfermo, gravemente enfermo incluso, según se decía. ¡Pérfidos rumores clandestinos! Höllriegl sintió un escalofrío. Fuera, en la niebla, había gente por todas partes, formando grupos, y en las ramas, inmóviles, se posaban las cornejas. Le habían pedido que realizara un examen con el péndulo en unas oficinas de la Richthofen-Straße a las 13:30. Y luego… Luego iría con su coche hasta la residencia del matrimonio Von Eycke.

Tocaron a la puerta. El cartero. Höllriegl lo saludó con su perezoso acento de la Marca Oriental: *«Heitla!»*. El hombre le entregó un par de cartas y un taco de impresos a través de la puerta. *«¡Heil* Hitler, nuestro Führer!», dijo en tono amable, pero con énfasis. *«¡Heil* Hitler!», respondió Höllriegl con voz temblorosa. Con la frente algo nublada, contempló el escaso correo entrante.

Höllriegl era nuevo en la ciudad, o mejor dicho: hacía un año que lo habían trasladado (forzosamente) de Göringstadt –ciudad del Alto Danubio (antigua Linz)– a este pueblucho del macizo del Kyffhäuser. Algunas ratas de su gremio habían estado intrigando en su contra en Stadl-Paura, la nueva capital regional, en la cual, desde el solemne repudio oficial al que el Führer sometiera a Viena, había tenido su sede la Gubernatura de todos los *Gaue* de la Marca Oriental, la antigua Austria. Höllriegl se sentía joven, estaba lleno

de ambiciones. «¡Algo habría que enseñarles a esos hermanos!», se decía. Su círculo de clientes crecía constantemente, y por ahora era necesario ir venciendo poco a poco ciertas resistencias solapadas. Las instancias oficiales de Heydrich no perdían la oportunidad de azuzar contra el novato de la Marca Oriental nuevas animadversiones de carácter local, lo cual se les hacía tanto más fácil por cuanto ciertas secciones del Partido y sus dependencias asociadas –por ejemplo, la Oficina Central de Beneficencia Popular y la Liga de Médicos Nacionalsocialistas– hacían patente –ya fuera por envidia competitiva o por estrechez de miras– un menosprecio apenas disimulado contra los «zahoríes» implicados en las labores de la sanidad. Era un resentimiento que databa de la época anterior a la guerra. Ese menosprecio, en su origen, había sido general. Sólo cuando salió vencedora la «corriente metafísica» dentro de las filas del Partido y de las SS, y Alfred Rosenberg asumió el patronazgo de la Geomancia Alemana –esto ocurrió poco antes del histórico proceso contra los criminales de guerra celebrado en Toledo, en el que se condenó a treinta y cuatro hombres de Estado de los Aliados a ser ejecutados por garrote vil–, sólo entonces, se acallaron los ataques contra la sabiduría pendular. A los geománticos los habían acusado nada menos que de emplear una semántica de las regiones del este, de crear alianzas clandestinas, de practicar el desviacionismo de los principios nórdicos, y hasta de hostilidad contra el Partido, el Estado y la Wehrmacht. Rosenberg, el apóstol de la idea de la raza y, después de los juicios de Toledo, nombrado paladín de la Comunidad Internacional de Pueblos Ariogermánicos (la CIPA), con sede permanente en Reikiavik, Delfos y Benarés, había sido siempre un aficionado a la sabiduría del Oriente. Porque, a fin de cuentas, también ella –como siempre había sospechado Höllriegl– tenía sus raíces en el sagrado suelo nórdico. Pero Rosenberg –que hasta el final había sido, sin discusión, el filósofo del Estado por excelencia– ya no vivía, y un joven movimiento –todavía mal visto por los círculos oficiales, pero tolerado tácitamente (lo cual permitía concluir que sus nuevos ideólogos habían sabido ganar terreno dentro del Partido)– pujaba por avanzar; un movimiento al que, en los ataques, llamaban el MATNAC: «Materialismo Nacionalista». La giromancia, blanco del odio que le deparaba el haber sido una especialidad promovida por Rosenberg, se veía ahora ante un nuevo enemigo.

Con hastío, Höllriegl apartó los impresos: tonterías sobre capacitación y

sobre ideología. ¡Pero estaban las cartas! El dueño de una cantina en la localidad vecina, después de una operación de próstata, estaba aterrorizado con el cáncer: sufría mareos, espasmos, colitis nerviosas (los árboles frutales de su huerta tenían las típicas tuberosidades del cáncer, escribía). ¿Los puntos geopatógenos de Hartmann? La viuda de un director de escuela de Pforta, caído durante la operación «León Marino II» en Folkestone, una mujer de cuarenta y ocho años, condenada a estar encerrada entre cuatro paredes debido a un grave cuadro de artritis, se quejaba de insomnio, presión intracraneal, trastornos de la visión, falta de concentración. ¿Serían síntomas de menopausia o influencia de la radicación terrestre? El tercer caso era el de un conductor de locomotoras en sus mejores años, casado, que se veía afectado por ataques de pánico, impotencia, complejos de inferioridad, graves depresiones. El remitente lo insinuaba, obviamente, con cuidadosos giros expresivos: toda manifestación de minusvalía o complejo de inferioridad era considerado un delito contra el Estado. Un ayudante de laboratorio, veintitrés años, empleado en el centro de investigaciones del CdIH de Neuengamme (un centro identificado con la ominosa letra V, la de las armas nucleares), quien desde hacía un año y medio había trabajado con entusiasmo en la creación del cañón de cobalto y cesio –y que, en sus experimentos, había aplicado radiaciones a cientos de pacientes, en su mayor parte ejemplares de la raza alpina–, estaba, al parecer, en las últimas: padecía náuseas, ataques de paranoia, reacciones alérgicas y un insomnio permanente. ¿Se habría intoxicado con somníferos? ¿Tendría el síndrome de la radicación o estarían siendo afectado por la radiación terrestre? Tal vez se tratara de esto último. El hombre solicitaba escritos esclarecedores al respecto y pedía que le enviasen equipamiento de protección sideral.

Eran siempre las mismas quejas. Trastornos del sueño, padecimientos anímicos, manía persecutoria, hastío de la vida. Una epidemia de suicidios, mantenida en estricto secreto por las autoridades –se sancionaba incluso el empleo del eufemismo «muerte voluntaria»– afectaba no sólo al Reich, sino a todo el Occidente unido gracias al Führer. Las más afectadas eran las élites. Un suicidio fallido era castigado con la cárcel, en algunos casos, incluso, con el destierro a los territorios de los chandalas o en uno de los campos para infrahumanos. ¿Insomnio? Lo cierto era que el pueblo alemán dormía mal desde que había conquistado la mayor victoria de su historia.

Sobre el butacón normalmente destinado a los visitantes yacían hoy los periódicos y las revistas. La primera de todas era la revista del KdF,[7] *El Reich milenario*. Allí, lo mismo había publicaciones nazis veteranas como *Der Flammenwerfer*, *Der Schwarze Korps* o *Der Stürmer* (actualmente enfrascado en una batalla ideológica contra los «simios amarillos», en especial contra los miembros de la Soka Gakkai y contra la familia imperial) que otras como *El soldado, Somatología racial*, *Raza de héroes*, *El oso blindado, Los runas de la victoria*, *Voluntad de resistencia*, el tabloide ilustrado para mujeres *Krimilda* o *El Giromante Nacionalsocialista*. Sin dudarlo, Höllriegl estiró la mano para sacar de la pila un ejemplar de *Minne* que mostraba en la portada la foto de una mujer semidesnuda en una playa meridional.

Minne era la preferida por la juventud del Reich; estaba destinada a preparar al joven varón ario y a la joven compatriota de pura sangre alemana para los nobles propósitos que se materializarían más tarde en los Castillos de la Orden *(Ordenburgen)* de las SS y en los conventos de maternidad, destinados a la cría selecta de madres de crianza. La revista despotricaba especialmente contra el amor «sin control» y contra la elección individual de pareja. Era el órgano más radical en favor de la cría de la raza «rubiazul», y al mismo tiempo, por lo que se decía, un portavoz del MATNAC, aunque con cierto carácter aristocrático. La redacción de este periódico ilustrado de factura muy atractiva, editado en Berlín por un antiguo hombre de la compañía de Propaganda llamado Hansjörg Fenrewolf Stoffregen, se las agenciaba de un modo deslumbrante para, tras la fachada de estar realizando una labor de divulgación científico-técnica, con ensayos sobre la raza y la eugenesia, estimular los sentidos y abrir de par en par las puertas a un erotismo de nuevo tipo cuyas raíces había que ir a buscarlas a los campos de trabajo voluntario de las jóvenes nazis en la época anterior a la guerra.

La mujer de la portada, muy esbelta y de unos cuarenta y cinco años –era una reproducción en color de una nitidez y una fidelidad casi provocadoras–, tenía la agresiva actitud corporal prescrita y una cara que sorprendía por su expresión fanática. Rubias como el trigo maduro eran las largas y gruesas trenzas; sus ojos azul oscuro relampagueaban triunfantes, y la boca grande y brutal de labios pequeños estaba entreabierta, en lo que era una evidente carcajada llena de desprecio, mientras sus dientes exhibían un aspecto

llamativamente animal. Lo excitante en aquella mujer era que, en sus rasgos, lo nórdico se mezclaba con lo caucásico de una manera casi reprobable, de modo que el elemento heroico quedaba sepultado por las sinuosidades de la serpiente. Llevaba una diminuta túnica de baño que, al estar empapada, delineaba todos los detalles de su cuerpo no sólo para conferirle un aspecto escultural, sino haciéndolos casi visibles. Las puntas de los senos henchidos y turgentes se dibujaban con un color rosa y pardo bajo la fina tela blanca. La blusa estaba desabotonada y sostenida sólo por sus manos finas que no llegaban a ser delicadas. La foto reproducía hasta la piel erizada de sus muslos bronceados, salpicados de agua salada, y mostraba cada gota de agua e, incluso, la sombra del vello en el labio superior y los brazos. El pie de foto, redactado en el tono resuelto habitual, decía: «Ella es, chicos y chicas, Ulla Frigg von Eycke, antigua comandante del campo de mujeres de Dora y actual esposa del *Obersturmbannführer* de las SS Erik Meinnolf von Eycke, inspector de asuntos económicos en el distrito de Fulda-Werra. Aquí la vemos en la playa del centro recreativo del cuerpo de guardaespaldas Adolf Hitler, en Sochi, en la costa de mar Negro». Y añadía debajo: «Salvaguarda de la especie».

Salvaguarda de la especie… Hum… Si lo sabría bien Höllriegl. ¡Y de muy buena tinta! Aquella mujer había tenido cinco abortos. Sólo habían sobrevivido sus primeros hijos: los gemelos Manfred y Erda. Esta robusta alemana del Báltico, imagen ideal de la raza rubiazul, era como una bella manzana comida de bichos por dentro. Desde hacía tiempo la señora Von Eycke padecía trastornos nerviosos inexplicables, tenía ideas paranoides, constantes cambios de humor, ataques de rabia, insomnio, y también urticaria en algunas zonas de la piel. Los médicos relacionaban esos síntomas con el inicio de la menopausia, pero otros indicios hablaban en contra de ese diagnóstico. A pesar de probar con todo tipo de curas, la perspectiva de que sanara aquel mal cada vez más molesto parecía descartada. Höllriegl había conocido a los Eycke por casualidad en un congreso de médicos naturistas nazis en Radebeul. Tras haber sido informado sobre el historial clínico de Ulla, él le había ofrecido sus servicios como «radiestesista» e intentado convencer a los Eycke para que protegieran su casa de Heydrich, donde Ulla vivía la mayor parte del tiempo con los gemelos, de todo tipo de radiación terrestre. En un primer momento, el señor Von Eycke, aquel gigante de

cabeza pequeña, rugosa y oscura, de aura tiñosa, con ojos claros y maliciosos en una cara curtida y cruzada de cicatrices («¡Una cara espantosa!»), sólo lo había contemplado con una ironía odiosa. A él y a Ulla les habían llegado rumores sobre las prácticas «geománticas» de Höllriegl, aunque también habían oído hablar de sus éxitos: entre los clientes de Höllriegl se encontraban, ya desde los tiempos de la Marca Oriental, algunos destacados miembros del Partido y las esposas de varios líderes de la industria, gente con una gran influencia política; pero la información decisiva les había llegado a los Eycke a través de la hermana del *Obersturmbannführer*, Anselma, que había vivido mucho tiempo en los trópicos, una criatura extrañamente debilucha, toda ojos, con gestos pausados como los de una planta y una piel pálida y manchada de lunares. (¡Apenas cabía imaginar un contraste mayor con Ulla!). Sonriendo con escepticismo, no sin cierta reserva, los Eycke dieron su consentimiento. ¡Y esa tarde él realizaría el primer examen de la casa!

Ulla había dejado en Höllriegl una impresión ambigua, pero, en todo caso, llena de magnetismo. La pureza de raza, el afán de dominio y el fanatismo de esa mujer lo hechizaron desde el primer momento; en cambio, el aspecto ordinario, brutal y relampagueantemente juvenil de su carácter le causaban repulsión. Corrían muchos rumores sobre su irascibilidad y su crueldad, y también acerca de sus osados ritos. La señora Von Eycke, cuyo nombre de soltera era Ulrike Mlakar, había sido una de las más severas comandantes de un campo de mujeres; su manera de dirigir los campos de Stutthof y Groß-Rosen se hizo tristemente célebre, con suma rapidez, en los círculos más amplios del Partido, lo mismo que su fanatismo entre la cúpula de la jerarquía política. Con sus métodos educativos (que no siempre tuvieron un desenlace feliz para las prisioneras), se había labrado muy pronto una reputación. A menudo se la veía en pantalla en calidad de esposa o madre ejemplar. O de jinete. Su nombre aparecía constantemente en la prensa diaria.

Avivados ahora por la foto de la portada, los anhelos de Höllriegl –que, según él mismo sospechaba con tormento, quedarían insatisfechos– empezaron a girar en torno al cuerpo de aquella mujer, un cuerpo del que emanaba el atractivo de los deseos adultos. Era muy raro: ese aspecto común reflejado en el rostro de Ulla lo arrastraba ahora poderosamente hacia el ámbito de los deseos más recónditos; en cambio, ya no era capaz de admirar su aspecto triunfal y heroico. Tal vez aquello no fuera más que una máscara.

A aquellos pómulos bajo los ojos oblicuos, y a la reveladora sombra parda que los subrayaba, les pegaba muy bien ese olor a sudor de las yeguas y de la ropa interior usada. Y de repente –Höllriegl metió con violencia la revista dentro de la pila– lo embargó la sensación de una amenaza física inminente. Esa mujer no sólo despertaba el deseo de golpearla, de golpearla hasta hacerla sangrar, sino también el de ser golpeado.

El teléfono sonó. Höllriegl apagó la radio y levantó el auricular.

–*Heil*! Al habla Damaschke –dijo una voz áspera. (Damaschke, un hombre de las SS, veterano combatiente del distrito berlinés de Krumme Lanke, portador de la Orden de la Sangre y mutilado de guerra, trabajaba actualmente como telefonista en la Casa del Partido)–. Un tal señor Von… Von Schwerdtfeger, de Viena, quisiera hablarle. Bueno, ya habrá adivinado usted mismo quién es… ¿Qué? Sí, ése, el conocido juntaletras, el novelista, el mismo que tuvo una lectura aquí una vez… Se lo pongo…

Höllriegl se hizo una idea al instante. Hacía varios años, había hecho unas mediciones pendulares en Döbling, en el gabinete de trabajo del exitoso escritor Arbogast von Schwerdtfeger, a raíz de las cuales le recomendó al autor que hiciera algunos cambios radicales en la distribución de los muebles, sobre todo del estrado en el que escribía. (Schwerdtfeger solía trabajar de pie. Por lo que le había comunicado el escritor tiempo después, gracias a esa recomendación pudo eliminar el molesto «bloqueo de escritura» que padecía y logró trabajar con nuevos bríos).

–¿Recuerda aquella intervención suya en mi casa? –le oyó preguntar a Schwerdtfeger. La voz era suave, sonora y afectuosa; austríaca, en cierto modo: la de un «austríaco de pura cepa»–. Estimado, ¿podría usted pegar un saltito hasta el Parlamento? Aquí es donde me encuentro. Me habría gustado pasar personalmente a verle, pero estoy esperando una importante llamada de larga distancia que puede entrar en cualquier momento, así que no puedo moverme de la habitación. Le tengo un encargo interesante. Algo estrictamente oficial. Asuntos del Reich, secreto de Estado…

Höllriegl aceptó; garabateó un par de frases en un papel para Burjak y se puso el abrigo. Mientras sacaba el coche del garaje, pensó en los atajos por los que Schwerdtfeger pudo haberse enterado de que él, Höllriegl, había sido destinado a trabajar en Heydrich. ¡Asuntos del Reich, secreto de Estado! ¿Y cómo se le había ocurrido a aquel novelista de medio pelo pasarle el encargo

a él? Y una cosa más: Schwerdtfeger, cosa rara, había empleado la palabra «Parlamento», es decir, una de esas expresiones sarcásticas que se usaban entre gente de mucha confianza para referirse a las Casas del Partido. ¿Acaso aquel hombre tenía motivos para creer que podía tomarse con él tales confianzas? («Mi única relación con él fue por motivos profesionales, y de eso hace un montón de años», se dijo Höllriegl a media voz, como poniendo un colofón a sus pensamientos). ¿Habría sido un descuido? No lo creía. Más bien se debía a una sensación de despreocupada independencia de criterio. ¿O la habría usado a propósito? En fin: en cualquier caso, Schwerdtfeger estaba alojado en la Casa del Partido, donde normalmente sólo residían los funcionarios de mayor rango. ¿Un secreto de Estado del Reich?

En la avenida Hindenburg empezaron a caer unas gotas, y poco después empezó a lloviznar discretamente. No obstante, le pareció que había más gente en la calle que de costumbre. Höllriegl se detuvo delante de la Casa del Partido, un antiguo cuartel de tanques, pintado de color pardo, que había sido dotado de cierto aspecto monumental gracias a las muchas rehabilitaciones y ampliaciones sufridas para adaptarlo al estilo uniforme del Reich. No encontró allí sitio donde aparcar. Atravesados en la acera, tal como se puso de moda en los primeros tiempos de la Wehrmacht, estaban situados, muy pegados los unos a los otros, los coches de los jefes y de sus secretarias. Höllriegl aparcó su VW en una calle lateral y caminó rápido, temblando de frío, hacia el Parlamento.

En la portería, con sus ventanillas semejantes a troneras y abiertas hacia los cuatro puntos cardinales, estaba sentado Damaschke; con el auricular colgado bajo la oreja, se afanaba por insertar y desconectar cables en la consola de su centralita. *(«Heil.*…! Síseñor… Leeecomunico…»). Y mientras hacía todo aquello mecánicamente con la diestra, una ingeniosa tenaza despachaba con la izquierda el pase para Höllriegl. A su lado estaba sentado su auxiliar, que justo en ese momento untaba margarina en una rebanada de pan. La portería estaba decorada con banderitas y cintas con consignas, tenía también un busto del Führer y varias fotos amarillentas en las que se veía a un Damaschke sonriente que vestía el antiguo uniforme de las SA, en marchas, delante de tiendas de judíos o agitando una hucha para las colectas de beneficencia en invierno. «Habitación 15, segunda planta, en el ala de apartamentos privados», dijo con un tono entre gruñón y jovial, y salió del

recinto, haciendo crepitar la prótesis de pierna, para indicarle con su tenaza el camino hasta el patio del cuartel. «¡Que le vaya bien, señor Austria!», le gritó a Höllriegl cuando se alejaba.

Los largos corredores estaban caldeados en exceso, olía a petróleo, a cigarrillos de mala calidad, a urinario, a desinfectante y a polvo de oficina: el olor de los despachos del Reich también había sido unificado. Había alguna gente esperando a que la dejaran pasar, y desde los despachos llegaba el suave traqueteo de las máquinas de escribir. En todas las paredes había retratos del Führer o descoloridos bocetos de cierto tipo de artillería antediluviana. Una consigna, EL BIEN COMÚN ANTES QUE EL PROPIO, había sido tapada con pintura hacía algún tiempo, pero todavía podía leerse. Los pasillos del «ala de apartamentos privados» destacaban positivamente por sus rojas alfombras de fibra de coco y algunas raquíticas plantas trepadoras; contrastaba, en ese sentido, con la espartana decoración de la otra sección del edificio.

Cuando Höllriegl, tras oír la voz algo áspera que lo llamaba («¡Vamos, no se corte, pase usted!»), entró en la oscura habitación, Schwerdtfeger le salió al encuentro con los brazos extendidos. El escritor le estrechó ambas manos a su visitante. Schwerdtfeger, tres veces doctor *honoris causa* de célebres universidades alemanas, tenía más aspecto de huno que de ario (no en vano llevaba su honorífico nombre asio, Hödr, como un anacronismo; en una película sobre los nibelungos podría hacer muy bien el papel del rey Etzel). Tenía el cráneo redondo y llevaba el pelo cortado a ras –el esculpido volumen de la frente era notable–, sus orejas tenían forma de asa, y los ojos eran oblicuos y amarillos; tenía, además, una boquita afilada y lampiña, labios levantados y siempre fruncidos. Los dientes eran visiblemente postizos. Su torso cuadrado y poderoso, que subía y bajaba con cierto ronroneo, le confería al hombre el aspecto de una figura de panóptico de complexión atlética. Las manos de Schwerdtfeger eran tan finas y distinguidas como sus formas en el trato. («¡Un caballero de antes de la guerra!»). Su novela más reciente, *Los demonios de la Marca Oriental*, un mamotreto en el que el autor había trazado un amplio cuadro social de la época del Sistema,[8] había sido un sonado éxito de ventas, al punto de que incluso Höllriegl, que normalmente huía como de la peste de las novelas y todo lo que oliera a literatura, no pudo evitar tomar nota de algunos fragmentos. Pero, en fin: aquel hombre era

oriundo de la Marca Oriental, y ese hecho bastaba para crear una atmósfera familiar, agradable.

La charla fue breve:

–Estoy en una gira de lecturas –comenzó diciendo Schwerdtfeger sin rodeos, tras haberle ofrecido, en vano, un trago y un puro, y después de haber conseguido él mismo encenderse uno, tras dar varias dificultosas bocanadas–. En Berlín tuve el gran honor de leer ante la cúpula del Gobierno del Reich; el Führer, por desgracia, no había estado presente. Ya sabe usted… –En ese instante, como si la tuviera en reserva, Schwerdtfeger hizo una mueca compungida–. En fin, se lo diré sin rodeos: se trata de una personalidad muy importante y bien situada cuyas estancias de trabajo y privadas requieren ser examinadas en busca de radiación. Yo les hablé de usted y de sus éxitos, y muy especialmente, claro, de aquella intervención suya en mi casa de Döbling. Los señores se mostraron impresionados, de modo que el encargo surgió por sí solo. Por sugerencia mía, en fin. Averigüé adónde le habían lanzado los vientos, y dado que mi gira de lecturas me obligaba a pasar por Heydrich, me propuse informarle yo mismo. Lo único que no fue tan fácil de averiguar al principio fue en qué Heydrich vivía usted. Aquí había ya leído yo una vez, hace dos años. Gente tozuda la de aquí. No tienen buen juicio. Pero ya sabe, la provincia…

–Se lo agradezco. Lo único es que, tendría que, ya sabe… –dijo Höllriegl, interrumpiendo el parloteo de su interlocutor, que, con su ropa informal, medio deportiva, parecía querer insinuar su pertenencia a una bohemia noble–…, saber algo más de las circunstancias en las que debo hacer el estudio. Los contactos personales serían valiosos, y debería conocer también la historia clínica, si es que hay alguna. ¿Puede decirme algo al respecto?

–Lo haría con muchísimo gusto, si tuviera potestad para hablar. Yo mismo sé muy poco. Pero sí que puedo decirle que la persona en cuestión está muy, pero que muy enferma. Lo demás, es decir, lo que pueda ser de interés para el especialista, lo averiguará usted en el lugar. Ha de presentarse en la T-4… –Höllriegl sintió de repente un escalofrío–, ante el *Obersturmführer* Hirnchristl, quien, por cierto, es un compatriota, un tipo agradable y un entusiasta nacionalsocialista. Él lo sabe todo, y le dará las instrucciones correspondientes. Es posible –añadió Schwerdtfeger, dando una larga chupada al puro, que no tenía muy buen tiro– que sea necesario llamar

también a un astrólogo. Tal vez, incluso –parpadeo irónico de sus ojos de calmuco–, al astrólogo mayor. Usted no se opondría, ¿verdad?

–No, claro que no, aunque…, mis estudios, sin el contacto directo, de poca cosa sirven. Está claro que existen pruebas científicamente objetivas del influjo de la tierra en los organismos. Pero el modo en que ese influjo terrestre influye luego, a su vez, en un determinado organismo bajo circunstancias determinadas es un asunto aparte, complicado. ¡Averiguarlo es cuestión de intuición! O llámelo, si quiere, empatía, tacto, magia negra… ¿Cuándo debo presentarme en Berlín?

–*Momentino*, ¡no me lo sé de pe a pa! –Schwerdtfeger fue a buscar su agenda y la hojeó–. Pasado mañana, el lunes. Hirnchristl le espera a las cuatro de la tarde. Sólo necesita decirle su nombre al guardia. Debe partir mañana.

Höllriegl se levantó. Aquel tono conciso y algo autoritario con que Schwerdtfeger había pronunciado las últimas frases le molestaba. No encajaba de ningún modo con la manera de ser habitual del escritor. Un tipo poco transparente; en todo caso, para disfrutarlo con cautela.

La despedida fue otra vez muy cordial, austríaca, en cierto modo. Presa de una inquietud interior, Höllriegl emprendió el camino de regreso. El curso obligatorio estaba a punto de comenzar. El encargo de Schwerdtfeger lo honraba, por supuesto. Pero, ¿qué había detrás de todo eso? ¿Y todo ese zalamero modo de expresarse: «con muchísimo gusto», «un *momentino*»? ¿A qué venían todos esos aspavientos? ¡Era para vomitar! Schwerdtfeger era un ungido con órdenes mayores, de eso no cabía duda. Lo del Parlamento había sido tal vez una trampa, una entre muchas otras. Sólo que él no había tomado nota de las demás. ¿Debería haber reaccionado ante ellas? ¿Y cómo se explicaba lo de tener que presentarse en la T-4? La T-4, como todo el mundo sabía, era la antigua sede de la Oficina de Políticas de Repoblación e Higiene Racial, es decir, la Central del Programa de Eutanasia: estaba situada en el número 4 de la Tiergartenstraße. De allí había partido la llamada Operación Tratamiento Especial 14 F 13: sólo en 1959, ésta había afectado a 748 000 personas en toda Europa. («¡Maldita la memoria que tengo para los números!»). Poco después se habían visto obligados a reducir un poco la cifra, mandando a los CdIH a todos los enfermos congénitos más o menos aptos para trabajar; allí se los encerraba en jaulas semejantes a pocilgas, y

eran utilizados como cobayas de la neurocirugía o los obligaban a realizar los trabajos más denigrantes. (Hasta los débiles mentales lobotomizados fueron incorporados nuevamente a la producción). Entretanto, habían trasladado la Central del Programa de Eutanasia a otro sitio, pero Höllriegl no recordaba adónde. De todos modos, su terrible mala fama había perdurado. ¿Cómo llamaban a la T-4…? Ah, sí: el «desolladero del Reich». ¿Qué departamento se había instalado ahora allí?

Höllriegl miró a su alrededor. Mientras despertaba de su ensimismamiento con una sensación de amenaza, se vio extraviado en aquellos largos y desolados corredores, cada uno tan monótono y uniforme como el anterior. Era probable que, al salir del alojamiento de Schwerdtfeger, tomara la dirección equivocada. Sus botas resonaban ahora sobre unas baldosas. El ala de alojamientos privados parecía no tener fin, las oficinas tendrían que estar en el bloque opuesto. Delante de las ventanas, bajo una luz neblinosa, vio el páramo del patio del cuartel. Höllriegl, nervioso, apuró el paso por aquel caos de pasillos en penumbra que de repente se hacían cada vez más estrechos y angulosos. Por un momento le pareció como si unas miradas fijas, abrasadoras, montadas sobre unas espaldas encorvadas, lo estuvieran siguiendo desde detrás de las puertas entreabiertas, como si viera unas frentes anchas, chatas y de brillo amarillento bajo un pelo apelmazado. Eran como grupos petrificados. ¿Serían los siervos que realizaban labores de limpieza? (No tendría ningún sentido hablarles a seres medio bestializados). Después de subir una escalera de piedra corta y sinuosa, se vio de repente en un amplio recibidor de formas limpias y alegres colores pastel del Rococó, con ventanas de arco en un lado y unas pocas puertas elevadas en el otro. La sensación de estar siendo perseguido se esfumó al instante, y Höllriegl pudo respirar de nuevo libremente.

Él nunca había estado en la Residencia, como la *vox populi* llamaba al palacete gravemente dañado durante la guerra. La propiedad, perteneciente a una familia de rancia estirpe feudal asentada en esta región y extinguida ya en tiempos de Guillermo II, había cambiado de dueño en incontables ocasiones a lo largo de las décadas. Al finalizar la Primera Guerra Mundial –según le había contado Kummernuß– el palacio había pasado a manos de un barón de la industria renano que hizo restaurar el deteriorado pequeño teatro de la Residencia y hasta lo había puesto a funcionar. Cuando el Führer tomó el

poder, se acabó aquí también el fantasma del Sistema. La Residencia pasó a ser entonces, en rápida secuencia, un centro de adiestramiento para puericultoras, un sanatorio para mutilados de guerra y, hacia 1940, un centro de rehabilitación médica para unidades de las ss. Más tarde sería transformado en un centro de producción para algún tipo de arandela (Kummernuß creía que en el marco del llamado Programa Ariel). Durante los ataques terroristas de los Aliados contra el Reich, la joya arquitectónica fue víctima parcial de las bombas. La fábrica de armamento desapareció en los túneles, y la ruina del palacete quedó de nuevo proscrita. Tras la victoria, un condecorado con la Orden de la Sangre, jefe de la defensa y el oficial de más alto rango en Bad Frankenhausen (que había sido el nombre anterior de Heydrich), adquirió los restos del palacete por muy poco dinero, pero murió durante las labores de reconstrucción. La Residencia pasó de nuevo a ser propiedad del Partido, que, tras añadirle algunos edificios, la comunicó con el cuartel y el Parlamento.

Un acontecimiento fugaz y velado, como todos los demás de este grávido día de otoño, habría de preservar cierta relevancia singular. Al final del recibidor, Höllriegl vislumbró una barandilla que, al parecer, indicaba allí arriba el final de la escalera. Por ella saldría rápidamente de nuevo al aire libre. No podía ausentarse del curso sobre los territorios de los chandalas, ya que controlaban la asistencia. Höllriegl aceleró sus pasos. Al pasar rápidamente ante una de las escasas puertas, escuchó detrás un monótono murmullo, un cuchicheo que se oía como una letanía repetida por un coro. Casi a la fuerza, se detuvo y abrió la puerta, que giró sobre sus goznes con un chirrido.

Se vio entonces en la galería (o en los coros) de una pequeña iglesia de puntal muy alto, llena de vapores. Se trataba, al parecer, de la capilla del palacio. En la pared frontal del ábside vacío colgaba una imponente cruz cristiana (sin el crucifijo), y sobre ella habían clavado una negra cruz gamada de tamaño similar. No había imágenes ni otros ornamentos rituales. Sobre la balconada, y abajo, en la nave de la iglesia, se aglomeraba la gente. Los devotos feligreses, la mayoría viejecitas vestidas de luto, dirigían su expresión de arrobamiento hacia un hombre de barba negra y mejillas enrojecidas que estaba de pie en los escalones del altar. El hombre llevaba posado en cada hombro, a izquierda y derecha, un pájaro, ambos inmóviles,

como si estuvieran disecados. Lo mismo podrían ser grajillas que cornejas o cuervos. El hombre, tal vez un predicador, o algún orador de asambleas, cuyo cuerpo robusto se cubría totalmente con un manto oscuro, parecía tener un solo ojo, y sobre el ojo faltante llevaba colocada una venda negra, la llevaba con tal descuido que uno podía ver claramente la roja cavidad ocular. Un sombrero de ala ancha le cubría hasta más abajo de la frente. Desde donde estaba, Höllriegl podía verlo sólo con suma dificultad, ya que las personas arrodilladas en los bancos le obstaculizaban la visibilidad. Además, desde las profundidades del edificio se alzaba constantemente una delgada nube de humo que, aunque se disipaba rápidamente, oscurecía el recinto. Olía a carne quemada.

La comunidad de feligreses se movía rítmicamente de un lado a otro en sus asientos, en una suerte de balanceo solemne, mientras seguía el monótono canturreo. «¡El Füh-rer! ¡El Füh-rer!», entendió Höllriegl. Era un sonido prolongado, fervoroso, ahogado en lágrimas. «Él se sienta a la diestra de Odín, el Padre Omnipotente», dijo en tono de conjura el escaldo (que era lo que parecía ser el orador), y su ojo emitió un destello de ebriedad. «¡El Füh-rer! ¡El Füh-rer!», respondió, obediente, el coro. Höllriegl vio unos ojos desorbitados que se clavaban en él, vio bocas llenas de saliva en caras arrugadas y amarillentas: habían descubierto al intruso que llegaba a perturbar aquella paz. Unas manos blandas tantearon su cuerpo, las mujeres se juntaron para hacerle sitio. Sus cuerpos marchitos despedían un olor dulzón, algunas tenían pequeños rosarios en las manos. Fuera, en algún lugar, un caballo relinchó de repente, dejando oír un alarido de muerte. Con suave violencia, la multitud intentó arrastrarlo hasta los asientos. «¡El Füh-rer! ¡El Füh-rer!», suspiró de nuevo la muchedumbre.

Höllriegl se libró de aquellas manos que lo agarraban férreamente, o eso le pareció. Un hombre alto como un árbol que había estado apoyado contra la pared junto a la puerta le cortó el paso. Höllriegl, algo mareado, lo empujó hacia un lado y casi llega a las manos con él. Había alcanzado la puerta. Sin hacer caso al ruido, la cerró de un portazo a sus espaldas. La claridad del recibidor lo acogió… Lo acogió en sus brazos.

Eran casi las tres menos veinte. A las 15:00 horas tenía el examen con el péndulo en la casa del matrimonio Von Eycke. Sentía como si tuviera fiebre,

pero sin estar enfermo. Inquieto, condujo el coche a través de las callejuelas de la ciudad vieja con el propósito de acortar el camino. Dejó a su izquierda las salinas y el balneario con la entrada atestada de coches; justo detrás del peñasco que coronaba la ruina del Oberburg, dobló hacia la avenida Guderian, una calle de descenso en la que, a esa hora, un sábado por la tarde, el tráfico ya había amainado. Höllriegl pisó el acelerador y se alejó a toda velocidad, con una agobiante punzada nerviosa en la nuca. Lo tentaba su objetivo, pero sentía como si debiera posponer su encuentro con la señora Von Eycke. Ahora que se acercaba a la meta de anhelos tan largamente acariciados, se acobardaba. ¡Qué poco viril! No obstante, aquella vaga sensación de amenaza no desaparecía.

Durante el mediodía había nevado ligeramente, muy temprano para esa época del año, pero ahora la capa de nubes se había quebrado en franjas, y un azul verdoso, el azul de un cielo de otoño que juega a ser verano, se mostraba cuando ya nadie lo esperaba, mientras un sol acuoso bañaba las laderas boscosas del Monte de la Batalla, junto al que Höllriegl pasaba ahora velozmente con las luces de los faros equivocados. Höllriegl estaba atravesando una zona de un calor paralizante, en la que el aire había secado partes del asfalto. Sin embargo, de vez en cuando le golpeaba la cara una ráfaga de aire helada y húmeda.

La conferencia sobre los territorios de los chandalas incorporados al Reich –que se extendían hasta los Urales, la muralla oriental de Occidente, salpicada de minas y de armas nucleares– lo había conmocionado y alegrado poderosamente, a pesar de que ya conocía la mayoría de los temas. Un rosario de Estados dependientes del Reich –un rosario que abarcaba desde el Protectorado del Báltico y Finlandia en el oeste (con un mar Báltico que había pasado a ser una especie de mar interior de Alemania), hasta los antiguos Comisariados del Reich, ahora llamados las Confederaciones de Caucasia, Transcaucasia y Rus (Ucrania), a los que el Führer, como recompensa por haber sido los primeros en sublevarse contra la bestia apocalíptica del bolchevismo, había concedido un estatus de foralismo que seguía el modelo medieval; estaban también las bailías de Jiva, Bujará, del Kirguistán, Jakasia y el Altái; o el Tíbet, ahora situado en la esfera de influencia de Alemania, mientras que Mongolia estaba entre las de Japón–; en fin, todo un rosario de Estados rodeaba las regiones (los *Gaue)* de la antigua Unión Soviética, ahora poblados por campesinos-soldados de sangre

alemana y nórdica, los célebres *Wehrbauer*.[9] Un bien escalonado sistema de fortificaciones y cinturones de asentamiento garantizaba la seguridad de aquellos infinitos territorios del Este. Y por todas partes obraban los «lucíferos», los llamados «portadores de la luz». Allí donde antes habían estado los campos de exterminio (los CdIH identificados con la letra V), se alzaban ahora –sobre colinas artificiales que, según se decía, eran en realidad enormes osarios hechos con montones de cráneos– las fortalezas de los juramentados hombres de las SS y los valhallas de la ariosofía. El profesor del curso había presentado una película en color sumamente impresionante sobre la vida en esos burgos fronterizos, cuya arquitectura monumental, unificada en estilo neogótico, había sido diseñada por el Führer en persona. Diseminados por la vasta tierra eslava había miles de centros destinados a la cría racial, en los que crecían las futuras élites del pueblo ario. Inmediatamente después de la victoria se habían iniciado allí, con éxito, los experimentos cuyo fin era cruzar ejemplares de la raza rubio-germánica con otros de la rubio-eslava (los varegos, por ejemplo). Y habían sido precisamente esos bastardos los que revelaron luego ser los combatientes más fanáticos en la lucha contra todo vestigio de seres inferiores dentro de la raza mongol, en la orilla oriental del Yeniséi. Esos hombres se habían trasladado a las estepas, a los bosques vírgenes y los desiertos de hielo, para, una vez allí, anunciar a fuego y espada la idea sacrosanta de los ur-glifos arios, de la cruz gamada, y dedicarse a aplastar a esos gusanos, los chandalas, y a preparar los territorios despoblados con vistas a la creación de futuras colonias para la crianza de una raza pura. Todo eso se estaba gestando ahora, pero era, desde ya, algo tan grandioso, que a uno se le cortaba el aliento. ¡Gloria al Führer, que ha creado cosa semejante! *Heil!*

Todas esas impresiones fueron aflorando en la mente de Höllriegl no en el orden aquí expuesto, sino a retazos, solapadas con otras imágenes que le presentaban a una mujer fuerte y rubia, un perfecto ejemplar de la raza aria, en un estado de entrega apática y voluptuosa, es decir, en un momento de debilidad y humillación. (Por el momento, el giromante se había olvidado por completo de su inminente viaje a Berlín). La residencia del matrimonio Von Eycke, ¿estaría toda ella encima de una zona de radiaciones perniciosas o eran sólo las habitaciones de la señora Von Eycke las que se hallaban en el área de influencia de una crítica zona de perturbaciones patógenas creada por

cursos subterráneos de agua o por vetas de mineral? Esto parecía lo más obvio, ya que sólo la señora Von Eycke se había visto afectada espiritual y físicamente. Para el examen de hoy, el primero, Höllriegl había traído, aparte de los aparatos normales de medición, uno de los péndulos más sencillos que conoce el rabdomante: el péndulo de cabello con peso de ámbar. Él mismo había escogido el ámbar, ya que esa resina fósil era la que mejor se ajustaba, por su color, al tono trigueño de la melena de Ulla (a la que en secreto llamaba la Bruja de Ámbar), y también el pelo, por ser una sustancia humana, y porque no podía dejar de pensar en los cabellos y en el vello de Ulla. Pero lo decisivo sería cómo podría él, personalmente, posicionarse ante el aura y la fuerza ódica de la señora Von Eycke («lo mejor sería que ella no estuviera»), su esencia estaba atrapada en la vivienda de los Eycke, podría captarse, por lo tanto, aun sin su proximidad física. Era obvio que tendría que hacer un trabajo magistral. Del resultado de esta primera prospección dependían muchas cosas para él, tanto en lo comercial como en lo social, pero sobre todo ante el propio matrimonio Von Eycke, en función de la valoración que hicieran de su persona. O mejor dicho: la valoración que hiciera Ulla.

El péndulo era sólo una herramienta: el éxito o no de la acción dependía únicamente de su propio biomotor, de su *Electro-Magicon*, como lo llamaba Paracelso. ¿Conseguiría concentrarse al extremo para reprimir en la casa de la mujer deseada toda ilusión perturbadora, toda esa intimidad secreta y personal que tanto lo regocijaba, pero que lo ataba a la Bruja de Ámbar con tan dolorosa desesperanza?

A las tres en punto, según constató Höllriegl, detuvo el coche delante de la ancha verja de hierro de la entrada, con los arabescos barrocos que parecían más bien insinuar un escudo de armas en lugar de realzarlo; desde allí, una alameda en línea recta y cubierta de maleza conducía hasta la casa señorial. La vasta propiedad, rodeada por altos muros bastante deteriorados, se hallaba oculta en medio de una zona boscosa, muy cerca del desvío de la carretera hacia Rottleberode, es decir, próxima a la autovía. (Por allí mismo tendría que salir cuando viajase pasado mañana bien temprano rumbo a Berlín –no el domingo, como le había ordenado aquel escritorzuelo– por culpa de ese maldito asunto de Schwerdtfeger y la T-4… ¿Qué diablos significaría todo aquello?). Höllriegl ya había estado una vez en esta casa, en una recepción que los Eycke ofrecieron para grandes barones del sector económico.

Pulsó el botón del timbre y, tras escuchar un graznido que debió de ser una pregunta, dijo su nombre. Por lo visto, estaban informados, pues de inmediato uno de los portones laterales se abrió con un clic. La oscuridad de la vieja alameda se lo tragó cuando, de manera resuelta, casi con brusquedad, empezó a caminar por el sendero de grava sobre el que caían las hojas de los arces plantados demasiado juntos. En la caseta del portero –algo amanerada para una mansión y bastante abandonada, con sus persianas grises cerradas a cal y canto– no se movió un alma. En algún lugar a lo lejos, en las profundidades del parque, ladraron unos perros. Fuera de eso, no se escuchó nada más.

En realidad, no se sentía resuelto en absoluto. El estado febril de la espera y la enervante temperatura corporal le embotaban y calentaban la cabeza. Sentía retortijones en la barriga (Damaschke hablaría de «malos presentimientos») y, en las rodillas, un vacío tal que las piernas casi se movían por sí solas dentro de las bien lustrosas botas de caña alta. Estaba molesto: su brazo derecho, bajo el cual llevaba aprisionado el maletín con las herramientas del péndulo, empezaba a temblar de una manera infantil, quizá también porque mantenía la cartera demasiado comprimida contra su cuerpo, en un gesto convulsivo, y esa convulsión iba en aumento a medida que se acercaba a la casa señorial.

Al mediodía, al salir de Heydrich, Höllriegl se había puesto, además del pantalón del uniforme y la camisa parda, la chaqueta de color caqui con los galones en el cuello, las charreteras y las bandas en las mangas. Formaba parte de los accesorios adicionales, y daba realce a su estatura. Los puños de color verde manzana mostraban en plata el árbol de la vida. En su calidad de giromante ocupado en labores curativas, Höllriegl pertenecía a la categoría de los «terapeutas sin nombramiento oficial»; pero como había prestado servicios curativos en la Wehrmacht y en las ss, habiendo obtenido un diploma del Partido en calidad de rabdomante (o de zahorí), se le reconocía el rango de un jefe de sección o de un jefe de escuadra de radiestesistas; un grado que también le servía para fungir como censor (o «guarda escritural») en las publicaciones de su especialidad.

Se abrió ante él, entonces, una amplia y ventosa plazuela de entrada. Grava crujiente. Los céspedes, dispuestos en orden geométrico, mostraban ahora unos tonos pardos y grises que los deslucían bastante. A diestra y siniestra se veían cobertizos y establos camuflados como murallas de una fortaleza

cubiertas de hiedra. Höllriegl pasó entonces por delante de las fauces abiertas de un garaje en cuyo interior centelleaban los hocicos niquelados de las limusinas de los Eycke. El señor de la casa, obviamente, conducía un coche de la misma marca y color que el que usaba el *Reichsführer* de las SS, el jefe supremo de ese cuerpo armado. Al lado –Höllriegl notó en el pulso una terrible oleada de tensión–, se hallaba el Opel Capitán de la señora, un coche verde marino conocido en toda la localidad, adornado con los emblemas tácticos de *Der Schwarze Korps*. ¡Ulla estaba en casa!

Unos robles muy antiguos subrayaban ese escenario tan alemán. Sobre una colina a la que se ascendía por dos escalinatas laterales estaba la residencia de los Eycke, construida en el suntuoso estilo de la era guillermina (imitación renacentista), con torrecitas, almenas, mirador saledizo, arcadas ciegas y otros ornamentos parecidos. Paredes de ladrillos crudos y remates ornamentales en piedra caliza. El complejo había pertenecido originalmente a un ricachón de la dinastía de los Springorum, productores de vinos espumosos; el último dueño antes del matrimonio Eycke había sido el Comisionado Fiduciario del Reich para el ramo del Trabajo en el SarrePalatinado, un tal señor Will Fette,[10] quien por un tiempo siguió volviendo todos los veranos para continuar sintiendo los efectos benéficos de las alabadas aguas salinas del balneario.

En el asta erguida delante del edificio principal colgaba un banderín negro con el águila imperial en color blanco: era el estandarte de las Juventudes Alemanas, que ondeaba al viento con desgana. Höllriegl recordaba haber oído que la hija de Ulla, Erda, era «jefa de rebaño» en la organización de las muchachas.

Un lacayo vestido de negro y amarillo pálido le hizo una reverencia al geomántico, que, tras haber conseguido controlarse, entraba ahora en la terraza con paso ligero. El lacayo era un hombre huesudo, de cabello rubio claro, casi blanco, nariz aguileña y nuez de Adán prominente, de aspecto casi albino y maneras aristocráticas: probablemente perteneciera a esa antigua nobleza que ahora debía servir a los nuevos amos. El recibidor estaba en penumbra, de modo que los ojos, acostumbrados a la luz del día, no pudieron distinguir demasiado en un principio. En un rincón apartado había dos hombres sentados a una mesa, llevaban las cabezas descubiertas y bebían

cerveza en jarras. Guardaron silencio, pero no tomaron nota de la llegada del visitante. A Höllriegl le pareció ver unas caras carnosas, rojas y brutales.

Entonces el albino, con un seseo agradable, le dijo:

–La señora Von Eycke no está en casa. El caballero puede pasar al piso de arriba.

Dicho esto, y con un gesto que le indicaba a Höllriegl que lo siguiera, tomó la delantera. Höllriegl ya conocía aquel recibidor de su primera visita, era un recinto revestido en madera de color oscuro y espacioso como un hangar. Cuadros familiares enormes, tantos que se volvían irreconocibles, cubrían las paredes en hileras continuas, como si se tratase de los pliegos de una colección de numismática. En las hornacinas se veían lo mismo jarrones japoneses del tamaño de una persona que macizos armarios neorrenacentistas cuyos rellenos estaban revestido con bonitos –si bien algo desteñidos– paisajes chinos pintados sobre seda. Todo aquí mostraba un aspecto escultórico, museístico, había sido acopiado allí como un botín de proporciones teatrales y pretenciosas. El colorido vitral enmarcado en plomo representaba escenas bélicas (podía reconocerse el Gran Berta, el gigantesco mortero de Krupp) y le hacía una sangría a la luz del otoño. La escalinata de madera por la que subieron a un salón abierto era también ancha, tan ancha que hubiera podido subirse cómodamente en hileras de a diez. La construcción laberíntica, con sus logias, terrazas cubiertas y pasillos, estaba repleta, desde el techo hasta el suelo, de pálidos bustos y estatuillas de bronce, cornamentas de venados, cabezas de alces disecadas y pieles de oso. Sobre la repisa de la chimenea había maquetas de antiguos barcos de la Hansa. Todo era de un lujo sólido, expresamente conservador. Saltaba a la vista el esfuerzo por mostrar a un tiempo tradición y riqueza, creando cierto efecto pictórico. La decoración recordaba una ópera wagneriana traducida al lenguaje de la arquitectura.

El lacayo dejó solo a Höllriegl en la antesala semicircular que llevaba hasta los aposentos privados de la señora Von Eycke. Le dijo que podía empezar de inmediato con sus labores, que allí nadie lo estorbaría. Si necesitaba alguna cosa, podía tocar el timbre tranquilamente, pero él ahora se retiraba, con la venia de su señoría (aquel fósil había usado realmente la expresión «con la venia»).

–La señora Von Eycke tardará todavía algo en llegar, ha salido a cabalgar después de la comida.

El mobiliario en las recámaras de Ulla –que Höllriegl recorrió rápidamente, cerrando la única ventana que estaba abierta– tenía la misma atmósfera recargada y romántica exhibida en las demás habitaciones. No obstante, a Höllriegl le pareció mucho más acogedor. Tal vez porque aquí, en notable contraste con la disposición exhibicionista del exterior, predominaba un vivo batiburrillo de objetos de uso cotidiano, lo cual confería al conjunto cierto toque de improvisación salvaje, de desidia e, incluso, algo de desenfreno femenino. Los cajones habían sido abiertos y dejados tal cual. También los armarios estaban abiertos, y uno podía contemplar el desorden reinante en su interior (lo que tenía algo de desvergüenza, como la obscenidad de mostrar los intestinos). Yacían sobre las butacas, dispersas, varias piezas de ropa, entre ellas alguna que otra prenda íntima, como pudo comprobar Höllriegl con estremecimiento. En el suelo de la habitación intermedia, la más grande, la cual contaba con un diván anchísimo y un imponente retrato del Führer en su cabecera, unas bragas de un color salmón bastante chillón se habían independizado; de ellas colgaban todavía unas medias de seda. La piel de tigre desplegada sobre el diván estaba cubierta de novelitas de folletín, pañuelos de papel y cartas. A los pies del espejo oval, que giraba sobre su propio eje central y estaba ahora enfilado hacia la cama, la señora Von Eycke había creado un cautivador y caótico conjunto de utensilios de cosmética. Las botas de montar habían sido lanzadas a un rincón.

De una sola ojeada ebria, Höllriegl tomó nota de esos detalles; nuestro giromante era un rápido y agudo observador. Estaba en el dormitorio de su Bruja de Ámbar, así que, por unos instantes, cerró los ojos para sentir los latidos de su corazón y entregarse al dulce vértigo que le provocaban las radiaciones salidas de la carne de aquella mujer. Era como si ya la tuviera en sus brazos. Que Ulla dejase a sus espaldas tal desorden podía tener un motivo muy especial. ¿O acaso se había olvidado de él, del encargo? ¿Era un rasgo temperamental, un capricho, un acto de desenfreno o un gesto de desprecio hacia su persona? También esto último encajaría con las maneras de Ulla, que, según la gente, tenía los modales de un «peón de establo». Höllriegl, en cambio, pensaba –no sin sentir un escalofrío– en una amazona.

Aunque se esforzaba por no mirarlas directamente, una fuerza misteriosa atraía sus ojos hacia las bragas. Éstas no estaban del todo limpias, pero precisamente ese detalle las hacía más atractivas a sus ojos. Con una

excitación ya incontrolable, agarró la prenda elástica y hundió su rostro en ella. Del cinturón emanaba el olor algo intenso y ácido del cuero, de la piel y el sudor. Olía a hembra. Höllriegl pegó la prenda a sus labios, mordió el tejido e inhaló. Entonces, al oír acercarse unos pasos breves y rápidos, arrojó al suelo la prenda con premura.

Hizo su aparición una criada de aspecto mediterráneo, joven y delicada, la cual se mostró burbujeantemente espantada con la presencia de Höllriegl (su jerigonza sonaba a la de un hablante de la lengua italiana), se frotó nerviosamente las manos a la vista de aquel caos y se dispuso a poner algo de orden en la habitación.

En los términos más simples posibles, Höllriegl le explicó el propósito de su presencia en la casa, pero la pequeña mujer no sólo no entendió ni media palabra de su jerga, sino que no paró de soltar unas risitas. Entonces Höllriegl le pidió enfáticamente que lo dejara a solas. A continuación, la criadita de expresión graciosa y perpleja desapareció. No era necesaria ni una prueba más: el personal de servicio de Ulla no tenía conocimiento de su visita. Y el lacayo habría sido instruido, probablemente, por el señor de la casa, quien le habría transmitido el encargo a Höllriegl por teléfono. ¡La señora Von Eycke se había olvidado de él!

El giromante, sacado ahora de su éxtasis, más sobrio a causa del desencanto –y por ello mismo, con el estado óptimo para acceder al grado de concentración que necesitaba–, se quitó el abrigo y sacó de su portafolio el péndulo de ámbar. El aparato necesitaría un par de minutos para entrar en órbita. Al final del hilo de cabellos (pelo de mujer de color dorado y rojo) hizo un lazo a través del cual metió el índice derecho. Al hacerlo, adoptó una postura relajada, pero erguida, colocando la mano que tenía libre, con los dedos estirados, sobre el hueso sacro. Junto a la cabecera del diván, en un pesado marco de plata, había una foto en la que se veía la cabeza de pájaro del señor Von Eycke en su uniforme de *Obersturmbannführer*. Höllriegl alzó el péndulo por encima del retrato y, al cabo de un rato, el ámbar empezó a mecerse, primero con movimientos muy breves que pronto se fueron haciendo más impetuosos. Como esperaba, la herramienta empezó a girar rápidamente, describiendo círculos completos hacia el lado izquierdo, sólo que al principio el monograma trazado por el péndulo no era nada nítido, sino que mostraba líneas confusas, ya que las vibraciones se produjeron en número y direcciones distintas antes de alcanzar la forma perfecta de un

círculo. Sobre los retratos de Erda y de Manfred, situados a un lado en la mesita de noche, el péndulo se comportó de manera similar. La emanación de lo infantil obligó al aparato, sin embargo, a girar en un principio en perfectas elipsis que se movían hacia la izquierda.

La descomunal irradiación de Ulla inundaba todo el recinto. Cuanto más avanzaba el péndulo, tanto mayor conciencia cobraba Höllriegl (algo que lo aturdía) de las fuerzas que emanaban del poderoso sexo de aquella mujer. De repente, lo sobrecogió una sensación de miedo, la que siempre lo embargaba cada vez que sus ansias lo ponían en estrecho contacto con la fuerza ódica de Ulla. La sensación de peligro inminente vino a sumarse, en ese instante, a la terrible sensación que lo había embargado esa mañana en la capilla de la Residencia. De repente algo cobraba presencia de nuevo para él. (Era extraño que no hubiera pensado en eso antes). Algo ancestral, peligroso y sucio se le había aproximado, y el recuerdo de aquel culto antiguo del que había sido testigo se mezclaba ahora con la imagen de una belleza dominante que cabalgaba los caballos hasta despojarlos de toda vitalidad y humillaba a los hombres de un modo repulsivo.

Höllriegl sostuvo con más fuerza, entre el pulgar y el índice, el lazo de hilo de cabello y aproximó el péndulo al sofá. Al cabo de pocos segundos, la vibración principal mostró el círculo achatado, la elipse, el símbolo de la feminidad. Pero ello no duró mucho tiempo, ya que de inmediato el péndulo empezó a moverse y a trazar una recta –tal vez por culpa de la piel de tigre–, dio unos giros en distintas direcciones hacia el meridiano y empezó a vibrar al final, claramente, en círculos que giraban hacia la derecha. La prueba de la presencia bajo la casa, en las profundidades de la tierra, de vetas de agua, tal vez incluso de aguas estancadas, parecía conseguida. Pero para avanzar sobre terreno más seguro, Höllriegl repitió el *versum* con la mano izquierda y obtuvo el mismo resultado. Cambió entonces de aparato: sacó un ligero péndulo de comprobación hecho con dos polos de níquel y cobre y continuó el experimento. El instrumento mostró las vibraciones del comienzo, pero de un modo más nítido, como en formas monogramáticas entrelazadas; luego pasó rápidamente a describir unos círculos que giraban inequívocamente hacia la derecha. Al cabo de poco tiempo, a Höllriegl se le cansó la vista, el nuevo péndulo le provocaba dolores de cabeza, por lo que interrumpió el examen. Era preciso mover el diván y llevarlo hacia otra habitación, preferiblemente a otra ala de la Residencia. (¿O acaso habría que instalarle, a

modo de prueba, un aparato que eliminara las interferencias?). Tampoco podía descartarse la presencia debajo de la casa de yacimientos de materiales emisores de tales radiaciones, tal vez carbón o alguna veta metalífera.

El giromante caminó pensativo, casi con reverencia, por los aposentos de Ulla (que eran unos seis), y empezó a palpar en busca de radiación terrestre. Para él ya no había duda alguna: esa parte del palacio se encontraba bajo la influencia de una maligna emanación acuática, o tal vez también mineral. Con ella tenía que luchar la fuerza ódica de aquella hembra obsesa de la dominación, ya que de la esencia de Ulla emanaban auténticos fluidos de bruja, un aliento mágico que no sólo ejercía su influjo diabólico en los hombres, sino que se enfrentaba también a las fuerzas del entorno natural. Las corrientes y tensiones surgidas de ello (ya percibidas por Höllriegl cuando contemplaba las fotografías de la Bruja de Ámbar en los periódicos) podían ser muy bien las que provocaban esos estados en la señora Von Eycke. Antes de redactar el informe pericial, la prospección de hoy debía verificarse en todo caso con la ayuda de un odómetro mucho más sofisticado. Era necesario llegar a conclusiones más precisas.

Se imponía trazar un croquis y sopesar muy bien la idea de trasladarlo todo a otra sección del edificio. Höllriegl recorrió una y otra vez aquel laberinto de recámaras, deteniéndose de vez en cuando, con la cabeza baja y los ojos entrecerrados, para, con la ayuda del péndulo, calibrar el efecto que tenía sobre él la radiación terrestre. No obstante, siempre caía bajo la influencia de Ulla. Su contrarradiación era tan dominante, que Höllriegl, al sentarse a trazar el croquis, sintió en todo el cuerpo el cosquilleo de una excitación voluptuosa que vencía todo estímulo de la razón. ¡La pasión! ¡La pasión! Con mano nerviosa, empezó a dibujar, al tiempo que, perturbado, caminaba por aquellas habitaciones y revolvía las cosas de Ulla como un ladrón o se llevaba apasionadamente a la altura del corazón palpitante –en un gesto que de inmediato le pareció estúpido– un camisón (uno de tipo invernal, de tela cálida). Mientras hacía su recorrido, se topó con una puerta tapizada, cuyo pomo de cristal accionó. La puerta se abrió para darle acceso a un tocador lujosamente decorado en negro, con dibujos de coronas de rosas y grandes espejos regulables. En la puerta interior habían fijado antiguas xilografías con escenas de martirio, como, por ejemplo –según pudo leer en una inscripción–, el manejo del garrote vil español, de la llamada «corona o gorra de Pomerania»[11] y del rodillo de púas en hombres desnudos y musculosos. A un

lado colgaba un calendario que servía de agenda: ciertos días mostraban unas rayas hechas a lápiz; otros, en cambio, sólo mostraban ceros. Delante del bidé de su Bruja de Ámbar, Höllriegl se puso de rodillas, abrazó el frío óvalo de cerámica y cubrió el asiento de besos frenéticos.

Un pensamiento iluminó como un rayo su nublada razón; era un desatino tal, que Höllriegl se estremeció. ¡¿Y si pudieran medirse las fuerzas de radiación de la sabiduría del Führer y las de la feminidad de Ulla?! ¡Sería una prueba metafísica, una operación mágica! ¡El *summum* de lo masculino y de lo femenino, frente a frente! ¡Heliogermanismo en una lucha cuerpo a cuerpo con las ancestrales fuerzas ctónico-alpinas, Zio-Zeus vs. Hela-Calipso! ¡Era una osadía, una locura! ¡Un experimento de esa índole sería una tentación para los dioses! Mientras pensaba esto, creyó oír de pronto a la Serpiente de Midgard azotar el suelo con su cola. ¡El experimento más abismal que alguien podía atreverse a realizar jamás, por no hablar ya de sus consecuencias políticas y personales! Pero nadie lo vería, nadie podría enterarse. ¡Tenía que hacerlo de inmediato, en aquel mismo sitio!

Corrió al dormitorio contiguo y se subió al diván, cuyo relleno era de una suavidad lujuriosa. Con el cuerpo tembloroso, descolgó el cuadro del Führer de la pared y lo colocó boca abajo, sobre el cojín y la piel de tigre: justo en el sitio en el que el cuerpo de Ulla había dejado una visible hondonada. A continuación, sacó del bolsillo de su levita el péndulo de cobre y níquel y lo dejó bailotear sobre el cuadro. Hubo unos segundos, unos minutos de tensión jadeante: entonces la imagen trazada por las vibraciones del péndulo empezó a relevar la presencia de una intensa zona de excitación. Rápidamente, la plomada sideral se acomodó a las vibraciones de las órbitas iónicas que giraban sobre el cuadro del Führer, ya que las fotografías no son simples copias muertas, sino reflejos electromagnéticos de la unidad esencial del retratado, como había podido demostrar, desde hacía mucho tiempo, la ciencia del péndulo. A todo ello se añadía el hecho de que el propio Adolf Hitler había acogido con beneplácito el péndulo de los hombres del pueblo, reelaborándolo con éxito desde una perspectiva giromántica, con una genial capacidad de empatía; por parte del Führer, por lo tanto, no había ninguna influencia perturbadora que temer.

Tras cada ronda de vibraciones, Höllriegl depositaba por un instante el péndulo sobre la palma de su mano izquierda, en una maniobra veloz, casi mecánica. Con ello pretendía desviar del cuerpo del péndulo cualquier rastro

perturbador de fuerzas ódicas. Tenía que proceder, en esta ocasión, con todas las precauciones. ¡Lo que estaba haciendo era una osadía!

El péndulo empezó a comportarse entonces de un modo raro. Como indicador del alma y del espíritu, la sensible herramienta tenía el don de revelar todo cuanto se le pidiera. El anhelo de Höllriegl ahora era ver cómo el hombre más poderoso que había pisado la Tierra imponía su voluntad a la hembra más dominante que existía. La voluntad titánica del Führer debía someter la carne de la amazona.

El *gyros* tembló a causa de aquella avalancha de fuerzas enfrentadas. Se desató de inmediato un torbellino de círculos, primero en el sentido de las manecillas del reloj y, más tarde, brevemente, formando la vertical en dirección al corazón de Höllriegl. Tras unos pocos cambios bruscos, apareció la horizontal, es decir: la negación. Y de nuevo el círculo, está vez girando en la dirección opuesta. En realidad, Höllriegl tenía motivos para estar satisfecho con aquella figura, ya que el campo de vibraciones se había completado de manera armónica, la señal de la cruz había quedado trazada de un modo bien visible. La horizontal, reflejada de manera exacerbada en la figura, significaba negación, renuncia y… ¡prohibición! Se oponían a ella, débilmente, las vibraciones perpendiculares: al parecer, el eros de Höllriegl estaba interfiriendo en todo el proceso, entrando en disputa –¡ridícula empresa!– con las fuerzas emanadas del retrato. Todo aquello podría querer decir que Ulla le estaba vedada a él, a Höllriegl. La mujer se hallaba en medio del fuego cruzado de fuerzas que obraban a otro nivel. Había visto muy claramente el signo de la prohibición, que también anunciaba peligro.

Un estado paralizador se apoderó de él, pero el experimento, así y todo, continuó. El péndulo describió las mismas órbitas en varias ocasiones, y la figura de la cruz fue mostrándose de un modo cada vez más nítido, en cierta medida descontaminado, pasando por último a un signo de multiplicación. Si se interpretaba como la «otra cruz», la Cruz de San Andrés, ello significaba que el portador y desencadenante de aquellas vibraciones –es decir, el Führer mismo– era una criatura de máxima sabiduría que estaba ya en contacto con el Más Allá. El signo de la cruz y el de multiplicación, combinados, significaban la muerte. El Führer estaba marcado por la muerte. ¿Arrastraría consigo a Ulla?

Ahora todo cobraba para Höllriegl una claridad alarmante; sólo precisaba mantenerse al margen de aquella combinación. La figura de la muerte atañía

expresamente al Führer, y Ulla había proporcionado el catalizador. Sobre el Führer se cernía el símbolo de la muerte: ¿cuándo entraría en el reino de las sombras eternas? O bien estaba agonizante o ya estaba muerto; pero aun en la muerte preservaba su poder sobre la vida, una vida que, en el experimento de Höllriegl, estaba simbolizada por lo femenino, por el elemento de la hembra, por Ulla. ¡Astros, caed sobre mí!

Como paralizado, ausente, sobrecogido por una frialdad en la que sólo podía reconocer el helor de un sepulcro, Höllriegl puso el cuadro de nuevo en su sitio. Saltó del diván, la sangre le palpitaba con fuerza en las sienes doloridas, tenía el cuerpo cubierto de sudor, los dientes le castañeteaban por un exceso de tensión nerviosa. Oyó entonces acercarse unos pasos duros y viriles. Fuera, en algún lugar, reñían unos perros, se escuchaban aullidos y ladridos. Höllriegl corrió hasta la ventana, de repente sentía de nuevo aquella sensación de vacío, de automatismo en las piernas. En el atrio, dos criados llevaban hasta el establo a un caballo cubierto de mantas. Cuando se apartó de la ventana, vio ante él a la señora Von Eycke.

Parecía acalorada, como si le faltase el aliento. La mujer arrojó el gorro de montar hacia algún rincón y se sacudió de la frente el cabello indomable. De inmediato se plantó ante el espejo, lanzando al giromante, de soslayo, una mirada de expresión incierta. El hombre estaba allí de pie con el rostro cubierto por una oleada de sangre que, por un instante, le expulsó de las venas toda la anterior «frialdad sepulcral».

–Ah, el jefe de sección Dürrrriegl… –dijo Ulla, alargando la «r» de un modo exótico y burlón, mientras examinaba su imagen en el espejo–. *Heil Hitler!* –exclamó, respondiendo al saludo de Höllriegl, acompañado de un entrechocar de tacones–. Ahora recuerdo: es usted nuestro giromante. ¿Ha encontrado algo? –De nuevo ese extraño tonito sarcástico. ¿O eran imaginaciones suyas? No había en la mujer ni rastro de rubor por su olvido, por el desorden. Entonces Ulla von Eycke se dio la vuelta abruptamente y le ofreció su mano.

Höllriegl se inclinó sobre ella para besar sus delgados dedos, pero Ulla se la retiró de un tirón, de modo que la reverencia tuvo poco de caballerosa, más bien pareció el gesto servil de un criado. Un cálido y benéfico aroma se le vino encima, envolviéndolo.

–Cara señora –dijo él con su tono sonoro, tan carismático y austríaco, un tono que a él, en particular, le pareció infinitamente estúpido y miserable–, yo

tenía el encargo de… En fin, me llamaron ayer para que estuviera aquí a las tres. Perdone usted que… que me haya introducido de este modo.

–Oh, no pasa nada, señor…

–Höllriegl.

–Cierto: Höllriegl.

Con gesto despreocupado, Ulla se quitó la chaqueta. Bajo la blusa de corte masculino y de escote abierto se abovedaban, meciéndose con elasticidad, sus senos. La blusa mostraba unas manchas de humedad bajo las axilas.

Entonces ocurrió algo terrible, irreparable. Höllriegl se había prosternado ante la señora Von Eycke emitiendo un gritito ahogado con el que intentaba encontrar una válvula de escape, una frase entera, una confesión. Con todas sus fuerzas, atrajo hacia sí a la mujer, que de repente se había quedado paralizada. Höllriegl la abrazó, le palpó de un modo descarado la parte inferior del cuerpo (¡jamás podría olvidar la plena redondez de aquel trasero!), le besó el monte de Venus marcado bajo el ceñido pantalón de cabalgar y, con un gemido, mordió la parte en la que tela y carne se fundían, una zona cálida como la sangre, suave, rebosante, con olor a caballo y a cuero.

En ese preciso instante, Höllriegl, de cuyo abrazo Ulla había conseguido desprenderse, sintió un dolor abrasador en la frente y la mejilla. La Bruja de Ámbar lo había golpeado; lo había hecho en silencio, con un gesto vehemente y bien dirigido; la fusta se le había escapado de las manos al hacerlo. Cuando Höllriegl intentaba levantarse, ella le asestó el segundo golpe, esta vez con el mango, que fue a rozarle el ojo derecho. Aturdido, fuera de sí, el agredido se alejó tambaleándose de la habitación, medio ciego, jadeando y palpándose el rostro a través de aquella infinita sucesión de pasillos, mientras bajaba las escaleras. Más tarde no habría sabido decir cómo consiguió escapar de aquel laberinto y llegar hasta su coche, tampoco si alguien había presenciado su vergonzosa retirada. Las lágrimas se le escaparon cuando arrancó el coche. Dejó que el motor se calentara y metió la marcha. ¿Y su cartera? Se había quedado arriba, junto con el péndulo; sólo le había dado tiempo a agarrar el abrigo. ¿Diría algo Ulla?

Su recuerdo del viaje de regreso estaba lleno de lagunas. Más tarde recordó que, sollozando a causa de la rabia, de la vergüenza o de la humillación (¡un

estado en el que nadie debía verlo!), estuvo tarareando sin cesar, repitiéndolo una y otra vez, un canto de combate de la época en que era miembro de las ilegales Juventudes Hitlerianas: «Arriba, arriba, para el combate nacidos. / Arriba, arriba, por nuestra patria a luchar. / A Adolf Hitler nos hemos prometido, / a él queremos la mano estrechar». Con la mente en blanco, dejó que Burjak –quien, disimuladamente, no dejaba de reír con cierto sarcasmo– le quitara el abrigo y las botas. Y puesto que ahora ya todo le importaba un comino, ni siquiera hizo el esfuerzo de representar ante el alma perruna de su siervo el papel de un miembro de la raza superior. Estaba muerto de cansancio, desmoralizado, deshecho por dentro. ¿Diría algo Ulla? ¿Diría algo, diría algo?

Höllriegl se acercó a la ventana, como era su costumbre, y miró hacia fuera sin percibir nada. Sentía en la frente un ardor infernal. De repente, en el techo del edificio de enfrente apareció el habitual anuncio lumínico, y eso lo trajo de vuelta a la realidad: EL PARTIDO PIENSA POR TI, leyó, y la consigna –que al mismo tiempo era el archiconocido eslogan en las pausas de las transmisiones de la Grandullona, como llamaba la gente a la torre de la radio en la capital del Reich– lo colmó de satisfacción y de consuelo.

Burjak se le acercó entonces con dos cartas que un mensajero de la Casa del Partido había dejado en el buzón. Los intentos de aquel infrahumano por evitar mirar la frente lesionada de Höllriegl eran tan llamativos que causaban vergüenza. El correo: uno de los sobres contenía la orden de desplazamiento para el viaje a Berlín, con la condición de que se presentara ante el *Obersturmführer* Hirnchristl, en el número 4 de la calle Tiergarten, para prestar servicios posteriores. En aquel papel se consignaba el habitual permiso para franquear las «pequeñas» zonas restringidas B y D. (¡Toda una formalidad estúpida!). Fechaban el día del viaje el domingo; podría tener inconvenientes si viajaba el lunes. El *voucher* para el alojamiento tenía un plazo de una semana, y la orden le asignaba la pensión Zweenemann, en la Uhland-Eck. Del segundo sobre, que llevaba la dirección escrita a mano, extrajo una carta privada. Un papel de buen gramaje, decorado con heliotropos y con un aroma dulzón. Las letras eran larguísimas, una mezcla de letra cursiva antigua y caligrafía latina. La carta estaba fechada en Berlín:

Estimado geomt. Höllriegl:

He oído decir, por casualidad –y no me pregunte quién me lo ha dicho–, que estará usted por aquí. No pierda la oportunidad, por favor, de tocar el timbre en el número 82-57 del bloque freislerhorst, mejor por la mañana, hasta las ocho. O en el número 69-11 del gneisenau,[12] puerta 272, hasta las cinco de la tarde. Me gustaría verle.

¡Con saludo alemán!

ANSELMA GELDENS, de soltera VON EYCKE

P.D.: ¡Espero que no vuelva usted a apostar al caballo equivocado!

Era la «exótica» hermana del señor Von Eycke. Aquella carta lo confundía. Lo del «caballo equivocado», ¿tenía un sentido político o privado? En todo caso, era una indirecta. ¿Se refería el comentario a Ulla? El tono era algo mordaz.

Las horas del atardecer de aquel catastrófico día, que Höllriegl pasó en un estado casi de inconsciencia, se dilataron hasta lo infinito, sólo se fueron colmando con nuestro giromante tumbado en el diván, en un estado de modorra, con los ojos clavados en la nada. Tras una ardua lucha interior, tomó algunos de los tranquilizantes que, aunque oficialmente sometidos a una prohibición estricta, estaban bastante difundidos entre la población. A veces Höllriegl se sentaba ante el pianino y se ponía a fantasear en él como en los tiempos que había vivido en Linz, siempre en su estilo romántico, con uso repetido del pedal y algunos pasajes virtuosos, tras lo cual las lágrimas afloraban a sus ojos. De vez en cuando se preparaba unas compresas; en la habitación olía a arcilla ácida. A veces le llegaba una sorda vorágine de tambores. ¿Llegaba de la calle o entraba a través de las paredes? Tenía un verdugón rojo, el ojo hinchado, teñido de un color negruzco. Tendría que continuar aplicándose compresas durante todo el día de mañana si quería tener el lunes un aspecto más o menos adecuado. «¿Diría algo Ulla?», se preguntó de nuevo.

Otra vez los redobles, y entonces, a continuación, los estertores de unos lurs,[13] unos sonidos prolongados, terribles, como si el fin del mundo, el

Ragnarök, esa gran ofuscación de los dioses, fuera inminente. ¿Qué era aquello? Todo eso era algo más que un mensaje especial dirigido al pueblo, según comprendió por fin. Las palpitaciones cesaron, tenía la sensación de rigidez en la nuca, la presión en la parte trasera de la cabeza se le hacía insoportable, el suelo de la habitación se movía bajo sus pies, se le alebrestaba. Tenía unas ganas incontrolables de vomitar.

Encendió el televisor de inmediato. Eran exactamente las diez de la noche. En la pantalla apareció el ministro del Reich de Instrucción al Pueblo y Propaganda, su imagen parecía distorsionada, los límites entre los niveles de claridad mostraban contornos poco naturales. Con las mejillas hundidas y el aspecto de no haber dormido, con la cabeza picuda, como esculpida, algo agachada y una monstruosa concentración en sus rasgos, signos de una tensión voluntariosa –parecía estar mirando a Höllriegl, o a cualquiera, en lo más profundo de su corazón–, dijo con la voz grave del luto una sola frase:

–¡Pueblo alemán! Él ha entrado en el eterno Valhalla.

La imagen desapareció como la de un fantasma. Y de nuevo sonaron los tambores, el bramido de los lurs. Se oyó a continuación una voz que decía: *Uuanta sâr sô sih diu sêla / in den sind arheuit / enti si den lihhamun / likkan lâzzit / sô quimit ein heri / fona hinilzungalon […] diê pringent sia sâr / ûf in himilô rîhhi / darî ist lîp âno tôd / lioht âno finstrî / selida âno sorgûn […]*.[14]

Höllriegl cayó entonces de rodillas, y en medio del silencio pudo oír el martilleo de su corazón.

UN JUDÍO ARQUETÍPICO EN EL TERCER REICH

«–Es muy posible que los marcianos tengan mascotas preferidas entre ellos; que les enseñen a hacer trucos. ¿Quién sabe? Puede que se pongan sentimentales con algún muchachito que se crio entre ellos y deba ser sacrificado. Y es posible que enseñen a algunos a perseguirnos.

–No –exclamé–. ¡Eso es imposible! Ningún ser humano…

–¿De qué sirven esas mentiras? –me interrumpió el artillero–. Muchos hombres lo harían con gusto. ¿De qué vale fingir que no es así?».

H. G. WELLS, *La guerra de los mundos*

Se había pasado todo el domingo lloviendo a cántaros, y hoy, lunes, lloviznaba. Jamás se había visto un cielo tan cubierto y desconsolador. Aquel acontecimiento elemental, violento como ningún otro en la historia de Occidente, había estremecido todo el planeta. Una parálisis extraña y acechante, según le pareció a Höllriegl, se había cernido sobre el mundo. Al mismo tiempo, dicha inmovilidad podía ser la expresión de una tensión extrema. Todavía nadie se atrevía a preguntar lo que sucedería a continuación: todos tenían la pregunta en la punta de la lengua. Uno de los vecinos de Höllriegl en Heydrich, un tal doctor Senkpiehl –especialista en trastornos nerviosos, para más señas–, fue bastante claro por teléfono (desde que había oído la noticia, Höllriegl no había puesto un pie fuera de su casa): habló de estados catatónicos, de parálisis espasmódica, de estupor y cosas parecidas. De modo que los demás también lo notaban, sólo que cada uno se lo explicaba a su manera.

–Hay algo en el aire –le había dicho el hombre, pero no quedó claro si con ello se refería a la situación algo turbia reinante en el Lejano Oriente.

A pesar de todo, Höllriegl, por mucho que el suceso le incomodara y hasta le ofendiera, no podía sentir un duelo genuino. Lo que sentía era un voluptuoso anhelo de dolor. Había amado al Führer hasta el final como a un ídolo, le había profesado un amor que en nada se diferenciaba del que había sentido por él en la época en que era un joven combatiente anónimo que actuaba en la clandestinidad, allá en la Marca Oriental, en contra de aquel régimen de judíos, masones y curas. Pero Adolf Hitler ya no estaba, Odín había llamado a su heraldo para que se presentase en el Valhalla. Y Höllriegl no quería ni podía pensar más allá. Lo raro era que, en todas esas horas tan decisivas para el mundo, él sintiera como una especie de alivio. Ahora sí que la Bruja de Ámbar no diría nada. Ese gran acontecimiento oprimiría el corazón de todo compatriota, sumiría a la potencia líder del mundo en la más profunda tristeza, y eso le haría olvidar a la mujer aquel insignificante y odioso incidente.

La humedad le calaba a uno hasta los huesos. Höllriegl detestaba la sosa calidez del coche, razón por la cual no había puesto la calefacción. Sólo poco a poco fue rodeando el Tiergarten a través de los controles de las calles, regulados electrónicamente. La capital del Reich se ahogaba en paños negros.

De todas las ventanas, de cada agujero colgaban banderas de luto trenzadas por el viento, empapadas. (Todas las dependencias del Partido y la Wehrmacht en todos los rincones del planeta habían recibido la orden de izar banderas). Un crespón negro envolvía los estandartes y las banderas izadas a media asta. Todas parecían harapos, carecían de toda dignidad, todo era de una ridiculez fantasmal. Las banderas se mecían como ahorcados en sus postes. Muchos transeúntes llevaban ropa oscura, se veía también a mujeres con largos velos. Con el tiempo que hacía, era poca la gente que había en la calle, pero, en cambio, sí que se veían infinidad de coches. Los miembros del cuerpo de Policía patrullaban en parejas, y en todos los cruces importantes había tropas especiales del NSKK, el cuerpo de Motoristas, vigilando el tráfico. Por lo demás, no se notaba nada especial.

Höllriegl había conducido casi toda la noche, le gustaba conducir a esas horas. Estaba enamorado de las solitarias áreas de descanso de las autovías durante la madrugada, con sus camareras soñolientas (que él, sin saber bien por qué, había bautizado como Princesas Encantadas) y los cálidos vapores del café. A esa hora uno se tropezaba allí sólo con los camioneros y el personal de control de las zonas con peaje, gente parca en palabras, malhumorada. En este viaje, durante el cual había hecho dos paradas, había reinado en todas partes un mutismo deprimente; todos parecían ocupados con sus propios pensamientos. Cerca de Ciudad Eichmann, la cafetería, con una decoración muy acogedora, tenía la forma de un molino de viento, y la camarera –una cabra sosa de pelo rubio cenizo, con unos bordes rojos en los párpados y síntomas de hipertiroidismo– parecía perseguirlo desde el mostrador con miradas apremiantes. A veces interrumpía sus labores de punto y le miraba la frente de soslayo. (¡La marca de Caín!). Él era el único cliente en el local. Cuando salió, ella se inventó algo que hacer en el estrecho pasillo y le pasó cerca, pegándosele al cuerpo –casi como en una escena de cine mudo–, de modo que, lo quisiera o no, Höllriegl tuvo que palpar la flacura de la mujer, aunque también sus senos llamativamente esponjosos y grandes. Mientras hacía sus necesidades en el retrete, sintió como si ella lo estuviera acechando detrás de la puerta. Pero se equivocaba, la princesa encantada había ocupado de nuevo su sitio delante de la máquina del café, centrada en sus labores manuales. Al marcharse, Höllriegl saludó, como de

costumbre, con su apático *«Heitla!»* La joven reunió las monedas y murmuró como ausente: «Que tenga un buen día».

El giromante no sentía cansancio alguno, estaba acostumbrado a conducir durante la noche; además, gracias al tranquilizante, había estado dormitando casi todo el domingo, sólo había adelantado algunos trabajos para el *Kyffhäuser Boten* y terminado de responder varias encuestas. Quería echar una ojeada rápida a la casa en la calle del Tiergarten, antes de ir a la pensión en el Uhland-Eck donde tenía asignado el alojamiento.

La derruida torre de la Iglesia Memorial, que también era un símbolo de la victoria después de la noche de los grandes incendios, se alzaba hacia un cielo sin fin y sin detalles. La oscuridad era tal que los coches tuvieron que encender los faros antiniebla. Un tráfico viscoso fue llevando el coche de Höllriegl a través del Landwehrkanal, cuyas aguas aceitosas y negras se deslizaban por debajo del puente. Al final de la avenida Graf Spee aparecieron en medio de la niebla los primeros árboles del parque metropolitano, el Tiergarten. Höllriegl pasó junto a un cine cerrado, decorado con el emblema nacional y un sudario negro; en ese cine, hasta el sábado por la noche, habían estado presentando una película de Karl May, *En el reino del león de plata*. Un dolor casi físico lo sacudió de pronto. Como cualquier escolar, el Führer había adorado ese libro.

Feliz de poder sentir todavía aquella manifestación de dolor, dobló la esquina y se vio en la Tiergartenstraße, donde el tráfico era mucho más fluido. En el barrio del Tiergarten podían aparcar únicamente los coches de funcionarios, y ello solamente con un permiso especial sometido a un estricto control. La orden de desplazamiento, que había tenido que mostrar ya en más de una ocasión, le bastaría para poder hacerlo.

El número 4 en la Tiergartenstraße: un cajón inmenso, de ocho plantas, con una fachada admirablemente restaurada, para la que se había puesto énfasis en la sencillez, con algunas insinuaciones de monumentalidad. Estaba pintado de color pardo, de modo que se trataba de un edificio oficial. Había una única bandera con crespón a media asta: la de la navegación espacial del NSFK.

La mirada bien entrenada de Höllriegl se deslizó rápidamente por la fachada. El imponente portal, flanqueado por dos columnas dóricas y muy semejante al pórtico de un templo, estaba cerrado. No había guardias a la vista. Detrás de casi todas las ventanas, el brillo de las luces de neón le

cegaba los ojos al día. Al otro lado de la calle había una tropa de infrahumanos ocupada en levantar en un claro del parque una pancarta que mostraba al Führer en pose de orador.

Höllriegl bajó del coche para poder leer mejor los carteles de la entrada: Máquinas de Pensar Alemanas, S. A. (al lado se veía la rueda dentada del Frente Alemán del Trabajo –DAF–); Oficina Central de Ejercicios Físicos; *Gau* Gran Berlín; Keough & Sons, *Pearl Cultivators and Exporteurs*, Hong Kong / Kobe; Comisionado de Asuntos Legales de la Unión de Cristianos del Reich; Ing. Leodegar Schwemmle, Movimientos de Tierra con Maquinaria; Dirección del Parque Natural de Schorfheide; Algodones de Silesia, S. A.; Kohlmorgen & Hassebrauk, Mayoristas en Pieles; Frente Espacial Alemán: Comisionado de Divulgación de Bienes Espirituales Alemanes en el Cosmos; Meguscher & Meschuger Limited, Kapuskasing/Albuquerque/ Toowoomba/Stanleyville; Grupo de Expertos en Fabricación de Ruedas y Carrocerías; Coto de Caza del Kurmark: Director Regional de Asuntos Cinegéticos; Joachim Troxbömker, Mantenimiento de Coches y Autobuses; Oficina Central de Reclamos de Distinciones Honoríficas; Banco del Reich (División del Este), Administración del *Gau* del Volga; Escuela Nacional de Supervisión del Aire y Protección Radioactiva [ésta, por lo visto, era «su» oficina]; Hermana Huldra, Tienda Especial de Productos Dermatológicos Testados; Oficia de Solicitud de Préstamos Matrimoniales, *Gau* Weser-Ems; Redacción Central del Calendario de Trabajo del Gremio de Jardineros; Madame de Saint-Punt, Predicciones; Oficina de Registro de Patentes, Módulos de Utilidad y Marcas Registradas.

Algunos de los carteles eran nuevos, el bronce húmedo brillaba con tonos rosa. Otros, por el contrario, parecían ser de una época anterior. El edificio, por lo visto, albergaba también varias empresas privadas.

Cuando se sentó de nuevo al volante para continuar viaje hasta la pensión en la Uhland-Straße, le pasó de nuevo por la mente lo que había dicho Schwerdtfeger: «Asuntos del Reich, secreto de Estado». ¿Y su otro comentario? Que habría que llamar al astrólogo mayor… Con ello sólo podía referirse al antiguo sustituto del Führer, Rudolf Heß –cargo que había dejado de existir hacía mucho tiempo, junto con sus otros cinco departamentos subordinados; el propio *Reichsleiter* Martin Bormann lo había disuelto en su momento–; el hombre que, tras su liberación de la prisión en Inglaterra y de

un penosísimo proceso ante el Tribunal Superior de Justicia del Partido, había desaparecido de la faz de la Tierra. ¿Que padecía esquizofrenia? Eso se comentaba. En todo caso, sería un cadáver viviente (aunque es probable que siguiera practicando su pasatiempo favorito: la astrología). Pero ¿es que Heß había resucitado? Todo era insólito. ¿O es que aquel escritorzuelo había empleado una de esas fórmulas retóricas cargadas de simbolismo que algunos empleaban para insinuar la propia pertenencia a los «círculos más íntimos»? Un simple hombre del pueblo no tenía las claves para descifrar ese enigma.

Y otra cosa: ¿a través de quién, de qué recovecos se había enterado la señora Anselma –¿cuál era su apellido de casada?que él, Höllriegl, estaría en Berlín? Tal vez la mujer supiera algo más, por ejemplo, dónde y para quién estaría trabajando él.

Höllriegl había pactado una cita con Anselma Geldens a las 13:30 (a esa hora los locales no estarían demasiado llenos), en una cafetería danesa en la parte alta del Ku'Damm. En aquel recinto tubular, oscuro y alargado, con sus pequeñas mesas cubiertas con manteles blancos y una iluminación ambarina, Höllriegl se sintió a gusto de repente. Había conseguido un rincón acogedor para dos personas, y desde allí se puso a vigilar la entrada, expectante. Los camareros, de aspecto mediterráneo, se movían con prisa de un lado a otro; las voces atenuadas de los huéspedes, el sonido de los cubiertos y la vajilla, el ruido que se producía al descorchar alguna botella: todo era como siempre. ¡Un mundo sagrado, pacífico, infinitamente protegido! Y no sólo se sentía a gusto, se sentía divinamente, así que se puso a silbar muy bajito, casi para sus adentros. En el espejo casi antiguo que tenía enfrente apareció su cabeza rodeada de un persistente humo de tabaco. («… Muy buen aspecto, la verdad…»).

De pronto sintió que una mano se le posaba en el hombro. Al darse la vuelta, vio ante sí a la señora Geldens, una mujer bajita y frágil.

–Le asalto por la espalda –dijo ella, dedicando un esbozo de sonrisa a Höllriegl, que se puso en pie de un salto–. No encontré aparcamiento en la calle, por eso he tenido que entrar por el traspatio. ¿Cómo está usted?

Él insinuó un beso en la mano de delicados dedos y ayudó a la dama a quitarse el sobretodo de piel (una prenda muy especial; ¿acaso pelo de mono?). Su nuca infantil tenía un brillo amarfilado, y bajo el pelo oscuro

cortado a lo *garçon* Höllriegl vio, con repentina fascinación, las pequeñas orejas de Anselma, de nobles formas. Un cálido aroma emanaba de su vestido, un olor intenso y áspero, en cierto modo mohoso. Era muy parecido al olor de las flores moribundas. La señora Geldens llevaba, obviamente, luto nacional.

Höllriegl había visto a la hermana del señor Von Eycke sólo fugazmente en dos o tres ocasiones. Una vez en Radebeul, más tarde en algunas recepciones. En su recuerdo, ella era una persona con aspecto de muñeca, enfermiza, friolera; tendría algún padecimiento pulmonar o alguna afección del hígado. Según sabía, la mujer había vivido varios años en el archipiélago malayo, en la Insulindia, siendo la esposa del representante de una empresa de acero de origen holandés. Pero Mijnheer Geldens ya no estaba entre los vivos.

–Acordemos dos cosas desde ahora –dijo la mujer con un impreciso tono burlón–. No me pregunte por quién he sabido que vendría usted a Berlín y yo no le preguntaré dónde se ha hecho esos arañazos y esos lindos moratones en el ojo azul. ¿De acuerdo?

Mientras respondía mecánicamente al convencional parloteo de la mujer, Höllriegl seguía contemplándola cuando el camarero se acercó y ambos pidieron dos platos vegetarianos y dos zumos de frutas. Anselma tenía una complexión delicada, su tez era pálida, con manchas, algo traslúcida, como si la piel se le hubiera tensado demasiado en torno a las articulaciones, creando un matiz demasiado claro y brillante. Sus gestos eran nerviosos, pero elegantes. Tenía una frente baja, inteligente. Como detalle curioso, su rostro mostraba de perfil un aspecto muy distinto al que tenía de frente: Anselma tenía una doble cara, del mismo modo que una serpiente tiene la lengua partida en dos. Su voz sonaba suave y sensual, pero no una sensualidad cálida, sino fría, helada incluso. Era inconcebible que aquella voz pudiera alzarse alguna vez. Aquella mujer tenía aspecto infantil, poco desarrollado, pero al mismo tiempo parecía mayor (¡la boca delicadamente arrugada!). Puede que fuera más joven que Ulla, pero se notaba que iba marchitándose. Sólo que ella no ocultaba ese aspecto marchito; al contrario: lo subrayaba con su perfume y con algunos elementos de su vestimenta que, en cierto modo, no eran intencionales.

¡Pero los ojos de Anselma! No eran, sin embargo, los ojos los que cautivaban, como pudo comprobar Höllriegl. El iris mostraba unos puntitos

de color verde y parduzco, un brillo penetrante y absorbente llegaba de sus pupilas. Lo que realmente cautivaba en ella de inmediato era, principalmente, esa mirada sabia, «antigua». En su estrecha cara de mejillas ligeramente marchitas, los ojos se agrandaban de forma desmedida.

Hablaron de todo lo humano y lo divino mientras comían. Ambos eran adeptos de la medicina naturista alemana, cuyo veterano gurú era un tal señor Bilz, de Radebeul. Había sido durante un congreso de médicos naturistas en aquella ciudad –cuando se conocieron– que Anselma le habló brevemente de su cuñada, con la que no parecía estar en muy buenos términos.

–Ulla es un bellezón de fachada estilizada con aspecto de nórdica, pero es más eslava que germana. Es inmensamente vital, está obsesionada consigo misma, ¿lo sabía? ¿Que si Erik es feliz con ella? No tengo ni idea. Mi hermano es muy introvertido y está totalmente centrado en la política…

Anselma desvió rápidamente la conversación de los temas familiares y contempló a Höllriegl, por un momento, con cierta desconfianza. Se mostró interesada en temas de giromancia, como ya lo había hecho en Radebeul. Algún día tendría que venir él a su casa para examinarla, dijo. Pero –cosa extraña–, sin darse cuenta, fueron adentrándose en una charla coqueta, pletórica de doble sentido. Era como si se desnudaran uno delante del otro… Respetando todas las normas del honor, se sobreentiende («Un paraíso de nudistas»). De forma inesperada y más bien torpe, Höllriegl empezó a hacer alarde de sus conocimientos de mitología y hasta recitó versos de la Saga de los volsungos, del *Helgakvidha Hundingsbana* («En inmemoriales épocas, cuando las águilas cantaban…») y del *Sigrdrîfumâl*. Entonces pasó al ataque frontal.

–Tiene usted sin duda un atractivo y honroso nombre germánico –dijo, haciendo un guiño, a lo que añadió en tono mordaz–: ¿O es su apodo erótico?

Dicho esto, empezó a examinarla de un modo descarado, quizá demasiado descaradamente, según le pareció, por lo que de inmediato adoptó una mirada neutral.

–Mi nombre es Kostbera, que significa la *Kostbare*, «deliciosa», pero me gustaría llamarme Knêfro-dh, la de «rodillas perfectas».

La mirada de ella se deslizó por los hombros de Höllriegl. Aquella mirada tenía algo de humildad, pero era, a la vez, impúdica. Entonces alzó los ojos y lo miró fijamente a los ojos. Él le sostuvo la mirada. Por un instante, ninguno

de los dos bajó la vista. Surgió una pausa cruzada lentamente por el ángel del silencio, un silencio bastante poco sagrado.

–*Es* usted una *delicia*, en efecto, el nombre le pega. Pero mejor sería llamarse Hyrr, la «llama», o Ridhill, o Svâsudhr, «dulce caldo» –dijo él, raspando todavía algunas virutas de sándalo mitológico–. Pero yo ansío ya conocer su *Sevafiöll*. Para mí es usted Sinfiötli, *Sinnfessel*, la que encadena y cautiva los sentidos.

–Usted lo confunde y lo mezcla todo –la burla de Anselma era suave y benévola–. Ridhill significa *Schwirrl*, la «espada de Regin», así que es neutro. Yo sólo podría ser la vaina, la vagina. Y Sinfessel es nombre de hombre, hijo de Segismundo y nieto del volsungo en la *Sinfiötlalok*, ya sabe, ese canto heroico extraviado del que Herms Niel ha hecho una estúpida versión para ópera… –dijo, y de repente se puso a cantar con voz suave–: «Hijo, déjate ya crecer la barba».

Aquella mujer se sabía de memoria los *Edda*. Él, en cambio, era una especie de niño cantor huérfano.

–No importa; a pesar de lo que me dice, la llamaré *Sinnenfessel*, la que cautiva los sentidos.

Un agradable escalofrío recorrió su espalda, un cosquilleo fluyó por sus venas, como si un vino espumoso circulara por ellas. Anselma era una maga, una *fengin*. De su cuerpo, con sus pequeños senos ondulados, emanaban cálidas oleadas. Los nervios de Höllriegl vibraron bajo la avalancha de efluvios.

La charla volvió a tomar derroteros más inocuos. La señora Geldens trabajaba en el Ministerio de Exteriores, en el departamento de Política Económica. Estaba empleada en la sección que se ocupaba de la zona protegida de Insulindia, la cual, como se sabía, ocupaba el territorio con mayores riesgos por ser un enclave situado en la parte del mundo controlada por los japos. El conocimiento que Anselma tenía del país y de su gente la convertían en una especialista muy solicitada; además de holandés, hablaba fluidamente el malayo, un poco de chino, japonés e inglés-chino. Cerca de la Wilhelmstraße, donde estaba su despacho, habitaba un elegantísimo y, al parecer, espacioso piso de tres piezas, situado en la última planta de un edificio reconstruido. Tenía terraza propia –ella le mostró fotos– y un decorado algo extravagante, lleno de adornos exóticos. Vivía allí con su siervo, un cocinero chino al que había traído de uno de sus viajes al Pacífico.

Höllriegl intentó en varias ocasiones volver al tema íntimo; quería averiguar, sobre todo, si ella tenía «relaciones» de alguna índole en la capital del Reich. Anselma respondió primeramente con evasivas, irónicamente, pero luego dejó entrever que tenía protectores y amigos influyentes. Conocía, por ejemplo, al sobrino del antiguo ministro del Deporte del Reich, Hans von Tschammer und Osten, que tenía un cargo importante en la Oficina de Censura Cinematográfica; habló de su amistad –concepto bastante elástico– con un teniente general, un tal Hansjoachim von Geyl-Aufseser, actualmente jefe del departamento del GIF, en la OHK, con rango de inspector general, encargado de asesorar a las nuevas generaciones de líderes del Ejército; dejó caer también el nombre de Bonhoeffer: lo que significaba un puesto de liderazgo en la economía. Por último, mencionó que tenía acceso a la cancillería presidencial del Führer. Höllriegl no necesitaba saber nada más. Se moría de respeto.

Sólo en una ocasión tocaron fugazmente el problema de la muerte. A diferencia de Höllriegl, Anselma no creía en una vida después de la muerte, tampoco en la pervivencia del alma del Führer. El hombre surgía de la nada y a la nada volvería. (Höllriegl, en su fuero interno, admiró el valor de Anselma al hablar tan abiertamente, delante de alguien casi desconocido, de unas ideas que se apartaban con creces de la doctrina oficial. Por cierto, los extremistas de la idea racial, los cachorros del Werwolf y los adeptos del MATNAC, etcétera, también negaban la existencia después de la muerte). Para Anselma el pueblo alemán, en su conjunto, estaba ahora llamado a convertirse en el portador del «alma del Führer», el pueblo ario sería en cierto modo el «cuerpo místico» de Adolf Hitler. Sobre ese tema no dijo nada más: tal vez fuera una deferencia con el carácter romántico de Höllriegl, al que le gustaba regresar al mundo sublime de los æsir y los vanir; no creía ya, por supuesto, en su existencia metafísica, pero sí que creía en las ideas que encarnaban. Creía, por ejemplo, en las simientes sagradas del Askur Yggdrasil, el árbol de la vida del que había florecido el Eterno Pueblo Alemán. Sin embargo, el esquema de fe convencional que enseñaban en todas las escuelas no era capaz de sostenerle la mirada burlona a Anselma.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, no pronunciaron una sola palabra más sobre la muerte del Führer; y estuvo bien así. Un temor sagrado, o quizá mera precaución, les hizo abstenerse de abordar el tema. También era mejor

dejar fuera del juego la cuestión del sucesor y la de las consecuencias. Anselma mencionó únicamente un rumor que se había enquistado en algunos círculos partidistas de la capital; un rumor según el cual el Führer, en su lecho de muerte, había dejado grabado su legado político en una cinta magnetofónica, pero la cinta había desaparecido. Lo más probable es que el hombre conocido como el Diablo de los Bosques se hubiera apropiado del testamento. Ante el Diablo de los Bosques –apodo que aquel hombre debía a la histórica operación homónima de la Ustacha y sus ayuvos (ayudantes voluntarios), iniciada por él, después de la guerra, contra la dinastía de los Tito– temblaban, sin excepción, todos. Ese croata-alemán, cuyo nombre verdadero nadie conocía, había sabido ampliar su doble posición clave en el Partido hasta convertirla en una especie de fortaleza inexpugnable. Había sido jefe de Estado Mayor en la Oficina dirigida por el fallecido Martin Bormann, quien había muerto, dicho sea de paso, en circunstancias aún sin esclarecer. Tras la muerte (o la desaparición) de Bormann, asumió su Oficina, que había quedado sin liderazgo, dejando en la estacada al ayudante principal del muerto; al mismo tiempo, el Führer lo nombró jefe de la Cancillería del Reich, aunque Ivo Köpfler –que era su nombre de guerra político– era todo menos un diplomático de carrera. Köpfler, jefe de la Oficina de Organización del Partido Nacionalsocialista, jefe de la Cancillería del Reich y ministro sin cartera, era, después de Adolf Hitler, el hombre más poderoso en las estructuras del Estado. No había otro que se hiciera escuchar mejor por el propio Führer.

Y otra cosa le contó también la señora Geldens, algo muy grave. Inmediatamente después de que se diera a conocer al mundo la muerte de Hitler, en los Estados Unidos Vasallos de América *(United Vassal States of America)*, y sobre todo en las llamadas reservas para simios del sur, las Apemen Reservations (AMR) y los Apemen Camps (AMC), se habían producido algunos disturbios sangrientos. Todavía era un enigma cómo esos infrahumanos habían conseguido acceder a la noticia, ya que, desde la toma del poder del Concejo Tripartito del KKK y de la restitución del estatuto de esclavitud que existía antes de la mal afamada *Emancipation Proclamation*, las medidas de bloqueo informativo, ya de por sí severas, se habían endurecido al extremo. En dos puntos –Anselma desplegó un papel con algunos apuntes–, en Neosho, Missouri, y en Wickliffe (Kentucky), habían

tenido lugar auténticas sublevaciones. Criminales políticos y algunos simios negros habían reducido a los guardias del campo y –¡algo inconcebible!– habían asaltado un depósito de armas láser. En Wickliffe, el líder de las revueltas había sido un antiguo párroco negro.

–Al canalla lo capturaron los Minutemen, lo colgaron boca abajo de un poste y lo fueron asando lentamente. Mientras tanto, el tipo se dedicó a tararear salmos… Salmos judíos, por supuesto.

Esos acontecimientos, en sí insignificantes, se habían ocultado en la radio y en los periódicos. Únicamente en los canales de información interna del Partido, a los que Anselma a veces tenía acceso, se hizo alusión a ellos.

–Y a propósito de «asados» –continuó diciendo, con una sonrisa–: en el curso avanzado de fortalecimiento espiritual al que estoy asistiendo (sólo por motivos tácticos, dicho sea de paso), nos han pasado una serie brillante que usted debería ver. Nuevo material de capacitación, filmes de aficionados. Pero hay uno, en particular, que me impresionó mucho. En él mostraban la decapitación de infrahumanos empleando un hacha de mano común. Nos presentan la ejecución en todas sus fases y con primeros planos. En fin, una ejecución manual como las que se emprenden, como sabemos, con fines de intimidación. En el caso de un prisionero búlgaro, un tipo con el cuello de un toro que había estado persiguiendo a una muchachita de pura raza alemana con reclamos amorosos, la cabeza se resistía a caer. El verdugo, obviamente uno de esos idiotas del sistema penal comprometidos con el servicio, hubo de arremeter tres veces hasta que el individuo murió. Y luego nos pasaron otro breve documental: aplicación de condena a material femenino quemado en una pira. En esa ocasión era una película con sonido. ¡Sensacional! Debía haber oído usted aquellos gritos, cuando los pies empezaron a freírse. ¡Increíble lo sensible que es la gente al dolor!

Los ojos de Anselma centelleaban; de repente aquella mujer era, por así decir, toda ojos.

–Y con sensible me refiero a las damas de mi departamento. Primero acuden en tropel, pero luego les da flojera. Una se puso muy mal, vomitó hasta la bilis y se hizo pipí durante la presentación. Otra torció los ojos como si fuera epiléptica, y lo hizo una y otra vez, aun cuando ya había acabado el curso especial. No es más que histeria, claro, a ésas lo que les falta es que…

Otra vez ella lo examinó detenidamente, con actitud acechante. Höllriegl

no bajó los ojos, pero su esfuerzo le costó. Aquello era como una caricia larga y secreta.

–A ver qué dirán cuando nos pongan la siguiente serie: será sobre interrogatorios y «riego» de renitentes. Con tomas a cámara lenta y estrangulamientos con un lazo de alambre en un gancho de carnicero, el trabajo con el garrote o (¡quizá lo más interesante!) los experimentos que se realizan en los departamentos de acceso restringido como el LSD-25, etc.

Con ese tipo de conversaciones, o con algunas parecidas, fueron matando el tiempo. Höllriegl notó con placer cómo ambos se iban acercando poco a poco, tanteándose en sus pensamientos. Anselma era todo menos su tipo de mujer, su corazón ansiaba luminosos personajes germánicos, mujeres heroicas con traseros poderosos (de pronto pensó en Ulla: ¡y cuánto le dolió!); pero el encanto de Anselma, esa mezcla de cerebralismo tropical y esos nuevos modales cortantes y concretos que él tanto admiraba, precisamente por no sentirse capaz de asimilarlos («soy demasiado anticuado»), lo había cautivado después de aquel almuerzo. Era, sin duda, una mujer de una estirpe muy antigua, una auténtica Von Eycke. ¿Y él? ¿Qué era él? Un mestizo de muestrario.

Cuando se separaron, él le prometió llamarla de nuevo de inmediato.

–Esta noche estaré ocupada –dijo ella–, pero mañana… Tal vez… –Su mirada recorrió otra vez todo el cuerpo de Höllriegl, dejando huellas benéficas en él–. Como buen austríaco, ha escogido usted bien el heroico nombre del rey de los ostrogodos; sólo que, cuando se pretende conquistar Roma, jamás se sale ileso. Totila, en realidad, parece nombre de bar; mi padre, que pertenecía al *Korps* de los Germanos Negros en Worms, se llamaba así en el terreno de duelos de su hermandad estudiantil. –Y luego, con un tono lleno de doble sentido, añadió–: Debería llamarse usted Talpideo, algo así como El Topo…

Su cuidada mano de niña se apoyó con sus huesos delicados, más bien casi sin huesos, en su ávida garra de hombre, pero se estremeció cuando él, en esta ocasión sin insinuaciones, se la besó.

Todo estaba tan sombrío como antes, era un día de noviembre eternamente oscuro. Frente a la casa del número 4 de la Tiergartenstraße, la tropa de infrahumanos vestidos de gris seguía trabajando en el montaje de la pancarta.

Höllriegl miró la hora y entró en el edificio con paso resuelto, como siempre. Las columnas decorativas del pórtico retrocedieron a su paso.

En la portería, ahora convertida en un puesto de guardia semejante a un pequeño campamento militar, mencionó su nombre y el nombre de su contacto. De inmediato recibió un pase con la hora sellada en él. Hombres uniformados pululaban por el edificio, en cada rellano había guardias parecidos a estatuas vestidas de negro, tipos altos de mirada hueca dirigida hacia el hueco del vacío.

El *Obersturmführer* Hirnchristl, un hombre flaco con cara de queso, de bigotito rubio y barbilla saliente, echó una ojeada al pase y saludó luego vivamente a su compatriota:

–¡Qué bueno que ha venido!

Höllriegl fue puesto de inmediato al corriente.

–Sí, su examen con el péndulo tendrá lugar esta tarde, le recogeremos a las seis. Estará usted alojado *[una mirada al pase]* en la pensión de la señora Zweenemann, en la UhlandEck. Espero que no le importe que lo llevemos en un furgón para prisioneros. No puede usted estar al corriente del lugar al que le trasladarán. ¡Son órdenes!

Hirnchristl saltaba como una pelota de goma detrás de aquel escritorio tan parecido a una fortaleza; no paraba de manotear, como si fuera un policía de tráfico en un cruce muy transitado. Sobre la mesa, delante de él, había tres teléfonos de tres colores distintos: rojo, blanco y negro. Sonaban alternativamente. Cualquier conversación con el «compatriota» podía sostenerse sólo en un estilo telegráfico o a retazos.

El despacho contenía una mesa redonda, dos sillones de cuero y un sofá. Frente a Hirnchristl, delante de una máquina de escribir, estaba sentada una criatura algo entrada en años, con el peinado de pequeños moños que las normas establecían. Era un despacho como otros miles. También la fría luz de neón, el retrato del Führer con el crespón de duelo y algunas plantas de grandes hojas (resultado de la última orden impartida por el Frente del Trabajo de «crear puestos de trabajo soleados»), formaban parte de él. En la pared, en las rimbombantes letras góticas de la Wehrmacht, la conocida consigna: EL PARTIDO PIENSA POR TI. (Hacía tiempo que Höllriegl había reprimido en su memoria la consigna del NSV: «El Partido vela por ti»).

–Cuando haya acabado con la prueba, no tiene usted que regresar aquí;

puede, sin más, llamarme antes de regresar a su casa, yo pasaré la información a las instancias superiores. –Y a continuación, tras una nueva llamada telefónica–: Tendríamos también otro paciente para usted… ¿Sabe quién es Gundlfinger? Me refiero al filósofo, o lo que quiera que sea… ¡Me cago en la…! –La poética cita goethiana,[15] sólo mascullada entre dientes, por supuesto, se dirigía ahora contra el timbre de una llamada entrante a través del aparato rojo. Olvidándose repentinamente de la fuerte expresión, el *Obersturmführer* adoptó de inmediato una extrema actitud servicial y resuelta, en un abrir y cerrar de ojos había depuesto toda informalidad–. Sí, señor, claro… ¡Delo por hecho…! ¡Eso acabará mal, jajajajaja! ¡Sí, señor! –Y así sucesivamente.

Entonces, dirigiéndose de nuevo a Höllriegl:

–En fin, ¿conoce al tal Gundlfinger?

Höllriegl respondió afirmativamente. Claro que conocía el nombre. No hacía mucho había leído en un folleto de capacitación para funcionarios un excelente ensayo publicado por este gran hombre, lo recordaba muy bien. ¿Cuál era el título? «Sobre la humanidad durante el cumplimiento de condena en un campo de concentración», o algo por el estilo.

–Pues tendrá que arrimar el péndulo a la casa del tal profesor Gundlfinger. Un tal señor *[Hirnchristl echó una ojeada a su agenda]* von Schwerdtfeger, pez gordo en la Cámara de Escritores del Reich, le ha recomendado. Mis respetos, no anda usted nada mal relacionado. –Una nueva llamada–: ¿Cómo llegará usted hasta allí? Pues el profesor vive en absoluto retiro; espere un momento: vive en *[Hirnchristl volvió a hojear su agenda]* en Sauckelruh ob Rundstedt, en la Villa Walpurgis, al pie del Brocken. Hasta Magdeburgo tiene usted la autovía, y desde allí cuenta con otras carreteras principales que pasan por Halberstadt y Wernigerode. Ya sé, el Harz no está precisamente en el camino que usted tendría que tomar. Pero ya nos ocuparemos de que lo consiga. Da un poco igual a la hora que llegue, puede hacerlo durante la vuelta. Aquí tiene el número de larga distancia del profesor, y los códigos de preselección. Por cierto, el hombre tiene hasta un aparato de télex… ¡Qué le parece!

¡Qué manera de funcionar aquello, todo de carrerilla! Höllriegl se sentía como una ficha de ajedrez, movida de un cuadro al otro por unos jugadores invisibles. La idea tenía algo de tranquilizador, y estaba bien que así fuera.

Todo iba bien. A veces era bueno no tener que pensar. Otros, los poderosos, lo hacían por uno. Un mundo sagrado.

La señorita que hacía de secretaria anotó en el papel la hora de la visita y el *Obersturmführer* le puso su rúbrica. Höllriegl se despidió, chocó los tacones y, con el brazo derecho levantado –también su interlocutor se puso en posición–, proyectó hacia delante su mentón debilucho, con lo cual sus ojos pálidos cobraron el brillo del acero.

En la escalera, cuando bajó hasta la primera planta y pasó junto a los guardias, sintió de repente un cansancio espantoso, como si le corriera plomo derretido por las venas. En todo caso, aún tenía tiempo para descansar. Sólo debía llegar cuanto antes a la pensión.

Ya en su habitación, un espacio estrecho y con la calefacción muy alta, un recinto de una impersonalidad paralizante, se arrojó vestido en la otomana y se quedó dormido al instante. No fue una siesta reconfortante. Se vio especialmente torturado todo el tiempo por un sueño recurrente que tenía a menudo en distintas fases y con personajes diferentes. Esta vez era un hombre tuerto de barba negra, vestido con un abrigo y la cabeza cubierta con un chambergo; el hombre llevaba en la mano una pistola de matarife, empleada en el sacrificio de reses, y estaba rodeado de aprendices de carnicero cuyos delantales mostraban salpicaduras de sangre. Intentaba matar un caballo que estaba atado: Höllriegl sabía que se trataba de una yegua. Sin embargo, si uno miraba con mayor detenimiento, se daba cuenta de que la yegua era en realidad una mujer desnuda, una mujer de ojos claros, trenzas rubias y formas robustas: las ataduras se le hundían profundamente en la carne. Höllriegl amagaba con lanzarse a liberar a la víctima, pero entonces los carniceros se arrojaban sobre él y lo ataban a otro banco de madera. Para entonces, el hombre con la cavidad ocular vacía ya había desaparecido, y ahora, en su lugar, era una mujer rubia, desnuda, ya liberada de sus ataduras, la que se alzaba delante de él; la mujer tenía en la mano un cuchillo que afilaba en una amoladora antigua movida por pedales, como las que Höllriegl les había visto en su infancia a los afiladores ambulantes. Ya no se trataba, sin embargo, de la bella amazona de antes, sino de una criatura lívida, flacucha y teñida de rubio, con los ojos rodeados de unas orlas rojas –como las de los enfermos de hipertiroidismo– y unos senos enormes, como globos. La mujer se le acercó y lo observó con ojos curiosos mientras le abría

lentamente la garganta. Höllriegl quería gritar, pero sólo le salían unas gárgaras, un barboteo. Un chorro de sangre brotaba de su boca…

Despertó. Eran las 17:45. Sentía cierta presión dolorosa en la nuca. Dejó correr un poco de agua en el lavabo y se lavó la cara seca y ardorosa. Luego tomó dos péndulos de la maleta y una varilla. Examinó los aparatos con cuidado y serenidad. Cuando hubo acabado, timbraron a la puerta.

En la antesala había dos hombres vestidos de civil. ¿Cuál era el aspecto de aquellos guardias? (¿O eran alguaciles?). Pues no tenían aspecto alguno, ésa era su seña de identidad. Sin decir palabra, acompañaron a Höllriegl hasta el coche, que esperaba en la esquina. Entretanto se había levantado un viento que le arrojó a la cara una fina llovizna. ¡Qué tiempo tan horrible! En la calle, bien iluminada, no se veía un alma.

Era un coche de la policía de color verde oscuro y con luces azules en el techo, uno de esos vehículos en los que te metían a empellones. Uno de los hombres abrió la portezuela de la parte trasera y ayudó a Höllriegl a subir. No había ventanas, sólo unas aberturas muy pequeñas y cubiertas que no permitían ver el exterior. Sobre el banco de madera habían colocado un cojín. Conmovedor, era como un prisionero de lujo. La portezuela se cerró y lo dejaron solo en aquel compartimento sombrío.

Cuando el vehículo empezó a moverse, Höllriegl, en un gesto inconsciente, casi mecánico, metió la mano debajo del asiento. ¿Habría allí esos tubos de escape dirigidos hacia el interior del carro? No encontró nada. No era, pues, uno de esos vehículos que, según decían, «te daban un paseíto hasta el cielo».

El viaje duró más o menos media hora. Tal vez un berlinés con buen oído habría podido decir qué rumbo tomaba aquel viaje. Pero Höllriegl conocía demasiado poco el adoquinado berlinés. Tampoco podía orientarse por los ruidos de la calle. En dos ocasiones oyó los trenes de cercanías tronar sobre los puentes elevados. Luego todo se fue volviendo más silencioso, sólo se escuchaba el fragor del propio motor. A través de las ranuras entraba un aire fresco y frío que olía a especias. ¿O habían sido imaginaciones suyas?

El coche avanzó lentamente a través de un camino que, por lo que pudo sentir, estaba lleno de curvas. Entonces se detuvo. La puerta se abrió de golpe y el guardia, cubierto por un chorro de luz, subió al vehículo.

–Me han ordenado que le vende los ojos –dijo el hombre, e hizo lo que le había anunciado. Ayudó a Höllriegl a bajar, le puso una mano en el hombro

derecho y avanzó a pasitos cortos. A través de la venda se filtraba un poco de luz.

–¡Cuidado: escalones!

Así anduvieron un rato, con el hombre dirigiéndolo con frases muy concisas. Un calor desértico le salió al encuentro, y de nuevo la luz penetró a través de la venda, esta vez más débilmente. Después de haber subido una crujiente escalera de madera y de atravesar varias habitaciones –o salones–, el guardia se detuvo.

–Usted se queda aquí –dijo con cierta brusquedad, al tiempo que le quitaba la venda–. Alguien vendrá a buscarle –dijo, y desapareció.

Höllriegl se encontraba en una habitación de puntal alto con forma de salón y las ventanas tapadas con cortinas. Las cortinas amarillas, hechas de algún material pesado, parecían de cera. La habitación irradiaba un brillo opaco, entre amarillo y dorado. Un candelabro que parecía de madera preciosa difundía una luz velada. Los contornos de muebles barrocos, visiblemente valiosos, se dibujaban nítidamente en medio de aquella penumbra. Todo podía intuirse, más que verse. De los cuadros colgados en las paredes emanaba un brillo extraño.

Höllriegl seguía de pie en el mismo sitio en el que lo había dejado el guardia. Poniendo extrema atención, examinó cada rincón del recinto. Olía a peligro. ¿Dónde estaba? Allí podían observarlo fácilmente, había cortinas, y los cuadros podían ser mirillas camufladas. Adoptó entonces, intencionadamente, una postura informal y relajó los músculos faciales. Dejó la varilla y los péndulos sobre una mesilla y empezó a caminar con despreocupación, aunque siempre presto a ponerse a cubierto. ¿Había caído en una trampa?

Era raro que los cuadros, en sus marcos repletos de arabescos, brillaran también dentro de aquellas hornacinas oscurecidas. Se acercó, pero su extrañeza no hizo sino aumentar. Con gran refinamiento, los cuadros estaban iluminados desde el interior; eran representaciones de reptiles, animales de formas fantásticas, de una fealdad insuperable. Algunos de ellos se alzaban a medias sobre las patas traseras; otros, en cambio, corrían sobre sus cuatro patas. Sus garras y dientes semejaban largos puñales, y las cabezas, muy parecidas a las de un sapo, estaban provistas de púas, representaban una agonía. Todos aquellos reptiles tenían un aspecto horrible y antiguo, y bajo aquella luz brillante parecían arrastrarse, mover las cabezas. Cada cuadro (o

diapositiva) llevaba una leyenda: «*Varanosaurus* del Pérmico, Texas», podía leerse debajo de uno; *«Seymouria*, Carbónico superior», bajo otro. Una criatura parecida a un tritón, con mirada pérfida y mandíbulas de afilados dientes, se llamaba *«Baphetes»* y estaba clasificado como un «anfibio estegocéfalo de Oldred, Canadá». Había también animales similares a cocodrilos que parecían volar en círculos, con las membranas extendidas, sobre unos bosques de aspecto exótico. Höllriegl fue pasando de un cuadro a otro: los marcos de aquellas imágenes eran de una gran magnificencia, como si se tratase de escenas amorosas del Rococó. El giromante contempló la colección con un ligero escalofrío. ¿Se hallaba acaso en un gabinete de historia natural? ¿O es que el dueño de esta casa, fuera quien fuese, era un aficionado a las bestias extintas, algún estudioso del mundo prehistórico?

La inquietud de Höllriegl aumentaba. ¿Dónde se encontraba? De un salto, alcanzó la ventana más próxima y apartó a un lado la cortina. Espantado, retrocedió cuando una luz azulosa y brillante le hincó los ojos. El edificio parecía estar iluminado por todas partes con unos reflectores. Cegado por un momento, se acercó tanteando a la mesilla en la que había dejado sus herramientas. Creía haber visto las siluetas de las copas de unos árboles.

La ceguera momentánea le había impedido ver que alguien había entrado en la habitación. Era un hombre, y se mantenía allí, inmóvil. Sólo cuando Höllriegl estuvo casi a punto de chocar con él, hizo una ceremoniosa reverencia, apartó hacia un lado una cortina, abrió la puerta tapizada oculta detrás de ella y dejó pasar a Höllriegl, que había recogido sus péndulos y su vara.

El mismo calor del desierto que lo había exasperado poco antes lo golpeó ahora con una nueva oleada. El aire era muy seco y tenía el olor del ozono. En el preciso instante en el que cruzó aquel umbral, Höllriegl percibió la cercanía de la enfermedad y la muerte. Aquélla era la habitación de un moribundo, eso estaba claro.

Aunque no podía ver demasiado, lo que veía le transmitía una impresión femenina, el rastro de la hembra. También aquí estaba todo pintado de un color amarillo vago y mustio. Había visillos delante de las ventanas. Sobre un lecho bajo y de formas onduladas, semejante a una concha negra plana –con dosel encima– yacía un hombre. O mejor dicho: un caballero que tenía los ojos cerrados. Un candelabro de plata proporcionaba una luz sosegada. Las velas –Höllriegl contó siete– ya se habían consumido.

La cabeza del caballero reposaba distinguidamente sobre un cojín; sus manos, que sobresalían de unos puños de encaje, se deslizaban temblorosamente sobre las sábanas. A pesar del calor, habían extendido un edredón de plumas sobre las piernas y la pelvis del enfermo. Su respiración era acelerada.

A Höllriegl le asombró la belleza del moribundo. Rostro de un amarillo muy claro y corte romano, con un perfil de camafeo y unas sombras verdosas en torno a los ojos y a la boca. Las manos eran de una hermosura casi sobrenatural. De no ser por ciertos rasgos orientales destacados en el rostro, hubiera podido pensarse en un emperador Augusto que vivía sus últimas horas. La frente alta y estrecha se veía orlada por un cabello liso y negro. No obstante, el que allí yacía frente él era un anciano.

Aquí las artes de Höllriegl –cualquier tipo de arte– llegaban demasiado tarde. ¿Para qué le habrían hecho venir? ¿De qué serviría ya que corroborara la presencia de un influjo de radiaciones terrestres? (Que el lecho se hallaba sobre una zona de peligro era algo que podía palparse). El aliento de la muerte colmaba la habitación, era constante e intenso. Höllriegl se asombró de que las llamas de las velas no temblaran.

Lentamente, el majestuoso caballero fue abriendo los ojos y observó detenidamente a Höllriegl como si lo viera desde una enorme distancia. Había tristeza en aquella mirada. Entonces el anciano le hizo señas para que se acercase. Höllriegl se sentó en una banqueta, y de inmediato el enfermo empezó a hablar con rapidez, con un seseo, pero los movimientos de su boca destruían al momento la noble armonía del rostro, lo transformaba en una mueca, en un número indeterminado de muecas. Höllriegl notó de repente que un aspecto simiesco se había apoderado de aquel rostro. El que allí moría no era un miembro de la raza aria, sino un simio, un chandala.

El hombre hablaba tan bajito que Höllriegl tuvo que acercarse más. La articulación era clara y seseante, como la de un papagayo que hablara. Con su cara algo ladeada, el moribundo parecía querer decir: «Tengo mal aliento».

–… se llamaba Hersch Glasel y había sido escribano de la Torá –fue lo que entendió Höllriegl–…, yo iba a la escuela en… –sonó a algo así como Rustschuk–, y todavía hoy me estremece el asco cuando pienso en los correligionarios que fueron conmigo al colegio. Todos olían espantosamente a ajo y a sudor, y todos tenía esa erudición condimentada con el mismo ajo y el mismo sudor. ¡Esa manada apestosa de la orden de Zeraim, o de la orden

de Nashim, o de la orden de Nezikin! «Quien tenga doscientos zuz, no recibe nada de la cosecha, ni de los remanentes de los campos, ni el diezmo para los pobres… El que tenga cincuenta zuz y practique con ellos el comercio, no recibe…». Y así siempre. ¡Cuidado, estoy a punto de vomitarme! También las hijas de Israel, a las que les metíamos las manos debajo de las faldas, olían a ajo… «Para nuestro Talmud es el ajo una comida sana, el ajo de cinco simientes es sano, especialmente para los judíos…». Más tarde lo supe: ese hedor no venía del ajo, eran los efluvios de una raza inferior…

Höllriegl estaba paralizado. Aquel simio era… ¡un judío! ¡Cuánto tiempo hacía que no veía a ninguno! Ya no había judíos blancos ni negros, habían dejado de existir mucho tiempo atrás. «Judío» se había convertido en un término de la ontogenia, una palabra histórica, abstracta, los judíos sólo existían en estado taxonómico en los museos de Historia Natural, donde los exhibían como un fruto degenerado de los homínidos, desviado de la verdadera especie humana, un prototipo demoníaco, animal, que la humanidad había expulsado de su seno en su camino hacia la autorrealización de su cuerpo y de su alma, hacia las cumbres apolíneas. (¡Una y otra vez había sido necesario expulsar a la «bestia», en aras de la materialización del luminoso y heroico hombre nórdico!). Algunos judíos aislados que pudieran haber escapado a la solución final –la llamada Operación Günther– habrían corrido a refugiarse clandestinamente en algunas zonas de las restringidas regiones de los chandalas, en cuevas situadas en los límites extremos de la civilización; pero cada vez era más raro oír hablar de operaciones específicas del Servicio de Seguridad, de fumigaciones y cosas por el estilo. Ni siquiera había ya judíos mestizos, pues, tras el triunfo de la corriente panaria en el seno del Partido, se había iniciado un proceso de selección para los campos de infrahumanos sobre la base de las recrudecidas disposiciones en defensa de la Ley del Reich sobre la «Protección de la Sangre, la Especie y el Honor Alemanes», por lo que se había incluido a los judíos mestizos de primer y segundo grado entre los escalafones de prioridad V y VI, a continuación, directamente, de los gitanos, los masones, los estudiosos de la Biblia y otras personas condenadas a «besar la mano»[16] por los tribunales de Sanidad Racial. Habían sido empleados, por ejemplo, en unos célebres experimentos destinados al estudio de los olores típicos de las razas, estudios asociados para siempre al nombre de Traugott von Globke-Lynar.

Y ahora esto… Un judío en medio de la capital del Reich… ¡Y, evidentemente, en una posición importante! «Una personalidad de muy alto rango», le habían dicho, «secreto de Estado». ¿Estaba soñando acaso? ¿No era todo esto una locura?

A Höllriegl volvió a llamarle la atención el olor dulzón y mórbido de la habitación que él había tomado por olor a ozono. Pero no, aquél era el hedor de la raza judía, aun el de sus integrantes más aseados, el olor cuya fórmula química había descubierto el barón Von Globke-Lynar.

–… ingresé entonces como aprendiz en la Banca Marmarosch Blank. El director de la filial, un tal Dowidl Aufwerber, hombre soltero, se encariñó conmigo y cuidó especialmente de mí. Yo era, debería usted saberlo, un bello jovencito, y el tal Dowidl era homo… En fin, que una vez nos sorprendieron en el retrete… La secretaria de Dowidl, una mujer de nombre Ilka que estaba perdidamente enamorada de su jefe, abrió de un tirón la puerta a la que habíamos olvidado pasarle el pestillo… Tendría que haber oído el griterío… Hubo un escándalo de mil demonios, porque aquella estúpida se puso a hablar… Al tal Aufwerber lo trasladaron a la central del banco en Bucarest, y a mí me escondieron en Ploes¸ti y, más tarde, en Hermannstadt, que en rumano se llamaba Sibiu. Allí fui primero cajero para las divisas, pero más tarde pasé a ser el cajero principal, ¡y todo a pesar de mi juventud! Entonces todo el mundo compraba y vendía moneda, fue poco después de la guerra. En Hungría había tomado las riendas Bela Kun, la moneda estaba totalmente devaluada, también el leu había caído en picado, y la corona checa… La primera *goy* a la que seduje era la hija de un industrial de Kronstadt, especialistas en fundición gris y en moldeo por inyección; según él mismo, era un sajón de Transilvania. Era una chica con ojos del color de la nomeolvides, llevaba una gruesa trenza rubia peinada a lo Margarita, y tenía unas piernas largas y unos pechazos de primera. ¡Diecinueve añitos! ¡Muy apetitosa…! Esa sí que no olía a ajo…

En la mente de Höllriegl (si es que podía hablarse en este caso de algo mental) aparecieron espontáneamente unas formas voluptuosas que lo distrajeron del parloteo de aquel simio. La sensación de dolor que lo sobrecogió le duró todavía un tiempo. Entonces clavó unos ojos ciegos en el rostro del enfermo, que continuó susurrando su historia entre siseos.

–… el segundo escándalo fue todavía peor: en secreto, yo le había prestado dinero a la *goy* para que especulara, y entonces el padre se vio obligado a

devolvérmelo leu a leu, a pesar de haber puesto al joven judío de patitas en la calle. Los sajones de Transilvania sólo pueden tener trato entre ellos y casarse entre ellos, y pobre del sajón que tenga amoríos con una rumana o con una gitana o una judía: de inmediato lo expulsan del clan si no deja plantada a la joven de la raza ajena. Pero, en fin, la *goy* (que se llamaba Christa) quiso en principio quitarse la vida por causa de la vergüenza, y también de la gran cantidad de dinero que había perdido especulando, pero al final acabó casándose con otro, un ario de pura cepa con mucha guita, claro, así que se olvidó del apestoso jovencito judío. Por inquina contra esa familia, y porque me había dicho a mí mismo que tenía que acceder a esos círculos influyentes por otra vía, me alié con los masones… ¡Y lo logré! El tal Aufwerber, ese maldito canalla que por entonces era Gran Maestro de la logia Humanitas en Bucarest, hizo de tripas corazón y les escribió, hablándoles de mí, a sus hermanos en Sibiu, gracias a lo cual conseguí dos avalistas para que me acogieran con los brazos abiertos en la logia «Las tres estrellas coronadas». Yo era realmente un joven en busca de algo, ¡aunque en otro sentido! El día de mi acogida fue mi cumpleaños, cumplía veinticinco… ¡Jamás olvidaré la fiesta, los cirios encendidos, los discursos…! Ni desnudo ni vestido, ni calzado ni descalzo, despojado de todo objeto de metal y con los ojos vendados fui conducido tras la puerta de la logia… ¡En general, cuando recuerdo esa época de aprendiz, todo es esplendor y alegría! Las labores de primer grado, la prestación de juramento, el rito de apertura de la Logia, los Antiguos Deberes… ¡Todo, todo! Los cantos: «¿Qué es la campana?», «¡La que marca las doce!»; «¿Sobre qué trabajan los hermanos aprendices?», «Sobre la piedra bruta»; «¿Cómo llaman a la puerta los aprendices?», «Con dos toques breves y uno largo»; «¿Tenéis una llave de acceso a los misterios?», «Sí», «¿Dónde la guardáis?», «En un cofrecillo de hueso que sólo una llave de marfil puede abrir y cerrar», «¿Y esa llave cuelga o yace?», «Cuelga», «¿De qué cuelga?», «De una soga, nueve pulgadas de largo o un palmo», «¿De qué material está hecha?», «No de metal, es lengua de buen rumor, tan buena a espaldas del hermano como en su cara…». Quince años después, era yo la mano derecha de Heydrich en la creación de los museos de la masonería…

El enfermo parecía estar fantaseando, sus manos se deslizaban inquietas sobre la sábana, como si pretendieran alisar algo o poner orden en alguna cosa. ¿Habría ingerido alguna droga? El rostro le brillaba. ¿Por qué él,

Höllriegl, había sido elegido para tomarle confesión a este simio? ¡Porque lo que hacía aquel hombre era una confesión a las puertas de la muerte! Y él, Höllriegl, se cuidaría mucho de decir palabra alguna. Probablemente en alguna parte habría una cinta grabando toda la confesión.

–… gracias a mis relaciones con los masones, obtuve plenos poderes en el Blank y me marché a Viena, porque los dueños del banco habían abierto allí una filial en la Josefsplatz, en un palacio señorial, ya que no querían perderse el gran negocio que les reportaría el saneamiento de las finanzas emprendido por Ignaz Seipel. Al cabo de un año, tenía yo poderes plenipotenciarios… Una carrera relámpago, ¿no le parece? El médico de nuestro banco, un tal Sturdza, de la conocida estirpe de los boyardos, me presentó durante un banquete a una auténtica Va˘ca˘rescu que, durante la guerra, había tenido las manos metidas en la Asociación Nacional de Amas de Casa de Austria (la Rohö) y conocía a algunos miembros de la familia Habsburgo… Era una persona entrada en años, pero también dulce, corpulenta, cosa que me gustaba, y con muchas pelas, lo que me gustaba mucho más. Marina fue en realidad mi primer gran amor, mi amor y mi pasión. ¡Y yo el suyo! Inmediatamente después del escándalo en Hermannstadt me había cambiado el nombre, es decir, me hice adoptar en Bucarest por un tal señor Heliade de Abreu, lo cual, naturalmente, me había costado un dinerito… Fue el ya mencionado Dowidl el que me consiguió este nuevo papá. Y valió la pena. El pequeño Naftali Stern se convirtió en un tal señor Vasile de Abreu…, y más tarde, cuando las cosas fueron a mal en Viena, pasó a ser el barón Demeter de Souza Dantas. Pero fue realmente la tal Va˘ca˘rescu la que hizo de mí todo un caballero, un hombre de raza superior… Ella fue mi demonio y mi espíritu benéfico, me convirtió en un ferviente antisemita, alguien con un odio profundo a los judíos… ¡Ése fue su gran mérito! Me devoré *Los protocolos de los Sabios de Sion*, que me abrieron los ojos acerca del dominio global de esos seres con olor a ajo. ¡Los protocolos y la Va˘ca˘rescu! Desde entonces borré todo rastro de mis orígenes, hasta me hice operar, me agencié documentos falsos, una nueva partida de nacimiento, etcétera. Por cierto, a la Va˘ca˘rescu le gustaba mi olor… ¡La muy pervertida! Acepté los hilos que me llevaban hasta Bucarest, hasta Codreanu, el líder de la Guardia de Hierro, hasta el profesor Cuza, fundador de la Liga Antisemita de Rumanía, hasta un tal príncipe Sturdza, primo del médico del banco que era coronel del Ejército del Rey y que soñaba con restaurar los principados del Danubio y expulsar a

los Hohenzollern del país con la ayuda de los antiguos eslavos, el Partido Nacional de Campesinos y algunos militares insatisfechos… En Budapest, solía frecuentar a los líderes del despertar nacional, en Viena trabé amistad con Lanz von Liebenfels, con Frodi Ingolfson Wehrmann, con un tal señor Wölfl, tenía vínculos con los Neotemplarios, comparecí a veces con el pseudónimo de Fra Walthari, visité a Röhm y a Rosenberg y los brindé apoyo financiero para la editorial Eher con dinero que les había quitado a los judíos. Fui yo quien puso en contacto al doctor Juchtengoiserer, jefe de redacción del DÖTZ[17] en Viena, con los influyentes círculos nacionalistas de Chequia, Polonia, Hungría y Serbia, a fin de unificar la propaganda antisemita en el Este y en todos los Estados derivados del derrumbe de las monarquías, así que muy pronto estuve manejando los hilos del movimiento étniconacionalista. Adquirí la revista satírica *Kikeriki* y *Der eiserne Besen*; estuve involucrado en el asesinato de Hugo Bettauer, en el ajusticiamiento al chivato Cornelius Zimmer, en cientos de asuntos… Ya le he contado que era un joven atractivo… Hacía siempre mis negocios a través de las mujeres que andaban detrás de mí, ¡y las había a montones! Mi primera víctima fue Laszlo Brodfeld, comerciante de productos *al por mayor* y masón de alto rango, cuya mujer estaba loca por mí; en fin, un tipo tonto a más no poder. Fue él quien me proporcionó las copias taquigráficas de las sesiones a puerta cerrada con todas las sociedades participantes en la Agro-Joint, que realizaba importaciones de productos agrícolas a través de entidades soviéticas. El tal Brodfeld había llegado a Viena, efectivamente, desde Kovno, y era un cabrón judío, aunque con dos patas izquierdas; había empezado trabajando para Bosel. En fin, que a través de Brodfeld conocí al presidente del Concejo Central del consorcio ruso ORT, un tal señor Golde, y gracias a él conocí también al poderoso Jankel Lewin, de Minsk, y a Rachmiel Weinstein, que entonces era subdirector del Banco Estatal de Rusia; a través de Weinstein conocí a Warngolz, teórico de la economía planificada (ésa era su especialidad), y con Warngolz conocí también a su amiga Esther Frumkin, etcétera, etcétera. Usted se reirá, pero fue principalmente gracias al dinero soviético que pude acabar con todos esos judíos. Al Estado soviético no podía causarle daño, pero fui entregándole a Stalin todos los judíos soviéticos para que los degollara. En reciprocidad, exporté a Rusia el antisemitismo más moderno… Pero lo que yo ambicionaba era echarle mano a los carteles

ilegales, el cartel de los precios, el de la producción, el de las restricciones de cuotas. Muy pronto estuve controlando desde Viena todo el comercio intermedio de víveres, y para mantener mi tapadera, seguía siendo procurador en el beato banco Marmarosch. Cuando el departamento de delitos económicos de la Policía, bajo el mando del señor Schober, quiso capturarme, me esfumé en el extranjero…; mis oficinas habían trabajado temporalmente en Zagreb, en Cracovia, en Augsburgo, en una ocasión, incluso, en Lourdes, y luego en Turín… En Italia tenía mis patrocinadores dentro del Partido Fascista. Y mientras iba engullendo a bichos como Chamberlain, Evola, Feder, Eckart y Rosenberg, mientras iba timando uno por uno a todos esos hermanos y hermanas, seguía haciendo mis negocios con Sammy Lewitas y Chaim Windholz, con Leib Bronstein y Naomi Diamond, con Oscher Seydenstikker y Feitel Horvát, con Markus Loew y Elia Shapiro, con Anschel Pollak y Judko Kamelhar, con Motje Spinkus y Moss Umschaden, con Benno Tartakower y Woochele Naglstock, con Paolo Handler y Schejndl Feierstein, con Eisig Zwickl y Riwke Tausend, con Maxl Reichwein y Nathan Korkes, con Baruch Weintraub y Arpád Koritschoner, con Heimann Ehrenfest y Jazek Kraus, con Mojsche Zylberlast y Bernard Wahrhaftig, con Aaron Margulies y Sima Finkelkrut, con Itzig Liebgold y Marcel Pineles, con Jitro Pasternak y Tibi Segal, con Osias Zukor y Schmul Fischl, con Sonja Lurje y Gerson Rubinstein, con Brocha Leiser y Sandel Oblat, con Pinkus Baargeld y Salo Paßweg, con Vasa Nunberg y Alice Printemps, con Jyttel Lekach y José Engel, con Berthold Dunkelblum y Geilchen Askenazi, con Lazar Sax y Lupu Kavka, con Denny Fürbringe y Pessel Germany, con Sprinze Feuchtwang y Nathan Pick, con Alice Strangelove y Naum Saloschin, con Mendel Sternhieb y Guillermo Schön, con Bobby Medina y Rochel Sigelberg, con Esti Cohen y Sigi Schwanz, con Tobias Szántó y Chajin Lorber, con Eli Hegedüs y Milkele Löbl, con Abel Kolischer y Jehudo Lipschitz, con Margo Popper y Jaffe Szâmuely, con Ljew Finger y Etta Perlmutter, con Akiba Rappaport y Imre Gutherz, con Dora Lampl y Boris Altar, con Ernö Zobelsohn y Eisler Szigfridné, con Schlomo Axelrad y Jakob Rajcher, con Osias Vorhand y Manoli Katz, con Uri Aschdod y Maurice Ornstein, con Ethel Szafir y Menahem Schattensegel, con Max Perelman y Jacques Rubin, con Ignaz Wachtel y Jella Strajsand, con Gebirol Rinderbrust y Belasco Sinai, con…

Los nombres brotaban como un torrente de sangre por la boca del hombre

que se confesaba. Se retorció entonces en pesadas convulsiones, con el rostro deforme por el asco y el odio.

Höllriegl, afectado por el calor sahariano y el aluvión de palabras, se esforzaba en escuchar.

–Los fui arruinando a todos, uno tras otro, ¡de forma sistemática! En especial a los hermanos masones. Yo había echado mano ya entonces a las estrellas del comercio internacional. Había invertido mi dinero en todas las grandes transacciones. Por supuesto que ya no llevaba el nombre de Souza Dantas, sino uno muy distinto, siempre tuve muchos nombres, incluso nombres judíos –para adaptarme–, y luego estaban los nombres secretos, los nombres para el hampa, los nombres artísticos. En los mercados de capital de Londres y de Nueva York me conocían como Ferry Westphal; en el comercio de diamantes, era un tal Mijnheer Jochen Schuller tot Peursum; en el negocio de la madera como la del quebracho y de aceites esenciales de ylang-ylang, era un tal *senhor* Lafayette de Carvalho e Silva; en el comercio interno de Alemania de máquinas herramientas, era, simplemente, Herr Philip Guttentag; a nivel internacional, en las alegrías del amor, era un tal profesor Raúl Araujo-Jorge; en los negocios relacionados con la religión era un *monsignore* Gottlieb Verhune, en temas de Haute Couture me llamaba barón Louis de Guldenstubbe, en las bolsas de productos manufacturados mis nombres eran Lajos Biró o Antal Danzer, en el negocio con artículos de yoga y afrodisíacos me hacía llamar Horakali Mitra; en una ocasión, cuando se fusionaron dos boletines de la Bolsa en Roma, comparecí incluso como una dama, la *contessa* Monique Muszinski-Vetséra… ¡Qué me dice de eso! Hasta un pariente del Duce estuvo persiguiéndome, por error, con sus reclamos. Sólo para la *Alliance Israélite* de París seguí siendo el pequeño y anónimo Naftali Stern, alias el Dorado… Claro que en varias ocasiones terminé perdiendo grandes cantidades, sobre todo con el gran *crash* de la Bolsa de los Estados Unidos que casi me rompe la crisma. Poco a poco fui sacando a mis equipos del negocio de las divisas. En general, mi error consistió en que me había diversificado demasiado, tenía que echar mano a algo sólido, algo que fuera –al menos parcialmente– inmune a cualquier crisis… Fue también por esa época que me abandonó Mari… Ya antes, en varias ocasiones, me había puesto algunas zancadillas, es decir, que me había puesto los cuernos; y con el *goy* más estúpido, todo porque yo sólo tenía cabeza para mis negocios… ¡Ya hubiese querido yo! Aposté entonces –y se reirá usted– por la minería y

la política. La minería naufragaba a nivel internacional; la política, a nivel nacional. Entré en el negocio del cobre como se lanza uno a una alberca llena de mierda. Primero fueron cosas más bien modestas: cobre de Rio Tinto, cobre de Ishiwaki, de Anaconda, de Braden, etcétera. Tres años después, sin embargo, ya dirigía todo el comercio de piezas de repuesto en el ramo de la electricidad en Alemania. Fue por entonces también que intensifiqué mis relaciones con Ludendorff, Hugenberg, Eher, Seldte, y con el *Völkischer Beobachter*, es decir, con Rosenberg. Para toda esa gente yo era Hannsgeorg Grünewald, mi aspecto nórdico –gracias a una cirugía estética– era impecable, el árbol de mis ancestros iba mucho más allá del pintor Matthias, mi antepasado conocido más antiguo. Se remontaba casi hasta Arminio, el caudillo querusco. ¡Ríase, ríase! Mi primer regalo para Göring, por ejemplo, fue un Grünewald «auténtico», una obra «heredada de mi familia», la cual, en realidad, un antiguo espía mío había confeccionado para mí, un tipo que había sido director del Banco Amstel y que más tarde, tras el escándalo del Creditanstalt en Viena, se había convertido en restaurador de cuadros, alguien que, a su manera, era un genio. ¡Ya le digo! Por supuesto que yo también habría podido demostrar que el abuelo de Göring era en realidad un comerciante de Tarnopol y que su verdadero nombre era Geringer… A Goebbels lo conocí personalmente a través de Fiedler en una reunión de líderes locales en el norte de Berlín, una reunión en la que el propio Fiedler me había colado fraudulentamente y en la que Goebbels, que entonces era el *Gauleiter* de Berlín, habló de lo mal que avanzaba cierta acción para recaudar donativos. «Carecemos de todo en todas partes», dijo entonces. Yo, en ese momento, me puse de pie, como todo un caballero alemán, y pregunté qué necesitaba el señor *Gauleiter*. En fin, necesitaba bastante, ¡pero lo obtuvo! Su afamada campaña en el Palacio de los Deportes no se la financió nadie más que Hannsgeorg Grünewald. Desde entonces el gran Pepín nunca me olvidó, durante mucho tiempo fuimos íntimos. Luego, en el Kaiserhof, fui el íntimo del Führer, que Yahvé lo tenga en su gloria… También tenía amiguitos en el Gobierno de masones de Praga, que me llamaban, no sin cierta picardía, Horst Wessely.[18] Había uno, un tal doctor Vouk, que me pasaba regularmente los informes secretos que llegaban a las dependencias del Ministerio de Exteriores checo. De mis manos, pasaban directamente al Kaiserhof, y el Führer se las enviaba directamente a Konrad Henlein. Con Hugerl, como se conocía popularmente a Hugenberg, tuve una brillante

entrada gracias a los de la industria minera de Gelsenkirchen, a través de la Metalúrgica Buena Esperanza y los de la empresa BRABAG, también a través de las empresas de Joachimsthal y de la Union Minière… Mi buen dinero fluyó a las arcas de la organización Stahlhelm, fui yo quien alimentó el llamado Frente de Harzburg, até los cabos para que se produjera el encuentro del Führer con Thyssen y Kirdorf, y yo (¡yo solito!) fundé el Patronato para la acción de donativos para Hitler de la industria pesada, tan decisivo más tarde para el triunfo electoral del movimiento. Yo financié la campaña pidiendo venganza por el asesinato de Herbert Norkus, e impuse, a través de mis amigos en los negocios, que el Führer recibiera la ciudadanía para ser concejal del Gobierno en Brunswick. ¡En aquella república de mierda, la de Weimar! Fui yo, Hannsgeorg Grünewald, quien metió sus manos en el asesinato a Rathenau y en otras muchas cosas, ayudando a financiar el primer vuelo del Führer por Alemania; fui presentado a Himmler, conocí a Heydrich inmediatamente después de que quedara aplastada la revuelta de Röhm, fui yo quien le regaló, para su colección, una primera edición del catecismo de Fischer de los masones de la Logia de San Juan. ¡Su *hobby*! En el sector internacional, ejercí mi influencia a través de nuestro holding de empresas en Zúrich, en la Broken Hill & Harmony, en la Alpine-Montan, la Western Deep, en Western Reefs, Geduld y en el Pyramid Group. Un tal Schisgal, que en realidad era analista de cartera en una firma de inversiones neoyorquina, un pequeño *outsider*, y yo nos introdujimos en el negocio del hierro en los Estados Unidos (¡una suerte poco probable!), y con el tiempo llegamos a apoderarnos de todo el *Booz Pool*, cayendo, como quien dice, hacia arriba… Fue entonces también cuando me interesé por primera vez por el uranio… Yo, o mejor dicho, mis hombres de paja en la Edsel Zhivago Keitei Goshi Kaisha, en Tokio y Osaka, extendieron sus garras hasta el norteño Saskatchewan, extrajimos uranio en el río de los Esclavos y en el lago Athabasca, hallamos nuevos yacimientos en Wapawekka y fundamos Uranium City y Port Radium. Excavamos en todas partes, en Sudáfrica, en Australia, en Nuevo México, Utah, Wyoming, Colorado, Arizona, Tennessee. Puedo decirle que estábamos como borrachos… Los mejores años de mi vida los pasé borracho de uranio, trabajé en favor del primer gran *boom* internacional que vivió ese mineral, ¡y del segundo, y del tercero! U^{3O8}… ¡Jajajajajajaja! ¿Qué se sabía entonces del U^{235}, del U^{238} y del Pu^{239}, de

toda esa locura de los elementos transuránicos? ¡Nada! Sin embargo, cuando yo apenas me asomaba al margen, temblaba la Bolsa de Johannesburgo, y la Union Steel, y también la Union Minière y todo ese clan, desde Ciudad del Cabo hasta Shinkolobwe, y en el llamado cinturón del cobre llegaban a sentir tal miedo que uno podía oír cómo se cagaban en los pantalones. Y fui yo el primero en excavar en Fünfkirchen, allí donde más tarde construyeron el Urán Város. El Joachimsthal ya llevaba tiempo agotado, así que excavamos en Aue, en Johanngeorgenstadt, Falkenstein, Schneeberg y al otro lado, en Henneburg, en Turingia. Es usted, por lo que he oído decir, radiestesista, mire usted estas manos: ¡son manos de oro, manos de diamante, manos de radio, de uranio, de plutonio…!

El enfermo se incorporó a medias y extendió sus manos pálidas, surcadas de venas, cubiertas de lunares, manos que vibraban nerviosamente cuando intentaban llegar a Höllriegl, al tiempo que abría los dedos graciosamente. El gesto tenía algo de infantil, de suplicante.

–… con estas manos y con mi sexto sentido excavé en todas partes donde el suelo tenía algo que ofrecer. Así que puede usted recoger todas sus varillas y péndulos. ¡Lo hice todo gracias a mi sexto sentido! ¡Con la certeza de donde había que cavar! Y cuando el Führer llegó al poder, yo era ya el amo y señor de todos los yacimientos metalúrgicos importantes, por lo menos en Europa central. Mi dominio sobre el comercio metalúrgico era ilimitado. Siempre había soñado con entregar a mi Führer el martillo capaz de producir rayos. Así que adopté un nuevo nombre, el último, Thor, Egmond Thor, y con él me quedé, y también con mi nombre de honor ario, Gullrond, que significa Goldrand (marco de oro)… Pues tiene usted delante al señor Egmond Gullrond Thor, el hombre que forjó para el pueblo alemán el martillo nuclear, con el que al final pudo aplastar a sus enemigos… Y tras haberme apoderado de todo lo grande, desarrollé cierta debilidad por todo lo pequeño. Soy más bien el jefe jubilado de una pequeña empresa de importaciones de productos metalúrgicos…, la Meguscher & Meschuger Limited, pero sobre mi escritorio confluyen los hilos de todo el comercio de metal a nivel mundial… Soy también el hombre que destruyó a tantos judíos, acabando con ellos para siempre… Cuando el Führer llegó al poder, ya no me conformé con destruir a judíos aislados o empresas judías, no… Fui a por todas, estimado mío, ¡a por todas! Fue lo primero de lo que me ocupé… Lo hice a través de mis intermediarios en el Consejo de Judíos Alemanes, pero

también, en un arduo trabajo menor, a través de las comunidades del culto que se creyeron a resguardo y permanecieron en el país… ¡Como en una trampa para ratones! En primera instancia creyeron que podían hacer negocios con el Führer. Entonces les llegó el primer golpe: ¡la Noche de los Cristales Rotos! A continuación, no recibieron más que golpes, uno tras otro, sin interrupción: golpes, golpes y más golpes… Aunque también compré a algunos: judíos, me refiero, no a funcionarios; judíos que, por unas pocas perras o promesas a medias entregaban a sus compañeros de raza. ¡Daba gusto verlo…! ¡Así se entera uno de lo que es temer a la muerte! ¡Qué escenas! ¡Qué gritos! ¡Para mí aquello era un bálsamo…! Por entonces me reunía con frecuencia con Heydrich…, nos consultábamos sobre el mejor modo de convertir en museos y logias las sagradas sinagogas, ¡en museos del horror, se entiende! Museos con fines educativos e instructivos para el pueblo alemán. Yo fui uno de los organizadores de la exposición itinerante «El judío errante». Yo estaba en todas partes y en ninguna. Tenía mis dobles, por supuesto, lo mismo en el Reich que en el extranjero. Mi doble preferido era un compatriota, un tal doctor Demeter Barbu, de Cluj, que había sido médico especialista en neurosífilis, discípulo de Freud. Había empezado a prestarme servicios desde antes de 1933, el bueno de Barbu… ¡Y yo lo utilizaba principalmente para que compareciera como mi *alter ego* en todos los sitios donde correspondiese jugársela a los rivales en los negocios con barrabasadas psicológicas! ¡Un cerebrito el tal Barbu! ¡Incomparable! ¡Su cabecita era laboriosa como la de una abeja! Era igualito a mí, aprendió a copiar hasta en el más mínimo detalle mi forma de hablar, mis gestos…; y ese parecido externo se volvió aún más asombroso tras dos operaciones cosméticas… Me caía bien, puedo decirlo así. A mi manera, me caía bien. Ganó muchísimo dinero conmigo. Por desgracia, con el tiempo llegó a saber demasiado. ¡Bueno, demasiado es poco decir! Y era, además, muy curioso, lo cual es siempre malo. Gracias a Dios era un tremendo mujeriego, como yo mismo lo fui durante un tiempo. En Atenas le puse en sus manos a una asioaria, una chica de unos dulces diecisiete añitos… ¡Para algo tiene uno sus vínculos con los más importantes mercados del amor del mundo! ¡Qué hembra! ¡Ya le digo! Una mujer que había sido capaz de acabar con verdaderos toros. Tras dos años de vida amorosa con la pequeña, el doctor estuvo completamente listo… Estaba tan acabado, lo mismo física que espiritualmente, que sólo pudo poner plazo a su vida pasando de un manicomio a otro. ¡Y entonces, le

quité a la chica! ¡Nunca más la vio! ¡Él no pudo soportarlo y, poco después, se voló la tapa de los sesos! ¡En lugar de alegrarse, el muy imbécil…! En realidad, me dio lástima el querido y buen doctor Barbu. Los nervios son los culpables de todos los males. Cuando estábamos junto a su tumba, tuve la sensación de que me estaban enterrando a mí. A fin de cuentas, era como mi otro yo… Hasta me imitaba en los asuntos de mujeres. Además… era ario. Y sólo emprendí algo contra los arios cuando fue absolutamente necesario. Pero Barbu se cavó su propia tumba…

La cara del simio había cobrado un pálido color ceniza, probablemente sus fuerzas estuvieran agotándose. Tomó entonces las manos de Höllriegl y, dando un tirón, acercó al renitente hacia él. Con voz ronca, susurró:

–… Pero eso lo digo también en su beneficio, como solía decir Nahum de Ginzo: «El inframundo, tal y como está escrito, es un vestido de lujo para el que ha agotado sus reservas». ¿Qué cosas pretendí yo? Pues quise convertir el Rin en el Jordán… ¿Cómo dice esa máxima de Salomón? «En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte ungüento sobre tu cabeza…». Yo envié a morir a los judíos, es cierto. Pero fue un *Brit bein Habetarim.* ¡La gran ofrenda! Una gran ofrenda fue lo que entregué, el Lechem Elohim… ¡Sangre y grasa, como corresponde, para que Yahvé engorde y también ganen algo los fabricantes de jabón…! Hay un dios mucho más fuerte que el dios que huele a ajo… ¡Odín! Y Hitler es el verdadero *Meschicha…*, el auténtico Mesías. Los padres Rin y Jordán… Ya lo ve: tengo dos padres… pero sólo existe un Ha-Elohim, y ése es Odín… ¡Odín es también el Olam! ¡Sólo él, sólo él! Hitler, él debe ser un *sach mihen,* un enviado de los dioses, de los verdaderos y fuertes dioses, y yo, Egmond Thor, le puse en la mano el *Mjolnir* que hace saltar los rayos… La bomba cayó sobre Londres, capital de los masones y judíos, la meretriz Babilonia sentada sobre las aguas… Ah, yo le entregué al Führer el gran martillo atómico para que aplastara a esa alcahueta, a los canallas que querían apoderarse del mundo, los que huelen a ajo… El *Meschicha* ha derrotado a los enemigos del pueblo elegido, los alemanes…; y la gran bomba fue Odín, que ha matado de un golpe al pequeño Yahvé, y Yahvé ha escupido de su interior las diez Sefirot y ha estirado la pata… Yahvé la ha diñado, ¿me oye? ¡Está muerto para siempre…! Cada sefirá ha muerto… Kéter, Jojmá, Biná, Jesed, Gevurá, Tiféret, Netsaj, Hod, Yesod, Maljut, ¡todas muertas! Odín ha roto todos los depósitos… y un nuevo Tsimtsum ha llegado: el reino de los æsir en toda su

magnificencia…; las Qlifot han soltado su última gota de sudor, y, ay, yo he tenido el privilegio de ayudar en ello, yo, el pequeño Naftali Stern, alias el Dorado, un grano de sal en el océano… pero tuve ese privilegio…

Una vez más el moribundo se retorció a causa de unas convulsiones terribles. Esta vez parecían ser dolores muy fuertes que no amainaban tras haberse apoderado de él. El cuerpo se sacudió, las manos se deslizaban sin cesar por encima de la sábana: «como unos parabrisas», pensó Höllriegl. Tenía el rostro empapado en sudor. Los labios se movían mecánicamente, sus palabras, en cambio, se ahogaron en un gutural «Ajajajajajajajajaj…».

¿Qué podía hacerse ahora? Höllriegl se puso de pie, pero se detuvo un instante, indeciso. El momento definitivo podía estar cerca. ¡Había que llamar a alguien del servicio, a un médico! ¡Hacer algo! Y de pronto, toda la sensación de agobio que había tenido durante la confesión del judío se condensó para ofrecerle la clara visión del peligro en el que se encontraba.

¿Por qué lo habían escogido precisamente a él para acoger la confesión de aquel moribundo? ¿Era casualidad o estaba todo amañado y calculado? Que le pidieran venir para hacer un examen del lugar sólo podía ser un error de alguna de las instancias que impartían las órdenes, que habría recibido noticias incorrectas o trasnochadas. Cosas así sucedían. ¿O acaso no se trataba de error alguno, sino de un pretexto? ¿O de alguna fatalidad? ¿Querrían ponerlo a prueba? Pero ¿quién? ¿Tenía enemigos, rivales secretos? ¿Habría caído en las redes de los intrigantes de su especialidad?

De nuevo lo sobrecogió el horror de haber caído en una trampa. Pero ¿quién tendría interés en atraerlo a una trampa a él, el humilde militante, anónimo y leal? ¿Quiénes estaban detrás de todo esto…? ¿Tal vez… el matrimonio Von Eycke? ¿Acaso querrían corromperlo por razones que él no conocía ni conocería nunca? La orden de acudir a Berlín se la habían dado antes de que se produjese aquel fatal encuentro con la señora Von Eycke. ¿O estaría amañado aquel experimento en la casa de ese matrimonio, con el fin de tentarlo? ¿Habrían previsto el penoso desenlace? ¿Acaso las autoridades lo sabían todo? ¿Y Anselma? ¿Qué pasaba con Anselma? Esa mujer parecía saber mucho más de lo que a él le apetecía creer…

Mientras estas cuestiones le pasaban por la mente a una velocidad frenética, Höllriegl miró a su alrededor. ¿Estaría rodeado? Ya antes había visto que la mansión estaba fuertemente vigilada. ¿Cómo podría salir de allí?

Un intento de huida no tendría sentido alguno. Además, ¿huir hacia dónde? Había, pues, que esperar, llamar al criado.

El enfermo emitió un sonoro gemido y se revolvió en su lecho. Una vez más pareció hacerle señas a Höllriegl para que se le acercara, pero éste no tomó nota del gesto.

Un criado –uno de los que había dejado pasar a Höllrieglestaba ya en la habitación; aquí el silencio parecía ser el mandamiento supremo. El sirviente se inclinó sobre el enfermo y desapareció del mismo modo repentino con que había aparecido, para poco después entrar otra vez con una bandeja que llevaba una jeringuilla ya preparada. ¿Morfina? Höllriegl sentía que no lo observaban.

¿Dónde estaba la puerta? La encontró. Entonces recogió sus herramientas y empujó la puerta, que se abrió con ligereza. Fuera estaba el guardia.

–¿Ha terminado? –preguntó el hombre.

–Sí, señor.

¿Qué otra cosa podía haber respondido?

El guardia le colocó la venda negra en torno a los ojos y avanzó lentamente delante de él. Höllriegl, con la mano puesta en el hombro de aquel peculiar lazarillo, lo siguió con pasos cortos a inseguros. Esta vez el camino le pareció mucho más largo. ¿O eran sólo ideas suyas? A solas con sus frenéticos pensamientos, el giromante se movía como un robot obediente. Abajo lo ayudaron a subir al coche.

¿Adónde lo llevarían? El viaje fue rapidísimo, pero así y todo a él le pareció eterno. Sus pensamientos seguían girando en círculo: «… el matrimonio Von Eycke…; Hirnchristl…; Anselma…; aquel simio…; Ulla…; Schwerdtfeger…; Anselma…; el simio…; Ulla…».

Cuando le pidieron que bajara del vehículo, vio, aliviado, que el coche estaba delante de la pensión Zweenemann.

Eran las ocho y media, tal vez Hirnchristl estuviese todavía en el despacho. Höllriegl no encontraba sosiego: haría un informe inmediato y, al mismo tiempo, exigiría una explicación. (Hirnchristl se haría el desentendido). Escuela Nacional de Supervisión del Aire y Protección Radioactiva, así se llamaba la oficina. Encontró el número, lo marcó.

–Oigo: le habla el portero del número 4 de la Tiergartenstraße.

–*Heil Hitler*! Comuníqueme, por favor, con el *Obersturmführer* Hirnchristl, en caso de que todavía esté en su despacho. –No hubo respuesta. Höllriegl escuchó un lejano barullo de voces, risotadas.

–¿Cómo dice que se llama la persona?

–*Obersturmführer* Hirn-christl. Se lo deletreo…

–Vaya nombre, nunca lo he oído. ¿En qué departamento me dice que trabaja el señor *Obersturmführer*?

–Supervisión del aire y protección radioactiva.

–¡Un momento! –La lejana risotada degeneró en un bramido intermitente. La voz volvió a ser nítida y audible–. Aquí nadie conoce al *Obersturmführer* Jehirn-kristell. Aquí no ha trabajado nunca nadie con ese nombre, no existe. Tiene que haber un error. *Heil*!

Höllriegl –bastante desconcertado– colgó de nuevo el auricular en el gancho. Estaba furioso. ¿A qué estaban jugando? ¿Acaso querían tomarle el pelo? No quedaba otra opción que investigar más a fondo en otro momento, y en el mismo lugar. ¿Acaso el tal Hirnchristl había sido una alucinación suya?

Höllriegl se sentó ante el escritorio y empezó a redactar un informe con su impecable letra. Aún no había pasado de las primeras líneas, cuando sonó el teléfono. Le salió una voz empalagosa y tomada: la de la señora Zweenemann.

–Preséntese en el comedor para la audición conjunta, habrá un mensaje especial a la nación desde el Consejo del Reich: lo transmitirán en pocos minutos.

El comedor era un recinto monótono, mal iluminado debido a una tacañería obsesiva, con mesas cubiertas de hules. En cada una se veía el mismo florero barato con flores artificiales. Un par de huéspedes de la pensión estaban allí ya, sentados en silencio en las sillas dispuestas en filas; otros empezaban a llegar con frialdad. Aquellos señores parecían paisanos de provincia (y tal vez lo fueran realmente); las damas eran como empleadas de una oficina de asesoría a la maternidad. Todos mostraban una expresión preocupada, hosca, la mayoría llevaba los símbolos del duelo nacional. Höllriegl, que llevaba puesto el uniforme, era la única mancha de color entre el gris y el negro de aquellas personas de rostros exhaustos.

En la trémula pantalla azulada del televisor –el aparato había sido puesto sobre una especie de podio situado debajo del retrato del Führer y engalanado con un crespón negroaparecieron unas imágenes del Consejo del Reich

comentadas por un orador que hablaba sin cesar con una voz en sordina. El ojo de la cámara fue tanteando, como de costumbre, el gigantesco pabellón de los delegados; éste tenía la forma de las antiguas asambleas de nobles entre los antiguos germanos, y estaba adornada con escudos, cuernos, ruedas de la fortuna hechas con paja y los históricos estandartes del levantamiento nacional. Aquí se habían tomado las decisiones más importantes de la historia en los últimos años: el propio pabellón era el modelo para miles y miles de cónclaves a lo largo y ancho del mundo dominado por el Gran Imperio Germánico. Verlo de nuevo fue otra vez motivo de entusiasmo para Höllriegl. En aquellos salones cobraba vida el pasado de una gran nación, su elemento aristocrático, la tradición de una actitud y de un espíritu, la de los modelos eternos, los sublimes antepasados de la Nación Alemana.

El orden de asientos de los miembros del Consejo era riguroso. Según sus rangos y sus nombres, eran llamados a las puertas para que ocuparan sus insignes puestos, tal y como mandaba la tradición. Cerca de las puertas estaban los rangos más bajos, cerca de los asientos más elevados, los de rango mediano. La cámara mostraba de vez en cuando alguna instantánea de estos nobles del Reich, en tomas en picado o en osadas tomas suspendidas. El podio estaba aún vacío. Sobre él se hallaban el retrato cubierto del Führer y los emblemas nacionales. Encima del retrato, fundido en oro, el águila. Una pareja de guardias, dos hombres que parecían forjados en hierro, sostenía allí de pie los estandartes ahora huérfanos del Führer. Un espectáculo poco habitual ofrecían los muchos hombres de las SS, que llevaban al cinto sus pistolas láser, tan parecidas a instrumentos ópticos. Los hombres armados estaban apostados detrás de los bancos de los huscarles: ídolos inmóviles de un poder que jamás se había visto sobre la tierra.

Cuando el comentarista de la televisión hacía alguna pausa para respirar, sólo se oían unos pocos carraspeos y el crepitar de los bancos. Nadie se atrevía a decir palabra, todos esperaban con contenida excitación lo que estaba por venir. La nobleza de sangre del Imperio Germánico Mundial, los llamados *fylgd* o *hird*, estaba allí reunida; habían traído incluso, en una camilla, a un seguidor que estaba enfermo. Los miembros del Consejo –que, como todo el mundo podía darse cuenta, no estaban presentes en su totalidad– acababan de tomar asiento en los bancos que rodeaban el elevado podio del Führer; se disponía a recibir –como explicó el comentarista con la

voz temblorosa por la emoción– un mensaje que sería determinante para los destinos futuros de la humanidad. Todas las grandes emisoras del mundo estaban conectadas con el evento, las antenas direccionales y las estaciones repetidoras transmitían cada palabra y cada imagen hasta las regiones más remotas. Para subrayar que esa sesión tenía un gran significado para todo el planeta, se proyectaban en la sala los fragmentos de otros actos que estaban celebrándose en ese momento en Roma, Madrid, París, Nuevo Londres, Corpus Christi, Buenos Aires, Pretoria, fragmentos que luego eran integrados, por medio de un fundido, en la transmisión principal. Se veía allí posar ante la cámara a grandes figuras de la historia, como Marcel Déat, el líder del Estado Libre de Bretaña, o el anciano Laval, Vidkun Quisling, el general Vlásov o *sir* Oswald Mosley; se vio también al canciller de Borgoña, Léon Degrelle, al Caudillo, al sucesor de Mussolini, Vinciguerra, así como al presidente del Consejo Tripartito del KKK, el senador Brad «Gusto» Fazlollah. También mostraron escenas, asimismo, de un llamamiento hecho en el Salón Consagrado del Wewelsburg cerca de Paderborn, donde el Gobernador del Reich para los territorios del Oeste había reunido a sus vasallos. Una imagen pictórica ofrecía el Este: se vieron escenas de una concentración de los corregidores del Reich en el Kremlin y de un acto a cielo abierto convocado por Yesaul Pzhitzhe, el Gran Atamán de los dominios cosacos autónomos en el Kubán; la concentración tenía lugar en la capital, Mazepa, y podían verse sotnias enteras desfilando bajo la luz de los focos por delante del atamán Yesaul.

Cuando sonaron los lurs –en un preludio hasta entonces jamás escuchado–, todos los ojos se volvieron hacia la gran puerta del pabellón, situada delante del podio. Se encendieron entonces unos potentes reflectores. En ese preciso instante, un hombre muy delgado, de edad indeterminada entró en el pabellón. No traía séquito. No usaba barba que le cubriese sus mejillas enflaquecidas y su pequeña boca hundida, como si le faltaran los dientes. La tez del rostro era amarillenta, rugosa, y tenía el tono del bronceado artificial; el pelo era ralo y fino, descolorido, y comenzaba detrás de unas entradas muy alejadas de la frente. Llevaba botas de caña alta y un sencillo uniforme de color negro de las SS que le sentaba bastante mal. No mostraba insignias de rango. Su porte era militar, pero no tenía la habitual resolución de los militares. Un bosque de brazos alzados se dirigió hacia él, las cabezas de los

nobles del Reich y de los huscarles se volvieron hacia donde estaba cuando, con paso presuroso y la diestra levantada, atravesó la doble hilera de hombres y subió al podio. Llevaba una carpeta bajo el brazo. Höllriegl vio con extrañeza, casi con la sensación de estar tocando algo peligroso y repugnante, que los guerreros negros habían puesto sus armas láser en posición de tiro.

De pronto se oyó el graznido de una voz juvenil, y un clamor diáfano y frenético se alzó y rompió en miles de ecos al chocar contra las bóvedas del pabellón: *«Heil Köpfler!»*.

Con fragorosas e infinitas exclamaciones de *«Heil!»*, el séquito del Consejo del Reich respondió a la consigna, el pabellón se estremeció en sus cimientos, y del caos de gritos frenéticos y extasiados surgió un coro masivo que bramaba acompasadamente: «¡Köpf-ler! ¡Köpf-ler! ¡Köpf-ler! ¡Köpflér!». Al hombre flacucho no parecía interesarle el griterío. Se detuvo durante un buen rato delante del estandarte con crespón del Führer en un gesto de callado duelo. Entonces tomó asiento en el podio y, de inmediato, la grúa con la cámara de la televisión se acercó hasta él para, en tomas que cambiaban rápidamente, mostrar en pantalla su persona, su rostro, la carpeta de plástico de aspecto humilde y desgastado. Köpfler había adoptado una extraña postura en el alto podio: parecía como si estuviese dispuesto a ponerse de pie bruscamente en cualquier momento.

¿Quién era aquel hombre? Todos conocían su elevado rango, sus méritos, su posición clave en el Partido; se sabía también que había sido uno de los más fieles paladines del Führer. Pero nadie habría sabido decir con certeza de dónde había salido, de qué abismos habría surgido en su momento. Se decía que era oriundo de Croacia, un hecho probable, corroborado por su nombre de pila, Ivo; se decía también que en los «años del deshonor» (los años posteriores al Tratado de Versalles), había conocido el Movimiento cuando era un contable desempleado. Cuando todavía tenía el rango de *Standartenführer* de las SA (el de un jefe de regimiento) participó activamente en la revuelta orquestada por Röhm, pero en lugar de ser fusilado de inmediato, un tribunal especial de los órganos de justicia de las SA lo condenó, junto con otros conjurados, a morir por decapitación: fue en la cárcel donde adoptó el nombre de Köpfler, el de un candidato a la guillotina. En el último minuto, cuando ya llevaba puesto el camisón de papel, le llegó la salvación de manera casi milagrosa: por motivos desconocidos e

inescrutables, fue liberado de la prisión por órdenes del entonces jefe del Estado Mayor de las SA, Lutze, y entregado al Führer «para uso especial». A partir de ahí, la biografía de Ivo Köpfler –entretanto se había pasado a las filas de las SS–, quedó a la sombra. No fue hasta su intervención en el frente –cuando se convirtió en el iniciador de la conocida Operación Diablo de los Bosques, dirigida contra los partisanos yugoslavos– que dio de nuevo que hablar. Llevó adelante esa guerra a pequeña escala con tal fanatismo, con una crueldad tan ejemplar, que a partir de ese momento su nombre pasó a ser todo un concepto legendario, especialmente entre los cuadros aspirantes a ingresar en las filas del Werwolf, las unidades guerrilleras inspiradas en la figura del hombre lobo. Sin embargo, pronto la figura de Köpfler volvió a quedar oculta en una zona de sombra. Se decía de él que era uno de los llamados «Eremitas», y que en la cúpula del Partido lo llamaban el Borrador de Huellas. Entre la gente común, seguía viviendo con el sobrenombre de Diablo de los Bosques, y también se apreciaba mucho su nombre honorífico germánico, Hechizo del Terror, el Aegishjalmur de los *Edda*. Últimamente, todavía bajo las órdenes de Martin Bormann, su jefe de Estado Mayor y confidente más cercano, había tomado parte en la liquidación de la Oficina del Sustituto del Führer, ascendiendo, tras la muerte de su antiguo jefe –como hemos mencionado–, a todopoderoso *Reichsleiter*, jefe de la Cancillería del Reich y ministro. ¡Era, hasta el momento, la carrera más rápida y vertical en el Reich Milenario de los alemanes!

Todo eso le pasó por la cabeza a Höllriegl cuando, como los demás huéspedes de la pensión, se vio de pie, tieso como una vela, con el brazo derecho levantado delante de la pantalla del televisor. Poco a poco fueron amainando las expresiones de tumultuoso entusiasmo en el cónclave del Consejo del Reich, pero aún se oían algunos gritos aislados, chillones, cortantes. Se vio entonces que Köpfler sacaba una cinta magnetofónica de la carpeta y, sin moverse del asiento, se la entregaba al ministro de Propaganda, quien, con el mayor de los respetos, la puso él mismo en el magnetófono ya preparado a ese efecto. Tras el brioso entusiasmo, aquel silencio, surgido como si respondiese a una orden, tenía un efecto aun más solemne e inquietante. Era la voz del Führer la que ahora colmaba la sala y franqueaba las fronteras del Reich para llegar al mundo entero. Sonaba como siempre,

potente, mientras la mesnada, dispuesta en grupos petrificados, escuchaba con la boca abierta.

–¡Pueblo alemán! Veo aproximarse la hora última. Muy pronto daré cuenta en el Valhalla de mis acciones y de la gloriosa Nación Alemana. Desde que, en 1914, en calidad de voluntario, decidí dedicar todos mis esfuerzos a proteger al Reich de una guerra mundial que le fue impuesta, ha transcurrido medio siglo. En estas cinco décadas todos mis pensamientos, todas mis acciones, mi vida entera, sólo se han visto guiados por el amor y la lealtad a mi pueblo. Ambas cosas me dieron la fuerza para tomar las decisiones más difíciles y dar solución a las misiones más complejas, tan complejas como nunca antes habían sido impuestas a un mortal. El fruto de todos mis esfuerzos por garantizar a la Nación Alemana, mediante la lucha, el lugar que merece bajo el sol, significó el triunfo más glorioso de nuestra historia, un triunfo que no ha sido capaz de conquistar hasta ahora ningún otro pueblo. Ese triunfo eliminó, de una vez por todas, el dominio de aquellos estadistas internacionales que o bien eran de origen judío o trabajaban en favor de los intereses de los judíos. Fui yo quien dio la orden para eliminar de la faz de la tierra todo judaísmo internacional, y también ordené que todas las naciones que se habían convertido en cómplices de la conjura internacional judía quedarán sometidas eternamente, junto con todos los pueblos de razas inferiores –los negros, los chandalas y los simios–, al pueblo ario germánico, a la raza rubiazul llamada a dominar el mundo, así como a todos aquellos que lucharon junto a nosotros, haciendo enormes sacrificios en favor de esa victoria.

»Muero con la satisfacción de haber visto las gigantescas hazañas y méritos de nuestros soldados en la última guerra, hazañas y méritos de los que soy muy consciente, así como de la colosal labor de reconstrucción del Partido y de todas sus instancias en tiempos de paz, los conmovedores méritos de nuestras mujeres y madres; muero feliz al ver las hazañas de nuestros campesinos y nuestros trabajadores, los obreros del brazo y los de la palabra, y de la labor, única en la historia, de las Juventudes portadoras de mi nombre. Que exprese mi agradecimiento a todos ustedes, una gratitud que me sale de lo más profundo del corazón, es tan obvio como mi anhelo de que, aun en tiempos de paz, no abandonen nunca la lucha, bajo ninguna circunstancia, que continúen llevándola a cabo, enfrentando al enemigo en cualquiera de sus formas o dondequiera que se asome, incluso dentro de

nuestras propias filas, y que lo hagan con la misma pasión fanática y la misma decisión que han pasado a ser los símbolos de nuestro Movimiento. A los mandos de nuestro Ejército en todo el Reich, en los territorios ocupados y en ultramar, a los oficiales de la Marina, de la Fuerza Aérea y de la Navegación Espacial, tan joven y ya coronada de gloria, les ordeno fortalecer, con todos los medios a su alcance, el espíritu de la tropa, inspirándose en las doctrinas del nacionalsocialismo. Al Partido y a todas sus instancias, desde el más veterano ministro hasta el más joven miembro de la organización de pioneros nazis, les ordeno ponerse al frente de la tropa a modo de ejemplo luminoso, manteniendo día y noche el estado de alerta, listos para actuar cada vez que se nos presente la hora de las grandes pruebas. ¡Estad alertas, hombres y mujeres alemanes! Veo cómo se alza en el Lejano Oriente una nube amenazante. Una camarilla de traidores parece estar obrando allí para arrancar de nuestro lado al heroico pueblo japonés, que luchó junto a nosotros, hombro con hombro, en pos de la victoria, y que ahora domina la China y Mongolia, el Pacífico y el llamado Quinto Continente, la Magna Iapónica. Cierto es que conquistamos la mayor victoria en la historia de Alemania y en la propia historia universal, pero corresponde ahora preservar los frutos de esa gloriosa hazaña, llevando hacia lo alto un milenio que las generaciones futuras calificarán de heroico.

»Antes de que acaezca mi muerte, y a fin de consolidar y asegurar la existencia de la Nación Alemana en Occidente, expulso de las filas del Partido al exmariscal del Reich Tycho Unseld, indigno sucesor de Hermann Göring, mi ya fallecido camarada del frente, y lo despojo de todos los derechos que pudieran corresponderle en virtud del decreto del 29 de junio de 1951 y de mi declaración ante el Consejo del Reich el 1 de septiembre de 1953. Su lugar lo ocupará el *Reichsleiter* Ivo Köpfler, quien, tras mi muerte, será el Führer del Partido y el jefe del Gobierno, y quien, a partir de este mismo momento, asume el mando absoluto de todas las fuerzas armadas alemanas de tierra, mar, aire y espacio sideral.

»También antes de que acaezca mi muerte, expulso del Partido al ex *Reichsführer* de las SS y ministro del Interior Manfred Diebold, a quien relevo, asimismo, de todos sus cargos y funciones en la estructura del Estado. Designo, en su lugar, al *Gauleiter* Gernot Firbas para que asuma las funciones de *Reichsführer* de las SS y jefe de la Policía alemana, así como al

Gauleiter Uwe Heckroth para que ocupe el cargo de ministro del Reich para los Asuntos Internos. Se ha demostrado que Unseld y Diebold han cometido traición contra la Nación Alemana al intentar, en repetidas ocasiones, minar mi autoridad, socavar la orientación ideológica del Partido y la Wehrmacht, sembrar la discordia y, actuando en flagrante violación de la ley, usurpar el poder en la maquinaria del Estado. Con ello han ocasionado daños incalculables a todo nuestro pueblo, en particular al portador de su voluntad política, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, por no hablar ya de la deslealtad hacia mi persona. Declaro proscritos a ambos traidores y ordeno el arresto de sus familiares. El patrimonio íntegro de estos hombres sin honor pasará a manos del Tesoro del Reich.

»Para dar al pueblo alemán un Gobierno integrado por hombres de probada firmeza, un Gobierno que cumpla con la obligación de proteger de cualquier enemigo al Imperio Germánico Mundial y a las naciones que están bajo su protección, sea ese enemigo interno o externo, nombro a partir de hoy, en mi condición de Führer del Reich Alemán, a las siguientes personas como miembros del nuevo gabinete: nombro a mi sucesor, el mariscal del Reich Ivo Köpfler, jefe del Partido, al que corresponderán todas las potestades de un presidente del Reich, de canciller ministro de la Guerra; al secretario de Estado Gandulf Henke lo nombro ministro del Reich para Asuntos Exteriores; al *Gauleiter* Uwe Heckroth lo nombro ministro del Reich para los Asuntos Internos; al presidente del Tribunal Popular, el laureado doctor Dieter Loeffelholz, lo nombro ministro de Justicia del Reich; el presidente del Instituto de Física y Tecnología, Jörg Luyken, queda nombrado por la presente ministro de Ciencias, Educación y Formación del Pueblo; al *Obergruppenführer* de las SS Karlmann Hassenteufel, lo designo para el cargo de ministro de Instrucción del Pueblo y Propaganda; el presidente del Tribunal de Cuentas, Adelbert von Bergius, pasa a ser ministro de Hacienda; el *Gauleiter* Gernot Firbas, será el *Reichsführer* de las SS y jefe de la Policía alemana; al jefe de la Oficina Fiduciaria del Trabajo en los territorios alemanes del Este, Gerd Landsittel, lo nombro ministro de Asuntos de la Servidumbre Feudal; al consejero del gabinete del Reich, el conde Heimo Neckartailfingen, lo nombro ministro de Economía; al general de brigada de las SS, líder del campesinado hereditario en las colonias del Reich, Ernstwalter Sausele, lo nombro ministro de Alimentación y Agricultura; al

médico jefe del Estado Mayor y director del Departamento de Experimentación e Investigación en los campos de infrahumanos, el doctor Wilfried Dodeshöner, lo designo para ocupar el cargo de ministro de Salud del Reich; el teniente general Wolf von Rudeloff pasa a ocupar la responsabilidad de ministro de Armamento; el *Obergeneralarbeitsführer* Dietrich Herklotz será el nuevo ministro de Trabajo; al inspector general de Viales, Kurt Tucholke, lo nombro ministro de Transporte del Reich; el general de brigada de las ss Giselher Weidanz pasa a desempeñarse como ministro de Estado y jefe de la Cancillería del Reich; al líder regional de las Juventudes, el doctor Hatto Lienhard, lo nombro ministro de Ordenamiento Territorial; al presidente de la Oficina Central de Correos, Rainer Wirth, se le nombra ministro de Correos; al director ministerial Tankred von Westerfrölke lo nombro ministro de Estado y jefe de la Cancillería Presidencial del Führer y Canciller del Reich; el *Reichsleiter*, el barón Von Wittdorp, se desempeñará a partir de ahora como ministro y presidente del Consejo Privado del Gabinete; y al jefe de sección Gotthold Auffahrt lo nombro ministro de Asuntos Eclesiásticos. Estos nombramientos entran en vigor desde el día de su anuncio y serán ratificados de inmediato por el camarada Köpfler. Para todos aquellos ministros no confirmados en sus cargos y que ahora son sustituidos, a quienes, por otra parte, deseo expresar aquí todo mi agradecimiento y la gratitud de la nación, encontraremos otras misiones dignas de su persona.

»Que estos nuevos hombres se muestren duros, pero jamás injustos. Que sean capaces de servirse de la osadía y del valor como consejeros de sus acciones, poniendo por encima de todas las cosas el honor de la nación. Que sean siempre conscientes de que nuestra misión, la de asegurar en el futuro la cultura de Occidente bajo el predominio germánico, será la labor de los siglos venideros; que sean conscientes también de que cada uno de ellos tiene la responsabilidad de servir al interés general, poniendo éstos por delante de sus intereses personales. A todos los compatriotas, a todos los nacionalsocialistas, a los hombres y mujeres, a todos los soldados de la Wehrmacht les exijo que permanezcan fieles y obedientes al nuevo Führer, mi sucesor, hasta la muerte. Pero, sobre todo, exijo a los líderes de la Nación y a toda la comunidad del pueblo, el estricto cumplimiento de las leyes raciales y la resistencia implacable ante todos aquellos que se nieguen a

aceptar los sagrados principios del Nuevo Orden, intentando minarlos y, de ese modo, cuestionando el derecho a la existencia y la prosperidad de la cultura occidental. Firmado en el Berghof, cerca de Berchtesgaden, a 3 de noviembre de 196…

Los intérpretes en sus cabinas insonorizadas habían traducido fragmentos del discurso del Führer a todas las lenguas del planeta, si bien las palabras del original eran siempre intercaladas en las transmisiones. Apenas finalizó el mensaje de Hitler, Köpfler se puso de pie y, mientras una toma en primer plano mostraba su magnética mirada, dijo con voz sonora y cortante:

–¡Compatriotas míos, camaradas! Los dos ex miembros del Consejo del Reich expulsados del Partido y de sus cargos por Adolf Hitler, Unseld y Diebold, son ahora fugitivos de la justicia y se desconoce por el momento su paradero. Como garante de la seguridad y el orden, que es la misión que me ha encomendado la dirección del Partido y del Gobierno, ordeno a todos nuestros seguidores en el NSDAP y la Wehrmacht, así como a todo compatriota, localizar a los dos traidores a la patria que se han dado a la fuga y, o bien entregarlos a la justicia del Reich, o, en caso de que la situación lo exija, ejecutarlos en el sitio donde los encuentren.

»Y para garantizar que mis órdenes sean ejecutadas de inmediato, libero de sus responsabilidades al *Gauleiter* Gernot Firbas, recién nombrado por la última voluntad de Adolf Hitler *Reichsführer* de las SS y jefe de la Policía alemana, y asumo yo mismo, hasta nuevo aviso, su cartera.

»Pongo, además, bajo mis órdenes a todas las unidades del Werwolf, nuestro aguerridos hombres lobo.

»El fallecido Führer, fundador de un nuevo Reich mundial, tendrá su sepulcro en Kyffhäuser. La hora exacta aún no se ha fijado, pero les comunicará en su momento. Desde ahora, y hasta ese día no demasiado lejano, permanece vigente, en todo su alcance, el duelo nacional decretado por mí dentro de las fronteras del Reich Germánico y en todos nuestros territorios protegidos o sujetos a la administración fiduciaria.

»¡Viva Alemania! *Heil Deutschland*!

Una vez más resonaron los atronadores e infinitos gritos de *«Heil Köpfler!»*, *«¡Heil* por el nuevo Führer!», *«¡Heil* Germania!». La transmisión a todas las redes del mundo no alemán había sido interrumpida durante el

discurso de Köpfler. En otros territorios, los líderes de distinto rango se dirigían en ese momento a sus respectivos pueblos.

Los himnos de la nación sólo se habían cantado con tal entusiasmo en la época en la que se iniciaban las grandes victorias. Ebrio de orgullo y de felicidad, Höllriegl regresó a su habitación, ahorrándose así la rimbombante ceremonia que tenía lugar después de cada sesión del Consejo del Reich, algo que formaba parte de los rituales matutinos, en conmemoración de aquellas veladas en la antigua cervecería Bürgerbräu, en Múnich. Los demás huéspedes de la pensión se dispersaron también sin decir palabra. Höllriegl tardó mucho en conciliar el sueño debido a la excitación. Sólo muy tarde cobró conciencia de que algo en aquel acto lo había llenado de una misteriosa repelencia, casi de cierta angustia y de horror.

NAFTALINA

«Ever have I been, and shal, how-so I wende, Outher to live or dye,
your humble trewe;
Ye been to me my ginning and myn ende,
Sonne of the sterre bright and clere of hewe, Alwey in oon to love
yow freshly newe,
By god and by my trouthe, is myn entente;
To live or dye, I wol it never repente!».

Atribuido a CHAUCER

Algo enigmático pasó por la mañana temprano. Höllriegl estaba pasando a limpio su informe cuando Anselma lo llamó. Ella se le había adelantado con la llamada, lo cual, primeramente, lo colmó de una repentina sensación de goce. Su voz tenía un sonido bronco, el nerviosismo hizo incluso que se equivocara en lo que decía en un par de ocasiones. Le preguntó si le apetecía almorzar con ella, ya que no estaba segura de poder quedar con él por la noche. Como ahora tenía un poco de tiempo, lo esperaría en la cantina del Ministerio de Asuntos Exteriores.

–Si el trabajo me lo permite, nos vemos esta noche en mi casa para una cena de comida china. Y no olvide, en ese caso, traer su péndulo…

Höllriegl se sintió nervioso, y se puso a silbar entre dientes. La aventura –ya que aquello no era otra cosa– continuaba.

A su chica «ocasional», una peluquera que trabajaba en Heydrich, le escribió un par de líneas llenas de buen humor, y también escribió a Kummernuß. Sin embargo, no estaba en absoluto de buen humor. Höllriegl se sentó en el coche y condujo hasta el número 4 de la Tiergartenstraße. Todavía estaba nublado, pero apenas llovía. El tráfico parecía menos denso. Se había levantado un viento frío que sentaba la mar de bien. El tiempo típico berlinés que tanto le gustaba.

Al portero del edificio en la Tiergartenstraße (T-4) sólo le dijo que quería visitar a la persona que estuviera de servicio en la Escuela Nacional de Protección Radioactiva. Mientras subía la escalera, al pasar junto a los firmes guardias, tenía aún la absoluta certeza de que se encontraría allí a Hirnchristl. Se hizo anunciar y tuvo que esperar un rato. Por fin lo invitaron a pasar. Detrás del escritorio con los tres teléfonos ocupaba el puesto un hombre joven de aspecto resuelto y vestido de civil. Negó con tono estricto y cortante conocer a un *Obersturmführer* de nombre Hirn-kristell (¡qué manera extraña tenía aquella gente de pronunciar el nombre!).

–Estoy de servicio aquí desde ayer: mi antecesor se llamaba Pribilla.

Ante una actitud tan deliberadamente tozuda, poco sentido tenía insistirle más a aquel hombre. La secretaria era la misma de ayer. ¿O acaso era otra? A fin de cuentas, todas tenían un aspecto parecido. La mujer lo miró con expresión embotada, sin verlo, de modo que a Höllriegl se le quitaron las ganas de dirigirle la palabra. Mantuvo el informe en el bolsillo, masculló una

disculpa (la cual hubiera podido ahorrarse, ya que nadie le prestaba atención), y pidió que le sellaran el pase. Se marchó sin despedirse. Se sentía algo extraviado, y de nuevo tuvo esa vaga sensación de amenaza, aunque esta vez había ganado en intensidad. Aceleró los pasos. Todavía llevaba consigo el papelito con la dirección de Gundlfinger. Este último, al menos, era alguien concreto.

En el pasillo de la pensión se tropezó con la señora Zweenemann, que tenía los ojos encendidos y, al verlo, bajó la vista. Höllriegl, con su tono campechano, la animó para que hablara. Su hermano –le contó la mujer en un susurro, con frases entrecortadas– estaba desaparecido desde ayer al mediodía. Era un hombre puntual como un reloj. ¡Y meticuloso! (Desde la muerte de su marido, ella llevaba la pensión junto con él). El hermano tenía la intención de ir a la filial más cercana del banco del Reich para sacar dinero, y desde entonces se había perdido todo rastro de él. En el banco, supuestamente, no lo habían visto.

–La gente allí se comportó de un modo tan confuso y contradictorio en sus declaraciones que me fui directamente a la policía; nadie había sacado dinero de la cuenta. En el puesto de guardia recibieron mi denuncia de la desaparición con indolencia, al punto de que apenas me hicieron preguntas. ¡Se han llevado a Albert, se lo han llevado!

La viuda tenía la cara húmeda a causa del miedo y del nerviosismo, las manos le temblaban ostensiblemente, y Höllriegl notó cómo se clavaba las uñas en las palmas de las manos una y otra vez.

–Desde el sábado desaparecen personas cada hora –susurró la mujer–. Los sacan de sus puestos de trabajo y ya no regresan. Se trata, en su mayoría, de gente sencilla, obreros, pequeños empleados… Los del Werwolf están haciendo su trabajo. –La viuda miró a su alrededor, aunque su voz apenas se oía–. ¡Pobre Albert, pobre! ¡Ya no lo veré más! –dijo, y rompió a llorar a lágrima viva.

¡La gente desaparecía sin dejar rastro! Y había otra cosa que inquietaba al giromante: algo que no tenía nada que ver con los acontecimientos más recientes. Ya durante el verano, en todo el territorio del Reich, y en todas las regiones de Europa, el agua potable y para uso doméstico había empezado a escasear. Como si toda el agua se hubiese agotado de repente. Hacía tiempo que no tenían un verano tan tórrido, y en otoño se filtraron algunas noticias sobre unas malas cosechas catastróficas. Las autoridades habían decretado un

ahorro estricto del agua, y tales medidas no aflojaron cuando, a mediados de octubre, hubo abundantes aguaceros. En la pensión, Höllriegl había visto carteles con la orden transmitida por el Partido: «¡Compatriota, ahorra el agua alemana!». Ahora, al entrar a su cuarto después del breve encuentro con la señora Zweenemann, vio sobre el lavabo una tablita en la que podía leerse que, hasta nuevo aviso, cortarían el agua entre las 10:00 y las 16:00 horas y entre las 20:00 horas y las 4:00 de la madrugada. Encontró una jofaina mediada de un agua con un pálido color lodoso y, en la repisa, dos botellas llenas de agua mineral.

Höllriegl leyó una vez más, minuciosamente, su informe. ¿Para quién lo había escrito? La pregunta afloraba una y otra vez, minando su confianza. ¿Adónde había ido a parar el orden? ¿Dónde quedó aquel mundo sagrado? ¿Fracasaba la dirigencia del país? Se impartían órdenes que se quedaban en el aire, suspendidas en el vacío. ¿Qué significaba todo aquello, por Dios santo? Höllriegl recordaba cada palabra de su conversación con Schwerdtfeger. Luego le llegó la orden de viajar a Berlín, que también era real. Y la carta de Anselma: «Espero que no vuelva usted a apostar al caballo equivocado». Anselma podía haber oído a Schwerdtfeger, en alguna conversación, diciendo que él, Höllriegl, había recibido una orden para venir a Berlín. Aquel novelista de medio pelo entraba y salía como Pedro por su casa en todas partes; también lo haría, seguramente, en el Ministerio de Exteriores; Anselma, además, era una mujer atractiva. Hirnchristl apareció de inmediato en la imagen. Fuera quien fuese el que había impartido aquellas instrucciones, todo tenía que haber pasado por una instancia oficial. Eso estaba más que claro. ¡Y luego estaba la confesión de aquel judío! (Höllriegl no la había ocultado del todo en su informe; había insinuado que aquellas palabras eran el producto de una imaginación enferma). En cualquier caso, lo habían enviado allí demasiado tarde, un pastor de almas hubiese hecho mejor labor. Lo más sencillo era que metiera el informe en un sobre y lo enviara a la instancia correspondiente en la T-4, así, a la buena de Dios. Que hicieran con él lo que les viniese en gana. Para él, el encargo se había cumplido. ¿O debía, acaso, poner a Anselma al corriente? Esta última idea la descartó con la misma rapidez con que la pensó.

Con ojos críticos, se examinó en el espejo del baño: el ojo morado no había perdido un ápice de su belleza. ¡Ay, Ulla! ¡Ulla! A esa mujer la había perdido

para siempre, antes incluso de atreverse a conquistarla. Aquello había sido una locura. Tenía que arrancarse a Ulla del alma, por mucho que le doliera. A Anselma, quizá, podría… Era la cuñada de Ulla, una Von Eycke. Sería una dulce venganza contra la Bruja de Ámbar que él… ¡que Anselma…! Su corazón empezó a latir con más fuerza cuando pensó en la señora Geldens, en su cuerpo debilucho y sus maneras exóticas…

Mató el resto del tiempo como pudo. De algún modo, se sentía algo renuente a salir. Como si estuviera más seguro entre aquellas cuatro paredes. ¿O acaso debía, contraviniendo las instrucciones, mudarse a otro hotel y cambiar varias veces de alojamiento? De todos modos, ésa era una decisión errónea: si *ellos* querían salir a buscarlo, lo encontrarían.

Tras la reconstrucción de la ruina dejada por las bombas, el Ministerio de Asuntos Exteriores había regresado a su antiguo enclave: los números 74-76 de la Wilhelmstraße. Höllriegl tuvo que pasar por tres puestos de guardia, por todas partes pululaban los impermeables de color gris hielo de los guardias de las SS. Recogió el pase, preguntó por la cantina y atravesó un patio repleto de vehículos de asalto y carros blindados destinados al espionaje. La tropa exhibía sus armas de un modo ostentoso. En uno de los salones contiguos al local ruidoso y lleno de humo, vio a Anselma sentada en un rincón oscuro, en una postura infantil. Estaba allí con una chica joven, alguna colega, tal vez, la cual se levantó y se fue cuando Höllriegl se aproximó.

Él saludó briosamente, lo cual arrancó al rostro de Anselma una sonrisa fugaz. Tenía hoy un aspecto frío y distante. ¿O quizá fuera el entorno desapacible, semioficial lo que la obligaba a mostrarse así? La gente entraba o salía sin parar. Miríadas de jovencitas que charlaban en voz alta, muchas de ellas en uniforme, estaban sentadas ante unas largas mesas; el personal de servicio estaba muy atareado. Eran todas mujeres. Poco se notaba el luto, salvo por el color oscuro de la ropa. Tampoco la sesión del Consejo del Reich de ayer parecía haber dejado en la gente ninguna impresión. La vida de los efemerópteros humanoides seguía su curso.

Para atender a los mil empleados del ministerio era preciso dividir el personal en cuatro turnos de media hora cada uno. Anselma dijo de inmediato que no podría quedarse mucho tiempo más, así que Höllriegl sacó un ticket de almuerzo, y ambos comieron rápido, charlando con monosílabos.

Los acontecimientos más recientes lo habían trastornado de tal modo que olvidó toda precaución, contraviniendo aquel instinto suyo de cubrirse las espaldas que se había convertido en una especie de segunda naturaleza. Percibía el ruido del entorno, la gente comiendo y charlando, como una atmósfera protectora. ¿Lo estarían vigilando? Le daba igual. El distanciamiento de Anselma lo excitaba; cuando ella no lo observaba, él la devoraba con sus miradas de admiración. Hoy la encontraba sumamente atractiva, y esa belleza le dolía de un modo que no podía precisar. Tenía unas sombras azuladas bajo los ojos. ¿Qué habría estado haciendo ayer? ¡Él tampoco podría conquistar a esta mujer! Pero también era cierto que su llamada lo había hecho feliz y que, por un momento, pudo olvidar a Ulla…

Cuando acabaron de comer, él le rozó la mano como quien no quiere la cosa. Al ver que ella no la retiraba, la acogió entre las suyas. La calidez de su sangre lo excitó.

–Usted me cae muy bien, Anselma, me gustaría… –Él la miró apasionadamente a los ojos, que de repente, según le pareció, mostraron cierta expresión de entrega. A pesar de la indiferencia que lo embargaba, se asustó al cobrar conciencia de su osadía: por primera vez llamaba a la señora Geldens por su nombre de pila. En un impulso, ella se le acercó por un instante, como si también para ella desapareciera el entorno. Sus caras estaban muy próximas. La mano de Anselma empezó a sacudirse entre las suyas, pero ella, entonces, la retiró.

–Lo que yo creo es que usted ama a Ulla. –Aquello era demasiada franqueza, un ataque directo.

–Sí… Yo venero a la señora Von Eycke… Mucho. Pero como a un ídolo –mintió Höllriegl, y añadió, no mintiendo a continuación–: La tengo en un altar muy alto. –Höllriegl evitó la mirada de Anselma, no desprovista de cierta ironía. En la pared del salón situado enfrente se veía una inscripción recién tapada con pintura, pero aún legible, que, con ese estilo de escritura con arabescos que uno encuentra en las antiguas tabernas alemanas, decía: «PENSAR COMO OCCIDENTALES Y ACTUAR COMO ALEMANES».

–¿Qué quiere usted de mí? –Una pregunta de centelleante frialdad.

–¡Yo la quiero *a usted*! ¡Usted me gusta! –Una vez más, intentó agarrar su mano escurridiza–. ¡La quiero, la quiero! Lo amo todo en usted, su fuerza, su raza, su fuerza ódica. Con usted podría ser feliz. Nunca lo he sido, nunca

desde que tengo uso de razón. ¡De usted emana fuerza, confianza en la victoria! Usted me carga de energía y me llena de fe. ¡Es usted una mujer formidable! ¡Muy distinta al resto…! ¡Alguien muy especial…! ¡Una dominadora! –Se dio cuenta al momento de lo manidas que eran todas aquellas frases, pero su voz, a causa de la excitación, había cobrado un tono grave y quejumbroso.

Anselma lo examinó con atención; tanta torpeza la hacía sonreír, pero sus ojos no se apartaban de él.

–Me temo que no soy el objeto adecuado para sus deseos. Soy más bien una mujer sobria, no demasiado romántica. Usted es un individuo a la vieja usanza, le gusta vaciar sus cajones repletos de sentimientos. Pero… En fin, a mí usted también me gusta, ya me gustó la vez que le vi en Radebeul, cuando sólo tenía usted ojos para Ulla… Pero, al mismo tiempo, no me gusta. Es usted un hombre demasiado débil, pierde el control de sí mismo con demasiada facilidad, eso va en contra de nuestra forma de ser, ¡no encaja con nuestra época! Tal vez sea usted… ¿demasiado humano? ¡Pues, qué asco…! Por cierto, no creo en ese amor suyo. La palabra amor ha de usarse solamente cuando se habla de preservar la especie, la raza. ¿Qué sabe *usted* de ello? El amor, tal y como usted lo plantea (en su antiguo sentido romántico), no existe… ¡Nunca existió! Es como cuando uno saca la ropa para que se airee. Huele a naftalina. ¿Sabe una cosa? Lo único que existe es la soledad. ¡Eso sí que existe! ¡Uno busca pareja para irse a la cama con ella, nada más! Para no tener que estar tan solos… Además, es divertido. Usted busca una mujer porque desea huir de sí mismo, ¿no es cierto? O tal vez porque sus glándulas aún son jóvenes e impetuosas. ¿No tiene usted ninguna chica, pobre hombre? –Pausa. Él la devoraba con los ojos, pedazo a pedazo–. Yo le gusto, ¿verdad?

La pregunta lo desarmaba. (¡Dios, qué coqueta podía ser aquella mujer!). Höllriegl agarró la mano recalcitrante de Anselma y le besó los delicados nudillos. Tuvo deseos de coger aquella mano que se había cerrado a cal y canto y abrirla, abrir en ella una brecha, besarla en su interior. Ella adivinó sus intenciones y le susurró:

–Tenga cuidado, no estamos solos. –Sin prestar atención a la advertencia, que también valía para ella misma, sus miradas, las de ambos, se fundieron: eran miradas tan profundas, prolongadas y hambrientas, que todo a su alrededor se volvió borroso. Habían alcanzado un estado insular, la extrema

soledad de dos. La expresión en el rostro de Anselma se volvió grave, apasionada, sus ojos imploraban.

–¡Sinfessel, yo la amo! ¡La quiero para mí! –dijo él en voz baja.

–Mi nombre es Knêfro-dh, recuerde, la de rodillas perfectas.

–Oh, no, de ninguna manera: ¡soy yo quien se pone de rodillas ante usted! ¡Se lo suplico! Puede hacer usted conmigo lo que quiera. ¡Hágalo! ¡La amo!

–¿De nuevo el amor? Se referirá usted a ese asunto hormonal que llaman amor, ¿no? A usted le gustaría poseerme, y yo quisiera… Bueno, tal vez. Eso es todo.

Anselma no mentía, sus ojos no mentían.

Höllriegl, en su confusión, buscaba las palabras adecuadas.

–¡Estoy tan impaciente! Estoy feliz, usted me hace feliz, pero también me siento infeliz. Estoy demasiado impaciente… ¡Siento la impaciencia de tenerla a usted, Anselma! –Él sabía que era placer lo que anhelaba, seguridad, aturdimiento, huida. Se avergonzaba y ni siquiera intentaba ocultarlo–. ¡Con usted podría echarme a morir!

–¿En la cama? ¿Para luego entrar en el Valhalla? Allí tendríamos que separarnos… A usted lo pondrían en la sección masculina. –Los ojos de Anselma cambiaron de color. Había en ellos un fuego burlón de color verde marrón. Un brillo absorbente. Él intuía lo que tanto le excitaba de ella. Lo impredecible que era, sus maneras de niña. Su inteligencia y su crueldad. Su raza.

–¡Al Valhalla o al infierno, donde los dioses eternos o al reino de los muertos! ¡Me voy a cualquier parte! ¡Pero con usted, sólo con usted, Sinfessel!

–¿Cree usted de verdad en todas esas mamarrachadas? Ésas son historias para pioneritos. Con la muerte acaba todo, sus æsir y sus vanir son cuentos para nodrizas. ¡No existe nada salvo el instante en el que vivimos! ¡Y no existe nada salvo la Nación! ¡Escúcheme! ¡Para vivir y dominar es preciso ser duro, duro como una piedra! Todo es cuestión de poder. ¡Después de nosotros, el diluvio! ¡Yo siento avidez –los ojos de Anselma mostraron un brillo fanático– de una nueva era! El Tercer Reich se hundiría de un modo o de otro por culpa de sus propios achaques. ¡Vea usted tan sólo a los blandengues de las SS, o a esos acomodados de la Gestapo, los gordos e inflados ancianos de los Servicios de Seguridad! ¡O vea las torturas

rutinarias! ¡Los idilios en los campos de infrahumanos! ¡Todo ha degenerado! ¡Y luego, esa mala conciencia en todos y cada uno! ¡El símbolo del Reich ya no es el águila, sino una jeringuilla cargada de somnífero! Nos va demasiado bien, hemos engordado y nos hemos vuelto haraganes. ¡Grandes fueron los germanos sólo en su hundimiento! Cuando yo era una mocosa, una *gör*, oraba a Fraujaz. –Höllriegl entendía bien: Anselma empleaba el calificativo usado por Ulfilas, en su traducción de la Biblia, para referirse a Dios, a fin de no tener que pronunciar el odiado nombre judío–. ¡Pero luego me dediqué a crucificarlo, cada día! Cuando éramos niños, jugábamos a la «crucifixión», y yo me inventé los martirios más horrendos para castigar al predicador peregrino de Galilea. Hoy preferiría crucificar a Odín y volar por los aires todo el maldito panteón de los dioses germanos, donde todo son borracheras y largas siestas envueltas en pieles de oso. Veo que se escandaliza usted. No había esperado eso de mí. ¿Qué esperaba entonces…? ¡Se aproxima una nueva era, dura, viril! ¡Tendremos que luchar de nuevo y sacar los cuchillos, en lugar de andar a la caza de un enchufillo! Esos envejecidos imbéciles del Partido confían en nuestra invencibilidad, en la ciencia nuclear, en el láser, en los cohetes, en todos esos ridículos satélites. Sueñan con el prodigio de una nueva arma milagrosa, mientras se dan la vuelta en la cama para tirarse pedos. Pero se lo digo: se aproxima una era de jungla y canibalismo; está llegando a pasos agigantados, habrá que luchar de nuevo navaja en mano, cuerpo a cuerpo, hombre contra hombre y mujer contra mujer, ¡y nosotros estaremos contra la pared!

»¿Sabía usted que en algunos territorios de América se ha desatado un infierno? –preguntó Anselma tras un instante en el que se mantuvo al acecho–. Al menos en dos estados del Pacífico de los Estados Unidos Vasallos de América la milicia se ha pasado a las filas de los rebeldes con todo su equipamiento. Hasta ayer no sabíamos nada de ello, pero hoy ya lo sabemos. Y eso no es todo. Hoy por la mañana, en mi oficina, leí por casualidad una noticia, debido a un error en la entrega, en la que se dice que los simios amarillos de Australia están realizando constantes vuelos de reconocimiento, ¡con los cuales llegan hasta Nevada! ¿Quién va a impedírselo? ¿Por qué le cuento todo esto? ¡Pues para prepararle para lo que viene, para que endurezca su carácter! ¡Endurécete, *landgrave*! Lo que le cuento no son secretos de Estado, en las noticias de esta noche podrá oír más sobre el asunto. Se ha acabado la época de las noticias amañadas, del

embrutecimiento del pueblo; Köpfler ha ordenado una honestidad brutal en la información. Todo parece indicar que los japos están preparando una gran operación anfibia en un frente bastante amplio de la costa del oeste americano. Van saltando como sapos de isla en isla en el norte del Pacífico y en el mar de Bering, y la costa oriental de Australia está plagada, como se sabe, de rampas de lanzamiento de cohetes. ¡Los Banzai! ¡Será divertido! No me sorprendería nada que el Soka Gakkai aterrice mañana mismo en California, en Seattle, Vancouver, Nome, en Dutch Harbour. No habría un solo disparo, en los *Benighted States of America*; a lo sumo, se pondrán a orar a Fraujaz y a citar pasajes de la Biblia. La estupidez más grande de los antiguos dirigentes del Reich fue disminuir el número de nuestras tropas en la región y fiarse de los célebres *rednecks* y kukluxklanes. Y ahora podremos ver cómo los Minutemen lidian con la revuelta en el país y con los simios amarillos. Los japos no vacilarán en abrir los campos de infrahumanos. ¿Y Asia? A Insulindia podemos darla ya por perdida, y en el Tíbet los molinillos de oración giran ya en favor de una victoria de la causa japonesa.

Anselma se inclinó del todo hacia delante y le susurró mientras lo miraba fijamente a los ojos (él casi pudo aspirar su aliento):

–¡Ha quedado atrás el tiempo de la modorra! ¡Sabía usted que once de los nuevos ministros salen de las filas del Werwolf? Pues, ¡por fin! ¡Ahora por fin vamos a actuar sin contemplaciones, arrasaremos con todo, haremos limpieza de tanto trasto viejo! Espero que usted también apueste por el caballo ganador…

Anselma había hablado en tono de conjura, pero debido al ruido sus palabras podían entenderse sólo con dificultad. Con qué franqueza se ponía ella en sus manos. ¿Era lo que quería? Sus ojos brillaban como dos luceros nublados, su mirada tenía algo de ciega, inhumana. ¡Eran los ojos luminosos de una loba! Había visto esos ojos, los había visto una y otra vez. Era la mirada de los jóvenes del Werwolf, los hombres lobo. Era la mirada de la serpiente del MATNAC. La mirada de los nuevos herejes, los que despreciaban la vida, los jóvenes ebrios de muerte.

Algo afectado, dijo:

–Anselma… Probablemente tenga usted razón en todo lo que dice. Pero eso no viene al caso ahora. ¡Yo ahora no puedo pensar en otra cosa que en

usted! ¡Soy su esclavo! ¡Usted es mi diosa! ¡Por usted me arrodillaría en el polvo, me dedicaría a contemplarla, a adorarla…!

–Frases y más frases. ¡Hágame el favor de no ponerse en ridículo! En cuanto me haya tenido, me olvidará rápidamente. ¡Romántico! Yo le gusto y usted me gusta. Eso es un contrato, como en un negocio. Ya percibí ayer que usted quería estar conmigo… Al principio sólo mostró curiosidad. En cierto modo, estamos hechos el uno para el otro. Yo le vendo mi mercancía y usted me vende la suya. Es un canje, nada más. Nos reunimos para hacerlo…, es una comunidad de intereses. ¿Qué pretende con ese ridículo amor…? Debo marcharme, ya debería estar arriba…

–Anselma, ¿por qué me habla de ese modo? Sabe bien que eso no es cierto. ¡El amor es… algo real, noble! ¡Es tan grande lo que siento por usted! ¡Es usted formidable, maravillosa! El amor no es una mercancía, no es un artículo de canje. Que usted se me entregue no es una transacción. Tal vez sea esa su actitud ante otros hombres; habrá vivido usted toda suerte de situaciones. ¡Pero tiene que creer en mi amor! ¡Claro que deseo poseerla! ¡La deseo con todas las fibras de mi ser! Pero no la desearía si no pudiera amarla. ¡Yo la adoro, la admiro! ¡No sé cómo no me di cuenta antes! ¡Pero usted se mostró tan fría, tan objetiva! Y su hermano, que a tanta gente…

Anselma, que se había levantado, mostró una sonrisa que podía ser de felicidad o de condescendencia.

–¿Nos vemos esta noche? Podré liberarme. Sólo que no sé la hora exacta en que podré salir. Traiga, por favor, su… varilla. Si yo no hubiera llegado aún a casa, póngase cómodo. Ko Won, mi sirviente, al que llamo simplemente Ko, estará esperándolo. A las siete. ¿Está bien así? La dirección es Neuenburger Straße número 38, en un quinto piso, junto a la estación de metro Hallesches Tor.

Caminaron en silencio a través del patio; él la acompañó hasta el paternóster. Por un momento estuvieron a solas en un pasillo lateral. Anselma se le acercó en un gesto instintivo, los pezones de sus senos se dibujaron de repente, con nitidez, bajo la negra blusa de seda. Él intentó besarla en la boca, pero ella lo rechazó; entonces le besó ambas manos, pero empezaron a llegar otras personas. Ella saltó dentro del ascensor. Höllriegl la vio desaparecer lentamente mientras ascendía; con una mirada hambrienta, abarcó toda su figura.

Aunque los periódicos del sábado y del domingo sólo habían publicado series de fotos sobre la muerte del anciano Führer –en las que podía verse a Adolf Hitler en los momentos cumbres de su vida coronada de triunfos y, en contraste con ellos, su féretro cubierto por la bandera de la sangre del 23 de noviembre, amortajado en el despacho de su Berghof, y más tarde en la Cancillería del Reich–, el fúnebre acontecimiento quedaba ensombrecido por la histórica sesión del Consejo. Es cierto que todos los periódicos llevaban una orla negra y estaban llenos de fotos de Adolfo el Grande (como empezaron a llamar desde ahora los historiadores al Inmortal), de sus guerras y fundaciones de imperios, pero se notaba la tendencia a ir desplazando poco a poco al magnífico anciano a un segundo plano, el de la leyenda, destacando cada vez más la figura de su sucesor, mostrándolo, por ejemplo, en el séquito del Führer, a su lado en importantes actos de Estado en el pasado, o tomados del brazo durante algún paseo. La edición continental del *Völkischer Beobachter* del martes mostraba una sugestiva portada (la edición matutina); Höllriegl la había leído, conmovido, en uno de los murales de prensa del NSDAP. En ella se mostraba, con letras enormes, una versión de una de las triunfales *Odas píticas*, de Píndaro, titulada «A Adolf Hitler en las estrellas», versión salida de la pluma del tres veces Premio Nacional Edwin Erwein Zwinger, un poema en el que, al final, se aludía descaradamente a Köpfler como «el imponente heredero de un imperio universal» («… con la cabeza erguida, que espera las coronas de la gloria…»), todo enmarcado con las demostraciones de lealtad de todos los miembros de la Academia Germana de Poesía y Verdad, en Weimar.

Ante tales acontecimientos, parecía insignificante el hecho de que el sábado por la mañana, bien temprano (es decir, antes de la hora en que Hitler muriera), se emprendiera un nuevo vuelo al cosmos, el número 36, en una nave multitripulada que había partido de la estación espacial de Peenemünde. En esta ocasión habían seleccionado otra vez a varios infrahombres, lo cual indicaba que se trataba de un experimento bastante arriesgado. El «WvB Baldur XXXVI», que era el nombre de la cápsula espacial, había respondido muy bien en primera instancia, y sus cuatro tripulantes (de los que sólo se conocían los números de internados) habían cumplido todas las órdenes que recibieron desde la estación terrestre, todo con celeridad y sin quejas. Pero de repente la nave espacial se había apartado de su órbita previamente calculada

y se alejaba, con velocidad creciente, del campo de gravedad de la Tierra. Según algunos informes ocultos publicados en los periódicos del martes, empezaba a dar bandazos y a rotar cada vez más rápido sobre su propio eje, mientras que la señal de comunicación se debilitaba a pasos agigantados. El martes por la mañana, en lugar de la obligada gimnasia matutina, la radio había estado transmitiendo las órdenes impartidas desde Peenemünde y los estertores de respuesta de los cosmonautas. Estaba prohibido, bajo pena de muerte, apagar estas emisiones destinadas a la «forja de la población».

Y ahora, desde todas las vallas y columnas publicitarias, los compatriotas alemanes se veían acosados por los ojos fanáticos de Köpfler, en una multiplicación multitudinaria de esa mirada. De la noche a la mañana las calles se habían llenado de secuencias de fotos de la sesión del Consejo y del festín que lo sucedió; también se veía el pasquín rojo donde la Policía del Estado declaraba en búsqueda y captura a Unseld y a Diebold. Höllriegl no tenía ganas de regresar a la pensión tan pronto, de modo que siguió paseando, sumido en sus seductores pensamientos. Con aire distraído, repasó los titulares de la prensa, pero estaba demasiado fascinado con la visión de Anselma. Un sol opaco, como una luna en pleno día, se mostraba fugazmente tras unas nubes de invierno. Hacía frío, en el aire se percibía el olor de la nieve. En la esquina de la Wilhelmstraße con la Leipziger Straße, delante de la entrada del búnker atómico, se alzaba una de aquellas torres de altavoces tan parecidas a menhires. Repitieron el informe del mediodía. Algunos transeúntes se detuvieron y, desorientados, alzaron los ojos hacia el aire. Luego se miraron entre sí.

–… aviones de nacionalidad desconocida atacaron nuestras instalaciones mineras en *Little America*. Debido a los disparos de las armas de a bordo, nueve hombres de la unidad de la Antártida perdieron la vida. Los daños materiales son escasos… En el mar de Weddell, unos aviones de reconocimiento sobrevolaron a gran altura un convoy de transporte de mineral… En las aguas de Káiser-Guillerma, los buques guardacostas han avistado algunos pequeños submarinos japoneses del tipo Nata y han abierto fuego contra ellos… Los refuerzos para las tropas estacionadas en el estrecho de Ribbentrop fueron trasladados en avión desde Ushuaia, Punta Arenas y las Islas Malvinas… El domingo, en la zona de Juan Fernández, el carguero a motor Tezcatlipoca, que viaja con bandera del Reich, fue tiroteado por unos cazas desprovistos de insignias nacionales. La munición incendiaria y las

bombas de napalm provocaron llamas en el barco, que se hundió en el plazo de una hora. Una pequeña parte de la tripulación, entre ellos tres ciudadanos del Reich, pudieron salvarse en Más Afuera… El Estado Mayor de la Marina en el Pacífico Sur ha ordenado, con entrada en vigor inmediata, naves acompañantes de protección para toda la navegación que se encuentre bajo bandera alemana o viaje a cuenta del Gobierno alemán, lo mismo por mar que por aire. Se ha informado a las navieras de que a partir de ahora las recrudecidas medidas para los convoyes entran en vigor también para todo el transporte de los niveles de abastecimiento I y II entre los 5 grados de latitud norte y los 55 de latitud sur… Unidades de la cuarta flota de submarinos Nu-Rak, estacionada en el sur del Atlántico, han partido de sus bases navales para realizar operaciones en la zona del Pacífico sur… A la altura de las islas Galápagos, el carguero chileno Esperanza ha sido detenido por unidades rápidas de nuestra Marina de Guerra. La tripulación del barco, comandos de asalto japoneses y tropas de sabotaje camuflados, ha sido reducida después de una cruenta acción defensiva… La potencia protectora del Reich en las bases de avanzada en el norte y el sur del océano Pacífico está siendo completada y ampliada actualmente por fuertes fuerzas de operación tierra-aire… Una gran unidad de la Marina de Guerra del Reich, a la que también pertenecen varios portaaviones, está llevando a cabo operaciones a lo largo de la costa de Baja California… En las montañas de Chocolate, al sur de California, nuestro Servicio de Seguridad ha mantenido combates de guerra de guerrillas en varios puntos con tropas de exterminio de los rebeldes… Al borde de la playa de Sacramento, unidades de los tristemente célebres Freikorps Abe Lincoln y George Washington, con apoyo por aire de los japoneses, han conseguido penetrar en posiciones de los Minutemen. Aunque esas acciones aún no están bajo control, las milicias leales y los Minutemen combaten allí con ejemplar desprecio por sus propias vidas. La Fuerza Aérea enemiga no se ha cohibido a la hora de emplear gases tóxicos. En revancha por esas medidas, el general Snedeker ha impartido la orden de no hacer prisioneros. Los violentos combates aún perduran. El intento por destruir con cohetes de mediano alcance de tipo convencional la represa de Boulder en Nevada ha fracasado. En Boulder City ha habido grandes destrozos, las pérdidas entre la población civil son considerables. No se alcanzaron objetivos militares. Nuestra unidad de cohetes se preparó de inmediato para el contraataque. La noche pasada, en

Sídney, Newcastle y Brisbane, y también en Christchurch, Wellington y Auckland los barrios residenciales quedaron reducidos a cenizas por ataques del Thor & Ausra. Nuestros aviones exploradores han comprobado esta mañana que ha habido grandes destrozos en instalaciones militares, como, por ejemplo, las rampas de lanzamiento móviles de Wollongong y Parramatta, cerca de Sídney… Y éstas han sido, por hoy, las noticias del ámbito internacional de las doce del mediodía… Y ahora, otras comunicaciones: los dos traidores fugitivos, Unseld y Diebold, podrían encontrarse ocultos en los alrededores de la capital del Reich. Daremos ahora una exacta descripción de las personas…

Höllriegl temblaba por dentro. Aquello era la guerra, y no ya una guerra local. Sobre la base de estas noticias y de lo que Anselma le había contado, ya no quedaban dudas: la guerra había comenzado hacía varios días, quizá semanas. Sólo ahora entendía la advertencia en el testamento del Führer: no estaba dirigida al futuro, sino al presente, era un mensaje para ese preciso instante.

De repente se sentía ebrio de orgullo y de felicidad. ¡La lucha! Sí, él no tenía ni idea de nada, nadie tenía idea. Sólo los iniciados, como, por ejemplo, Schwerdtfeger, lo sabían todo. ¡La lucha! A partir de ahora las idisi y las valquirias flotarían de nuevo sobre las cabezas de los guerreros. Por fin había una lucha… ¡Y si demonios mil están…![19] Tal vez todo ello había motivado todos esos sucesos incomprensibles: que una orden –como en el caso de la orden que él había recibido de acudir a Berlín– pudiera tener un destino equivocado, que en las altas esferas hubieran perdido el juicio temporalmente. En su megalomanía, ocupado como estaba en asuntos privados, muy privados, se había encontrado –aunque no por mucho tiempo– ajeno a la comunidad del pueblo, a la unión con sus compatriotas. ¡Cuánta razón tenía Anselma! ¡No había nada como la Nación! ¡No había nada como «el instante en el que vivimos»! ¡No había nada como obedecer, fuera lo que fuese que se le exigiera!

El individuo, de todos modos, no podía hacer nada por su cuenta, se dijo cuando regresó al Ku’Damm a través de un tráfico cada vez más denso. Todo el mundo debía ocupar su puesto: cerrar filas. De pronto tuvo prisa por llegar a su casa. La escaramuza de los cohetes era sólo el comienzo. Mañana mismo podía ser alcanzado el territorio central del Reich, que estaba, hasta los niños lo sabían, al alcance de los proyectiles japoneses de largo alcance; también de

los bombarderos kamikazes tripulados por un solo hombre. Por el momento todo se limitaba a armas convencionales, pero mañana… ¡Mañana podía desatarse una guerra nuclear! Era curioso que ese pensamiento no lo colmase de horror, sino todo lo contrario: en su fuero interno, se sentía jubiloso. ¡La gran decisión estaba próxima! Ahora todo dependía de quién era más rápido, quién daba el primer golpe devastador. No cabía duda de que Köpfler sería el más rápido, y le aseguraría al Reich el dominio incluso de aquellos territorios que hoy se encontraban bajo control de los japos. ¡Y ello significaría un dominio mundial total, no compartido con nadie! ¡*Heil* al nuevo Führer!

De algo estaba convencido: tenía que regresar de inmediato a Heydrich. Sólo quería reservar para sí esa noche, para él y para Anselma. ¡Anselma, esa mujer dominadora, fuerte! ¿Y Ulla? ¿Dónde podría estar, qué estaría haciendo? ¡Era un hecho: siempre sucumbía al encanto de las mujeres! Pero la Bruja de Ámbar era una mujer inalcanzable, y lo seguiría siendo. Anselma, en cambio… Ella era algo palpable, terrenal, se la podía tocar, abrazar, besar, ¡y quizá hasta poseer! ¡Cuánta felicidad! Una excitación frenética se apoderó de él cuando pensó en el cuerpo de aquella mujer.

Si la guerra se aproximaba a las fronteras del Reich –algo que podía ocurrir con la rapidez del rayo– era mejor que estuviera en Heydrich. Tal vez ya lo estuviera esperando la orden de movilización; además el Partido lo necesitaría. Era la hora de la verdad, y cada uno debía sacar a relucir al hombre que había en él.

Seguiría la ruta a través del Harz, por supuesto. Pasaría por Sauckelruh ob Rundstedt, por la Villa Walpurgis. Todo estaba anotado, también el número de teléfono del profesor. Aquel desvío no podría causarle ningún perjuicio. Además, en la orden para partir de Berlín estaban bien indicados tanto la ruta como el camino de regreso. Höllriegl vaciló y detuvo el coche. Entonces hizo algo de lo que se acordaría con frecuencia en los días siguientes, siempre con una sensación desagradable. A partir del mapa de carreteras, cambió la indicación escrita a máquina y le añadió un garabato ilegible. Conocía muy bien las zonas vedadas, les daría un rodeo. Por otra parte, podía pasar por las zonas B y D; y también, probablemente, por la C, aunque esta última, quizá por error, había sido omitida.

En la pensión repasó primero su informe. Todo correcto. Cuando estaba a mitad de la lectura, tocaron a la puerta. La señora Zweenemann, que había

evitado su mirada inquisitiva cuando él la saludó en la puerta, dijo desde fuera:

–Esta noche hay apagón general. ¡Las linternas para los huéspedes están en el recibidor!

Höllriegl sacó el papelito que le había entregado Hirnchristl y marcó el número. Sentía curiosidad y estaba algo nervioso. ¡Gundlfinger, una celebridad, sería su cliente! Sólo pudo marcar el prefijo de Sauckelruh; la señora de Correos, que hablaba con un acento extranjero (una de las alemanas de fuera), dijo algo de una avería, pero añadió que de inmediato lo comunicaría con Villa Walpurgis. Hubo una pausa. Höllriegl esperó cierto clic, la señal de que la OER, la Oficina de Escuchas del Reich, se había conectado. Se esforzó por escuchar algo. Nada. (Muchos compatriotas, también él, conectaban la OER casi siempre de forma voluntaria –había para ello un código telefónico para todo el Reich–, recordando la máxima partidista de que «Los amigos escuchan» y la broma que se hacía a su costa: «El Partido tiene las orejas largas»). Pero no hubo clic. Feliz casualidad, azar. ¿O habrían eliminado el sospechoso ruidito? Al cabo de un rato, empezó a sonar el habitual timbre tenue: la comunicación estaba establecida.

Una voz clara dijo:

–¿Quién clama al *remotius*?

Höllriegl dijo su nombre y su grado. Brevemente, describió el propósito de su llamada.

–Sí, aguarde un instante, por favor. Manténgase al *loquor*.

Pobre de él: allí hablaban el alemán matricial, de modo que tenía que redoblar la atención. Al cabo de unos minutos, sonó de nuevo la voz clara y pura:

–El *Inarteram* me dice que le diga que este asunto es para él algo *garcanum decipero*, nunca ha dado instrucciones de *experiri pendulum* aquí… Por favor, espere un *sinis*, o dos…

A Höllriegl le alegró la voz, que parecía pertenecer a una mujer muy joven o a un niño. La timidez del principio había desaparecido.

Garcanum decipero, había dicho. Recordaba bien la expresión. La había leído en algunas de las cartas de capacitación de *La llama ódica*, donde también destinaban una pequeña sección a lecciones de alemán matricial, una lengua culta creada a partir de la mezcla de sonoridades, contenidos y

símbolos de raíces germánicas, latinas y dialectales, cuyos adeptos, auténticos fanáticos, luchaban contra el cada vez más enrevesado y seco lenguaje burocrático normativo en el aparato administrativo del Tercer Reich, el llamado «alemán precario», aunque con muy pocas perspectivas de imponerse, ya que en los círculos partidistas todos se reían de estos sectarios. *Garcanum* significaba algo así como «misterioso», y tenía cierto retintín sarcástico, ya que, aparte de *arcanum*, se derivaba de «gallina», de la expresión «ponérsele a uno la carne de gallina», en combinación con el verbo «engañar», *decipere*.

–… el *Inarteram* me manda decir que no tiene nada en contra de que venga. ¿Viene usted conduciendo su *motoratanngrisnir*?[20] Si es así, enfile hacia Sauckelruh y suba hasta donde nosotros estamos a pie o en un *walf*… Eigenulf Schicketanz tiene un puesto de alquiler de *walfen*, le repito: Schicketanz, *numerus* 3, An der Pfordten. En Sauckelruh encontrará un *requiesco*, las *aediculae* son pequeñas, pero *confortinas*. También hay un *freunat*, pero es *gertig*, es mejor *requiesco pernoctat*, allí su *brufi* encontrará también un adecuado *aranau*. ¿La dama en la central *remotia* me ha dicho que habla usted desde Berlín? ¿Viajará cuándo?

–Partiré mañana, y se prevé que esté en Sauckelruh por la tarde. Si me lo permite, haría la consulta al profesor el jueves por la mañana…

–El *Inarteram* está trabajando en este momento en un nuevo *conatus*, vive bastante retirado, pero mantiene *impetia* y *curiosten* por los fenómenos de la vida. ¡*Venguvus*, pues!

El *Inarteram*, entretanto, consultará a los *euraten*, el *beison*, la *hellau*, el *rann*, el *riesert*, el *mönerich*, el *jahrureu*, a la *himelor* y al *neunis*. El jueves viene bien, es día de *auscultas*, y el *Inarteram* habla a visitantes de cerca y de lejos. Pero él sólo *disertanan* en la Wussaal…

Höllriegl podría haber puesto fin a la conversación en ese momento, pero quiso regodearse un poco más en aquella voz dorada al otro extremo de la línea.

–¿Con quién tengo el gusto de hablar?

–Soy el *asistangard* del *Inarteram*. En realidad, garanto el *galm*,[21] musico el *lautum*, el *amsod*, el *häminupf* y también –una risa alegre y pausa sorpresa– el *labialung*. Toco esos *galmings* realmente *recte*. ¿Es usted también *galmer*?

Tenía que ser un niño. ¡Ese desparpajo! ¿Un *asistangard*? Eso sólo podría

significar «asistente». El asistente de un célebre *Inarteram*, ¿un crío?

–Sí, toco el piano –respondió Höllriegl.

–¡Oh, el *rausod*! ¿Cuánto hace que lo toca? ¿Es usted un *ringoß*? ¿Le gustan también el *porab* y el *manigum?* Yo asistí a clases en el *Galmweisedom*, pero no lo acabé, para gran dolor de mis *magisteranten*. Quería llegar ser *garald-rausodar* o *manigand*. Creo que habría tenido el *junod* para ello. Ahora me he propuesto aprender el *inartenis*, ¡un *Audiweil…!* Hoy es *oscurentia repens* en todo el territorio del Reich, ¿lo sabía? ¡Tenga cuidado! Pero, le estoy reteniendo. *Locuor remotius* cuesta moneda. ¿Es usted rico? ¿Cuán rico es?

–Soy pobre –dijo Höllriegl, sin poder evitar una sonrisa.

Höllriegl utilizó el metro; por culpa del apagón general, la *oscurentia repens* del alemán matricial, había dejado aparcado el coche. Había poca gente esperando en el andén de la estación Uhlandstraße; temblaban de frío y se movían de un lado a otro en medio de las ráfagas de aire. Se había reducido el tráfico. A Höllriegl le habían dicho que éste sería, tras una larga pausa, el primer gran ejercicio de apagón general. (¿Se trataba en verdad de un mero «ejercicio»?). Quien no tuviera que salir forzosamente a la calle, prefería quedarse en casa.

Una patrulla vestida de civil lo detuvo. El mostró sus documentos: el pase militar, el carné de antepasados, la tarjeta de identidad (con las huellas dactilares y de la palma de la mano), los carnés del Partido y de la Oficina de Censura, y también, por supuesto, la orden de traslado. Toda una colección. Cuando los tres agentes enguantados –que cumplían con su deber de forma hosca y con miradas de recelo entrenadas en el oficio– concluyeron el control –cuando se pusieron a leer la orden de traslado a Berlín, a Höllriegl el corazón se le detuvo–, entró el tren. Höllriegl se sentía humillado, en cierto modo, se sentía ridículo con aquellos crisantemos en la mano. Un homenaje romántico que poco encajaba con la personalidad de Anselma. ¿A qué había dicho ella que olía? A naftalina…

Apesadumbrado, se sentó en el vagón casi vacío, ocupando un rincón, y se puso a leer maquinalmente los anuncios y a manosear el péndulo de cabellos que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Era curioso que la alegría por

encontrarse con Anselma fuese disminuyendo a medida que se acercaba a su residencia. ¿Qué estaba pasando?

Las estaciones: Wittenbergplatz–Nollendorfplatz–Gleisdreieck–Hallesches Tor. Tenía que bajar allí.

Entre los túneles del metro y las calles situadas al aire libre, cuya oscuridad sólo se animaba con las pequeñas bombillas de las linternas, apenas había diferencia. Con paso lento e inseguro, anduvo su camino, mientras un altavoz junto a la Hallesches Tor bramaba en ese instante al vacío los compases finales de la suite de *Peer Gynt*. La gente pasaba borrosa a su lado, los edificios ciegos se alzaban como mausoleos hasta una altura que no tenía fin.

Lentos e inseguros eran también los movimientos de los escasos automóviles, con sus faros tapados. Cuando cruzó la Lindenstraße para doblar en la Nauenburger Straße, vio otra vez un patrullero que emitía destellos malignos con sus sirenas azules. Instintivamente se apartó, con una reacción de malestar y repugnancia para la que no tenía una explicación. Esta vez era una patrulla del ejército. En el cielo negro se perfilaron, como un escupitajo, los rayos de luz que tanteaban el aire. Hacia el sur, el cielo había quedado enrejado tras ellos.

Acogió la cálida y opaca iluminación en el rellano del edificio de Anselma con un suspiro de alivio. Fuera, la noche parecía estar llena de amenazas, y aquí al menos se estaba a resguardo. No tomó el ascensor, sino que subió las escaleras (¡entrenamiento para las piernas!), intentando concentrarse en Anselma. El edificio era elegante, aparentemente de nueva construcción; la trampa de luz de la entrada y los negros toldos de protección antiaérea perturbaban un poco la acogedora impresión. Dos mozos con unos brazaletes, unos críos en realidad, le salieron al paso. Acompañaban a un señor entrado en años. El señor no llevaba sombrero ni abrigo, tampoco corbata. Höllriegl saludó; no obtuvo respuesta.

Tocó a la puerta que mostraba la tarjeta de presentación de Anselma; a continuación, se oyeron pasos en el interior y alguien pegó un ojo a la mirilla. Höllriegl dijo su nombre. Un chino de pelo canoso, con gafas niqueladas y una rala barbita, le abrió al tiempo que hacía varias reverencias. El hombre, de aspecto frágil, llevaba un traje semejante a un blusón de corte europeizante, y le sonreía sin cesar, al tiempo que le mostraba unos dientes claviformes muy separados de color ocre. Mantenía las manos ocultas en las mangas del blusón. Ko Won parecía más un sabio que un sirviente.

Por el aluvión de palabras que le soltó con su voz cantarina, en una mezcla de alemán, inglés malayo y, probablemente, chino, Höllriegl simplemente pudo inferir que la *Missis* aún no estaba en casa, pero que llegaría de un momento a otro. Ko condujo a Höllriegl hasta el salón contiguo, iluminado tenuemente por varias lámparas de formas extravagantes, hechas de rafia y de una seda muy fina de color gris claro. Höllriegl había visto las habitaciones ayer en la foto. Estaban decoradas al gusto del Lejano Oriente, y tenían un aspecto frío, deslucido, con paredes de madera que parecían corredizas. En el salón, aparte de un ancho diván y una mesilla baja con unos taburetes, no había más muebles. Una única xilografía, visiblemente antigua, montada en un kakemono, así como varias máscaras de guerreros de aspecto furibundo, hechas de una madera brillante de color rojo cobrizo, colgaban de las paredes. En una esquina había un jarrón con grandes cardos de color arena. No había fotos. ¡Ni siquiera una foto del Führer! Tampoco libros. Nada.

Con irritantes genuflexiones, Ko Won le dio a entender a Höllriegl que se acomodara en el diván. El criado convirtió en toda una pequeña ceremonia el proceso de ordenar los ásteres invernales de color violeta pálido que Höllriegl le entregó. Luego, con mucho cuidado y con una risita paternal, acomodó los cojines y dijo: «Ahí la *Missis*, ahí caballero», y añadió: «kabu-wake, kabu-wake in Japanese flower language». Su comportamiento tenía algo ambiguo y divertido: en un par de ocasiones, por ejemplo, señaló a un determinado lugar de la cama, la acarició, siempre diciendo la palabra *«Missis»*, y «hon-kate» y «ahí flore, buena posición» y «ahí caballero, lado de *Missis*, oh, *good* posición, *lovielovie*, *Missis* gustar de eso». Y añadió: «Acostarse de ese lado, y *Missis* así, flore ahí, mucho *lovie-lovie…»*.

Ko salió de la habitación, tras haberle ofrecido unos dulces servidos en un cuenco. Sus palabras, o más bien sus gestos, habían excitado a Höllriegl. ¡Cuánto esperaba ahora la llegada de Anselma! El pulso se le disparó, empezó a removerse en el diván, a olisquear los cojines y la manta, que despedían el olor anticuado de Anselma: el olor dulzón de flores que se marchitan.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro del salón. Le resultaba difícil dominar esa excitación nerviosa. ¿Por qué ella no había llegado aún? ¿Dónde estaba? Hoy por el mediodía tenía ojeras, y ayer por la noche ella había salido. ¡Sinfiötli! ¡Sinfessel! El giromante reprimió con esfuerzo un brote de irritación a causa de los celos (¡vaya ridiculez!) y se sumió en la

contemplación del cuadro que colgaba en el salón; con colores pálidos, representaba una escena en un pantano, con hierbajos, libélulas, babosas, escarabajos acuáticos y un lución. Al levantarlo un poco, vio que en el nicho que había detrás se ocultaba un aparato de televisión. Las máscaras, tal vez de origen malayo, tenían unas ranuras abiertas en el lugar de los ojos y anchas narices aplastadas; pero no podían retirarse de la pared.

Höllriegl probó los dulces. Tenían un vago sabor a pistacho, pero con el dulzor potenciado, por lo que dejaba un gusto caústico en la boca, como la pimienta.

¡El péndulo! Höllriegl se sentó para relajarse, y cogió el ovillo de cabellos femeninos –pelos de Ingrid, su «amante ocasional» en Heydrich– entre el índice y el pulgar. No era posible desactivar ni siquiera por unos segundos el deseo que lo colmaba, como un océano, cada vez que pensaba en Sinfiötli. Avivó su imagen, la de ella, y de repente apareció ante él, clara y dolorosa en sus contornos, aunque –extrañamentede un modo desvirtuado. Sólo el aspecto físico de Anselma lo habitaba, no podía pensar nada más que en su sexo, en todas las variantes posibles de su amor. Intentaba una y otra vez vaciarse de pensamientos y simplemente observar. Pero cuanto más pensaba en ella, más le temblaban las manos, el ligero péndulo de anilla se movía nerviosamente, y cuando se esforzó por mantener la mano quieta y acoger en él la fuerza ódica de Anselma, las vibraciones mánticas sólo se hicieron más convulsivas y borrosas. Ninguna animación emanaba de ellas, sólo parálisis.

Con Ulla había tenido la sensación de estar ante un ser elemental. Era la entrega, una entrega abstracta, la entrega a un poder ante el cual él era sólo un soplo. Aquí, en cambio, en el transcurso de esta prueba con el péndulo, no afloraba más que el deseo desnudo, la avidez de ser violada que siente la mujer hecha a su imagen y semejanza, una mujer no inferior a él, porque, como percibía, se sentía a gusto en su compañía. Höllriegl sospechaba que, con su virilidad, incluso con su manera de ser «romántica», podía causar alguna impresión en Anselma, y eso le daba seguridad. Al mismo tiempo sabía, sin embargo, que tal seguridad en sí mismo era engañosa, que ella, con su frialdad, su inteligencia, su estirpe y su sarcasmo (¡especialmente el sarcasmo!), podía jugar con él. Sin confesárselo, temía a esa mujer. Pero ese temor lo arrastraba hacia su órbita. En cierto sentido guardaba una vaga semejanza con la Bruja de Ámbar, salvo que Anselma era de sangre antigua, de raza noble; además, tenía los nervios a flor de piel. En su fuero interno,

estaba convencido de que podía someterla si quisiera; pero sentía un escalofrío cuando pensaba en la posibilidad de sucumbir a los encantos de aquella mujer, una cruel criatura sexual. Höllriegl se puso de pie y guardó el péndulo en el bolsillo. A fin de cuentas, había venido hasta allí para aprovecharse de la debilidad de Anselma. Sólo durante una noche. Mañana ya tendría que partir.

Echó una ojeada al largo y estrecho corredor. Al final del pasillo oyó a Ko trasteando en la cocina, que, por lo que había visto, era diminuta, más bien una cajuela con forma de armario, lo adecuado para una mujer soltera. Y entonces, ¡por fin! Pasos en el rellano, pasos que parecían acercarse a la puerta del apartamento. Höllriegl sintió como si allí fuera alguien susurrase algo o reprimiera una risita, pero tal vez se tratara de un engaño de los sentidos, ya que nada se movió. De modo que no había sido Anselma.

Sin hacer ruido, volvió al salón y, tras haber apagado la luz, apartó a un lado la pesada cortina de invierno que cubría toda la pared frontal. La ancha puerta acristalada que apareció entonces conducía a una terraza que, en los veranos, haría seguramente las veces de jardín. Estaba oscuro como boca de lobo, sólo los conos de luz de la defensa antiaérea palpaban el bajo cielo. De pronto oyó pasos de nuevo, unos pasos leves, esta vez en el recibidor. ¡Y la voz de Anselma! Y también la respuesta de Ko Won.

La sangre le inundó el corazón, que empezó a latir a un ritmo irregular. Cerró la cortina de golpe, encendió la luz y espió a través de la rendija de la puerta. Nada. Al parecer, Anselma se había metido en el cuarto de baño, Höllriegl aguzó el oído. Llegó incluso a contener el aliento, ya que el ruido de su propia respiración retumbaba con golpes secos en sus tímpanos. Y entonces escuchó cómo aquella mujer, en medio del silencio, dejaba caer su orina, se oía perfectamente el siseo del chorro, luego la rasgadura de un papel y el ruido al tirar de la cadena. Con los sentidos en estado de máxima alerta, oyó que Anselma se despojaba de sus ropas; las paredes parecían permitir el paso de cualquier ruido. Luego se oyó el rumor del agua en la bañera, sólo un poco: estaba prohibido ducharse. Anselma se lavaba.

Höllriegl estaba todavía en la puerta cuando Anselma entró; llevaba puesto un kimono oscuro con llamaradas de color naranja. Con un suspiro, como una delicada salamandra de fuego, ella se deslizó en sus brazos. Él sintió cómo su cuerpo infantil, frío a causa del agua, intentaba acomodarse al suyo, disfrutó de sus manos ávidas que buscaban tomar posesión de él, su boca abierta de

par en par, el serpenteo de la lengua. Debajo del kimono, salvo por las ligas de las medias y las medias mismas, Anselma estaba completamente desnuda. La prenda cayó al suelo cuando él la arrojó sobre el diván. ¡Ay! ¡Sus hombros y sus axilas, los pechos con los pezones negros erizados, el color castaño en la abertura de su pubis! En su embriaguez, él hubiese preferido clavarse de rodillas ante ella, pero temía ponerse en ridículo. La entrega de Anselma requería de una estrategia. Höllriegl aspiró el aroma de su sexo, fue tomando posesión de toda ella, con un deseo frenético, acaparador, con la cándida alegría del explorador que espoleaba su lujuria. No hablaban. Colmaban la habitación el ruido de unos besos absorbentes, una serie de sonidos inarticulados. La boca de Höllriegl buscaba todos los orificios en el cuerpo de Anselma. Sus besos pasaban rápidamente a ser mordiscos, y él sentía su carne firme, elástica entre los dientes, sus leves grititos, que él disfrutaba más que cualquier otra cosa. En los instantes de mayor goce, la cara de Anselma mostró la expresión de alguien que está siendo salvajemente torturada; en una ocasión él se lo comentó, a lo que ella respondió con una mirada ardorosa: «¡Tortúrame! ¡Vamos, sigue, sigue!». Alcanzaron juntos el primer clímax, y de inmediato se hundieron de nuevo en una incesante oleada de placer.

Anselma adoraba también las «pequeñas» caricias, que ella, imitando a Ko Won, llamaba *little lovie-lovie*. Había una, particularmente, que le acariciaba los sentidos. Le ordenó besarle los ojos, y, cuando él lo hizo, ella fue abriendo lentamente los párpados, mientras la lengua de Höllriegl se deslizaba por sus glóbulos oculares fríos, lisos y húmedos. También el interior de la nariz, las aletas de delicado temblor, tenían un misterioso significado amoroso.

–*Little lovie-lovie*.

Cuando estuvieron saciados, se vistieron con lo mínimo. Anselma tocó el gong.

Ko Won hizo su entrada sonriendo con aire satisfecho, y fue trayendo, una tras otra, las bandejas sobre las que estaban dispuestos los pequeños cuencos y platillos de la cena. Por lo que ella misma le había dicho, Anselma no se alimentaba siempre con comida vegetariana, pero en honor de Höllriegl había ordenado omitir la carne. (Eso le causó gracia al giromante: previendo los sarcasmos de ella, no dijo que se había vuelto abstinente, no fumador y

vegetariano siendo un joven ilegal, cuando intentaba afanosamente imitar a su Führer también en esos aspectos. Y así se había mantenido hasta hoy).

Ko trajo primero unas rodajas de piña fresca sin azucarar; más tarde les trajo unas coles de Tientsin en conserva, y, como siguiente plato, pasta cantonesa, muy parecida a los *tagliati*, pero preparada con champiñones secos ablandados en agua y cebollinos. (Höllriegl quería que se lo explicaran todo). Para cada plato había salsa de soja. De postre, el cocinero les sirvió un arroz frito y semillas de lichis. Bebieron, a sorbitos, un vino de arroz caliente que Anselma, en otro de sus *little lovie-lovie*, vertía directamente de su boca en la de Höllriegl.

Ella tomó nota de las flores que él había traído cuando ya estaban tomando el postre. Como una oleada fugaz, una mueca sarcástica le arrugó la lisura del rostro, y las comisuras se mostraron algo más afiladas. Höllriegl no esperaba de ella gratitud por el atento gesto. Para su satisfacción, sin embargo, ella le dio las gracias, y al hacerlo mostró incluso una expresión en los ojos que era al mismo tiempo reflexiva y sensual…

–¡… que haya pensado en ese detalle! ¿Me ama usted?

(Habían vuelto a tratarse de «usted»).

–¡Sí, Anselma, con todas las fibras de mi ser!

–Por favor, hagámoslo una vez más. O dos. O tres. ¡Muchas veces! ¡Ya estoy ansiosa! ¡Ven!

Sin esperar su respuesta, ella se había levantado y quitado el kimono. Se sentó muy pegada a él. Höllriegl la abrazó con todas sus fuerzas, besando una y otra vez las cámaras secretas de su cuerpo, donde se ocultaban los tesoros. ¡Ah, ese olor y ese sabor de Anselma, ese aroma delicado y virginal a coronas de flores que se marchitan! ¡La insinuación aromática de sus emanaciones y secreciones! Entonces ella lo atrajo hacia sí en la cama.

Esta vez sus caricias no fueron tan frenéticas como la vez anterior. Lo hicieron todo de un modo más reflexivo, anunciándose entre susurros cada cosa que se harían. Höllriegl no se cohibía ante nada, nada de lo que Anselma le pedía y nada de lo que su mente concebía. Poco a poco fueron sintiéndose exhaustos. Se hallaban saciados, muertos de cansancio, pero ese agotamiento les proporcionaba felicidad; agradecida, ella se acurrucó entre los brazos de él y empezó a lamerlo como un animal satisfecho (lo cierto es que no se comportaba de un modo muy distinto a la mayoría de las mujeres). Y de ese modo se sumieron en un estado de modorra.

–Ha sido una necesidad física –dijo Anselma al cabo de un rato.

–No: es amor –la contradijo él. Se produjo un largo silencio. Ella pareció dormir.

–Es deseo, lujuria, cierto cosquilleo, nada más. De hecho, he invitado a un par de colegas para que nos vean.

Höllriegl se incorporó como un bólido. Todo en él se encogió, cada músculo empezó a vibrar, un helor se apoderó de todo su cuerpo. ¡Esa mujer estaba loca!

–*¿Qué* has dicho?

–He invitado a unos amigos del ministerio, para que nos vean –repitió ella tranquilamente, sin tono de sarcasmo–. Allí, esas máscaras de la pared, tienen unas ranuras por las que se puede ver todo desde la habitación contigua. En esta ocasión me tocaba a mí. Ayer fue otra compañera. Escogemos a tipos fuertes que también sean simpáticos.

Él no se movió. El espanto le paralizaba cualquier reacción. La expresión de su rostro la incitó a reír.

–¡No te lo tomes como una tragedia! ¿Es que no hacéis cosas así en las ciudades de provincias? –Ahora el tono de burla era descarado.

–¡Puta!

Cuando ella lo acarició, él retrocedió. ¡Qué asco! ¡La felicidad hace un momento y ahora: el abismo! Sentía ganas de vomitar, el frío le subía de los dedos de los pies a las piernas, provocándole picor. De repente se veía temblando. Sin decir palabra, se puso de pie y se vistió. Evitó mirarla, y eso daba a sus movimientos un aspecto contraído. Era ridículo, todo era ridículo. Por un instante pensó en Ingrid: ese sería su refugio, su salvación. Era lo último que le quedaba. ¡Ingrid!

–En serio, no se lo tome como una tragedia. Sigamos siendo amigos. Todo el tiempo estuvo pensando en Ulla, ¿no es cierto? Porque Ulla lo rechazó. No es demasiado difícil de adivinar. Tal vez no estuviera de humor, o usted se comportó como un estúpido. De lo contrario, mi querida cuñada no es así.

Él no respondió a aquello. Asco, parálisis, asco. De repente, fuera, las sirenas rompieron a aullar. ¡Alarma! Era una alarma de primer grado, la señal para bajar a los búnkeres subterráneos. Y sin aviso previo. ¡La cosa iba en serio, no era un ejercicio! Amenaza nuclear. Un ataque.

Los monótonos aullidos rasgaban el aire. Entonces Höllriegl miró a Anselma, que seguía tumbada en el diván y mostraba su ahora horripilante

desnudez. Se intercambiaron miradas de horror. Ella se puso de pie de un salto, agarró el kimono y desapareció.

Algo monstruoso había ocurrido. Desde el sábado todo había cambiado. Una humillación había sucedido a otra. El golpe que acababa de recibir de Anselma era peor que el castigo físico infligido por Ulla. Daba igual ya que una bomba los destruyera a todos. Él estaba en las últimas.

Permaneció sentado, rígido. ¿Cuánto tiempo estuvo así? ¿Segundos, minutos, horas? El tiempo se volvía monótono, quedaba varado. Los aullidos de las sirenas fueron disminuyendo en oleadas disonantes hasta convertirse en un horrendo maullido, hasta que se extinguieron.

En medio del inquietante silencio surgido a continuación, él escuchó lo que anunciaba el altavoz del recibidor. En el corredor estaba Anselma, vistiendo el traje de protección radioactiva y un abrigo de piel; Ko llevaba la maleta de protección antiaérea prescrita por las autoridades y el casco de su señora.

–¡Venga…! ¡Rápido!

Repitieron entonces el comunicado:

–¡A todos los compatriotas que se encuentran en el edificio número 38 de la Neuenburger Straße, se les ordena bajar al búnker subterráneo! Deben llevar sus trajes de protección. Los siervos se reunirán en el tren de lavado del sótano, delante del puesto de mando. Recibirán otras instrucciones a las 22:05 horas. Fin del comunicado.

Quien hablaba a través del intercomunicador era el guardia del edificio, que también era el encargado de la defensa antiaérea.

Sólo entonces notó Höllriegl la presencia de cuatro personas, en realidad cuatro sombras que esperaban por él y por Anselma. Estaban ya en el rellano: eran un caballero y tres damas; una de ellas tenía la estatura de una enana. En medio de la luz azulosa de la alarma en la escalera, una iluminación similar a la de los fondos abisales, todo parecía irreal, los rostros parecían sombreados con tiza, los movimientos de las bocas parecían muecas mudas. El tono imperativo de Anselma dominaba al grupo.

–En el búnker tenéis que recoger vuestros trajes protectores –les dijo a quienes probablemente fueran sus colegas. Bajaron en silencio: las mujeres daban pasitos cortos, con sus elegantes talles. Todos evitaban mirarse a los ojos. Cuando llegaron a la planta baja, Anselma interrumpió una vez más el silencio–: ¡Ko, tú venir con la ama al búnker, no al sótano!

Al parecer, la señora Geldens podía darse el lujo de contravenir una orden

de la dirección de Defensa Antiaérea.

Pasaron junto a unas celdas de seguridad cerradas herméticamente, como mamparos; o mejor dicho: fueron entrando a ellas lentamente, tras ponerse los trajes protectores y recibir sus cascos con máscaras, los cuales les conferían el aspecto de algún animal con trompa cruzado con un grifo mitológico. Sólo Ko entró sin nada. En el recinto con asientos del búnker, con su techo parecido al de una nave y, teniendo en cuenta el lugar que era, su mobiliario casi cómodo –en un eufórico arrebato, Höllriegl notó que se habían olvidado retirar el gran retrato de Hitler–, se vieron frente a frente, como ante una fauna fantasmal. Algunos se probaban las máscaras con forma de pájaro y se reían con sonidos parecidos a un cacareo o resoplaban sonoramente a través de la trompa; otros, por su parte, se admiraban mutuamente en sus disfraces color gris ceniza, que, en el caso de las mujeres, eran más ajustados en el talle. Los ayudantes del refugio, armados y provistos de contadores, corrían atareados de un lado a otro. La luz también había sido reducida allí al extremo, pero, si uno lo deseaba, podía ponerse a leer. En general, la gente se hablaba con voz susurrante. De vez en cuando la Defensa Antiaérea impartía algunas órdenes referidas al personal de asistencia y a los siervos.

A Höllriegl se le había metido de tal modo en los huesos la conmoción sufrida unos minutos antes, que, presa de una sensación de absoluta indiferencia, percibía lo que estaba a su alrededor sólo de un modo maquinal. A Anselma, que se había sentado a su lado y se comportaba como si nada hubiera ocurrido, la ignoraba deliberadamente; sólo de pensar en su cuerpo, en su entrega, sentía escalofríos. Escuchó brevemente el tenue parloteo que giraba en torno al ataque alevoso y sorpresivo a la capital del Reich, al evidente fracaso del sistema de alarma por radar y a la situación política y militar del mundo derivada de la muerte del Führer y de la toma de poder de Köpfler. En cada palabra resonaba también el eco de la confianza, la voluntad de victoria, la fe en la nueva dirección del país, en el Partido y la Wehrmacht. El Gran Imperio Germánico era una potencia mundial que ya nada ni nadie podría destruir. No había otros puntos de vista. De haberlos habido, nadie los habría dicho en voz alta.

A Höllriegl no se le escapó que las tres damas lo rozaban con sus miradas, miradas que denotaban abierta simpatía y deseo. Especialmente la enana, una mujer deforme de edad indeterminada y cara bonita, con ojos como los de

una loba; lo devoraba cada vez que las demás apartaban la vista. A fin de no agravar más aquella situación embarazosa, él empezó a participar de la conversación general, fingiendo desenvoltura, pero hablando sólo de un modo lacónico. Al Führer, muerto, era preciso dejarlo fuera de esa historia, y se debía situar en la cima a la nueva dirección del Estado, es decir, Köpfler y su séquito de hombres lobo. Por las conversaciones, pudo inferir que el caballero y una de las damas (Höllriegl no había sido presentado a las cuatro personas) estaban casados, eran una pareja de moderadores de la televisión que antes se había ocupado, en la playa de Sylt, de hacer anuncios publicitarios en varios idiomas. Ella tenía un cabello rubio como el color de la miel, y era muy simpática; tenía esas formas maternales y ondulantes que prescribían con precisión milimétrica tanto la Televisión Alemana Intercontinental como las demás emisoras controladas por el Reich. Él era un hombre larguirucho y ancho de espaldas que hablaba un alemán gutural; tenía la tez oscura, facciones enérgicas y sienes entrecanas, como uno de esos esquiadores guapos que se veían siempre en las revistas deportivas ilustradas. A pesar de la tenue luz, llevaba unas gafas de sol negras como la noche. Höllriegl también se enteró de su nombre: Monnikendam; era holandés, pero ciudadano del Reich desde hacía mucho tiempo, un amigo del fallecido esposo de Anselma. Como los dos trabajaban en diferentes turnos, los integrantes del matrimonio Monnikendam tenían un empleo a tiempo parcial, en sus horas libres, en el departamento de la señora Geldens. Höllriegl supo además que la enana deforme ocupaba una especie de posición política clave entre los empleados del ministerio, y que la cuarta persona, una mujer joven –Höllriegl recordó entonces haberla visto sentada a la mesa del almuerzo de Anselma– también trabajaba en Asuntos Exteriores, y era una sueca delgada de pelo castaño, cuya preciosa figura y maneras recordaban a las de una modelo. La llamaban Helle. Ko Won estaba agachado en el suelo de hormigón, ocupado en jugar en solitario, entre sonrisas, una partida de *mahjong* (Höllriegl conocía el juego).

Parecía haber entre ellos el acuerdo tácito de no hacer alusión a las cosas que habían visto en el piso de Anselma. Pero sus miradas eran lo suficientemente elocuentes. La fantasía de Höllriegl le hacía pensar que los cuatro, gracias a las escenas vistas ahí arriba, se habían entregado en la habitación contigua a una orgía de tipo, sobre todo, lésbico (¡tres féminas contra un solo hombre!). En teoría, toda actividad erótica que no estuviera

destinada a la procreación estaba oficialmente prohibida; las desviaciones de la norma sexual, si llegaban a conocimiento del Partido o de la SNSCM (Sociedad Nacionalsocialista para la Crianza y la Moral), eran castigadas con el mayor rigor. A pesar de todas las precauciones, de vez en cuando se tenía noticia de alguna orgía (placeres a los que llamaban *songs*, una expresión acuñada por la revista *Minne)*, y ello servía de esperado motivo para organizar juicios públicos en los cuales, con toda la claridad conveniente, se lavaban los trapos sucios más íntimos de los compatriotas. En la práctica, sobre todo cuando se trataba de personalidades influyentes, se hacía la vista gorda ante tales faltas, sobre todo cuando los objetos de deseo eran mujeres pertenecientes a las razas inferiores o a las dotaciones de siervos. De modo que estos cuatro habían tenido su *song*. A Höllriegl ya le daba igual. Entretanto se había acostumbrado a la idea de que ellos también sabían.

Desde fuera se filtraban sólo noticias escasas. El comandante de la defensa antiaérea de esa manzana se esforzaba, sin duda, para no decir demasiado, evitando así desatar el pánico entre la multitud encerrada. Pero el nerviosismo aumentó cuando comenzaron a circular rumores de que no sólo la región del Gran Berlín –la capital y sus alrededores– estaba siendo atacada, sino todo el territorio del Reich, y que para ello habían empleado cohetes teledirigidos de largo alcance que habían provocado grandes daños materiales y muchas víctimas humanas. En el búnker no se escuchaba ninguna detonación, sólo en una ocasión la tierra había temblado ligeramente. En las pausas entre los comunicados de la dirección de esa manzana, que poco informaban, transmitían marchas ligeras, entre ellas, preferentemente, la de *Somos lobos que aullamos a la noche*, la favorita de Köpfler. Finalmente, los mandos cambiaron la conexión a la radio, y los vecinos del edificio pudieron oír esta lacónica noticia:

–Sobre el territorio urbano del Gran Berlín han explotado dos cohetes de largo alcance del tipo Banzai, con carga explosiva convencional, mientras que un tercero ha caído en el Wannsee. Los daños materiales son cuantiosos. La circulación del tren de cercanías en su recorrido por Spandau Oeste en dirección a Staaken ha quedado interrumpida en varios puntos, así como la de los túneles del metro entre Alexanderplatz y Schönhauser Allee y entre Spittelmarkt y la estación de Mitte, que han quedado destruidos parcialmente. Del resto del territorio del Reich nos reportan otros ataques en las zonas de

Kassel, Paderborn y Bielefeld, y también en la región del Rin central y en la Pomerania oriental. Carecemos aún de los detalles. En la bahía de Lübeck, dos disparos enemigos cayeron al mar frente a la zona de Haffkrug-Scharbeutz. Hasta el momento, puede afirmarse con seguridad que se trata de un pérfido ataque al Reich con armas convencionales, es decir, no con armas atómicas ni químicas. No se ha comprobado la existencia de radioactividad en ninguno de los objetivos de los ataques. Ya se han puesto en marcha los golpes de revancha en todo el mundo.

Cuando el locutor de la radio acabó su comunicado, se oyó la voz del mando de la defensa antiaérea:

–Pronto se dará la señal de fin de la alarma para la región del Gran Berlín. Los vecinos abandonarán el búnker con actitud disciplinada y dando ejemplo con su buen ánimo. Deberán llevarse a sus viviendas los trajes protectores y las máscaras. Fin del comunicado.

El ejemplo de su buen ánimo: ya empezaba a difundirse una precaria alegría entre los vecinos del edificio, ya que las noticias sólo habían hablado de cargas convencionales, así que Höllriegl aprovechó el breve alboroto en las esclusas para largarse en medio de la oscuridad sin despedirse. Aquello era una huida. Anselma, quizá sin intención, había omitido presentarle a sus amigos. ¿Acaso él era un lacayo, uno de sus siervos? El cuerpo de ella había sido suyo; el cuerpo suyo, el de Höllriegl, le había pertenecido a ella por un momento.

Estaban parejos. Él no quería verla nunca más, y tampoco a Ulla. Había tenido mala suerte con aquellos orgullosos miembros de la familia Von Eycke; él pertenecía a una clase inferior.

Pero mientras meditaba en torno a todo esto, sintió un dolor sordo, como el de una herida impalpable.

Las calles a oscuras bajo el cielo manchado de fuego –un color que le recordaba el oscurecido retrato del Führer que tenía en su casa– se animaban cada vez más y más con pequeñas bombillas. Un extraño olor, asfixiante y dulzón, inundaba el aire. Höllriegl oyó un lejano bramido que fue acercándose rápidamente hasta volverse ensordecedor. Varios camiones, uno tras otro, cada vez en mayor número, pasaron a toda velocidad por su lado con los faros encendidos, justo en el momento en el que cruzaba una plaza bastante grande que debía ser la Plaza Blücher. Los vehículos estaban repletos de jóvenes que, con brioso ritmo, sólo vociferaban una palabra:

«¡Ausra! ¡Ausra! ¡Ausra! ¡Ausra! ¡Ausra!». Höllriegl lo entendía: Ausra era una de las más temibles armas de exterminio con las que contaba el Reich, un cohete de largo alcance bautizado con el nombre de la antigua diosa báltica del amanecer, Ausra, una palabra que, al mismo tiempo, significaba algo así como «borrar del mapa» en términos militares (en la última guerra se había hablado de «coventrizar»).

Al llegar a la estación se encontró con que estaba suspendido el servicio de metro, de modo que tendría que seguir a pie. Fue fatigoso; en un par de ocasiones lo detuvieron patrullas y bloqueos. Cuanto más intentaba borrar a Anselma de sus pensamientos, tanto más fuerte, doloroso y cortante era el deseo de verla de nuevo, de poseerla, de vengarse por la infamia de la que había sido víctima. ¿No era ridículo? Se estaba tomando el asunto muy en serio. Tales juegos formaban parte de las distinguidas diversiones de ciertos círculos que se aburrían. Anselma se movía en esos círculos. Tenía que adaptarse si quería mantenerse arriba. Tal vez hasta la hubieran obligado. ¡Y él todavía buscando motivos para su manera de actuar! ¿Acaso eso no era ya un modo de perdonarla, una manera de olvidar? «Sigamos siendo amigos», le había dicho ella.

–¡Ausra! ¡Ausra! ¡Ausra…!

EN LAS CATACUMBAS

«¿Qué bicho es éste que yace aquí?».
La lechuga prodigiosa

Ocurrió después de pasar Schicklgruber,[22] un pueblucho situado a orillas de la carretera comarcal que conduce a Bad Harzburg. De la noche a la mañana, las «pequeñas» zonas bloqueadas habían sufrido un desplazamiento, y Höllriegl, que como se recuerda sólo tenía un pase para las primeras, tuvo que desviarse a través de Helmstedt, Brunswick, Salzgitter y la Ciudad Libre de Goslar. El tráfico en la autovía, tanto en su sentido como en el contrario, era escaso, y uno podía campar a sus anchas en el carril de adelantamiento. Faltaban, sobre todo, los camiones de largo recorrido, recogidos en su mayor parte. También quienes tenían coches deportivos emprendían un viaje sólo en caso de necesidad extrema. Se oía aún, tenuemente, un fragor incesante en el aire.

Después del tiempo reinante la semana anterior, aquel era un día cálido poco habitual para la época del año, el sol parpadeaba a través de las nubes, bañando con un resplandor pardo y acuoso las montañas anteriores al Alto Harz. El aire tenía un color nacarado, cegador. Cuando dejó atrás el pueblo, que quedaba en una hondonada del terreno, vio una imponente obra arquitectónica situada sobre una colina que iba cayendo en forma de terraza hasta un estanque que apenas tenía agua. Se detuvo de un frenazo y contempló la construcción: se trataba, sin duda, de uno de esos mausoleos fúnebres que el Führer había hecho erigir tras la victoria, los llamados *Totenburge*. Una cadena de monumentos como ése, dedicados a los héroes caídos, se extendía desde Vizcaya hasta la actual Ytemest (antigua Hammerfest), llegaba hasta Erzengelstadt (la Ciudad del Arcángel), a los Urales y al Cáucaso, hasta alcanzar el sur de Grecia. Los *Totenburgen* eran todos iguales, impresionaban por sus dimensiones arcaicas, su majestuosidad sombría. En torno a sus instalaciones había pequeños bosques de robles, escalinatas cubiertas de musgo, zócalos hechos a partir de bloques de piedra con el cuenco de bronce en forma de sartén para la llama eterna, un estanque. Todo tenía su normativa. El monumento en sí tenía la forma de arco de un portal, una mole gris y ostentosa como un búnker elevado.

Höllriegl se sentía solemne. Cada vez que notaba la proximidad de la muerte, lo mismo en alguna conversación que durante la visita a un cementerio, lo embargaba ese estado de ánimo poco viril, patético; los ojos se le humedecían, y tenía que hacer un esfuerzo para contenerse, tragando en

seco. Este monumento le recordó el cuadro *La isla de los muertos*, de Böcklin, que colgaba en el salón en su casa. Con nostalgia, pensó en sus padres, especialmente en su madre, que yacían hacía mucho tiempo en sus tumbas.

Pero de repente, el cuerpo blanco de Ulla centelleó en su cerebro, y de inmediato pensó en Anselma. ¡Cuántas veces lo había hecho hoy! Esa mañana una dama lo había llamado por teléfono cuando él ya estaba sentado en su coche, listo para partir. La señora Zweenemann mandó a buscarlo para que regresara a la pensión, pero él había partido. Anselma debía saber, sencillamente, que ya no habría puentes que los comunicaran. (¡Vaya terquedad infantil!).

Durante el largo viaje que siguió, con sus paradas frecuentes, sus controles y registros –sólo los WW, los hombres lobo de civil, cumplían con el servicio de vigilancia de las carreteras; el NSKK, al parecer, había sido retirado de circulación–, había estado diciéndole su opinión a Anselma una y otra vez, en un soliloquio. Las palabras eran como latigazos. Una Anselma de aire. ¡Una Anselma que no respondía! No obstante, de vez en cuando lo alcanzaba el aroma agradable y cálido de su piel, oía su voz suave y enérgica, sentía su mano posándose en su diestra, cada vez que tomaba una curva demasiado pronunciada.

¡Anselma! Cuanto más se instalaba en su rabia y su desprecio, tanto mayor era la impotencia que sentía. Aquella mujer tenía el instinto de un animal inteligente, invulnerable por incomprensible, una criatura que sólo vivía en el presente. Llevaba una existencia casi puntual. ¿Tendría memoria, algún recurso mnemotécnico para recordar lo que llamamos historia? Anselma reaccionaba siempre de la manera correcta, siempre muy segura de sí misma, precisamente porque era un animal. Un animal con la afilada inteligencia de un… cirujano, pero con el alma de una puta. Ella era –sí, ésa quizá fuera la palabra adecuada– ¡una meretriz! ¿Por qué no le había gritado esa palabra a la cara? ¡«Puta» era tan común! Anselma podía diseccionar las cosas, desnudarlas, mostrar su anatomía, al punto de que uno sentía repugnancia. Como durante una operación a un paciente en plenas facultades perceptivas. Era, sin duda, tan cruel como puede serlo un niño. Y peligrosa. (A Höllriegl no le gustaban los niños, había padecido, en ocasiones, sus jugarretas). Anselma, probablemente, les arrancaría las patas a las arañas cuando se

aburría, y las alas a las moscas. ¡Y bien que le hubiese gustado intentar algo parecido con él!

Höllriegl encendió la radio, en alguna parte podría encontrar alguna música seria que encajara con aquel monumento fúnebre. Pero entonces se sintió fugazmente enfadado consigo mismo: a la vista de los héroes caídos por el Führer y por la Patria, no tenía en su cabeza otra cosa sino historias de faldas.

No había otra música salvo las marchas; de todas las emisoras llegaban, en cambio, las mismas noticias y comunicados, cosa que estaba sucediendo desde esa mañana. Los comunicados estaban redactados a menudo con fórmulas en clave que sólo entendían algunas altas instancias del Partido. Cierto tono pueblerino, vulgar, había empezado a campar a sus anchas, de un día para otro, en los boletines informativos: la objetividad militar había dado paso a la más burda propaganda. Era evidente que los comentaristas tenían el encargo de leer los textos con toda la carga de odio de que fueran capaces.

–… La Red de Alarma Anticipada de la isla de Thule informó esta mañana acerca del vuelo de varios cohetes teledirigidos del tipo Wakaihito, los cuales pudieron ser desviados de su trayectoria balística y detonaron en el desierto ártico… El pérfido enemigo ha enviado por aire a varias guerrillas y comandos kamikazes que han aterrizado en paracaídas en una zona situada entre las antiguas ciudades de Omsk y Semipalátinsk, tropas que, usando como refuerzo a unidades de infrahumanos de la raza ladogana, atacaron nuestras aldeas milicianas estacionadas en los puestos más avanzados al este del Irtish. Tiene lugar ahora mismo una lucha implacable, en su mayoría se trata de combates cuerpo a cuerpo. El enemigo sigue desembarcando por aire nuevos efectivos. Tras una resistencia heroica, hemos perdido el bastión fronterizo de Ragnar Lodbrok, el deshumanizado enemigo hizo uso del gas mostaza. Dondequiera que ponen el pie estos chacales de ojos oblicuos, inauguran de nuevo campos de castigo. El Alto Mando de la Wehrmacht en la región del Transural ha dado órdenes, por lo tanto, de liquidar los campos de reeducación y no hacer prisioneros, sino aplastar a los gusanos chandalas dondequiera que se arrastren…; …¡Atención! ¡Atención! Tío Teodoro llama a Ana María… Edelweiß dos… Edelweiß dos… A todas las unidades… Cabeza o águila… Águila o cabeza… Cabeza o águila… Las fuerzas aéreas del Reich en el Pacífico han estado durante toda la pasada noche llevando a cabo devastadores ataques contra las islas japonesas y el continente chino, contra Insulindia y el macizo australiano, ocupado ahora por los simios

amarillos. Singapur es un mar en llamas, Kobe y Osaka han desaparecido de la faz de la Tierra. Unidades de paracaidistas chino-japoneses han saltado sobre el Protectorado del Reich en Hong Kong. Nuestra valiente tropa se ha enfrentado en varios puntos a un enemigo muy superior en fuerzas cuyo comportamiento es el de una banda de asesinos. Los japos han conseguido afincarse en la península de Kowloon (nuestra rebautizada Kaulunga) y en la región de Siwan. Después de una lucha heroica, Siwan cayó en manos del enemigo… Comandos defensivos de la 2.ª y la 8.ª Flota del Aire han desarticulado en la costa occidental americana, entre los 40 y los 60 grados de latitud norte, numerosas operaciones anfibias del enemigo, que sólo ha podido ampliar sus cabezas de puente, con la ayuda de fuerzas americanas traidoras, en la bahía de Estero, en San Diego y en Agua Caliente… Situación poco clara en California central y en el frente de Nevada… El dalái lama, que desde hace un año se encuentra en tratamiento en una clínica neurológica de Colonia, ha muerto hoy a causa de una embolia cerebral. El dios vivo de los tibetanos, cuya esquizofrenia había sido diagnosticada como incurable, había cumplido los cuarenta años… En el Estado Libre de Buri han tenido lugar, en algunos puntos aislados bastante distantes unos de otros (por ejemplo, en la zona de Pietermaritzburg, en Wepener y Mafeteng, en Basutolandia y Nieuwveld), enconados combates librados en plena selva entre milicianos buriolandeses y simios de raza negra que han conseguido hacerse con cierto armamento. Esas bestias negras han perpetrado indecibles actos de crueldad contra blancos indefensos, sobre todo contra mujeres y niños. Unidades rápidas de nuestras tropas defensivas, así como las brigadas V de la legión Afrikáner Broederbond y de los Bóers SS avanzan hacia las zonas rebeldes. El general Gert van Boutzelaar impartió la orden al Freikorp Ohm Krüger… Durante la noche de ayer, a través del canal Alenuihaha, uno de nuestros submarinos, de los que operan en la zona, derribó a un bombardero enemigo, en un combate durante el cual se produjo un derramamiento de material nuclear. Hawái y Maui han sido declaradas zonas en cuarentena, contaminadas de radiación. Con ello tenemos la prueba definitiva de que la pandilla de criminales de guerra del Soka Gakkai está a punto de atacar con armas nucleares al Imperio Mundial Germánico y a sus aliados, un desafío para la historia universal que el pueblo alemán no puede dejar impune. Desde hoy a las cero horas, horario de Alemania, se devolverá el golpe empleando

armas del mismo tipo. Ivo Köpfler ha dado instrucciones a las unidades de bombarderos de la Defensa Aérea Estratégica del Norte, estacionadas en Groenlandia y en territorio del Canadá, para que adopten el estado de alarma por ataque enemigo y que, en determinado momento, quiten el seguro a las cabezas nucleares durante su trayecto hacia determinados objetivos. En las incursiones relámpago están participando sobre todo algunas unidades Totenkopf de la decimosexta y la decimoséptima Flota Aérea. Toda la responsabilidad de esta medida recae sobre el enemigo… ¡Upa-upa, upa-upa…! ¿Qué hace la tía Ute con su capota en el bosque de Bohemia…? … El regalo de cumpleaños ha llegado bien, la tarta aún se podía comer… La segunda división de Cohetes Intercontinentales ha sido atacada hoy desde el aire en dos de sus bases. Los daños estratégicos son insignificantes. Doce bombarderos ultrasónicos del enemigo fueron destruidos mediante el empleo de armas tácticas láser… Hasta nuevo aviso, y debido a los preparativos de las pompas fúnebres de Adolf Hitler en el monte Kyffhäuser, se declara de inmediato, desde este momento, toda la zona de Kelbra-Hackpfüffel-Rottleberode-Heydrich, distrito de Vega Dorada (la Goldene Aue), territorio con bloqueo de acceso tipo 1-A. Sólo podrán acceder a él los residentes permanentes y los portadores de una identificación tipo WW-12000 y RAD-III, así como los miembros de la Wehrmacht vinculados al lugar y los militantes del Partido con responsabilidades en la zona. Por voluntad de Ivo Köpfler, la región albergará el futuro Santuario Nacional del pueblo alemán… El arresto de los traidores a la patria Unseld y Diebold, ambos declarados proscritos, es inminente. Los dos criminales están rodeados, y su neutralización es sólo cuestión de horas… Todos los mapas del territorio del Reich y sus protectorados con escala de 1:200 000 deberán ser entregados en la oficina más próxima del Partido. Cualquier excepcionalidad habrá de ser aclarada en cada caso individual y verificada de la manera más rigurosa… Hasta nuevo aviso se suspenderá, en todo el territorio del Reich, el parte meteorológico oficial… Y ahora les ofrecemos las cifras definitivas de las campañas de donativos realizadas el domingo…

La radio, puesta muy bajito, continuó con su incesante cotorreo. La noticia política más importante era, sin duda, que el enemigo había iniciado una guerra nuclear. Esto conmocionó a Höllriegl sólo un poco: en su fuero interno, como tantos otros compatriotas, era algo esperado. (¡Esos diablos

amarillos!). En todo caso, el territorio más reducido del Reich podía verse afectado si las cortinas de defensa electrónica no resistían el embate. Lo que eso significaba lo ponía muy bien de manifiesto Inglaterra, región que aún no se había recuperado económicamente tras la destrucción total de Londres con la bomba atómica lanzada en la primavera de 1945.

En ese instante, y también de cara al futuro más inmediato, para Höllriegl lo más importante era, casi, que su lugar de residencia hubiese sido incorporado al territorio nacional protegido, con lo cual pasaba a formar parte de las regiones de acceso restringido. Eso no tenía ninguna significación inmediata, ciertamente, ya que él trabajaba en Heydrich en una misión sanitaria dirigida oficialmente por el Partido. ¡Pero más tarde sí que la tendría! La cartera de clientes conseguida con esfuerzo se iría al traste. Y luego, si los vientos soplaban en esa dirección, ¿no querrían acaso desplazarlo también a él, al austríaco que estaba allí por cuestiones del servicio?

Höllriegl bajó del coche y respiró con placer el aroma del aire campestre. No se veía un alma en kilómetros a la redonda. ¡Cuánta paz reinaba en el mundo! Sólo ahí arriba se escuchaba el tenue fragor. Entonces se detuvo al borde de la carretera e inició un ejercicio respiratorio, tal como lo prescribe la medicina naturista. Pocos minutos después ya se sentía relajado y fortalecido. Mientras hacía su ejercicio de concentración, no había notado que el estruendo había empezado a ser más intenso, como si se abalanzara justo sobre él. Alzó los ojos y vio sobre su cabeza un caza que caía en picado, disparado hacia donde él se encontraba; como uno de aquellos Stukas antediluvianos, el avión se alzó a toda velocidad poco antes de tocar el suelo y continuó ascendiendo luego casi en posición vertical, realizando cada maniobra con la precisión de un relámpago. Como funcionario entendido en armamento, reconoció los nuevos Nih-156-D de fabricación germano-americana, el «caza multipropósito más avanzado, fiable en cualquier circunstancia meteorológica». Höllriegl recordaba bien el pasaje de marras en el *Manual de armamento para el funcionariado alemán*: un avión efectivo tanto en el combate aéreo como en la lucha tierra-aire, que podía emplearse con resultados excepcionales tanto en el ataque de profundidad como en las labores de reconocimiento. Cuando el aparato –con bramido de turbinas, reduciéndose de repente al tamaño de una moscase hubo esfumado como un fantasma frenético y maloliente, los labios de Höllriegl todavía daban forma,

en un gesto maquinal, a unas frases aprendidas de memoria: «Este avión altamente fiable, listo para despegar en todo momento y casi en cualquier parte, ha cumplido y superado todos los índices de rendimiento calculados previamente sobre la base de experimentos realizados en el túnel de viento. El Nih-156-D *(Nih*, es abreviatura de *Nihil*; D, de *Death)*, dotado de cañón láser, es el arma ofensiva más eficaz con la que cuenta el Nuevo Orden Mundial…». Höllriegl sonrió, feliz. El breve episodio lo había llenado de fuerzas y colmado de renovada confianza.

Bajó con ímpetu los anchos escalones de piedra que conducían hasta la terraza más baja del mausoleo fúnebre. Vistas de cerca, las instalaciones daban la impresión de un abandono total. El estanque no era más que un lodazal lleno de hierbajos. Por todas partes abundaban las ortigas secas. Sucias enredaderas con la altura de un hombre cubrían las columnas y los muros agrietados. El hormigón mostraba en algunos puntos su esqueleto de acero. Los bancos de piedra, que invitaban al recogimiento y a la reflexión, estaban en parte derruidos y no habían sido repuestos. En el ala frontal del muro de la terraza superior, bajo el águila herrumbroso, Höllriegl encontró la desmoronada inscripción:

AUNQUE TRANSCURRAN LOS SIGLOS,
JAMÁS PODRÁ HABLARSE DE HEROÍSMO
SIN RECORDAR A LOS EJÉRCITOS ALEMANES
Y ENTRE EL VELO DEL PASADO SE HARÁ VISIBLE
EL FRENTE FÉRREO DE CASCOS DE ACERO GRIS,
UN FRENTE QUE NO VACILA NI RETROCEDE,
UN MEMORIAL DE LA INMORTALIDAD,
PERO MIENTRAS VIVAN ALEMANES
ELLOS SIEMPRE RECORDARÁN
QUE ESOS HOMBRES FUERON HIJOS DE SU PUEBLO.

ADOLF HITLER, *Mein Kampf*

El nombre del Führer había sido retocado recientemente con pintura negra. Alguien, usando un molde, había añadido con una brocha: *HEIL DEM DEUTSCHEN WERWOLF* [Gloria a los hombres lobo alemanes], y dibujado, debajo, las fauces abiertas de un lobo.

Aquella chiquillada le repelía. Por un instante desaparecieron el orgullo y

la alegría. Asediado por una oscura sospecha –también el sol se había ocultado– le dio la vuelta al monumento en actitud reflexiva. Como podía verse, la colina artificial creada con escombros continuaba, hacia el lado situado de espaldas a la calle, en una elevación natural del terreno cubierta de bosque.

Höllriegl se sentó para tomar un respiro, se tumbó de espaldas y se dio un masaje en la nuca con las dos manos. De nuevo sentía ese repelente dolor nervioso en la nuca, esa rigidez de las vértebras del cuello. Era consciente de que algo violento e impredecible estaba ocurriendo en el seno del pueblo alemán, en los rincones más profundos del alma del pueblo, algo que apremiaba a un nuevo comienzo. ¡Como entonces, en 1933! ¿Discordia en este instante de la historia universal? Eran días de tomar decisiones terribles, tanto en el interior como en el exterior. Días también, para él, de tomar decisiones personales, y lo mismo sucedía con cada compatriota. ¿Dónde estaba su lugar? ¿De qué lado prefería estar? ¿Quería pertenecer a la vieja guardia, reunida en torno al Führer muerto y a su herencia? ¿O más bien a la nueva generación? «Espero que no vuelva a apostar al caballo equivocado», le había dicho Anselma. ¿Debía ponerse a aullar, como ella, con los del Werwolf, los hombres lobo?

Al incorporarse, vio que allí abajo en la hondonada la tierra cobraba vida. Una masa gris se desplazaba por entre la hierba gris del invierno en dirección al lugar donde estaba. ¿Qué era aquello? ¿Una manada de cerdos? Eso parecía. Höllriegl aguzó el oído para escuchar mejor los gruñidos. Sonaba más bien como un murmullo, un refunfuño. ¡Pero no! ¡Eran personas! Personas que caminaban a cuatro patas.

Höllriegl ya había oído hablar de ello, también había leído algo sobre unos biólogos y neurocirujanos de los campos de infrahumanos que habían iniciado ciertos experimentos insólitos cuyo propósito a largo plazo era provocar una involución de los seres humanos (o mejor dicho: de cierta especie de seres humanos) hacia un estadio animal. La idea reina de tales experimentos era que una raza superior altamente cultivada y selecta, integrada por personas nobles y libres, una aristocracia nórdica y saludable de sangre azul debía dominar el mundo a nivel global, y contar con el apoyo, en su dominio, de pueblos vasallos expresamente criados para ese fin, mientras que, por debajo de esos pueblos de siervos y esclavos, la tierra debía estar habitada únicamente por especies animales, con ejemplares de todos los

grados de inteligencia y fases evolutivas. Todo el ganado humano conseguido a partir del material de escaso valor o criminal proporcionado por los chandalas –es decir, la bestia humana– debía ocupar un lugar especial en la jerarquía de los mamíferos. Esas bestias humanas estaban destinadas a una existencia extrema como robots o como rebaños; desde el punto de vista sociológico, estarían en un estadio intermedio situado entre el animal doméstico y la máquina. La máquina tendría que resolver las tareas intelectuales más difíciles y también el trabajo masivo más pesado, el hombre-animal sólo debía satisfacer el trabajo ímprobo más bajo, para cuya realización sólo era necesario el mero instinto. (Quebrar el yo del hombre, transformar su capacidad de pensar en un instinto primitivo, despojarlo de historia y dejar que los instintos lo absorbieran todo: ésa era la misión de la lobotomía). El concepto, en general, surgía en parte de un miedo muy difundido: el temor a que unas máquinas cada vez más sofisticadas, cada vez más difíciles de dominar, pudieran escapar un buen día al control de la oligarquía, independizándose –por decirlo de algún modo–, con lo cual empezarían también a pensar y a actuar por su cuenta. Tal peligro no existía entre los seres humanos de categoría inferior modificados genéticamente: jamás pensarían ni actuarían de forma autónoma, eran, en todas sus expresiones vitales, más maquinales que las propias máquinas y, por lo tanto, menos peligrosos. Lo esclavos serían, además, más baratos, se podría exterminarlos masivamente, o incluso inducirlos a exterminarse mutuamente. En los círculos de los reformadores vitales del MATNAC se soñaba con el día en el que la civilización sólo consistiera en las reservas de los pueblos de ganado humano, por un lado, y los altamente desarrollados parques de maquinarias, por el otro: todo ello subordinado a las élites que ya se estaban gestando en las colonias de cría según parámetros de pureza, en los *Trutzburgen* de las SS y en los Valhallas de los ariósofos. Como cualquiera sabía, los experimentos sobre la cría de bestias humanas estaban todavía en sus inicios, y de manera generalizada se lamentaba que los judíos hubiesen sido exterminados de forma tan precipitada y radical. Probablemente ellos fueran el pueblo ideal para los experimentos destinados a tales planes.

A Höllriegl le vino a la mente una frase que se le había grabado para siempre en uno de los momentos en que había tenido que estudiar duramente para algún examen: «El hombre inferior –esa criatura de la naturaleza que, en

apariencia, desde el punto de vista biológico, forma parte integrante de nuestra misma especie; esa criatura con manos y pies, con una suerte de cerebro, con ojos y boca–, es solamente una camada del hombre, con rasgos faciales parecidos a los del ser humano, pero se sitúa en una escala muy inferior a cualquier animal desde el punto de vista intelectual y anímico». También había oído decir que, antes de hacer determinadas intervenciones quirúrgicas en sus cráneos, a algunos grupos de seres inferiores usados como cobayas se los mantenía encerrados durante años en pocilgas, como a los cerdos, donde, asfixiándose en su propio estiércol, digiriéndolo incluso, vivían hacinados el tiempo suficiente para que los supervivientes, en lugar de andar agachados, empezaran a arrastrarse a cuatro patas o a reptar. Ese modo de andar se volvía más tarde un hábito. Durante la estancia en la pocilga se generaba una rigidez –o una atrofia– de la columna vertebral, y también se producía una modificación o adaptación de la musculatura al nuevo modo de andar, de manera que tales criaturas sólo podían alzarse sobre las patas posteriores con suma dificultad, por lo cual no estarían nunca en condiciones de caminar erguidas. Al mismo tiempo, los cuadrúpedos irían adoptando poco a poco el aspecto y las maneras de las bestias. Por desgracia, todavía estaban a años luz del auténtico producto final de esta serie de experimentos llevados a cabo actualmente en todo el mundo occidental bajo los nombres encubiertos de Caballo del Nilo, Tutmosis y Ka (Ka tenía resultados absolutamente letales para los implicados), todo a pesar de que algunos resultados aislados –como había podido leer en alguna ocasión en *El Heraldo de Kyffhäuser*– «justificaban las gratas esperanzas».

Höllriegl no había visto nunca a esas bestias concebidas en laboratorio. En su fuero interno, se rebelaba contra la idea de creer en la posibilidad o la materialización incluso de esos experimentos hechos a conciencia y que eran, por lo visto, un secreto a voces, algo comentado de forma vaga y eufemística en los anales de capacitación sobre teorías raciales que recibían los funcionarios y el personal vinculado a la sanidad. Desde el punto de vista ideológico, no podía rechazarlos –algo que se repetía una y otra vez– ya que en sus nociones de una jerarquía heroica y de un universo de dioses idealizados existía, igualmente, la dualidad de dominar y ser dominado, de matar y ser matado, una evolución superior de la especie a costa de las criaturas menos evolucionadas, había eudemones y cacodemones. Pero cuando aquellos hombres-bestia empezaron a subir lentamente la colina

arrastrándose hacia él, provocándole sensación de asco y malestar ante el hedor horrendo que emanaba de ellos y ahora la brisa le acercaba, ante la visión escalofriante de sus cuerpos deformes y demacrados, vio que un sueño bioquirúrgico había cobrado forma.

En un principio, se quedó tumbado en el suelo, como petrificado, e involuntariamente se palpó en busca de la navaja, la única arma que llevaba consigo. (Como funcionario, tenía órdenes de llevar una pistola cuando estuviera de viaje, pero la había dejado en el coche). Sin embargo, aquellas bestias diferentes sólo por su pelaje empercudido, vestidas con batas de color asbesto o con restos de ellas, parecían ser pacíficas. No había ya en ellas ningún rasgo humano. Avanzaban con los hocicos pegados al suelo –¿o acaso eran narices y bocas?–, asintiendo con las cabezas en un ronco canturreo. Cuando uno de los animales empezó a olisquearlo, él alargó el brazo para golpearlo. Le temblaba todo el cuerpo. La criatura, que quizá alguna vez había tenido un rostro humano, se apartó dando unos berridos que, a juzgar por el tono, eran los de una mujer. Al hacerlo, mostró unos dientes carcomidos. Aquello era una especie de risa. El resto de la manada apenas le prestó atención.

De repente Höllriegl cobró conciencia de un hecho que actuó sobre sus nervios como el sonido ensordecedor de una alarma. Se puso en pie de un salto. ¿Dónde estaban los custodios, los guardias? No se veía a nadie de uniforme. El rebaño parecía a merced de sí mismo, y si se trataba de una brigada de trabajo, tenía que contar con alguna vigilancia. Aquellas bestias humanas seguían con docilidad a una criatura que en nada se diferenciaba de ellas por el aspecto y las maneras, sólo que, como si llevara una carga muy pesada encima, caminaba dando tumbos y erguido a medias. Parecía ser el jefe y, al mismo tiempo, su guía espiritual. Aquella criatura de fealdad grotesca iba rezando una especie de letanía en la que, de vez en cuando, lo acompañaba su horripilante séquito, emitiendo un sonido que era una mezcla de canto y murmuración.

A Höllriegl le parecieron familiares algunos de aquellos sonidos. Aguzó el oído: sí, hablaban en checo. ¡Era material experimental traído de Chequia! Tras el traslado de los checos de los territorios del antiguo protectorado, el actual *Gau* de Bohemia y Moravia, se habían preservado sólo ciertos grupos de seres inteligentes muy selectos, a los que, en algunos casos, se trasladó a los campos de infrahumanos, a los laboratorios biológicos y los centros de

experimentación coheteril en Peenemünde y Beydritten, donde se realizaban pruebas de suma importancia para fines bélicos. El pueblo checo, en cuanto tal, había sido repartido –como la población de la antigua Gubernatura General de Polonia– en las cuatro provincias ruso-varegas (que en el lenguaje interno del Partido se conocían como «feudos»), donde realizaban trabajo esclavo para las milicias de campesinos alemanes sujetas a las órdenes del Aforado del Reich SS para las operaciones en el Este.

¡La lengua checa! Cuando era niño, Höllriegl había pasado algunos veranos en el sur de Bohemia, en una granja de la región de Budweiser. Su constitución física era entonces delicada y enfermaba con frecuencia, de ahí que su madre, de origen germano-bohemio, temiendo que contrajera una enfermedad pulmonar, lo mandó a la casa de unos parientes en una *poustka* o *jednota*, para que se fortaleciera y sanara en medio del aire saludable de los pinares, tomando la leche caliente y recién ordeñada. (Y así ocurrió). En aquella región de pura estirpe bohemia el jovencito Höllriegl aprendió muy pronto la lengua coloquial, y los devotos parientes lo enviaban todos los domingos a la cercana iglesia del pueblo para que hiciera de monaguillo, ya que tenía facilidad para aprenderse los rezos en latín y en checo. También más tardé preservó algunos de esos conocimientos de la lengua checa.

–… *duše má Boha, Boha silného živého, a řiká* –entendió Höllriegl. Mientras declamaba aquella salmodia, el orador no cesaba de lanzar los brazos hacia lo alto–. *Skoro-liž Půjdu, a ukážu se před oblíčejem Božím*?[23]

Con voz ronca, dando forma a las palabras con esfuerzo, el coro lo secundaba:

–*Slzy mé jsou mi místo chleba dnem i nocí, když mi Ðikají každého dne… kdež jest Bůh tvůj*?[24]

De nuevo el que dirigía el coro exclamó algo y, en su afán, la saliva se le saltó de los belfos:

–*Sud’ mne, Bože, a zasad’ se o mou při… od národu nemilosrdného, a od člověka lstivého a nepravého vytrhni mne*.[25]

Y nuevamente las bestias, siguiendo el trote y asintiendo con las cabezas, decían:

–*Nebo ty jsi Bůh mé síly. Proč jsi mne zapudil? Proč pro ssoužení [od] nepřítele v smutku mám ustavičně choditi*?[26]

A pesar de los ásperos y quebrados sonidos, Höllriegl entendía cada

palabra. Era como un llamado, como un rayo de luz procedente de una época muy remota. Tendrían que ser lo salmos o algo por el estilo. Él se sentía más perplejo que conmocionado. ¡De modo que la luz de la humanidad aún no se había extinguido del todo en aquellas criaturas!

Tal vez ya no pudieran entenderse entre sí, pero bien que podían rezar juntos.

–Abych přstoupil k oltáři Božimu, k Bohu silnému radostnémo…[27]

La letanía se fue desvaneciendo a medida que el rebaño se alejaba de la colina. Perdido en sus ensoñaciones, Höllriegl se quedó allí con cara de tonto. Se veía a sí mismo muy pequeño y débil en la iglesia de Bukovsko, vestido de cuello blanco, enfundado en la bata roja de monaguillo. Sus cabellos, partidos en una raya, olían a aceite de bardana. Veía la pálida pintura rosa de la nave de la iglesia, los santos y los ángeles de yeso pintados con colores relucientes, las fucsias en las macetas. Desde el techo los contemplaba el ojo paternal del Todopoderoso, abierto de par en par, con una expresión terrible. Era un ojo triangular. Vio la madera del coro y de los bancos, de color marrón oscuro y carcomida de gusanos, las pipas de zinc del órgano, cuyos pedales a veces le permitían accionar. El recinto siempre olía a incienso frío y a agua de lluvia estancada en los barriles situados bajo el viacrucis. Pudo oír el zumbido de las avispas, el crujir de los zapatos de los campesinos sobre las baldosas cubiertas de arena. La luminaria tenía un color rubí. Vio ante sí los pequeños y barrigudos confesionarios, de los que emanaba el aliento de pecados veniales. Eran gruesos aquellos cajones con forma de literas, con sus cortinillas de color malva, tras las cuales se ocultaba el rostro excitado del confesor. Y por toda la eternidad se sabría de memoria las terribles palabras inscritas en unos cartelitos clavados en el interior de los confesionarios, encima de las ventanillas enrejadas: *Casus Ordinario reservati. 1. Perjurium solemniter emissum. 2. Homicidium voluntarium, et procuratio abortus effectu secuto. 3. Copula incestuosa cum consanguineis vel affinibus primi gradus. 4. Incendiarii crimen effectu secuto*. Él no entendía aquellas frases, pero seguramente significaban algo horrible. ¡Cómo había podido olvidar aquello! Todo había acaecido ayer, como quien dice, también el día en que vio a Božena arrodillarse en la sillería situada en el lado de las mujeres, rodeada por las otras lugareñas vestidas de domingo. Božena, la niña prostituta que tenía edad para ser su madre, la que a veces le mostraba su voluminoso trasero desnudo y blanco como la leche, y otras veces, dándose la

vuelta, le enseñaba el oscuro vellón triangular en su parte delantera, un ojo de Dios puesto de punta, pero no menos terrible. La veía ahora allí sentada, con los mojigatos ojos entornados hacia lo alto; ella, que siempre lo acechaba en la oscuridad, que lo agarraba y guiaba su mano hacia una parte indecente de su cuerpo…

De golpe, algo lo sacó de su ensoñación, que ya duraba varios segundos. Höllriegl se sintió petrificado. Cierto: allí, en la terraza, había una silueta humana que lo observaba sin quitarle los ojos de encima. Era una mujer… Joven. Llevaba en sus manos unos fardos bien empacados, visiblemente pesados. Cargaba a sus espaldas, además, otro paquete del que sobresalía la tapa de una lechera. Era una muchacha, una chica del pueblo, a juzgar por sus vestidos, y ni siquiera era fea, sólo mostraba un aspecto desaseado. ¡Por fin una criatura que caminaba erguida! A lo lejos resonaban todavía los gritos bestiales de aquel extraño guía espiritual.

La campesina parecía haber estado observándolo durante un buen rato. Cuando él la miró, la chica sonrió como si lo hubiese estado esperando, hizo un gesto de asentimiento y bajó los escalones con su pesado equipaje. Emitió un par de sonidos como los que suelen emitir las personas mudas y, con el movimiento de su cuerpo, le indicó que la siguiera. Echaron a andar: la muchacha iba delante, y Höllriegl, algo aturdido por lo que había visto, caminaba detrás con paso vacilante. La siguió durante su rodeo al monumento hasta que ambos salieron del perímetro vallado.

Junto a la linde del bosque la joven muda hizo un alto para descansar. Cuando Höllriegl se ofreció para llevarle uno de los fardos, ella lo apartó enérgicamente. Tenía maneras algo salvajes, temerosas; sus ojos azules –lo más bonito que tenía– le lanzaron una mirada encendida. Al hacerlo, sacudió sus trenzas de color claro, y una vez más salieron de su boca aquellos sonidos incomprensibles.

Un sendero estrecho y cubierto de maleza los condujo hacia las profundidades del bosque. Era un bosque mixto, joven y mal cuidado, con la maleza baja tan tupida en algunas partes que sólo conseguían avanzar muy lentamente. El follaje húmedo cubría casi todo el suelo, y el olor dulzón del otoño le recordó a Höllriegl los efluvios del cuerpo de Anselma.

Caminaron y caminaron, de vez en cuando la chica se paraba a descansar, pero sin mirar a su alrededor. En medio de aquella soledad, pasaron junto a una cabaña ruinosa con sus alrededores cubiertos de maleza. Una valla

semiderruida rodeaba una pequeña plazuela, y Höllriegl vio unos altos montículos cubiertos de hierbajos y follaje. Cuando estuvieron más cerca, la blanca dentadura de la calavera de un caballo le dio la bienvenida desde las fauces abiertas del animal desenterrado. Era el taller de algún desollador… (¿Cómo llamaban antes al departamento T-4? ¡El desolladero del Reich!). La asociación repentina hizo que Höllriegl se sumiera de nuevo en sus cavilaciones. Toda su capacidad sensorial estaba en extrema tensión. Presentía una emboscada. Y una vez más oyó allí el lejano fragor por encima de las copas de los árboles.

¿Por qué diablos estaba siguiendo a aquella muda? A esas horas, bien que podría haber estado ya en su viaje de vuelta. No obstante, aún tenía tiempo, a pesar incluso del desvío que le habían obligado a hacer.

El bosque caía suavemente hacia un valle en estado silvestre, el suelo empezó a volverse más arenoso, el bosque bajo fue desapareciendo, mientras unos aislados pinos silvestres se mecían al viento. Cruzaron unos rieles oxidados, entre los cuales crecían los brotes de hierba, y siguieron finalmente la ruta de un tren de vía estrecha cuyas traviesas podridas desaparecían una y otra vez en la arena. Allí, en el suelo húmedo, se hallaban las huellas de unas pisadas: primero de hombre, dos pares de botas con herraduras, junto a las huellas de unos zapatos de mujer. El valle, que era todavía una maleza impenetrable, se abrió formando una especie de caldera que parecía una antigua balastera. Las paredes eran altas y verticales, y estaban coronadas por una tupida maleza. Unas vagonetas de extracción volcadas y los restos de las barracas para los obreros les bloqueaban el paso; también tuvieron que trepar por un elevado cantizal antes de llegar a la empinada pendiente. Por todas partes había pequeñas entradas al interior de la montaña: estaban todas clausuradas con tablones, o bien derruidas o bloqueadas por montones de piedras. Delante de una de esas entradas, a la que accedieron abriéndose paso entre la tupida maraña de unos matojos espinosos, la guía de Höllriegl se detuvo. El tabique de tablones reveló ser una puerta, sólo era necesario apartar unas vigas y de repente se abría ante uno una enorme galería. La muchacha encendió la luz. Tuvieron que andar agachados, tomando aliento de vez en cuando, ya que olía a moho y a aire enrarecido. La galería tenía un revestimiento hecho con pesados maderos extraídos de unas minas y estaba muy bien apuntalada. Más tarde, cuando empezó a ensancharse y a

descender, Höllriegl vio que unos andamios de acero habían venido a sustituir a las vigas de madera. Aquel pasillo desembocaba en un túnel espacioso revestido de hormigón e iluminado precariamente por bombillas eléctricas, el cual conducía, en una ligera inclinación, hacia las entrañas de la tierra. Una fuerte ráfaga de aire –como una brisa del Hadessalió al encuentro de los caminantes. De pronto hacía frío. Parecía haber allí un sistema de ventilación artificial.

A Höllriegl le había quedado claro que se encontraba en una de las fábricas subterráneas que habían estado activas para la producción de armamento antes y durante la guerra desatada por aire contra el Reich. Media Europa había quedado atravesada entonces por una ramificada red de fábricas subterráneas como aquélla, provistas de unidades que llevaban, a modo de denominación, alguna cifra o letra identificativa. Aquella «producción subterránea» tenía la misión de fabricar en serie piezas especialmente importantes o complicadas –a veces una única pieza– para un arma determinada; las fábricas debían entregar de inmediato sus productos acabados a la siguiente fase de producción que completaba el ciclo de fabricación. Sólo los funcionarios y técnicos de mayor rango, y también la Inteligencia, sabían de qué arma se trataba en cada caso, dónde y cómo se armaban y según qué planes se trabajaba en el ciclo de fabricación correspondiente. Tras la victoria del Führer, las fábricas en esas galerías soterradas quedaron obsoletas y fueron abandonadas, dinamitadas o, en algunos casos, transformadas en escuelas de formación profesional o en museos. Algunas continuaron prestando servicios durante algún tiempo más como campos de infrahumanos. Probablemente alguna que otra fábrica cayó en el olvido.

El túnel se abría hacia una bóveda de baja altura con forma de cúpula catedralicia, de la que partían otras muchas galerías. Allí tuvieron que cruzar otra vez una línea ferroviaria de vía estrecha, un cambio de agujas y una plataforma giratoria; había incluso un tren con una docena de vagonetas que estaría allí desde hacía años, listo para trasladar a los inquilinos de aquel infierno.

Por una de las galerías de acceso llegó un hombre que, obviamente, había estado esperándolos. Iba vestido como un mecánico, llevaba una chaqueta de cuero con forro y una gorra de piel. Höllriegl, que hasta entonces había estado únicamente pendiente de sus cavilaciones, notó el frío que hacía y se

dio cuenta de que temblaba. El hombre saludó con afabilidad a la joven muda y le quitó los fardos. Luego le entregó a la joven un papel y algo de dinero.

–Gracias, Paule –dijo–. Y vuelve mañana.

Al mismo tiempo, le hizo a la muchacha una seña en el lenguaje de los sordomudos y puso cara divertida. La joven sonrió, soltó un par de gritos de alegría y se alzó la falda.

–¡Se te ven las bragas! –exclamó el hombre en su gutural dialecto, pero ya la muda había desaparecido en la oscuridad.

–Viene usted de parte del profesor Gundlfinger, ¿cierto? –preguntó el mecánico. La pregunta parecía ser retórica. El hombre se echó al hombro la carga–. Le están esperando. Los señores están reunidos. Y el otro asunto ya está listo, puede pasar a recogerlo.

Su pronunciación del alemán era demasiado correcta para ser un obrero.

A partir de entonces, el mecánico le sirvió de guía. Caminaron de nuevo a través de una larga galería, esta vez no estaba revestida con mampostería; atravesaron la nave de una fábrica que, salvo por dos o tres maquinarias, estaba casi vacía. Aquello también era una catacumba. Luego entraron en un túnel que conducía en línea transversal hacia arriba. ¡El sitio era un laberinto! A veces el hombre dejaba en el suelo su equipaje y palpaba cuidadosamente un alambre o una cuerda guía junto a la que colocaba una especie de regla T. A veces lo hacía más brevemente; otras veces se demoraba más. ¿Serían señales eléctricas? Como el camino era empinado, Höllriegl lo ayudó con la carga.

Cuando llegaron a lo alto, Höllriegl se vio en unos aposentos agradablemente caldeados, con arcos ojivales y estanterías de libros que cubrían las paredes hasta la altura de la puerta. En medio de aquella penumbra –no era posible ver la fuente de iluminación– había cinco hombres sentados ante una larga mesa cubierta con montones de libros y papeles. Su centro lo presidía un hombre entrado en años, con cabeza de sabio, que estaba sentado en un sillón de brazos más elevado, descollando un palmo por encima de los otros. A ese hombre lo flanqueaban, a izquierda y derecha, otros dos caballeros. Los allí reunidos miraron a Höllriegl, y éste vio los destellos de unos rostros con gafas.

–Aquí está el mensajero de Gundlfinger; uno nuevo –dijo el mecánico y se dio la vuelta, arrastrando consigo los bultos.

El hombre que, al parecer, presidía la mesa, miró a Höllriegl con sonrisa bondadosa. Tenía una calva brillante, y los rizos de la corona de pelo blanco peinados hacia atrás. La piel de su cara y sus manos mostraba el color blanquecino y larvario de los proteos, y también sus colegas tenían pálidas figuras. Parecía cansado, adormecido, muy anciano; sus maneras mostraban cierto laxo carácter patriarcal. Höllriegl tuvo la impresión de tener delante al director de una clínica que lo interrogaba, o al médico jefe de un hospital, y él mismo era o bien el paciente o un estudiante que se examina.

–Vaya, vaya. Conque es usted uno de los hombres de Gundlfinger; eso le otorga la legitimidad suficiente –dijo el hombre con parsimonia. Parecía de antemano bien dispuesto hacia Höllriegl–. Su uniforme es un camuflaje magnífico. Normalmente siempre nos envía a un joven, uno muy atractivo. El trabajo que Gundlfinger nos encargó está terminado, aunque no siempre fue fácil seguir el hilo a los pensamientos de nuestro amigo y benefactor. Nos hemos esforzado por conferir al estudio el carácter de un peritaje facultativo. ¿Sabe usted de qué se trata?

Höllriegl, que no sabía nada de nada y se sentía como en un examen; que no sabía, además, cómo había podido meterse en ese aprieto –casi como Poncio Pilato en el credo– supo controlarse.

–No, el profesor no me ha puesto al tanto de ese asunto, aún no. Tal vez lo haga ahora que…

Era una respuesta audaz. ¿Sería también una respuesta inteligente? Allí había trampas por todas partes. ¿No debía quitarse la careta, decir la verdad, presentarlo todo como un malentendido? Era demasiado tarde para eso. ¿Se había involucrado en una conspiración? Eso parecía. Lo mejor era dejar hablar al que presidía la reunión y no decir nada.

Los otros cuatro señores miraron a Höllriegl muchísimo menos amigablemente que su portavoz. Sus rostros seguían siendo inescrutables, pétreos, irónicamente pétreos. También ellos tenían cierta mirada «clínica»: fría, objetiva, una mirada de menosprecio, de desprecio incluso. Para ellos él era un objeto, una cifra, un caso. Höllriegl detestaba la situación: también parecían mirar insistentemente su ojo amoratado –ahora de un color parduzco– y el arañazo en la cara. Se sentía como un discípulo que se examina en una sala de anatomía.

La «sala» era de puntal alto y tenía aspecto de capilla. En la pared central, por encima de los libros, colgaba en un marco, tras un cristal, un retrato:

¡pero *no* el del Führer! Era el retrato de un señor de barba blanca, con la cabeza baja y una cara pensativa, cuya actitud indicaba que estaba sumido en profundas cavilaciones. Una inscripción casi ilegible discurría bajo el techo a lo largo de las cuatro paredes, una inscripción interrumpida a veces por las manchas de humedad. Lleno de asombro, Höllriegl fue deletreando las palabras: *Co ito ergo sum*. Y debajo: *Flectere s equeo su eros Acheronta movebo*. Él siempre había destacado en latín, pero había olvidado muchísimas cosas. Leyó la inscripción varias veces, pero sin poder encontrar las letras que faltaban, de modo que no pudo descifrar el sentido de aquellas máximas.

–Veo que lee usted la inscripción y se muestra asombrado, amigo mío –le dijo el caballero que presidía la mesa en el mismo tono de hombre benévolo y, a la vez, inquisitivo; al hablar, se enroscaba coquetamente uno de sus rizos–. Hum… Es una situación para el diván… Infantil. El entorno es nuevo para usted, tiene que serlo. Pero tal vez Gundlfinger se sirva de usted más a menudo enviándolo como emisario a este inframundo. Ya sabe que somos psicoanalistas. Los últimos… O, si así lo prefiere, los primeros, otra vez los primeros. «Los últimos serán los primeros». Somos psicoanalistas que, por razones obvias, nos mantenemos en la clandestinidad, pero estamos al día en las cuestiones de ciencia, en estrecho y casi siempre grato contacto con eruditos de todos los países y materias. Que vivamos bajo tierra, que tengamos que vivir así, tiene hasta un significado simbólico real: nuestra ciencia, de la que nuestra juventud de hoy ya no sabe nada (porque no se lo permiten) tiene mucho que ver con lo soterrado, en ningún modo con lo extraterrestre, jejeje, pero sí con lo oculto, lo invisible, con las fuerzas siempre demostrables en el alma humana…

Höllriegl se quedó helado. ¡Era lo repulsivo por excelencia! Lo recordó todo rápidamente: cuando el Führer entró en Linz en marzo de 1938 para traer de vuelta la Marca Oriental (como llamaban entonces a Austria) al seno del Reich, las calles y plazas de la ciudad lo recibieron con gran fervor y regocijo. Un fervor que pronto se convirtió en hogueras, en una repetición del histórico 10 de mayo de 1933 delante de la Universidad de Berlín. La agrupación ilegal de estudiantes de las SA Alto Danubio arrojó a las llamas libros de judíos, masones y parásitos del odioso Sistema.[28] Él, Höllriegl, también había participado en la limpieza de las librerías. ¡Todavía estaban en

ellas las obras de un tal Sigmund Freud! Había hasta una consigna de combate de las SA: «¡Contra las cochinadas del judío Freud! ¡Por la nobleza del alma alemana!». Recordaba con exactitud lo bien que conocía todas las demás consignas, recordaba que *Der Schwarze Korps* solía denunciar entonces a los adeptos del psicoanálisis, ridiculizándolos como «psicosifilíticos» y «pisquiatras». Más tarde, cuando ya estaba trabajando en el Servicio Sanitario de las SA, preparándose para desempeñar su profesión actual, había oído hablar siempre de la desvergüenza inigualable que implicaba esa corrupta teoría judía. Como giromante, había tenido que estudiar la oficial «teoría del alma alemana». Y se la había aprendido, como diría Schwerdtfeger, «de pe a pa». Esa *Teoría del alma alemana*, en dos tomos, cuyo autor era Bruno Marbod Wammse, catedrático de Escrutinio Anímico y Moral Funcional en la Escuela Técnica Superior de Hannover, dedicaba a las obscenidades de Freud unas frases que Höllriegl se había aprendido de memoria en su momento. Decían: «Como un hongo venenoso, prosperó en la época de la más profunda humillación al pueblo alemán, la falsa teoría del judío vienés Freud. Una vez alcanzado el poder, el Führer vino para limpiar también esa pocilga de otros desechos y detritos, muy a pesar de la judería en el mundo entero, que enseguida puso el grito en el cielo».

De modo que lo que estaba viendo allí era una auténtica conjura diabólica, de eso no cabía duda. ¡Y él había caído en la trampa! ¿Cómo podría salir de allí de nuevo sin arriesgar el pellejo? Sería imposible sin ayuda ajena. El que presidía el grupo tenía aspecto de molusco, pero los otros cuatro hombres sentados a su lado, aunque entrados en años, eran tipos fornidos, huesudos, especialmente uno que estaba sentado a la izquierda, en el extremo, cuyo aspecto era el de un jubilado de un club de lucha. ¡Y luego estaba el mecánico! ¡Y el laberinto! ¡Y a saber cuántas otras sorpresas escondía aquel inframundo! Dos veces había tenido que lamentar hoy Höllriegl el haber dejado la pistola en el coche.

–En caso de que volviese por aquí y yo me viera impedido –continuó diciendo con tono paternal el hombre que presidía al grupo–, me sustituirá uno de mis colaboradores. Todos ellos hablan bien el alemán, aunque no sean alemanes. Ese señor de ahí –dijo señalando al primer hombre, sentado a su derecha– es *le professeur* Guy de Saint-Phalle; su nombre, por supuesto, es

un pseudónimo; ese otro señor, el que está a su lado, es el doctor Géza Fekalny-Bino, antiguamente llamado Burghölzli; y aquel caballero de allá –dijo, volviéndose hacia el lado izquierdo– se llama Toottlewasher, Irving S. Toottlewasher, exprofesor de Oxford; el cuarto hombre en esta cofradía es el *señor* José Otón Laverga y Godemiché (¡otro pseudónimo!), quien tuviera antes la cátedra de Psicología Experimental en la universidad de Madrid. Está tratando usted aquí con especialistas de altísimo rango.

Los especialistas aludidos ni se inmutaron. Ninguno sonrió, ninguno aprobó la presentación con un movimiento de cabeza. Como pálidos dioses de piedra en un Tribunal de la Inquisición, estaban allí sentados, con los cristales de las gafas reflejándolo como al principio: con una expresión maligna, hostil, según le pareció a Höllriegl.

–Cada uno de estos señores ha escrito trabajos muy célebres: o mejor dicho, célebres en el clandestino mundillo de nuestra especialidad. Por mencionar algunos ejemplos: el profesor Toottlewasher es autor de un estudio, *Sobre la teoría de la agresión en el hombre*, un texto que (y se reirá usted) ha usado como manual nada más y nada menos que Schultze-Rüssing. Porque también nos alegra que nuestras teorías y los resultados de nuestros estudios tengan su reflejo «arriba» en algunas aplicaciones prácticas. Otro ensayo suyo, *Omnipotencia del pensamiento y liderazgo político*, se ha colado incluso, tras algunos rodeos, en la Cancillería del Reich, siendo estudiado allí por un cargo importante. Me creerá usted un megalómano, o quizá no, pero se lo digo: ¡hemos encontrado argumentos nuestros, incluso, en algunos discursos del Führer! Otros ensayos del profesor Toottlewasher son: *Una neurosis diabólica en el CC de Struthof-Natzweiler*, *Anfimixis de excitaciones instintivas uretrales y anales*, *Fantasías eyaculatorias de un castrado por cometer profanación de la raza*, *About Animism in Modern Mass Society*, *Sobre una forma típica de coprolalia en Dietrich Eckart*, etcétera, etcétera. El doctor Fekalny-Bino, quien antes de la guerra era una de nuestras mayores lumbreras en el ámbito del estudio analítico de los mitos, escribió el año pasado sobre el tema de la «genialidad y la genitalidad», con obras como *La cosa… en sí* –el presidente sonrió discretamente–, *Erotismo oral, expresión bucal y dialecto*, *Ficcionalidad en la poesía nórdica antigua*, *Waberlohe*[29] *y el cinturón de castidad*, etcétera; también a nuestro amigo y colaborador Guy de Saint-Phalle puedo llamarlo un escrutador de almas de

primer rango. Su fundamental tratado *Algunas ideas sobre el tabú de los genitales femeninos*, en su reciente versión abreviada, está siendo muy comentado intensamente en los círculos psicoanalíticos de la clandestinidad, y lo mismo sucede con sus significativos ensayos *Mojar la cama y humor seco, El carácter anal a la luz de los estudios psicológicos postfreudianos, Intentos de un análisis estructural de la crueldad*, cuyo resumen pondremos en conocimiento del profesor Schultze-Rüssing y de Harry Styles Lynn, de la University of the South, en Sewanee; o también *Sobre la génesis y la dinámica de las aspiraciones de liderazgo*, *Anticipations des principes de psychoanalyse dans l'œuvre d'un poète naziste*. En la actualidad, Saint-Phalle se ocupa de un tema de trascendental importancia: un honroso encargo de los profesores Pitigrilli, Kapauner y Hodenbruch, del Museo de Sexología de Leyden. El trabajo se titula *La placenta como comida ritual entre los indios cora*. Finalmente, nuestro amigo de allí, flor y nata de la nobleza de sangre y de espíritu española, está abordando una serie de investigaciones de gran actualidad, como *La eyaculación como triunfo de lo uretral sobre lo anal*, *El* analogon *en la historia de las costumbres germánicas y judías, Psicopatología de la lengua nacional* (un encargo de la Academia Germánica de Poesía y Verdad, con sede en Weimar), *Sobre la cuestión de los embarazos fantasma en los conventos destinados a la cría de madres arias, La lanza como símbolo del pene, Esquema de una terapia etiológica de neurosis en accidentes de guerra, La esencia del ideal heroico-patricio, Un recuerdo encubierto* in statu nascendi, *El concepto de especie ajena en el Pentateuco* (hasar hakareb jumat) *y en la historia de las razas de la antigua Alemania, La base edípica de una visión de* Lohengrin *en Adolf Hitler, ¿Son los actos sexuales no permitidos* (gilluj arajot) *un modo de conjuro?, Sobre el orgasmo específico de las jóvenes de la Liga de Muchachas Alemanas al escuchar los discursos del Führer…* Podría mencionarle otra docena de títulos similares. Podemos vanagloriarnos, incluso, de tener permanentes colaboradores secretos entre las figuras de mayor rango de la Iglesia Católico-Romana, como, por ejemplo, un importante clérigo al que llamamos el Pater Prepucius: este hombre de fervoroso espíritu, acogido en la orden de San Agustín, nos ha entregado hace poco un estudio especialmente brillante: *Notas sobre el psicoanálisis de las misas negras.* Yo mismo estoy escribiendo en la actualidad un tratado largamente esperado que lleva por título *Algunas contradicciones en la obra* Los jeroglíficos de guerra de los

antiguos mexicanos, *de Alice de Tribade*. Por supuesto que todos sobrellevamos una enorme carga. No se trata sólo de que las universidades y las academias nos pongan ante tareas verdaderamente interesantes, también intercambiamos nuestras experiencias con otros centros analíticos de la clandestinidad, gracias a lo cual surgen abundantes debates y polémicas de resultados muy fructíferos, aunque también de ello se deriva, por desgracia, mucho encono personal. No pretendo ocultarle que, en la actualidad, estamos en pugna con un grupo muy poderoso que se mantiene oculto entre las ruinas de la antigua Londres, dirigido por una tal profesora Lebenzahl, lo que quizá le permita comprender mejor por qué ese centro tiene la desfachatez de defender las teorías de Freud *in nuce* y pretenda volver a desarrollarlas hoy, como quien dice, *ab ovo*, acusando a todos los demás centros de perpetrar desviaciones capitales de la línea general, estigmatizando su labor incluso como obra de renegados, charlatanes y presuntuosos. Claro que nosotros, pertenecientes a la vieja guardia, no podemos quedarnos de brazos cruzados ante esto. Principalmente nosotros, y otros dos centros camuflados como escuelas para novicios –una en el Gran Monasterio de Megisti Lawra, la otra en Argesi–, lideramos la lucha contra la esclerótica ortodoxia que hace mucho tiempo dejó de ser compatible con nuestro mundo. No hay duda que debido a todos estos conflictos internos se pierde mucho tiempo y energías; pero, por otro lado, la competencia entre los distintos grupos contribuye a fortalecer nuestra autoridad científica, a preservar la flexibilidad de nuestra metodología y a desintoxicar la teoría a fin de darle su forma apolínea definitiva… ¿Sabe en qué está trabajando ahora Gundlfinger?

–No –respondió Höllriegl, confuso–. Soy nuevo en estas lides.

–Perdón, ya nos lo había dicho.

El presidente, que por momentos mostraba las ganas de parlotear típicas de su edad, al que tanto le gustaba oírse y quien pontificaba como un libro (Höllriegl detestaba a ese tipo de personas), continuó hablando:

–Gundlfinger tiene en mente nada menos que encontrar una nueva prueba de la existencia de Dios, algo que, como es obvio, rebasa totalmente los marcos de la tarea que él mismo nos ha planteado. Hasta donde conocemos su plan de trabajo, él toma como base de sus especulaciones la máxima de Pascal: *Nous ne vivons jamais, mais nous espérons toujours seulement de vivre.*… A ver, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

Aquel molesto comentario al margen se debía al comportamiento de los

otros cuatro caballeros presentes en la sala, que ya no reflejaban en sus gafas a Höllriegl, sino al presidente, al tiempo que hacían un leve ruido dando golpes con los pies.

–Estos señores consideran que hablo demasiado. Además, tienen hambre, es casi mediodía… Pero esa idea de Pascal –«No vivimos jamás, sólo esperamos vivir»–, si la analizamos de manera consecuente, nos llevaría de forma inevitable a una situación casi esquizoide como la que viven hoy en día las masas de un modo tan fehaciente. Es decir: al final, la diferencia entre el trastorno mental y la llamada normalidad es ínfima. El esquizofrénico experimenta la cruel fatalidad de la alienación del mundo perceptivo como su destino, mientras que, por el contrario, la persona sana de hoy más o menos consciente, se va distanciando poco a poco –ha de distanciarse, debido a la coacción de vivencias de una época traumática, gobernada por la arbitrariedad y la violencia, y siempre en peligro– del mundo visible. Es decir, mediante el conocimiento y la resolución. ¡Ése es el punto relevante! Y así se producen fenómenos que afectan al hombre medio de hoy (quizá también a usted, si me lo permite), sin que éste pueda defenderse. Entonces el hombre se va sumiendo poco a poco en una esquizofrenia artificial; el despertar se vuelve un sueño y viceversa, el sueño se le vuelve trauma…

–Hay hambre, hay hambre –murmuró a coro el grupo de hombres, golpeando el suelo más enérgicamente.

–Paciencia, amigos míos. Daré la señal. –El presidente pulsó un timbre–. Es comprensible, por lo demás, que nuestro ciudadano medio, expuesto sin ninguna defensa al instinto de agresión de los gobernantes, despojado de su derecho a la autodeterminación y, en general, de todo derecho humano, ande en busca de un nuevo tipo de sostén metafísico, un nuevo dios de cuya existencia necesita una prueba. El hombre tiene alucinaciones, pero ¿acaso éstas le sirven para algo? En la alucinación de una idea de Dios, en esa imagen anhelada de la *imago* del Padre, vemos en todo caso el esfuerzo por dinamitar el círculo vicioso del autismo en el que se encuentran atrapadas hoy, como en una jaula, las llamadas «personas sanas», para, de ese modo, conquistarle a su universo ideal el carácter de lo real. La idea de Dios en un mundo implacable e inhóspito le brinda consuelo, y el consuelo significa sentirse a resguardo sin la ilusión que ello implica, es decir, una sensación de placer, una ganancia de placer… La alucinación de Dios reúne lo ideal y lo real, haciendo que ambos se disuelvan el uno en el otro. La magia, como han

demostrado también Freud, Rank, Ferenczi y tantos otros, nos muestra un intento parecido de conquistar objetividad para el ideal mundo de los anhelos. Se trata de fuerzas básicas e instancias últimas. El auténtico esquizofrénico ha despojado a la realidad de ese carácter real, y esto sucede más allá de la idea de Dios, hasta donde alcance su enfermedad. La llamada persona sana, por el contrario, puede liberarse de su prisión autista, ésa a la que ha corrido a refugiarse cuando huía de un mundo mucho más terrible, por medio de la idea de Dios. Y dado que, en las circunstancias de hoy, no cabe la posibilidad de que se produzca una revolución realista, consideramos la metafísica de Gundlfinger como un acto revolucionario en el sentido político… Y si nuestras informaciones más recientes no son erróneas, eso lo saben también los partidarios del MATNAC…

A continuación, el mecánico entró por una puerta lateral e interrumpió el perlado flujo retórico del presidente de aquella curiosa reunión:

–Son las doce en punto, la comida está lista. He puesto la mesa para nueve personas.

–Eso quiere decir –dijo el presidente dirigiéndose a Höllriegl– que han puesto un cubierto también para usted. –Y antes de que el visitante pudiera oponerse, los demás señores ya se habían levantado de sus asientos y se agolpaban en dirección a la salida. El presidente agarró amablemente a Höllriegl por el brazo–. Quien viene de parte de Gundlfinger, forma parte de nuestra familia… Mi nombre es Kofut, profesor KofutEisenach; mi pseudónimo es Cunnilingus –dijo en voz baja, en tono bondadoso, con el patente paternalismo tan propio de los directores de clínicas psiquiátricas. A continuación, acompañó a su huésped hasta un salón contiguo igualmente temperado.

Allí los estaba esperando una comida sencilla, pero abundante. En el centro de la larga mesa, adornada con ramas de pinos, humeaba un guiso en una fuente de barro. Además de los cinco eruditos, de Höllriegl y del mecánico, había otros dos hombres de mediana edad, sucios, harapientos, sin afeitar, cuyos rostros espantosamente demacrados le resultaron a Höllriegl, de repente, familiares, pero no supo dónde ubicarlos. Los dos llevaban uniforme de color pardo y botas de caña alta.

Los comensales fueron sirviéndose según el orden: el presidente lo hizo primero. El agua era fresca, y tenía un agradable sabor metálico.

–Hemos encontrado en la galería un agua mineral muy buena –le explicó el presidente, que le había pedido a Höllriegl que se sentase a su lado.

Comieron en silencio; los otros cuatro señores que habían estado en la sala anterior revelaron ser unos glotones. Los hombres de uniforme tenían la mirada inconstante; llamaban la atención sus modales nerviosos y el aspecto de estar a punto de caer rendidos de cansancio. Cuando todos estuvieron satisfechos y ya comían, a modo de postre, las lonchas de un pan campesino blando y negruzco, el presidente le dijo a Höllriegl a media voz:

–Son refugiados a los que hemos concedido asilo político. Nos esforzamos para que se recuperen.

–Somos Unseld y Diebold –dijo uno de los hombres inesperadamente, dirigiendo una mirada vacía a Höllriegl; el otro, que ni siquiera había alzado la cabeza, miraba fijamente su plato. Aquellas palabras le sentaron a Höllriegl como un mazazo. Fue como si en ese momento el techo empezara a moverse–. La policía estaba a punto de capturarnos, y estos señores nos han ayudado.

–Les damos cobijo porque son enemigos del Werwolf –continuó el presidente–. Claro que no son criminales. Si esos hombres lobo llegaran a tomar el poder, todos estaríamos en peligro, nosotros y nuestros amigos de allá arriba. Mantenemos contacto con fuerzas contrarias al Werwolf en el Partido y en la Wehrmacht, al menos hasta donde nos lo permite nuestro aislamiento. Lo que está ocurriendo ahora es un proceso histórico: jacobinos contra girondinos. Nosotros, por instinto de conservación, somos girondinos. Sólo en nuestra ciencia estamos imbuidos del espíritu jacobino, si así lo prefiere.

Ni siquiera en una situación como aquella el profesor era capaz de abandonar su manía de pontificar. Nada podía distraerlo de ese enfoque.

–Sea usted quien sea –dijo el hombre que había hablado antes, examinando el uniforme de Höllriegl (mientras su compañero mantenía la cabeza gacha)–; oiga usted lo que le digo y dígaselo luego a otros: el Führer ha sido asesinado por Köpfler y sus secuaces, lo han ido envenenando poco a poco, empleando pequeñas dosis. El testamento que Köpfler mandó reproducir en público en el Concejo del Reich es una patraña desde la primera hasta la última línea, una farsa, una burda falsificación, un chanchullo político. O el Führer estaba bajo los efectos de las drogas cuando leyó el testamento en esa cinta magnetofónica, o se trata del imitador de voces al que la Cancillería ha

contratado con frecuencia, un fontanero llamado Möldagl, oriundo de Ried, en el distrito del Inn, *Gau* del Alto Danubio, un tipo capaz de imitar la voz de Hitler hasta en sus más mínimos detalles. Puede que él haya leído el testamento. Llama la atención que el cadáver de Hitler sólo se haya mostrado brevemente en televisión, el domingo y el martes, y siempre desde una gran distancia, amortajado en su despacho, con la guardia de honor a ambos lados, hombres de confianza del Werwolf, cómplices ejecutores de Köpfler. Desde entonces el Führer ha estado en un sarcófago cerrado a cal y canto, fuertemente custodiado de día y de noche. Köpfler no pretende sino hacerse con el poder, él y sus hombres del Werwolf. Ha dejado a un par de seguidores incondicionales, gente inofensiva del antiguo cuerpo del Reich, pero son patrañas para despistar. Algunos integrantes de la cúpula partidista lo saben, pero no tienen el valor ni la voluntad para decir la verdad. Porque esa verdad acarrearía una guerra civil. El conflicto con el Emperador de Japón, que ha violado las fronteras en contra de la voluntad del Führer, obliga al partido a aplazar los motivos de discordia interna, y de esa debilidad, de esa vacilación se aprovecha Köpfler. Pero el ajuste de cuentas llegará, tan cierto como el Día del Juicio…

Aquel hombre hablaba despacio, con un acento renano inconfundible, dando forma a las frases con esfuerzo, como si se le trabara la lengua. No cabía duda de que se trataba de Manfred Diebold. Höllriegl había visto su retrato alguna que otra vez, aunque a Diebold se le consideraba un enemigo acérrimo del uso de imágenes como propaganda política. Diebold, el *Reichsführer* de las SS, sucesor del fallecido Heinrich Himmler (del gran «Heini»), ministro del Reich y jefe de la hasta ser destituido de todos sus cargos, era uno de los hombres más poderosos en aquel Reich universal, tal vez el más poderoso después del Führer. ¡Y ahora era un hombre perseguido y condenado a muerte!

–Levantemos la mesa –dijo el presidente, poniéndose de pie. Era la señal para que todos se marcharan. Höllriegl estaba tan confundido por todo lo que había oído, que se tambaleó como un borracho, y el profesor tuvo que servirle de apoyo. Los otros cuatro hombres de la anterior reunión desaparecieron sin despedirse, sólo Diebold le dio la mano a Höllriegl, al tiempo que apartaba la mirada.

–Que Dios proteja a nuestra Alemania –murmuró.

En la biblioteca, el presidente puso en manos de Höllriegl un grueso cuaderno mecanografiado.

–Es nuestro informe de evaluación –dijo el profesor, enroscándose unos rizos–; un trabajo colectivo. Pienso que debe atárselo a la espalda con este cordoncito… Eso, debajo de la camisa… A propósito, su moratón tiene ahora un bonito color pardo, el color del Partido… Jejejejeje –dijo, señalando la deshonrosa marca de Höllriegl–. No importa dónde se lo hayan hecho, como miembro de la raza superior, no debería lucir en la piel ese insulto. Pero al menos… usted no esconde su trauma… Salúdeme a Gundlfinger de parte de su fiel amigo Kofut. ¡Y transmítale mi advertencia! Debe pasar a la clandestinidad cuanto antes, nuestros días están contados. ¡También va siendo hora para él!

Höllriegl ocultó el informe de evaluación tal y como se lo habían indicado. Cuando acabó de poner en orden su ropa, el mecánico se le acercó.

–Yo le guiaré al exterior –dijo, y echó a andar delante de él.

Llegaron de nuevo al túnel principal a través del cual soplaba un viento frío. Höllriegl oyó el lejano martilleo de una máquina. ¿Sería una planta eléctrica, un generador de luz, un aire acondicionado?

¡Todo aquello era monstruoso! ¡Köpfler un asesino! El más cercano confidente del Führer, ¡un asesino! ¿Podía uno fiarse ni un segundo de esos dos, de Unseld y Diebold? Ambos habían sido deshonrados y declarados proscritos ante todo el pueblo. Cualquier persona tenía derecho a matarlos en el sitio donde los encontrara… Era una obligación denunciar aquella podrida burbuja. ¡Y tenía que hacerlo de inmediato, en el siguiente pueblo!

¿En el siguiente pueblo? Dudaba mucho que hubiera allí un cuartel de gendarmes, aunque normalmente había uno casi en cada aldea. Pero ¿y los pobladores? Al menos un par de ellos tenían que tener algún vínculo con el «laberinto», serían los encargados de abastecerlo de todo lo imprescindible. Todos los pobladores de aquella comarca tenían que conocer la existencia de esa guarida de canallas. Imposible que fuese de otro modo. ¡Y así y todo, nadie los había denunciado en tanto tiempo! ¡Era horrible, horrible, como el asunto mismo! Y el hecho de que nadie hubiese intervenido hasta ahora demostraba que la conspiración abarcaba a círculos muy amplios y había conseguido ya cierta cuota de poder; por no hablar ya de esa red de centros clandestinos dispersos por todo el mundo que, al parecer (si lo contado por aquel extraño líder no eran meros alardes), trabajaba con prestigiosos y leales

científicos «a plena luz del día». No, esos hombres no eran unos charlatanes inofensivos, sino criminales peligrosos que tenían sus miras puestas en atentar contra la seguridad y la existencia del Reich y de la propia raza aria.

La denuncia –si es que no quería arriesgarse a que lo liquidaran también a él– no debía hacerla de un modo precipitado. Era todo un enigma en qué medida ciertos órganos del ejecutivo, es decir, la Policía Regional, estaban involucrados en el asunto. ¡La menor sospecha, y lo harían desaparecer! Por otro lado, el golpe debía darse cuanto antes, para que Diebold y Unseld no se escaparan de nuevo por los descosidos que tuviera la red. No cabía duda alguna de que los dos criminales serían trasladados a otros grupos clandestinos fuera de las fronteras del Reich.

¡Asombraba ver lo seguros que se sentían esos señores! Ni por un instante pensaron en preguntarle de dónde venía ni hacia dónde se dirigía. Les bastó como identificación que llegase allí acompañado de la joven muda. ¿Y el profesor Gundlfinger? Eso era espantoso, también él, un pensador reconocido e importante, apreciado sin reservas por el Partido, una lumbrera del espíritu occidental –como había leído no hacía mucho en *El Heraldo de Kyffhäuser*–, estaba también compinchado con esos conspiradores, esos ateos e intelectualoides, adeptos secretos a una falsa teoría judía ya exterminada. ¡Todos en la misma alianza! ¡Gundlfinger, un conspirador! ¡Tal vez, incluso, el conspirador principal!

Un momento, ¿cómo había ocurrido todo? Él, Höllriegl, había recibido el encargo oficial de hacer un examen con el péndulo en la casa del célebre científico. Y había sido la misma instancia que lo había enviado –de manera algo absurdaa asistir a aquel judío moribundo, la que luego le encargó ir a visitar a Gundlfinger. ¿El *Obersturmführer* Hirnchristl…? ¿Por qué entonces en la Tiergartenstraße negaron haber visto nunca a Hirnchristl y dijeron no haber oído jamás su nombre?

Los pensamientos de Höllriegl se extraviaban. Como un autómata, siguió los pasos del mecánico, que de vez en cuando se detenía y tomaba señales de contacto con la curiosa regla T.

¿Era Hirnchristl la figura clave en todo este asunto? ¿Otra persona? ¿Quizá Schwerdtfeger? Era este último el que lo había mandado a ver a Hirnchristl («Un tipo agradable, también oriundo de la antigua Marca, apasionado nacionalsocialista»). Había, asimismo, una orden de desplazamiento en toda

regla, y la llevaba en el bolsillo. Había sido expedida por el Parlamento de su ciudad, Heydrich.

Lo peor de todo era que esos dos traidores a la patria le causaran una impresión esencialmente honesta. ¿Era verdad lo que había contado aquel hombre? ¿Una verdad terrible? Cuando uno ha estado tan cerca de la muerte (¡y qué tipo de muerte!), no suele mentir. ¿El Führer había sido asesinado? ¿Envenenado como una rata? ¿Era todo un complot del Werwolf y de sus cómplices?

Caminaban ahora cuesta arriba por una de las galerías de acceso. El revestimiento volvía a sustituir a los andamios de acero. Cuando el mecánico abrió de golpe una puerta cerrada, no se vieron, en un primer momento, al aire libre, sino en una caverna en penumbra cuyo techo era bastante bajo. Höllriegl tomó aliento, sus ojos tuvieron que adaptarse antes a la verdosa luz del día. Pudo distinguir algunos muros medio reventados, con mirillas, hechos con una gruesa capa de hormigón. Una maraña de plantas trepadoras y varillas de hierro oxidadas cubrían las ranuras por dentro y por fuera, permitiendo apenas el paso de la luz. Luego supo que era un pequeño refugio antiaéreo en medio del bosque; era obvio que habían intentado dinamitarlo. ¿Cuántas otras salidas tendría?

El mecánico le describió el camino, pues no parecía tan fácil hallar la salida de aquel bosque. Höllriegl memorizó las marcas del camino y las repitió. Luego se despidió con un perezoso *«Heitla!»*.

–¡Que Dios lo acompañe! –le saludó el mecánico, y desapareció de nuevo en la galería.

Aunque Höllriegl creía haber memorizado el camino, pronto perdió el rastro en medio de aquella tupida maraña vegetal. Se orientaba más bien por intuición, al tiempo que dejaba atrás el valle con los pinos de altos troncos y avanzaba por entre la maleza con toda la rapidez de que era capaz a través de aquel descuidado bosquecillo. Fue más bien de manera casual que llegó al claro en el que había visto el «taller del desollador». Pasó de largo, rápidamente y sin girar la cabeza, por aquel sitio funesto. A partir de ahí, pudo identificar otra vez el sendero que había recorrido en compañía de la joven muda, los árboles empezaban a escasear, y casi a la carrera llegó a la linde del bosque. Las perlas de sudor le cubrían la frente y las mejillas.

Aguzó el oído: ahí estaba de nuevo aquel rumor lejano, situado por encima de las nubes.

Dando un amplio rodeo, dejó detrás el mausoleo fúnebre. Allí abajo estaba su coche. Cuando estuvo sentado ante el volante, respiró profundamente un par de veces, tomando aire con avidez. Estaba decidido, en un principio, a entregar el informe evaluativo a Gundlfinger, echar una ojeada a la casa del filósofo con el pretexto de hacer un examen con el péndulo y luego denunciar a los conspiradores. Si Unseld y Diebold volvían a escapar de la policía… Bueno, tampoco era tan grave. A fin de cuentas, eran nacionalsocialistas de pura cepa. Como él mismo. ¡A pesar de todo! ¡A pesar de Anselma y del diablo! ¡En cambio, esos «escrutadores de almas», esos intelectuales del demonio! ¡Esas ratas que todo lo roían! En su soberbia, lo habían tomado por idiota, por un cobarde. Pues se iban a enterar…

¡De repente, una sorpresa desagradable! La pistola había desaparecido, y también la reserva de municiones. El arma, envuelta en un trapo, se había quedado en la guantera. Y su mapa de carreteras, en el que había marcado el último estado de las zonas de acceso prohibido, también se había esfumado. Mal asunto. Ahora, lo quisiera o no, tendría que hacer la denuncia. ¡Y de inmediato! Pero, calma, también debía pensarlo con detenimiento. Había actuado con negligencia al dejar allí el coche sin haberlo cerrado con llave. Un funcionario con un cargo debía ser más precavido. ¡Cómo, si no, iba a servir de ejemplo a sus compatriotas! Su descuido merecía un castigo, especialmente en tiempos como ésos.

Salió del coche de un salto, sacando los dos pies al unísono, y abrió la puerta del maletero. Allí, según pudo comprobar tras una primera ojeada, no faltaba nada. Abrió la maleta y se convenció fugazmente de que así era. También el dinero estaba intacto. Los ladrones sólo habían revuelto la guantera. Furioso, calentó el motor. Nunca le había ocurrido nada parecido, al menos no desde que tenía aquel coche, desde que estaba en Heydrich. (Una vez en Italia, durante unas vacaciones, le habían robado). ¡Música! ¡Tenía que tranquilizarse! Giró los botones, pero la radio permaneció muda. Alguien había cortado la conexión con la batería.

Por un instante pensó en una patrulla. ¡Pero eso no tenía sentido! Una patrulla habría dejado una multa o algo por escrito. ¿Quién había sido entonces? ¡Maldita historia! Involuntariamente relacionaba el atentado con aquellas bestias humanas, y también con la joven muda. Paule era su nombre.

¿Debía regresar a Schicklgrube e interpretar el papel de fanfarrón? De nuevo sintió un escalofrío de horror: los hombresbestia no tenían guardias que los custodiaran.

A continuación, silencio y paz. No se veía un coche por ninguna parte. De la noche a la mañana el mundo había quedado desolado. En el pueblo siguiente, llamado Belzehude, vio sólo a dos personas en la calle. En todas partes reinaba la misma imagen: las paredes de las casas estaban cubiertas con unos carteles de color rojo intenso con las caras de aquellos dos traidores a la patria («… Sea usted quien sea, oiga lo que le digo… Y dígaselo luego…»); en alguna que otra parte se veía una bandera enlutada, pancartas deterioradas por el viento y el clima delante de los típicos robles del Führer. Y, una y otra vez, las insignias del Werwolf y los ojos de Köpfler.

Höllriegl conducía lentamente; por la velocidad del coche se notaba que su conductor iba sumido en sus pensamientos. Antes de llegar a Bad Harzburg, la carretera indicaba un desvío. Era, según recordaba, la A-VI, la misma por la que habría venido, pasando por Wernigerode, si los cambios de ruta provocados por las zonas de acceso restringido no lo hubieran obligado a hacer aquel desvío a través de Helmstedt, Brunswick, Salzgitter y Goslar. Pero, en fin: en ese caso tampoco habría conocido a aquellas ratas. ¿Qué le importaba todo aquello? Él era un compatriota más, no un político. Pero, como militante del Partido, era su deber poner fin a las actividades de aquellos conspiradores.

En Bad Harzburg repostó combustible, y mientras su mirada atendía al indicador de la bomba de gasolina, trabó conversación con la ayudante de la gasolinera, una muchacha gordita de la región de Mansfeld (se le notaba por los matices de su alemán culto). Era una estudiante que realizaba sus horas de trabajo voluntario, una farmacéutica. La joven le dijo algo fantasioso:

–Se supone que los japos desembarcaron hoy en… (Espere un momento, ¿dónde fue?). Ah sí: en Irlanda, en Portugal y en Crimea. ¡Lo han hecho por aire, masivamente!

¿Y por qué lo sabía ella?, le preguntó Höllriegl. En la Casa del Partido habían hablado del asunto, y ella lo había escuchado cuando repartía los bonos de gasolina. Por cierto, ¿el señor sabía acaso que la distribución de combustible y lubricantes había sido restringida recientemente? Las cuotas habían disminuido mucho para según qué tipo de coche y, en general, para todos los grados de urgencia. ¡El más crudo racionamiento! Primero había

sido el agua, ahora la gasolina. Höllriegl pagó, y la joven puso el sello correspondiente a la orden de desplazamiento y anotó el número de litros de combustible despachados.

–Si todo sigue así, tendremos que cerrar –le dijo la joven mientras le limpiaba el parabrisas con un trapo.

Tras dejar atrás Bad Harzburg –el corazón le había dado un vuelco cuando pasó por delante de una comisaría de Policía– se levantó de repente una niebla muy intensa, tan densa que apenas podían verse los bosques que se extendían a ambos lados de la carretera. El terreno se volvía irreal. El parabrisas centelleaba bajo la luz de los faros, la niebla era como una pared elástica y opaca. El recorrido propuesto por Hirnchristl, a través de Hasserode, de Friedrichsthal, etcétera, se hallaba al otro lado de aquella pared. Para llegar a la carretera de conexión con Rundstedt y Sauckelruh era preciso llegar a Wohlstand, donde la vía se bifurcaba y ascendía en dirección al noroeste, rumbo a Rundstedt. ¡Pero, la maldita niebla! Se conocía de memoria las carreteras, y tampoco tendría que reportar el robo del mapa, porque el mapa robado era un panorámico del antiguo Reich en escala de 1: 1 000 000. (El límite ominoso habría sido 1: 200 000). Claro que poseía otros mapas más precisos, los tenía en Heydrich, y ahora el Partido los estaba requisando, para lo cual tendrían sus motivos. Pero a él, a un funcionario local del Partido, integrado en el cuerpo sanitario, se los dejarían.

También sabría reponerse del robo del «arma de fuego modelo Fausto», que era el nombre oficial de la pistola, y no denunciarlo. Era una pistola de carga automática, salida de las reservas de la Wehrmacht antes de la guerra, una 6,35. Además, él ya tenía intenciones de solicitar una nueva y más moderna. Así que ahora tendría que hacerlo cuanto antes. El cuñado de Kummernuß era el encargado de esos asuntos en el Parlamento, y él también se tragaría el cuento cuando declarara en acta que había perdido su arma.

Entre Schierke y Wohlstand sólo se topó con un vehículo, un pequeño furgón de Correos del Reich que viajaba con las luces apagadas. Dentro del vehículo sólo vio a un par de pasajeros con aspecto de muñecos. Pero en Wohlstand (también conocida como Colonia Bienestar, un pueblucho que antes de la victoria final se llamaba Elend –Colonia Miseria–) lo estaba acechando, en el desvío hacia Rundstedt, un coche con luces azules. Höllriegl condujo muy lentamente, como si avanzara «sobre huevos», invitando a la

patrulla a que revisara su documentación. Sin embargo, nadie le prestó atención.

Empezó entonces un lento ascenso. La carretera se extendía, con muchas curvas, a través de aquel valle de montaña, y a pesar de la niebla y la oscuridad Höllriegl pudo ver que varias veces éste se estrechaba, formando unos barrancos muy pintorescos. Donde normalmente sólo se oía el rumor de los arroyos que caían en cascadas desde lo alto, ahora discurría un hilo de agua a través de las rocas. Höllriegl bajó la ventanilla y aspiró, con las aletas de la nariz ahuecadas, el aire con olor a lluvia y a madera de pino recién cortada. La carretera de montaña brillaba delante de él con destellos negros y escamosos, como una serpiente. Al cabo de un rato, pasó por un aserradero que tenías todas las luces apagadas y las ventanas cubiertas, como disponían las medidas de la defensa antiaérea. Se oía, sin embargo, el martilleo de las máquinas y el chirrido de las sierras, pero no se veía un solo obrero.

Todo aquel sitio vivía de los ingresos que le proporcionaba la Noche de Walpurgis, y Höllriegl se quedó maravillado con los versos de *Fausto* que, de vez en cuando, podía leer en los carteles de la carretera, junto a la publicidad de algún hotel. Aparentemente, los carteles provenían de una época en la que los montes del macizo del Harz eran considerados una atracción turística y una cuenca para la captación de las fuentes clásicas. El *Fausto* de Goethe, aquel poema de un masón incorregible, un tipo afrancesado y criado de un plutócrata, había caído bastante en descrédito. Era cierto que el Partido no había podido borrar aún del todo, de la conciencia cultural de la nación, la propia existencia de Goethe, pero se hacía todo lo posible por ocultar sus méritos: en las clases de literatura sólo recibía una mención al margen, y en las *Napola*[30] lo tenían incluido en una lista negra. No cabía duda de que no estaba lejos el día en que las obras de Goethe fueran arrojadas a las nuevas piras purificadoras.

De pronto el mar de niebla quedó atrás, en el valle, y la lluvia disminuyó. Höllriegl tenía ahora buena visibilidad, así que pisó el acelerador. Cuando dobló hacia la carretera comarcal que lo llevaría a Sauckelruh, oyó el familiar aullido de las sirenas de la defensa antiaérea, y también en los valles empezó a oírse un rumor, una suerte de gemido. Era la alarma de cohetes, no una advertencia previa. Hacia el oeste podían verse en el horizonte las llamaradas de color naranja de unos rayos. Höllriegl frenó el coche, y el corazón se le paralizó. Vio cómo, apenas un rato después, un rojo sucio cubría las nubes,

que parecían encenderse como si el sol acabara de ponerse. ¡Tenía que seguir, seguir!

Hasta donde pudo situarlo en la oscuridad, Sauckelruh se hallaba ubicado al final de un valle boscoso en el que acababa la carretera. La plaza mayor estaba oscura como la boca de un lobo, los coches estaban aparcados muy apretados unos junto a otros, y sólo con sumo esfuerzo pudo encontrar un hueco donde meter su vehículo. No había ni siquiera gatos a la vista. Una epidemia parecía haber asolado aquella pequeña localidad.

Höllriegl pensó –y no por primera vez en ese día– en la luminosa voz que había escuchado a través del *telfauces*; aquello parecía haber ocurrido hacía una eternidad. En su fuero interno, le alegraba la perspectiva de aquel encuentro, pero no por mera curiosidad. Aquella voz, ¿era la de una mujer? Y si lo era, ésta tendría que ser joven y bella, y pura. ¡La pureza! La pureza era algo que él añoraba.

Por las expresiones del «alemán matricial» que había entendido, había en el lugar un par de buenos hoteles. No obstante, con esa oscuridad y ante esa desolación, habría tenido poco sentido buscar algo específico. En la entrada del pueblo había pasado delante de una gasolinera, probablemente allí hubiera también un motel. Pero no, no quería dar la vuelta, quería meterse en la primera hostería con tal de comer algo, porque estaba hambriento. Tal vez tuvieran alguna habitación libre.

Höllriegl miró a su alrededor y encendió la linterna. Las casas, en su mayoría mansiones construidas en el estilo de la Era Guillermina (las cuales le recordaban el palacio Springorum del matrimonio Von Eycke), habían sido oscurecidas con minuciosidad. A juzgar por las apariencias, todas funcionaban como alojamiento para quienes buscaban un poco de frescor durante el verano, cosa que indicaban los propios nombres: Zum Brockengespenst [El Fantasma del Peñasco], Pensión Trödelhexe [Bruja de Baratillo], Gasthof zur Teufelskanzel [Hostería Púlpito del Diablo], Zur Brockenmyrte [El Mirto del Peñasco], Zum Hexenaltar [El Altar de las Brujas], Villa Baubo, Zur Blocksbergnacht [La Noche del Peñasco], etcétera. También vio algunas casas rurales con fachadas de entramado.

Las callejuelas que desembocaban en la plaza eran como negros desfiladeros. Los pasos de Höllriegl resonaban sobre el adoquinado. El cono de luz de su linterna palpaba los muros, las persianas bajadas, las rejas. Delante de uno de los hostales, cuyo nombre –según pudo descifrar– era tan

enrevesado como El Proctofantasmista, y el cual, con sus vidrieras de ventanas emplomadas, parecía más bien el decorado de una pieza teatral, se detuvo y accionó la aldaba de la puerta cerrada con llave. Tras tocar varias veces, con unos golpes que retumbaron en medio del silencio sepulcral, oyó unos pasos que se arrastraban y se acercaban a la puerta. Una persona regordeta y vestida con descuido –según pudo ver bajo la brumosa luz azul– lo examinó con recelo.

–Quisiera alquilar una habitación por esta noche. ¿Tenéis alguna libre?

La mujer cerró la puerta y le pasó el pestillo. Al cabo de un rato –Höllriegl ya estaba enfadado y se disponía a marcharse– le abrieron de nuevo, esta vez era un hombre que, a juzgar por su ropa, era un empleado. Otra vez el examen de pies a cabeza, pero los ojos del hombre se quedaron mirando fijamente las botas de caña alta de Höllriegl y la camisa de su uniforme.

–Tenemos libre solamente una recámara en la buhardilla, con vistas a la parte trasera del edificio. Está todo ocupado –dijo el empleado.

–Bien, me la quedo. ¿Y es posible comer algo?

Tras el frío recibimiento, parecía haber pocas perspectivas para este último reclamo. No obstante, Höllriegl se sentó en la taberna precariamente iluminada, la cual, de haber contado con una iluminación mejor, habría sido hasta bonita.

–La cocinera puede prepararle al caballero unos huevos revueltos –respondió el hombre, señalando a la mujer de carnes fofas que, apoyada sobre el mostrador, le daba la espalda a Höllriegl–. La cocina ya está cerrada por hoy.

–Pues sí, prepare esos huevos cuanto antes y tráigame algo de beber, un zumo de frutas, cualquier cosa.

Höllriegl salió de nuevo a la plaza para buscar su pequeña maleta. Estaba bien no tener que pasar la noche en el coche.

Cuando regresó, oyó a la criada trasteando en la cocina y el chisporroteo del aceite. El zumo de frutas, un brebaje semejante a una limonada que parecía preparada con agua estancada, no consiguió refrescarlo. Entonces fue hasta la cocina y pidió un vaso de agua fresca. Sin embargo, la ración de agua potable para ese día ya se había terminado, sólo quedaba agua de lluvia para lavarse.

–¿Dónde están los demás huéspedes? –preguntó Höllriegl, con la intención

de entablar una conversación con la mujer, esperando enterarse de algo nuevo.

–En el sótano –con un gesto de rechazo, la cocinera se puso a hacer algo con la vajilla, causando un ruido enorme. Era obvio que allí había muy poco que hacer.

–¿Alguna novedad? –gritó Höllriegl, a fin de opacar el ruido. No recibió respuesta.

El empleado, que también asumía los servicios de portero nocturno, le trajo el formulario de inscripción, y Höllriegl fue rellenando cada una de las casillas. También el hombre se mostraba ostensiblemente parco. Vaya gente tan hosca y estúpida. A la pregunta de Höllriegl, el hombre reaccionó con un gesto que debía indicar lo superfluo que era responder algo. Al hacerlo, soltó un suspiro y lanzó una mirada al cielo.

Luego subieron a la buhardilla. Toda una sorpresa: la habitación estaba agradablemente decorada. Tenía una pared inclinada, enseres sencillos; delante de la ventana, una cortina clara de lino almidonado. No había agua corriente, pero sí una cama enorme que invitaba a tumbarse sobre ella. Bien que podía uno encamarse entre esos almohadones. Otra sorpresa fue que el empleado, después de apagar la luz, levantó la persiana usada como protección antiaérea y se volvió más locuaz:

–Si el tiempo está despejado, el señor tendrá una buena vista de las Peñas del Roncador y las Piedras de Sílex, no tendrá nada enfrente. Pero ahora tiene que bajar al sótano. Si nos encontrasen aquí arriba, me impondrían un castigo. Se hacen controles. –Una vez más, aquella mirada elocuente, fija en el uniforme de Höllriegl–. No puedo decirle cuándo cesará la alarma. Ayer estuvimos cuatro horas y media en el sótano –dijo, y cuando ya estaban en la escalera, le susurró–: Nuestro personal de servicio, un matrimonio de Hungría, se ha marchado este mediodía. Apuesto a que se han fugado y ya andarán detrás de ellos. Nosotros dos, Katrin y yo, estamos solos a cargo del hostal.

También en el sótano alguien había reducido la luz de manera drástica, lo cual era absurdo como medida de protección antiaérea. Era preciso pasar por una trampa de luz, con muy pocas bombillas encendidas, pero no podía hablarse de protección contra la radiación. Los huéspedes, casi todos personas solas, estaban sentados con aire descontento en unas banquetas o encima de sus maletas. Todos, salvo una auxiliar de la Wehrmacht vestida de

uniforme, eran entrados en años y tenían la mirada perdida en sus caras fláccidas, o leían algo a pesar de la precaria iluminación. Una dama de pelo muy canoso garabateaba una carta; otros, por su parte, cuchicheaban algo entre ellos. El buen humor y el tono normal de voz parecían estar prohibidos en los refugios antiaéreos de todo el Reich. Cierto ambiente soso y, al mismo tiempo, tenso, impregnaba el aire, como en la sala de espera de un oncólogo. En este sótano no había altavoces, por eso tampoco se oían los comunicados, lo cual puso de mal humor a Höllriegl. Nadie tenía tampoco una radio portátil, y él estaba ávido de oír noticias nuevas.

El empleado volvió a subir, no sin antes ponerse un casco de acero parecido a un orinal, pintado de blanco y amarillo, que lo identificaba como vigilante de la defensa antiaérea. El hombre debía ocupar ahora su puesto junto a la radio. La auxiliar de la Wehrmacht, una joven de delicada hermosura y aspecto insolente, leía con expresión altiva una novela de éxito; le había dedicado a Höllriegl sólo una mirada fugaz. Pero eso no fue lo que le desagradó de ella. La joven le resultaba atractiva y repelente a la vez, pero sin que él pudiera saber los motivos. Los dos señores que estaban más próximos a él se susurraban algo con excitación. En un primer momento, Höllriegl intentó oír lo que hablaban, pero acabó inmiscuyéndose en la conversación. Uno de los hombres era de la cercana localidad de Aschersleben, un marchante de lavadoras y detergentes que se presentó dando su nombre; el otro era un berlinés, como pudo determinar por su dialecto. Este último sacó de inmediato una tarjeta de presentación: se llamaba Clemens Südekum, compositor. Höllriegl había oído alguna vez su nombre. En efecto: aquel hombre había tenido un gran éxito después de la guerra con una ópera romántica de soldados titulada *Lilli Marleen*, había escrito música popular para películas, y entre ellas su último trabajo había sido la música de la cinta *En la pradera vive una moza* (todo eso se indicaba en la tarjeta). Se presentó también como un prominente «obrero» del ramo del disco, es decir, que trabajaba en la industria discográfica. Los dos iban a visitar a Gundlfinger: mañana era día general de consulta en la Villa Walpurgis. Como dejó entrever el señor Südekum, tenía planes de convertir a Gundlfinger en el protagonista de un «poema sinfónico cinematográfico» que pretendía narrar en episodios individuales la historia del pensamiento alemán.

Los dos señores parecían tener buenos contactos con importantes instancias del Partido. El marchante de lavadoras trabajaba como voluntario

en la administración local del Frente Alemán del Trabajo y, según dijo –no sin cierto orgullo–, había conseguido incrementar ese año la emulación productiva en las empresas alemanas de su ciudad natal. Se le notaba su condición de adepto fanático del Partido, pero con cierto apego por los antiguos cuadros. (Höllriegl tenía una especie de sexto sentido para esas cosas). Por su parte, el músico, su esencia llana, su eterna sonrisita y su aspecto emperifollado le recordaban las maneras de un recepcionista en el hotel de un balneario. Aquel hombre evitaba las conversaciones directas, y su color político parecía ser precisamente la falta de todo color. («Éste es de los que pone cebolleta en todas las sopas, un arribista», pensó Höllriegl). Por lo demás, ambos caballeros se parecían como se parecen dos distintivos del Partido, hubiera sido posible intercambiarlos sin mayores problemas. Sus caras bien alimentadas, con buen color, las gafas, las cabezas redondas –el compositor tenía una calva y una bien cuidada corona de pelo; el marchante de detergentes llevaba el llamado Corte de Pelo del Reich (el CPR), bien cepillado y una raya bien partida del lado derecho, cierta mirada de águila, y todo lo demás: una uniformidad que recordaba las fotos de los periódicos con las multitudes de Núremberg, imágenes que, en cada ocasión, llenaban a Höllriegl de seguridad en sí mismo, incluso de satisfacción. Un mundo sagrado cuya fuerza residía en esa uniformidad de sus habitantes.

Cuando los dos hombres acabaron de tantear al recién llegado en relación con sus posturas ideológicas –cosa que era habitual–, el comerciante de detergentes se mostró más liberal ante el camarada funcionario, incluso más correcto a partir de entonces. A través de las últimas que aquel hombre había oído en Aschersleben –que conocía el código menor de seguridad del Partido, con el cual podía descifrar algunas noticias transmitidas por la radio–, Höllriegl pudo confirmar lo que ya sabía, pero que había considerado historias de horror para niños: un importante número de tropas chinojaponesas estaban operando en el centro de Europa; estaban siendo desembarcadas de manera ininterrumpida e impune desde pesados aviones de transporte del tipo Strato que la defensa antiaérea no conseguía localizar; las estaban depositando exactamente en cinco puntos del continente, de modo que podía hablarse de puentes aéreos que funcionaban a la perfección: en Eupatoria, en la península de Crimea; cerca de Badajoz, junto a la frontera española-portuguesa; en Armagh (en el Ulster); cerca de Oulu en Finlandia y

en la región situada entre Verona y Mantua. En todos esos puntos el enemigo contaba con apoyos y había recibido los refuerzos ofrecidos por la población local, lo que había hecho posible la creación de bases, la consolidación de posiciones defensivas del tipo «defensa en erizo», así como algunas operaciones móviles. De inmediato había tenido lugar un contraataque, con asedios y otras operaciones similares, pero no se sabía nada concreto sobre el destino de las unidades de la Wehrmacht y de las SS estacionadas en esos puntos. Era casi seguro que, en Crimea, el Batallón de Asalto I (el Alta Baviera) de las Unidades Totenkopf de las SS en el Este, así como otras unidades de varegos, habían sido completamente aplastadas; que, en Dublín, las masas atizadas por los clérigos católicos habían prendido fuego a la sede del Departamento de Raza y Colonización en el Estado Libre de Irlanda, desollando de forma bestial, poco a poco, a los que intentaban huir de la región; era seguro, además, que algunas unidades de avanzada de los japoneses habían alcanzado ya los suburbios de Milán y, en dirección al norte, la orilla sur del lago Garda, después de que el Estado Mayor del grupo Sur del ejército, estacionado en Caserma Passalacqua, cayera en manos del enemigo. En esa ocasión se había perdido también el Comando Primero de las Unidades de Misiles, un conocido destacamento con capacidad de movilidad para asestar duros golpes. En muchas localidades de regiones como Venecia, Friaul y Lombardía habían prendido fuego a las Casas del Partido y linchado a sus inquilinos, aparte de mancillar públicamente, hasta la muerte, a todas las mujeres de sangre alemana. Algunas unidades auxiliares de las milicias fascistas habían participado también en los saqueos y las ejecuciones.

La Tierra de los Confederados, las regiones de la Suiza de habla alemana de las que el Führer siempre había desconfiado, se hallaban también en plena efervescencia revolucionaria. Pero los mensajes relacionados con ellas tenían un código de seguridad adicional, más difícil, de modo que el marchante no había conseguido descifrarlas.

Höllriegl escuchaba al hombre con estoico aplomo, con absoluta indiferencia incluso, como si esos acontecimientos estuvieran teniendo lugar en la Luna o en Marte. Él ya no tenía la menor duda: la dirección del Reich sabría exactamente lo que tenía que hacer, y daría su golpe devastador en el momento adecuado. Y lo haría a nivel global. A fin de cuentas, el Reich

disponía de naves espaciales tripuladas y no tripuladas capaces de hacer uso de armas atómicas en cualquier punto del planeta. Los enemigos del dominio ario en el mundo habrían exhalado para entonces su último aliento. Tyr, el poderoso dios de un solo brazo, no había hecho más que alzar su espada, según creía Höllriegl, y se disponía a propinar el golpe mortal…

Pero había noticias peores: en las primeras horas de la mañana del 13 de noviembre, dos unidades de la Flota Estratégica del Aire, la 16 y 17, se habían insubordinado, saboteando la orden de Köpfler de atacar con armas termonucleares bases aéreas, rampas de lanzamiento de cohetes intercontinentales y zonas de producción de armamento en Karafuto, Hokkaido¯ y Honshu¯. Fuera de eso, no se sabía nada más.

Como se enteraría más tarde Höllriegl, gracias a fuentes fiables, el comandante de la escuadra de bombarderos Fegelein –se rumoreaba que era el mismo oficial portador de la Cruz de Caballero que, siendo un simple sargento de la Luftwaffe, había dejado caer la histórica bomba sobre Londres a principios del verano de 1945 y, desde entonces, vivía en un voluntario anonimato–, tras ponerse de acuerdo con la mayor parte de sus compañeros de armas, se había comunicado por radio con los cuarteles de la Fuera Aérea en Smithersland (en la antigua Columbia Británica) para pedir que lo exoneraran a él y a sus camaradas de cumplir con aquella orden «suicida» de «alcances imprevisibles». En ese llamamiento por radio, el comandante llamaba la atención sobre las consecuencias globales que pudieran derivarse del inicio de una «guerra nuclear ilimitada» –como se la llamaba oficialmente, como si pudiera haber una guerra nuclear «limitada»–; consecuencias que no sólo afectarían al Reich, a la raza aria y a sus aliados, sino a toda la población del planeta Tierra (aunque esta última, obviamente, menos importante). La decisión de Anónimo fue aprobada en un plazo muy breve por los mandos de otros seis escuadrones de la Fuerza Aérea. Al motín se sumaron, además, todo el personal de tierra y hasta los pelotones de combate del XXIII.º Cuerpo de Aviadores de las SS, una tropa de élite, y todo, sin duda, porque la revuelta iba dirigida contra Köpfler. La orden que el nuevo Führer diera personalmente jamás llegó a ejecutarse, y ello fue así también porque los pelotones no involucrados en la revuelta fueron obligados a darse la vuelta cuando volaban encima de Kamchatka debido a la respuesta de la defensa antiaérea del enemigo, a raíz de lo cual, tras la intervención

masiva de pilotos kamikaze del Soka Gakkai, las fuerzas del Reich sufrieron graves pérdidas. Se decía que una bomba de hidrógeno de baja intensidad había detonado sobre Tigil tras ser derribado el avión que la transportaba, con lo cual la ciudad quedó borrada de la faz de la Tierra y amplios sectores de la península se vieron convertidos en un desierto de fuego, transformando las masas de aire situadas encima en una zona irrespirable. En ese momento, reinaba el grado 1 de alarma por radiación para todo el noreste de Asia.

Como supo luego Höllriegl al llegar a Heydrich, el motín en el norte del Pacífico había sido el pretexto inmediato para que Köpfler retirara a toda la fuerza aérea del Reich la capacidad para hacer uso de armas nucleares. A las unidades amotinadas las expulsó de la Luftwaffe y las declaró proscritas. (El oficial conocido como Anónimo se suicidó). Llegó entonces, a continuación, la funesta orden que suprimía cierta concepción dinámica de hacer la guerra y traspasaba toda competencia a las unidades intercoheteriles, en especial a las que se encontraban estacionadas en suelo de la nación, así como a las brigadas logísticas subordinadas a las llamadas Tres K en el antiguo territorio del Reich, es decir, las que estaban bajo el control directo del Werwolf. Sólo a las unidades de cohetes de la flota de submarinos les estaba permitido continuar la guerra termonuclear total; ellas estaban también autorizadas a trasladar «cabezas atómicas» desde ciertas bases marítimas «hasta cualquier punto en cualquier continente», como decía el decreto secreto emitido por la nueva cúpula y que tanto enfado causó, en general, en el seno de la Luftwaffe…

Hasta donde conocía el informante de Aschersleben, al que ahora damos de nuevo la palabra –su relato, expuesto entre susurros, no parecía tan coherente al escucharlo, por supuesto–, la situación militar en el hemisferio occidental se había agravado en la medida en que ahora los combates, que tantas pérdidas habían ocasionado ya a ambos bandos en la costa del Pacífico, habían estallado en casi todos los territorios de los Estados Unidos Vasallos de América, con especial encarnizamiento en el Medio Oeste, donde los Minutemen ocupaban las posiciones más fuertes, aunque también –y con muestras de increíble fanatismo– en el sur y en el sureste del país, en México y en la zona del Caribe. Con ataques relámpago, los insurgentes habían conseguido desmantelar los campos de infrahumanos casi en todas partes, impidiendo de ese modo que los prisioneros fueran exterminados. Los combates, librados en muchos lugares siguiendo las tácticas de la guerra de

guerrillas, daban fe de una crueldad no conocida hasta entonces. No había supervivientes, y llegaban noticias acerca de torturas que duraban horas o días enteros.

Aunque los hombres del Ku Klux Klan se hallaban visiblemente en un aprieto (lo que también se derivaba de que sus más estrechos colaboradores, los Minutemen, habían instalado en Duluth un régimen fascista alternativo que prometía llevar adelante una política más suave y ofrecía sus buenos servicios para mediar en el «conflicto» entre los dos bloques mundiales), una delegación gubernamental había partido de Corpus Christi –la nueva sede del Gobierno– rumbo a Alemania, con el fin de participar allí en la ceremonia fúnebre organizada en honor del fallecido fundador del Imperio Mundial Germánico. Ese grupo, formado por nueve hombres, había llegado entretanto a Berlín.

En lo concerniente a Australia, en algunas regiones –especialmente en las grandes ciudades costeras, desde Victoria y Nueva Gales del Sur, hasta Tasmania y Nueva Zelanda–, la población blanca se había sublevado contra los gobernantes japoneses, impuestos a la fuerza, por lo que recibía abastecimiento de armas láser por parte de la fuerza aérea que operaba en el Pacífico sur y de los submarinos del Reich. Se perfilaba una evolución de los acontecimientos que podía ser favorable para el Reich y sus aliados, si bien –como planteaba un mensaje en clave– los rebeldes australianos habían impedido las acciones de un ataque anfibio iniciado por varios submarinos alemanes. No era posible trazar una línea diáfana que separara los frentes, todo seguía su curso y dependía de los efectos ulteriores de la situación en América y Europa.

Las miradas de Höllriegl vagaban en círculo, iban palpando un rostro y otro, mientras ponía atención para escuchar lo que se murmuraba. ¡Era como para volverse loco! ¡Y con esa gente se pretendía ganar una guerra! Su mirada se detuvo entonces otra vez en la joven auxiliar de la Wehrmacht, que todavía leía su novelita rosa con una expresión altiva, rígida y hosca. De pronto, como un rayo, Höllriegl cobró conciencia de por qué le resultaba tan desagradable aquel rostro.

¡Zezette! ¡La auxiliar de la Wehrmacht, que por su aspecto era una joven aria, alemana, nórdica, como prescribía la costumbre, le recordaba a Zezette! Zezette, la mujer de Martinica. Un episodio oscuro de su vida. O mejor dicho: el más oscuro. Un infamante episodio de piel oscura que él había

borrado radicalmente y con toda intención de su memoria, un hecho del que nadie debía enterarse, ni siquiera sospechar lo más mínimo. ¡La pérdida del honor, la pena de muerte! ¡Así se castigaba su falta! ¡Zezette, la martiniquesa!

Había ocurrido hacía seis años en París, ciudad a la que lo habían destinado por poco tiempo en el marco de una operación sanitaria de las ss. Cada día debía viajar en el metro desde su hotel –un garito miserable en la Rue Saint-Denis, en el que ocupaba una buhardilla de dos dormitorios– hasta el cuartel, situado en la dirección de Pont de Sèvres-Porte Rosenberg. Ida y vuelta. Ah, aquella sosa calidez en los túneles del metro, el olor aceitoso, el siseo, el lejano rumor de las ruedas.

Todavía veía, delante de las ventanas del vagón, cómo se movían las varillas de cierre, accionadas por aire a presión, que salían de sus cubiles para bloquear las puertas y se deslizaban dentro nuevamente cada vez que el tren se detenía, en un proceso mecánico que se repetía y repetía hasta la saciedad, como en el coito. El siseo de serpiente del aire a presión, el lejano rumor de las ruedas, la calidez adormecedora. Como miembro de la raza superior viajaba, por supuesto, en primera clase, vedada a los franchutes. Zezette, la mujer de piel achocolatada, estaba en el vagón verde situado al otro lado, apretujada contra la ventanilla. Y lo miraba. ¡Una hechicera, un maga del vudú! Höllriegl no pudo sustraerse al brillo abrasador de sus miradas, lo sentía todavía clavado en sus entrañas. Lo recordaba como si hubiese sido ayer, y todavía sentía que un cosquilleo le recorría la espalda cuando pensaba en aquella mujer. Entre las estaciones Barbe Bleue, Lune Perdue, LeChien-Qui-Pisse, Brouhaha, Schlageter y Père Pervers (¡cómo olvidar sus nombres!), Höllriegl se enamoró perdidamente de Zezette. Había sido amor a primera vista, es decir, los ojos de aquella mulata lo habían embrujado, hipnotizado, porque de otro modo no se explicaba que se hubiese olvidado de su raza.

¡Había sido un envenenado acto de magia demoníaca! ¡Él, un hijo de la raza aria, y esa mujer de color! Ella se había bajado en la estación de Frédéric-le-Grand, y él la había seguido como un perrito faldero por los largos pasadizos de la Correspondance; ella había estado esperándolo al otro lado, acurrucada en un rincón del andén de donde partían los trenes en dirección a Carthage y Napoléon-le-Petit. Allí estaba. ¡Sonriente, triunfante!

A partir de entonces empezaron a verse a escondidas, una y otra vez y en cualquier parte, a pesar de que apenas podían intercambiar palabra. ¿Qué otra cosa sabía él de París? En realidad, sólo recordaba la bolsa de papel que colgaba bajo el lavabo en su habitación y que llevaba una inscripción: *«Hygiène féminine»*. Y recordaba también la siguiente frase: *«Glissez votre garniture périodique dans ce sachet. Ne jetez rien dans les W. C. Merci»*.[31]

De repente, una palabra lo sacó bruscamente de su ensimismamiento. Aguzó el oído: «El Bundschuh…».[32] El Bundschuh era en su origen una sección ideológica –o, como también se decía, un «ordenamiento de actuación»– del Ministerio de la Alimentación y Agricultura del Reich, el Reichsnährstand, creada con el propósito de inculcar al campesinado alemán el nuevo ideario del nacionalsocialismo. Más tarde dicha sección, a la que sólo podían pertenecer campesinos en activo, se fue independizando poco a poco del sistema administrativo del ministerio, y se integró en el aparato del Partido como un movimiento autónomo, con prensa propia, oficinas regionales y funcionarios propios. El Bundschuh, estructurado según los rígidos principios del Führer y organizado en divisiones territoriales, recibía ahora órdenes directas del líder del campesinado alemán, si bien antes había estado subordinado al departamento VIII («para la creación de un nuevo campesinado alemán») del ya mencionado ministerio. Disfrutaba de unas prerrogativas especiales, tenía representación permanente ante el Tribunal de Propiedades Hereditarias del Reich, con competencias en materia de legislación sobre propiedades de granjas y terrenos.

Por lo que oía ahora Höllriegl, las cosas en el Bundschuh estaban que ardían. El campesinado parecía a punto de sufrir una escisión. Una parte, la menos significativa, se entendía bien con el Werwolf; la otra, la que desde hacía poco editaba un periódico de gran circulación, *Der arme Konrad* [El pobre Konrad], condenaba en términos muy cáusticos la política de Köpfler y exigía una radical renovación de la dirección y de la base. Ese grupo disponía, al parecer, de un enorme apoyo incluso en el Gobierno central, de lo contrario jamás habría osado hacer tales críticas. Ahora se hallaba ante una prueba de fuerza (eso era bien palpable); una prueba que estremecería aquel imperio universal en sus mismos cimientos. En su última edición, que había adoptado forma de octavilla, el Pobre Konrad hacía un llamamiento a los campesinos –el caballero de Aschersleben le había mostrado un resumen–

convocando una gran marcha cuyo destino sería la ciudad de Stolberg, en los montes del Harz, la ciudad natal de Thomas Münzer, situada no lejos de donde estaban ahora. Con esa convocatoria, el Bundschuh contravenía abiertamente la estricta prohibición del Partido de todo tipo de reunión mientras durase la guerra. La edición se exigía directamente la formación de un Mando Nacional de Campesinos y daba a conocer su consigna: «¡Por lo que necesita la Nación Alemana!». En otro pasaje, el cual ya constituía una señal de abierta rebelión, se leía: «¡Más población y menos Nación!», o: «¡Arrancar las malas hierbas antes de que invadan el cereal!». Se exigía también una investigación rigurosa e imparcial de las circunstancias en torno a la muerte de Adolf Hitler. Que el Bundschuh pretendía dinamitarlo todo, lo atestiguaban las palabras con las que cerraba su llamamiento, una consigna de los días de la Guerra de los Campesinos: «¡Quien pueda debe golpear, estrangular o acuchillar!».[33]

En lo esencial, su oposición parecía dirigirse contra el *Brigadeführer* de las SS Sausele, un notorio hombre del Werwolf recién nombrado ministro de Alimentación y Agricultura en el llamado «testamento» del Führer. Fue eso lo que insinuó –con toda cautela– el vendedor de lavadoras, a lo que Südekum añadió otro dato: según él sabía por fuentes fiables, el *Gauleiter* Gernot Firbas, destituido por Köpfler en contra de la voluntad del fallecido Führer y cuyo nombre, originalmente, se barajaba para ocupar el cargo de Reichsführer de las SS, estaba manteniendo contactos muy estrechos con la dirección «sin rostro» del Pobre Konrad. Se decía que Firbas había declarado su disposición a proteger la reunión de las delegaciones de campesinos en Stolberg ante cualquier intervención del Werwolf. El *Gauleiter* se apoyaría, sin duda alguna, en ciertas unidades de la policía, especialmente de la gendarmería rural, pero también de las tropas a disposición de las SS y de la Luftwaffe, ambas castigadas por Köpfler. Lo que no estaba ahora claro era la posición de las milicias campesinas en las administraciones forales de las regiones del Este. Éstas habían sido agrupadas en el llamado Anillo de Asgard, ideológicamente muy próximo al MATNAC y al Werwolf. La gente del Asgard era en realidad gente del Werwolf. Teniendo en cuenta la situación actual, con desembarcos enemigos en la retaguardia de la Pared Oriental y del cinturón de colonias de Rusia central, apenas podía contarse con una intervención de las milicias campesinas, mientras que la inminente

confrontación dentro de las fronteras del antiguo Reich –algo en lo que ambos caballeros coincidían– estaría limitada al ala radical del Bundschuh y a los grupos del Werwolf.

Y eso era lo peor, lo más peligroso. Höllriegl sintió un baño de sudores fríos y calientes. La cosa estaba que ardía en el seno del propio pueblo, incluso entre los campesinos, que habían sido siempre los seguidores más leales del Führer. ¡Inconcebible! Y los dos señores se comportaban como si nada de aquello fuera nuevo.

–Bueno, ahora ya hemos dado bastante la lata –le dijo Südekum a Höllriegl–, y hasta me ha entrado un hambre feroz. Los médicos me han puesto a dieta debido a mis problemas con la bomba –añadió, señalándose al pecho–, pero podría zamparme ahora un codillo acompañado de una cervecita, eso sí que sería la felicidad. O un *gulasch*, o quizá un arenque con cebollas. Pero con una birra bien fría. ¡Ah! La verdad es que no entiendo por qué no se puede comer codillo cuando uno está enfermo del corazón…

En ese instante se abrió de golpe la puerta del búnker. Todas las miradas se dirigieron de inmediato al empleadoportero-guarda antiaéreo, quien, con el casco de acero algo torcido sobre la cabeza, mostraba un instantáneo estado de máxima excitación. Con la voz ronca, tartamudeando en medio del silencio que le dio la bienvenida, dijo:

–Ha caído la primera bomba atómica sobre el Reich… Ha sido en la zona de Lemgo-Bad Salzuflen… ¡Se activa la alarma contra radiaciones!

Hubo un instante de parálisis. Los corazones se detuvieron. Pero a continuación todos se pusieron en pie de un salto y empezaron a gritar y a corretear en desorden. Las mujeres chillaban, espantadas. Sólo la dama que había estado escribiendo la carta se quedó sentada, observando con ojos embotados, bondadosos, todo aquel barullo. Parecía no haber entendido nada, o bien porque estaba totalmente sorda o porque oía mal. La que se comportaba del modo más histérico era la auxiliar de la Wehrmacht, que se tapaba los oídos con ambas manos y chillaba a pleno pulmón. En un avión cayendo en picado las cosas no habrían ido peor.

Höllriegl mantuvo una tranquilidad que a él mismo no le pareció sospechosa. De algún modo, en los últimos días se había vuelto insensible, todo le importaba un carajo. Todo cuanto experimentaba cobraba la textura de los sueños, unos sueños que, lo quisiera o no, debía soñar hasta el final. De un modo instintivo, en medio del revuelo, se había acercado a la auxiliar de la

Wehrmacht, que seguía gritando con todas sus fuerzas y pateaba el suelo como enloquecida. Su expresión altiva se había transformado en una máscara de terror.

Pero era endemoniadamente bella aquella muchacha; ya antes le habían llamado la atención sus piernas largas y velludas. Con el pretexto de tranquilizarla, la atrajo hacia él sin que nadie lo notara. Sintió su cuerpo tembloroso, sus brazos delgados, agarró furtivamente sus pechos firmes y elásticos a la vez. Entre sollozos, la joven se arrojó en sus brazos, los brazos de un hombre totalmente desconocido al que antes apenas se había dignado mirar siquiera.

Con aquel ruido nadie conseguía hacerse entender. El guardia antiaéreo intentó hablar un par de veces, pero desistió. Höllriegl mantuvo a la joven voluntaria apretada contra su cuerpo, mientras le susurraba palabras tranquilizadoras; en toda aquella escena terrible y lamentable, la joven criatura era lo único que tenía sentido proteger. Vio entonces a Südekum y al hombre de Aschersleben hablándole con insistencia al guardia antiaéreo. Luego, al parecer furtivamente, los dos abandonaron el refugio. Acto seguido, alguien, una de las señoras entradas en años, gritó de pronto: «¡El Partido piensa por ti!». Y de inmediato hubo varios que acogieron con beneplácito la consigna y empezaron a corear: «¡El Partido piensa por nosotros! ¡El Partido piensa por nosotros! ¡El Partido piensa por nosotros! ¡El Partido piensa por nosotros!». A lo que otras voces respondían: «¡Y damos por ello gracias al Partido! ¡Y damos por ello gracias al Partido! ¡Y damos por ello gracias al Partido! ¡Y damos por ello gracias al Partido!». Y así, hasta que alguien, de repente, gritó: *«¡Heil* Köpfler, *heil* a nuestro nuevo Führer!». Sin embargo, nadie secundó esa nueva consigna.

Apareció de nuevo el guardia antiaéreo acompañado por los anteriores interlocutores de Höllriegl. El guardia hizo sonar un cencerro que emitió un sonido intenso y metálico, y poco a poco los ánimos fueron calmándose.

–Ruego a todos los presentes que se comporten como alemanes –gritó el marchante de lavadoras y detergentes con su potente voz de pregonero, la cual mantenía un perfecto equilibrio entre el tono persuasivo y la voz de mando; era la auténtica voz de un vendedor, con un alto valor de porcentajes en comisiones. De inmediato reinó el silencio, sólo una vocecita lloriqueaba, como en un eco:

–¡El Partido piensa por nosotros!

–¡Claro que el Partido piensa por nosotros! ¿Quién, si no, iba a hacerlo? Pero todo alemán debe saber actuar por su cuenta, ¡y de manera razonable! Es preciso obedecer de inmediato las instrucciones del guardia antiaéreo. Cada uno de ustedes ha participado hasta la saciedad en ejercicios de alarma radioactiva como para no saber que la máxima regla en estos casos es mantener la calma. ¡Así que tranquilos, compatriotas! ¡Sangre fría y buena ropa interior que los abrigue! Y la segunda regla de estricto cumplimiento es: «¡Agarrad los trajes de protección radioactiva!». Por el momento no hay peligro inminente de radioactividad, pero, aun así, tendremos que salir a buscar esos trajes.

–En el edificio sólo tenemos doce trajes –dijo el guardia–. Aquí, en cambio, somos… –el hombre empezó a contar rápidamente a los presentes– … diecinueve personas, contando a la cocinera. Quien quiera su traje protector, que levante la mano. Las damas tienen prioridad.

Incluyendo a la cocinera, Katrin, había en ese momento once mujeres en la pensión. El duodécimo traje se lo dieron a un anciano.

–Le traeré su atuendo –le dijo Höllriegl a la auxiliar de la Wehrmacht, dando a sus palabras un tono sereno y galante. La chica se había sentado en una banqueta y se cubría las piernas con sus brazos. Estaba sentada allí, mirando al vacío, muerta de cansancio tras su ataque de histeria.

Cuando Höllriegl fue con los hombres en busca de los trajes, recordó los inquietantes rayos naranja que había visto encenderse en el cielo hacia el oeste. Aquella había sido la bomba, la radioactividad tenía que haber alcanzado el macizo del Harz desde hacía un buen rato. Si se trataba de una bomba pequeña, la dosis no sería letal a esa distancia, al menos no de forma inmediata. De todos modos, a él le daba igual, le importaba una mierda. Ulla, Anselma y su chica «ocasional»… ¡Todas estaban muy lejos! Lo que contaba ahora era el instante. Y en ese instante el Reich devolvería el golpe. ¡Ya! Tal vez ahora no quedara ningún enemigo. No obstante, ¿por qué se les había escamoteado durante tanto tiempo la noticia de la explosión? Höllriegl hizo sus cálculos. Había visto aquellos rayos al adentrarse por la carretera en dirección a Sauckelruh. Y no era hasta ahora que… ¡Incomprensible! ¡El Partido piensa por ti! ¡El Partido piensa por ti…!

Oyó entonces cómo el guardia antiaéreo le decía a uno de los hombres:

–Hoy al mediodía las SS han traído al papa desde el Vaticano; el hombre ya

está en Alemania, y bien encerrado bajo llave. (Eso, como pudo averiguar Höllriegl más tarde, era una exageración. En efecto, habían arrestado preventivamente al papa y lo había traído al Reich por vía aérea, custodiado por una unidad de las ss. Pero el hombre no estaba en calidad de prisionero, tampoco le habían tocado un pelo. Por el contrario: lo habían instalado en una lujosa clínica para trastornos nerviosos –la misma en la que habían tratado al dalái lamadonde el Santo Padre, bajo supervisión de su médico de cabecera y de algunos especialistas alemanes, sería sometido a una terapia de choque con insulina. En esa ocasión Höllriegl se había enterado también de que el patriarca de la Iglesia Ortodoxa había presentado una solicitud para ingresar en el Partido, pero se la habían rechazado hacía poco).

Cuando Höllriegl le trajo a la joven auxiliar su traje protector, ésta lo miró como a un extraño. Todavía temblaba un poco, sus manos se sacudían sin cesar.

–La acompañaré a su habitación, no tiene mucho sentido quedarse aquí abajo. El sótano sólo está protegido contra bombas convencionales.

Höllriegl la ayudó a levantarse y la tomó por el brazo.

–Aún no han indicado el fin de la alarma –dijo el marchante de lavadoras, que parecía haber usurpado el mando. Su voz de vendedor mostraba ahora el tono de un sargento. El guardia antiaéreo, en cambio, los dejó cruzar la puerta de salida del búnker y los siguió, murmurando algo incomprensible. Le correspondía regresar junto al aparato de radio. La linterna de Höllriegl, cuya batería estaba a punto de agotarse, alumbró los escalones con un débil resplandor rojizo.

Subieron las escaleras en silencio, sus sombras se movían hacia arriba y hacia abajo. La joven auxiliar aún no había pronunciado palabra. En el hueco de la escalera, Höllriegl la apretujó más contra él. Pero cuando quiso sobarle los pechos, la chica le dijo con voz enérgica:

–¡Déjelo ya!

Sin embargo, cuando estuvieron ante la puerta de la joven, los labios de ambos se encontraron en un descuido, y ella lo arrastró consigo dentro de la habitación, que estaba oscura como la boca de un lobo.

–Quédate conmigo –le susurró, y de nuevo él sintió sus dientes, la tibia humedad de su boca. A continuación, ella se deshizo del abrazo, y Höllriegl

oyó cómo la joven se quitaba el uniforme. Tenía el olor inconfundible de la Wehrmacht: olor a sudor, a desinfectante, a taquilla y barracones.

–Quítate la ropa –le dijo ella–, y pasa la noche conmigo. Tengo miedo. Además, tal vez sea la última vez.

Höllriegl la vio moverse rápidamente de un lado a otro, como una sombra pálida; la joven encendió un cigarrillo y se quitó también la ropa interior. También él fue desvistiéndose poco a poco. Silencio. Cuando ella se inclinó sobre el lavabo, él la atrajo hacia sí. Estaba fría al tacto, tenía la piel áspera. Tendría unos veinte años.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó él, simplemente por decir algo. Aquella mujer tenía un cuerpo esbelto y delgado, fibroso, pechos firmes. ¡Qué distinta era Zezette! Ella todavía temblaba, como si sintiera frío. Höllriegl la soltó y ella empezó a frotarle ciertas partes de su cuerpo con agua de colonia.

–Me llamo Elke Franken, Elke Angurboda Franken. *Angurboda* significa «la que trae el miedo» –dijo, soltando una risita–. Una que trae el miedo y que tiene miedo… Soy de la Baja Silesia –añadió, y le ofreció de nuevo los labios a Höllriegl, le echó el humo en la boca (lo que a él le provocó un ataque de tos) y se puso a manosear su cuerpo de un modo descarado–. Conmigo no pillarás nada, si es eso lo que te preocupa. Me han hecho una revisión hace poco y desde entonces no me he acostado con nadie.

Fue entonces cuando ella se convirtió para él en un ser humano, ya no era sólo un trozo de piel con pelo, con partes blandas y cierta calidez. La chica se fue volviendo más descarada, y su manera de tocarlo cada vez más ruda.

–Uyuyuy… Metámonos en la cama, que tengo frío –dijo ella con su voz ronca e infantil.

GUNDLFINGER BUSCA UNA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS

«Cuatrocientos tremendos truenos retronadores retruenan entre trompas de agua caída sobre el trillado trotamundos que trata de trovar trago en una tradicional taberna de tristes trasegados trabajadores de trajes trasnochados».

Trabalenguas

Había dejado a Elke durante la madrugada. La joven se había quedado dormida en sus brazos, y él se marchó sin despertarla. Cuando subió a su buhardilla, oyó un lejano griterío, y también el escalofriante chillido de una voz femenina. No se preocupó demasiado del asunto, porque él también se caía de cansancio. Lo sobrecogía de nuevo esa paralizante sensación de abulia, la certeza de ser un cero a la izquierda. «¡El Partido piensa por ti!». La conciencia de la propia insignificancia, de la total insustancialidad de todo acontecer, algo que fue aumentando a medida que iba poniendo un pie delante del otro, hasta llegar a la inquietante sensación de la total alienación. La conmoción fue tal, que se detuvo. Todo, de repente, era muy distinto; también él, de pronto, era otro. Era como si alguien le hubiese colocado sobre el cuello una cabeza que no era la suya. Lo veía todo, pero pensaba con la cabeza de otra persona. Al mismo tiempo, sentía cómo aumentaba la presión en la nuca y en la zona occipital. Todo se volvía irreal en un grado torturante. Höllriegl se sacudió y masajeó el cráneo con rápidos movimientos de las manos. Lo principal ahora era sobrevivir, sobrevivir de algún modo.

Fuera, la noche era negra. Höllriegl abrió la ventana de la habitación y aguzó el oído. Oyó todavía, a lo lejos, el agudo chillido de la mujer, un chillido incesante, una tortura para el oído y el ánimo; de vez en cuando, intercalados, se oían los gritos de un hombre y el ruido sordo de una multitud. Era como si alguien estuviese pronunciando un discurso. ¿Habría algún mitin en alguna parte? Pero ¿un mitin en plena madrugada, durante una alarma por ataque aéreo? Höllriegl cerró la ventana para no tener que seguir oyendo los gritos de aquella mujer, y a continuación bajó la persiana. Fue entonces cuando encendió la luz. La habitación era acogedora, a pesar de la iluminación brumosa.

Acto seguido, vio junto a la puerta una gran hoja de papel en la que no había reparado antes debido a la oscuridad. La habrían metido probablemente por debajo de la puerta cuando él estaba aún en la habitación de Elke. La desdobló: era una suerte de pasquín enmarcado en negro, como si fuese una esquela. El texto mimeografiado estaba dispuesto en forma de varias consignas sucesivas. Con perplejidad creciente, Höllriegl leyó:

LA COMUNIDAD DEL PUEBLO HA DE PENSAR ÚNICAMENTE EN LAS CIRCUNSTANCIAS DE SU EXISTENCIA TERRENA RECONOCER LA ESENCIA DE SUS LÍMITES, ASPIRAR A OBTENER CLARIDAD Y PRACTICAR LA CIENCIA, APLASTAR A DIOS.

TRAS LA DEXTRUCCIÓN TOTAL HABRÁN DE IMPERAR NUEBOS ESTÁNDARES SÓLO LO PLANEADO POR EL COLECTIBO HA DE CONVERTIRSE EN LEY.

DEL DERRUMBE TOTAL ES PRESISO SALVAR EL CONOCIMIENTO DE QUE AL INTELECTO DEL HOMBRE NO SE LE IMPONEN LÍMITES NI SE LE PERMITE ARVITRARIEDAD EN LO ECONÓMICO.

NADIE ES LÍDER: TÚ HERES LA ESENCIA DE TODO. EMOS DE LLEVAR OTRA VE UNA VIDA SENCILLA, RIGUROZAMENTE SENCILLA, EMOS DE SER DE NUEVO MORALES EN NUESTRO MODO DE PENSAR, RIGUROSAMENTE MORALES, SER DE NUEVO UMANOS EN NUESTRAS ACCIONES, UNIVERSALMENTE UMANOS.

ESO ESPERAMOS DE UNA SOCIEDAD FUTURA: QUE NO EXISTAN AMOS NI ESCLABOS ENTRE LOS HOMBRES.

El texto mostraba varias faltas ortográficas. La página –un pasquín, porque era eso lo que tenía en sus manos– estaba firmada al final por el «POBRE KONRAD». Flanqueaban la firma dos negras banderas cruzadas.

Höllriegl lo leyó varias veces. Se había quedado de piedra. No cabía duda de que cada palabra de aquel texto contravenía los ideales supremos de la raza aria, iba en contra de los fundamentos de Occidente y atacaba el Nuevo Orden, el liderazgo de un Führer y un Estado encabezado por éste, y la selección racial; en fin, iba en contra de todos los dogmas de fe del Partido. ¡Aquello era rebelión abierta! Él, sin embargo, había leído textos parecidos en ciertas emisiones de la gente del MATNAC. ¡Los extremos se tocaban del modo más espeluznante! «¡Nadie era líder! ¡No había amos ni esclavos entre los hombres!». ¡Una locura, una auténtica locura! ¡Era el abismo! ¡El abismo de los abismos! ¿Quién le habría metido aquel pasquín por debajo de la puerta? ¿Y por qué precisamente a él? ¿Lo habrían recibido los demás huéspedes del hostal? Todo podía ser una trampa…

¿Qué se supone que debía hacer? Pues entregar el volante en la

gendarmería o al jefe de la Policía en la instancia más próxima del Partido. Era lo único correcto. Tenía que formalizar una denuncia.

Pero entonces cierto remordimiento estremeció otra vez su conciencia: ya antes se había escaqueado de hacer una denuncia, y, a día de hoy, aún no la había hecho. Había estado en compañía de peligrosos conspiradores, había comido en la misma mesa con dos traidores prófugos de la justicia. ¿Quién le creería que todo aquello era fruto del azar? Pero, aunque no le creyeran, tenía que reportarlo. ¡De inmediato! Pero no. Pretendía hacerlo a su debido tiempo, después de hacerle la visita a Gundlfinger. ¡Además, estaba la bomba! La guerra nuclear se había desatado, de ello no cabía duda, si bien no era eso lo que lo alarmaba…

Puede decirse que durmió, aunque mal, tres o cuatro horas, todo el tiempo torturado por terribles pesadillas. Había puesto el reloj para las siete, pero se levantó poco antes de las ocho con un persistente dolor de cabeza. No había oído el despertador. Se aseó rápidamente, y el agua fría, aunque escasa, le sentó bien. Hizo, como de costumbre, algunas flexiones de rodilla y unos ejercicios respiratorios con la ayuda de los brazos. «¡El Partido piensa por ti! ¡El Partido piensa por ti! ¡El Partido piensa por ti!». A continuación, se vistió.

En los pasillos había un gran trasiego de gente. Casi todos los huéspedes del hostal estaban ya despiertos; por lo visto todos querían asistir al día de consulta de Gundlfinger. No vio a Elke. Garabateó en un papel su nombre, su dirección y un saludo («Muchas gracias por la agradable noche») y se lo metió por debajo de la puerta. Luego bajó presuroso al comedor.

Todos ocupaban ya sus asientos y desayunaban. También Südekum y el marchante de detergentes. La mayoría comía de las fiambreras de campaña distribuidas por la defensa antiaérea, tal vez la única entidad con capacidad de garantizar el autoabastecimiento. Con expresión taciturna, malhumorada y aspecto trasnochado, cada uno tomaba su desayuno. Hasta el señor de Aschersleben parecía haber olvidado su voz de auténtico vendedor. El ambiente era como en un desayuno de prueba previo a un lavado gástrico. Al empleado no se le veía por ninguna parte, sólo la cocinera caminaba de un lado a otro del comedor, arrastrando los pies en sus pantuflas; fue ella la que le sirvió la comida a Höllriegl. El giromante pagó su noche de alojamiento y el desayuno, cosa que le agenció unas miradas malhumoradas. ¡Vaya hostería de mierda! Jamás volverían a verle el pelo en esa pocilga.

Antes de marcharse, examinó su maleta. La varilla y el péndulo estaban preparados, también tenía el informe evaluativo de los clandestinos. Esto le proporcionaría una buena entrada ante Gundlfinger: podía dar como referencia tanto a los clandestinos como a Schwerdtfeger y Hirnchristl. Alguna lo identificaría como persona digna de confianza.

La niebla lo cubrió cuando salió al exterior. El aire era plomizo. No se veía gente por ninguna parte. A decir verdad, el mundo estaba vacío de gente. La plaza del Mercado olía como una carnicería. Por todas partes había charcos de color pardo y rojizo. Un perro, demasiado viejo para ladrar, los olisqueaba. En un andamio de madera colgaban dos cadáveres bastante mutilados: criaturas de forma humana. Sin sentir el más mínimo horror, sino más bien curiosidad, Höllriegl se acercó a ellos con cautela, procurando no pisar los charcos. En efecto, eran un hombre y una mujer; aunque estaban desnudos, le costó identificar sus genitales. (¡Ajá, de allí salían los gritos de anoche!). En el lugar de los pechos, uno de los cadáveres tenía unas heridas descarnadas del tamaño de unos platos; del diafragma le colgaban, azulosos, los intestinos. A la segunda víctima le habían quemado los genitales y las piernas. Los dos cuerpos carecían de ojos. A Höllriegl le sobrevino un recuerdo de infancia. Había ocurrido en una lonja de pescado. Los vendedores golpeaban con un palo las cabezas de los pescados y luego los trinchaban. Pero los cuerpos troceados seguían saltando, incluso estando ya en las bolsas de las clientas: pegaban brincos y se sacudían de un modo lastimoso… (¡Esta carnicería habría sido una fiesta para Anselma!).

En torno al cuello de los ahorcados colgaban unos carteles de cartón empapados en sangre que apenas podían leerse. Höllriegl creyó descifrar el nombre de István. Recordó entonces lo que le había contado el empleado del hotel. ¡El matrimonio de húngaros! De modo que los habían capturado. Probablemente los demás esclavos habían sido forzados a presenciar la ejecución. ¡Sensacional!

Salvo por el asco, que iba aumentando debido al olor a sangre, el asunto no causó la menor impresión en Höllriegl. A continuación, subió al coche y pensó en si era más conveniente dejarlo en el lugar. ¿Cómo había dicho aquella criatura de voz prístina? Si había entendido bien, era mejor dejar el coche en Sauckelruh, subir a pie o tomar prestada una bicicleta para llegar hasta Walpurgis. La voz tintineante le había recomendado un *Eigenulf*, es decir, un mecánico (un mecánico de automóviles o un servicio de alquiler de

vehículos). El nombre se le había borrado con el sudor, pero aún conservaba la dirección: «An der Pfordten». Era allí donde pretendía presentarse, dejar el coche y hacer que le reparasen la radio. Sin noticias estaba perdido.

Las casas alrededor de la plaza estaban cubiertas de crespones de luto que parecían trenzas negras. Por todas partes se veían los rojos carteles con las cabezas de los dos hombres en busca y captura: Unseld y Diebold. Delante de la oficina local del Partido –no había en aquel pueblucho una auténtica Casa de la organización– se detuvo para entregar el pasquín que le habían dejado en su habitación. También aquí reinaba un vacío bostezante, la mayoría de los despachos estaban cerrados. En el tablón de anuncios leyó un cartel con el siguiente texto:

> En contra de una práctica bastante habitual, la de entregar los trajes de protección radioactiva principalmente a personas mayores o enfermas, se ordena, con efecto inmediato, que los trajes de protección, en los casos en que las reservas sean insuficientes, sean puestos a disposición exclusivamente de aquellos compatriotas en posesión de todas sus fuerzas y facultades. Tendrán prioridad los hombres, mujeres y madres menores de treinta y cinco años. Le seguirán, por orden de importancia para el Führer y para el Reich, las personas de edades mayores. En último lugar estarán aquellos hombres y mujeres mayores de sesenta años, así como los enfermos o los discapacitados físicos. No se verán afectados por esta orden…

Les seguían todas aquellas personas portadoras de la Orden de la Sangre, veteranos y mutilados de guerra con altas condecoraciones, las portadoras de la Cruz de la Maternidad, del distintivo de oro del Partido, etcétera.

Por fin encontró a un mastodonte de pelo blanco vestido con el traje protector que daba una cabezadita detrás de su escritorio. Fue a él a quien explicó las circunstancias en las que había encontrado aquel volante.

–Sí, señor, lo conocemos –murmuró el hombre, que no tenía dientes–. Déjeme ver. Todos los días vienen a vernos compatriotas que nos traen cosas por el estilo. Ya no podemos atender como es debido la infinidad de denuncias, pero eso ya no es tan importante. Más importante es que capturemos a todos los esclavos que se han fugado. Mis colegas, los más jóvenes, andan detrás de ellos, a fin de echarle un cabo a la pasma. Queda

mucho por hacer todavía. Yo hace tiempo que estoy jubilado, pero me han ido a buscar a casa. Resido en Hasselfelde, aquí sólo trabajo como auxiliar de día. Todos los demás se han marchado. ¿No estuvo anoche ahí? ¡Una locura! ¿No estuvo? Pues lo que se ha perdido. Aquel circo me recordó los buenos tiempos en la Gubernatura General, en Polonia, hacia el año 40, cuando todavía trabajaba para la Oficina de Seguridad del Reich…

Höllriegl dejó que el anciano policía siguiera con su cháchara, que empezaba a cobrar verdadero impulso. Sabría encontrar por si solo el taller.

Por las estrechas callejuelas cubiertas de niebla vio a algunos lugareños pasando tímidamente junto al coche. En la plaza mayor todas las tiendas estaban cerradas, pero en esta zona había comercios abiertos con las persianas subidas hasta la mitad. Unas mujeres estaban apostadas en unas largas filas, y la Policía Local, vistiendo los trajes de protección radioactiva, patrullaba el lugar en grupos de a tres, con sus ametralladoras convencionales colgadas delante (en provincias las armas láser eran una rareza). De un día para otro, los BdC-1N –es decir, los bienes de consumo de primera necesidad– se racionaron en todo el Reich por la guerra. Todo funcionaba de maravilla, ya que en los últimos años se habían estado organizando, con el fin de ejercitar y fortalecer a la población, sucesivos ensayos generales de un supuesto estado de emergencia en lo relativo al «abastecimiento» nacional, con lo cual de repente, sin aviso previo, se tomaban medidas de racionamiento que se mantenían en vigor, muy a menudo, por espacio de varias semanas. Cada una de esas acciones era presidida por una consigna: la última se había llamado «¡Endurécete, *landgrave!*».[34]

Para cualquier caso de emergencia, como podía ser un ataque inesperado, Höllriegl llevaba siempre consigo su cartilla de racionamiento, la IIB; Kummernuß había conseguido pasarlo del grupo de consumidores IIIA a este otro de rango mayor. Y lo que estaba ocurriendo ahora era uno de esos casos de emergencia. Sólo que, al mismo tiempo, Höllriegl se preguntaba ahora si con dicha cartilla podría conseguir algo en alguna parte, pues ahí estaba, a modo de ejemplo, lo vivido en la pensión. Había sido Südekum, por cierto, quien le había explicado que la distribución de víveres en todo el Reich estaba realizándose por vía aérea y que, gracias a unas máquinas inteligentes, estaba tan bien planificada que, aun cuando extensos territorios o, incluso, grandes ciudades quedaran devastadas, el abastecimiento de casi noventa

millones de compatriotas seguiría funcionando como un reloj. Ese constante fragor en el cielo no lo provocaban los escuadrones de cazas de combate, sino los aviones de transporte tipo Strato, que se hallaban en permanente operación de abastecimiento. Ese mismo lunes, toda la aviación civil del Reich había sido asignada a las labores de un abastecimiento de emergencia.

Höllriegl fue pasando lentamente por delante de casas con una pintoresca estructura de entramado. Por doquier se veían los pósteres harto conocidos con anuncios de comestibles, y también anuncios en los que se leía: «Verduras a prueba de radioactividad» o «Panes y dulces descontaminados». Todas las prescripciones para envoltorios de productos en caso de emergencia habían entrado en vigor de la noche a la mañana. El Gobierno del Reich empezaba a sacar los panes (los de cada día) de búnkeres y almacenes soterrados cuyo tamaño podía competir con el de pueblos enteros. La radiación llegaba hasta esas profundidades, y los víveres se almacenaban allí desde hacía años, envueltos en material antiatómico, en reserva para cualquier caso de emergencia. ¡Era algo edificante! *Heil*!

El propietario del taller mecánico que le habían recomendado –cuyo nombre era Schicketanz– vivía al final del pueblo, y lo que llamaban *An der Pfordten* [junto a las puertas] no era más que la carretera de salida de Sauckelruh en dirección al noreste. Höllriegl encontró al dueño trabajando debajo de un camión junto a un empleado de sospechoso aspecto eslavo, todo como si no se hubiese desatado una guerra nuclear, como si el Reich no hubiese sido atacado la noche anterior. Höllriegl comentó el incidente con la radio del modo más inofensivo posible, por si las moscas. La reparación no sería nada del otro mundo. El coche podría recogerlo esa misma noche o, a más tardar, mañana por la mañana.

–¿Alguna nueva noticia?

–Sólo pésimas –dijo el compatriota Schicketanz, enjugándose el sudor de la frente enrojecida y con manchas azulosas–. Algunos cohetes nucleares han sido destruidos en pleno vuelo, pero a saber qué nos traerán las próximas horas. Ya ni nos molestamos en bajar al sótano. ¿Para qué? No tiene ningún sentido, y, a fin de cuentas, ya estamos contaminados por la radioactividad. De todos modos, Köpfler logrará lo mismo que consiguió Adolf. Esos japos se llevarán un par de hostias y acabarán escupiendo sus propios dientes. Eso, seguro, vamos. Y ahora, le ruego que me disculpe, estoy hasta el cuello de trabajo. Para subir a ver al profesor, tiene usted un atajo por ahí. Ya ha

pasado un montón de gente. También hay un camino por el que se puede subir en coche.

Höllriegl se puso en marcha. Sentía un frío intenso en aquel aire helado y trenzado de niebla. Sentía la falta de sueño en todas las extremidades; también la chica de anoche le había sacado el jugo. (Angurboda: qué nombre tan extraño). Con la carpeta de los documentos bajo el brazo, caminó con ímpetu, y sólo aminoró el paso cuando el camino empezó a ascender abruptamente. La niebla se colaba por entre los altos troncos de aquel bosque de abetos y quedaba suspendida, hecha jirones, entre las ramas. Höllriegl se quedó pensativo: ¿cómo solía decir su maestro en la escuela primaria? El llamado espectro del Brocken, el famoso espectro del *Fausto*, no es más que una pared de niebla sobre la que, bajo determinadas condiciones de luz, las sombras proyectan una figura…

El camino serpenteaba rodeando bloques de granito cubiertos de moho, y a Höllriegl le entraron unas ganas tremendas de ver el paisaje desde una altura. Trepó rápidamente a uno de los peñascos. La niebla obstaculizaba bastante la visibilidad, sólo podía ver un par de pasos al frente; no obstante, la vista de aquellos troncos delgados y esbeltos, pero, a la vez firmes y robustos que brotaban de las brumosas profundidades, le llenó el corazón de confianza y orgullo. (¡Un bosque alemán, un bosque nórdico, un bosque ario!). Por otra parte, lo embargaba una sensación cálida y agradable. La paz reinaba sobre todo aquello. ¿La guerra? ¿Qué era eso? Sin embargo, el estruendo tenue y distante que ahora penetraba de pronto en su oído en medio de aquella calma, hablaba un lenguaje bien distinto.

Al cabo de un rato –unas tablillas iban indicando el camino, y a cada momento aparecían áreas de descanso para gente menos resistente–, arribó a una superficie elevada en la que vio pasar unas grajillas que graznaban ruidosamente. De la niebla brotaron los contornos de un edificio con aspecto de gran mansión que, vista de cerca, revelaba su horroroso estilo. Era una especie de fortaleza medieval a la que le habían cortado de cuajo los bastiones defensivos. Arcos de medio punto, saledizos, rejas ornamentales: un gigantesco sueño del período de entresiglos. A Höllriegl le repelió de inmediato aquel falso castillo; en general, sólo le parecían bellas las grandes construcciones del Führer, o las colonias residenciales de las SS, con sus elevados tejados a dos aguas, sus imponentes aleros rectangulares y sus

amplias áreas de formación. El gótico era algo abstruso, cosa de cristianos, y no menos odioso le parecía el barroco de su país natal, la Marca Oriental.

En ese instante aparecieron varias personas en medio de la niebla, y fueron haciéndose cada vez más visibles. Habían decidido subir por la carretera, que era más cómoda. Se veían bicicletas y motos, y hasta un paralítico que avanzaba en su silla de ruedas, empleando sus brazos con energía. Tras formar grupos, enfilaron hacia un portón junto al cual una mujer daba la bienvenida a los visitantes con un marcado acento de la Baja Sajonia. Pedía a todos que no hicieran ruido, ya que el profesor acababa de iniciar su prédica. A través de una rampa para coches se llegaba a un pabellón, desde donde unos escalones conducían a una galería ornamentada con balaustradas. Todo aquel despliegue traía a la memoria de Höllriegl ciertos recuerdos mezclados, el entorno, a la vez, de una aristócrata y una amazona… En cualquier caso, eran recuerdos vergonzosos. El arañazo de la cara volvió a arderle de repente. Sin embargo, aquí, en la vivienda de Gundlfinger no había ni un solo indicio de desaprovechamiento del espacio, todo tenía su justa medida burguesa.

El gran salón estaba a reventar. Höllriegl tuvo tiempo para colarse a duras penas a través de la entrada, pero los que llegaron después tuvieron que conformarse con quedarse fuera, en la rampa de subida. Apretujados, los oyentes parecían petrificados, como devotas estatuas en el momento de la oración. Sólo unos pocos habían hallado sitio en los bancos de piedra, quizá los que habían llegado muy temprano. (En Sauckelruh se comentaba que algunos de los peregrinos que venían con regularidad a escuchar a Gundlfinger pasaban a menudo toda la noche en la entrada, aun con mal tiempo, a la espera de que los dejasen pasar a la mañana siguiente). Hoy algunos habían traído sillas plegables o cojines, o, simplemente, se habían sentado en el pavimento. Höllriegl, un entrenado gimnasta, pudo hacerse con un asiento en el saledizo del zócalo de una columna, para lo cual le resultó sumamente incómoda su carpeta de papeles. Sin embargo, desde allí podía ver a toda la multitud. Delante, en la primera fila, se veía a varias mujeres arrodilladas con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y las cabezas bajas, en estado de éxtasis. El ascenso a la galería estaba bloqueado por una cuerda de terciopelo rojo.

A pesar de las muchas precauciones, los recién llegados crearon cierto alboroto, pero los que escuchaban ni se inmutaron. Estaban demasiado absortos en la prédica. Su estado era similar al que Höllriegl había visto

durante algunos ejercicios de meditación de la ariosofía a los que había asistido en ocasiones con propósitos de capacitación.

Pero Höllriegl fue asimilando poco a poco todas esas imágenes aisladas de los que escuchaban e integrándolas en su memoria. Su atención se centraba más en el orador o el predicador que estaba ahí arriba, con las manos apoyadas en la balaustrada, en una pose de serenidad profesoral. Se trataba de un hombre bajito y corpulento, de unos setenta años quizá, con la frente alta, la cara mofletuda y el pelo muy canoso y ralo. Una nariz prominente, un bien poblado bigotito a la inglesa, mejillas sonrosadas (¡que parecían hasta pintadas!) y unos ojitos con destellos de astucia que, bajo unos gruesos párpados, recorrían rápidamente, con una expresión abstracta y fría, las cabezas de quienes conformaban su audiencia. Tenía la boca pastosa, como la de un viejo mimo del teatro. Gundlfinger llevaba unas gafas bastante singulares (tal vez unas de esas nuevas «gafas de audio»). Aquel célebre filósofo podría ser muy bien el empleado de una caja de ahorros de provincias, quizá el director de una filial; su aspecto era el de un hombre del montón, el de una persona –diríase– insignificante. Sus maneras, sin embargo, irradiaban paciencia, moderación, bondad y algo así como un buen estado de ánimo. ¿O acaso se equivocaba en ese punto? Dichas en un tono muy bajo, sus palabras (de ligero acento suabo) iban cayendo como gotas en aquel silencio; esas palabras redondas, bruñidas y precisas parecían demasiado redondas, demasiado bruñidas y precisas, como monedas, como calderilla.

Tras haber estado escuchando la prédica durante un cuarto de hora sin entender más de tres frases, Höllriegl tuvo la leve sospecha de estar viendo a un vendedor de telas en unos grandes almacenes, alguien que medía por metros su mercancía y lo hacía con destreza, con locuacidad y gesto servicial, intentando endosársela a su clientela con una complaciente floritura de palabras. Aunque, como se ha dicho, no había conseguido entender nada en concreto –el tema era demasiado rebuscado para él–, con cada minuto transcurrido se reforzaba en él la impresión de que allí cada palabra, cada frase era prefabricada, había sido bien repujada, cuidadosamente meditada y estudiada (casi tan estudiada como el aspecto adocenado de Gundlfinger), y salían ahora de aquella boca en un ronroneo que tenía la precisión de un cerebro electrónico programado para ese fin.

Extraña, por no ser habitual de la región, era la vestimenta del orador, que

recordaba el traje típico de los Alpes: ciertas insinuaciones de atuendo rural, de color negro con revestimientos de color verde moho e infinidad de adornos; la chaqueta era de loden, y tenía botones de cuernos de venado. Una gorra oscura y bordada –como la que usaban en otro tiempo en Viena, a modo de emblema, los propietarios de edificiosreposaba sobre el parapeto. Era probable que llevara también gruesos calcetines de lana rellenos –algo que no se podía ver, sólo intuirse–; tampoco se veía si calzaba pantuflas en lugar de zapatos.

Una repentina interrupción hizo que Höllriegl centrara su atención nuevamente en el discurso. Una de las breves pausas que el filósofo había insertado entre sus frases de complicada sintaxis –y no porque le faltara aliento, sino con el fin de que la belleza de su ornamentado pensamiento emitiera un breve destello en el aire– había servido para que una de las mujeres arrodilladas en la primera fila formulara una pregunta: una pregunta que dejó a todos en vilo. La mujer, mientras hablaba, había mantenido la cabeza baja.

–¿Es Dios una enfermedad?

–En efecto, querida compatriota, así es. –La expresión de Gundlfinger no revelaba que se sintiese incómodo por la pregunta–. Dios *es* una enfermedad. Sin embargo, se trata de una enfermedad tan complicada y ambigua, tan variada y de alcance tan profundo, que no estamos en condiciones de aprehenderla en la totalidad y la plenitud de su esencia. Si Dios es una enfermedad, toda religión será entonces la cura adecuada, aunque insuficiente; no un tratamiento que cure las causas, sino los síntomas; porque la *Ur-Sache*, la causa primigenia, la raíz de la enfermedad, su principio y su fin, no la conocemos, se ubica, en cada caso particular, en un lugar distinto, de modo que por ello mismo jamás la encontraremos. Si entendemos a ese Dios como una enfermedad incurable, como un mal por excelencia, como un tumor cancerígeno del pensamiento humano, entonces el vocablo «Dios» sería un término general que abarcaría todos los demás sufrimientos que emanan de Él y se ramifican en esos finos hilos que conforman la unidad del cuerpo y el alma. Dios puede presentársenos en forma de cualquier castigo divino, como esclerosis múltiple o como unas diarreas de índole nerviosa. Piensen, por ejemplo, en la distonía vegetativa: ¿qué es ese padecimiento sino un nombre genérico, una palabra que absorbe muchísimos trastornos de diversa índole, surgidos en la interacción del sistema vegetativo? Tales

trastornos van desde el simple desasosiego, la desgana y la apatía hasta males más graves y trastornos orgánicos más serios que incluso en ocasiones conducen a las personas a darse muerte con sus propias manos (y perdonen ustedes que emplee aquí esta palabra odiosa, rechazada y despreciada con toda razón). Dios es el destino de nuestro cuerpo; o, mejor dicho: es el destino de nuestra unidad cuerpo-alma. Dios es algo distinto para cada cual, significa un tipo distinto de enfermedad para cada persona. Toda fatalidad impuesta por el destino implica estigmatización. Dios, por lo tanto, es desde el propio origen aquello que nos hace sufrir y que, en correspondencia, sólo podemos experimentar en la pasión del sufrimiento. Dios es un trastorno en el mecanismo de relojería del universo, en fin, una enfermedad, si así lo prefieren: un síndrome vegetativo que se ha formado en el alma de los seres humanos desde tiempos inmemoriales, del mismo modo que se forma siempre de manera nueva en el alma de nuestros hijos. Su pregunta, querida compatriota, podría responderse diciendo que esa enfermedad representa, al mismo tiempo, el grado máximo de salud. ¿Y qué significan en este contexto términos como enfermedad o salud? Se trata de fenómenos de tensión de un mismo estado del ser. Nuestro pueblo, nuestro gran pueblo, el pueblo elegido, parece estar en este momento bajo los efectos de una enorme conmoción, vive en ese estado del ser llamado enfermedad que, a la vez, se denomina Dios. Y yo pregunto: ¿cómo se desenvuelve en realidad nuestra vida, la vida de nuestro pueblo? Pues también como tensión entre la salud y la enfermedad… Dios surge en nosotros como una enfermedad, pero también como su correctivo: la salud. ÉL significa, por un lado, un estado permanente de enfermedad acumulativa, y por el otro, un embalse de salud. Al mismo tiempo, sin embargo, a la tensión surgida entre esos dos estados del cuerpo y del alma, la cual provoca las vibraciones típicas que surgen en la interacción de dos polos opuestos, la llamamos Dios, porque esa tensión no es otra cosa que ÉL mismo. Sé de personas que perciben a Dios como una enfermedad muy grave, y sé de otras, en cambio, que lo experimentan como salud. Pero permítanme que lo diga: los más próximos a Dios son los que lo perciben a ÉL como enfermedad, a estos últimos ÉL se les revela en todo su terrible poder de sufrimiento. ¿Por qué? Porque el que está enfermo de Dios –¡y todos lo estamos!–, lo experimenta a ÉL, en el estado de enfermedad, de un modo mucho más intenso e íntimo. Por eso, simplificando, podríamos decir: Dios

revela SU YO con más fuerza, del modo más directo, en la enfermedad, es decir, en un estremecimiento del alma y del cuerpo que parte de ÉL mismo. Y esto, dicho con otras palabras, quiere decir que nuestras enfermedades son las puertas a través de las cuales la enfermedad llamada Dios hace su entrada en nosotros. Y precisamente por ello LO percibimos como enfermedad, porque ÉL se da a conocer en ella, porque se revela en el abrasador zarzal de nuestro dolor… Dios se identifica, por así decir, con las enfermedades de las criaturas expulsadas de ÉL y que dependen de ÉL. ¡Quien siente dolor, siente a Dios! ¡Siente cómo Dios trabaja en él, cómo vive en él! ¡Porque Dios puede morir! ¡ÉL es mortal! ¡Muere con nosotros! Cuando no exista ya un solo ser humano, tampoco habrá Dios. ¡Ése es nuestro triunfo! ¿Le ha quedado eso claro, querida compatriota? Para nosotros, los seres humanos, Dios es la enfermedad para la muerte; un infortunio y un desastre, una mala estrella que alumbra forzosamente nuestra alma porque está encendida en nosotros desde los orígenes. Pero lo repito: ¡es una enfermedad incurable! Dios no es otra cosa que el camino hacia la descomposición, y la bomba atómica será, al mismo tiempo, el final de esa enfermedad llamada Dios. Tal vez toda la historia, todos los estratos de la historia del universo, deberían ser interpretados como una gigantesca extinción en cuyo transcurso apareció una vez, también, la enfermedad llamada Dios, surgida de repente, una enfermedad en cuyo final el hombre –y con él Dios– muere a causa de los achaques de la vejez… Pero, permítanme volver al tema de mi conferencia de hoy, la cuestión: ¿Es posible un *diligente* retorno al Mundo-Uno? ¿Podría concebirse, bajo cualquier circunstancia, la apertura de la meta natural del hombre, su sino necesario y fatal, a todos los ámbitos de la vida humana, cuya meta es alcanzar el Mundo-Uno? ¿Es posible abrir ese Mundo-Uno a las cuestiones epistemológicas, a lo unitario y complementario de las cosas y las fuerzas de apariencia irreconciliable? Si bien, teniendo en cuenta esto, un Todo-Mundo unitario tendría que ser lo claro para el conocimiento, lo mismo que para la cuestión evolutiva tendría que ser evidente un mundo unificado de lo planetario, de la unidad indisoluble del ser humano… Ya les he dicho, queridos compatriotas, que la frase principal de nuestra teoría sobre la energía, así como su frase secundaria, afectan de forma general el principio fundamental de la unidad del mundo en la dinámica y en el orden, a partir de lo cual han de orientarse todas las doctrinas, las conjeturas y reglas

mnemotécnicas. El orden responde, *a priori*, a las leyes de la dinámica, ella lo determina en lo general y lo convierte en determinante también en lo particular. Y consuma esto en acontecimientos tensados por varias fuerzas. El orden es el todo de lo diverso. Él es, dado el elemento dinámico (o mejor dicho, el elemento móvil y, al mismo tiempo, sólido), lo primero primigenio, lo segundo primigenio, lo subordinado, lo dependiente, pero también, en cuanto tal, es lo referencialmente superior, del mismo modo que las formas evolutivas posteriores son las «superiores» en relación con las anteriores. El orden es el resultante de la dinámica, y es, al analizarlo, lo que domina el objeto de la síntesis…

Una vez más, la capacidad de pensar de Höllriegl se descarriló al chocar con aquellos conceptos acuñados por el hombre que peroraba allí arriba en tono profesoral. Las frases de Gundlfinger le causaban un malestar físico, le generaban dificultades para tragar, dolores de cabeza y una ligera sensación de mareo: sí, por momentos volvía aquella asquerosa «mente ajena», como si nada de esto fuera de este mundo, como si todo fuese una realidad que no le incumbía. De repente ni siquiera entendía su propia situación, era como si estuviese incapacitado para comprender dónde se encontraba o lo que estaba ocurriendo a su alrededor. ¿Estaría soñando? ¿Pensando con el cerebro de otro? ¿O se habría transformado acaso, con piel y cabellos, en una criatura extraña? Para intentar volver en sí, se puso a observar detenidamente a los oyentes, pero los perfiles de sus rostros se clavaban de un modo aún más doloroso en su conciencia, sin que por ello cobrara un sentido. Y esa sensación era intermitente, iba y venía…

De nuevo, como en el refugio de la pensión, le asombró no ver allí a gente joven. La audiencia de Gundlfinger se asemejaba a la que se reúne en los balnearios para hacer sesiones de hidroterapia, con los típicos baños de rodillas según el método de Kneipp, los chorros de agua en los brazos y las abluciones alternas de los pies; un público reunido allí para tomar café de higo y hacer ejercicios de respiración en busca de paz y sosiego y, también, una especie de penitencia, de mortificación autoimpuesta. Gundlfinger parecía tener un efecto tranquilizador sobre aquellos fugitivos, que era lo que eran todos. El filósofo, como el propio Höllriegl, practicaba la curación, además de ser un maestro de la «hipnotización», un magneto, un orador que sabía muy bien cómo arrullar, exaltar, engatusar, embaucar a su público y apropiarse de sus sentimientos. En fin, un charlatán, el doctor Eisenbarth[35] en

persona. Lo que había dicho acerca de Dios era como rascarse la oreja derecha con la zurda. El tipo, además, cuando quería hacerse entender, decía cosas políticamente muy reprobables. De lo que había dicho, Höllriegl se había quedado sobre todo con la idea de que el pueblo alemán se hallaba en un estado de enfermedad, todo parafraseado con el término «Dios», lo que también podía entenderse como «Führer». ¿No tenía miedo Gundlfinger a que la Gestapo monitorease sus conferencias? Si se atrevía a declarar en un acto público que la raza aria –cuya salud mental y física constituía, por supuesto, un axioma– estaba enferma, incluso gravemente enferma, haciendo ciertas alusiones que podrían costarle el pescuezo, era porque tenía muy buenas razones para hacerlo. El estado de ánimo de Höllriegl se ensombreció aún más, se oscureció aún más, el sudor empezó a brotar por cada uno de sus poros. ¿Dónde había quedado el mundo ideal, su mundo? ¿Dónde habían quedado el orden y la seguridad? Él sabía bien que el pueblo alemán estaba enfermo, que estaba atravesando una grave crisis. Lo sentía con más fuerza que otras personas. Sin embargo, jamás se habría atrevido –y tampoco se lo hubiera permitido a sí mismoa decirlo en público.

–… retornando a lo previo, lo previo primigenio, en una *insulanización* del todo. De ello se deriva, en vista de las transformaciones del mundo, un juego de movimientos fundamental, un movimiento telúrico, violento y característico que, con algo de imaginación, puede ser natural y bello, un juego de lucha entre los mundos llevado a cabo por sus progenitores, es decir, los átomos, pero sólo en lo que atañe a esas transformaciones de la vida que se desatienden por mor de simples malentendidos, a los caminos que recorre la misma, algo que sólo puede preservarse en el contacto y en el desarrollo de las especies, mientras que con la *insulanización* de la especie, o con la aspiración *insulanizadora*, sólo surgen aspectos perturbadores, destructivos, y entonces lo *insulanizado* mismo se vuelve, al fin, autodestructivo…

El público escuchaba hechizado y boquiabierto, con expresión devota y fláccida. A cierta distancia, Höllriegl notó la presencia de Südekum, que estaba inmerso en aquella multitud; cuando sintió sobre él la mirada de Höllriegl, alzó la vista hacia donde estaba este último, parpadeando, y dio a entender con un mohín –las cejas enarcadas y una extraña manera de entornar los ojos– lo mucho que estaba disfrutando de Gundlfinger, dando por sentado que Höllriegl estaría disfrutándolo igual. Al marchante de detergentes no

pudo encontrarlo, pero lo cierto era que la mayoría de los señores allí presentes parecían marchantes de detergentes.

–… en tanto que el individuo como un todo es, al final de sus días, un mundo descuidado en el entramado orbital de su estructura (aunque sólo para verse incorporado desde los inicios, desde los mismos comienzos, al principio procesador de la creación y del orden estructural del mundo, en las energías estratificadas de su estructura en decadencia). A esa decadencia del individuo retornado a un mundo universal, a ese laborioso acontecimiento de dramáticas fuerzas primordiales, acontecimiento que prescinde de todo momento o motivo trágico en relación con la universalmente preservada unidad del mundo y que, dados determinados conocimientos, dado el sosiego de la fe, hace que el ya mencionado movimiento de lucha entre los mundos llevado a cabo por sus progenitores, los átomos, ese deslizamiento supraatómico, o más exactamente, ese retorno al hogar indestructible y fundamental del individuo que se retira de la tierra; en fin, a esa decadencia del individuo se le contrapone, a lo largo de toda la vida, el ascenso del individuo retornado a la universalidad del mundo, que es lo que garantiza el éxito de la especie…

Gundlfinger retiró las manos de la balaustrada y las movió a sus espaldas, como si quisiera tocar algo; a raíz del gesto apareció un niño que hasta entonces se había mantenido oculto allí y que le entregó un libro abierto. El jovencito, que tendría unos quince años, era de una belleza impactante. Tenía el rostro de un ángel, un rostro pálido y de expresión severa enmarcado por unos rizos algo largos de color rubio oscuro cortados como los de un paje. No mucho más pudo captar Höllriegl, pues la aparición se ocultó de nuevo al instante. Sólo el esplendor de unos ojos grises (o azules como el acero) iluminó el ánimo algo ensombrecido del rabdomante. Fue como si aquel adolescente lo hubiera mirado por un momento.

El filósofo leyó algo o citó algún pasaje del libro. La belleza del rostro de aquel joven había alcanzado a Höllriegl como un rayo. ¡El heraldo de un mundo nórdico luminoso y sagrado! Así de luminoso y noble debió de ser el aspecto de Sigfrido cuando era niño. ¡Ah, Sigfrido! ¡Si al mismo tiempo hubiese sido griego! En aquel niño se fundían el Valhalla y el Olimpo. Todo –el orador, el público, el presente–, absolutamente todo parecía desaparecer. ¡Era algo improbable! ¡Pero la belleza existía, e iba aparejada con la pureza! ¡Había un ángel en la tierra!

A la vista de aquella aparición –Höllriegl recordó de inmediato la voz tintineante como una campanilla–, la multitud que estaba a su alrededor le resultaba cada vez más deprimente. ¡Y amenazante! Aquellos rostros eran espantosos, pero él sólo se daba cuenta ahora. Las mujeres de la primera fila, ¿no las había visto ya acaso en sus pesadillas? Recordó a aquellas ancianas en la capilla de la Residencia. Aquellas manos como garras, manos desmañadas que intentaron tocarlo. ¡Ahhhh! El asco lo asfixiaba. ¡Tenía que salir! Pero entonces miró hacia abajo y vio a una dama que, apoyada contra una columna, estaba casi delante de él. La miró de soslayo. Vaya hembra tan vulgar, apetitosa y excesiva, y esos ojos saltones que miraban hacia arriba, hacia donde estaba Gundlfinger, con expresión de adoración. Con sus manos cobrizas sobre sus pechos caídos, parecía un herrumbroso buque de guerra del amor, como una veterana prostituta experta en hacer la calle. ¡Y sus olores!

Höllriegl bajó a hurtadillas de su puesto y tuvo que forcejear para llegar hasta la salida. En realidad, tuvo que aplicar cierta violencia, casi abrirse paso con los puños, ya que nadie se movía de su sitio. Gundlfinger, el mago, el sabihondo, el embaucador, había embrujado a aquella gente. Una mezcla de rabia y ganas de vomitar sobrecogió a Höllriegl, así que no escatimó en empujones y pisotones contra aquellas figuras petrificadas. ¡Vaya aire que se respiraba ahí dentro! Fuera, en el pabellón, la manada fue despejándose, y Höllriegl pudo avanzar más rápidamente. ¡Allí estaba la entrada! ¡Por fin! El aire neblinoso le golpeó la cara como un mar de ozono. Respiró hondo un par de veces; el vaho de su aliento se quedó suspendido durante un tiempo en la atmósfera.

Un débil alarido le llegó desde el fondo del valle: eran las sirenas de la defensa antiaérea de Sauckelruh. Las alarmas no se interrumpían. Höllriegl salió a vagar por aquel húmedo y frío caos de neblina y fue rodeando lentamente el claro del bosque en el que se encontraba la mansión de Gundlfinger, aquel edificio de banalidades fantasiosas que, no sin motivo, llevaba el nombre de Walpurgis. Sus contornos cubiertos de niebla parecían el decorado de un carrusel de los horrores. Höllriegl espantó las bandadas de cebados pájaros que antes habían estado describiendo círculos en lo alto y ahora levantaban el vuelo de nuevo a duras penas.

El tal Gundlfinger era un hombre de las tinieblas, un nibelungo, de eso no cabía duda. Tal vez fuera algo más, un Fafner. Su discurso en el pabellón

había sido como una escena del reino de los muertos. Fafner predica el poder de los elfos oscuros. Pero ¿qué custodiaba ese gusano? ¿El refugio de la sabiduría? ¿O su único tesoro era aquel joven, ese heraldo del infernal Valhalla con la voz como una campanilla? ¿Habría visto allí en persona al joven Sigfrido, al Sigurdhr de los *Edda*? Aquello había sido el fulgor repentino de la aurora boreal, por un instante lo había alcanzado el brillo del mundo de los dioses. ¡En medio del corazón!

¿Qué diría Anselma de todo esto? Höllriegl imaginó su cara altiva transformándose en una mueca. ¡Aquí huele a naftalina! ¡La romántica fe en los dioses sacada de una caja apolillada! ¡La vida, una ópera wagneriana! («¿Cree usted de verdad en esas patrañas? Esos cuentos de hadas se pueden contar, a lo sumo, a los párvulos…»). Sin embargo, ¡algo bello, algo luminoso *tenía* que haber! Anselma se mostraba dura y cortante, era una mujer loba, una *Werwölfin*. No por casualidad él le había puesto como apodo un nombre masculino: Sinfiötli, una cadena para los sentidos. Vaya si le pegaba ese nombre. Los hombres lobo, la gente del MATNAC, los del *Oegishjálmr* (el casco de los horrores de la mitología nórdica), todos conformaban lo más sombrío de los poderes oscuros, engendros salidos de las profundidades de la tierra, como los nibelungos. Pero ¿y el Bundschuh y el Pobre Konrad…? Ésos tampoco se quedaban atrás. ¿Dónde quedaba entonces el dorado punto medio? ¿Acaso el centro era el Partido, el seno del que había salido la nueva aristocracia, la cuna de un pueblo de hombres superiores? Dondequiera que estirase la mano, sólo palpaba lodo. ¿A qué podría aferrarse? ¿Qué le quedaba a él? Recordó entonces un verso del *Fafnismâl*, una frase que de repente entendió en su sentido más profundo: «Para los *caídos* todo es peligro». Esto le pegaba ahora más que nunca. ¿Y Ulla? ¿Era refiriéndose a ella que las águilas murmuraban: «Y allí, con la espina, Odín / hincó a la muchacha a través de sus vestidos / la muchacha que codiciaba a los hombres…»? ¡Ulla, ese milagro de belleza, la chica de oro! ¡Ella, esa mujer cruel y terrible, lo había humillado! ¡Nunca más, nunca más! El arañazo de la frente le ardió como una llama.

Vio entonces a varias personas salir a toda prisa de la mansión y desaparecer en el bosque. O se había terminado la recepción o se había interrumpido por algún motivo. Höllriegl vio también que quienes habían acudido a visitar a Gundlfinger desaparecían como si se los hubiese tragado

un temblor de tierra. Se metió entonces entre la maleza. Sí, había allí unas entradas en el suelo del bosque, debajo de los peñascos: bocas de búnkeres, cavernas, fosos a prueba de esquirlas. Todo aquello podía ser muy útil para niños que jugaran a cazar judíos, pero ¿de qué servía ante la radiación letal?

En fin, era preciso regresar y liquidar todo esto. Informar sobre mi investigación, tal como requería la ley. Pero ¿frente a quién, contra quién? ¿Le creerían? Todo aquello le parecía a él mismo una pesadilla. Pero a partir de esa pesadilla tenía ahora algo muy real en las manos: el informe evaluativo de los clandestinos.

La mansión estaba vacía. En la entrada de coches, donde ahora se habían agrupado algunos adeptos de Gundlfinger, un gatito corría detrás de un trozo de papel que una ráfaga de viento barría de un lado a otro. Höllriegl vio altavoces por todas partes: las alocuciones de Gundlfinger podían oírse también en las habitaciones adyacentes. El cubículo del portero estaba sin cerrojo; una mujer, la misma que antes había dejado pasar a los visitantes, bebía un café que, a juzgar por su olor, parecía demasiado flojo. El gatito, la mujer, la bebida humeante: aquello era un idilio. El universo de la guerra se hundía con el maullido de las sirenas.

En la lista de invitados se leía, bajo las líneas destinadas al jueves a las 10:30 horas (en una letra cursiva algo infantil), esta entrada: «Envían a un señor de Berlín para que haga un examen con el péndulo». Al margen, alguien había trazado un signo de interrogación. Más abajo estaba consignado el nombre de Südekum con el calificativo de «músico». Faltaba poco para las diez y media.

–El profesor le espera al otro lado… en la «casita de chocolate». Le anunciaré.

Höllriegl, nuevo en el lugar, dejó que le mostraran el camino, que discurría al principio a través de un parque gris y cubierto de matojos. Detrás del parque el bosque se abría en una estrecha alameda, también bastante abandonada, en cuyo extremo había una casita de madera de una sola planta rodeada de ralos fragmentos de césped. Al verla más de cerca, la casita reveló ser un juego de tallas en madera. La «casita de chocolate» era de un color negruzco y mostraba un aspecto bastante ruinoso.

¡Vaya sitio tan extraño! Los pilares que flanqueaban la entrada podían muy bien ser tótems indios; de los alféizares estiraban los cuellos amenazantes unas gárgolas sacadas de alguna catedral gótica. Las columnas del frente,

grandes y pequeñas, realizadas con el más laborioso trabajo de talla, estaban tan carcomidas que parecían los cañones enfriados al aire de las ametralladoras.

También las paredes de las habitaciones mohosas y oscuras estaban cubiertas por completo con tallas en madera; había trastos tallados y cachivaches deteriorados por doquier. El carácter pomposo y asfixiante de la ornamentación del techo sólo podía intuirse en medio de aquella penumbra atravesada de polvo. Eran como neoplasias. Parecían haberse mezclado allí, en toda su exuberancia, cada uno de los estilos que uno encuentra en un museo antropológico, dando lugar a una fealdad sin parangón. Lo predominante era una especie de ornamentación india, y, junto a ella, había profusión de figuras que recordaban esculturas africanas, bizantinas, ídolos de la Isla de Pascua, antiguos iconos eslavos, el arte escultórico de los aztecas.

Höllriegl, al que nadie recibió ni detuvo, contempló aquellos extraños iconos no sin cierta sensación de malestar. Esas tallas manifestaban un celo que él percibía como un celo lujurioso. ¡Cuánta desmesura y desasosiego! ¡Cuánto sacrilegio del espíritu! Irritante era también la falta de coherencia de aquella exhibición descontrolada. El psicólogo que Höllriegl llevaba dentro se agitó.

–Usted es Alfred, el hombre de Berlín.

Höllriegl se dio la vuelta, asustado. Tenía delante al mismísimo profesor, que ahora vestía el traje de protección contra radiaciones y le tendía su diestra con una amplia sonrisa. Gundlfinger echó una rápida ojeada al uniforme de Höllriegl y una más detenida a los galones del cuello.

–¿Es usted jefe de tropas antirradiaciones?

–Por mi rango lo soy. Soy ayudante sanitario. Un radiestesista.

–Ah, es cierto. El árbol de la vida. Nuestro runa más bello. Lo veo mirando atentamente a…, ejem…, nuestras curiosidades. En cualquier caso, ¡bienvenido al gabinete de Fausto! Ya sabe: «La salamandra debe brillar, la ondina retorcerse, la sílfide desaparecer, el gnomo esforzarse», etcétera. Pero ¡venga conmigo!

Treparon por una escalerilla muy estrecha, parecida a la de un gallinero, al tiempo que Gundlfinger comenzaba a explicarle:

–Usted nos visita por primera vez. Sepa que todo esto lo ha tallado el anterior propietario, que se hacía llamar el Castellano, el alcaide de la

fortaleza. Un delirante, además de un castrado. Su pasatiempo era la talla. Lo más bonito que hizo fue una cuna para un hijo que jamás habría podido engendrar. Murió hace muy poco, a una edad muy avanzada, en una clínica privada donde recibía todos los cuidados que necesitaba. Costó muchas gestiones evitarle la eutanasia. Ahí está su retrato.

En la pared colgaba una amarillenta fotografía enmarcada. Mostraba uno de esos llamados estudios de carácter, con melena de artista, unas manos delicadas cruzadas sobre el pecho y también la mirada vidriosa de unos ojos saltones.

–Pero, por favor, pasemos a la estancia principal.

En el gabinete de trabajo de Gundlfinger –que era lo que parecía aquella habitación–, también abundaban los monstruos tallados. Una basta mesa de madera, como las que uno ve con frecuencias en las estancias campesinas, ocupaba casi todo el espacio. No se veían libros por ninguna parte; en cambio, en todos los rincones se apilaban, incluso en el suelo, los pliegos escritos y las carpetas. En la pared lateral, tras un cristal, había un teletipo apagado. En un rincón, vociferando alegremente como un borracho, estaba el aparato de radio.

El profesor bajó drásticamente el volumen de la música marcial, y a partir de ese momento sólo se oyó una especie de gimoteo. A continuación, el anfitrión, con un gesto algo estrafalario, le dio a entender a su huésped que se sentara frente a él. Höllriegl se propuso hablar lo menos posible y dedicarse, ante todo, a escuchar. Un propósito que pronto reveló ser superfluo, ya que Gundlfinger, por lo visto, estaba acostumbrado a llevar siempre la voz cantante.

–¿Se ha enterado ya de la catástrofe? ¿No? Bueno, pues sucede que esta mañana dos misiles del tipo Banzai han impactado contra el territorio del Reich. Uno explotó en Algovia, y el segundo –por desgracia una bomba de neutrones– afectó a la región de Ostrau. La noticia cifrada la transmitieron con la clave 2-1-J, pero por desgracia llegó tan mutilada que no pude averiguar más detalles. Desde entonces mi teletipo calla tercamente. O la conexión se ha visto afectada, o… Hum… En las segundas noticias de esta mañana ya admitieron lo de los impactos. Han ordenado alarma radioactiva permanente…

(Schicketanz no sabía nada de todo esto).

Gundlfinger se puso a trastear el teletipo.

–Nada todavía –murmuró–. El impacto en Algovia, según decía el informe secreto, fue de una fuerza mecánica extremadamente destructiva. Pero ¿y la bomba de neutrones…? Este traje de protección sería apropiado para un baile de disfraces, ¿verdad? Se dice que por Sauckelruh han pasado esta mañana varios refugiados de la región del Lippe. Son ellos los que han contado que, tras esa primera noche nuclear, Alemania parece estar como a finales de la guerra de los Treinta Años, lo cual tal vez sea una exageración. Por cierto, nosotros también devolvimos el golpe con fuerza, lo cual viene a servir de consuelo, si es que lo necesita. En las horas siguientes lo importante será que la ley de la acción esté de nuevo de nuestra parte. En las primeras noticias de la mañana, antes de que se hicieran públicos los ataques enemigos, se ha dicho que el segundo contragolpe masivo contra el territorio chino-japonés, con misiles tipo Ausra, había sido un éxito. Parece que les lanzaron una salva entera, y luego un ataque termonuclear por aire destruyó todo rastro de vida en las islas japonesas, al norte del paralelo 40, y en Manchukuo y Kuancheng. Allí arrasaron incluso con la vegetación. Ha sido un *shock* para esos amarillos…

Una pausa. Gundlfinger estaba inclinado hacia delante y tenía en la cara la expresión de alguien que oye con dificultad. Sin disimulo, examinó al visitante de pies a cabeza. El resultado pareció satisfacerle.

–Pero usted me trae buenas noticias, al menos tengo esa esperanza. Las trae, en primer lugar, de parte de los amigos de Berlín, y luego de parte del profesor Kofut. ¿Tiene el informe evaluativo?

Höllriegl sacó la carpeta de su cartera.

–No traigo noticia alguna de la Tiergartenstraße. Allí sólo me encargaron que hiciera un estudio radiestésico en su casa. La persona que me lo encargó… O mejor dicho: el intermediario de la persona que me lo encargó es el *Obersturmführer* Hirnchristl.

–¡Sí, claro, Hirnchristl! –exclamó el filósofo, sin querer ahondar más en el encargo de Höllriegl, lo cual era extraño–. ¿Qué tal está? Siempre anda tan ocupado. Por cierto, por su manera de hablar el alemán, me doy cuenta de que es usted oriundo de la Marca Oriental, es decir, un compatriota de Hirnchristl…

Höllriegl le describió de forma breve y concreta la extraña experiencia que había tenido con el *Obersturmführer*. Al mencionar que en el propio departamento de Hirnchristl negaban que existiera una persona con ese

nombre, el rostro del filósofo se ensombreció. Sin embargo, sin hacer mucho caso a su propia preocupación, dijo de inmediato con una amplia sonrisa:

–Bueno, Alfred, ya sabe usted que esas cosas suceden… Sobre todo en un aparato tan gigantesco. En ocasiones una mano no sabe lo que hace la otra, el sucesor no sabe nada de su antecesor. Eso no significa nada.

(La explicación era más que estúpida).

Inconscientemente, el modo de hablar de Gundlfinger había ido adoptando el acento austríaco. Tenía un sonido nasal, lo que él, por lo visto, tomaba como algo típico del habla coloquial vienesa. Tal vez el filósofo sabía adoptar en cada caso, de forma automática, el color de su entorno, pero también podía tratarse de un acto deliberado. Hablaba el austríaco sólo hasta cierto punto, como puede hacerlo un imitador diletante.

–¿Y qué será de Karl? Karl… Bueno, tal vez usted lo conozca por otro nombre… Solía trabajar antes, justo antes que usted, como mensajero en la Psi… También espero la llegada, en cualquier momento, de un informe mucho más urgente, esta vez de Kappa. Karl era el encargado de conseguirlo. Tenía de plazo hasta el día diez. Pero no se ha presentado. Tampoco ha dado ninguna señal de vida, ni siquiera ha enviado una línea… Nada. Espero que no le haya pasado nada inhumano… Doy por sentado que sabe usted lo que me ocupa actualmente: estoy enfrascado en la búsqueda de una prueba de la existencia de Dios, y para ello me aprovecho de los logros más recientes de nuestras mayores lumbreras. De Kappa necesitaría ahora, con la mayor urgencia, explicaciones más detalladas sobre el cuadro de partículas de radiación, ya que éste se contradice con la teoría de partículas; y también necesito información sobre el estado actual de la teoría cuántica de los campos de ondas. Pretendo derivar mi prueba de la existencia de Dios directamente de la estructura de la materia. He tenido la visión, pero en ciertas cuestiones físicas demasiado complicadas cualquier mocoso me da tres vueltas… Mi trabajo se concibe como el equivalente moderno de los *Complementos teológicos* de Nicolaus Chrypffs, más conocido como Nicolás de Cusa, sólo que yo demuestro la existencia de Dios a partir de una única fórmula, de un sol matemático central, por así decirlo: el principio de incertidumbre de Heisenberg, aunque he abandonado para ello el modelo de pensamiento que concibe el mundo como un espacio esférico inabarcable, es decir, sobre la base de una derivación cosmogónica, y he pasado a una contemplación mística de Dios. Pero lo conseguiré, eso puede darlo por

sentado, ninguna frase allí es banal. Ya hoy se ha revelado que aquel misterioso «número cósmico», el 10^{40}, es decir, el número que conecta el átomo y el cosmos, va a desempeñar un papel fundamental en mi demostración, sobre todo como clave a través de la cual sólo es posible dar el paso al reino astral de la contemplación de Dios… ¿Me sigue?

–No –admitió Höllriegl. Deseaba en lo más hondo poder marcharse, poner fin a aquella dudosa misión.

–No importa –dijo Gundlfinger, imperturbable–. Una lástima que no conozca usted los cinco principios de cosmogonía que conoce cualquier principiante, en los cuales esa elevada cifra, un uno con cuarenta ceros, es en cada caso la conclusión última de toda sabiduría. En fin, el principio primero reza: cuando se divide el radio de curvatura del mundo (el mundo visto aquí como modelo, un espacio esférico con un radio de curvatura R) por el radio de un electrón, se obtiene la cifra de 10^{40}… El segundo: cuando dividimos la masa del mundo por la masa de un mesón (como media, una décima parte de la masa del protón), y calculamos la raíz cuadrada de esa división, obtenemos 10^{40}… El tercero: si se divide la edad del mundo por el tiempo que necesita la luz para recorrer el radio de un electrón, obtenemos de nuevo 10^{40}… El cuarto: cuando divide usted la llamada unidad elemental de la constante relativista de la gravedad por la llamada constante de la gravedad relativa, ¿qué resultado obtendría? Obviamente: 10^{40}… Y el quinto (y último): si dividimos la masa de una estrella que se ha vuelto espontánea por la masa de un mesón, y si elevamos luego al cuadrado el resultado y sacamos a ese cuadrado la raíz cúbica, ¡obtenemos de nuevo 10^{40}! Los escolásticos creen todavía que Cristo sólo habría cumplido 34 años, y a ello se remiten también, por ejemplo, los treinta y cuatro círculos del juego de las esferas del mencionado Nicolás de Cusa. Pero ¿qué han demostrado de manera irrefutable, de una vez y para siempre, mis amigos del Épsilon-Delta? Galileo sufrió los rigores de la cruz cuando tenía justamente cuarenta años. Y eso es algo más que mero juego matemático, en ello se pone de manifiesto una ley cósmica… ¿Qué le parece?

Era una pregunta retórica. Höllriegl no habría sabido qué responder.

–¿Ha oído usted mi discurso de hoy? –Höllriegl asintió–. Por favor, no se asombre que haga uso de la prerrogativa de los filósofos alemanes de expresarme de tal modo que ninguna otra persona, salvo yo, pueda entender

el texto. *Notabene*: mi persona, mi nombre están asociados a un determinado estilo. No voy a negarle que el Partido observa mi trabajo con ojos cada vez más recelosos. El oficial de Filosofía que me atiende por parte de la Universidad Friedrich Schiller de Jena me ha denunciado ya en dos ocasiones ante las instancias superiores, de lo cual me he enterado gracias al hombre de nuestra célula en ese centro de enseñanza. Para otros funcionarios universitarios que suelen entrar y salir como Pedro por su casa en el edificio marcado con el número 69 en la avenida Unter den Linden, los que cuentan con todo el beneplácito del ministro de Ciencias (aunque, a decir verdad, no sé si cuentan con el apoyo del ministro recién nombrado, el señor Luyken), yo despido, desde lejos, el olor del azufre. Sé muy bien que mis más influyentes detractores despliegan una gran actividad en el Ministerio de Propaganda, y, cosa más grotesca aún, en la Oficina del Reich de Investigaciones Sismológicas, que tiene su sede en Jena. ¿Comprende la relación? Tendría yo que ser muy despistado para no sospechar que el Werwolf me odia tanto como a la peste bubónica. En especial la gente del MATNAC; si tuvieran el poder absoluto, preferirían asesinarme o encerrarme en un CdIH, un campo de infrahumanos. ¿Qué más podría decirle? ¿El Bundschuh? Ahí las cosas están que arden, y nadie sabe cómo acabarán. ¡Alabo el anonimato en el que vive usted! Claro que me mantengo a flote, pero ¿por cuánto tiempo? La Oficina de Vigilancia Ariosófica tiene un ojo atento y criaturas muy dóciles. Puedo decirle lo bien que me viene ahora esta guerra.

–El profesor Kofut opina que ya va siendo hora de que pase usted a la clandestinidad. –La advertencia se le había escapado a Höllriegl, lo había dicho sin querer.

–¡El bueno de Cunnilingus! ¿Sabe cuál es mi patronímico germánico? Thiodhvitnîr, que quiere decir: Pez Lobo Mundial. Cunnilingus es un buen nombre. Por mi parte, yo voy a esperar una señal. Por otro lado, lo que no te quema, no te hace ampollas. Mi demostración de la existencia de Dios, una vez acabada, jamás podrá salir a la luz mientras Köpfler esté en el poder. Eso está más que claro. Por lo menos no podrá circular abiertamente en Europa, ni en Eurasia ni en las Américas. Espero poder permanecer ileso todavía durante un tiempo, si es que la guerra nos regala ese tiempo. No lo parece. ¡Quién sabe si mañana estaremos vivos! En cualquier caso, el Partido sigue

dándome encargos oficiales que yo cumplo… ¡A pesar de todo! Mi prueba de la existencia de Dios, al menos desde un punto de vista meramente formal, recorre los caminos habituales autorizados por el Pro-Mi, el Ministerio de Propaganda. Empleo métodos ariosóficos incuestionables, como los esquemas ontológico, cosmológico y teleológico; me baso oficialmente en místicos alemanes y en la física alemana normada por el Partido. Lo que nadie sospecha todavía es que me haya apropiado de ideas en absoluto puras desde el punto de vista racial, ideas que aparecen en Maimónides, en Yehuda Halevi, en Nahmánides, en Gersónides y en otros peripatéticos y exégetas de las Escrituras, por no hablar ya de que me sitúo en línea con las teorías de Freud, Einstein y Niels Bohr. ¿Ha visto usted en el pabellón a mi joven ayudante, Axel? ¿No es ese chico la imagen primordial del adolescente germánico, como predica la obra de Günther? Pues bien, Axel no tiene en las venas ni gota de sangre aria; cuando fue circuncidado, recibió el nombre de Henoch; su padre se llamaba Isidor Angelson y era rabino y profesor universitario en Uppsala. También era un célebre numismático, por cierto. Yo salvé a su único hijo… ¿Qué le pasa?

–Por favor, continúe –dijo Höllriegl con la voz ronca. Había empezado a temblar violentamente. Aquella «mente ajena» estaba de nuevo ahí.

–… pues yo salvé a Axel literalmente de las garras del Servicio de Seguridad. Los Angelson, dos personas insólitamente bellas, vivían clandestinamente en Aberdeen, donde habían corrido a refugiarse desde Harapanda, a raíz de que Suecia quedara sujeta al proceso de estandarización de la vida pública. Yo estaba entonces invitado al muy comentado congreso Ariosofía y Metapolítica, y conocí a la pareja a través de un contacto. Los dos fueron capturados casi al mismo tiempo y trasladados a un campo de infrahumanos: por entonces se necesitaba mucho material de experimentación con vistas a la primera etapa de vuelos espaciales. Yo me quedé con el muchacho, y un benedictino escocés lo bautizó. Nunca volví a oír hablar del padre de Axel. Pero sí de su madre… ¿Le cuento lo que hicieron con la madre?

Höllriegl negó con la cabeza, en un gesto frenético. (Vio otra vez los cuerpos cercenados de las carpas saltando por el aire).

–No me tome a mal la digresión. Sólo pretendía decirle lo siguiente: ¿no es Axel, alias Henoch Angelson, una refutación brillante de todas esas malditas teorías raciales como la de Hans F. K. Günther? Pues verá usted: lo mismo

ocurre en el ámbito de la filosofía. La sangre no significa nada: la mente, el espíritu lo es todo… En fin, hago bastante uso, y sin rodeos, de las obras de Spinoza, Eliphas Lévi, Weininger, Bergson, Oskar Goldberg, del cardenal Newman. Un capítulo muy especial estará dedicado a la cuestión de por qué Dios ha ido desapareciendo poco a poco de la memoria de los hombres y por qué tuvo que desaparecer, especialmente, de aquellas personas que viven bajo el sistema global de una macrotiranía, en lo cual se apoya un estudio físico-cuántico de la memoria. ¡Los que tenemos ante nosotros, casi exclusivamente, son enfermos del síndrome de Korsakoff! En el transcurso de esta fenomenología del olvido y de su interpretación biofísica hablo especialmente de la función de lo supermaquinal, y me refiero también a los diversos modos de comportamiento de aquellos complejos moleculares más complicados que llamamos memes…

El profesor se regodeó en sus prolijas teorías sin darse cuenta de que algo raro estaba pasando con su huésped. Höllriegl se había desplomado hacia delante, tenía la cabeza apoyada en las manos, sus facciones (que Gundlfinger no podía ver) estaban contraídas en una mueca. El profesor creyó que quizá «Alfred» lo estaba escuchando con total concentración. Pero la voz de Gundlfinger penetraba en los oídos de Höllriegl como llegada desde muy lejos, todo se volvía una papilla de sonidos.

–… y últimamente he llegado a la conclusión de que Dios quiso ser olvidado…

–¿Sí? –Höllriegl se incorporó.

¡Eso! ¡Dios *quería* que lo olvidaran! ¿La pureza? ¡Un joven judío era su encarnación, y lo era en una medida que él jamás hubiera considerado posible! Sólo en la música había hallado Höllriegl la pureza, o al menos había creído encontrarla en ella. Sin embargo, jamás la había experimentado. ¡Henoch Angelson: el hijo de un rabino sueco! Un enviado de Dios, un heraldo divino como Hermodur, uno de los dioses de Asgard, era oriundo del Olimpo, del panteón de los judíos y los cristianos. ¡Qué más daba! Y de repente Höllriegl recordó a aquel simio moribundo, un encuentro que parecía haber tenido lugar varias eras atrás. ¿Qué le había dicho aquel simio? «Odín es… Elohim…». Algo parecido. Y el padre Rin y el padre Jordán eran una y la misma cosa. ¿Era así en realidad? Höllriegl hizo un esfuerzo de memoria, pero cuanto más pensaba en ello, tanto más se le diluía el recuerdo. Ni siquiera podía recordar el rostro del moribundo, tampoco se acordaba de la

habitación. Sólo sabía una cosa: aquel simio era Satanás, Belcebú, una figura semejante a la que periódicos como *Der Stürmer* o *Der Schwarze Korps* ponían en la picota durante la época de lucha del Partido. AxelHenoch era su opuesto: un enviado de Dios, no importa cómo se llamara este último. ¡Pero había aún algo más estremecedor! El diablo judío había ayudado al Partido y al Führer a conseguir la victoria, había participado en el exterminio de sus compañeros de raza. Axel, en cambio, el ángel de Norlandia, había sido un perseguido. De no haber existido Gundlfinger, Henoch hubiese acabado en un campo de exterminio.

De repente Höllriegl vio a Gundlfinger bajo una nueva luz. No cabía duda de que era un charlatán, un colaborador, un lameculos. Las circunstancias lo habían llevado a una continua necesidad de camuflarse y adaptarse. Pero cualquier cosa que el filósofo hubiera hecho, Höllriegl se lo perdonaba por haber salvado a Henoch.

Höllriegl estaba tan confundido, tan sumido en sus pensamientos, que ya no podía seguir la cháchara de su interlocutor. Tampoco quería. Pero de repente aguzó el oído. ¿Qué acababa de decir Gundlfinger?

–… si yo no supiera con toda certeza que Victoria Regia ya está funcionando a toda marcha. Es un secreto a voces, y hasta los gorriones lo cantan desde los tejados. También Hirnchristl, hasta donde sé, ha estado ocupado con importantes labores ejecutivas, la Escuela del Reich de Protección contra Radiaciones tenía una misión especial. Y cuando, tras la muerte del Führer, la situación empezó a ponerse tensa, él me envió (y quizá también a otros) un télex… Espere, voy a buscarlo…

Gundlfinger revolvió entre sus papeles y sacó una ristra de hojas de la que leyó en voz alta lo siguiente:

–«Puedo proveer de diamantes a clientes de mi filial en Ámsterdam. La mayor demanda hoy en día es la de piedras de ¼ de quilates, y cuatro milímetros de diámetro, diamantes puros de los que podría suministrarle la cantidad deseada al precio de 258 marcos por unidad. Sería superfluo aportar más datos, porque yo despacho la mercancía al mejor precio posible y siempre directamente con el comprador, también sobre la base de una ganancia mínima. Por tal motivo el precio de la mercancía es realmente favorable. Puede usted recibir los diamantes para su análisis, y tiene derecho a examinarlos y a pagarlos en un plazo de diez días o a devolverlos a mi dirección. El envío de diamantes se hace cada día más escaso, ya que se trata

de un producto de origen natural que la naturaleza tarda millones de años en crear. De ahí que el precio haya estado subiendo día tras día. Mantengo mi oferta durante quince días. *Heil Hitler*! Erdmuthe Budrasch, de la firma Harry Urban, Importación de piedras preciosas, Berlín SW 61, Hasenheide 32. Fechado el día 11 de noviembre. Eso fue el lunes». Esto quiere decir –continuó Gundlfinger después de hacer una pausaque lo del arma secreta se ha ido al carajo; de ella sólo se sabe lo que convenga al Gobierno para mantener en vilo a los más estúpidos. En la última guerra, como ya sabe, ganamos por un pelo la carrera en relación con ese milagro divino. La Operación Mjöllnir. Pero hoy las bombas atómicas tienen su lugar en los museos de historia militar, porque ¡qué milagro puede ser ése del que los demás también disponen en su despensa! Y Oriente tiene mucho más en el candelero de lo que suponemos, eso se lo puedo poner por escrito. Pero, en fin, las antipartículas… Sí, las antipartículas…

Por supuesto que también Höllriegl había oído hablar de la milagrosa arma secreta en la que se estaba trabajando sin cesar. Recordaba haber leído hacía meses, en una revista de capacitación para estudiantes, un largo editorial sobre el tema, un texto del cual, a pesar de su estilo divulgativo popular, sólo había entendido una ínfima parte. Se hablaba allí de la colisión controlada de la materia con la llamada antimateria, de antinúcleos atómicos, antipartículas y otros antialgo. Pero por farragoso que fuera el ensayo, había al final una conclusión bien clara: el Reich llevaba el liderazgo en temas de física nuclear, y el que supiera sacar provecho a la antimateria, que superaba en varios megatones a la fuerza explosiva de la bomba atómica arrojada sobre Londres, sería el amo del mundo, el indudable vencedor en todas las guerras futuras. También Anselma tenía que saber más sobre el asunto de lo que se permitía comentar. ¡Este superexplosivo era el arma del Werwolf!

–Pero ello, a su vez, quiere decir –continuó Gundlfinger, mientras dejaba deslizar por sus dedos nuevamente el télex de Hirnchristl– que todo el gobierno del Reich está ahora mismo sentado sobre las maletas hechas, que ya han comenzado a trasladar, por medio de un puente aéreo, los archivos secretos más importantes, y significa también que se ha puesto en marcha la retirada de ciertos señores muy importantes y de sus familias. ¡Los faisanes de oro siempre primero! ¿Hacia dónde se dirige ese viaje? Eso no lo sabe nadie. Sólo los pilotos jefes. Algunos creen que irán a alguna zona secreta en

algún punto del Amazonas, a lo que alude en cierto modo el nombre secreto de la operación; otros, por su parte, dicen que justamente Victoria Regia es un nombre de doble sentido, y alude al alto norte o a la Antártida, es decir, a los frigoríficos del Reich, donde durante años se ha estado trabajando en la construcción de búnkeres profundos, e incluso de ciudades enteras bajo el hielo, con centrales de calefacción a distancia y todas las demás comodidades. ¿Sabía usted eso, Alfred?

En efecto, el doctor Senkpiehl, Kummernuß y otros le habían hablado en ocasiones de esa legendaria fortaleza en Norlandia: una especie de complemento de la fortaleza alpina en la última guerra. También su chica de Heydrich, Ingrid, que trabajaba de peluquera de las esposas de los altos funcionarios locales, le había hablado de ello. Pero ¿quién sabía verdaderamente algo sobre este asunto? Uno de sus clientes en Heydrich, el director de la Sociedad de Salinas, le había explicado una vez, en el curso de una charla informal, que la célebre fortaleza de Norlandia era una patraña similar a la del Grial.

Con un gesto espectral, Gundlfinger se apoyó hacia atrás en su silla giratoria y continuó:

–En ese sentido, el momento no es desfavorable, ya que la élite de la raza aria sólo necesita resguardarse durante un tiempo en regiones protegidas de la radiación nuclear y esperar a que el género humano quede totalmente contaminado por la letal radioactividad. La bomba de neutrones de Ostrau sólo sería un dato insignificante. Tras la despoblación del planeta, la raza aria y su élite superviviente podría salir de sus búnkeres polares e instaurar otra vez la dictadura universal. ¿A quién dominará esa dictadura? Pues, obviamente, a una parte de sí misma, ya que de inmediato quedará dividida en dos especies (y utilizo para ello un concepto del grupo Ómicron Tauri, tan apreciado por mí), en dos clases: los líderes y los liderados, los hombres libres y los no libres, los amos y los esclavos, los seres superiores y los seres inferiores… Está muy claro que, en esta confrontación entre la raza blanca y la amarilla, entre la esvástica y el shakubuku (una confrontación, por cierto, que no es de índole racial ni geopolítica) se ha creado un embrollo casi apocalíptico. Desde ayer resulta imposible definir los frentes. Por eso vemos cómo en este momento los australianos, que viven bajo un calor espantoso, luchan con uñas y dientes contra sus forzosos amos japoneses y cuentan, al mismo tiempo, con nuestro apoyo. Ésos, sin embargo, son los mismos

blancos que luchan contra nosotros en Insulindia, ya que allí somos nosotros los amos impuestos, o al menos lo fuimos, ya que Insulindia es ahora un enclave perdido. Pero mañana mismo esos blancos estarán defendiendo Insulindia de los japos… Claro que, en todos estos casos, se trata de cuestiones superfluas, detalles insignificantes a la sombra de una guerra nuclear de alcance global, a la que le importará un comino quién gobierna dónde y en qué momento. Se ha desatado una guerra atómica que ha cobrado vida propia, y las pérdidas o las conquistas territoriales, aunque hablemos de continentes enteros, resultan ridículas ante la perspectiva de la muerte planetaria. También allí donde aún no se combate con bombas atómicas la guerra total genera vacíos políticos que uno no habría considerado posibles. Es como si la revuelta sacara a la superficie lo más ancestral, como si después de una tiranía absoluta ya no existieran los pretextos ni todas esas pamplinas. Como he oído esta mañana en la radio, en una estación no alemana: en Brasil han destronado al Consejo de los Führer y, a falta de una mejor alternativa, han proclamado de nuevo el imperio. *Dom Pedro redivivus*! El mundo entero estaría partiéndose de la risa si no fuese porque ahora mismo lo embargan otras preocupaciones. Desde hace veinticuatro horas Brasil tiene una emperatriz, la nieta de la condesa d‘Eu y biznieta de don Pedro II. ¿Qué me dice? Tal vez, de manera análoga, los Hohenzollern o los Habsburgo, si es que queda alguno, deberían ocupar sus tronos huérfanos, si es que éstos existen, mientras que el lobo Fenrir se afila ya los colmillos en su caverna de hielo del norte. En África los negros regresan a los sitios donde han masacrado a los blancos, de modo que regresan directamente, con pífano y tambor, a la Edad de Piedra, a los ridículos amuletos, a los chamanes que invocan la lluvia y a los sacrificios humanos. A mí en definitiva me parece el regreso deseable a ese peldaño de la civilización, al menos para quienes hayan sobrevivido a la noche atómica, si es que quedase algún superviviente. Hirnchristl me escribe que debería prepararme para viajar en un plazo de catorce días. Es un plazo demasiado largo si se piensa en la rapidez con la que avanzan las plagas del Apocalipsis. Esa comunicación fue redactada en un momento en el que todavía nadie podía saber si la guerra atómica comenzaría de inmediato. Según me dice, me informará por medio de un mensajero cuándo y dónde debo estar listo para la partida. Su oferta se refiere a diamantes, de modo que está hablando de hielo, y con diamantes puros se refiere a la región helada del Ártico. Es la Operación Bifröst, el mayor puente

aéreo desde que existe el Ministerio de la Fuerza Aérea, y esa operación ha comenzado ya. Había oído hablar de ella hace un año. Hirnchristl fue un hombre siempre difícil de calar. ¿Tiene acaso el encargo oficial del Partido de garantizar esa fuga hacia ninguna parte o se trata de un marginal con poder para inmiscuirse en ciertos asuntos? Que está en contra del Werwolf lo ha demostrado infinidad de veces. Podemos contar con él al ciento por ciento…, si es que todavía vive. Para serle franco, yo esperaba que fuera usted el mensajero…

Höllriegl se incorporó de su postura encorvada. Era hora de poner las cosas en claro. El salvador de Axel merecía que le hablara con sinceridad.

–Profesor Gundlfinger –dijo, articulando con claridad, a fin de no crearle dificultades al anciano que tan mal oía y al que, por primera vez, miraba a los ojos con simpatía–, conozco al *Obersturmführer* Hirnchristl sólo de una única conversación. No sé nada acerca de él ni de su fiabilidad. A mí me enviaron a verle sobre la base de una orden emitida en mi ciudad de residencia, Heydrich. Mi nombre es Höllriegl, Albin Totila Höllriegl. Soy radiestesista y giromante, y trabajo con propósitos médicos, ya se lo he dicho. Un novelista de la Marca Oriental, el señor Von Schwerdtfeger…

–¡Vaya, Schwerdtfeger! –exclamó Gundlfinger–. El caballero Henricus Arbogast von Schwerdtfeger. ¡Esto se pone cada vez mejor! ¿Sabe usted que conozco a ese hombre desde la Primera Guerra Mundial? Fuimos compañeros de armas en Volinia, los regimientos austríacos y alemanes combatían entonces hombro con hombro. Los rusos nos hicieron prisioneros el mismo día y, por pura casualidad, fuimos a parar al mismo campo. En las barracas de barro de Novo-Nikoláievsk aprendí a conocerlo bien. El tifus nos hermanó a todos, pero el Tratado de Brest-Litovsk volvió a separarnos. Después de pasar por varios campos, regresamos a la patria gracias a un canje de prisioneros: él volvió a Viena y yo a Nördlingen, así que a partir de ahí perdí de vista al aspirante a oficial del Ejército habsbúrgico Von Schwerdtfeger. Sólo después de la fundación del Gran Reich Alemán me tropecé con él de nuevo ocasionalmente, en congresos, en simposios organizados en los Oldenburgen, en manifestaciones políticas, y en una ocasión incluso en una recepción en la Cancillería del Reich. Hasta donde sé, Schwerdtfeger participó en la Segunda Guerra Mundial con el grado de oficial. Estuvo en algún sitio de la retaguardia, en algún mando de Francia. Yo había sido declarado no indispensable, ¡gracias al vodka! ¿Es

Schwerdtfeger uno de los nuestros? Se sabe que es uno de los laureados del Partido…

–A él debo poder conocerle a usted, profesor. Para mí Hirnchristl fue sólo un intermediario; fue él quien, siguiendo órdenes de Schwerdtfeger, me encargó examinar sus dependencias con el péndulo. También recibí un encargo similar para un examen en Berlín. Ahora mismo me encuentro viajando de regreso a mi ciudad, Heydrich, y he de llegar a casa cuanto antes, ya que tal vez allí me necesiten con urgencia.

–Sí, lo recuerdo perfectamente; Schwerdtfeger me habló una vez de sus… trucos de magia. La influencia de la radiación terrestre me parece algo plausible. Conozco las obras de Benedikt, de Heermann y de Lakhovsky. Si no le estorba la alarma, puede usted empezar con su examen al otro lado, en la mansión. Hace meses que padezco insomnio, y… bueno, también de estados de irritabilidad. Tal vez encuentre usted la causa gracias a ese péndulo, si es que todavía tiene sentido andar tras el rastro de tales minucias como las radiaciones terrestres.

Gundlfinger se levantó, y también lo hizo Höllriegl.

–Espere un momento, llamaré a Axel. Él le mostrará mis habitaciones. –Tras echar una ojeada al reloj y a la lista de visitantes, añadió–: ¡Dios mío, todavía otras cinco personas!

El profesor llamó entonces a través de la puerta abierta:

–¡Axel, Axel! ¡Sube aquí! –gritó, y el joven apareció al instante, con paso ligero como el de un ángel, poco después de que se oyeran sus pasos en la estrecha escalera. Con sus ojos de color azul oscuro, el joven miró radiante a Höllriegl. ¡Era Hermodur, el mensajero de los dioses!–. Axel habla bien el alemán, aunque a veces confunde ciertas expresiones. Su gran pasión es el alemán matricial, pero son muchas las personas que no lo entienden.

–Yo lo entenderé –dijo Höllriegl, sin quitarle los ojos de encima al sonriente mensajero de los dioses–. Axel, soy el señor de Berlín con el que usted habló ayer por teléfono. Mi nombre es…

–El señor se llama Alfred –lo interrumpió Gundlfinger–. Realizará un examen de radioactividad en nuestras dependencias. Ayer estuvimos hablando brevemente de esas curiosas radiaciones terrestres, ¿recuerdas, Axel?

–Sí, profesor… Sí, señor Alfred.

En ese instante Höllriegl escuchó una secuencia de sordos estruendos: tres,

cuatro, diez veces… El cristal de la ventana se pulverizó, convirtiéndose en una tintineante lluvia de trozos de vidrio. En la pared opuesta se alzó una nube de polvo y astillas de madera. Gundlfinger se tambaleó y se agarró la cabeza con ambas manos. Höllriegl y Axel pegaron un grito.

–¡Rápido! ¡Salgamos de aquí! –dijo el profesor, poniéndose a cubierto. Tenía la cara llena de sangre. Se cubrió con un pañuelo la mejilla y la oreja derechas, y la tela quedó empapada de inmediato. Jadeando, dijo–: No es nada, no me han acertado.

También Höllriegl se había puesto a cubierto instintivamente y tirado de Axel para que se tumbara en el suelo. El joven estaba blanco como el papel, pero la palidez de su rostro lo hacía aún más bello. No pronunció palabra. El aplomo de Gundlfinger ejercía un efecto enorme sobre él. El profesor regresó a rastras hasta la mesa, apagó la luz, abrió un cajón y sacó un objeto de aspecto delicado y bruñido. Höllriegl lo identificó enseguida: un arma láser. ¡Muy acorde con los tiempos! ¡La filosofía estaba armada!

–Présteme su pañuelo, por favor, el mío está…

El profesor contuvo la sangre lo mejor que pudo y se arrastró luego en dirección a la puerta. Un aire gélido entraba a través de la ventana hecha añicos.

–La han tomado conmigo, ya he recibido algunas cartas de advertencia. Sólo hay que hacerles creer que me han acertado. Ahora desapareceré aquí abajo, en el sótano. Allí tengo vendajes, y al otro lado, en el bosque, está la salida.

Estuvo atento durante un rato y dijo:

–No quiero poner en peligro a Axel. ¡Cuide de él mientras tanto, se lo ruego! Usted lleva un uniforme, con usted estará seguro. Lléveselo a cualquier parte donde esté a salvo. Yo intentaré llegar hasta los del Grupo Psi, es decir, donde Kofut, allí me encontraréis… Y si no estuviera, ellos sabrán dónde encontrarme. ¡Ahora marchaos, rápido!

El profesor ya estaba en la escalera cuando dijo en voz baja:

–Axel, apóyate en nuestro amigo Alfred, puedes confiar en él. ¿Me oyes? ¡Confía en él ciegamente! Es un buen hombre y no te abandonará. También tú y yo volveremos a vernos. ¡Sin duda! Simplemente mantén la calma, toda la calma. ¡Que Dios esté con vosotros!

Höllriegl se llevó el índice a los labios cuando Gundlfinger se hubo marchado. De todos modos, Axel no hubiese dicho ni mu, sólo en una

ocasión había emitido un suspiro. El suelo estaba encharcado en sangre, y la habitación se llenaba cada vez más de un aire frío y brumoso.

Había que meditarlo todo muy bien. Resultaba difícil alcanzar la linde del bosque, para lo cual habría que cruzar el camino desprotegido entre las casas hasta llegar a los primeros árboles. Serían un blanco perfecto. Pero con dos o tres saltos podrían llegar al otro lado. Además, «ésos» ya habrían puesto pies en polvorosa.

¿Quiénes eran «ésos»? ¿Quiénes eran los autores de aquel atentado? Cuando Höllriegl y Axel bajaron por la escalera, con el radiestesista llevando la delantera, cuidando temerosamente cubrir el cuerpo de su protegido, las preguntas más inimaginables formaban un torbellino en su cabeza. ¿Habrían sido los fugitivos de algún campo de infrahumanos? (En su excitada fantasía apareció la imagen de aquel grupo de gente animalizada). Pero aquella era una idea ridícula: ¿a santo de qué unos prisioneros querrían matar al filósofo? Además: los que habían disparado eran tiradores con experiencia: francotiradores. Estuvieron a punto de alcanzar a Gundlfinger con dos o tres disparos en la cabeza. La niebla había dificultado la visibilidad. ¿Algún comando del Partido? También era poco probable. Esa gente habría usado láseres. ¿Los del Werwolf? ¿Los hombres del Bundschuh? ¿Los del MATNAC? ¿Un asesinato de cariz ideológico? Eso era posible. Un atentado por diversionismo ideológico. ¿O quizá alguna conjura de los oficiales universitarios, de los que había hablado Gundlfinger? Pero ellos también habrían tenido armas láser, que no hacen ruido y matan con un tenue siseo. Aquel estruendo era el de las ráfagas de una ametralladora convencional.

Habían llegado a la puerta. Höllriegl la abrió un palmo y miró hacia atrás. Todo estaba en calma. Las cornejas, altaneras, estaban de nuevo posadas en sus ramas. La niebla era ahora más densa y el cielo había cobrado un pálido color amarillo, invernal. Nada se movía. ¡Paz, había paz! ¿Dónde había quedado la guerra?

Pasadas unas horas, Sauckelruh mostraba ya un aspecto bien distinto. La cabecera del convoy de personas huyendo había llegado a los montes del Harz esa mañana, y muchos miles de personas más, sentados y hacinados en todo tipo de vehículos, continuaban llegando tras los primeros. Era tres, fundamentalmente, las columnas que llegaban desde el noroeste del Reich y

se esparcían por las llanuras del centro de Alemania. También el *Gau* de Halle-Merseburg (la región de Höllriegl) se veía inundada. El infierno se había desatado en todas partes, y aunque se habían producido confrontaciones sangrientas en algunos lugares, la Policía, las SS y los integrantes del Servicio de Seguridad se veían impotentes ante esta avalancha humana. Era como si hubieran quemado el Arca, la nave salvadora. Delante de esos convoyes de gente presa del pánico avanzaba invisible, dibujándose en todos los rostros, la nube de fuego de la primera noche atómica. Se iba extendiendo un horror que en cierto modo era nuevo, pero, al mismo tiempo, ancestral, como si los saurios de la prehistoria corrieran a saltos gigantescos detrás de los fugitivos. Imperaba una sensación de parálisis, como si un gran techo de plomo se cerniera sobre todos, aun sin haber entrado en contacto directo con el torrente de refugiados. Pero eso no era, ni de lejos, lo peor. Lo más terrorífico era comprender de golpe el carácter absurdo de aquella huida.

Pronto las carreteras y los caminos quedaron atestados de vehículos. Camiones, caravanas, infinidad de coches deportivos, todos repletos de enseres metidos a la fuerza, con la prisa que provoca el terror: objetos domésticos, maletas, pilas de ropa, a menudo también algunas cosas estúpidas, de aspecto fantasmagórico, todo apiñado en unas carreteras sólo transitables a medias. En Sauckelruh el tumulto era particularmente caótico. Tal y como había sospechado Höllriegl, el lugar se hallaba al final de un valle, y la «arteria de comunicación» (como la llamaban) finalizaba allí. Todos los demás accesos estaban desbordados. No era posible avanzar ni retroceder, la gente –enojada, desesperada– trepaba encima de los automóviles detenidos por el atasco. A nadie le quedaba combustible, las gasolineras estaban secas. Los que venían de más lejos y tenían los tanques vacíos antes de la estampida pronto se quedaron tirados en el camino. A ambos lados de la carretera, y también a veces en medio de la vía, se apilaban los coches en ruinas.

El único alivio en aquel caos era que, de repente, había más agua, a pesar de que –como se había anunciado oficialmentela catastrófica sequía a finales del verano y en el otoño era la responsable de la escasez del preciado líquido. Dicha circunstancia, que todos percibían como algo benéfico, sólo dio alas al rumor de que esa escasez de agua era más bien la consecuencia de uno de esos ejercicios destinados a endurecer el carácter de la población, un ejercicio

ordenado de manera arbitraria, como parte del bien conocido programa de forja de cuadros cuya consigna era: «¡Endurécete, *landgrave!*». O como había dicho uno de los fugitivos con el que Höllriegl entabló una charla: «Parece que se hayan meado a causa del miedo, así que han soltado aguas». (No podía pasarse por alto, en el caso de este hombre, el símbolo del Bundschuh que llevaba pintado en negro sobre el radiador, junto a un hongo atómico: un símbolo que ahora se veía por doquier, que aparecía de manera cada vez menos disimulada). Pero el alivio era engañoso: el fenómeno atmosférico sólo duraría un día. Desapareció con la misma rapidez con la que se había presentado.

Höllriegl –tal vez porque llevaba el uniforme de funcionario o porque le caía simpático a Schicketanz– le había oído hablar de una reserva de combustible para la que no se necesitaban los cupones obligatorios, pero él, hasta ahora, no había tenido que echar mano de esa reserva que muy pronto se revelaría como una suerte invaluable. También la radio del coche volvía a estar en perfecto estado. Aparte de eso, el mecánico le explicó la existencia de un camino para carromatos que discurría cuesta arriba y cuesta abajo a través del bosque, un camino por el cual, «sin considerar las pérdidas» (como dijo Schicketanz), podía intentar evitar las carreteras ahora intransitables. Hablaron de ello clandestinamente, ya que el taller estaba asediado por los fugitivos de la catástrofe atómica, gente que parecía dispuesta a todo y emulaba ofreciendo sumas cada vez más elevadas con tal de conseguir un poco de combustible. Sólo el hecho de que Schicketanz y su ayudante se colgasen al pecho unas ametralladoras había impedido hasta ahora que aquella muchedumbre asaltara el taller.

El plan de Höllriegl era llegar al macizo del Kyffhäuser atajando a través de Braunlage, Illfeld, Nordhausen (que ahora se llamaba Kesselring) y Kelbra. Con una extraña sensación en la boca del estómago («esa sensación desagradable»), recordó por un momento el desvío hacia Rottleberode y el palacio de los Eycke, enclavado en aquella localidad. ¡Ulla! De repente sentía una añoranza frenética de volver a verla, aunque fuese de lejos…

Era todo un acto de acrobacia descender hacia el valle por aquel camino estrecho y surcado de baches, a veces peligrosamente inclinado. Por otra parte, desde el incidente ocurrido en la «casita de chocolate» de Gundlfinger sentía un intenso picor en la garganta y en la nariz, como si el aire estuviera saturado de arena. También las vías respiratorias internas parecían estar

afectadas, le dolían los bronquios al inhalar el aire, y tenía en la boca un repugnante regusto dulzón. ¿Serían los síntomas iniciales de una gripe o de algo parecido? No, no eran los síntomas de una gripe; además, aquel estado se había presentado de repente. Ya cuando descendía con Axel hacia el valle había sentido que los ojos habían perdido su capacidad de adaptación; a una distancia media, lo veía todo desenfocado, con unos bordes de color violeta oscuro. Le resultaba muy difícil enfocar correctamente personas o cosas en movimiento dentro de ese campo visual restringido, y ello no hacía sino agravar el lagrimeo de los ojos. Ahora, mientras conducía por aquel terreno inextricable del bosque, los síntomas resultaban particularmente molestos.

Axel estaba sentado a su lado, y hasta el tosco y grotesco traje de protección contra radiaciones se acoplaba de manera especial al cuerpo de aquel joven. Durante la huida hasta Sauckelruh Axel se había mostrado muy taciturno y lacónico. Había hablado únicamente de cierto *meuch*, también de un *ramäuken*; dijo que el *inarteram*, su tutor, tenía que haber dado a conocer la alarma (el *achteruh)* a tiempo. Él, Axel, sabía muy bien que algunos *wissander* se mostraban reacios a una relación con el *inarteram*. La *poricht* –es decir, la reparación– del *idommel* era algo que le interesaba mucho (él lo llamaba *gultern),* lo mismo que le interesaba todo lo relacionado con el *wietan*, por el que mostraba un gran *hingult*. Al *eigenulf* Schicketanz lo conocía bien, y solía intercambiar bromas con él. Resultaba tranquilizador escuchar la voz de aquel joven aun sin romper por el cambio de voz de la pubertad. ¡Y con todas aquellas hermosas palabras exóticas!

Durante el trayecto a través del bosque, Höllriegl había llevado todo el tiempo a Axel de la mano, como a un niño, y el gesto paternal había hecho feliz al muchacho. Una corriente casi física había establecido un vínculo entre aquellos dos azarosos compañeros de viaje: el hombre crecido en las filas de las ilegales Juventudes Hitlerianas y el hijo de un rabino sueco cuyo clan había sido exterminado en su totalidad. A menudo Höllriegl echaba una ojeada de soslayo a Axel. El encanto nórdico de su rostro se esfumaba tras un examen más minucioso; el elemento nórdico era una ilusión, pura fachada… Igual que Ulla. La suavidad de los rasgos faciales, la protuberancia de los labios, la hondura de los surcos nasogenianos, condicionada por lo anterior, la nariz corta de forma griega con las aletas finas y móviles, la frente baja, bien moldeada, las tupidas pestañas (¡tupidas como las de un bosque!), todo ello le confería un aspecto poco germánico. En su fuero interno, Höllriegl lo

sometió a la prueba de la nariz y las orejas, algo en lo que estaba entrenado gracias a sus estudios sobre temas raciales. La prueba no ofreció resultados concluyentes, ya que, en el caso de Axel, los rasgos eran todavía los de un adolescente. Todo lo que podía decirse era que en él se mezclaba el elemento sefardí con el asquenazí, aunque un fuerte y claro componente nórdico, tal vez del Báltico, borraba su originario rostro judío. Axel tampoco tenía la típica «mirada judía», tal y como la describía ampliamente el manual racial de Günther. A saber cuántos pueblos y razas se habían mezclado en el árbol genealógico del joven a fin de engendrar aquella criatura. (Höllriegl se resistía cada vez más a la idea de tener que vérselas con un judío de pura cepa).

De vez en cuando, el joven lanzaba a su protector una mirada de gratitud. Las estrellas de sus ojos eran del color azul más puro. ¡Y su pelo dorado! En lo relativo a la belleza humana –según le parecía a Höllriegl, que sentía todo esto con un respeto doloroso, algo similar a lo que le ocurría con Ulla–, existía un misterio profundo en el que el Creador, en un acto de misericordia, intervenía directamente en la trayectoria de los genes. El fenómeno no se podía explicar de otro modo. En las luminosas figuras nórdicas, esas que le habían enseñado a considerar el modelo a imitar, él admiraba sobre todo la dureza, la fuerza y el valor, la habilidad y la astucia (esa proverbial «astucia nórdica» de Loki, tan ramificada y nudosa con la que conseguían domeñar la vida). Esas criaturas superiores habían sido siempre sus ídolos, y ni siquiera los sarcasmos de Anselma podían hacerle cambiar de idea. Siempre le había atraído todo lo nórdico, el elemento heroico, algo que él equiparaba a lo masculino en la Creación, al principio de la procreación y la virilidad conquistadora. También la Bruja de Ámbar era una criatura masculina, a pesar de sus brutales atractivos sexuales femeninos. Las criaturas asias eran hermosas por naturaleza, sólo que su belleza era algo ruda, dura, hecha para vencer, y eran hermosas como es hermosa la contienda bélica. La belleza de Axel, por el contrario, tenía una forma que recordaba el Paraíso, la quietud y la inocencia. ¿Acaso era una belleza diabólica sólo por ser judía…?

Con los ojos llorosos y las extremidades doloridas, sintiendo unas punzadas en las articulaciones, Höllriegl fue conduciendo lentamente hacia el valle, a través de caminos serpenteantes. Tenía encendida la radio. Sonaba en ella una música marcial y algún que otro comunicado sobre ciertas victorias. Al parecer, en todas las regiones del continente europeo se había conseguido

sitiar al enemigo desembarcado por aire. En la Alta Italia, en Finlandia y Portugal, los invasores, tras algunos éxitos iniciales, se veían ahora abocados a la destrucción en medio de encarnizadas batallas de asedio que habían logrado cortarles todo avituallamiento, viéndose bloqueados en sus posibilidades de avance. También en Crimea y en la Rusia central se habían venido abajo los puentes aéreos del enemigo. Sólo sobre Eire –que las unidades de partisanos americanos, sobre todo, habían intentado ampliar para convertirla en una especie de «buque portaaviones»– se libraba con furia en ese momento una batalla aérea de gran alcance. En todos los territorios atacados, las SS y los integrantes del Servicio de Seguridad habían iniciado masivas acciones de revancha contra los sectores de la población que habían cometido traición al Nuevo Orden prestando su apoyo al enemigo.

Con una mano en el volante y sintonizando la radio con la otra; torturado, además, por sus dificultades de visión, Höllriegl no podía ocuparse demasiado de Axel. Cuando no le quedó más remedio que detenerse por culpa de un obstáculo en el camino, echó una ojeada a su acompañante y vio con horror que los rasgos faciales del joven daban muestras de una grave perturbación. En sus ojos cansados brillaban las lágrimas, y Höllriegl se dio cuenta de que el joven se los cubría con una mano, a pesar de que todo era sombra en aquel bosque. En silencio, continuaron el viaje. De vez en cuando, Höllriegl acariciaba la mano izquierda de Axel.

De nuevo se inflamaba en Höllriegl aquella extraña y cálida sensación de poder proteger a un ser humano, de ser responsable de alguien. Nunca antes había tenido que hacerlo. Jamás había tenido amigos, sólo camaradas, lo cual era, quizá, algo más, pero sin poder reemplazar jamás a la verdadera amistad. Y, en relación con las mujeres («ni me hago ilusiones con eso»), sólo había tenido estrictos vínculos sexuales. Lo que a veces consideraba amor no era, en el fondo, más que pura avidez, lujuria, fuego… Así lo percibía él con cierto dolor, pero prefería engañarse, ya que no tenía otra salida. Anselma se lo había soltado a la cara, y eso, aunque era una actitud insólita, había estado bien. Él no era más que un trapo, un tipo débil, incapaz de dar amor, un romántico tarado. ¡Eso, en el mejor de los casos!

Las noticias se arremolinaban como copos de nieve en una ventisca (caídas ahora concretamente de un cielo teñido de negro), generando confusión: «… la curia romana se encuentra dividida y perseguida por Köpfler…»; «…

inexplicable desaparición del cadáver del dalái lama en una clínica de Colonia…»; «… suspendida de inmediato toda actividad de las congregaciones del Santo Oficio, hasta ahora controladas superficialmente por el Reich y por el Gran Consejo Fascista…»; «… rumores de que en una *latza*, uno de esos sitios de sacrificios en la montaña, ha aparecido el Panchen Rinpoche, el cual contiene el cadáver del dalái lama, fallecido en Colonia…»; «… todas las participaciones del Vaticano en los bancos, sobre todo en el Banco di Roma y en la Banca di Santo Spirito, en minas y fábricas textiles, en las sociedades petroleras, las plantas de acero, las empresas navieras y de aviación, en la industria de las peregrinaciones y de los llamados sitios de peregrinación, serán asumidas en una tercera parte por el Deutsche Bank y la Banca di Credito italiana. Se confirma que el porcentaje de la Iglesia en los paquetes de acciones de todas estas empresas alcanzan un promedio del 65 %. Todos los bienes raíces de la Iglesia católica en los países bajo protección del Reich pasan a manos del Estado. Al Vaticano le corresponderá sólo el llamado Patrimonium Petri, según su inventario del 9 de octubre de 1870…»; «Lamentablemente, la Pequeña Erna ha enfermado ayer de paperas. Se pide a los tutores aplazar la visita hasta la Fiesta de las Luces y mientras tanto permanecer unidos en una oración por la enferma…»; «… el Gobernador del Reich en el Tíbet castigará con la pena de muerte la recitación de mantras *(ngag)*. Esas oraciones, según el comunicado de la emisora local de la Wehrmacht (Schi-ga-tse), son las culpables de la epidémica fiebre de nervios que ha afectado en estos momentos sobre todo a miembros de las tropas de defensa…»; «… el Sínodo Nacional de Worms, por voluntad de la dirección del Reich, elegirá a partir de ahora en su propio seno al nuevo Padre de los católicos. Según se ha comunicado, al futuro papa le corresponde elegir entre los siguientes nombres: Sudiger I (el nombre germánico del papa alemán Clemente II) y Soter II. La primera acción política del nuevo papa será poner a la monarquía universal de la Iglesia bajo la supervisión del Reich y ajustar aun más la doctrina de la Iglesia católica (insuficiente hasta ahora) a los principios básicos de Martin Bormann y la Doctrina de Rosenberg sobre el mito de la sangre…»; «… el *Reichsführer* Ivo Köpfler ha cancelado el llamado Concordato Dorado, el acuerdo establecido entre el Reich y la Iglesia del Lama el 21 de agosto de 1953 (cuya vigencia debía durar veinticinco años) por quebrantamiento del acuerdo por parte del Tíbet. En horas de la mañana del 14 de noviembre, unidades de desplazamiento rápido de la

Wehrmacht han ocupado también el Territorio Prohibido. La avanzadilla se encuentra ahora muy cerca de Sangnatchosdsong, asentamiento principal de la pandilla de criminales del tashi lama conjurados con el Soka Gakkai. La débil y aislada resistencia de la soldadesca tibetana ha quedado aplastada en todas partes sin contemplaciones. El tashi lama, que se hallaba oculto en una estupa, fue fusilado sumariamente al instante. Con ello ha quedado sellado el destino del plutocrático Estado Monacal, el cual, según el Nuevo Orden, era un cuerpo extraño en Eurasia y un foco de conflictos. Desde hoy a las cuatro de la madrugada (hora local) ondea sobre el Dsi Potala de Lasa la enseña con la cruz gamada…»; «… de acuerdo con un decreto del Reich y con una disposición del Tribunal Supremo del año pasado, queda prohibido dar otras denominaciones a las semillas que no estén registradas en el Registro Biotecnológico Alemán y de las cuales no se deduzca una determinada calidad y la correspondiente elaboración de sus cultivos…»; «… con tales medidas se pretende destruir para siempre el llamado *Primat Petri,* la comunidad romana que ha pretendido ser la única con un origen apostólico, retirarle todo su poder y asegurar así para siempre los privilegios del Reich como potencia dirigente de la familia de pueblos ariogermánicos en su relación con la Iglesia católica. En este momento todos los católicos miran con expectación hacia Worms…»; «… los soldados de las gloriosas campañas de 1939 y 1945 vieron cómo sus oficiales, jóvenes tenientes y tenientes primeros, eran los que se enfrentaban al enemigo en primer lugar, y en la vanguardia de cada convoy de soldados caídos había siempre, con el rostro sereno y pálido, algún oficial consciente de lo que significa ser el primado en la muerte, hombres que, poniendo claramente en peligro su propia vida, han dado a la tropa un ejemplo imborrable de valor y de lealtad viriles…»; «… el Archivo Eclesiástico y el Museo de la Iglesia Reformada Bajoalemana (tutelada) anuncia la adquisición de nuevas joyas bibliográficas, entre las cuales…»; «… el gremio de Tanatorios Alemanes ha reducido los precios de las túnicas sepulcrales más elegantes en un cinco por ciento. El responsable de este gremio, Heinz Werner Osament ha conseguido que los ministerios con competencias en este ámbito (el Ministerio del Interior del Reich, y el de Asuntos Eclesiásticos, así como la Oficina Central de Víctimas de la Guerra) autoricen también el uso de símbolos y distintivos heroicos dentro del sector civil, con una sola restricción en lo que atañe a los sarcófagos de roble. Además, se ha autorizado a la Asociación de

Cremaciones a emplear la consigna “Una vida pulcra: una muerte pulcra”…»; «… queda a criterio de los Sínodos Nacionales de Franconia y de Hispania elegir en Aviñón y Toledo a dos papas subalternos y enviarlos como delegados a Worms…»; «… tras varios años de labor investigadora, el Instituto de Historia Humanística Indogermánica, con sede en Múnich, ha conseguido aportar la prueba irrefutable de que Frauja (el Cristo germánico) era rubio y tenía ojos azules. Descendía de príncipes de Tracia que, con motivo de las pugnas de los diádocos, fueron llevados a la fuerza a las regiones del Este en calidad de rehenes. Por consiguiente, la costa occidental del Propóntide habrá de ser considerada el *Gau* ancestral de Frauja. Un estudio sobre el tema, recogido en varios volúmenes, será enviado próximamente a la Oficia del Reich de Estudios Raciales, al Consejo Alemán de Investigaciones Científicas y a la Comisión del Reich de Estudios Genealógicos…»; «… mamá desea fervientemente que le regalen por Navidad un abrigo de piel de nutria, con cuello y puños de marta cibelina de Siberia. Papá tendrá que soltar su buena guita…»; «… la Oficina Central de Sanidad del Reich, en contacto con el Ministerio de Alimentación y Agricultura, ha fijado para diciembre las siguientes normas destinadas a elevar el estado de salud de los compatriotas adultos de género masculino: seis horas y tres cuartos de sueño diario; consumo diario de calorías en caso de trabajos sedentarios: 2300; en caso de trabajo físico sentado: 2700; en trabajos físicos moderados: 3000; en trabajos físicos más intensos: 3500; en trabajos pesados o superiores: 4000 y más; y en trabajos mucho más pesados: 5000 y más. Las cantidades de heces diarias, en casos de alimentación mixta, se fija en 131 gramos; en el caso de la alimentación vegetariana ésta queda fijada en 370 gramos…»; «…en la batalla por Eire las fuerzas aéreas no perdieron ni por un instante el dominio del aire. La toma de posesión de los aeródromos en los territorios de Baile Atha Cliath y Dun Laoghaire chocó en parte con la enconada resistencia de insurgentes americanos camuflados y de la organización ilegal Acción Católica Irlandesa. Entretanto se ha conseguido romper esa resistencia por las vías más variadas. Los paracaidistas y las fuerzas aerotransportadas de todos los ejércitos que se han trasladado hacia allí han mostrado su eficacia, y lo mismo ha ocurrido con las unidades aéreas que han hostigado a los enemigos con sus armas de a bordo o que, tras el desembarco, encararon el combate final bajo fuego enemigo. Unidades de la organización terrestre destinadas al lugar quebrantaron, en una lucha cuerpo a

cuerpo, la resistencia de algunos focos desafectos…»; «… los funcionarios del Ministerio del Reich para Asuntos Pangermánicos, creado por orden del Führer el 12 de noviembre, han sido incorporados oficialmente, mediante la enmienda número 38 de la Ley de Salarios del 27 de marzo de 1946, al grupo salarial 2-b. A todos esos salarios se les aplicarán a partir de ahora las disposiciones contempladas en los tres decretos en vigor acerca de la reducción salarial en favor de la acción de donativos de invierno…»; «… a lo que se añade la fuerte mezcla con elementos mongoles, lo cual da lugar a la probada reducción de la capacidad craneal, del tamaño del cerebro y, con ello, también de la…»; «… ha nombrado al *Standartenführer* de las SS Wolfdietrich Sawade, quien hasta ahora era el jefe del Grupo IV-A de misiones especiales del Servicio de Seguridad del Reich, cabeza del Ministerio de Desplazados por Guerra Atómica. En caso de indisponibilidad del nuevo ministro, asumiría su cargo el *Hauptsturmführer* de las SS Gerd Zöpff…»; «… ¿no es mejor que cuelguen a todos los integrantes de esa banda de la ventana para fuera, hasta que las moscas den cuenta de ellos? ¿O debo acaso propinarles unos buenos puñetazos, sin más, y hacerles que se traguen los dientes? ¿O darles la vuelta y clavarlos en el suelo…?»; «… ello demuestra de forma cada vez más clara que en todos los lugares donde el pensamiento indoario se ha desviado del ideal simbólicotrascendente de la religión y de la organización social aristocrática de nuestros ancestros, la consecuencia es una mezcla racial con pueblos no arios…»; «… las bases legales de la protección contra radicaciones de la Ley Atómica. La dosimetría, con consideración especial a la dosimetría individual. Cantidades máximas permitidas de radionúclidos en el cuerpo humano y concentraciones máximas permitidas en el aire y el agua. La leucemia como consecuencia de una sobrecarga radioactiva. Los perjuicios del Thorotrast como consecuencia de intoxicaciones según la Ley de Abastecimiento del Reich. El hombre en situación de pánico. Sobrecarga radioactiva y trauma. Cambio en los cromosomas a la luz del…».

De repente, una señal de pausa, después: «El Partido piensa por ti…», «El Partido piensa por ti…», «El Partido piensa por ti…».

¡Suficiente! Ninguna de las malditas emisoras del Reich había dicho una sola palabra sobre las explosiones nucleares. ¡Como si no hubiera ocurrido ya lo más monstruoso desde que la humanidad tenía memoria! Habían caído

sobre el territorio del Reich, en el corazón mismo de este imperio universal, misiles nucleares frente a cuya potencia la histórica bomba caída sobre Londres –la bomba de los libros de historia– parecía no ser más que un petardo. Las calles estaban atoradas de gente huyendo, había empezado el caos. Y las emisoras no sabían hablar de otra cosa que no fueran regulaciones salariales, el avance sobre el Tíbet (algo que ya no le interesaba a nadie) o el pensamiento indoario. ¡Avance! ¡Guerra relámpago! ¡Qué locura! ¡Estrategia prediluviana bajo una lluvia de bombas nucleares!

A Höllriegl le rechinaban los dientes. En su rabia, hizo un cambio de velocidad tan brusco que el coche se encabritó. Y de repente golpeó con los dos puños el volante. Axel, temeroso, lo observó de soslayo. Los relámpagos azules salidos de los ojos de aquel «ángel» hicieron que Höllriegl se controlara…

Porque, por otro lado, la dirección del Reich (es decir, el Partido) sabía lo que hacía. ¡El Partido piensa por ti! El Partido pensaba, planificaba y dirigía los destinos y la historia de Occidente. Lo hacía por todos y cada uno de los compatriotas. Köpfler se preocupaba también por él, por Albin Totila Höllriegl. Como lo había hecho antes el Führer y fundador del Reich. Y entonces Höllriegl (con los labios dispuestos para decir una oración) recordó aquellas estrofas que habían estremecido antaño el corazoncito y la mente del joven miembro de las Juventudes Hitlerianas, un hijo de la Marca Oriental en los ahora lejanos tiempos de la ilegalidad:

¡Oh, mi Führer, bien sabemos de las horas,
en las que sobre tus hombros has llevado
la dura carga, para luego tus manos
amorosas de padre en la herida poner,
sin que de nuestro alivio puedas ya saber!

En tantas noches lo has hecho, de vigilia,
temeroso de nosotros, los durmientes.
Y qué noches no pasarás todavía,
noches de duda, para, en la mañana,
mirar con ojos claros la luz del día.

Führer mío, bien ves cómo conocemos

las privaciones que el hombre sacrifica,
la carga que tú, en soledad, soportas
en aras de nuestro pueblo y su destino
en días dichosos y de desatino.

Y por eso te amamos tanto, por ser
principio y fin de todo lo que somos.
La fe en ti, fieles e incondicionales,
es parte de la obra, de mentes y manos,
con la que nuestra gratitud expresamos.

¡Y como entonces era también ahora! El Führer había creado este sagrado Reich alemán, el Führer continuaba viviendo en el espíritu del Partido y de todas sus dependencias. Él era el principio y el fin. Era inmortal, como lo era también el Partido. ¿Qué había dicho Anselma? El Führer se había convertido en el cuerpo místico del pueblo alemán. El alma inmensa de Adolf Hitler continuaba viviendo en cada uno de los compatriotas. ¡Y también en él! En su pecho portaba la herencia eterna del Führer de la Nación. ¡¿Cómo había podido dudar del Partido?! «El Partido piensa por ti, el Partido piensa por ti…». ¡Una consigna que uno no podía repetirse nunca lo suficiente! Si el Partido, si ÉL guardaba silencio sobre las bombas caídas, si callaba a sabiendas sobre el asunto, era porque sabía al detalle lo que hacía, hasta las últimas consecuencias. «¡Creer en ti, fieles e incondicionales!». ¡Eso era todo! La gente de baja condición, los pusilánimes que no entendían de cosas sublimes ni de los grandes contextos de la historia, que no podían ver ni querían ver, podrían dudar y desesperar en su debilidad. Pero eso era, por supuesto, una estupidez. ¡Un acto criminal y absurdo! ¡Santo cielo! ¡La vida tenía que tener un sentido! ¡Al menos uno! Y ese sentido tenía ahora un solo nombre: ¡Alemania!

Habían salido del bosque y tenían ante ellos la carretera por la que, en medio de la niebla y del pálido fulgor de los conos de luz de los faros, avanzaba lentamente una infinita columna de coches. Al menos aquí los coches no viajaban en filas tan apretadas, había intervalos, y no resultó difícil insertarse en aquel denso avance. Schicketanz tenía razón: el camino en coche no sólo les había permitido acortar el viaje, sino también eludir los tramos peores.

Los ojos ya no le lagrimeaban tanto, sólo le había quedado un ardor intenso, una sequedad arenosa. También habían disminuido los trastornos de la visión: la oscuridad sentaba bien a los ojos. ¡No obstante, quedaba esa sensación paralizante de agotamiento, el palpitante dolor de las extremidades!

¿Hacia dónde pretendían dirigirse esos fugitivos? ¿Acaso quedaba algún sitio que ofreciera protección de las bombas? De vez en cuando Höllriegl dejaba que se acercara el coche más próximo y, aminorando la velocidad, preguntaba hacia dónde se dirigían. La información era siempre la misma: a algún lugar del este del Alemania, a territorios vastos y poco poblados como Pomerellen, el Kulmerland, el Warthegau, la Masuria o Kurlandia. Todos parecían tener parientes o amigos allí, gente que se había marchado antes y se había establecido en esos sitios. Ahora todos pretendían reunirse en Stolp, Cranz, Tilsit, Gotenhafen, Bromberg, Thorn, Marienwerder o en Heydekrug, ocultarse en alguno de esos pueblos. (Höllriegl recordó que también Ulla provenía de esas regiones. Tal vez se encontrara ya de viaje hacia allí con sus hijos). Cuanto más lejos, mejor. ¡Lo principal era alejarse de las grandes industrias, de las megaciudades!

¿Acaso aquella gente no sabía que en todas las regiones del este había fábricas a la sombra que muy bien podrían ser blanco de ataques? Precisamente en el este del Reich había muchísimas plantas de armamento soterradas en los rincones más remotos, donde uno menos esperaba encontrarlas. Por ejemplo, en la Romintener Heide: allí trabajaba como laboratorista químico el hermano de su «amante ocasional», en un pueblo llamado Pemsel bajo el cual se hallaba ubicada toda una ciudad.

Siempre se tropezaba con el mismo rumor, y era como si hubiese un bando encargado de difundirlo. El *sensei*, el líder del Soka Gakkai, había recomendado despoblar el antiguo Reich empleando misiles o lanzando alguna de las llamadas «bombas puras». El propósito era colonizar los territorios vacíos con campesinos de la Manchuria, quienes habían revelado ser los más resistentes a los pequeños ataques con bombas puras. Se decía que ya habían enviado por aire a los primeros colonos…

Con la intención de distraer a Axel y de animar un poco el ambiente, Höllriegl volvió a encender la radio del coche. Acompañado por el murmullo reiterativo de un órgano, un señor cantaba, con fondo de campanillas, un tema sentimental. Durante un rato escucharon el alegre cacareo de una tropa de muchachas voluntarias que ayudaban en la cosecha de patatas. Con gesto

ausente, Höllriegl seguía accionando el dial de la radio, mientras conducía el coche a través de aquella ventisca cada vez más densa y lechosa, persiguiendo de cerca el Mercedes de una familia de fugitivos.

«… son los funcionarios responsables del derecho de traslado en el ministerio competente en estos casos, el de Interior…»; «… ofrecerán amplios detalles sobre la práctica administrativa y pondrán numerosos ejemplos para la aplicación de las disposiciones de emergencia…»; «… el nombre de pila Adolf, que muchos compatriotas usan desde hace tiempo como segundo nombre, quedará incluido en el panteón de nombres de los héroes arios, según el boletín oficial número I-132, y por circular del 12 de noviembre de 196…, en el boletín ministerial de Administración Interna, edición A, año 28, 196… El primero en adoptar el heroico nombre de Adolf, en honor del finado Führer y fundador del Reich mundial, ha sido el *Reichsführer* Ivo Köpfler. A partir de ahora, el nombre completo del *Reichsführer* será…»; «… se ha visto condicionado, en relación con la Oficina de Política Agrícola…»; «… un concentrado uso de los bombarderos a raíz del cual, por primera vez, se emplean con éxito medios ultrafríos (un triunfo de la criogenia alemana) contra operaciones de tropas aerotransportadas del enemigo en el territorio de Mannerheim-Turku…»; «… el panteón fúnebre y el jardín de urnas del Kyffhäuser, de acuerdo a los planes que más tarde diseñaría y ordenaría llevar a cabo el propio fundador del Imperio Universal Germánico y el Más Grande Arquitecto de Todos los Tiempos…»; «… porque nunca consiguen las posiciones previstas para su movilización, lo que nos permite concluir que…»; «… como resultado de las medidas de ahorro originadas por la guerra, la Oficina Forestal del Reich y la Oficina del Reich para la Regulación de la Caza quedan fundidas en una misma entidad y subordinadas al Consejo Superior del Reich para la Regulación de la Caza. Asimismo, el jefe de organización del Partido da a conocer que el departamento encargado de publicar las cartas de capacitación queda incorporado a la Oficina Central de Capacitación del Reich…»; «… sólo cabe esperarlo. En ese sentido, el Centro de Investigaciones de la Memoria Oral Aria ha recomendado a la comisión evaluadora del Partido sobre la Protección de la Lengua y la Literatura Nacionalsocialista, sustituir la palabra “guerra” por otra más histórica y sagrada: *Orleg…*»; «… mientras que su compañera de sexo en el antiguo Reich casi siempre espera que su

compañero de mesa le procure o no diversión…»; «… en mi condición de Comisario Especial para las instalaciones cibernéticas en la Oficina Central de Ciencia y Tecnología, en su departamento de Aparatos Electrónicos, ordeno…»; «… con la tirada de…»; «… por consiguiente, entra en vigor hasta nuevo aviso…»; «… a raíz de la…»; «… han sido paralizadas…»; «… encuentran los epígrafes relacionados con las pensiones»; «… en Merxleben, partida municipal de Langensalza, ha muerto este martes a la edad de treinta años, por causa de un trastorno renal, la mujer alemana con mayor peso corporal, la señora Edelheide Pschichholz. Su peso en vida era de 369 kilogramos, mientras que su cerebro alcanzaba los 1020 gramos…»; «… el ministro de Propaganda e Instrucción del Pueblo ha dispuesto que el programa matutino *Fe alemana*, transmitido a diario a las 6:30 horas CET, no se inicie más con un triple Tam-tam-tam, sino solamente con uno…»; «… durante un llamamiento a los padres celebrado en el castillo de capacitación Adolf Bartels, el Presidente del *Dithmarscher Geschlechterbund* en Wesselburen, el camarada del Partido KarlDankwart Gokeis, ha enfatizado que…»; «… en provecho y utilidad de la Nación…»; «…la imagen directriz del pueblo…»; «…nuestro paisano y ciudadano de honor…»; «… lo que este alemán de pura cepa ha hecho por su patria…»; «…y ahora, compatriotas todos, hombres y mujeres, el momento cumbre de nuestro concierto de hoy: la cantante Sex Söguthätt, que tiene ese delicioso toque nórdico y es la favorita de nuestras unidades coheteriles *[Aplauso atronador]*, canta su gran éxito “Soy una picarona nacida en Thule” *[Aplauso atronador]…*»; «…ha ganado hace dos años el gran Premio de los Escaldos de la nación…».

Seguían sin dar noticia alguna sobre las bombas. Pero daba igual. La mayoría de las emisoras de radio parecían estar intactas, su programación no se diferenciaba en nada de la habitual. ¡Lo que irritaba era ver aquella infinita columna gris de fugitivos delante!

Algo allí delante paralizaba el tráfico, los coches se veían forzados a avanzar muy lentamente. Bajo la luz lechosa de los faros cubiertos –sobre todo ahora que se había hecho de noche y la nieve seguía cayendo en remolinos del cielo ventoso–, podía verse varios coches aparcados en torno a un alargado edificio que, cuando se acercaron, reveló ser un restaurante de carretera, una construcción de una sola planta hecha en el estilo normativo de esa clase de edificios, obligado a remedar una granja campesina con elevados

techos a dos aguas. Algunos policías de tráfico –al menos aquí todavía no estaban interviniendo las unidades del Werwolf– corrían manoteando de un lado para el otro, intentando desatascar el flujo de vehículos y mantener libre la vía. Tenían sus armas a punto: fusiles láser. A pesar de esa amenaza, la gente no escatimaba en improperios: «¡Partida de cerdos inmundos!», oyó decir Höllriegl. Y también: «¡Que despierte el Bundschuh! ¡Muerte a Köpfler!». ¡Aquello era el colmo! Si no se intervenía prontamente, pues… No obstante, la mayoría de aquellos refugiados avanzaba con paso lento y en silencio.

–Un *labenat* –dijo Axel.

–¿Tienes hambre? –También Höllriegl tenía un hambre lobuna, no había comido nada desde esa mañana temprano. No obstante, le parecía dudoso que allí pudieran comer algo. Del restaurante les llegaban las atronadoras salvas de unas risotadas, y a pesar de las órdenes de la defensa antiaérea de oscurecer los locales, podía verse que todos los salones tenían la luz encendida.

–Sí… ¡Pero están los *antjocharde…*! –Axel señaló con el dedo a los hombres uniformados que blandían sus linternas de color azul oscuro.

–No te preocupes. Intentaré aparcar.

En medio del caos de vehículos, pudieron encontrar un sitio vacío detrás del garaje. Les siguió, avanzando de un modo vacilante, una suntuosa carroza de lujo de la que descendieron cinco siluetas abrigadas hasta lo irreconocible. Tal vez se tratase de dos hombres y tres mujeres. Entraron juntos al local.

Dentro, en todos los salones del amplio restaurante, estaba teniendo lugar una auténtica orgía de comida y bebida. Había hombres y mujeres apretujados en todas las mesas, en algunas podía verse a hombres con una mujer sentada en las piernas. Varios niños corrían de un lado para el otro, dando berridos. Todos bebían de las jarras y las tinas, todo olía a vino y a aguardiente. No había ni rastro de los dueños del restaurante ni de los empleados. Por lo visto, los miembros del convoy de fugitivos habían saqueado los almacenes del local abandonado y asumido la labor de servirse.

El ruido era ensordecedor, el aire, lleno de humo, cortaba la respiración. La mayoría de los «clientes» había comido y bebido a tope, la gente no paraba de brindar, vociferar y de balancearse rítmicamente cogida de la mano. Mientras Höllriegl y Axel se abrían paso en medio del tumulto y entraban en el gran salón, un banco se partió en dos, viniéndose abajo. Las personas que

se balanceaban sobre él formaron en el suelo un amasijo pletórico de risotadas y gritos, adoptando poses bastante elocuentes. Höllriegl tiró de Axel para continuar, lamentando haber parado en aquel sitio.

Ya no era, sin embargo, el momento para pensar en ello. Era demasiado tarde. De inmediato se vieron rodeados, cubiertos de abrazos y besos, empujados y sentados a la fuerza en uno de los bancos: dos de las mujeres, para hacer sitio, se habían subido a la mesa y bailaban un cancán. Cayeron copas, el vino se derramó sobre el tablero de la mesa. A Höllriegl lo retuvo un hombre con rostro de cara apoplética que tenía enfrente a una matrona elegante de aspecto demacrado. El hombre le puso una jarra en la boca y, sin hacer caso de sus protestas –nadie en aquel bullicio pudo escuchar sus aseveraciones de que era abstemio, como el Führer–, lo obligó a beber una y otra vez. El vino se le derramó sobre el abrigo del uniforme. A Axel no le fue mucho mejor: dos mujeres muy cargadas de joyas se habían lanzado sobre él.

Höllriegl le gritó a su compañero de mesa:

–¡Tenemos hambre!

De inmediato les dieron salchichas, requesón, ensalada de pollo y galletas. A Axel, que estaba allí sentado con actitud ausente, con aspecto pálido y perturbado, sus dos vecinas en la mesa, dos mujeres corpulentas y no del todo feas, lo alimentaban como a un niño pequeño: un querubín entre demonios. También lo obligaban a beber de vez en cuando. Entre risotadas, lo forzaron a hacerlo cuando vieron que los amables intentos de persuadirlo no habían servido de nada. El joven alzaba las manos para protegerse, decía que siempre había practicado el *meidnis,* que no toleraba el *brannat* y sólo bebía *meugilm* y leche, lo que dio motivo a la dama sentada frente a él para sacarse uno de sus robustos pechos y ponérselo delante de las narices.

–¡Come, come! –le gritaba Höllriegl desde el otro lado de la mesa. Veía cómo aquellas diablesas examinaban a «su» chico con miradas ávidas, veía cómo sus manos se atareaban debajo de la mesa. Tal vez Axel fuera tan listo –aunque era bastante improbable– como para fingir que bebía. Ni siquiera él mismo conseguía hacerlo, ya que sus compañeros de mesa habían notado sus remilgos y ahora le prestaban el doble de atención. Aunque masticaba a carrillo lleno, lo forzaban a tragar litros de aquel repugnante y ácido brebaje entre gritos de júbilo, chasquidos y besos: el aliento alcohólico de su vecino en la mesa le revolvía el estómago.

A pesar del calor animal reinante en aquel comedor, todos los allí presentes

llevaban puestos sus abrigos de piel o estaban sentados sobre ellos. Höllriegl recordó que las pieles, supuestamente, podían proteger de la radioactividad. El último grito de la moda eran unas pieles costosas que, adicionalmente, contaban con un relleno de materiales protectores elásticos para cerrarlos: boro, por ejemplo, o algunas fibras de origen artificial. Estos abrigos, según enfatizaba la publicidad, protegían incluso de la radiación de una bomba de neutrones (lo que era, sin duda, una estupidez). Höllriegl recordaba incluso un conocido lema publicitario de la firma Büddecke en el que se decía: «Si envuelves, doncella, tu bienaventurado cuerpo en las pieles de un buen lobo, te pones a salvo de la radiación, pero Büddecke nunca te protege de los ardores del amor». (Una gran moda por entonces era hacer publicidad con elementos basados en la antigua poesía nórdica).

En cualquier caso, en este local parecía estarse celebrando una exhibición de moda: a cualquier rincón que uno mirara no veía más que pieles. Algunas tan caras y valiosas, que uno podía intuir cual era el saldo de las cuentas bancarias de sus propietarios y propietarias: visones, marta cibelina, nutria o chinchilla, tigre, leopardo de las nieves, ocelote o foca, zorro platino, y otras no tan valiosas como la gacela, el lince, la mofeta y el potro.

Una bruja de enormes pechos caídos, con rizos teñidos de azul, pestañas y relucientes dientes postizos, cuya cara había sido sometida a un estiramiento, fue alzada entre varias personas sobre la mesa, y su armiño se deslizó de sus hombros y fue a parar al suelo. La mujer dijo unas palabras incomprensibles en medio del ruido y se alzó la falda, dejando al descubierto, hasta sus enaguas, unas piernas llamativamente delgadas y decoradas de varices. Todos brindaron a la salud de la anciana, rociaron su trasero de vino y volvieron a bajarla de la mesa. Pero de inmediato un hombre trepó a una silla y escenificó un vulgar monólogo. Aquello, según le parecía a Höllriegl, no tenía nada de atmósfera alegre, era más bien un estado de enajenación escenificada y falsa.

El tipo amoratado que estaba sentado a la diestra de Höllriegl, al que su balbuceante compañera de mesa había interpelado con el nombre de Eitel-Friedrich (un fabricante de galletas, según se supo), se levantó de pronto y proclamó con la lengua algo enredada:

–¡Voy a vaciar mi vejiga a la salud de las damas!

Apenas dijo esto, desapareció dando tumbos en medio del gentío. Su compañera se acercó a Höllriegl y lo rodeó con el brazo.

–Eitel-Friedrich –dijo– es mi cónyuge; un hijo de la gran puta, pero es mi

marido.

Alguien de la mesa, un tipo que hacía bambolearse una salchicha ahumada delante de su bragueta, se inclinó sobre la mujer. La mujer del fabricante de galletas, sin cortarse un pelo, empezó a pelar y a mordisquear la salchicha entre las exclamaciones de júbilo de los demás comensales.

El vino empezaba a hacer efecto. Todo a su alrededor empezaba a cobrar contornos nítidos, pero al mismo tiempo se volvía irreal, como si tuviera lugar en otra parte, con él como espectador. Aquella «mente ajena» estaba de nuevo allí. Escenas relampagueantes alternaban de pronto con otras irrisoriamente lentas, pero tampoco podía seguir la secuencia de estas últimas, ya que los elementos que las relacionaban se borraban de inmediato. Con claridad y lentitud, como en cámara lenta, Höllriegl vio lo que aquellas dos nodrizas que sostenían a Axel con sus tentáculos estaban haciendo con el joven. Quiso levantarse para protestar, pero no consiguió hacerlo; a decir verdad, ni siquiera deseaba hacerlo, todo le daba absolutamente igual. Axel parecía estar en un febril estado de excitación; dejaba que las mujeres hicieran con él lo que les viniera en gana. Estaba claro que aquellas damas lo estaban manoseando de manera repugnante. Una de ellas, con una sonrisa salvaje petrificada en el rostro, como un hechizo, intentaba atraer hacia ella a su víctima, al tiempo que le susurraba al joven algo al oído. Höllriegl notó con asco cómo le metía la lengua a Axel en la oreja.

De vez en cuando los escenarios cambiaban sin ton ni son; Höllriegl ya no podía captar los detalles ni las relaciones, eso habría sido pedirle demasiado. De repente todo le parecía alegre, maravilloso incluso, sólo su estómago se negaba a participar. Le hablaban de todas partes, a veces tiraban de él hacia un lado y, en otras ocasiones, hacia el otro; de repente se veía ocupando otra mesa, o sentado encima de alguna. Oía cómo le decían que era un austríaco jodidamente simpático. A fin de cuentas, todos los de la Marca Oriental eran simpáticos y bonachones. Él vociferaba con los otros y se balanceaba con ellos, todos agarrados del brazo. Era una maravilla que hubiese allí tantas mujeres, uno podía echar mano a la carne femenina en cualquier sitio que se sentara. Hablaba de Ulla y de aquella otra mujer… Ejem… Ni siquiera recordaba cómo se llamaba; se tuteaba con gente a la que no conocía de nada: por ejemplo, con un héroe de la batalla de Narvik que no paraba de hablar de la contienda naval cerca de la isla de Jan Mayen; llegó a preguntarle a un sacerdote católico de Bisanz (la antigua Besanzón), cuya tarjeta de visita

decía: «Monseñor Aloys Pietosen, prelado», si Dios era una enfermedad o qué diablos era, y al hacerlo hizo tintinear las órdenes honoríficas que el prelado llevaba en la sotana, entre las cuales estaba incluso el distintivo al mérito por haber roto algún cerco enemigo en el año de Maricastaña. Más tarde, un locutor de la radio de Bad Tölz empezó a contarle chistes groseros sin parar, y también conoció fugazmente a un antiguo combatiente de Pirmasens, al que, en un arrebato de entusiasmo, llegó a besarle las manos, porque él también había estado en Pirmasens, la noble simiente de todo, sólo que, por desgracia, al mismo tiempo había sido todo para vomitarse, porque ahora él mismo se sentía con ganas de echar la pota. El veterano combatiente le había dicho que él todavía era un romántico, sólo que ahora seguía buscando el eterno símbolo del Romanticismo, la célebre flor azul, la *Centaurea cyanus*, en los bares, poniéndose cianótico de vino. Un catedrático, profesor de la facultad de estudios craneales de Estrasburgo, centro de estudios conocido por el mote de el Fiel Heinrich, le explicó un tema sumamente difícil relacionado con la glándula pineal, que era como un ojo mental atrofiado para la visión mágica, mientras que una todavía buenorra jefa de una tropa de mujeres, una hembraca de trasero prominente oriunda de Hörda que se le había sentado de pronto en las piernas, le contaba entre risitas que estaba huyendo, y que se había visto en la autopista del Ruhr en medio de un amasijo de hojalata, cuando su VW había quedado sumamente dañado… Sin embargo, ese chico majo de ahí –dijo señalando a un joven de aspecto demacrado y pálido, huesudo («Mi nombre es Treffz, Detlev von Treffz»)– la había acogido en su coche –el chico tenía un Porsche–, y la había estado llevando de un lado a otro («Debe saber que yo le he proporcionado a Ingold una nueva sensación de lo que significa llevar ropa interior»), y ahora la parejita se dirigía a una base naval del chico majo, que estaba casado en Heiligenbeil, a orillas de la Laguna del Vístula, pero donde la proximidad del Báltico le venía de perilla para continuar con los planes de huida. Y conoció también al jefe de publicidad de una firma de Renania fabricante de vino espumoso, un señor que también se dedicaba a la cría de caballos salvajes –un tipo canoso, con entradas, expresión nervuda, vigorosa, y con una profunda mirada de águila–, quien, tras un brindis, lo invitó a acompañarlo a los lavabos («¿… Será usted algún onanista, o es incluso alguien normal…?»), había estado en el año cuarenta y dos en Auschwitz, y sus ojos

le brillaron emocionados, porque allí, después de cada paliza a los «maricas» o a otros casos más graves, había una ronda extra de cigarrillos y de ron jamaicano, y nunca después le habían sabido tan bien el ron ni los cigarrillos. ¡Y la tierna chica de pelo castaño claro, con su sensual boca de batracio y las tetas de goma bajo el jersey! Era oficinista («doncella oficinista», le dijo; su himen, añadió, estaba intacto) en la empresa Euratom, de Speyer, y, en su borrachera, parloteaba como una loca de energía atómica, de combustibles fósiles y generación convencional de calefacción. Conocía todos los precios del carbón en RE (los REUROS, la moneda de la Unión Monetaria Europea controlada por el Banco del Reich); se sabía el precio en los puertos europeos y por toneladas («por ton», decía ella), lo mismo el de las minas que el de los *bituminous slacks* de los Estados Unidos Vasallos de América. Se lo sabía todo al dedillo aquella simpática cachonda. («Aquí –dijo la joven, con la alegría borboteante de un géiser– se le atribuye al petróleo para la calefacción un equivalente de valor de 10 500 kcal/kg, mientras que al carbón de piedra se le da un equivalente de valor de 7000 kilocalorías»). A Höllriegl todo aquello le daba igual, por no decir que le importaba un pimiento, pero con ella, a pesar de todo, uno se sentía a gusto, uno podía acurrucársele, jugar un poquito con sus tetorras; además, olía tan bien, tenía tanto frescor, y sus hombros eran delgados y juveniles, y besaba tan castamente con sus labios depravados, que eran estrechos y duros y se negaban a abrirse. Höllriegl la besó con frecuencia y profusamente, a fin de parar aquella cháchara sobre temas de su oficina. Y luego estaba aquel curioso gigante sentado, sin duda alguna personalidad, envuelto en un abrigo de nutria obscenamente caro –algo que él mismo destacó en un primer momento–, que al instante le recordó… ¿A quién le recordó? (¡Ah, sí, al presidente de su clase en el Bachillerato, al viejo Tartaglia!). Un ser misterioso, de pelo blanco, piel bronceada y que venía directamente de la Engadina, según decía, de Diavolezza, en los Alpes réticos. Tenía la mirada algo perturbada y sonreía con una expresión de profunda tristeza en sus comisuras. Lo dicho: una personalidad. El hombre, según le contó, había sido el director de Hisma, una sociedad de accionistas hispanomarroquí que en 1936 llevó a cabo el transporte por aire de las tropas de Franco a los frentes de la Guerra Civil. («Prefiero no decirle cuál es mi nombre…»). ¡Santo cielo, era como Tartaglia! ¡Qué lejos estaba todo eso! Sepultado, olvidado. Tartaglia, el

soltero acérrimo, profesor de alemán, historia y geografía. Nacido en Trieste y presidente de honor del Club Canino de la Raza Schnauzer en Urfahr. ¿Y los compañeros de colegio? ¿Qué habrá sido de ellos? Dispersos por el mundo, muertos, desaparecidos, caídos en combate alguno que otro. Se sabía aún de memoria todos los nombres en el orden de la lista de la clase: Brill, Calé, Christlieb, Dragono, Feichtinger, Frumm, Gaugela, Guldenschuh (judío), Halbritter, luego él, Höllriegl, Hraby, Hullndonner, Innocenti, Kernmayr, Krčal, Kutschera, Von Lebzeltern, Magenschab, Naderer, Nemeček, Nosingerweis (judío), Paar, Pervesler, Pindur, Populorum, Riedl, Schilhab, Schmerzl, Smolka, Spazierer, Spingarn (judío), Staudenherz, Vaik, Walch, Wranek, Zwerenz, y la única chica de la clase: Gritti Ledwinka.

¡Vaya mierda! ¡Qué dolor de cabeza! Por unos minutos, cerró los ojos arenosos y el cerebro empezó a martillearle. La joven cachonda se había apartado, charlaba ahora con otras personas, así que pudo apoyar sobre la mesa la cabeza, que le retumbaba. ¡Dormir, dormir! ¡No enterarse de nada más! ¡Estaba hecho un asco en todos los sentidos! ¡El ruido, la bebida, el humo! ¡Todo era para vomitar!

Y a todas esas, ¿dónde estaba Axel? Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Höllriegl intentó pensar y ver con claridad. ¡El joven había desaparecido! ¿Dónde, en qué mesa lo había dejado? Miró a su alrededor. ¡Horrible! No veía más que caras desconocidas con expresión faunesca. No veía a ninguna de las personas que fueron las primeras en servirles de comer y beber a él y a Axel. Desesperado, empezó a gritar:

–¡Axel! –dijo una vez; y luego otra–: ¡Axel!

La joven de Euratom se le acercó de nuevo, lo abrazó, pero él apartó a la mujer.

¡Axel… no estaba allí!

Mareos y ganas de vomitar. Rigidez en la nuca. Una crisis oculógira. Desesperación. Cuando hizo intentos por incorporarse, las piernas le fallaron, y Höllriegl sintió que estaban frías y rígidas. Un escalofrío de espanto recorrió su cuerpo, el sudor le inundaba la frente. Empezó a lloriquear llamando a Axel, y se dejó caer de nuevo sobre el banco. Un tsunami de voces, de infinitas voces, lo cubrió: «… para asegurar reservas de esa variedad…»; «… es una locura, ¿o prefiere inhalar Zyklon B…?»; «¡… la próstata, señoras, la próstata!»; «… seguimos careciendo de un concepto defensivo…»; «… ahí está mi señor esposo…»; «… pero claro, coño…»; «…

señorita, ¿dónde tiene usted su línea del frente…?»; «… Eh, abuelo, que estás muy viejo, ¿sí?…»; «… me lo pensaré: ¡zas!… »; «… no quiero nada…»; «… siempre he sido un resuelto defensor del buen ambiente en la empresa…»; «¡… vamos, zámpate la copa, abuelo!»; «bueno, excluyamos eso antes que nada…»; «… en fin, si acaso…»; «… vaya puta suerte que has tenido…», «… me vuelvo loco…»; «¿… y eso a qué viene…?»; «… anda, viejo verde…»; «… harán un entierro por todo lo alto…»; «… mira, gordita…»; «… echarán mano del…»; «… eh, no hagas eso, muñeca…»; «… pues, funciona…»; «¿… una copita de coñac…?»; «… entonces empleamos armas meteorológicas o gas nervioso y acabamos con el asunto…»; «… eso de ningún modo…»; «¡… saca tus manos de ahí…!»; «… vaya desperdicio de metal…»; «… viejo germano encogido…»; «… pues, sería un doble…»; «… te lo hago ya…»; «… nosotros nos retiramos a rezar…»; «bueno, pero ¡hazlo de una vez…!»; «¿qué tienes en contra?»; «…no puedo, tengo esos días…»; «Es usted un modelo de *gourmet…*»; «…¿qué te has creído?…»; «¡…por quince céntimos…!»; «¿…que también debo saber qué…?»; «… ese tipo de allí se llama Schneewittle, casi le ponen Caperucito…»; «¿… es que se han vuelto locos…?»; «… estoy acabado…»; «… el amor contigo es mejor tumbado…»; «… hace tiempo que ese cabrón está acabado…»; «¿… a quién te refieres, al puto epiléptico…?»; «¡… vaya fuerza…!»; «… azul es el cielo, negro es el hoyo, blanco es el potro, así que pa’dentro…»; «… una buena hostia y ya…»; «… la tal Emmi es la receptora del esperma del señor director de la fábrica…»; «¿… te pasa algo…?»; «¡Ay! Oye, coño, que es mi pelo auténtico…»; «… ejem… dime, a ti te falta una tuerca, ¿no?»; «… los precios de los coches usados aumentan muchísimo…»; «¡… ya te digo!»; «Irmgard tiene unas calenturas, pero ya no es la más joven…»; «… con un gasto de sesenta mil marcos..»; «… la mujer de Fritz se los ponía entonces bien puestos…»; «… y nadie piensa en eso…»; «¡… dos millones, dos millones…!»; «… a mí a ésa me gustaría prestarle un auxilio financiero…»; «… hubiera podido llegar hasta el Ministerio de Propaganda…»; «… en el caso de las mujeres, el principio es: mojado arriba y mojado abajo…»; «… Vaya bellezón…»; «… Una pérdida de miles de máscaras antigás pertenecientes al pueblo, porque, en definitiva, la mejor máscara antigás deja de tener valor cuando se trata…»; «… una mariconaza de manual, vamos…»; «¡Meeche, ay, Meeche, cuánto te quiero!»; «¡Todo son memeces!»; «… en eso los gustos son distintos…»; «… y vamos, eso va a misa…».

«¡El puto epiléptico!». Alguien lo había dicho. ¡Alguien había tenido las agallas de decirlo! ¿Quién habría sido el hijo de puta? Höllriegl vio alzarse en su interior un imponente hongo atómico que ascendía hasta el cielo con un trémulo resplandor, pero que al final acababa convirtiéndose en una erupción de inmundicia y lodo. Sobre todo de inmundicia: los insultos más antiguos, indecentes y vulgares brotaban de lo más profundo en un torbellino, salpicándolo todo. ¡Inmundicia! ¿No había dicho Gundlfinger algo similar? Lo más antiguo, lo hace ya tiempo olvidado salía de nuevo a la superficie. Y de pronto –¡como algo magnífico y maravilloso!–, el fenómeno se difundía, se esparcía, se ramificaba para formar un árbol de vida. ¡Algo tres veces glorioso! Porque aquello no era un simple árbol de la vida, era el árbol genealógico del Führer, el mismo que él tenía colgado en casa y que conocía al dedillo. Alois Hitler, empleado de aduanas, más tarde agricultor, y Klara Pölzl, ambos fallecidos en Leonding. Johann Georg Hiedler y Maria Anna Schicklgruber, ambos fallecidos en Strones. Johann Pölzl y Johanna Hutler, ambos fallecidos en un hospital. Martin Hüttler y Anna Maria Göschl, también fallecidos en un hospital. Johann Hütler y Eva Maria Decker, fallecidos también en el hospital. Johann Schicklgruber, campesino de Strones, y Theresia Pfeisinger, de Dietreichs… ¡Gente campesina, robusta y de buena sangre alemana, gente de la Marca Oriental, del Waldviertel! ¡Y estos criminales insultaban al más grande de todos los alemanes y lo llamaban epiléptico! ¡Puto epiléptico, para colmo! ¿Quién había dicho una cosa así? Al que lo hubiera dicho, él, Höllriegl, tendría que partirle la cara; ¡le daría una paliza que le estremeciera ese seso hueco! Pero ¿dónde estaba Axel? ¡Axel! ¡Axel!

Höllriegl se alzó lentamente, tambaleándose, y se agarró la cabeza con ambas manos. ¿Dónde estaba? Le costó algún esfuerzo abrir los ojos y mantenerlos abiertos. De nuevo lo veía todo borroso y con bordes violetas. Un dolor punzante le latía en las sienes, también tuvo que girar las manos de un lado a otro, porque tenía las muñecas acalambradas. Temblaba de frío.

Nadie prestaba atención a lo que hacía. Como antes, contemplaba a los otros con la sensación de estar a una distancia descabellada. Todo mostraba una imagen distorsionada, como en un sueño o en una alucinación. Al otro lado, por lo que parecía, estaban subastando a una mujer. Era joven y bella, y estaba muy borracha. Tenía el pelo color trigo, como su Bruja de Ámbar, pero era mucho más joven. Se levantó dando tumbos sobre sus esbeltas

piernas y se irguió sobre la mesa mientras varias manos la sostenían, de lo contrario se habría caído. Un hombre al que Höllriegl ya había conocido, un tipo con la cabeza amoratada y la nunca dura como el cuero, vociferó algo, pero él sólo lo vio abrir y cerrar la boca. No había manera de entender lo que decía el subastador, pero cada una de sus palabras recibía la aprobación de una salva de risotadas.

¡Puto epiléptico! Höllriegl tenía prisa por partirle la cara a alguien; la rabia bullía en él. ¿O era sólo la acidez estomacal? ¡Era preciso dar un escarmiento! El Führer llevaba tan sólo… Eso, ¿cuántos días llevaba muerto el Führer? ¿Qué día era hoy? En fin, eso importaba una mierda. Pero algo tendría que ocurrir, daba igual lo que fuera: algo drástico, un castigo. Ese pordiosero se había olvidado de quién era el Führer. Había bastado con que dos ridículas bombas atómicas cayeran sobre el territorio del Reich para que estos materialistas vendepatrias olvidaran quién era Adolf Hitler. ¡Un castigo!

Todo ocurrió a la velocidad del rayo. Con los puños crispados, Höllriegl avanzó dando tumbos hasta donde estaba el subastador. La putita de Euratom había pegado un grito cuando él la apartó como a una pulga inmunda. Höllriegl consiguió agarrar al hombre con la nuca como el cuero, y cuando éste se giró, el rabdomante le atizó con todas sus fuerzas en su cara esponjosa y fláccida. Por un segundo Höllriegl palpó sus mejillas mal afeitadas. Le pegó una vez más, y otra. (¡Aquel cerdo habría vendido ya sus últimas galletitas!).

Se armó entonces un caos de gritos y forcejeos. Alguien agarró a Höllriegl por el cuello, tiró de él y lo zarandeó con fuerza; otra persona lo tiró al suelo y le clavó una rodilla sobre la barriga. Una llave de estrangulamiento. Estaba inmovilizado. Oía sus propios jadeos; la rabia helada y el esfuerzo hicieron que de repente se sintiera sobrio. Se giró rápidamente e intentó aplicarle al hombre una llave aprendida cuando estaba en las filas de las SA a la que llamaban «¡Por ti, mi Führer!». Lo intentó luego con otra de la misma época. Se oyó el crujir de algunas articulaciones. ¿O eran las falanges de los dedos? Un puñetazo contra el mentón del atacante, un golpe seco con el canto de la mano en los codos, una patada en la cara. Vio los ojos ensangrentados de un desconocido. Otro golpe con el canto de la mano en los riñones: era como en los entrenamientos militares. Quejidos, gemidos, lloriqueos.

Encima de ellos se desató un tumulto espantoso, todos caminaban por

encima de sus cuerpos. Höllriegl sintió como si el mundo entero le estuviera dando una paliza, pero aun así no sentía nada. ¡Axel! ¡Axel!

Intentó meterse debajo de la mesa. ¡Ponerse a cubierto, escapar! ¡Axel! ¡Axel!

Sintió en la boca un sabor repugnante y metálico, dulzón. Pudo ver todavía cómo los demás la emprendían a golpes entre ellos y cómo volcaban las mesas. Alguien le dio un pisotón en la nuca, una llama punzante recorrió siseando su cerebro. Y entonces todo se volvió oscuro, se hizo de noche, y ya no hubo nada.

EL ENTIERRO EN EL KYFFHÄUSER

«Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda».

Apocalipsis, 20, 14

17 de noviembre: domingo, una fría mañana de invierno. Había habido tormenta toda la noche; las ventanas del lado oeste en la vivienda de Höllriegl se habían sacudido con fuerza. Sólo al amanecer las nubes desaparecieron y un cielo pálido y despejado se alzó sobre Heydrich, mientras el sol se mostraba con un esplendor radiante. «Un tiempo adólfico»,[36] pensó Höllriegl con melancolía al alzar los ojos. Ahí arriba, en medio del azul, habían quedado suspendidas las estelas de condensación de algunos aviones.

Él no había conseguido pegar ojo. Aparte del ruido de la tormenta, había escuchado algarabía en las calles. Desde las tres de la madrugada, sin que nadie pudiera pasarlas por alto, habían estado desfilando incesantemente por la ciudad, salidas de sus barracones, cuarteles y vivacs de las SS –cuyo nombre honorífico era Wagenburgen–, las unidades que participarían en la gran marcha y que a esa hora empezaban a ocupar sus posiciones en los puntos exactamente señalados alrededor del Kyffhäuser. Todas las calles de acceso a la ciudad estaban bloqueadas, y por todas partes se apiñaba la gente, así que no era muy recomendable salir. Sin hacer caso de los ataques terroristas, las multitudes habían acudido al Kyffhäuser en peregrinación desde todos los rincones del Reich: habían venido a pie, en vehículos, en tren, a menudo en condiciones muy desfavorables y rocambolescas. Los Ferrocarriles del Reich habían realizado una labor sobrehumana poniendo a disposición cientos de trenes especiales, y el transporte de esos regimientos había funcionado de forma ejemplar a pesar de que importantes tramos de la red ferroviaria habían quedado destruidos. Tampoco la juventud se había dejado arrebatar la posibilidad de asistir a las ceremonias fúnebres y participar en el gran desfile del año, el tradicional desfile Adolf Hitler de los Congresos del Partido, por lo que había acudido desde todas los regiones; se decía incluso que algunas unidades de las Juventudes Hitlerianas y de los Cuerpos de Pioneros habían partido hacia la Goldene Aue en cuanto se dio a conocer la luctuosa noticia, a pesar de que no fue hasta que pronunció su discurso ante del Consejo del Reich, el 11 de noviembre, que Köpfler comunicó que el sepelio oficial del Führer se celebraría en el Kyffhäuser.

Algo extraño había sucedido, por cierto. O estaba en marcha. Desde el sábado al mediodía las armas callaban. ¿O sería sólo apariencia? ¿Acaso el enemigo rendía tributo al Führer, su gran aliado en la segunda guerra, ahora

que éste había muerto? ¿Prefería no interrumpir las honras fúnebres? ¿O los japos, simplemente, habían desistido? Por lo que Höllriegl sabía (y por lo que sabía cualquiera), las islas japonesas, China, Manchukuo y otras regiones del continente dominado por Japón se encontraban ahora asediadas por el nutrido fuego de la revancha. Para nadie era un secreto que al menos cuatro bombas de hidrógeno habían detonado sobre sus objetivos. Con ellas, el Oriente quedaría prácticamente fuera de combate. Nada de eso podía negarse, pero también había –como era de esperarinfinidad de rumores, y todos contaban algo distinto. (Höllriegl había oído contar, por ejemplo –aunque en este caso se lo había contado, con pelos y señales, una fuente fidedigna en el Parlamento–, la historia del amotinamiento ya insinuada por el marchante de detergentes en el refugio antiaéreo de Sauckelruh). Las escasas noticias que llegaban a través de la radio estaban o bien censuradas o no eran lo suficientemente claras. Hasta ahora no habían hecho público ningún parte de la Wehrmacht, sólo comunicados especiales aislados. Eso era tan llamativo como tranquilizador. Pero ¡así y todo! Había algo inquietante en esa tregua, en ese silencio de las armas. Como si un horror mucho mayor se aproximara cada vez más.

«Tengo los nervios destrozados», pensó Höllriegl. «Además, no he dormido». Temblaba de frío. Un aire helado recorría la vivienda, ya que Burjak, su esclavo, había destrozado la calefacción eléctrica. ¡Burjak! Durante la ausencia de Höllriegl, su sirviente se había largado. Le había robado una camisa parda, su antigua chamarra de las SA y la gorra (Pelotón 46 / Escuadra 107, con galones de cuello rojo y pardo). Sólo parecía haberse dejado puesto el pantalón de drill reglamentario de las personas obligadas a realizar trabajos forzados. ¡Casi no se podía creer! Le faltaban, además, la chaqueta de cuero forrada en piel, las botas del ejército y la vieja maleta, también de su época de estudiante afiliado a las SA. La despensa había quedado pelada, y habían desaparecido también todos los cupones de alimentos, las dietas para viajes. Höllriegl había denunciado el robo en la comisaría de Policía y en la sede del Partido, había hecho que le tomaran declaración de todo cuanto sabía. Pero, ¡Dios santo! ¿Acaso eran imaginaciones suyas? Los agentes habían estado escuchándolo como si con ellos no fuera, todo el tiempo distraídos y, por lo que le parecía, habían

anotado los datos con apática rutina. Para poder adquirir alimentos, Höllriegl recibió una cartilla de emergencia.

No quedaba más remedio que instalar una destartalada estufa de latón, una de esas llamadas estufas de cañón cuya chimenea salía a través de la ventana. La estufa apenas calentaba, y el fuego –por si no bastara– se apagaba con suma facilidad. Pero Höllriegl tenía otros motivos para estar enfadado. Había regresado a casa con la firme esperanza de recibir la orden de reclutamiento. ¡Pero nada! En el buzón sólo encontró un montón de cartas de sus pacientes. ¿Qué había ocurrido? ¿Lo habrían olvidado o, simplemente, pretendían apartarlo? ¿Habían perdido la confianza en él? A fin de cuentas, no era más que un inmigrante, un «retornado». ¡Maldita sea! Y para colmo, Burjak había destrozado uno de los diodos del aparato de televisión. Eso era lo peor. El teléfono y la radio funcionaban bien. Aquel infrahumano parecía haber sufrido un estado de locura repentina. También el cable de la luz y las hornillas de la cocina estaban intactos, esta última hasta calentaba.

Höllriegl puso la radio. Ponían una marcha militar prusiana e, inmediatamente después, se oyó el canto «Los lobos aullamos a la noche». Lo que él jamás podría admitir abiertamente, ni siquiera ante los más allegados, era que había tratado «decentemente» a Burjak. Y eso ahora le recomía los hígados. También en eso había fracasado. En aquella casa se había considerado a Burjak un auxiliar voluntario, no un esclavo. Höllriegl se había hecho frecuentes reproches al respecto. Ese canalla debió de ver algún síntoma de debilidad en el modo en que él lo trataba. Él, Albin Totila Höllriegl, jamás sería un verdadero representante de la raza aria, jamás aprendería a dominar a otros. Ni a Ulla ni a Anselma, ni siquiera a su Ingrid, que aunque se le entregaba con fidelidad canina, sólo lo hacía porque él se la llevaba a la cama una vez por semana.

¡Qué repugnante todo! Había perdido el VW poco antes de llegar a Berga. El coche averiado se había quedado en alguna cuneta, junto a otros muchos vehículos destrozados en la gran carretera de la huida hacia el noreste. Una colisión en cadena, y el motor se había dañado. Algún imbécil le había embestido el capó. Todavía sentía el retumbar en la cabeza, pero eso ya le venía de antes. ¡Todo habían sido pérdidas! ¡Y Axel! Le dolía pensar en el joven. Le dolía casi tanto como cuando pensaba en Ulla… ¡Endurécete, *landgrave*!

Tras su regreso, Höllriegl también se había presentado de inmediato en el despacho de Kummernuß para reportar el arma robada. Cuando Höllriegl llegó a verlo, Kummernuß, que no tenía mujer –estaba divorciado por infertilidad demostrada–, estaba en cama con el rostro deformado por el dolor, con uno de sus conocidos calambres de pantorrillas. Aún no se había curado de aquello. («Complicación: pleuresía»). Su siervo, un tipo medio idiota de la Bucovina, estaba todavía allí. Al lado de la cama colgaba el látigo para perros.

Comentaron la situación. Kummernuß, que trabajaba en la unidad de comunicación e información, admitió sin rodeos que no tenía a mano ningún coche de repuesto. Pero conocía a un tipo dedicado al trapicheo que trabajaba como mecánico en una unidad de capacitación del regimiento motorizado de las SS, el número 86 de Sondershausen. Él podría seguramente «liberar» algún Volkswagen, aunque con fecha de fabricación del 58, o quizá hasta podría poner a su disposición un Opel Kadett más o menos en buen estado. A lo mejor hasta tenía la suerte de conseguirle un sustituto para el valioso mapa de carreteras. En caso de que fallaran esas opciones, Höllriegl podría conducir provisionalmente uno de los coches oficiales de *El Heraldo de Kyffhäuser*, lo cual, debido a las asignaciones de combustible cada vez más escasas, sería lo más razonable.

De pronto, Kummernuß, que no paraba de darse masajes en la pantorrilla, puso cara compungida y seria, aunque no era precisamente la cara de un pensador, sino más bien la de alguien a quien le cuesta resolver un crucigrama.

–Camarada, no sé si lo recuerdas, pero el submarino U 209 derribó en el Pacífico un bombardero japonés, y ello produjo una explosión atómica. Eso quiere decir que los japos llevaban a bordo una bomba nuclear –una pequeña– y que la dejaron caer por pura casualidad. Ése fue nuestro pretexto para devolverles el golpe con el mismo tipo de armas. Un pretexto, ¿lo entiendes?

A continuación, Kummernuß se empecinó en continuar con sus reflexiones, y durante un rato sólo masculló algunas cosas para sus adentros.

–Pero no… No tienes que preocuparte por esa pistola de mierda. Ya lo arreglaré yo con mi cuñado, o con el jefe de la Policía Local. Ya sabes a

quién me refiero, a Zenutrian, lo conoces. Mientras tanto, te llevas una de las mías… –dijo, y puso la radio:

«… sobre la base del anexo al Decreto sobre Protección Medioambiental del 18 de marzo de 1936, queda prohibido terminantemente, a partir de ahora, dañar las siguientes plantas silvestres o retirarlas de su lugar natural…».

Höllriegl no podía ya dejar de pensar en aquel comentario de Kummernuß. (Apenas había faltado nada para que el camarada dijera: «Que lo crea quien quiera»). Era la tercera vez en el día de hoy que encendía el fuego de la estufa. Mucho humo y poco calor. A continuación, se preparó un té de camomila y una papilla de cereales. Tenía que ocuparse personalmente de cualquier estupidez. Ingrid, cuando estaba libre, tenía que hacer horas de servicio en la organización de mujeres. Lo más cruel de todo era que desde aquella estúpida borrachera en el área de descanso de carreteras tenía unas diarreas tremendas, por lo que no se atrevía ni a salir a la calle. Cada cinco minutos tenía que correr al retrete.

A la correspondencia de los pacientes –gente con trastornos de próstata, nódulos cancerígenos, impotencia, varices, insomnio– le echó una ojeada rápida con expresión ausente y despectiva. Lo más sagrado, el Reich, estaba en peligro, pero esa gentuza sólo se ocupaba de sus mezquinos problemas. Desde su regreso las cartas permanecían sin ser leídas encima del diván. Y en la planta baja, en la consulta, se apilaban montones de impresos, folletos de capacitación y revistas que tampoco había visto aún. No tenía ganas de nada, el constante malhumor le estropeaba incluso el placer de oír la radio.

Desde la avenida Hindenburg le llegaba un rítmico bramido. Aunque las autoridades oficiales habían ordenado que las marchas fueran discretas, y hasta habían leído en la radio un llamamiento de Köpfler para que ese gran día se pasara de forma digna, es decir, en silencio, en todas partes se estaban produciendo actos políticos espontáneos, sobre todo entre los variados grupos de extranjeros. Tampoco los guardias de honor se comportaban precisamente con recato. Esta vez Höllriegl oyó el acompasado eslogan de los americanos, que también era el grito de guerra de los Minutemen: *«Commercial! Commercial! Commercial! Commercial!»*, gritos que recibían, a modo de respuesta, exclamaciones de *«Siegheil!»*.

Por lo que recordaba, si es que las pastillas de carbón animal le hacían efecto –como curandero acostumbrado a trabajar con productos naturales, aborrecía toda bazofia química–, el doctor Senkpiehl debía recogerlo en su

coche entre las cuatro y las cinco. La verdadera especialidad del doctor Senkpiehl era el estudio del alma alemana, pero ese día, el del sepelio, había recibido una orden para que actuara como médico práctico, y como tal debía presentarse ante el regimiento local de sanitarios. Quizá de ese modo podrían disfrutar un poquito de aquellas pompas fúnebres. ¡Tener que quedarse en cama ese gran día, con una bolsa de agua caliente sobre la barriga, era un castigo divino!

Höllriegl dejó la radio puesta todo el tiempo, pues no se sentía con ánimo para leer. Sólo escuchaba a medias. Desde bien temprano habían anunciado que todas las emisoras del mundo se habían conectado con la radio del Reich, con la excepción, por supuesto, de las pertenecientes al bando enemigo, así como aquellas afectadas directamente por las acciones de combate. En cualquier caso, la audiencia radial y televisiva parecía estar garantizada a nivel global. Sin embargo, había una nota picante en todo ello. La moderación para los oyentes de habla inglesa, por ejemplo, la había asumido *sir* William Joyce, el legendario comentarista de radio al que durante la última guerra se le conocía por el mote de Lord Haw-Haw. Tras la victoria de los ejércitos alemanes, Joyce había regresado a Inglaterra, donde se le concedió el título de *lord*. Sin embargo, aparte de eso, nunca más se había vuelto a oír hablar de él.

También habían ofrecido una descripción exacta de la última ropa que llevaría puesta Adolf Hitler. Según la antigua tradición nórdica, habían envuelto al finado en el Valhjamr, el sudario germánico. Encima le habían puesto el uniforme habitual, una camisa parda, un pantalón negro largo, el brazalete con la cruz gamada: en fin, la vestimenta con la que el mundo conocía al Führer. El féretro llevaba a la altura del pecho, únicamente, las dos distinciones de guerra del Ejército del Emperador: la Cruz de Hierro de segunda clase de diciembre de 1914 y la Cruz de Hierro de primera clase concedida al cabo Hitler en agosto de 1918. Se decía que el Führer, en su testamento, se había opuesto a que lo embalsamaran, y había ordenado también que no le hicieran máscara. (La máscara mortuoria enviada de inmediato a las más altas instancias del Partido, la cual había empezado a comercializarse muy rápido, fue hecha a partir de un busto del hombre vivo y adaptada para la ocasión). Era curioso: el pelo de Hitler parecía, en las fotos de los periódicos, blanco como la nieve.

El sepulcro –instalado muy cerca del monumento al emperador Guillermo,

erigido sobre las ruinas del castillo de Kyffhausen– había sido realizado según los bocetos hechos por el propio fallecido, los cuales se habían mantenido en estricto secreto. Se asemejaba al Mausoleo de Teodorico en Rávena, aunque con dimensiones gigantescas; para él, el Führer parecía haberse inspirado en los decorados de cine para las películas sobre los nibelungos. Por el momento, lo que habían levantado de aquel coloso, empleando una vía de construcción rápida, era un falso decorado, pues se preveía que al menos una generación entera tendría que trabajar para acabar aquella cripta gigantesca. Allí, en una recámara excavada en la roca, en lo profundo de la montaña, reposaría el sencillo sarcófago de roble cuyo único ornamento era una modesta corona de laurel: laurel de uno de los *rostra* del Foro Romano sobre el que fue incinerado el cadáver de César. En un recinto contiguo reposarían a partir de ahora las insignias del Reich, que serían custodiadas por una permanente guardia de honor. Las joyas del Reich, incluida la corona de Kerch, la corona de oro de los escitas, serían sacadas de la iglesia de los Maestros Cantores en Núremberg y trasladadas al Kyffhäuser, para ser depositadas a los pies del Führer muerto.

Y seguían los boletines sobre la situación general, los partes militares y los discursos. En medio de todo ello, los comentaristas de la radio iban enumerando, en listas infinitas, cada una de las unidades y divisiones que habían partido en una marcha desde todos los puntos cardinales hacia la región de la Goldene Aue y se acercaban ahora al Kyffhäuser. Jamás este territorio, que –como era sabido– había sido declarado zona restringida de nivel I-A, había acogido a tantas personas. Aquí no había fugitivos ni refugiados, no se notaba ni gota de pánico, y mucho menos ambiente de guerra. Un mundo enlutado se reunía junto al féretro del más grande de los alemanes.

Las horas transcurrían con lentitud espesa. El humor de Höllriegl mejoró cuando oyó que se habían presentado varias unidades de las Juventudes Hitlerianas deseosas de despedirse de su Führer. Juventudes de la Marca del Norte, de Brunswick –la ciudad Enrique el León–; Juventudes Hitlerianas de las regiones de la Marca Oriental, del Rin central, de Kurhessen, del Sarre-Palatinado. También multitudinarias delegaciones de las JMCCE, la sección juvenil de las Milicias Campesinas Colonizadoras en el Este. Era la gran marcha de los regimientos abanderados de las Juventudes Hitlerianas. ¡Algo

edificante! (A Höllriegl se le humedecieron los ojos, el orgulloso himno de antaño le sacaba las lágrimas: «¡Arriba, alzad nuestras banderas al viento fresco del amanecer!»). Todo esto refutaba el chismorreo según el cual una buena parte de la juventud del Reich –algunos chismosos decían incluso que la mayor partese había pasado a las filas del Werwolf. A Höllriegl lo embargaba un estremecimiento de regocijo cada vez que, como ahora, mencionaban a sus queridos compatriotas austríacos.

–Unidades de las SS del Alto Danubio encabezadas por el comandante regional Schmöllerl. El batallón Austriae de las tropas especiales de las SS y un batallón de las unidades Totenkopf de la Marca Oriental. Las Milicias Culturales de todas las regiones de la Marca Oriental. Los integrantes del histórico Frente Danubio de las SA, que recibieron la orden de marchar al Kyffhäuser mientras realizaban ejercicios de entrenamiento en Pöchlarn, la mítica Bechelaren de *El cantar de los nibelungos*. Las unidades regionales de Salzburgo, Innsbruck y Laibach de la Asociación Deportiva Nacional de las SS. Las Milicias Deportivas del *KdF* en Viena. Una delegación de la ciudad del Levantamiento Popular, Graz, con su alcalde a la cabeza, el brigadier de las SS Sepp Schoißengeyer.[37] Los secretarios generales de los *Gaue* de…

El desfile continuó de ese modo, en todo su colorido, durante horas y horas:

–Fraternidades de la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes y de la Liga de Veteranos: niños, jóvenes y no tan jóvenes vestidos de gala. Les siguen los líderes políticos: los ejecutores de la voluntad del Partido. Y, a continuación, los regimientos de las SS El Führer y Alemania. El *Obergruppenführer* de las SS Killinger marcha a la cabeza de sus hombres. Vítores de *«¡Heil!»* –insertados en la transmisión– reciben las unidades de refuerzo Totenkopf encargadas de las tareas especiales en los campos de infrahumanos. El gobernador de los territorios forales del Este, el general de las Waffen-SS Von Bessemer. También otras cadenas de televisión. Les sigue un grupo de galardonados con el Gran Premio de Escaldos: identificamos, en la cabecera, con su cabello plateado, al gran bardo de nuestra patria, un glorioso guerrero de la pluma: Hans-Henning Weinhold *[vítores de* «Heil!»] y al ganador, este año, del premio en memoria de Joseph Goebbels, Utz Sämund Griper. Desfilan también las Hermanas Pardas de la Beneficencia Popular Nacionalsocialista de Wonnegau. El alcalde de Worms, Horst Bagge.

Los gigantescos hombretones del regimiento de la guardia berlinesa El Viejo Fritz: el portador del chinesco es un cabo tan alto como un árbol que viste el histórico uniforme del ejército prusiano. Vemos también a una delegación del Gremio de Mineros del Reich. Hombres y mujeres de la Defensa Antiaérea, todos portando trajes protectores contra la radiación y caretas antigás, encabezados por su líder, Ingomar Wunderlich. La Casa del Derecho Alemán en Múnich, representada por una delegación que lidera el presidente de la Cámara del Tribunal, el doctor Manfred Amoral. El presidente del Tribunal de Propiedades Hereditarias en Celle, el doctor Jürgen Schoiswohl. La tripulación de la nave espacial Managarmr, que traducido al lenguaje de nuestros días significa «tragalunas». –Una vez más, atronadores vítores de *«Heil!»*–. El rector del Instituto Superior de Educación Física de Leipzig, el doctor Giso von Jahn-Hagel. Y en representación del Frente Alemán de Gimnástica…

Höllriegl se disponía a visitar a su vecina para pedirle prestado un poco de sémola de avena. La vecina era una profesora de trabajos manuales de apellido Eberlein que se había jubilado anticipadamente: Luitgarda Perchta Eberlein, militante del Partido desde 1931 y fervorosa vegetariana, devota de la dieta Waerland. A Höllriegl se le había terminado la sémola, y desde ayer al mediodía todos los comercios estaban cerrados. La señorita Eberlein, esa alma buena, le seguía siendo fiel en su soltería. («Ese huevo quiere sal», pensaba Höllriegl con frecuencia. Pero, en lo relativo a «eso», él no quería nada con ella. Por eso era preciso mantener las distancias. ¡Y una buena distancia!). En una ocasión en que estuvo estreñido –porque en él las diarreas alternaban constantemente con períodos de estreñimiento, razón por la que Senkpiehl le decía siempre que tenía dañado el sistema vegetativo–, la buena mujer le preparó incluso los enemas. Esa vez casi hubo algo entre ellos. Así que: ¡distancia!

–Las banderas y los estandartes, las insignias de lucha del Movimiento, todo envuelto en un crespón negro. ¡Sed duros, camaradas, que no se os note la tristeza! ¡Tenéis lágrimas en los ojos! Pero las banderas ondean luminosas, expuestas al viento matutino, ¡aunque nuestro Führer ya no pueda verlas! Sin embargo, cada uno de vosotros expresa un juramento: «¡Haz de nosotros lo que quieras, Hitler que habitas los astros! ¡También te agradecemos esta hora amarga! ¡A ti te pertenecemos, como hasta ahora, y a ti pertenece nuestro futuro! Nuestro objetivo eterno: la Eterna Alemania…». Cuando se les

pregunta a los miembros de las Juventudes Hitlerianas qué es lo mas grande de esta marcha hacia el Kyffhäuser, cuál sería su sentido más profundo, la respuesta es siempre la misma: «¡Nuestra bandera, que ahora llevamos al Führer! ¡Estamos orgullosos, infinitamente orgullosos de poder llevar un trecho, rumbo a la eternidad, estas sagradas banderas! ¡Llevártelas a ti, Adolf Hitler! Y a veces, cuando el rumor del viento se hace oír entre estos gallardetes, es como si tu mano las rozara. De todas partes, del lugar donde arden los altos hornos y las chimeneas humean, de las costas en las que las olas rompen contra la arena, de las praderas y los bosques, de las grandes ciudades y de la aldea más pequeña, de todos esos sitios hay hombres y mujeres que han emprendido su marcha hacia Heydrich. Esta marcha que ninguna barrera podría detener, tampoco las bombas ni los demonios amarillos, esta marcha que no podrían frenar ni la miseria ni la muerte, es al mismo tiempo la expresión de la unidad y la resistencia de nuestro…». […] «… y una vez más despierta el hombre nórdico, despierta como de un sueño de mil años. Con ojos nuevos mira hacia el mundo que empieza a transformarse con la muerte del Führer y fundador del Reich. El gigante nórdico se reconoce atrapado en una fe ilusoria…». […] «… en el torbellino de un grito de guerra, en el bramido de una marea de profecías amenazantes y propósitos oscuros, en un mundo colmado por la avidez de muerte y la avaricia, este monte del Kyffhäuser, el monte de Federico Barbarroja, constituye un refugio de paz y de reflexión sobre nosotros mismos, pero es al mismo tiempo la firme fortaleza, la roca en la que…».

Höllriegl había tocado a la puerta de su vecina, la maestra jubilada. Todavía estaba como desanimado. La solterona le había abierto la puerta con gesto vacilante, temblando como una hoja. ¿Acaso él también lo sabía?, le preguntó. ¿Si sabía qué?

–El Führer…, que no se nos ha marchado por las buenas…

–El Führer, ¿qué?

–El Führer… –Su voz se convirtió en un ronco susurro… no ha muerto de muerte natural.

(Como un rayo, a Höllriegl le vino a la mente la escena con los clandestinos. «Oiga usted lo que le digo, y dígaselo luego a otros»). La señorita Eberlein estaba a punto de tener un desmayo, Höllriegl tuvo que sostenerla y llevarla al salón, donde imperaba un ambiente íntimo y pulcro y todo olía a ungüento de romero. Había allí también un «rincón del Partido»

igual al que uno encontraba en las viviendas de innumerables familias: insignias, fotos, consignas («EL PARTIDO PIENSA POR TI») y un busto de yeso bronceado de Hitler, rodeado de un crespón negro. Un pequeño altar familiar como los que también habían montado un hombre ejemplar como Kummernuß o el portero Damaschke en la caseta de su portería.

–Köpfler –masculló la maestra–, el Werwolf…

¿De dónde habría sacado esa información aquella mujer?

–La gente lo comenta, toda la ciudad lo sabe –añadió, y, a continuación, presurosa, le entregó la sémola y también unas tostadas digestivas, mientras lo empujaba hacia el rellano–. Preferiría meterme bajo tierra, me estoy muriendo de miedo.

Höllriegl oyó cómo la mujer pasaba los dos pestillos a la puerta, arriba y abajo, y le daba también dos vueltas a la llave. La oyó también sollozar en voz alta. ¡Aquello era absurdo! ¡Debería denunciar a esa escoria! ¡Debería! Pero ¿acaso había denunciado a Unseld y a Diebold? ¿O a los clandestinos? ¿A Gundlfinger? ¿Al joven Axel?

No podía concretar ni una sola idea, todo en su cabeza daba vueltas sin cesar, como si estuviera borracho. ¡Esa sensación paralizante en el cuello rígido! En ese momento anunciaban por todo lo alto la llegada de las delegaciones extranjeras. Pero él seguía sin poder concentrarse. Aquella mente «ajena» afloraba por momentos y desaparecía. Siguió escuchando a medias la transmisión, mientras se preparaba el cereal. «Oiga usted lo que le digo y dígaselo a…». ¡Aquella voz era como el golpe de un martillo, algo imborrable!

Otra vez los clamorosos gritos de *«Siegheil!»*.

–¡… encabezando a los líderes de la República Social Italiana: Italo Vinciguerra! –Infinitas exclamaciones de *«Siegheil!»* y *«Evviva!»*–. Les sigue la delegación del Gran Consejo Fascista, bajo el liderazgo del héroe de guerra Ercole Farinacci. –Gritos de *«Evviva!»* y el sonido de los viejos compases de *Giovinezza*–. El secretario general del Partido Fascista, Marcello Prati, en compañía de siete *Secretari Federali*. Una delegación de las Milicias Fascistas, liderada por su comandante en jefe, el conde Giorgio della Rovere; la delegación la conforman los generales de la Legión Nicola Lorusso, Achille Sanvitale, Ascanio Sforza, *marquese* Filippo d’Este, Cosimo Valori, Ottavio Buzardo, Carlo Strozzi y los líderes de sus cohortes: Attilo Sani,

Francesco Pepoli, Basilio Dionisi, el marqués Sergio della Santa Salsa, Giancarlo Neri, Lionello Pandone. –*«Siegheil! Siegheil!»*–. El líder de la Balilla, Carlino Granvella, acompañado de su ayudante, Ugo Sangiorgio. El presidente del Concejo de la Prensa Fascista, el *commendatore* Lorenzo Malfoto. El presidente de honor del Fascio de Berlín, el doctor Jürgen von Asenwimmer…[38]

Höllriegl había intentado una y otra vez reprimir aquel pensamiento horroroso, pero de nada había servido. A otros muchos les pasaba la misma idea por la cabeza. El Führer había sido…

Una gran oleada de gritos de *«Heil!»*.

–… detrás del anciano Caudillo, que lleva el histórico uniforme de 1936, una delegación del Gran Concejo de Falange Española Tradicionalista, liderada por el secretario general del Partido, Ramón Cristóbal Núñez de Larra y Ortiz. Una delegación, asimismo, representativa de la nobleza de sangre castellana, liderada por el marqués de las Casas y el obispo cardenal de Burgos, Gaspar de Jabirú. También ha acudido una delegación de la Orden de los Caballeros de Santiago encabezada por el general de la orden, José María Torres y Yazábal; la delegación está compuesta por otros caballeros, como el general de brigada Antonio José de Pifia, alias el Tigre, el general de división Francisco Bonafoux, alias el Huracán, el mariscal de campo Carlos Sarmiento de Concuña, y los generales Felipe Pérez de Guzmán, Faustino Collazo y Pérez-Gil, Julio Ruiz de Aldaba, Juan Manuel Durazno González, Diego Sáenz de Aguirre, Rubén Castañas y Garreta y Domingo Martínez de Campos. –Gritos de *«Heil!»*–. Le sigue una delegación del Frente de Juventudes dirigida por el conde Alonso de Segovia, y también delegaciones del Opus Dei y del Banco Popular, lideradas por…

Y poco después:

–Marchan ahora las cohortes de los peronistas, con sus férreas y obstinadas expresiones, sus caras curtidas por el viento y el salitre, saludando con la diestra en alto al fallecido Führer del pueblo alemán; en su cabecera, el general. –Tronantes gritos de *«Heil Perón! Heil Perón! Heil Perón!»*–. Le sigue la guardia de honor del Führer de la histórica organización Tacuara y los hombres de las unidades auxiliares Totenkopf Odessa, organización de los antiguos miembros de las SS en los grupos locales de Buenos Aires, Santa Fé y Tucumán. En su centro, los héroes de la nación Rudel, Galland y Mengele.

La retaguardia la conforman tropas de asalto de las temidas «Pirañas» de la Guayana…

Se oyen entonces gritos de *«Heil!»* que se inflaman hasta crear un estruendo ensordecedor, al punto de que es preciso interrumpir el anuncio de las delegaciones. En medio de todo ello, a ritmo acompasado, saliendo de las gargantas rudas del salvaje oeste, los gritos de combate de los americanos: *«Commercial! Commercial! Commercial!»*. Eran los delegados de los Estados Unidos Vasallos de América, anunció el comentarista, cuya voz conseguía de nuevo abrirse paso lentamente entre tanta algarabía para contar que esos nuevos delegados marchaban en limusinas con carrocería antibalas, y saludaban con sus sombreros alones mientras avanzaban por entre las filas dispuestas a ambos lados.

–… y vemos ahora al encargado del Consejo Tripartito de los miembros del Ku Klux Klan, el senador William Washington Wagonner, al que llaman Dóblui-Dóbliu-Dóbliu, quien ha acudido a estos actos en representación de su líder absoluto, actualmente enfermo, el general Fazlollah, y ha cruzado el océano para estar presente en estas honras fúnebres. Y saludamos también al equipo de nueve hombres de la liga The Invisible Empire, que muestran sus blancos atuendos en forma de albornoz y sus capuchas blancas, los secretarios de Estado Roy «Tarzán» Stuvengen, Bart M. Prefabber, Georgie Hank Squire, Harvey A. Pedersen, Rail Tycoon Jay Gould, Claude La Crosse, Edward R. Konchegul, Mackie Macbeth Hueffer y Harry S. Gnome. Saludamos, asimismo, al líder de los gloriosos Minutemen… –El estruendo debido a los gritos de *«Siegheil!»* y de *«Heil!»* se hizo tan intenso en ese instante que la radio pareció estar a punto de reventar–… y Ted Akimbo; el líder de la organización Nazi-All-American, John Adolf MacKinley; el líder del Aryan Crusade Movement, el productor de televisión Lewis «Hi-Fi» Colorado; el líder del movimiento We the People, el doctor Sheldon Pryce; el líder de la Liga Nacional de Asuntos Raciales, Franklin «Bayard» Skindiver; el presidente de la Liga Sur de Hombres de Negocio Americanos (la Union of Gentile American Businessmen of the South), Virgil O’Peewe; el presidente y director del grupo bancario Hash, Dash & Cash, Gene «Fatso» Donohue; le líder de la Convención Nacional de Indignados (CNI), Lloyd F. Kindelberger; el líder de la YMAA (la Young Men’s Aryan Association) y de las Juventudes Hitlerianas All-American, Irwin Jimmy Guiffre; el líder de la gloriosa

American Legion, Clarence A. Bugaboo; el líder de la All-American Commercial Church, Father Rhyne; el héroe nacional y líder de veteranos… –*«Siegheil!», «Heil!», «Heil!», «Siegheil!»*–… el general mayor Harold A. Walker; el presidente del Federal Reserve Bank, Delaware M. Flagler; el líder de los Teuto-American Freedom Corps, Archie «Pep» Guggenheim; el ministro del Labor Planning, Del Pumper; el portavoz de la All-American Holy Trade Association, el reverendo Hiram C. Susskind, más conocido por su sobrenombre de Loudspeaker of the Allmighty; el líder de Knights of the New Order, Hughie Popcorn Stelle; el líder de la Liga de Defensa The Texas Hats, Billy MacGehee, así como el presidente de la All-American Chamber of Commerce, Harold P. Updegraff.

»Saludamos también a la delegación de los llamados Exorcistas de Minnesota y de la hermandad The Holy Killers, liderados por el general William Salem Schwob; a los valientes cosmonautas S. Ranger Nitribit, Dwight Hal Shuster y S. A. Yevdokimov; al presidente de la National Blood & Soil Corporation, Duncan Hee Highfalutin; al alcalde de la ciudad de Nueva York, Cyrus W. Cooke; al alcalde de Corpus Christi, Anthony Mayflower Duffield; al miembro del consejo de dirección de Bethlehem Steel Works, Herodes M. Langmuir; al presidente de la National Broadcasting Company, Howard A. Nettlefolds, y al popular director general de Deportes, Bus Ham. Asimismo, damos la bienvenida a una delegación de los bravos Caballeros de Colón, quienes, vistiendo sus típicos y pintorescos atuendos, con su capa, sus puñales y sus sombreros de pluma, acaban de hacer su entrada liderados por el gobernador de Wisconsin, E. Neville Stronghold; y también al vicepresidente del MacCarthy Freedom Forum, John Ford O'Maille; a continuación…, Jim «Budt» Clews –tronantes *«Siegheil!»*–, que encabeza a los temidos *rednecks*; al presidente del National Education Service, el obispo Cecil W. Gutheissen; al catedrático de Estudios Raciales de la Universidad de Yale, el doctor Carlton Bazooka; al presidente del National Broadcasting System, más conocido por *«The Voice of America»*, Gus Boaster Andrews; al presidente del Comité de Investigaciones de Actividades Antinorteamericanas, el juez T. Himmler Parnell; al presidente de la New York Stock Exchange, Luther S. Curb…

Höllriegl bajó un poco el volumen y se obligó a leer algún libro: el de Schultze-Rüssing, por ejemplo, o el ensayo de Schubert titulado *¿Por qué creer en Dios*?, o el manual de Schneidmadl *Breviario de sentencias de*

Martin Bormann. Imposible. Su estado de ánimo sólo le alcanzaba para hojear un poco los impresos, pero para un estudio serio todo esfuerzo era vano. Por ejemplo, cuando leyó en el manual de Rüssing la descripción exacta de lo que era un empalamiento, no pudo sino pensar de inmediato en Ulla…

–… nos visita también una delegación del Nordiska Radet bajo el liderazgo del anciano Vidkun Quisling. –*«Siegheil! Siegheil! Siegheil!»*–. Un grupo de las Juventudes Nórdicas, en cuya cabecera marcha el capitán de hordas, Haukur Aadahl, y el líder de su rama juvenil, Magnus Ruud. Están también una compañía de lansquenetes del *Obergau* de las Juventudes Hitlerianas Thule, de Reikiavik, encabezados por su líder territorial, Axl Herjólfsson, y su ayudante, Thorkel Leira. Los jóvenes llevan una pancarta con una consigna en alemán e islandés: «Alabado sea lo que nos endurece». –Gritos de *«Heil!»*–. Una delegación del Protectorado Anglosajón presidida por su gobernador, el barón Von Börlitz y el líder del Partido y *Obergruppenführer* de las SS *sir* Oswald Adolf Mosley, ambos rodeados por un séquito de *dryhts*. El gobernador del Reich para los territorios del Oeste, el *Obergruppenführer*-SS Karlhermann Opferkuch, acompañado de su ayudante, el *Brigadeführer*-SS Verbelen. También tenemos una delegación del Estado Libre de Bretaña encabezada por Marcel Déat. Miembros del Gran Consejo de Borgoña y, a su lado, el canciller Léon Degrelle. También están aquí el apoderado del Reich en el Gran Consejo de Coordinación Occidental con sede en París (GAK), el coronel general Teja Hergesell. Vemos pintorescos grupos de las milicias rurales del Báltico, y vemos también al comisario del Reich, el general Vlassov, acompañado de delegaciones de las Confederaciones de Caucasia, Transcaucasia y el Rusj. Una delegación de la Liga de Defensa de Rurik presidida por el general de brigada, el príncipe Vasili Lukitsch Dolgorukij. Delegaciones de las cuatro provincias varegas, Askold, Truwor, Sineus y Dir, encabezadas por el intendente de Policía de la región Centro-Este, el brigadier y mayor general de las Waffen-SS, Gerhard Holste. El ex gobernador general de la región, el doctor Hans Frank. –Infinitas exclamaciones de *«Heil!»*–. El líder juvenil Wilfried Andergassen acompañado de su Estado Mayor. Asimismo, el líder de las Unidades de Autodefensa de Ostlandia y jefe de las milicias campesinas, el teniente general Traugott Hreidar von Svemmel. Delegaciones de las juventudes

nacionales de Franconia, Borgoña, Helvecia, Anglosajonia, Frisia y Bulgaria, con todas las banderas de sus campamentos y pelotones engalanadas con un crespón fúnebre. Una delegación de la Liga Juvenil de Guerra Kemal Atatürk, llegada desde el Protectorado Otomano. Representantes de la Guardia de Hierro y de las Juventudes Nacionales de Rumanía, la Straja T·aˇrii. Delegaciones del Partido de la Cruz Flechada en Atlinik, nombre actual de Budapest, y de HorthyVáros. Al *poglavnik* de Croacia y Eslovenia, doctor Ante Pavelic´, lo acompañan sus ayudantes Stanko Bogdan y Damjan Skopic´. –Atronadores gritos de *«Heil!»* y *«Slava!»*–. El general chetnik Platon Grgicˆ y un grupo de altos líderes de los chetniks y los ustaschas. –Gritos de *«Heil!»* y *«Slava!»*–. Los integrantes de la Guardia de la Hlinka eslovaca, que visten sus históricos uniformes –*«Slava! Slava!»*–. ¡… Y ahora, en perfecta fila, los bóers! –*Siegheil! Siegheil! Siegheil!*–. A la cabeza de la delegación, el Concejo de Patriarcas de la República Afrikaander, de los Estados Libres de Ciudad del Cabo, Oranje y Transvaal. Les siguen delegaciones de las SA de los Bóers, provenientes de los Estados Libres y de la histórica Reddingsdaadbond, así como representantes de la honorable Ossewa Brandwag, los llamados Centinelas del Carro de Bueyes, que portan sus antiguos uniformes y el estandarte con crespón de la *Vierkleur*, la cuatricolor bandera del Transvaal, así como la trinidad del Afrikáner Broederbond… Incluso en esta cabina insonorizada escuchamos el grito de combate de los bóers, *«Blanke baaskap!»*.[39] –Fundido de los gritos de *«Baaskap!»* y de *«Siegheil!»*–. Le sigue una delegación de la Iglesia Reformada de la Baja Alemania en Johannesburgo, con las banderas de su sínodo, en las que podemos leer su consigna electoral: *«EEN LIGGAAM EN EEN GEES!»*, «UN CUERPO Y UN ESPÍRITU». Y es el turno ahora del conde de Jerusalén, un robusto anciano que lleva sus pintorescos ornamentos y va acompañado de los caballeros del País de la Orden Germánica –antigua Palestina–. Pasan ahora seguidores del Concilium Legionis Mariae y abates de la Catena Legionis, delegación que llega directamente de Baile Atha Cliath, capital de Eire, y que luego… –Tumultuosos gritos de *«Siegheil!»*–, y que son saludados atronadoramente por los soldados de la guardia, en gratitud por el apoyo de la mayoría del consejo de la legión de Eire, así como del senado de las legiones de Colonia y Viena, del Comitium de Friburgo y de todas las curias alemanas, que se han puesto unánime y espontáneamente

al servicio del Nuevo Orden, distanciándose de la pandilla de traidores irlandeses que intentaban pactar con los insurgentes…

Poco antes de las cuatro –Höllriegl, que aborrecía su inactividad y confiaba en la llegada de Senkpiehl, había pasado esas horas presa de un nerviosismo torturante– sonaron a través de los altavoces los majestuosos y estremecedores sonidos de los lurs. Era la señal de que se iniciaba el gran retiro a la montaña, es decir, el momento culminante de las pompas fúnebres.

–… han hecho su entrada las columnas de uniformes de color pardo de las SA, los regimientos de las SS. Una hilera de convoyes del ejército que se pierde en el infinito ha subido por las calles de la ciudad hasta el Kyffhäuser. El luto pone sordina a sus pasos. Lentamente, los bloques del desfile van cubriendo los prados y las laderas.

La voz del comentarista sonaba grave y compungida, y su manera de hablar atrapaba desde el primer instante. (A Höllriegl le llamó la atención que hubieran mencionado a las SA en primer lugar, lo cual no podía ser sólo fruto del azar. ¿Una concesión al Bundschuh? Se sabía que muchos miembros de las SS simpatizaban con el Werwolf…).

–El crepúsculo va posándose sobre estas multitudes, los negros bosques saludan desde la distancia, ataviados de luto, solemnes. Los reflectores iluminan las banderas con crespones negros y la amplia explanada hacia cuyo centro marchará el tanque de la marca Tigre que porta los restos mortales del Führer y fundador del Reich. El gigantesco frente de dos tribunas, con los asistentes al sepelio llegados de todo el mundo, se muestra radiante bajo esta mágica avalancha de luz. A ambos lados de las tribunas se alzan los fuegos de las piras.

Un poco antes de que haga su entrada Ivo Köpfler –el hombre al que el fallecido fundador del Reich universal ha entregado su antorcha feneciente para que sea él quien la porte con mano firme hacia un nuevo amanecer de victorias y glorias– se apagan todas las luces, sólo quedan débilmente iluminadas las banderas y los estandartes. La expectativa de cientos de miles de personas alcanza su clímax.

Entra entonces un comando. Una vez más se alinean los batallones del Movimiento, ellos son la gran avanzada del Ejército Popular Alemán, que hoy también ha formado aquí haciendo gala del mismo espíritu, sumido en

una profunda tristeza, pero también con la orgullosa confianza en la nueva dirección. –De nuevo fanfarrias de lurs–. Junto a la puerta de la tribuna occidental han ocupado sus puestos Ivo Adolf Köpfler y todo el cuerpo de jefes y líderes del Reich mundial. Esperan al finado. Esperan el elemento mortal de la figura de Adolf Hitler. Su espíritu inmortal, en cambio, los colma y fortalece, y ellos, todos, están llamados a defender su herencia sagrada y a asegurarla para el futuro.

El imponente tanque cubierto de cicatrices, veterano participante en la victoriosa campaña de los ejércitos alemanes en el Este –el cual, para este último viaje, ha recibido una leve mano de pintura negra– ha hecho también su entrada: sobre él reposa, en un sencillo sarcófago de roble, el fallecido Führer de los alemanes. El tanque marcha ahora en solitario: los vehículos que lo acompañaban, de todos los cuerpos del Ejército, han hecho guardia de honor ante el finado, pero ahora permanecen respetuosamente detrás. Un profundo silencio de arrobamiento se cierne sobre la ancha plaza. Ha empezado el gran retiro a la montaña.

Ivo Adolf Köpfler da un paso hacia delante; lleva la cabeza descubierta. Comienza ahora, acompañada por una coral que se oye en la distancia, la indescriptible marcha del nuevo Führer atravesando la plaza vacía, esa marcha solemne, expresión de la gratitud que el pueblo alemán debe al fallecido fundador del Reich. Sólo los ayudantes, los ministros, el *Gauleiter*, Uwe Heckroth, y el director de organización del Reich, el doctor Markward, acompañan a la distancia que corresponde la marcha de este hombre grande en su humildad ante la muerte, ante los sacrificios que alemanes de todo el mundo han hecho, guiados por su firme confianza en la victoria de una causa justa.

Bajo los sonidos de los lurs y las fanfarrias fúnebres que opacan los cantos de la coral, Ivo Köpfler avanza hacia el negro altar de acero sobre el que reposa el cuerpo de Adolf Hitler, un monumento que es símbolo de victoria, de la voluntad de vencer de la nación. El silencio de miles y miles de personas lo rodea.

Köpfler se detiene ante el catafalco. Con la diestra alzada, rinde los debidos honores al gran finado de la historia de Alemania, y con él, a todos los héroes que dejaron su vida en la fe y la lealtad a Adolf Hitler, en aras de la grandeza del pueblo alemán. La voz de Köpfler resuena a través de aquella oscuridad: «¡Mi Führer, presento ante ti a todo el pueblo alemán, reunido

aquí para el último pase de revista!». Unas palabras que, en ese mismo instante, se escuchan en los rincones más remotos del planeta.

Resuena entonces la orden: «¡Quitaos los cascos para la oración!». Los cascos, las gorras de cientos de miles –de ese grande y glorioso Ejército del pueblo alemán– son retirados, las históricas insignias militares del movimiento político que ha visto algunos momentos duros en su historia han sido arriadas para honrar al muerto. En medio del silencio de esos segundos y minutos uno cree escuchar el paso férreo de la historia del mundo; la fuerza y la energía del acontecimiento pone los nervios a flor de piel.

A continuación, empiezan a cantar los Junker de las fortalezas de la Orden en Dankwarderode y Crössingen. Forman dos coros delante de la tribuna, creando un frente delante del catafalco. «Sagrada Alemania», es el himno que entonan. Cantan por todos los allí presentes. Y entonces se oye un sordo redoble de tambor. Ivo Köpfler permanece inmóvil delante del sarcófago de Adolf Hitler, es la vida imagen de la fuerza contenida. Una voz llama, es una voz joven y radiante que se alza en el aire como un Aar, un águila mitológica. –Fundido de la voz–: «¡En tu figura, Führer inmortal, honramos a los muertos de nuestro Movimiento!». En medio del tenso silencio, una banda de música de la Wehrmacht toca *El bosque de Argonne* y la canción del *Buen camarada*. Es un sonido tenue, lento. –Fundido de la música–. Y ahora Ivo Adolf Köpfler recorre el camino de vuelta en compañía de sus ayudantes. «¡Banderas, marchad acompasadas!». El centelleo de las puntas doradas se alza a un lado y otro de los muros. La bandera de la sangre es portada por el anciano Grimminger, testigo de tantos congresos del Partido que hicieron época. En ese momento, el imponente bloque de regimientos avanza bajo los marciales compases de la *Marcha Badenweiler*, llenando el espacio vacío de vida palpitante. Se le unen las banderas de las tropas de asalto, que se desparraman, en un desfile triunfante, a ambos lados de las tribunas, algo por encima de las rampas en las que las cohortes de uniformes negros y pardos se alzan como paredes –… en esta ocasión aluden primero a las SS…–. La marea de banderas rojas se adentra en los corredores que los regimientos participantes en el desfile han abierto para ella. Sin embargo, la mayor parte de las banderas ha quedado detrás, se ordenan en ocho estrechas franjas radiales que parten del cuadrado con el féretro de Adolf Hitler. Un grandioso

símbolo de fuerza contenida, una imagen que ilustra a la perfección la fortaleza del unánime credo político de estos hombres.

–De repente los reflectores elevan sus rayos al cielo del anochecer; como llamas, lanzan sus haces de luz hacia las alturas, se buscan y se unen para erigir sobre la multitud silenciosa una catedral de fluida luz azul.

»Majestuosa se alza la bóveda de esta catedral de luz alemana por encima de todos nosotros. ¡Qué inolvidable espectáculo! ¡Casi demasiado bello e imponente como para ser concebido por el hombre! Son miles de reflectores dispuestos por la Wehrmacht en torno al Schlachtberg, el monte de la última batalla, los cuales envían ahora en vertical sus rayos hacia el éter de la noche. Una pared luminosa forman esos haces brillantes en torno al círculo del monte Kyffhäuser.[40] Y esa abundancia de luz que da forma en el infinito a las iniciales A y H, es la que ha creado la gigante cúpula de esta catedral alemana…

Höllriegl había estado escuchando con expresión cada vez más devota. El mentón se le había descolgado de puro arrobamiento, tenía la boca entreabierta. Su rostro mostraba un aspecto infantil, blando y fláccido, como si se derritiese bajo el impacto de la música. Intentaba no perderse ni una palabra, pero no comprendía todo lo que decía el comentarista. Sintió un escalofrío, sus pensamientos nerviosos y febriles vagaban sin rumbo. Maldito destino que lo obligaba a estar inactivo en un día como ése. (¡Y para colmo, todo aquel padecimiento tan poco viril e indigno!). Tenía que esperar. ¡Esperar! ¡Ah, esa espera agotadora! Höllriegl caminó entonces hasta la ventana y contempló por largo rato el flameante esplendor del cielo. Una imagen de inefable belleza y poderío. ¡Eso era! De todos modos, él no podía distinguir las iniciales del Führer, la luz lo cegaba. Un dolor punzante el los globos oculares le hizo cerrar los párpados. Dios sabía que no se sentía bien, que estaba enfermo. ¿Dónde se habría metido Senkpiehl? ¿Por qué diablos no llamaba? Eran casi las cinco. ¡Hora más que suficiente! Como había hecho varias veces ese día, marcó el número con las manos temblorosas. Nadie le respondió. Senkpiehl no estaba, claro. Estaría tal vez en camino hacia allí, pero sólo podría avanzar muy lentamente entre todo aquel gentío, si es que podía. De todas maneras, a un médico de servicio tendrían que dejarlo pasar…

Una voz vigorosa tronó en los altavoces. Había empezado la ronda de

discursos:

–… en esta hora de introspección en la que debemos decir adiós a Adolfo Magno, en estos instantes en los que está en juego la supervivencia del Reich y de todo Occidente, cuando las infaustas hordas de las profundidades de Asia, infrahumanos con una sed de sangre inaudita en la historia, se han puesto en marcha para arrebatarle al pueblo alemán los frutos de la victoria más grandiosa de todos los tiempos, para esclavizarlo y exterminarlo, debemos pronunciar este honroso juramento de lealtad al nuevo Führer. –Atronadores gritos de *«Heil!»* e infinitos coros de «¡Muerte a Japón!»–. Y debemos hacer que ese juramento se escuche en el firmamento. ¡Un pueblo, un Reich, un Führer! Mil años de añoranza y anhelos, de esperanzas y temores, de sangre derramada y de sacrificios hechos por los mejores hijos de nuestro pueblo, hallaron en Adolf Hitler y en su sagrado Tercer Reich su máxima coronación. Hoy la encuentran en Ivo Köpfler. Mil años de historia alemana…

La voz quedó opacada por un tumultuoso e indescriptible clamor del que poco a poco fueron desprendiéndose unos coros cuyo clamor era cada vez más intenso: *«Heil Köpfler! Heil Köpf-ler! Heil Köpf-ler! Heil Köpf-ler! Heil Köpfler! Heil Köpfler…!»*.

¿Y Ulla? ¿Dónde estaba esa mujer? Todavía le ardía la cicatriz de la frente. Ella le había pegado como a un perro. ¡Ella, la magnífica, lo había azotado! Pero él, aun así, volvería a prosternarse ante ella, le suplicaría, él mismo le alcanzaría el látigo…

–… a fin de provocar el cambio. El enemigo hereditario de la raza blanca ha intentado… –De nuevo, otra oleada de gritos: «¡Europa, despierta! ¡Muerte a Japón!»– … Esos demonios amarillos han intentado inundar nuestro continente, y no han dudado, para ello, en desatar un conflicto nuclear. Nosotros hemos devuelto el golpe en un contraataque terrible –estruendosas exclamaciones de *«Siegheil!»* y redobles de tambor–, y hemos conseguido acallarlos. La responsabilidad ante la historia universal no recaerá sobre nosotros, que hemos visto con paciencia infinita los actos criminales del Soka Gakkai… –coros de «¡Muerte al Gakkai!»–… y sus liados imperialistas; esa responsabilidad recaerá únicamente…

¿Estaba Ulla todavía en Alemania? Tenía que encontrarla. ¡De inmediato! Pero, ¿cómo? Era imposible cruzar en medio de las multitudes. ¡Tendría que

hacerlo a pie! Pero ¿era posible? Tendría que luchar y abrirse paso, enfrentando cualquier obstáculo, como había sabido hacer el pueblo alemán.

–… nuestro sitio bajo el sol… infrahumanos, bestias, una sublevación de animales apocalípticos… pandilla de criminales como no ha existido jamás en la larga y sangrienta historia de la humanidad… un escupitajo del infierno… una conjura internacional… y frente a ellos, la nobleza de la sangre… lo sagrado… la estirpe… el cometido de la heroica raza ario, la estirpe heliogermánica… los rubios, los iluminados, los celestiales… A ella le está reservado, a la raza superior… Hombres racialmente bellos… en nuestras fortalezas y conventos para la cría de madres… la religión de nuestra estirpe dominadora… han convertido a Frauja en vástago de judíos… la reencarnación del Salvador llevaba el nombre de Adolf Hitler… Y ahora, una vez más, nos ha llegado un Mesías en la figura de Ivo Adolf Köpfler… –Tumultuosos gritos de *«Siegheil!»* y redobles de tambor.

¡Una vergüenza que él, en esa inmensa hora de consagración, no pudiera concentrarse! ¡Ulla! ¡El cuerpo de Ulla! Un cuerpo alemán, una realidad alemana, rebosante de fuerza: sólida, nervuda y vigorosa…

–… con el propósito de fortalecer al máximo la capacidad de respuesta de nuestro pueblo y su Ejército glorioso, la Wehrmacht, tanto en lo material como en lo espiritual. E igual de desmedido ha de ser nuestro fanatismo a la hora de destruir a aquellos que se atrevan a desafiarnos. ¡Dicho sea todo esto en tu alabanza, Adolf Hitler! Hay entre nosotros gente que lo critica todo, que de todo se queja, gente de poca fe, y también gente malvada que aún no ha comprendido ni ha querido comprender que una época difícil y llena de riesgos necesita de hombres endurecidos, forjados en hierro y acero, hombres de dientes afilados, poseedores de la fuerza nuclear y de las armas láser. Y esa época nueva, dura y riesgosa, tiene su símbolo en este continente el nuevo Führer… –Varios minutos de tumultuosos gritos de *«Siegheil!»*–. Sí, en el nuevo Führer Ivo Adolf Köpfler y en nadie más; su símbolo es Ivo Köpfler, el hombre que ha recibido de manos del fallecido fundador del Reich el testamento y el fundamento… Si una gran nación como la alemana, con una historia de casi dos mil años, no se deja arrebatar la fe en el éxito y cumple su deber con fanatismo y obediencia de soldado… Y al final, no importará si son tiempos malos o buenos…

¡Ulla! ¡Sus senos, sus muslos, su regazo, su olor! ¡Esos finos vellos rubios

en sus brazos! ¡Que le pegara! ¡Que le pegara otra vez! ¡Pero quería tener la oportunidad de abrazarla, como en aquella ocasión…!

Al final, hacia las seis y media, tocaron a la puerta. Allí estaba Senkpiehl. Tenía la expresión perturbada, como si se sintiera acosado. Aquel hombre, normalmente tranquilo y con aires de superioridad, parecía tremendamente excitado.

–He tocado infinidad de veces –dijo al entrar impetuosamente en el salón–. Oiga, dese prisa si quiere venir conmigo, aunque no se lo recomiendo. Tengo que viajar a Berga. He recibido la orden por radio: debo viajar hasta el kilómetro cincuenta y dos, donde se encuentra mi columna. ¿Se ha enterado ya de todo?

Mientras Höllriegl se preparaba, Senkpiehl empezó a hablar a borbotones, primero de forma entrecortada y nerviosa, pero más tarde con cierto control de sí mismo, y hasta con la ironía que le era propia.

Empezó hablando de cierto incidente que había sumido a la muchedumbre en una especie de frenesí. («¡Histeria de masas, se lo aseguro!»). En la nueva carretera que subía serpenteando por el monte hasta llegar a la cima, dos muchachas rompieron la doble fila de los guardias («Un enigma cómo lo consiguieron») y se lanzaron delante del tanque que portaba el féretro del Führer. Los cuerpos habían quedado, literalmente, hechos papilla, y un equipo de bomberos tuvo luego que lavar las cadenas, la carrocería y las ruedas del tanque y retirar los trozos de las chicas. La inmolación de estas dos jóvenes obreras causó en el público una conmoción indescriptible e inesperada: lo sumió casi en un liberador estado de euforia, de ebriedad. Y lo más curioso de todo fue ese extraño gemido generalizado. Las chicas habían gemido cuando se arrojaron delante del tanque. Luego vino el momento en el que los huesos fueron triturados: un ruido leve y característico que, por supuesto, pudieron oír los que estaban cerca.

En la poco visible carretera de la montaña, los guardias que bloqueaban el paso eran más escasos, por eso a la multitud le resultó más fácil romper la cadena, rodear el tanque y trepar al vehículo. Hubo algunos que hasta se pusieron a bailar y a gritar; luego empezaron a embadurnarse con la sangre de las jóvenes muertas y a arrancarse mutuamente las ropas del cuerpo. Ese ambiente espantoso, aquel entusiasmo tan horrendo, no mostró al principio ningún síntoma de hostilidad. Sólo cuando las unidades del Cuerpo de

Motoristas y los hombres de las SS empezaron a actuar con brutalidad, repartiendo golpes e incluso algunos disparos, se produjo una terrible pelotera. La multitud sublevada, entre ella muchos hombres uniformados, arrancó a los motoristas de sus motos con sidecar, detuvo el coche que seguía al tanque y sacaron fuera a sus tripulantes. Se produjeron entonces algunas muertes lamentables. El gentío desalojó también uno de los camiones con altavoces, y un hombre con el uniforme de las SA empezó a hablar por el megáfono. Lo que estuvo vociferando en medio de aquella oscuridad producía terror, pero, curiosamente, sonaba tan familiar y consabido que la multitud ni se inmutó y continuó con sus desmanes. Según aquel hombre, Köpfler había asesinado al Führer de un modo bestial. Se sabía que el médico de cabecera de Hitler, un secreto fanático del Werwolf, había suministrado a su paciente una serie de «inyecciones» que acabaron provocado un momentáneo *rigor mortis*. Cuando Hitler despertó de su rigidez, estaba ya encerrado en el macizo sarcófago. Y dado que este tenía un canal de ventilación, se supone que el Führer se mantuvo con vida todavía durante un tiempo. («Quizá aún esté vivo, en un estado de tormentosa agonía», añadió Senkpiehl).

Se decía que los cómplices de Köpfler, que hacían la guardia de honor ante el féretro, escucharon unos arañazos, ruidos de alguien que escarbaba, estertores, pero se deleitaron oyéndolo. También la llamada «última voluntad del Führer», su Testamento, no era más que una falsificación de principio a fin, aunque bastante burda. Había sido grabada por un doble de voz. (Diebold le había descrito el asesinato casi con las mismas palabras; en la mente de Höllriegl volvió a aflorar en todos sus detalles aquella escena con los clandestinos ocultos bajo tierra).

–Köpfler –continuó Senkpiehl, que parecía haber olvidado toda su prisa del principio– se ha propuesto con ello dos cosas. En primer lugar: vengarse personalmente del Führer, de manera muy especial por lo que tuvo que soportar en su momento en una cárcel de Múnich, en una celda destinada a los condenados a muerte. Las características principales del Diablo de los Bosques son la cobardía y el afán de venganza. En segundo lugar, gracias a este golpe de Estado en frío, ha querido hacerse con el poder para él y para sus incondicionales, algo que casi ha conseguido del todo. Porque, salvo unos pocos hombres ocupando puestos de menor importancia en el gabinete, el

nuevo Gobierno del Reich se compone de gente del Werwolf, es decir, de ejecutores de la voluntad de Köpfler. Está, por ejemplo, Hassenteufel, uno de los principales teóricos del MATNAC. Claro que ha habido alguna que otra defección. La principal ha sido la de Firbas. Köpfler siempre pensó que ese hombre le sería leal hasta la muerte, pero por un chivatazo que tuvo lugar poco antes del golpe definitivo contra el Führer ya gravemente enfermo… (Por si no lo sabe, puedo decirle que Hitler padecía desde hace tiempo de una avanzada arterioesclerosis: senilidad se la llama en el gracejo popular). Pues se supo entonces que Firbas había estado en estrechísimo contacto con el Bundschuh. ¡Se codeaba con ellos y de qué manera! Desde que fue destituido no se le ha vuelto a ver en público. Como si se lo hubiese tragado la tierra. Tal vez ya lo hayan liquidado. Köpfler ha tenido mala suerte con la elección de un *Reichsführer* para las SS: primero Diebold, y luego Firbas. ¿Y Landsittel? Landsittel viene de las filas de las milicias de autodefensa del Este, un SS fanático y propagandista del Asgard. Pues ¿qué cree usted? El tal Landsittel se pasa a las filas del Bundschuh justo antes de que cayera la Pared del Este. Hoy ya sabemos todo eso. Pero lo que el superlisto de Köpfler no sabía, ni siquiera sospechaba, era que inmediatamente después de la muerte de Hitler (o mejor dicho: tras su lenta asfixia), medio mundo se rebelaría contra el Nuevo Orden. Los japos tuvieron el oído más fino en ese sentido: creo que sólo estaban esperando una señal. Y la verdad es que no me extrañaría que en determinado momento ya supieran de las intenciones criminales de Köpfler cuando incluso ni siquiera este último tenía claro lo que iba a hacer. Esos japoneses pueden leer el pensamiento a miles de kilómetros de distancia. En fin, luego vino el fatal incidente con el avión. Lo de ese avión, de eso ya no cabe duda, fue un plan maquinado en el Ministerio de Aviación, que recibe órdenes directas del Ministerio de Guerra, cuyo ministro, casualmente, es el propio Köpfler. ¡En fin! Sin embargo, todo se hizo con tal grado de diletantismo que hasta esas gallinas amarillas no pueden ahora sino reírse. ¿O ha oído usted hablar de algún caso en el que una bomba atómica explote cuando es abatido el avión que la porta? ¡Sólo al pueblo alemán le pueden hacer creer tal cosa! A fin de cuentas, ya no vivimos en los magníficos tiempos de Gleiwitz.[41] Köpfler debió de imaginarse de otro modo su toma del poder. El asunto con el Führer fue un «asesinato perfecto», sólo que un pelín demasiado perfecto. Y luego vino el motín de la Fuerza Aérea.

Todo sucedió de golpe y de manera sucesiva. ¿Qué más podemos pedir? Esta guerra está perdida, aun cuando quememos diez ejércitos. Y nada más inteligente ahora que salvar el pellejo. Es lo que, en mi caso, haré o intentaré hacer. ¡Y ahora, vámonos!

Höllriegl estaba desconcertado. ¡*Herr* Barbiturik –que era el apodo de Senkpiehl–, normalmente tan precavido y atinado, estaba desbocado! Jamás lo había visto así. Si Senkpiehl le hablaba de ese modo sin tapujos a un funcionario y fiel militante del Partido, era que había sucedido algo irreparable. ¡Algo maligno, incurable! La palabra «senilidad» había afectado profundamente a Höllriegl. Sí, el Führer había envejecido, eso era cierto. Pero la edad hacía a la gente más sabia. Y el Führer siempre había sido para él la encarnación de la sabiduría aria… (Senkpiehl, por su parte, llevaba el distintivo del Partido. ¡Así estaban las cosas en sus afiliados!)

Confundido, siguió por escaleras al médico que lo antecedía con toda prisa. De repente, como un relámpago, esa idea: ¿estaría Senkpiehl compinchado con los clandestinos? Cuando ya estaban en la calle, Höllriegl recordó que había olvidado la pistola que le prestara Kummernuß. Subió la escalera a zancadas. Antes de salir, había bajado el volumen al altavoz. Y como no encontró de inmediato la pistola –al tiempo que Senkpiehl, impaciente, tocaba el claxon abajo–, subió el volumen. Lo rodeó, por un instante, el sonido de unas campanadas que se sucedían unas a otras, campanadas graves y oscuras, más agudas y claras, los tañidos iban llenando la habitación con un rumor cada vez más poderoso.

–… la campana de la Iglesia Conmemorativa del Káiser Guillermo, de Berlín, ha iniciado este gran homenaje, y las han secundado todas las demás campanas de la capital del Reich; podemos distinguir muy especialmente el sonido de la campana de la iglesia castrense de Potsdam y la de Dorotheenstadt; oímos luego las de la catedral de Colonia, las de Ulm y Speyer, el tono grave de la campana Pummerin de la catedral de San Esteban, en Viena, las de San Pedro, las de Notre -Dame, Rouen y Chartres, las de Praga, San Petersburgo y Kiev, las de la catedral de Uspenski en el Kremlin y la de la catedral de San Basilio. Se oyen ahora las lenguas de bronce de las iglesias locales en la patria del Führer y sus ancestros, las campanas de Braunau y Leonding, las de Groß Wolfgers y Döllersheim. Repican todas al unísono, unido ahora, y es como si este llamamiento solemne se extendiese de un campanario al otro, trazando círculos concéntricos, como si su tañido

poderoso se expandiera sobre las ciudades, sobre todo el territorio alemán, sobre el anchuroso mundo, sobre todos aquellos que tienen la buena voluntad de escuchar el mensaje que nos acaba de anunciar el nuevo Führer del Reich Mundial Germánico y Protector de todos los pueblos y naciones aliados… –*¿Dónde diablos había metido aquella pistola?*–… mostrando todo el poder y el espíritu de victoria… una comunidad unida por el destino, la comunidad de todos los hombres arios, hablen la lengua que hablen…; y que ahora, surgido de una añoranza de mil años, de una lucha milenaria…; hasta los Urales alemanes…; acepten nuestra más orgullosa y ferviente gratitud por haber cumplido…

Allí estaba por fin la pistola. La había arrojado en el rincón más recóndito del armario de la ropa. Allí estaba también la munición. Antes de salir de la casa, le dio una patada a la radio, que cayó de la mesilla con un estruendo y volvió a chillar de un modo horrible por última vez: un instante después, todas las campanadas se habían acallado, y también aquella voz patética.

Senkpiehl sonrió irónicamente cuando Höllriegl le enseñó el arma y le indicó que mirara hacia la parte trasera del coche. Había allí, sobre los asientos, un fusil y una ametralladora. Como pudo comprobar Höllriegl con ojo de entendido, eran una carabina de repetición de 7,62 mm y una ametralladora de modelo antiguo, una Neuner probablemente. El el suelo había también una caja de cartón llena de munición de infantería.

Lo deprimente fue conducir por unas calles vacías. Allí donde hacía una o dos horas se apiñaban miles de personas, todo aparecía ahora como barrido. No obstante, avanzaban despacio. Los habitantes de Heydrich habían recibido órdenes de apagar todas las luces, lo cual se contradecía grotescamente con la iluminación de la ceremonia del «retiro a la montaña», que llegaba hasta el cielo. Se oía el lloriqueo y el murmullo de las campanas en las torres de las iglesias de Heydrich, sus tañidos se mezclaban con las campanadas que retumbaban en los altavoces. En medio de aquel estruendo cada vez más tenue, escuchaban de vez en cuando un ruido sospechoso, un seco tableteo. Todo era, en cierto modo, irreal. A Höllriegl le pareció estar deslizándose a toda velocidad por la canal de un tobogán.

Senkpiehl, que miraba con esfuerzo al frente, en un permanente estado de alerta, le siguió contando:

–Las SS y los refuerzos que pidieron empezaron a disparar como locos a la multitud, que en un primer momento se había atrincherado en torno al tanque del Führer. Se armó una batalla campal, ya que los agredidos (casi todos curtidos integrantes de las SA bien probados en la lucha), pero también gente más joven, miembros de las Juventudes Hitlerianas, sacaron de inmediato sus pistolas y devolvieron los disparos a los agresores, puestos a cubierto detrás de los coches y las motocicletas. Quienes ahora los atacaban, sin embargo, no tenían más protección que la oscuridad. Debe usted saber, Höllriegl, que lo que allí se manifestó fue un odio profundo, un odio acumulado durante décadas: los celos de las SA ante los privilegios de las SS, la plebe contra la élite. Dicen que se produjeron escenas verdaderamente lamentables. Me contaron incluso que a algunos de los heridos de las SS los degollaron o les aplastaron el cráneo a pisotones. ¡Como entre camaradas, vamos! Fue una feliz casualidad que nadie tuviera armas láser, de lo contrario las pérdidas habrían sido mucho mayores para los dos bandos. Finalmente, la Wehrmacht, con la ayuda de dos unidades de bomberos, puso fin a aquella locura: estuvo un tiempo contemplando el espectáculo desde los helicópteros sin hacer nada. Pero luego consiguieron separar a los contendientes empleando mangueras de agua a presión y un poco de gas neurotóxico, al tiempo que limpiaba la carretera para que el Führer pudiera ser trasladado a su Valhalla sin dejar detrás una estela de sangre. ¡Las calles libres para los batallones de camisas pardas! ¿Sabe usted que Alemania, al menos desde hoy, tiene dos nuevas consignas? Una es: «¡Bundschuh, despierta! ¡Muerte al Werwolf!», y la otra: «¡Werwolf, despierta! ¡Muerte al Bundschuh!». ¡Los diablos amarillos se van a alegrar de lo lindo!

Senkpiehl volvió a reír con estridencia, al tiempo que pisaba más el acelerador. Habían llegado, entretanto, a la salida de la autovía del noroeste. Era raro, allí las señales de tráfico y los carteles estaban colocados al revés, el indicador Kesselring-Hildesheim-Hannover apuntaba ahora en dirección a Eisleben. También podían oír mejor ahora aquel tactac-tac-tac, mientras a lo lejos iban acallándose las campanas. De repente, Senkpiehl se arrancó del ojal el distintivo del Partido y lo arrojó por la ventana.

El coche tenía incorporado una radio de la Policía Estatal que pitaba y crepitaba sin parar, pero ni una sola palabra sensata podía entenderse en sus mensajes. En la intersección de la Ritter-von-Epp-Straße y la avenida

Guderian empezaron a sonar unos disparos procedentes de todas partes, y de pronto fue como si les lanzaran contra el techo puñados de guisantes secos. De manera instintiva, ambos se habían deslizado de los asientos. Senkpiehl había frenado bruscamente, provocando el derrape del coche. En ese mismo instante Höllriegl sintió un hálito frío junto a su sien izquierda. El parabrisas había reventado, y también la ventanilla. El automóvil avanzó unos pocos metros más, dando sacudidas, luego golpeó suavemente de costado contra una alta pared de ladrillos. Estaban rodeados de disparos que parecían venir de arriba y de todos lados, el tableteo se transformó en ráfagas furiosas… Eran armas completamente automáticas. Las astillas y fragmentos volaban desde la pared, un dedo invisible dibujaba líneas de destrucción en la mampostería.

Salieron arrastrándose lentamente. Höllriegl había tomado el rifle y Senkpiehl la ametralladora. No se dijeron ni una palabra. Todo estaba bastante oscuro, sólo sobre la zona del Kyffhäuser estaba iluminado el cielo. De vez en cuando, alguna bengala salía disparada hacia lo alto y derramaba un racimo luz azulada sobre el firmamento.

Arrastrándose como un insecto y bien pegado al suelo, Höllriegl se abrió paso a tientas a lo largo de la pared. Sus ojos se acostumbraron rápidamente a la oscuridad, no en vano tenía ojos de gato. Se acercaba a un cobertizo: una de esas primitivas casetas hechas de hojalata que servían de urinario a los hombres y que todavía podían encontrarse en algunos lugares de provincia. Se arrastró en dirección a ella: era un buen sitio para ponerse a cubierto. Dentro de la caseta, que estaba abierta en su parte inferior, apestaba a aceite y orina, pero aun así se sintió a gusto, ya que allí, al menos, estaba relativamente a resguardo. Senkpiehl –llamó su nombre en voz baja– no lo había seguido. Al parecer había buscado refugio en otro lugar.

A la luz de la linterna examinó la carabina. Recarga por gas. El cargador estaba lleno. Había más municiones en el coche de Senkpiehl, pero ahora ya no podía regresar al coche. Tenía también la pistola de Kummernuß. La cargó. Ahí tenía otros seis disparos. Una sensación absurda lo sobrecogió: sintió de pronto su fuerza y su poder viril.

Pero nada: fue sólo un instante. De nuevo se oyó el tableteo golpeando contra el latón y el muro. Tenían que ser tiradores situados en un tejado. Aquellas ráfagas mostraban método: ¿quién le disparaba a quién? Entre el suelo y la pared del urinario se abría una amplia grieta a través de la cual se

colaba el viento con un silbido. Ahora los disparos azotaban también por encima de su escondite. Si seguía arrastrándose tan cómodamente le pegarían un tiro en los huevos. Fue entonces que se incorporó a medias y examinó las paredes con el cono de luz. Ahí estaban los garabatos habituales: «Busco una pareja caliente», decía uno. «Tengo 25 años, y me mide…»: todo con dibujo y medidas exactas. Seguro que el tipo exageraba. Tenía que procurar salir de allí, le habían descubierto el lugar. «El chocho de E…», decía otro grafiti, cuyo resto era ilegible. Tenía las manos grasientas de haber estado arrastrándose por aquel urinario, él mismo olía ahora a orine.

Estaba bastante lejos de su casa. Otra vez sintió aquel malestar en el estómago, aunque esa vez no tan fuerte como durante el día. Se bajó los pantalones y se alivió. Luego se arrastró fuera, arrastrando el fusil detrás de él. Estaría bien encontrar a Senkpiehl. Allí, a unos treinta pasos, estaba el vehículo. Había clavado el radiador contra la pared, pero tal vez se podría poner a funcionar de nuevo. Llamó entonces en voz baja:

–¡Senkpiehl!

El metódico tiroteo había cesado de manera repentina, sólo de vez en cuando se oían, en medio de la noche, los chasquidos de algún disparo, que sonaban como los latigazos de aquellas competiciones para jovenzuelos durante las fiestas populares de su infancia. El aire estaba impregnado de polvo de ladrillos, un viento helado se había levantado. De repente, un potente obús emitió un aullido a través de la zona, pero por suerte fue a dar bien lejos. El impacto, un estampido estruendoso, hizo temblar la tierra, y el abrigo y las perneras de Höllriegl se agitaron a causa del cajón de aire creado por la fuerza expansiva.

Si se arrastraba un par de metros más, lo habría conseguido. Pero había un obstáculo junto al muro, algo oscuro. Era una persona doblada en arco. Höllriegl no necesitó observar mucho tiempo: era Senkpiehl. De nuevo los guisantes levantaban polvo al impactar contra la pared, los francotiradores la habían tomado con él. Tenía que seguir, seguir. Pero Senkpiehl debía pasarle la ametralladora. Tiró de ella varias veces, intentó sacarla de debajo del cuerpo del su compañero, pero en vano.

Dentro del coche olía a gasolina, tal vez el tanque tuviera un agujero. Höllriegl, todavía agachado, accionó el motor de arranque. El coche trastabilló en marcha atrás, y se detuvo debidamente. Cuando Höllriegl se sentó al volante, notó que todo estaba pegajoso. A Senkpiehl tuvieron que

acertarle desde el primer momento. Aquello era por lo de la «senilidad». ¡Ahora era preciso salir de allí!

Tuvo más suerte que buen juicio («como siempre»). ¡Pero logró salir! Los disparos siguieron estallando detrás de él, y de vez en cuando impactaban contra la piel metálica del coche, pero eso no le preocupó. Dobló hacia la avenida casi en un gesto mecánico. Si hubiera tenido intenciones de irse a su casa, habría tomado la dirección del casco antiguo. Pero de algún modo se sentía libre, invulnerable. ¡Era un sentimiento completamente nuevo! Hasta entonces se había sentido, en el mejor de los casos, a resguardo. Pero ¿libre? ¡El Partido piensa por ti! Eso era, sin duda, maravilloso. Pero ¿quién era el Partido? ¿Y dónde estaba? ¿Había acaso algún mundo sagrado? ¿No había roto hoy con todo eso cuando destruyó el aparato de radio? Nada distinto a lo hecho por Senkpiehl, que había tirado su distintivo partidista. Pero no, ¡él no quería tener nada que ver con Senkpiehl! ¡Era magnífico poder estar ahora sólo a merced de sí mismo! Y era también magnífico preocuparse por alguien. ¡Axel! ¡Axel! Una vez y nunca más. Se sentía como un imbécil cuando pensaba en el joven. Axel, querido Axel, no debió ser así… Cuando arribó a las últimas casas de Heydrich, oyó, en oleadas, los alaridos de las sirenas. ¿Alarma radioactiva? También le importaba un comino.

Y de repente vio con claridad adónde deseaba ir. ¡A la casa del matrimonio Von Eycke! ¡Donde Ulla!

MISERERE

«Dicen […] que la alondra cambió los ojos con el sapo…».
SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

La noche estaba animada. Vio que un vehículo enorme, con todos los faros apagados, avanzaba en dirección al noreste por la carretera de Heydrich a Kelbra. (También aquí las señales del tráfico con los nombres de los lugares indicaban en la dirección opuesta). En un nutrido convoy pasaron varios camiones, y también varios vehículos pesados con cadenas. Eran transportes de la Wehrmacht, desplazamientos de tropas, los grises cascos de acero cubiertos con una redecilla despedían un destello opaco bajo el reflejo de un cielo nocturno que se teñía cada vez más de rojo. Luego pasaron los tanques, algunos pesados y otros ligeros, y Höllriegl distinguió tanques portamorteros y lanzallamas, y entre ellos también algunos convoyes de cañones antitanques y FIA. Aquí, en las afueras, no se oía ni un solo disparo, o quizá el estruendo de los vehículos se tragaba todo sonido.

A su lado, y detrás de él, junto a la carretera y a campo través se movían unas masas amorfas y oscuras. Höllriegl vio grupos más grandes y otros menos nutridos, todo el terreno estaba repleto de ellos. Eran, obviamente, tropas que venían de las pompas fúnebres y que ahora avanzaban hacia sus cuarteles habituales. Una imagen sombría, una imagen de desánimo, de falta de liderazgo, de disolución.

Había una vía transitable hacia Rottleberode que él podía tomar, si es que no estaba también bloqueada. Esa ruta discurría un trecho a lo largo del talud del tren local entre Stolberg y Kelbra, y cruzaba las vías a la altura de Rottleberode. Él sabía que, desde allí, era preciso retroceder uno o dos kilómetros para llegar hasta la propiedad de los Eycke. El desvío era mínimo, pero cualquier dilación, ese día, lo exasperaba.

Tenía unas ganas tremendas de ver a Ulla, a quien deseaba hoy más que nunca. Estaba ciego para razonar, para establecer una táctica o algo por el estilo, todo le daba igual. Hoy, incluso, se sentía a la altura. Le era indiferente que ella lo quisiera o no, que tomara o no nota de su presencia. Recordaba con vergüenza su aventura en la casa del matrimonio Von Eycke. Aquel día –sólo había transcurrido una semana– él había sentido auténtico miedo de ella. Recordaba que había preferido darse la vuelta. ¡Qué despreciable! También la rabdomancia era algo despreciable; él se había comportado como un sirviente, y fue su profesión lo que lo obligó a conducirse de ese modo. Un oficio indigno, al menos a ojos de Ulla. ¡Una ignominia! A esa mujer había

que impresionarla con fuerza y dominio, con la raza, con la voluntad de vencer. (Tal vez también con dinero). Le molestaba pensar que, hacía apenas unas horas, había estado deseando que Ulla lo azotara. También Anselma pertenecía a esa estirpe, sólo que se mostraba más refinada, más perversa, y él parecía responder al prototipo de hombre al que esas mujeres corren a arrimarse con el propósito de humillarlo, explotarlo y usarlo para sus propósitos indignos. ¡Una vergüenza, una vergüenza! ¡Pero ahora todo eso había acabado de una vez y por todas! Uno no debía arrastrarse ante Ulla ni entregarle en mano el látigo. A esa amazona había que doblegarla con brutalidad. Y eso haría hoy si ella se le resistía…

Espectrales, en silencio y sin saludar, las tropas le pasaban por el lado. Avanzaban con prisa, al menos hasta donde se los permitían la mala visibilidad y el suelo fangoso. En ocasiones tenía que detenerse por más tiempo, cuando algún grupo con estandartes de aspecto triste o banderas enrolladas, guardadas en sus fundas, le bloqueaba el camino. Un par de veces lo alumbraron con los reflectores, pero el coche de Senkpiehl, perteneciente al Cuerpo Sanitario del Reich, tenía autorización para circular libremente. Por último, Höllriegl no pudo soportar más la incertidumbre. Se detuvo y, con el pretexto de que se había extraviado, preguntó si por esa carretera se iba hacia Kelbra. Así es, le dijeron. Gracias a su pregunta se vio inmerso en una breve, pero reveladora charla. Aquella unidad vestía el uniforme de los tanquistas, con un patrón de camuflaje imitaba la piel de un tigre. Sería una patrulla de la Wehrmacht o de las Waffen-SS.

–¿Qué es lo que ocurre? –preguntó Höllriegl. Y tras varios tira y afloja y de algunos tanteos de la conversación, supo lo siguiente:

El llamado armisticio había sido un fraude. Desde hacía algunas horas estaba en marcha un ataque de fuerza descomunal contra el Reich. Particularmente amenazadas se veían las regiones del Harz y del Kyffhäuser, sobre todo por las grandes concentraciones de personas en esa zona. Cabía esperar allí golpes destinados a desatar el pánico, y una marea de personas buscando refugio.

–Se ha activado la alerta roja para todo el territorio del Reich, pero la alarma radioactiva había sido declarada apenas hacía un cuarto de hora. –El hombre, jefe de la tropa o algo parecido, señaló a su radio de bolsillo–. Hasta ahora nos han escamoteado la verdad, y con razón. Sólo ha habido partes

cifrados. Pero ahora se ha hecho un llamamiento a todo el pueblo (hombres, mujeres, ancianos, niños) para que ofrezcan resistencia hasta el final.

Un gran cuerpo volante de forma aerodinámica y modelo indeterminado había impactado poco antes de las dieciocho horas contra la unidad táctica de cohetes de Bitburg, en el Eifel –siguió informando el jefe de la tropa con objetividad cortante–; con ello había quedado fuera de combate el mando de las unidades coheteriles en todo el occidente de Alemania. Otros impactos habían destruido las bases soterradas de misiles en el territorio del Reich y en los protectorados del oeste.

–Los impactos demuestran que el ataque se aproxima de forma concéntrica al territorio central de Alemania. Por ahora los misiles enemigos están sólo dotados de cabezas convencionales. El problema es que nuestro nuevo sistema de radares, con sus treinta minutos de alerta anticipada y en el que hemos cifrado tan grandes esperanzas, está totalmente desactivado, no sé si por decisión propia o por culpa de algún ataque enemigo. En todo caso, nuestra defensa antimisil ha fallado. Los nuevos voladores de los amarillos parecen tener un sistema de dirección no modificable, tal vez un sistema de navegación inercial.

El hombre encendió un cigarrillo.

–Además, se ha localizado un satélite que puede portar armas nucleares a bordo. –El oficial dijo esto último con toda tranquilidad–. Se han hecho repetidos intentos por interceptarlo. Según los últimos partes, hemos enviado un «espía» tras el sospechoso cuerpo volante; es posible que ya haya sido destruido. Se sabe con certeza que el satélite no está tripulado. Por cierto, también continúan, según el plan, nuestros ataques con misiles Ausra contra los territorios del este de Asia. Pronto los japos estarán escupiendo sangre.

–¿Y qué ha sido de nuestra arma milagrosa? –Höllriegl recordó de repente lo que le había dicho Gundlfinger.

El jefe de la tropa le lanzó una mirada recelosa y lo examinó de pies a cabeza.

–No podremos contar con ella. Quién sabe si llegarán a terminarla alguna vez. Pero para ello la guerra tendría que haber empezado, en el mejor de los casos, dentro de un año. Lo de ahora es una catástrofe.

Aquel hombre hablaba con tal sangre fría, que parecía referirse a asuntos totalmente cotidianos. Mientras el Reich tuviera a hombres como aquel, nada estaría acabado. Por el contrario: estaría en condiciones de destruir a

cualquier enemigo, incluso al más fuerte. Y aunque el mundo estuviera repleto de esos demonios…

–Puede haber nuevas explosiones nucleares, el armisticio ha terminado –Höllriegl le extendió al valiente oficial un paquete de cigarrillos; éste asintió y se lo guardó en un bolsillo.

–Si logramos pasar ahora, nos pondremos en Heldrungen nuestros trajes de protección contra radiaciones y nos ocultaremos en el búnker. Pero este sitio es como un mal chiste.

–En Heydrich el fuego es nutrido. Soy de allí.

–¿Y dónde no es nutrido el fuego? –El jefe de la tropa no parecía perturbado–. El Bundschuh se mueve. Pero pronto habremos depurado a esa pandilla de toda su porquería. ¿Es usted de la Marca Oriental, cierto? Pues tenga cuidado. Esos tipos no pueden ver ni en pintura a los austríacos –dijo, señalando al agujero en el parabrisas y sonriendo irónicamente–. Ha tenido usted suerte, míster Austria. –Dijo, con un franco tonito de sarcasmo–. Y ya que pretende llegar a Kelbra, sea precavido, allí el aire está espeso. ¡*Heil* Köpfler!

Höllriegl reprimió su habitual *«Heitla!»*, y continuó. De casualidad, pronto se enteraría de más cosas. Por el camino adelantaría a un hombre que viajaba en solitario y que le hizo señas con una linterna sorda. El hombre se le acercó cojeando y le pidió que lo llevara. Höllriegl aceptó, pues deseaba tener compañía. No era más que un mando menor de las SA, un simple jefe de escuadra, pero llevaba el Distintivo de Honor de Coburgo en la chamarra. El hombre, que tendría unos setenta años y mostraba el tipo del luchador de la época de las grandes batallas campales en las cervecerías, le recordaba en cierto modo a Damaschke. Vivía cerca de Kelbra, donde trabajaba precisamente en una fábrica de cerveza («Todavía», como él mismo dijo), supervisando el trabajo de extranjeros e infrahumanos. Höllriegl intentó sonsacarlo para que hablara. Cuando se marchaba del Kyffhäuser (sitio del que se había marchado bastante pronto), el portador del distintivo de Coburgo se había enredado en la oscuridad con los alambres de un bloque, lesionándose el pie al caer al suelo. Probablemente tuviera un esguince. Estaba contentísimo de poder llegar a casa ahora en un viaje tan cómodo. Y sí, había oído hablar de la escaramuza con las SS.

–Mal asunto. Las SS y el Werwolf son ahora ya una y la misma cosa.

Tras esas palabras, se mantuvieron en silencio durante un rato, ya que el hombre no quiso continuar la cháchara.

Sobre Kelbra, las nubes se teñían de un color rojo oscuro, y a pesar del ruido de motores podía oírse ahora un nítido tableteo intercalado en unos secos estampidos: Bommm… Bommm… Bommm. También se oían impactos de mayor calibre. De repente, unos reflectores empezaron a manosear el cielo nuevamente. Se oyó, además, el fragor de unas turbinas por encima de sus cabezas.

–Es el «retiro a la montaña» del Führer –dijo el hombre con un retintín de odio inequívoco. No estaba claro de qué lado estaba, lo había dicho de un modo más bien general. En cualquier caso, parecía ser uno de los camaradas «de antes» (¡Naftalina!); además, era un obrero de la zona. A Höllriegl le caía bien ese tipo de personas, y él también les caía bien a ellas. Se las tropezaba siempre en sus consultas, y lograba entenderlas a la primera.

–¿Conoce a los Eycke? –preguntó Höllriegl con tono inofensivo, con tal de no dejar caer la conversación. Al decirlo, sus nervios vibraron. El héroe de Coburgo no era precisamente un dechado de elocuencia.

El hombre los conocía a los dos de vista, pero había oído hablar mucho de Ulla. También había visto a menudo a la señora Von Eycke en la televisión. Era ampliamente conocida por su destreza como jinete.

–¡Una hembra estupenda!

Höllriegl sintió una oleada de calor, el corazón le palpitó con fuerza. Lo nuevo para él era que Ulla, al parecer, actuara regularmente para una serie de televisión titulada *El hogar alemán*. Höllriegl hubo de admitir, para vergüenza propia, que jamás había sintonizado el popular programa. Que la Bruja de Ámbar era entrevistada con frecuencia por los reporteros de la televisión sí lo sabía. Una vez más lo devoraban los celos y la desesperanza. ¡El Reich entero veía a Ulla, todos los hombres la deseaban!

El coche avanzaba a paso de tortuga. En ocasiones, una avalancha de tropas se cruzaba en el camino del vehículo. Se dirigían a Heydrich, donde estaban sus autobuses, o iban de regreso a Heldrungen, donde habían sido acuarteladas. Y de ahí, a toda prisa, a sus casas. «¿Os habéis enterado?». A partir de los retazos de conversaciones que Höllriegl captaba cada vez que se detenían, y también de los pocos comentarios de su azaroso acompañante (que sin duda sabía mucho más de lo que revelaba), se fue haciendo poco a

poco una imagen de aquella catástrofe nacional de dimensiones imprevisibles.

Alemania se encontraba en medio de una guerra civil, una guerra de incomparable brutalidad animal y precisión autodestructiva. Muy pocos sabían que, desde días atrás, desde aquella histórica sesión del Consejo del Reich del que Höllriegl había sido testigo en Berlín, se había entablado una lucha encarnizada en varias regiones. Höllriegl recordó de repente aquellas palabras de Anselma que tan enorme impresión le causaron cuando dijo que había llegado una época de jungla en la que habría que luchar con la navaja en la mano: «Y nosotros estaremos contra la pared». Hombre contra hombre, mujer contra mujer. La magnitud del odio y de las rencillas internas podía inferirse a partir de un hecho: ni siquiera el conflicto con la potencia mundial asiática, ya entrado en una fase decisiva, había conseguido poner fin a las acciones suicidas ni movilizar a los compatriotas para coordinar una resistencia común. La gran pugna que dividía al Partido, al pueblo y, como decían algunos, hasta a las propias familias, tenía todos los rasgos de una catástrofe apocalíptica. Nadie estaba en condiciones de entender no expresar la magnitud de aquel terremoto, mucho menos de tener una visión de conjunto del mismo o de ponerle freno. Nadie, tampoco, sería capaz de fundir al pueblo alemán, en esa hora fatal, para crear una unidad sólida. Sólo una cosa cobraba de pronto una alarmante claridad para muchos, también para Höllriegl: ese desastre que ahora se manifestaba venía siendo preparado en secreto desde mucho tiempo antes, había estado anunciándose en diferentes ocasiones, por una o por otra vía. Sin embargo, nadie había prestado atención ni sabido interpretar los síntomas. Ahora no quedaba más remedio que dejarse arrastrar por la corriente.

A todo ello se añadía la certeza paralizante de que, por mucho que se dijera lo contrario, los nuevos hombres no habían conseguido destruir al enemigo externo o, al menos, asestarle un buen golpe que lo amedrentase y los inhibiese de hacer uso de las armas nucleares. Había sucedido lo contrario. Ocurrió lo que nadie habría considerado posible: en pleno territorio del antiguo Reich, en suelo alemán, habían tenido lugar varias explosiones nucleares con efectos devastadores, y sin duda habría otras. Se había proclamado el caos, la lucha de todos contra todos, y ese infernal caos alemán se había propagado como el fuego por todo el planeta: en las dos Américas, en África, en algunas regiones de Asia, en los polos y hasta en la Australia

japonesa. En todas partes donde el Nuevo Orden había erigido sus bastiones habían surgido, a partir de la lucha por el poder global de los dos gigantes, un sinnúmero de acciones individuales de las que, en sus efectos caóticos, nadie podía tener una visión de conjunto. A Höllriegl le parecía que los infrahumanos se habían liberado de sus cadenas en todas partes, tal y como en la saga de los dioses Loki, Fenrewolf y la serpiente Midgard. Era, sencillamente, una lucha entre la luz y la oscuridad. El Reich mundial de Adolf Hitler se estremecía en sus cimientos: y con él, el imperio global del Soka Gakkai.

Con el Führer asesinado –porque ya estaba claro que Hitler había sufrido un final violento, las opiniones sólo divergían en lo relacionado con la forma de su muerte– su persona empezaba a ser enérgicamente cuestionada. Incluso entre algunos de sus más fanáticos seguidores había no pocos que condenaban con crudeza su política exterior de los últimos años. Según se decía, Hitler, el Führer, habría tenido que saber sacar utilidad (o al menos ganarse las simpatías) del movimiento del Soka Gakkai, a fin de armonizarlo con sus propios intereses. En lugar de ello, se había estado negociando con la gente equivocada, con los corrillos reaccionarios reunidos en torno al Tenno; se había gastado mucha saliva hablando del sintoísmo, de un imperio divino, de *bushido*¯, del espíritu samurái y de todas esas tonterías feudales, pero los esfuerzos diplomáticos para acercar ideológicamente a ambos bloques mundiales y sintonizar sus objetivos habían sido insuficientes, por no llamarlos obra de diletantes. En ese contexto, se atacó duramente a hombres como Rosenberg y Ribbentrop (llegando a hablarse de una «política de marchantes de vinos contra unos kamikazes»), porque tales pecados por omisión –así como otros similares– tenían sus raíces en la política de los primeros años de la postguerra. Resumiendo: la mayor victoria de la historia de Alemania había sido una victoria a medias; se habían olvidado, obviamente, de ganar la paz. Se tenían, además, nociones poco claras acerca del sin duda gigantesco potencial armamentista del enemigo y de su estado de conocimientos en términos de tecnología militar. La Inteligencia se había tragado las maniobras de despiste de los amarillos.

Ignorando todo eso, el proceso de endiosamiento del Führer mostraba rápidos progresos. La Asociación de Cristianos Alemanes, por ejemplo, había relevado oficialmente al Frauja o Kristo, el Hijo del Hombre, del papel intermediario que había asumido hasta hacía poco entre Dios Padre y el

hombre, situando a Adolf Hitler en su lugar. El mensajero de la Primera Guerra Mundial pasó a ser, en un abrir y cerrar de ojos, el mediador del Dios que reinaba por encima de las nubes, y en las iglesias y los bosques sagrados de ese poderoso movimiento de fe popular, el cual contaba con el máximo apoyo del Partido y del Estado, fueron retiradas con alevosía las estatuas de Frauja y sustituidas por bustos de Hitler. Fue obra de pocas horas. Y el presidente del Consejo de Hermanos del Reich, una secta etnonacionalista bastante propagada cuyos integrantes se llamaban a sí mismos «cristianos nórdicos» y decían tener su Apóstol Supremo en la figura del doctor Nimmshin (de Dahlem), proclamó durante una misa por la radio –Höllriegl lo había oído hacía pocos días– que el Führer, como correspondía a su rango trascendental, había sido integrado a la Trinidad, al mismo nivel del Hijo y del Espíritu Santo. Según había dicho literalmente el doctor Nimmshin, durante una «íntima revelación», le había venido la visión de un Adolf Hitler asumiendo poderes militares absolutos en la eternidad, por lo que, a partir de ahora, el deber supremo del Führer era mantener permanente «contacto con las legiones celestiales».

El encuentro del Bundschuh en Stolberg no había quedado en amenaza vacía, había sido concebido –aunque no como se había pretendido antes– como una manifestación de las masas. La avalancha de refugiados llegados de las regiones occidentales y el transporte de tan enormes multitudes venidas al Kyffhäuser de todos los departamentos lo habían impedido. No obstante, las principales tropas de ese campesinado rigurosamente organizado habían realizado su desfile. ¡Y sin que nadie los molestara! Firbas puso a corto plazo la manifestación bajo la protección de la Policía Estatal y la Gendarmería.

En su origen –se decía– la dirección del Pobre Konrad había fraguado el plan de rodear las pompas fúnebres del Kyffhäuser, rodear a las tropas de asalto y capturar a Köpfler con toda su camarilla. Pero el propósito fue descartado en el último minuto: la movilización de las SS, del Werwolf y de la Gestapo fue de tal magnitud que el Bundschuh se habría desangrado en el golpe. Además, sobre la Wehrmacht pendía todavía un enorme signo de interrogación. Varias unidades de la Luftwaffe, en efecto, se habían sublevado contra Köpfler, pero las unidades de misiles y las acorazadas estaban a la espera. Era posible que las SA estuvieran íntegramente en contra del llamado «Diablo de los Bosques».

Höllriegl se había enterado de algo que casi le paraliza el corazón: Unseld y Diebold había salido de la clandestinidad y hablado ante el monumento a Thomas Münzer en Stolberg. Una multitud de miles de personas los aclamó con júbilo frenético cuando ambos exigieron las cabezas de los usurpadores. Unos muñecos que representaban a Köpfler y al *Brigadeführer* de las SS Sausele, el segundo hombre más odiado después del nuevo Canciller, fueron colgados en público en medio de grandes aclamaciones. En esa ejecución simbólica no sólo habían participado los «líderes sin rostro» del Bundschuh y –asombrosamente– unidades motorizadas, armadas hasta los dientes, del Anillo de Asgard, sino también altos funcionarios y delegados del Ministerio de Agricultura y Alimentación, del Frente del Trabajo y de otras instancias diversionistas del Partido que se declaraban leales y fieles a Hitler, declaración con la cual daban a entender que sólo estaban dispuestas a seguir la diáfana y antigua línea moderada del Partido. Atención general obtuvo la participación de una organización creada de la nada y de un día para otro: el Comité de Emergencia para los Desplazados por Ataques Atómicos.

También Firbas había mostrado su fuerza, consiguiendo casi, en la práctica, que amplios sectores del ejecutivo, principalmente de la Policía Estatal y de la Gendarmería, se pasaran al Bundschuh o, por lo menos, se erigieran en su muro protector. A lo largo y ancho del país se produjeron ataques contra los cuarteles de las SS, los castillos de la Orden, las *Napola* y otros centros de formación del Werwolf. Podía decirse, de modo general, que el Werwolf y las SS habían desaparecido de las zonas llanas, pasando a retirarse a sus cubiles en las montañas o en las grandes ciudades. Los territorios eminentemente agrarios del Reich, de modo muy especial en el Este, estaban bien controlados por el Bundschuh. Se trataba también de aquellos lugares hacia los que ahora confluían las multitudes de refugiados huidos de las regiones occidentales, gente que escapaba de los rayos letales que emanaban ahora de la ciudad de Lemgo. Los refugiados de la zona carbonífera de Ostrau –donde, como se sabía, había explotado la segunda gran bomba, de cuya devastadora radiación de neutrones le había hablado Gundlfinger– ponían rumbo instintivamente hacia el norte, hacia la Baja Silesia, o marchaban hacia el oeste, hacia el país de los Sudetes, ya que no se atrevían a adentrarse más en el Este, donde supuestamente pululaban las guerrillas de amarillos y las unidades de partisanos integradas por

infrahumanos. La (supuesta) bomba atómica caída sobre Algovia había revelado más tarde su carácter «inocuo», pero había mostrado una capacidad incendiaria terrible, con una elevada fuerza térmica. No se conocían datos sobre otros ataques con armas nucleares en el territorio del Reich. Se murmuraba sobre ello, pero nadie se atrevía a afirmarlo con absoluta certeza. El descabellado caos imperante en el éter dificultaba tener una clara visión de las cosas.

Las ss, bien asentada en las ciudades, tenía bajo control todas las redes importantes de comunicación, de modo que éstas seguían siendo instrumentos de la propaganda del bando de Köpfler, presentaban sus programas con espectral normalidad y también las noticias habituales favorables al Gobierno. Fue tal el descaro con el que se elevó al firmamento la figura de Hitler, tan desfachatadas eran las incesantes alabanzas a Köpfler, al que nombraban su confidente y colaborador más cercano, el paladín siempre fiel, el brazo ejecutor de la voluntad del fundador del Reich Mundial, al que ahora ya todos llamaban Adolfo Magno, que ni siquiera se transmitió una noticia que aludiera a la ruptura, a la quiebra que, como un foso, partía ahora todo el Reich, y tampoco ninguna insinuación a que se estuviera produciendo algo parecido a una Guerra Civil. Todo ello se evitaba a conciencia. (Lo único que se multiplicaba sin cesar eran los partes cifrados). La embestida principal de la distracción propagandística se dirigía, como era natural, contra el enemigo externo, y aunque se magnificaban –tal vez hasta legítimamente– los éxitos de los misiles Thor y Ausra, la terrible presión de los acontecimientos –y no, como había objetado Höllriegl, debido a la lógica aplicación del programa «¡Endurécete, *landgrave!*»– hizo que se pasara a decirle toda la verdad al pueblo: en primer lugar, se anunció que no se había conseguido destruir al enemigo en pocas horas dentro de los propios territorios (para ello habrían tenido que arrasar medio mundo); en segundo lugar, por el contrario, se habló de la inminencia de un gran ataque nuclear de un enemigo al parecer todavía no debilitado, sino más implacable que nunca (las alarmas por radiaciones se sucedían a un ritmo vertiginoso); y en tercer lugar, se informó que el enemigo había sentado pie «en varios puntos de los protectorados en Europa» y que su abastecimiento por aire, aun hallándose bajo un nutrido fuego de hostigamiento, no habían colapsado todavía.

Oficialmente, la denominación para el actual estado era el de «guerra

nuclear limitada»; la expresión «guerra nuclear total» no salía en las noticias (en general, no había «partes de la Wehrmacht» en su sentido clásico), si bien –como confirmaban los acontecimientos– ambas partes habían empleado armas nucleares estratégicas de elevado y máximo potencial explosivo, y todo con un único y claro objetivo: el exterminio del contrario, la destrucción de todas sus bases vitales. Por no hablar del empleo a gran escala de armas nucleares tácticas, de láseres y sustancias tóxicas, de gas y armas bacteriológicas, que era algo ya más que inminente.

En algunos sitios, el Pobre Konrad había conseguido apoderarse, por asalto, de centrales eléctricas y emisoras locales de radio y televisión; también algunas emisoras de la Luftwaffe rebelde atacaban sin tregua y con fuerza a Köpfler y al Werwolf, culpándolos de haber llevado al Reich al abismo. (Si Köpfler hubiese conseguido algún éxito considerable en esta guerra contra los japos, los ataques se habrían acallado, de modo que…).

Para completar el caos, el enemigo desembarcado en Europa transmitía sin cesar, a través de las redes de radio capturadas, noticias catastróficas que confundían aún más al hombre de a pie. Los paracaidistas japoneses de las unidades kamikazes, así como los guerrilleros americanos, no sólo habían podido mantener sus cabezas de puente, sino que habían logrado ampliarlas y a dotarlas mejor tecnológicamente, al tiempo que –como ya sabíamos– recibían el apoyo de la población local, de marcada tendencia antialemana. En esos territorios, ni las SS ni la Wehrmacht hacían progresos notables. Por lo que se había filtrado hasta ese momento, existían cabezas de puente de esa índole en los territorios del sur de Rusia, en Finlandia y en Eire, pero también en la Alta Italia y en la Península Ibérica, territorios todos de suma importancia por su condición de antesala de la región alemana central. Sobre si el enemigo había conseguido desembarcar ya en el territorio del antiguo Reich, sólo circulaban rumores confusos. Esos rumores abarcaban también el abastecimiento del enemigo. Según un comunicado, Japón había logrado establecer dos gigantescos puentes aéreos que se ramificaban por toda Europa: uno que iba desde Hondo¯ hasta Rusia y Finlandia, pasando por el polo, y el otro, mucho más extenso, con bases de apoyo en Australia y en México –es decir, eludiendo el territorio de los Estados Unidos Vasallos de América (EUVA)–, y en Madeira y Eire.

En todo el territorio de los EUVA se combatía con uñas y dientes. También

allí se ponían de manifiesto, en el Partido de gobierno, graves síntomas de decadencia: los Minutemen, un cuerpo fanático creado a imagen y semejanza del Werwolf, habían consolidado su dominio casi en todas partes, expulsando al Ku Klux Klan, al que, naturalmente, se le reconocían sus méritos históricos, pero al que consideraban un «rezago romántico» de la era de la «asquerosa democracia», el peor recuerdo de la República washingtoniana, la de judíos, masones y plutócratas. Entre las fuerzas enfrentadas, a las que se habían unido las milicias ciudadanas y sectores enteros del Ejército, se habían producido ya decisivas acciones de combate. También se habían encendido enconados combates de costa a costa en el ámbito religioso: todo acompañado de crucifixiones, quemas en la hoguera y otras manifestaciones del alma de un pueblo fanatizado. Dos sectas que habían escapado al proceso general de estandarización después de 1945 subían ahora al escenario político: The Brethren of the Holy Order (aquí el término «orden» tenía más un significado comercial que metafísico) y The Witch Hunters of Salem. Estos cofrades, los *brethren*, que contaban con gran apoyo en el movimiento de los Minutemen, predicaban el ascetismo radical, para lo cual se sometían a «curas sagradas de liposucción» en forma de flagelaciones públicas y danzas rituales. Sus más acérrimos detractores, los «cazadores de brujas» (que recientemente habían adoptado el nombre de The Blessed Gross Profiteers), señalaban en actos masivos que había llegado el fin del mundo, por lo cual se hacía necesario que la gente disfrutara todo cuanto fuera posible, sin restricciones de ninguna índole. Estaba claro que con ello salían a relucir de nuevo, a un nivel religioso, los instintos de *playboy* y de *striptease* de un período de decadencia ya superado.

Las tropas alemanas estacionadas en el suelo de los EUVA – fundamentalmente unidades de las Waffen-SS, de la Oficina de Seguridad del Reich, del Totenkopf y de los America Korps (DAK), formada por soldados americanos de sangre alemanase veían ante el complejo dilema de apoyar a los Minutemen o a los miembros del Ku Klux Klan. Se suponía que dichas unidades de las SS de ultramar eran las únicas tropas en las que podía confiarse, las únicas que seguían luchando con férrea voluntad contra el enemigo externo, habiendo sufrido graves pérdidas por esa causa.

En cambio, se decía también que algunos antiguos estados federados del Sur estaban bajo control de los Freikorps rebeldes (los llamados,

sencillamente, *niggers)*. Estos *niggers* habrían restituido en sus territorios la antigua Constitución del Estado, convocado de nuevo a los Parlamentos y similares garitos para la babosería, y formado, en una ciudad que rebautizaron como Lincoln Center, un Gobierno compuesto por infrahumanos de color y otros simios parecidos. Höllriegl se negaba a creer todo aquello. ¡Sería demasiado absurdo! Sobre todo teniendo en cuenta que, según se decía, era precisamente en el sur donde había fracasado de forma más estrepitosa ese renacer del dominio plebeyo, con lo cual se había podido evitar una catástrofe de magnitudes funestas para la raza superior. En esos estados sureños, los Minutemen, al parecer, gozaban incluso de un poder ilimitado. Era evidente que, en tales circunstancias, no podía ni pensarse en un retorno a casa de la delegación del Ku Klux Klan que había acudido a los funerales del Führer.

Parecida era la situación en América Central y del Sur, pero especialmente en Australia, en el territorio de la Magna Iapónica, donde imperaba actualmente tal confusión que no tenía ni sentido ocuparse de ello. Sobre la situación en América del Sur sólo existían conjeturas forjadas a partir de contradictorias noticias de radio transmitidas por las unidades de la flota que operaban en las aguas costeras de la región, la llamada Flota del Nuevo Orden; de manera coincidente, de esos partes se infería que en el continente reinaba un caos político sin igual (¡la proclamación de la monarquía en Brasil no era moco de pavo!), y también allí, como en los EUVA, había empezado una lucha de todos contra todos.

Höllriegl oía todo aquello sin mayores muestras de consternación. Todo no hacía más que confirmar lo que sabía, aunque no llegara a creerlo. ¡Tampoco quería creerlo, maldita sea! Aquel idiota vendedor de detergentes en Sauckelruh, y más tarde el profesor Gundlfinger le habían hablado de cosas parecidas. Había gente con cierto sexto sentido. Pero sí que había una cosa clara: dos semanas atrás, tales conversaciones hubieran sido impensables entre dos personas desconocidas, aun entre amigos. Pero eso era antes: ¡en el sagrado mundo de Adolf Hitler! Ese mundo ya no existía ni volvería a existir.

El héroe de Coburgo había tomado carrerilla, de repente le había dado por desembuchar todo cuanto llevaba dentro. No había en su discurso, sin embargo, nada emocional. Sólo se le humedecían los ojos cuando hablaba de la época de lucha del Movimiento. En sus comienzos, había conocido a

grandes figuras, había hablado con ellas, las había visto: Kurt Ludecke, por ejemplo, o Bernhard Rust y Hanns Kerrl. Más tarde había sido chófer asistente de Kerrl durante un tiempo.

–Sólo hacía mi trabajo, nunca fui un lameculos.

Cosa que se le notaba a aquel obrero cervecero, sencillo y magnífico.

Que los hombres de extracción humilde pudieran ascender ahora dentro de las estructuras del Partido y de las dependencias del Estado era algo que estaba sobre el papel, pero sólo en el papel. Antes sí, antes eso era posible en algunas ocasiones. (El propio Köpfler era un ejemplo). Höllriegl conocía, entre lo más selecto, a jóvenes con auténtica madera de líderes, gente que a pesar de haber cursado estudios en las *Napola* y de haber hecho grandes sacrificios en su labor dentro de las Juventudes Hitlerianas jamás podrían llegar muy lejos, y todo, sencillamente, por su extracción humilde.

Unos doblaban el lomo, mientras los otros, los señoritingos, se compraban los más suntuosos palacios y las mejores mujeres. Era el caso de Eycke, ese vanidoso repulsivo. ¿De dónde había sacado tanto dinero? Por lo que sabía Höllriegl –había estado siguiéndole la pista a ese dato con un celo febril–, Erik Meinolf von Eycke había nacido en el seno de una familia de estirpe, pero venida a menos. Un Von Eycke de Hannover había servido en el pasado en la Legión Alemana, siendo compensado por ello, a raíz de la batalla en Belle-Alliance, con el rango de coronel y con una pequeña pero rica propiedad. Vinieron luego momentos de penuria para la familia. El señor padre de Von Eycke se dedicaba a la especulación ilegal con bienes raíces, es decir, estafaba a sus antiguos compañeros solados y amigos del club de oficiales, hasta que a uno de ellos se le acabó la paciencia. El escándalo fue tal, que Von Eycke junior fue expulsado de la noble de duelistas a la que pertenecía y tuvo que interrumpir sus estudios de Derecho. Fue entonces cuando la familia apostó por el renacer de Alemania. Y con éxito. Erik Meinolf ingresó a las ss y fue asignado a su Oficina Legal, el trampolín para el joven abogado sin título. El actual inspector económico de la región de Fulda-Werra tenía a sus espaldas una vertical carrera dentro del Partido, lo cual le proporcionó su dinerillo extra. ¿Y Ulla? Nadie sabía con exactitud de dónde era oriunda la Bruja de Ámbar. De la región del Báltico, era todo lo que se sabía. Ella se había dedicado a borrar todo rastro. Mlakar era su apellido de soltera, Ulrike Mlakar. Sin duda su origen era humilde y oscuro.

En los círculos del Partido circulaban los más descabellados chistes y rumores, pero ¿quién podía dar crédito a tales vulgaridades? Se decía que ya a los diez años era tan atractiva y estaba tan desarrollada, que un tal barón Wrangell, caballero ya muy mayor, la había tomado por concubina y vivido con ella en cierta alejada propiedad de Estonia, a la espera de que cumpliera los catorce años para poder desposarla. Pero una noche, presuntamente tras un repetido número de uniones coitales, el hombre sufrió un ataque cardiaco y la joven, con trece años de edad, se quedó en la calle como una viuda «enlutada». Según una interpretación algo más malvada, había sido un estafador, algún aristócrata de mentirijillas el que había desflorado a la pequeña. O quien se vio seducido por la niña de diez años. Fuera como fuese, tampoco Ulla Frigg von Eycke venía de una familia adinerada. (Anselma, varios años menor que su hermano, no contaba en esta historia. Se había casado temprano, vivió varios años en el extranjero y se sostenía a sí misma. ¡Era una *outsider!)*. Tal vez Ulla, en sus tiempos de guardia en un campo de concentración, habría zarandeado algunas camas –o muchas, según las malas lenguas– cuando todavía no destacaba tanto en las caballerizas. Hoy los Eycke eran dueños de castillos, de una granja de cría de caballos, de pisos elegantísimos en Fulda y Hannover y de un parque de vehículos como el de cualquier plutócrata. El señor Von Eycke poseía un establo de caballos de carrera, se lo consideraba un as en la aviación deportiva y tenía, por supuesto, su propio avión. Ulla era una jinete de élite y una favorita de las pantallas de televisión. Salvaguarda de la especie, ídolo de la nación. Y ese ídolo, que ahora le parecía más distante que nunca, era la persona que él amaba; él, Albin Totila Höllriegl, un oscuro adepto del Führer, y la amaba con cada fibra de su cuerpo.

Mientras escuchaba distraído la charla del héroe de Coburgo, la cabeza se le llenaba de pensamientos de toda índole, ideas que acababan concentrándose en un único punto de dolor: ¡Ulla! De pronto todo se iluminó de un modo inquietante. Tenían delante la ciudad de Kelbra, y Kelbra estaba ardiendo. A través del agujero del parabrisas se colaba un humo de olor penetrante, el viento arrastraba un enorme chisporroteo. El tableteo de las ametralladoras se había acallado de repente; también el extenso convoy de camiones del ejército parecía haberse salido de la carretera en algún punto. A los soldados que regresaban a sus casas, al parecer, se los había tragado la tierra.

Höllriegl detuvo el coche. Una tensión crepitante inundaba el aire. Las paredes de los edificios en Kelbra aparecían blancas bajo el cielo bajo y llameante, parecían estar al acecho. ¿Qué se ocultaba allí detrás? En medio del silencio, se oían los prolongados aullidos de un perro.

Habría sido una locura atravesar en coche la ciudad. El héroe de Coburgo conocía un camino para carromatos, un atajo transitable. Claro que Höllriegl llevaría a aquel hombre hasta la puerta de su casa. En una noche como aquélla, el contacto con otro ser humano era más valioso que cualquier otra cosa. Cambiaron de asientos.

Con tintes ígneos se extendía hacia lo lejos la red de raíles. En el punto en el que se las vías se cruzaban yacía atravesado un oscuro bulto. Una vagoneta volcada. Al lado, muy aplastado, un cuerpo humano. Höllriegl y su acompañante bajaron del coche para examinar al hombre, que vestía el uniforme de los empleados ferroviarios. No había nada que hacer: era el segundo muerto que Höllriegl veía esa tarde. Cuando se incorporaron, una rápida secuencia de disparos estalló detrás de ellos, y las piedras a sus pies saltaron en pedazos. Ambos se arrojaron al suelo y se arrastraron hasta el coche. Las balas pasaban siseando y silbando por encima de sus cabezas. Otra situación que a Höllriegl le sonaba familiar.

Más allá del talud de las vías del tren se sumergieron en una oscuridad rodeada de campos de cultivo, el propio talud servía de dique al paso de la luz. El héroe de Coburgo conducía lentamente; el suelo estaba fangoso y el camino estaba lleno de altibajos. Höllriegl tenía el arma en posición de tiro, pero allí fuera no se movía ni una hoja. En el horizonte, a la altura de las nubes, aparecían de vez en cuando unas islas de fuego, el reflejo –quizá– de pueblos en llamas.

Los dos hombres se separaron detrás de la fábrica de cerveza. El héroe de Coburgo le describió a Höllriegl el camino que debía seguir y desapareció cojeando en medio de la noche. Vivía en una urbanización cuyas casas de tejado alto parecían sacadas de un juego de fichas para armar. No se veía un alma. Era como una pesadilla. Pero huir hubiera sido absurdo. ¿Adónde iba a ir la gente? Al menos el héroe de Coburgo podría reunirse de nuevo con su familia.

En el fondo del coche llevaba una bandera de la Cruz Roja que ahora Höllriegl, aprovechando la parada, colocó sobre el capó. El automóvil de Senkpiehl, por su pintura y su emblema del árbol de la ciencia, se identificaba

como vehículo perteneciente al Cuerpo Sanitario, sólo que en aquella oscuridad era fácil pasar por alto esos detalles. (Los sanitarios también usaban una señal propia con el claxon).

Otra vez conducía muy despacio; aquel terreno desconocido tenía sus trampas, y desde el cielo la iluminación contribuía a crear un estado de inseguridad. Además, otra vez lo atormentaban esos malditos trastornos de la visión que se le presentaron de repente en Sauckelruh y se manifestaban siempre al oscurecer. Desde entonces no habían mejorado en absoluto, todo lo contrario: iban a peor. Viajaba, por supuesto, con las luces apagadas.

Su azaroso compañero de viaje le había aconsejado mantenerse bajo la protección del talud del tren, dejando siempre la ciudad de Kelbra a la derecha. En algún punto en las afueras de aquella localidad llegaría a un paso a nivel, y vería entonces cómo continuar a través de la arteria principal en dirección a Berga. En Kelbra se combatía, eso era un hecho. El oído de Höllriegl distinguía los tableteos de las ametralladoras, el fuego graneado de los francotiradores y algunas graves detonaciones de la artillería pesada. De vez en cuando el viento arrastraba un claro rumor por encima del talud: eran las patrullas. Podía escucharse, además, el estrépito de las granadas de mano. Estaría teniendo lugar una enconada lucha casa por casa, y la curiosidad de Höllriegl se avivaba al pensar en dónde habría estado ahora si hubieran intentado antes cruzar la ciudad en coche. En el talud del tren se habían ocultado, en algunos puntos, varios francotiradores. También veía los nichos de las ametralladoras. Eran hombres de las ss. Sin embargo, nadie tomó nota de su presencia.

De pronto la carretera descendía. En el fondo del valle se había instalado un vehículo con altavoces perteneciente a alguna unidad de información, cuyos megáfonos instalados a la altura del talud –y opacando por momentos el fragor de los combates– lanzaban sin cesar consignas de propaganda (la propapa, como la conocía el gracejo popular), vociferadas hacia la zona del conflicto. Höllriegl se vio obligado a vadear el obstáculo muy lentamente a través de un terreno escabroso que lo obligó a veces a detenerse brevemente. Pudo así captar al vuelo el contenido de algunas frases:

–… obligados a luchar en todos los frentes contra un enemigo sediento de sangre que pretende destruir Occidente y exterminar la raza ariogermánica… Una ridícula minoría de excompatriotas ha perpetrado el ataque más

abominable de todos los tiempos contra el Gobierno del Reich instaurado testamentariamente por su fundador… Crear el caos político en nuestras filas, minar la moral y la fuerza combativa de la nación e impedirle al pueblo alemán el cumplimiento de su misión histórica… Y no contentos con ello, esos canallas no han dudado en acusar al más leal paladín a Adolf Hitler, a su sucesor legítimo, nuestro líder y comandante en jefe Ivo Adolf Köpfler, de un crimen abominable… Juzguen ustedes mismos. Una traición incomparable en la historia de nuestro pueblo… ¡Compatriotas…! Se ha demostrado que esa escoria no sabe sino presentar hechos falsos, que su intención es acabar con un movimiento tan orgulloso y noble como el del campesinado alemán, sometiendo a sus intereses a sectores del mismo, y para ello ha entrado en contubernio con el enemigo hereditario de Occidente, el demonio amarillo. Se ha demostrado, además… Cualquier alemán que colabore con esa escoria, que fomente los manejos de esa banda de criminales o los tolere con su pasividad, se hará culpable de traición a la libertad de nuestro pueblo, a la libertad de Occidente y a la existencia de un mundo libre bajo la dirección del Gran Reich Germánico…

Al cabo de un rato, Höllriegl dejó el villorrio a sus espaldas, pero el fragor de los combates no amainó, sólo se espació, con breves pausas intermedias, momentos en los que el silencio tenía un efecto aun más espectral. Berga, la siguiente localidad, parecía estar incluso bajo el fuego de la artillería. ¿O se trataba acaso de los llamados órganos de Goebbels? La polifonía de los aullidos, los rítmicos estampidos permitían inferirlo. Toda la región del Kyffhäuser se había convertido en un territorio en guerra, de ello no había duda. El aire vibraba debido al hueco fragor de los cazas y los aviones de reconocimiento, los reflectores tanteaban el gris firmamento como los dedos de una mano gigantesca. Höllriegl notó que las unidades de artillería antiaérea que habían ocupado posiciones en torno a la región de la Goldene Aue estaban disparando con balas trazadoras, dejando una estela de fuego en el cielo. También los misiles tierra aire de la defensa antiaérea se clavaban en el cielo con alaridos que le ponían a uno los pelos de punta. A continuación, se inició un auténtico fuego de barrera. Dos o tres aviones cayeron derribados, envueltos en llamas, a través de las nubes iluminadas infernalmente, enormes antorchas cuya trémula luz arrojaba delgadas y trepidantes sombras sobre la carretera, al punto de que uno llegaba a sentir náuseas. Höllriegl recordó que la Luftwaffe se había amotinado: tal vez

estuviera realizando su primer ataque masivo contra la Wehrmacht y las SS estacionadas en Stolberg. A pesar de todo, él se sentía como un espectador neutral que contemplaba unas maniobras militares.

Descubrió entonces la existencia de un paso a nivel, pero apenas dejó atrás las vías del tren –que, según vio, habían sido arrancados– una salva de disparos salió a su encuentro. Pisó el acelerador. Al otro lado, blanca y al parecer desierta, discurría la carretera que iba hasta Berga y Rottleberode: su carretera.

Partió en esa dirección, haciendo sonar el claxon varias veces con la señal del Cuerpo Sanitario. Llegó a la carretera bajo una auténtica lluvia de balas. Otra vez había tenido suerte: ni un disparo lo había alcanzado. Con los reflectores tapados, continuó avanzando a toda velocidad; a fin de cuentas, ya nada le importaba. ¡Pero cada kilómetro ganado era un tesoro!

La propiedad de los Von Eycke estaba entre Berga y Rottleberode. ¿Cómo estarían las cosas allí? Todo el apetito por Ulla se había esfumado: era algo absurdo, aun cuando Ulla todavía estuviera en su casa. ¡Un auténtico despropósito! ¡Cómo había podido siquiera pensarlo! Su cerebro había perdido la capacidad para pensar de manera normal. Además, Ulla, probablemente, estaría ya bien lejos en compañía de sus hijos. Jamás volvería a verla, y así estaba bien. Más que bien.

La carretera, una alameda flanqueada por árboles, se perdía en la lejanía iluminada por las llamas. Era recta como un hilo tensado. No se veía un alma, la noche lo ocultaba todo. En medio del cono de luz, los árboles danzaban como pálidos esqueletos que se le abalanzaban. A veces veía junto a la vía el amasijo de hierro de algún vehículo destruido. ¿Gente que huía del ataque nuclear? La región del Kyffhäuser había sido bloqueada. Tendrían que ser, por lo tanto, personas que huían de la zona. Y una vez más recordó lo absurda que era aquella huida.

De repente no pudo sino pensar en aquel sábado, hacía ocho días. ¡Había transcurrido una eternidad desde entonces! Era la misma carretera. Un falso día de estío. Recordó el lacayo de pelo canoso. El desorden en la habitación de Ulla. Las bragas de color encarnado. Las botas de montar. El olor de Ulla. El bidé. El retrato del Führer. La cruz de San Andrés. Las peligrosas radiaciones de su carne. Y luego la recordó a ella: a Ulrike Mlakar. Las

manchas de sudor bajo sus axilas. El olor de los pantalones de montar. El castigo. La vergonzosa mácula.

–Tonterías, tonterías –se dijo en voz alta, pensando en ese viaje que emprendía ahora a la residencia de los Eycke. Era un viaje peligroso y estúpido en todos los sentidos. Lo único razonable sería darse la vuelta allí mismo e intentar cruzar hasta Heydrich.

De repente, el coche se vio embistiendo a toda velocidad una barricada. Höllriegl frenó tan bruscamente, que su cuerpo con toda la fuerza contra el volante, mientras que todo lo que había en el vehículo salió volando hacia la parte trasera. Instintivamente, apagó las luces. Bajo la pálida luz de los lejanos incendios, se amontonaban los restos de varios vehículos: un montón de metal abollado y roto. Los fragmentos yacían dispersos por todo el lugar.

Höllriegl saltó del coche y caminó por la zanja en dirección a la barricada. Los árboles estaban destrozados y, en lugar de la carretera, se veía el bostezo de un enorme agujero. Los muertos yacían con los brazos extendidos en el borde del embudo o se habían deslizado hasta sus profundidades; el trozo de una pierna colgaba de una rama. Eran soldados de la Wehrmacht, chicos muy jóvenes. Caritas imberbes bajo unos cascos de acero demasiado grandes. El tenue rayo de la linterna se deslizó por encima de los cuerpos, que parecían larvas en la tierra negra de aquel campo. ¡Una locura! ¡Alemanes contra alemanes!

Höllriegl trepó por la pila de escombros, las manos se le rasgaron con los bordes filosos del metal resquebrajado; a veces palparon algo blando o se deslizaron sobre unas rígidas extremidades. Aguzando la vista, echó una ojeada en dirección a Berga.

¡Aquel maldito lagrimeo! Y la sensación extraña de náuseas y escalofríos. La padecía desde hacía días. Apenas tenía nada en el estómago y casi no había dormido; y luego, esas diarreas. De repente se sintió realmente mal, con unas ganas de vomitar enormes. Vomitó un poco de bilis y empezó a inhalar con fuerza. Pero el aire olía a lubricante, a gasolina, a tela y a carne quemada.

Hasta donde pudo ver, notó que la carretera estaba sembrada de vehículos acorazados destruidos. Por lo visto el fuego había alcanzado a un transporte de tropas, o tal vez se tratase de una parte de aquella gran unidad motorizada que había visto cerca de Heydrich, en la carretera que iba hasta Kelbra. Había llegado al final de su viaje, ahora sólo podría continuar a pie.

¡Tenía que volver a Heydrich! Pero ¿para qué? ¿Qué se le había perdido

allí? ¿Su hogar, el mundo sagrado, Ingrid, su pianino? Höllriegl rio en voz alta y se asombró de que aún pudiera reír. Delante de él ardía Berga; detrás de él, Kelbra. ¡Quién sabía lo que estaría ocurriendo en Heydrich!

Ocultarse, desaparecer en la noche: esa era la respuesta. Esperar el amanecer oculto en algún agujero en la tierra. En todas partes necesitarían a un sanitario. En caso de urgencia, podría decir que su nombre era Senkpiehl, que tenía órdenes de acudir al kilómetro tal o más cual. Daba igual que se tropezara con gente de las SS, del Werwolf, de las SA o del Bundschuh, cualquiera de ellos, aunque estuvieran dispersos, podría necesitar personal sanitario. Sin embargo, de inmediato le entraron las dudas. ¿Acaso no habían tiroteado su coche varias veces? La Cruz Roja había dejado de ser un tabú.

Sumido en sus pensamientos, Höllriegl regresó al coche caminando erguido por el medio de la carretera. Sin armas, estaría perdido, aun siendo integrante del personal sanitario. Llevaba consigo todo el tiempo la pistola de Kummernuß. Pero entonces sacó también la carabina y algo de munición. Tampoco olvidó las galletas. (¡La buena de Eberlein!). Ni los papeles de Senkpiehl: los del coche y la orden de desplazamiento por eventualidad. El coche hedía a gasolina, el vehículo perdía aceite. Pura chatarra, nada más. «Jamás habría llegado a Heydrich», se dijo Höllriegl, silbando tenuemente entre dientes. Con eso quedó zanjado el asunto.

Se metió entonces de lado entre los matorrales: para llegar a ellos tuvo que vencer unos taludes muy inclinados y cubiertos de maleza, cruzar un foso sin agua y varios bosquecillos. En la penumbra de los campos, con la tierra pegajosa y las lindes marcadas por arbustos muy altos, Höllriegl avanzaba muy lentamente, intentado, en lo posible, cubrirse, orientándose todo el tiempo por el talud de las vías férreas y con la carabina siempre en ristre, presta a disparar. La noche podía estar llena de monstruos.

No era un rumor, sino un hecho, que en todos los lugares donde había tomado el poder, el Bundschuh había abolido la esclavitud. Una medida tan superflua como irreflexiva, aparte de temeraria, ya que se trataba de una traición a la idea de la raza superior. Era superflua porque para nadie constituía un secreto que muchos esclavos empleados en fábricas o en el servicio doméstico habían puesto pies en polvorosa por su cuenta (estaba el ejemplo de Burjak); era irreflexiva porque esos esclavos armados –el propio Bundschuh les había entregado las armas– acabarían con toda persona que les

oliera a amo, y les daría igual que se tratase de un campesino de sangre alemana, de partidario del propio Bundschuh, de un señoritingo o de lo que fuese. Pero lo peor lo planteaba el hecho de que el Bundschuh, con la abolición de la Ley de Trabajo Forzado para Infrahumanos (LdTFpI, decreto del Führer del 11 de septiembre de 1945), o de la orden ejecutiva sobre la Ley de Esclavitud del 8 de mayo de 1946 (cuyos artículos Höllriegl se había aprendido de memoria, porque formaban parte de la formación general de un funcionario), había abierto todos los campos de trabajo para infrahumanos en los territorios por ellos controlados, sin diferenciar si se trataba de un *Stralag* o de un *Strafalag*. En los *Stralag*, como se sabía, se reeducaba a los delincuentes comunes o a los vagabundos de sangre alemana o pertenecientes a razas similares; en ellos se obligaba a los prisioneros a realizar trabajos forzados en un intento por reconvertirlos en buenos compatriotas, en ciudadanos de bien, prestos a ser reinsertados en la sociedad; los *Strafalag*, en cambio, eran los auténticos campos de concentración para infrahumanos. La terrible equiparación de personas de sangre alemana e infrahumanos era, a juicio de la opinión pública, el crimen principal del Bundschuh. Sería cierto, por lo tanto, que la dirección de dicha organización campesina se había cohibido de ir demasiado lejos con la medida, pero los de la sección de el Pobre Konrad, con sus acciones inmediatas, cancelaron toda posibilidad de restricción de la misma.

Debido a ello, Höllriegl tenía que contar con la posibilidad de ser atacado o masacrado en cualquier momento por prisioneros evadidos de esos campos, y ya corrían rumores fidedignos acerca de lo que tal cosa significaba. El héroe de Coburgo, por ejemplo, le había dicho que los liberados hallaban un placer diabólico crucificando a sus prisioneros en cruces gamadas, después de haberlos torturado al máximo. También se habían puesto muy de moda los empalamientos. Desde hacía varios días, un antiguo capo de los campos de infrahumanos cometía sus desmanes en la región de la Baja Franconia: se trataba de un polaco al que sus hombres llamaban El Empalador. Ese infrahumano ya había hecho ejecutar por ese método a cientos de personas, quizá incluso a miles. Los cuerpos eran despedazados y usados para erigir los llamados «bosques de cadáveres», que llenaban de horror incluso a los más curtidos hombres de la Oficina Central de Seguridad con experiencia práctica previa en los campos de exterminio de judíos durante la época de la guerra. Bastaba con que tropezaran con esas buitreras durante sus acciones de

peinado de las zonas de combate. El héroe de Coburgo le había contado también que a los prisioneros de las SS los torturaban y martirizaban con tenazas al rojo vivo, al punto de que estos acababan obedeciendo la orden de comerse la carne directamente del cuerpo de sus compañeros moribundos. Höllriegl, al que todas esas imágenes confusas le pasaron por la cabeza mientras trazaba un amplio arco que rodeaba a Berga, no dejaba de pensar en su experiencia con aquellos hombres bestializados. ¡Que Dios se apiadase del que cayera en las garras de esos animales!

Y de repente recordó un rumor que hasta ese momento había descartado por inverosímil. Se decía que, desde que se habían conocido esas crueldades, ya apenas quedaban prisioneros. Todo compatriota con capacidad para defenderse tenía el cometido y la obligación de liquidar, en situaciones sin salida, a toda su prole, y hacerlo con virilidad, reservando siempre la última bala para sí mismo. Las autoridades estaban entregando unas granadas de mano fabricadas con ese único fin: tenían el tamaño de un huevo y podían guardarse fácilmente en los bolsillos de un pantalón (el de Coburgo había llegado a enseñarle una). También volvía a ganar prestigio la clásica cápsula de cianuro oculta entre los dientes. Höllriegl tenía sus buenas razones para pensar ahora en todas esas cosas y sentir un especial malestar. Le habían asegurado que no estaba permitido dejar heridos, ni graves ni leves, era preciso pegarles a todos un tiro en la nuca que les ahorrase un destino terrible. Y allí donde no había heridos, tampoco se necesitaba a un sanitario…

Höllriegl agarró con mayor fuerza su carabina. Él, al menos, vendería su vida al mayor precio.

Amanecía cuando nuestro rabdomante arribó a la finca de los Eycke. Esta vez llegaba desde el lado este, tras haber atravesado campos en barbecho o nevados. La ciudad de Berga, envuelta en llamas, le había indicado el camino. Desde las colinas pudo ver que también Roßla y Rottleberode estaban ardiendo; encima de Nordhausen, la actual Kesselring, y también sobre la oscura región de colinas de la Goldene Aue, el resplandor de los incendios nocturnos se mezclaba con los arreboles del amanecer. Sin embargo, el cielo no estaba más claro.

Sólo en una ocasión le habían disparado: en el momento en el que intentó

cruzar un estrecho puente de piedra sobre el río Zorge. En algunos sitios había visto a hombres solos o a pequeñas tropas cruzando aquellos territorios en medio de la noche. En realidad, eran más de los que sospechaba, tal vez se tratase de hombres que retornaban del Kyffhäuser o de unidades exploradoras. A lo lejos, y también por encima de las nubes, se oían los incesantes rugidos, los cuales, según sus cálculos, provenían de la zona próxima a Stolberg. Höllriegl había pasado demasiado tiempo escondiéndose, soltando el bofe, padeciendo frío y hambre –aunque, teniendo en cuenta sus recurrentes retortijones de estómago, prefería no comer nada–; a menudo se vio obligado a arrojarse al suelo y pegarse bien a él, cada vez que los pesados proyectiles le pasaban volando por encima. En una ocasión el impacto de un obús lo lanzó por los aires como a una muñeca de trapo. Fue cuando perdió la carabina. De casualidad pudo encontrarla de nuevo. De algún modo, estaba con el agua al cuello.

Al otro lado se extendía una franja de color pálido: era el muro que rodeaba la propiedad de los Von Eycke. Un bosque elevado y antiguo se alzaba detrás, un negro bosque con las copas de los árboles en reposo. Höllriegl se agachó en el borde de un amplio bosquecillo al que, por precaución, le había dado la vuelta, ya que hubiese sido demasiado arriesgado atravesarlo en línea recta. El fragor de los combates se oía ahora más lejos, sólo un rumor le llegaba por encima del bajo manto de nubes.

De pronto, se oyeron disparos y un griterío lejano que parecían provenir del parque de la finca. Desde allí no podía ver la casa señorial, pues faltaban unos dos kilómetros para llegar a ella. La entrada estaba del lado de la carretera hacia Rottleberode, y, según sus cálculos, él se hallaba ahora muy lejos de ese punto. Sólo entonces le llamó la atención el penetrante olor a quemado que colmaba el aire. Haciendo un esfuerzo con sus ojos cansados, que parecían cubiertos de arena, pudo ver que lo que antes había tomado por el vaho matutino de la hierba era un humo blancuzco que se elevaba en lentas columnas de los árboles y los arbustos.

Los sonoros gritos eran como los de alguien agonizante. Höllriegl se quedó paralizado. Era la voz de una mujer, sin duda. Sintió de pronto unos temblores violentos. Con paso frenético, corrió hacia el muro del jardín. Tenía el pulso acelerado. ¿Cómo entrar al parque? Era un muro muy alto de piedra natural, y aunque mostraba fisuras en algunos puntos, había sido asegurado en lo alto con una doble hilera de alambre de espinos. ¡Impensable

pasar por allí! Sólo le quedaba la opción de correr hasta el portón enrejado bordeando el exterior. No había un sendero a lo largo del muro, sólo ramas y piedras, canalizaciones, meros obstáculos. De nuevo oyó aquellos gritos lejanos: una algarabía, ladridos, disparos. Höllriegl corrió más rápidamente, tan rápido como le fue posible en aquel terreno lleno de porquería. Corría erguido, a pesar de que, a la luz del amanecer, ofrecía de ese modo un blanco perfecto. ¡Le daba igual! Tenía que seguir: subir y bajar taludes, atravesar la maleza, cruzar hondonadas fangosas. Maldecía entre dientes, se le acababa el aliento. Algo le hincaba los pulmones, el sudor le corría por la cara. Muy atrás habían quedado los tiempos en los que solía correr con regularidad. Estaba acabado. En todo caso, en las SA siempre había salido airoso en las carreras de resistencia, y resultaba hasta cómico que pensara ahora en la medalla al mérito que había ayudado a conquistar para su tropa en tiempos pasados.

El muro mostraba graves daños en algunos puntos. ¿Impactos de la artillería? Sólo al cabo de un momento encontró un sitio en el que los destrozos eran tales, que pudo trepar por encima del montón de escombros. Lo hizo a toda prisa, y al cruzar se lesionó un tobillo con el alambre de espinos. Hizo una pausa para tomar aliento. Qué vergüenza, qué ignominia: estaba en las últimas.

El parque parecía tan cubierto de maleza como el terreno situado fuera del perímetro. Notó que la segunda hilera de alambre de espinos discurría a través de unas piezas aislantes de cerámica: una trampa diabólica bien camuflada. ¡Vaya compatriotas tan jodidamente precavidos los Eycke! Una valla electrificada… Sólo que ahora no había electricidad.

Al menos en la parte interior una acera cubierta de hierba corría paralela al muro, lo que le permitió avanzar con mayor rapidez. El bosque situado a su izquierda parecía impenetrable. De vez en vez aparecía algún sendero que conducía a su interior, pero en realidad podría tratarse de caminos sin salida. Era preciso seguir avanzando junto al muro. La mansión ya no estaría lejos. De nuevo echó a correr.

Ahora los perros ladraban muy cerca, y Höllriegl oyó también varias voces aisladas y unas roncas risotadas. En medio de todo ello, de vez en cuando, unos gritos frenéticos que luego se interrumpían de repente, como ahogados. El olor a quemado se volvió insoportable.

Höllriegl se detuvo. Le faltaba el aliento, la sangre palpitaba en sus oídos. Una vez más examinó la carabina. Conocía el arma, había disparado con ella en junio, durante unas maniobras, había aprendido incluso a desarmarla y armarla de nuevo. Era un arma automática, con repetición de gas y cargadores para varios disparos: vamos, lo más moderno en el ámbito convencional. Todo estaba bien. Sólo las manos le temblaban de forma ridícula. Con un gesto mecánico, las metió en los bolsillos del abrigo en busca de la munición de reserva.

En ese momento oyó un rumor a su lado, entre la maleza. Y justo en ese instante sintió que una mano férrea lo agarraba por la espalda, mientras la silueta de alguien que llamaba la atención por su baja estatura –algún enano o un niño–, alguien que había aparecido de repente frente a él, intentaba quitarle la carabina. Por unos segundos se le paralizó el corazón. Pero entonces –llevaba horas preparado para ese momento– recuperó su sangre fría y sus fuerzas. Con un movimiento reflejo, resultado de su ejercitación, Höllriegl empleó una técnica del karate, de la lucha «a mano limpia». Había soltado el fusil.

Un violento codazo lo liberó del agarre del hombre que estaba detrás de él. Oyó un sonoro gemido y vio cómo el hombre caía al suelo. (Más tarde pensó que aquel golpe, que tal vez había acertado en el plexo solar de su adversario, le había salvado la vida). De pronto vio ante sus ojos el brillo de algo. Era un cuchillo. Se apartó a un lado rápidamente, y la estocada, lanzada a su cuello, le rasgó la camisa a la altura del hombro.

Con un par de golpes dados con el canto de la mano y asestados en el lugar preciso, Höllriegl pudo mantener a raya al enano, que parecía lleno de fuerza e intentaba clavarle el cuchillo con agilidad simiesca, pero sin lograr acertarle. Ahora tenía un cuchillo en cada mano. Höllriegl le propinó varias patadas y puñetazos, y cuando el enano retrocedió tambaleándose, dejando por un instante la cara al descubierto, le pegó un fuerte golpe en el mentón. El enano se adentró en la maleza dando traspiés, y de repente la oscuridad se lo tragó.

Respirando trabajosamente, Höllriegl se apoyó contra el muro. Tenía otra vez la carabina en la mano. Era una gran imprudencia dar la espalda al bosque. Lo habían estado observando posiblemente desde que cruzara el muro. ¿Quiénes eran aquellos tipos? Se acercó entonces al cuerpo que yacía inconsciente y le dio la vuelta: cara de tez oscura, barbuda, con la nariz ancha

y aplastada, los ojos oblicuos. Eran, sin duda, prisioneros fugados de un campo de infrahumanos. Con el ataque aquellos hombres habían querido arrebatarle el arma de fuego. Es decir: carecían de fusiles y municiones. Una perspectiva relativamente tranquilizadora. Pero no dejaba de ser inquietante, porque un cuchillo mataba sin hacer ruido. Su gran cuchillo de caza se había quedado en su casa de Heydrich, y bien que hubiera podido sacarle provecho en este tipo de lucha cuerpo a cuerpo. Vio entonces en la hierba el brillo de un objeto. Era un cuchillo para cortar pan. Se lo guardó.

En su imaginación, el bosque se pobló de criaturas macabras. Con la carabina apuntando hacia la maleza, continuó avanzando a toda prisa. Era una suerte que no se hubiera disparado ningún tiro: nadie había podido oír la pelea. A esos dos los había liquidado. Le ardía la herida, el cuchillo parecía haberle rozado la clavícula, la camisa se le pegaba a la piel. Notó que tenía otras lesiones, unos cortes en las manos, y también le dolía el antebrazo derecho. Tenía el abrigo hecho jirones a causa de las cuchilladas.

¡Pero debía seguir, seguir!

El bosque se hizo menos denso y empezó a fundirse con el parque lleno de maleza. A través del follaje ya escaso vio un muro amarillo. Ésa tenía que ser la casa del portero. (Höllriegl recordaba el aspecto inquietante de aquella vivienda abandonada). También ahora las persianas permanecían cerradas. ¿Acaso los ojos de los asesinos lo espiaban a través de las rendijas? A cubierto tras la alta maleza, fue arrastrándose en cuatro patas hasta dejar atrás la casa. Cuando llegó a la linde del bosque, respiró profundamente. Con el dedo en el gatillo, examinó los alrededores.

Tenía delante la alameda. No se veía a nadie, de modo que podía cruzarla sin correr demasiado peligro. Los poderosos troncos de los árboles le ofrecían protección. Ya había aclarado bastante, pero la oscuridad reinaba bajo aquellos árboles tan pegados los unos a los otros, los cuales no habían perdido todavía todo su follaje. En la explanada situada delante de la casa, parecía estarse celebrando un espectáculo de acoso. Era como una orgía: sonaban disparos, y los borrachos, blandiendo sobre sus cabezas, como trofeos, botellas de vino y otras prendas tomadas en botín, bailaban con algarabía en torno a una fogata que parecía una especie de pira sacrificial. Se veía que, para ella, habían juntado piezas del mobiliario del castillo. También la mansión ardía. Las chispas ascendían al cielo. El aire era asfixiante.

Fue pasando de un árbol a otro hasta llegar al primero en la hilera. Desde

allí podía ver toda la explanada, al menos mientras el humo no le quitara visibilidad. Una docena de personas, casi todos hombres, participaban en una orgía de bebida y comida bebida organizada espontáneamente sobre el césped y los caminos de grava; un par de cuerpos inmóviles, semidesnudos y encorvados, yacían sobre los escalones de la terraza. El humo se despejó un poco y entonces Höllriegl vio algo que le heló la sangre en las venas. Tras el cuerpo muerto de un caballo usado como apoyo y parapeto, dos hombres se alternaban disparando a un blanco, y en cada ocasión los espectadores soltaban unas sonoras carcajadas burlonas.

El blanco era una mujer que llevaba puestas unas botas y unos pantalones de jinete. Atada a una silla, se hallaba en el fondo del garaje, bajo la luz intensa de los faros de los coches. ¡Hermoso blanco! Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, la blusa le colgaba en jirones de los hombros, dejando los senos al descubierto. En posición transversal al cuerpo de la figura inerte, colgaba otro cuerpo blanco y más pequeño: el cuerpo de un niño. Tenía una ancha herida en el cuello, y la cabeza le colgaba como si lo hubiesen degollado.

Los tiradores hicieron una pausa dramática e iniciaron un forcejeo. Uno de los que estaba alrededor corrió al garaje, sacó primero una canistra, luego una segunda, y las colocó junto a la mujer.

Un instante después, un chorro de fuego salió del rifle automático de Höllriegl. Nunca antes en toda su vida había sentido tanta calma como en ese segundo que más tarde recordaría como una inmunda eternidad. Mataba a aquellos hombres de manera planificada, con acierto, las manos ya no le temblaban, sus sentidos parecían de repente sumamente afilados. El hombre que estaba en el garaje alzó los brazos al cielo, en gesto teatral, y se desplomó. El alegre forcejeo de los tiradores pasó a ser un amasijo que, por un momento, se estremeció, para de repente quedar inerte, como una piedra. Luego pasó a los espectadores de aquella competición de tiro, a los que bebían y a los que bailaban. Con frenético regocijo, Höllriegl vio cómo algunos pegaban un brinco hacia atrás, mientras que otros se detenían de pronto, quedando allí de pie, con las bocas abiertas, mirando al vacío. Vio cómo los cuerpos giraban y se sacudían entre espasmos. Por lo demás, todo era como en el campo de ejercitación de tiro. Salió entonces de su escondite, llevando la pistola en la mano. De vez en cuando algo se movía por alguna parte, pero aquellas balas eran preciosas. Uno de los hombres gritaba y se

sacudía de un modo lamentable, que él tuvo que apartar la mirada, pues había estado a punto de, por compasión, darle el tiro de gracia.

Corrió al garaje. ¿Estaba Ulla muerta o sólo se había desmayado? ¡Gracias a Dios, respiraba! Con cuidado, Höllriegl cogió al niño de su regazo –sería Manfred– y lo depositó en el suelo completamente resbaloso. De inmediato empezó a deshacer las ataduras de Ulla. Hubo de esmerarse por largo tiempo, pues aquellas bestias habían atado e inmovilizado a su víctima con sádica minuciosidad; de vez en cuando, mientras la zafa, examinaba a la mujer. No parecía que los tiros le hubiesen acertado, los hombres estaban demasiado borrachos. Pero a Ulla la habían golpeado y torturado, eso se veía: la piel mostraba moratones por todas partes, tal vez tendría algún hueso roto.

Cuando hubo cortado la última atadura –¡bendito aquel cuchillo que había recogido antes!–, Ulla se desplomó hacia delante. Yacía delante de él, con la cara hacia abajo y la melena rubia (una corona de rayos bajo la luz de los faros) cubriéndole los hombros y la mitad de la espalda. Los pantalones se le habían rajado a la altura del trasero, era probable que aquellos cerdos se hubieran aliviado gozando de ella. Con una mirada, comprendió toda aquello, y por un instante se sintió desbordado. Era bella esa mujer.

Fuera sonaron unos disparos. Höllriegl oyó los impactos, los gemidos del metal, el zumbido de las esquirlas volando. Rápidamente, agarró a Ulla por las botas, la arrastró hasta el coche más próximo y la acomodó sobre una esterilla. Allí se atrincheró como pudo, sacó el cargador de repuesto y cargó la carabina. De nuevo oyó el ruido de los guisantes lanzados, y también un impacto más fuerte que hizo saltar el revoque de las paredes. Cristales rotos: uno de los faros se hizo añicos. El otro lo rompió Höllriegl de un disparo.

Ahora el garaje estaba a oscuras, y afuera despuntaba el día. ¡Una situación favorable! El que ahora se le pusiese a tiro, estaba perdido. ¡Maldito humo! Eso podía volverse peligroso: protegidos por el humo, los atacantes –¿cuántos serían?– podían entrar en el garaje y reducirlo. Además, el aire se enrarecía cada vez más, sólo conseguía respirar con dificultad.

Höllriegl miró a su alrededor y meditó. Su cerebro trabajaba a una velocidad de vértigo. El suelo del espacioso garaje se inclinaba hacia el fondo; el techo y las paredes parecían de hormigón grueso, y unas puertas semejantes a esclusas debían conducir a alguna parte. Un búnker, tal vez un búnker bajo tierra. Lo tendría que explorar. (¿Tendría salidas hacia el bosque?). Höllriegl examinó las paredes, buscando si habría un plano de las

instalaciones, tal como establecían las normativas. Nada. Si retrocedía más en aquel sitio y luego no encontraba una salida, esas bestias le llenarían el agujero de humo, obligándolo a abandonar su refugio, y lo capturarían. Bueno, siempre le quedaba la última bala. Aunque ahora tendría que reservarse dos. Tampoco Ulla debía caer en manos de esas bestias.

En el garaje había dos coches deportivos y un pequeño camión. El verde Opel Capitán de Ulla estaba de través; algún ignorante había intentado moverlo. Ulla llevaba ropa de montar, de modo que no había viajado al sepelio; probablemente los Eycke se hayan olido lo que iba a ocurrir. ¿Dónde estaría ahora el señor Von Eycke? Él sí tenía que haber participado en las honras fúnebres. ¿O acaso alguien lo había alertado a tiempo para que pudiera largarse? En ese caso, se habría llevado consigo a Ulla y a los niños.

La vestimenta de Ulla indicaba que ella también había intentado huir. Con Manfred. ¿Qué había pasado con Erda? Erda, era jefa de una escuadra de las Juventudes Hitlerianas, estaría con su grupo en medio de alguna acción. (Alguien le había contado a Höllriegl que Erda era una fantástica chica con pretensiones de superar a sus padres en términos de abnegación por el Führer y el Reich). Ulla y Manfred estaban solos en el castillo cuando esos monstruos llegaron. Al menos eso parecía.

La mujer se movió débilmente. A su alcance había una tina que Höllriegl fue acercando con la ayuda del fusil. La poca agua que tenía estaba sucia y fría. Entonces le arrancó una tira a la blusa de Ulla y, con el trapo, le remojó el cuello y los pechos a la mujer. Sintió una oleada de vértigo al frotar sus senos. Fue una sensación extraña. ¿Deseo? ¿Felicidad? ¿Acaso ahora no era su amo?

Ulla abrió los párpados, pero volvió a cerrarlos de inmediato. Luego soltó un intenso gemido y un escalofrío recorrió su cuerpo. Sus extremidades empezaron a temblar con fuerza. De repente se aferró a él, y Höllriegl sintió la plenitud de su cuerpo grácil, sintió el antiguo deseo incendiarse de nuevo en él. Pero sólo le duró un instante. Sintió vergüenza. De modo que la acarició con ternura, como a una niña, mientras los disparos pasaban silbando por encima de sus cabezas. En aquel escondite, estaban en una situación funesta.

–¡Ulla!

De nuevo ella entreabrió los párpados, sus tupidas pestañas estaban como cubiertas de escarcha. Sus ojos eran dos ranuras. Entonces lo miró, vio su

cara muy de cerca, y su mirada se congeló a causa del espanto. Dando un grito, se echó hacia atrás.

–¡Ulla! ¡Ulrike! ¡Señora Von Eycke! Soy un amigo. ¿Me oye? ¡Un amigo! No tenga miedo. La sacaré de aquí, quédese tranquila…

Entonces, una vez más, intentó acariciarla, retener sus manos. Ella se apartó de él, retrocedió aun más.

–Yugurta –susurró con el rostro deforme por el miedo.

¿Qué había dicho? ¿Qué significaba aquello? ¿Se habría vuelto loca? Todo el horror sufrido había destrozado su razón. Entonces volvió a gritar:

–¡Yugurta!

–Soy su amigo, Ulla, sea razonable. La han atacado… Han sido los…

Höllriegl vio entonces cómo aparecían unas siluetas en medio de la cortina de humo. Ya estaba junto al fusil, cuando una ráfaga detonó con estruendo, sellando la entrada. ¡Había que huir! La situación era insostenible. Una vez más, examinó las paredes. Tendría que retirarse a una de las compuertas, allí le resultaría más fácil defenderse. Pero ¿por cuánto tiempo? Con ardor en los ojos humedecidos, apuntó hacia la zona de tiro. Por allí no pasaría nadie.

Höllriegl oyó cómo Ulla se arrastraba a tientas hacia donde estaba él, y una vez más la mujer lo rodeó con sus brazos.

–¿Quieres hacerme daño, negro Yugurta? –le susurró al oído–. Negro Yugurta, negro Yugurta.

Le temblaba la voz, pero no aflojaba el abrazo. Él apoyó su cabeza contra la suya y le acarició el pelo y las mejillas; su mano derecha mantenía la carabina apuntando hacia la entrada, sin perderla de vista.

¿Y si la poseía allí mismo? Ambos iban a morir, eso estaba claro, no había escapatoria. Todavía le quedaban un cargador y un par de balas en la pistola. ¡Santo cielo! (Había que descontar dos de esas balas). ¿Por qué no follársela allí mismo, antes de que los dos la diñaran? Ulla estaba atontada, así que no opondría resistencia.

Una vez más sintió que la lujuria le ofuscaba los sentidos y que esta vez no amainaba. Estaba, además… ¡La venganza! ¡La venganza por aquellos azotes! La venganza, de por sí dulce, era una delicia en este caso. Höllriegl soltó un silbido entre dientes. Con la mano que tenía libre palpó los hombros de la mujer, sus caderas, la mano fue deslizándose más hacia abajo: ahí estaba el pantalón de montar rasgado, las nalgas medio al aire, la piel áspera, escoriada, sintió las marcas de las correas. La habían azotado.

Ella se fue estrechando más contra él. Era el miedo. ¿Qué otra cosa podía ser? Poco a poco fue volviendo en sí y empezó a sospechar lo que estaba ocurriendo. ¡Oh, Dios! ¡Era mejor que no se acordara!

La compasión lo llenó de una oleada de calor repentina. Pero la compasión no fue capaz de llevarse el deseo, sólo lo incrementaba. La atrajo hacia él. ¡Su pelo, su cara! Ulla tenía la boca hinchada, como mordisqueada. Tenía costras de sangre seca por todo el cuerpo. ¿Qué era eso de Yugurta? ¿Una clave, una contraseña? ¿Sería aquello el quid de todo el misterio? Höllriegl tomó sus senos entre sus manos. ¡Esos senos grandes y turgentes, elásticos, los senos de una valquiria! Sin embargo, no eran diferentes a los de ninguna otra mujer. (Le vino entonces al recuerdo una imagen fugaz: una mujer que había conocido en el vagón dormitorio de un tren, una señora oriunda de Graz, funcionaria del Ministerio de Agricultura y Alimentación, bien alimentada, por cierto, más bien gordita y ya no tan joven, que tenía las mismas formas de valquiria). ¡Su Bruja de Ámbar, su valquiria! La tenía ahora justo como quería, podría descubrir sus secretos más bellos, como en sus sueños. Sobre todo, su cofrecillo del tesoro. Ulrike Mlakar, alias Ulla Frigg von Eycke, la salvaguarda de la especie, ídolo televisivo de la nación: sumida en la desgracia. ¡Y delante de ella él había temblado como un corderito! Porque ella, maldita sea, no era diferente a otras miles de mujeres. Höllriegl le besó los pezones, unos pezones grandes, suaves, de color marrón, con una bella areola alrededor: él había soñado con ellos como cualquier adolescente que se masturba. Ulla se dejaba hacer, tenía los ojos cerrados y suspiraba con los labios entreabiertos. Se le podían ver los dientes.

–¡Yugurta, Yugurta!

Otra vez aquel nombre. A él le parecía de algún modo conocido, lo habría oído haría mucho tiempo, en una época anterior ahora envuelta en una bruma gris, pero ¿dónde?, ¿cuándo? Lo había olvidado. «Yugurta…». Y de repente recordó al viejo Tartaglia, su maestro, el triestino de ojos de belladona y el largo bigote negro. Y entonces también recordó la palabra: una guerra, ¡la Guerra de Yugurta! Algo relacionado con los romanos… Pero ¿qué significaba en este caso?

Si quería follarse a Ulla, ése era el momento adecuado. ¡Aunque no allí, sino en la compuerta! Höllriegl se incorporó a medias y, de algún modo, con más intuición que conciencia plena, notó que algo, una sombra, saltaba sobre

él. Casi al unísono apretó el gatillo y oyó la cabeza del atacante golpear contra el radiador del coche.

¡La compuerta!

Se había visto la cara por un instante en la ventanilla del coche: la tenía tiznada por el humo, sucia, con los blancos globos oculares resaltando en ella… ¡Qué aspecto tan horrendo! Como amante, no era precisamente un dechado de belleza.

Hasta la entrada de la compuerta habría más o menos diez metros. Terreno abierto. O hacían la apuesta contra la muerte o… Claro que Ulla, en su estado, no podría correr, su mente estaba tan ofuscada que no podría entender el plan de fuga. Por otro lado, no había tiempo que perder, y fue entonces cuando el giromante tuvo la gloriosa idea.

–Ulla –dijo en voz baja–. Ahí, al otro lado, está el enemigo. Los romanos… Pretenden capturarnos y darnos muerte. ¿Quieres huir conmigo?

Ella lo abrazó con fuerza. Su abrazo tenía algo de íntimo, o al menos así se lo pareció. La mujer tenía los ojos cerrados aún.

–¡Vamos, ven! ¡Agárrate a mí con fuerza!

Höllriegl se arrastró bien pegado a la tierra, detrás del coche, arrastrando consigo a Ulla y la carabina. Había vuelto a guardar la munición. En su cabeza reinaba un enorme caos, todo daba vueltas. Cada vez que tomaba aliento le ardían los pulmones. Intoxicación por humo, constató fríamente.

Fue avanzando metro a metro a través del suelo, al tiempo que intentaba, con esfuerzo, tomar aire. A veces sufría breves pérdidas de la visión, y algo empezaba a zumbarle en los oídos, pero él seguía luchando con tal de no desmayarse. ¡Por fin! Habían alcanzado la entrada del sótano, que tenía una de aquellas macizas puertas de búnker hechas de acero blindado que se abrían mediante un mecanismo de travesaños, mecanismo que él conocía a la perfección. A continuación, accionó los manubrios, pero la puerta no se abrió.

Vacilante, se puso de pie para intentarlo de nuevo haciendo palanca con más fuerza, pero el cierre parecía atascado o roto. ¿O acaso era un mecanismo secreto? ¡Demonios! En ese instante, un brillo intenso llenó todo el garaje, tan intenso que Höllriegl, como anestesiado, se tambaleó en dirección a la pared. Aquella luz insoportable parecía salir por todas las grietas y poros de la pared, y aunque él había cerrado los ojos instintivamente, al tiempo que se los cubría con las dos manos, todo a su

alrededor se iluminó como si estuviera a plena luz del día en el desierto. La luz era horripilante, y si Höllriegl, durante esos ocho o diez segundos, hubiera sido dueño absoluto de sus sentidos, habría recordado el fuego eterno de Muspilli.

Aquel impacto de luz lo dejó todo bajo una oscuridad parecida a la de la noche Estaba allí como un ciego: agachado junto al muro, avanzando a tientas. Entonces se frotó los ojos. ¿Dónde estaba? ¿Estaba ciego? ¿Vivía aún? Unos círculos de color verde y amarillo danzaban y giraban delante de sus ojos, y lo hacían cada vez más rápido, cada vez más rápido. Intentó entonces levantarse, pero sus manos palparon el vacío. La oscuridad empezaba a poblarse de fantasmas verdes.

Oyó a continuación un estruendo que se acercaba pesadamente. Eran estampidas y truenos continuos, prolongados, seguidos de un fragor huero y de unos silbidos. El suelo empezó a temblar bajo sus pies, como si estuviera sobre la cubierta de un barco en movimiento. Una mano invisible parecía comprimirlo contra la pared, mientras la presión del aire le desgarraba los tímpanos. Simultáneamente, el recinto se llenó de un calor abrasador, el mismísimo infierno parecía haber abierto sus fauces. Cuando recuperó la visión, pudo observar que los coches se mecían con violencia y chocaban entre sí. Delante de la puerta del garaje se alzó, con un estruendo ensordecedor, un muro, y unas nubes de polvo inundaron el recinto. De repente Höllriegl estaba otra vez en condiciones de pensar.

Habría estallado una mina aérea o alguna potente pieza de artillería habría impactado directamente contra el garaje. ¡Era preciso salir de allí! El polvo lo asfixiaba. Pero Höllriegl notó que a través de una grieta del muro salía agua (al parecer un tubo que habría reventado). Humedeció entonces un trozo de tela y se lo puso delante de la boca y la nariz. Tenía que moverse en medio de aquella penumbra, pasando por encima de coches volcados y de otros obstáculos. Finalmente, tras haber resbalado varias veces, consiguió trepar por el montón de escombros que cubría la entrada. Estaba al aire libre, pero lo que vio lo llenó de espanto.

La propiedad señorial del matrimonio Eycke había dejado de existir. Lo que todavía pudiera quedar se ocultaba tras montones de escombros humeantes, de los cuales brotaban algunas llamas. Tampoco existía el parque: lo que Höllriegl contemplaba ahora era un paisaje completamente cambiado: un desierto en llamas que se abría ante y él y se extendía hacia lo lejos. Los

robustos árboles de la alameda estaban en parte tumbados, arrancados de cuajo o partidos, sobresaliendo del terreno humeante como tallos astillados semejantes a esqueletos. Una parte del bosque ardía. Desde donde estaba, Höllriegl no podía ver el alcance del incendio. Pero lo más terrible era el cielo. Hacia el oeste, de frente al sitio donde se encontraba el sol, ahora completamente opacado por ella, se alzaba en el firmamento una pared de fuego de color naranja e intenso resplandor. Estaba, por lo visto, en vías de extinguirse, porque uno podía mirarla sin encandilarse. Era como si la materia de origen no terrenal se fundiera. Asimismo, el resto del cielo mostraba un aspecto extraño: parecía devastado, como una cama revuelta, resplandecía con un opaco color verde químico.

Höllriegl captó todo eso tras una primera mirada, todo se le echó literalmente encima, y su mente –ahora en estado febril– procesó la información a toda velocidad. Comprendió. La bomba no había sido lanzada desde un avión, tampoco era el impacto de una pieza de artillería o un cohete convencional. ¡Habían lanzado *la* bomba!

En ese preciso instante, como un mazazo, cobró conciencia del peligro en el que se hallaba. Empezó a temblar, a tiritar. Sin embargo, lo que sentía no era miedo. Se trataba más bien de la reacción espontánea de sus nervios maltratados y débiles. Tomó asiento entonces encima del montón de escombros y empezó a suplicar como un niño desesperado, sin poder controlarse ni sentir un ápice de vergüenza. Ni siquiera se daba cuenta. Pero entonces, de repente, se tranquilizó. Se enjugó las mejillas y, de un modo igualmente repentino, puso a funcionar toda su capacidad para pensar. Lo hizo tan impecablemente como podría hacerlo una máquina bien lubricada.

Estaba claro que se hallaba no muy lejos del lugar de la detonación, la bomba habría sido dirigida, tal vez, contra el Kyffhäuser. El viento –tras la primera bocanada de fuego, ahora podía tolerar mejor la radiación térmica– soplaba con fuerza desde el noroeste, era un viento cálido de las estepas, una especie de calima, de tormenta de arena con olor a quemado. Por haber participado a menudo en los llamados «juegos de planificación», Höllriegl sabía con exactitud que, tras un impacto atómico, las personas desprotegidas absorbían en un plazo de cuatro horas una dosis de más de 100 R. (¡La memoria le funcionaba todavía de forma estupenda!). Pero ¿quién podía saber el tipo de bomba que habían lanzado? Si ésta estaba dotada de un

manto adicional de metal pesado (el uranio 238, pensó), la radiación, en ese caso, sería mucho más intensa, debido a la multiplicación de las reacciones en cadena de la fisión nuclear. (En los exámenes de los cursos de superación, había tenido que responder hasta la náusea preguntas de esa índole y ahora su memoria repetía la materia estudiada como una vitrola a la que le hubieran echado una moneda). En fin, que en ese caso no tardaría cuatro horas, sino sólo una. Maldita sea. Creí recordar que los japos sólo empleaban exclusivamente esas bombas «sucias».

Ya no tenía tiempo, sin embargo, para reflexiones de esa índole. ¡Era preciso huir, echar a correr, salvar el pellejo! Bajó deslizándose por el montón de escombros, arrojó a un lado su abrigo y empezó a correr: al «juego de planificación» le seguía ahora el más puro terror. Esta vez, en cambio, no llegó muy lejos, pues el bosque en llamas se le interpondría como una barrera infranqueable. ¡La alameda! Pensó entonces (dándose cuenta, al mismo tiempo, de lo ridícula que era su idea) en llegar cuanto antes a la carretera bordeada de árboles que llevaba de Rottleberode a Berga y a Kelbra, la cual, tal vez, estuviera todavía intacta. Por ella podría alejarse en dirección al este. Sabía que se metía con ello en una carrera contra la muerte, esa muerte que, a fin de cuentas, ya lo tenía bien agarrado y se le iba colando por todos los poros de su cuerpo.

Mientras buscaba una vía de escape en medio de aquel caos en llamas, su cerebro descontrolado soltaba sin cesar frases que habría almacenado hacía años atrás: «… protección básica, es decir, una protección a largo plazo contra los efectos…», «… contra los efectos de explosivos convencionales…», «… contra los efectos de la onda expansiva…», «… contra los efectos de los derrumbes y las ruinas de los edificios…», «… contra los efectos de medios combativos de combate de tipo químico y bacteriológico…», «… contra los efectos del material inflamable…», «… y finalmente…, contra la propia amenaza radioactiva, si bien el valor de protección…». Vaya, ¿cómo decía aquella frase? ¡Mierda! «Un valor de protección…». «La tasa de dosis externa dividida por la tasa de dosis interna; de unos supuestos doscientos cincuenta…», «… eso era…», «… con el nivel de alerta activado actualmente en unos 10 mR/h…», «… pero todo dependía, en principio…», «… en principio había que formarse, *grosso modo*, una idea del nivel de radiación, la base para luego tomar medidas de protección…», «…y para condiciones de tipo local, existe por ello una segunda

posibilidad…», «¿… qué posibilidad…?», «… la segunda posibilidad, es decir, la búsqueda de lugares capaces de ofrecer protección básica, crear las normativas…», «… nuestros compatriotas deben contar con que, en determinadas circunstancias…».

Un lugar que ofreciera protección básica lo habría allí, sin duda, en medio del confort de los Eycke… Un sitio protegido contra la radioactividad… Con reservas de alimentos para varias semanas… Con un retrete, trajes de protección, máscaras y…

¡La compuerta! ¡Ulla! Höllriegl se había olvidado de la mujer. ¡La había olvidado por completo! ¡Había abandonado a su Bruja de Ámbar! ¡Él, Höllriegl, era una bestia, un cerdo miserable y cruel, un pedazo de porquería, un canalla, un flojo! Ahora ya sólo pretendía salvar su propia vida, esa vida infame; todo lo demás le importaba un carajo. ¡Un miserable cobarde, eso era él!

Höllriegl se dio la vuelta de inmediato. Temblaba todavía, las lágrimas seguían corriéndole por las mejillas. ¡Vergonzoso! ¡Había estado tan cerca de salvarse! Si hubiera podido abrir la entrada de la compuerta, ahora estarían a buen recaudo, pero al búnker tal vez sólo se podía acceder conociendo la contraseña, era como una caja fuerte con una palabra clave, sólo reservada al señor Eycke y a su prole, tan parecida a él…

Una sensación de extrema derrota se afianzó en él en el momento en que trepó por el montón de escombros en la dirección opuesta. En el fondo, ahora ya todo daba igual, sería lo que tenía que ser, no era posible mear contra el viento. Lo peor era sentirse desnudo, expuesto –por así decir– a lo desconocido.

Ulla estaba acurrucada en un rincón con los brazos rodeándole las rodillas. Mascullaba algo para sí. Parecía concentrada, meditando. Höllriegl le acarició el pelo, y ella alzó los ojos hacia él; y entonces le llamó la atención que en su mirada no quedara ni rastro de miedo. En general, le pareció más fresca y clara que nunca.

–¡Tenemos que marcharnos, Ulla! ¡Y rápido!

Él tiró de ella, intentando levantarla. La ayudó a ponerse en pie. Y mientras lo hacía notó que caía al suelo un trozo de papel arrugado. Ulla se agachó con asombrosa rapidez y lo recogió. Por unos segundos se mantuvo indecisa, haciendo una pelota con el papel que tenía en la mano. Entonces miró a Höllriegl y le entregó aquella bola de papel.

–La salvación: negro Yugurta –dijo. Su voz sonaba normal, era firme y armónica.

¿Se habría vuelto loca de verdad?

–¡Ven, Ulla, ven! ¡Vamos, camina! Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes. Los romanos…

Höllriegl se interrumpió. ¿Tenía sentido continuar con aquel juego infantil? A continuación, la rodeó con el brazo, sirviéndole de apoyo para que le fuese más fácil caminar. A cada paso sentía como saltaban sus senos, y –lo más curiosoese contacto le proporcionaba confianza y fuerza. Ahora él era su ángel de la guarda. Era bueno volver a tener a alguien cerca. ¡El contacto corporal!

Varias veces tuvo que tirar de ella, porque Ulla se negaba a caminar. Cuando estuvieron fuera, ella miró perpleja a su alrededor. Y también con mirada de curiosa, sin ápice de terror. Se mantuvo en silencio, impasible. ¿Comprendía algo? ¿No lo comprendía? ¡Había que salir de allí a toda prisa!

Con suavidad, pero a la vez con fuerza, continuó tirando de ella. El papel… Tal vez fuera algo importante. Ambos se sentaron en el suelo caliente, en medio de las llamas. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Höllriegl cuando Ulla, en un gesto de confianza, apoyó la cabeza en su hombro, mientras el viento cálido lanzaba el pelo de la mujer contra su cara. Todo el horror presente desapareció. Eran los primeros seres humanos… O los últimos.

Presuroso, leyó fugazmente el trozo de papel, que estaba sucio y lleno de salpicaduras de sangre. Se leía allí una larga serie de números garabateados, a todas luces, por la mano de un niño. Sin embargo, había sido la mano de un adulto la que había escrito un runa encima de cada cifra, y luego añadido la correspondiente letra del alfabeto alemán. ¿Qué era aquello, un juego? Perplejo, Höllriegl leyó: «Yugurta». La palabra aparecía escrita completa dos veces sobre la serie de números, mientras que, la tercera vez, aparecía únicamente con las primeras cinco letras, al tiempo que la serie se interrumpía bruscamente. Era un mensaje codificado. Sólo era preciso conocer la clave y la combinación numérica. (En la época de la ilegalidad, ellos habían usado jueguecitos como aquél para tomarles el pelo a los del Frente Patriótico de Dollfuß). ¿Se ocultaría allí el boceto de un plano? La solución rezaba: Junkers-Gurnemanz-Thale, y las primeras letras de cada una

de las tres palabras daban como resultado, nuevamente el nombre en alemán: *«Ju-gur-tha»*.

Höllriegl leyó la palabra en voz alta y miró a Ulla con expresión inquisitiva. Ella sólo asintió y se acurrucó a él. Sus labios entreabiertos estaban cerca de su boca. Él le besó la cara, primero los ojos, luego la boca. Notó sus labios hinchados, la lisura de sus dientes, la humedad fría de su encía. Tenía mal aliento.

Thale era una localidad en el macizo del Harz, tal vez Ulla debía encontrarse allí con alguien. «Gurnemanz»… ¿Se refería al nombre del señor Von Eycke? Tal vez fuera una presunción falsa. Lo de «Junkers» estaba claro. Eycke era un piloto deportivo y posiblemente pilotara un Ju. O sería la indicación relativa a un avión concreto, al tipo de equipaje que podía llevarse y el armamento. (Höllriegl recordó fugazmente lo que le había revelado Gundlfinger). En aquel plan –porque estaba claro que era un plan de fuga– había una parte marcada con una cruz: al noroeste de Thale, en dirección a Quedlinburg. Era el punto de encuentro.

–Ulla, ¿qué significa Gurnemanz?

Él examinó su cara y notó, con desconsuelo, que su mirada se había vuelto de nuevo vacía, turbia.

–Negro Yugurta –repitió ella, susurrante, y un temblor recorrió sus extremidades–. ¿Me harás daño?

Aquello era una idea fija. Él la acarició, le habló con tono sosegado. En fin, Ulla se había vuelto loca. No había esperanza. ¿Dónde estaba su abrigo? Höllriegl lo encontró y se lo puso por encima de los hombros desnudos, envolviendo cuidadosamente su cuerpo con la prenda.

Thale. El lugar no estaba demasiado lejos. Conocía la carretera, había viajado a veces a través de ella. Ober-Rottleberode, Stolberg, Güntersberge… Con el coche, esos sitios estaban a nada. Pero ¿a pie, en medio de aquel caos y con una mujer enferma? De todos modos, era un objetivo, un lugar concreto al que llegar.

¡Había que poner rumbo a Thale! Marchar en la dirección de la radiación, ir al encuentro de su abrazo… Era una locura, significaba la muerte. Pero daba igual. ¡Aunque fuese el mismísimo infierno!

El cielo se había teñido con el color del fuego, un sol opaco había quedado suspendido, como un astro artificial, en medio de las nubes que volaban en el fondo, cubiertas por una pátina de lava. La pared de fuego naranja se había

apagado, y en su lugar se había expandido, sobre el horizonte situado al oeste, una superficie de manchas rosadas. Era el mismo color rosa del retrato del Führer en la casa de Höllriegl.

No conseguía dormir. Con ardor en los ojos llorosos, miraba fijamente la oscuridad. Y aunque estaba muerto de cansancio, aunque se sentía como si le hubieran molido a palos cada hueso de su cuerpo, tenía los nervios de punta. El olor allí era rancio y ácido: sus sentidos en alerta captaban el olor de la menstruación, el cuidado de un bebé, la succión de la leche materna. ¡Horrible! Junto a él, en aquella litera de campaña, yacía Ulla, acurrucada en el lecho como un embrión. Palpó la cara a la mujer, que roncaba levemente con la boca abierta.

La había poseído ya dos veces ese día. La primera, cuando iban camino de Rottleberode, en un hueco abierto en la tierra.

Durante una parada de descanso, ella se le había insinuado con insistencia y de manera muy descarada mientras comían unas galletas. También había hecho sus necesidades en su presencia. La segunda había sido allí, donde estaban ahora, en uno de los llamados *Zumuklo*, un convento para madres de crianza. En esa ocasión se había resistido como una fiera cuando él quiso poseerla, por lo que estuvo casi a punto de estrangularla. La primera vez no había valido la pena: una mujer medio idiotizada que ha perdido todo recato no cuenta, aun cuando su nombre sea señora Von Eycke. La segunda vez… Bueno, tampoco había sido nada excitante, más bien una situación trabajosa. El paraíso que él se había imaginado no existía. Tampoco esa vez había valido demasiado la pena. No obstante, poco a poco Ulla volvía a ser ella misma, pasito a pasito, como los de una gallina. Hasta cierto aire de sus modales de peón de establo llegaba hasta él de vez en cuando, y eso lo hacía feliz. Era su único motivo de felicidad.

Lo había notado ya en aquella larga, larguísima caminata. De repente Ulla se había vuelto más parlanchina, le entraban incluso arrebatos en ese sentido, si bien la mayor parte de lo que decía era incoherente. Pero, en fin: hablaba. Algo podía sacarse de las extrañas imágenes que ofuscaban su juicio y lo mantenían en aquel estado. Tal vez fuera Manfred, su hijo, quien le había entregado aquel mensaje cifrado. El autor del papel podía ser el señor Von Eycke. ¿Gurnemanz? Höllriegl lo infirió a partir del parloteo en parte

contradictorio, pero en parte razonable de Ulla: Gurnemanz era el apodo familiar del dueño de la mansión, el mismo que hacía unos días le había encargado examinar su casa con el péndulo. Este «Gurnemanz» había estado ocupado, al parecer, en preparar la huida de la familia y en procurar que todos –incluidos sus hijos gemelos– se reunieran en un sitio específico: en los alrededores de Thale. Höllriegl recordaba vagamente haber oído decir que las SS, estacionadas en unos terrenos llanos y boscosos junto al río Bode, contaban allí con una base bien camuflada y fortificada para sus pilotos. ¿Estaría la base en funcionamiento todavía, a pesar de la batalla en los alrededores de Stolberg? Probablemente el plan de huida de los Eycke habría tenido éxito si los japos fueran los únicos enemigos.

Una vez más Höllriegl recordó a Gundlfinger. Llamaba la atención que el señor Von Eycke (o quien fuera el autor) redactara aquel criptograma en una clave que, como podía reconocer el experto a primera vista, se correspondía con el reciente alfabeto de runas nórdicos, es decir, no con el llamado *Futhark* de la lengua germánica común, que podía leer cualquier escolar. (Lo único que se había sacado del *Futhark* había sido la «z» al final del nombre Gurnemanz, una letra que se correspondía con el símbolo neonórdico de la «n»). ¿Quería decir esto que el vuelo –el del «Junkers»– se desplazaría hacia el norte? ¿O se trataba acaso de una estratagema para despistar, y los runas nórdicos se referían, por el contrario, al ecuador? Por otra parte, Thale y Thule eran nombres de sonoridad parecida, y Thule, la isla de los antiguos, estaba en el alto norte, como la Thule de Groenlandia… Todas eran meras especulaciones inútiles.

Qué final para Manfred. Höllriegl lo había visto: al chico lo habían capturado aquellos prisioneros liberados, que lo habían desollado como a un ternero, probablemente delante de su madre. También había huellas indudables de que habían martirizado y violado a Ulla varias veces –probablemente, en presencia de su hijo todavía vivo–. Un piadoso azar había cubierto esas escenas, en la mente de Ulla, con una impenetrable cortina de olvido, y Höllriegl se cuidaba mucho de levantar siquiera un palmo de ese telón, aunque ello, tal vez, habría traído de nuevo a la vida a la Ulla de antes, a la señora Frigg von Eycke, la oficial nazi del campo de castigo «Dora»… ¡La habría despertado para que volviera a su antigua capacidad de dominio y de fertilidad!

Pero ¿y Erda, dónde estaba? ¿Habría recibido el mismo mensaje y se encontraba ahora camino de Thale? Ulla no parecía recordar que tuviera hijos. Su estado mental la obligaba a vivir sólo el instante de un modo instintivo, sin recuerdos, o con recuerdos que, de algún modo, aparecían en forma de pequeños puntos. (¿No era acaso lo mismo que él había dicho de Anselma?). Ulla olvidaba incluso cosas ocurridas hacía pocos minutos.

Höllriegl y Ulla habían estado recorriendo aquel territorio desolado, completamente despoblado: los únicos seres vivos eran los perros jíbaros. Sólo en una ocasión se habían tropezado en el camino con seres humanos, una diezmada tropa de reconocimiento radioactivo perteneciente a la Wehrmacht. Aquellos hombres habían recibido una orden muy poco realista, y ahora ya no sabían qué hacer. Por suerte, viajaban en motocicletas y los llevaron en el sidecar.

En Rottleberode habrían podido pertrecharse de trajes de protección… Si Rottleberode hubiese existido todavía. Pero la ciudad había dejado de existir, al igual que Stolberg, que era ahora una ciudad fantasma cuyos restos, desde lejos, parecían huesos quemados… Höllriegl prefirió dar un rodeo a la ciudad humeante, pues era imposible saber lo que podría estar acechándole a uno tras aquellas ruinas. Debido al desastre, no había ya depósitos ni trajes de protección. («Para nosotros, a fin de cuentas, es ya demasiado tarde», pensó Höllriegl). Tampoco había ya refugios ni tropas de defensa. No quedaba nada. Los de la unidad de rastreo radioactivo le habían dicho que tenía que haber todavía infinidad de personas ocultas en los búnkeres, ya que la noche anterior habían activado las alarmas, pero luego se olvidaron de indicar el fin de las mismas. No todos los refugios habían quedado cubiertos de escombros, pero la gente temía salir al exterior. Todas las centrales de alarma locales habían dejado de funcionar, y el sistema de emergencia, tan cacareado por el servicio de vigilancia atómica, había dejado de existir (algo que los artífices del programa «Endurécete, *landgrave»* no habían podido imaginar ni en sus peores pesadillas); en las ondas del éter, según se decía, reinaba un caos insólito. Los contadores Geiger de la tropa de reconocimiento indicaban que los territorios del Harz y de la Goldene Aue mostraban elevadísimas tasas de contaminación radioactiva.

En fin, que marchaban ahora directo a los brazos de la muerte, y ésta solía abrazar con fuerza. Pero daba igual. Höllriegl pretendía dejar a Ulla en Thale e irse luego a morir en cualquier otro sitio. Poseía todavía suficiente

munición, sus últimas reservas. Estaba en condiciones, todavía, de aplazar la vida de ambos por algunos días. El compasivo jefe de la tropa de exploradores les había entregado algo de comida (protegida contra radiaciones), y también un abrigo enguatado para Ulla y una chamarreta militar.

Habían recorrido páramos infinitos, bosques y árboles chamuscados, por todas partes ardían los pueblos y las granjas. Los jirones negros que colgaban de las ramas le recordaban a Höllriegl las banderas de luto en honor del Führer. La ceniza revoloteaba en el aire sin cesar, era una lluvia fina y gris arrastrada por la brisa. Pero lo peor eran las grandes tormentas de arena que hacían infranqueables todos los caminos hacia el norte de Rottleberode y obligaban a dar rodeos que consumían mucho tiempo. También era difícil avanzar por el bosque, el viento había causado muchos estragos derribando árboles.

Hacia el atardecer encontraron un sitio donde alojarse que, de milagro, había quedado incólume. Era el convento en el que se hallaban ahora, cuyo nombre era Luginsland, un sitio completamente desolado, habitado únicamente por un gatito. Era uno de los tantos centros nacionales para crianza de seres de raza aria, igual a los que se habían instalado después de la guerra en todo el Reich, en las proximidades de burgos de entrenamiento y capacitación, en campos de la Oficina de Trabajo del Reich y centros similares. Había infinidad de ellos y, por su aspecto, todos se parecían como un huevo a otro huevo. En realidad, éste era el cuartel de una tropa de la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas, un edificio de una sola planta disfrazado de inofensiva granja campesina, con espacios diurnos y dormitorios conjuntos y las habituales filas de literas y otras habitaciones individuales en las que tenía lugar la procreación: cada una con sus duchas, su bidé, todo dotado de buenas condiciones higiénicas en el estilo normativo del Reich. (En algunos de esos conventos, por cierto, se estaba empezando a probar un método nuevo: con el propósito de suprimir, durante el proceso de fertilización, todo aspecto sensual, se eludía el uso de los llamados «sementales» –hombres selectos de las SS, a los que también se conocía por el mote jocoso de Preñadores Mayores–. El esperma era inoculado a las madres de crianza de manera artificial, de modo que aquellos cuartos con cierto toque individual –porque, por lo demás, sólo había salones comunes en el ala

principal del edificio– habían ido pasando de moda poco a poco). Había también una sala de partos para casos muy urgentes, así como la barraca para el personal de enseñanza, para el de asesoría en temas de maternidad, para médicos y madres de leche. Finalmente, estaba la estación experimental. El conjunto del edificio formaba un cuadrado, y las alas individuales tenían techos altos a dos aguas cubiertos por una imitación de tejas. Sobre el portón de la entrada, con su talanquera, podía leerse en letras góticas fundidas en hierro al estilo de la Wehrmacht, la siguiente frase del Führer: «EL PROPÓSITO SUPREMO DEL ESTADO ETNONACIONAL ES LA PREOCUPACIÓN POR PRESERVAR LOS ELEMENTOS RACIALES PRIMIGENIOS QUE GENERAN LA BELLEZA Y LA DIGNIDAD DE UNA RAZA HUMANA SUPERIOR».

Mientras recorría el edificio en busca de algún inquilino, Höllriegl se había apoderado de aquel gato que vagaba maullando por la sala deportiva y que ahora dormía satisfecho a sus pies. No había nadie en aquel lugar. Había bajado hasta lo que tal vez fuera el búnquer a presión mejor acondicionado de todos los que había visto, pero tampoco allí había un alma; tampoco había cascos, ni caretas antigás, ni trajes protectores o reservas de comida. O bien las chicas habían marchado al Kyffhäuser con todo el equipamiento o las habrían evacuado a tiempo. El Harz era una región en guerra.

En su abandono, el convento mostraba un aspecto fantasmal. Se hallaba situado hacia el sureste, al pie de una ancha dorsal montañosa escasamente cubierta de bosques, razón por la cual el fuego de la bomba no había tenido efectos sobre el edificio. También la onda expansiva y el remolino parecían haber pasado de largo por encima de aquel bajío sin causar graves daños. Sólo en el ala oeste se veían algunos cristales rotos en las ventanas y puertas abiertas. En el llamado «salón de descanso», el viento había creado un caos de libros y revistas: dispersos por todas partes se veían ejemplares de *Sippe, Mutterschaft, Minne* (a Höllriegl casi se le para el corazón cuando reconoció, entre ellos, el ejemplar de *Minne* que ya conocía). Había también algunas partituras: ¿*Qué toca Erika en el acordeón*?, o la marcha favorita de Köpfler, *Nosotros, los lobos, aullamos a la noche*. Nada hacía pensar allí en la catástrofe del Día del Juicio que reinaba fuera. Por todas partes había ramos de flores secas y ramas de abetos, ruedas de la fortuna, proverbios de amas de casa, bastas xilografías protegidas bajo un cristal o enmarcadas, horarios de formaciones, instrucciones para hacer las camas, lecciones de canto,

exámenes médicos, normas para el cuidado del cuerpo. Por todas partes, asimismo, se veía el habitual Rincón del Partido, la «Esquina Parda». Y, en las paredes, calendarios de menstruación y fertilidad de todos los colectivos. En los cartuchos vacíos de unos grandes proyectiles, dispersos por las mesas y por el suelo, había algunas flores de aspecto marchito. Meras naturalezas muertas. El suelo estaba tan limpio que se podía comer en él. Todo era agradable, casto, y revelaba que allí había estado obrando la mano de una mujer alemana.

Aquel idilio sacaba de quicio a Höllriegl más de lo que él mismo podía expresar. Era como si hubiese salido de un paisaje lunar para entrar directamente a un mundo amable, terrenal, con deliciosos atardeceres y el saludo de la noche inminente. El contraste, de repente, era estremecedor. Las devastaciones que había presenciado le parecían ahora lo normal, lo acostumbrado: la medida de todas las cosas. La paz y el grato ambiente, por el contrario, le resultaban poco naturales, engañosos, obra del azar. Junto a él estaba la pistola cargada: ésa era la realidad.

Las horas nocturnas pasaban muy lentamente, mientras él cavilaba y cavilaba. Entre el colapso del exterior y el ambiente hogareño que allí reinaba parecía existir una especie de acuerdo tácito. Ante aquella vaguedad de los límites, tanto una cosa como la otra le parecían estar bajo el mismo signo. ¿Acaso los contrastes eran tan violentos? Los alemanes tenían el maldito talento de meter esos opuestos en un sombrero o de sacárselos de alguno. Ellos habían inventado algo que hasta entonces el mundo no conocía: el caos ordenado.

El día anterior, que ahora él llamaba Día del Juicio, le había abierto los ojos. Y de forma definitiva. Anselma tenía razón: no había nada. Nada tenía valor. El Führer estaba muerto, y con él su mundo, el mundo de Höllriegl, había perdido todo sentido. La vida tampoco tenía sentido, y mucho menos la muerte. Nada parecía sensato, todo, por el contrario, parecía despreciable hasta alcanzar el punto cero absoluto. Su profesión, esa farsa, o la mera existencia de la radiación terrestre, algo en lo que uno «tenía que creer», o el mismo Partido, que –como él mismo veía ahora con claridad y nitidez– no era más que un enorme estercolero, nada de eso valía la pena. Tampoco esa guerra –que había empezado por una insensatez, por un acto criminal (¡cuánta razón había tenido Senkpiehl!)– valía la pena. Desde el primer momento había sido una pura locura. Lo único que existía era una lucha absurda,

animal e irremediable de todos contra todos, y eso era algo palpable. ¡Una guerra que la propia vida libraba contra sí misma! Hasta el combate descarnado cuerpo a cuerpo, con un cuchillo, o con dos, como el infrahumano que lo había atacado. ¿Dónde había quedado aquello de la «muerte heroica»? Pues de ello no había quedado nada, salvo el dejarse degollar como Manfred. O como los cuerpos de aquellas carpas que, ya abiertos en canal, seguían pegando brincos… ¡Había que luchar, aun estando contra la pared! ¡Y morir! Tal vez a eso se refería Anselma.

¿Y el mundo superior? ¿Su fe en una divinidad encarnada en la tierra por el Führer? ¡Patrañas! Los dedos de Höllriegl se le crisparon de vergüenza al recordar la estupidez que había hecho en su momento: ¡es decir, hacía unos pocos días! ¡Cuánta pena tiene que haber sentido Anselma por él!

¿Y Axel? ¿Y Ulla? Axel era un hermoso idiota, pero idiota al fin: ni más ni menos. Sólo por eso era puro y bueno, porque era un idiota. Y Ulla era una mujercita pervertida, como su Ingrid, la peluquera. Tal vez en otro tiempo, en una prehistoria ahora cubierta por una bruma gris, el haber poseído a Ulla hubiera hecho de él el más orgulloso de los mortales, pero eso era agua pasada: pertenecía a los tiempos en los que todavía creía en el heroísmo, en valquirias y trolas similares. Ulla no se comportaba, en lo esencial, de un modo distinto a las demás chicas con las que se había acostado. De ellas sólo había quedado un débil temblor, un recuerdo. ¡Oh, si ella lo azotara de nuevo!

Höllriegl palpó a Ulla, que dormía profundamente, tocó su cuerpo. Deseo y asco, asco y deseo. Esta vida no era más que un vómito.

Se quedó dormido encima del cuerpo de ella. En sus sueños oyó los ruidos de unos contadores radioactivos.

OPERACIÓN BIFRÖST

«Nunca una ley divina o humana gobierna al norte del paralelo 53».

RUDYARD KIPLING

Era mediodía. El sol estaba algo por debajo del horizonte. El hombre que ahora se identificaba por el nombre de Yugurta acababa de salir de la cantina.

Temblaba de frío de un modo lamentable, se pasaba todo el tiempo temblando. Hasta en el sobrecaldeado salón comedor, donde a uno los ojos se le volvían vítreos, como cuando tenía fiebre, había sentido aquel frío. Un trastorno nervioso, sin duda.

Se sentía sencillamente de un modo miserable, como un perro apaleado, y se disponía ahora a dar un paseo al aire fresco, a fin de librarse de los dolores de cabeza y estar un rato solo. Había salido a hurtadillas, aunque en realidad nadie tomaba nunca nota de su presencia. No obstante, sospechaba que alguien estaba siempre vigilándolo, pendiente de él. No con hostilidad, eso no; más bien de manera fría e indiferente, como se estudia un objeto.

Pero quizá aquello no fuera más que un engendro de sus nervios destrozados. Al andar, daba fuertes pisadas con las botas, con tal de hacer al menos algún ruido. Aquella isla era tan silenciosa. El hielo pastoso salpicaba debajo de sus suelas, y la respiración se transformaba en un vaho. En aquel lugar lo toleraban, nada más. Pero ¿por cuánto tiempo? Pasó entonces junto a un latón de basura vacío y le dio una patada, produciendo un ruido metálico. Y luego, el silencio tras la tormenta, un silencio sepulcral. Sólo al otro lado, por encima de la bahía, se oía el ronco rifirrafe de las gaviotas. El mar tenía un color gris y estaba liso como un espejo, era un oscuro charco.

Uno allí podía enfermarse si no lo estuviera ya. Daba igual que fuera de día o de noche, el agua resplandecía con un toque melancólico. En realidad, ni siquiera parecía agua, sino aceite, algún residuo. Todos los objetos parecían extrañamente desplazados hacia la lejanía, aun cuando uno pasara muy cerca de ellos: los tres tanques, la pila de viejos bidones de combustible, la caseta del generador, los guardias momificados en sus abrigos de piel, unos muchachotes altos como árboles que se le aparecían a uno en medio de la niebla. Y, finalmente, la valla de alambre electrificada. No había nada más. En el sur, el horizonte resplandecía débilmente como el oro blanco, y la baja colina situada detrás del aeródromo mostraba un brillo metálico. El esqueleto de la torre de control, con sus radares, apenas podía distinguirse.

Todo interno en aquel campo de acogida (el AL JU número 33) podía moverse libremente dentro del perímetro cercado, pero eran raras las veces

que uno veía a alguien fuera. La mayoría de los internos permanecían en sus catres, dentro de las barracas, dedicados a leer o a dormitar. O a esperar. La espera de los interrogatorios, de los exámenes físicos, de las vacunas. Si le permitían a uno continuar el vuelo, lo cambiaban de barraca. Y quien llegaba hasta allí, hasta el campo próximo al aeródromo, lo había conseguido.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No lo sabía. Las eras habían desaparecido. Al principio había conseguido orientarse por los horarios de las comidas, pero luego se había cancelado alguna que otra, y todo se le volvió un caos. Veía que al otro lado de la cresta de la montaña se encendían unos reflectores: eran las luces de la pista de aterrizaje y despegue. Aquello constituía, en cada ocasión, un breve deleite, porque en aquella isla imperaba normalmente un régimen de oscuridad absoluta. Poco después de ver los reflectores, se escuchaba el fragor de las turbinas: algún transporte partía. Y aunque desde allí no podía ver el despegue, Yugurta quedaba siempre a la espera, chocando los talones de las botas. Sólo veía parpadear varias veces las luces de a bordo de algún avión muy pesado. Pero luego los reflectores se apagaban y todo fragor se extinguía. Sólo quedaba la noche: la noche y la niebla.

Era ahora la enésima vez que recorría con paso fuerte la explanada vallada. Los guardias eran como estatuas negras. ¿Por qué todos aquellos guardias y el alambre de espinos? ¿Para qué todas aquellas porras, los lanzallamas, los antiniebla, las armas láser y los perros guardianes? Él creía –o más bien temía– saberlo. Esa última fase de selección no siempre discurría sin incidentes: todos querían subirse al bote salvavidas, pero la última palabra la tenían los médicos y los funcionarios de la Oficina Central de Asuntos Raciales. Sólo los compatriotas políticamente elegibles, gente rebosante de salud, los más fuertes y puros desde el punto de vista racial tendrían una oportunidad de sobrevivir, aunque otros parámetros para la selección fueran también la edad, la potencia, la resistencia, el rango y los correspondientes méritos en el frente ideológico. (Tal principio de selección le parecía correcto, beneficioso; él mismo había tenido que pasar por exámenes parecidos, aunque no tan implacables). La isla se asemejaba a una fortaleza. El cuerpo de guardias era reclutado –como podía inferirse a partir de los galones en los cuellos de los uniformes– entre las unidades Totenkopf y las tropas de asalto Viking y Vidkun Quisling. Se trataba, por lo tanto, del mejor material humano de los países escandinavos. Había allí hasta *prévôts* judiciales, una institución antiquísima. Todos hablaban malamente el alemán,

pero estaban obligados a guardar silencio. En alguna parte Höllriegl se había enterado de que sólo la dirección del campo –incluidos los médicos– provenía de las ss.

Pero había otra cuestión: ¿por qué todos aquellos estúpidos apodos y nombres de guerra? Todo el que llegaba al campo estaba obligado, de inmediato, a dejar atrás su vida anterior, a empezar desde cero. Bien. Pero sólo renunciando al nombre uno no podía dejar atrás la vida llevada hasta entonces, ésta continuaba: se manifestaba en miles de cosas, y sobre todo en el recuerdo. ¿Tenían esos nombres camuflados alguna importancia práctica, o se trataba de un asunto meramente simbólico? ¿Sería una de las tantas humillaciones, una dificultad adicional y arbitraria? Desde que llegaron, el matrimonio Eycke había hecho que a él, a Höllriegl, lo registraran con el nombre de «Yugurta». Profesión: terapeuta y editor (esto último lo había indicado él mismo, precavidamente). Todos sus papeles, el carné del Ejército, el del Partido, su identificación racial, etcétera, llevaban su nombre verdadero: Höllriegl. De modo que las autoridades en aquel sitio conocían su nombre oficial, pues sus documentos estaban en manos de la jefatura. ¿Le darían, de ser «admitido», una nueva documentación? (¿Papeles que respondieran al nombre de Yugurta? El nombre era más que estúpido). De algún modo, aquel juego con los nombres falsos le recordaba el escrito en runas de aquel fatídico mensaje, con el que un autor desconocido había añadido una clave cifrada adicional al sentido literal de las palabras. La vida en el Reich Milenario de los alemanes estaba llena de tales ornamentos.

En el campo todo el mundo mantenía el pico cerrado. Todos esperaban su turno, y sobre ello no podían gastarse demasiadas palabras; además, era preciso mantener la precaución. Un buen ejemplo eran sus dos compañeros de dormitorio: ¡vaya compañía tan parca en palabras! Uno era un maestro de cría de caballos de Trakehnen, según decía el listado de la habitación (su nombre era Bütefisch, «pez de cuba»); el otro era el típico señoritingo (nombre: Wolfskehl, «garganta de lobo»). Era el jefe de una unidad de trabajo (por lo civil, naturalmente) y un pez gordo en la Oficina Nacional del Frente del Trabajo en su departamento de personal y capacitación. Hablaban con él sólo lo imprescindible. Entre ellos, sin embargo, mostraban mayor familiaridad: jugaban al ajedrez o al molino. Además, a espaldas suyas, del hombre oriundo de la Marca Oriental –algo que ya Höllriegl había visto a

través del espejo–, se intercambiaban miraditas elocuentes. En compañía tan selecta, un simple funcionario era lo último de la baraja.

En la cantina todo funcionaba con similar parquedad: monosílabos, poses estiradas, comentarios anónimos. No obstante, pronto fue cristalizando cierta jerarquía de rango. En su mesa se presentó un día, por ejemplo, un tipo de nuca gruesa y sonrosada, pelado al cepillo, quien dijo llamarse simplemente «Fibra Sintética Alemana», y recalcó lo de «sintética». Sin embargo, muy pronto el flamante industrial estuvo ocupando otra mesa, probablemente una mejor. El silencio en el comedor sólo se interrumpía cuando entraba un hombre de las SS, se paraba enfrente, entrechocaba los talones y alzaba su brazo derecho. La ración diaria de potaje se recogía en la ventana de la cocina, y tenía que hacerlo todo el mundo, no había vías alternativas, y da la casualidad que ese día los Eycke habían estado en una fila no muy lejos de la suya: el *Obersturmbannführer*, como siempre, mostró su actitud altanera y despectiva, mirando al vacío –el señor Von Eycke solía mirarlo como si no notara su presencia, como si mirase a través de un cristal–. No se sabía cuál era el nombre que usaba ahora, pero en todo caso Ulla llevaba el nombre de Sigga. Él se había encontrado con ella en secreto en dos ocasiones, pero de esos encuentros fugaces, más bien un breve intercambio de caricias, sólo había conservado una sensación de amenaza. Sigga tenía un aspecto ruinoso, pero su enfermedad parecía conferirle un atractivo adicional: cualquiera podía notar, por ejemplo, que acababa de levantarse de un abrazo infinito. A la vista de esta Sigga, nadie en las mesas pestañeaba, si bien los hombres –que normalmente miraban sólo al frentedesviaban sus miradas hacia ella de manera furtiva. A Yugurta le causaba cierta repugnancia notar la atmósfera de lujuria que rodeaba a aquella mujer, cierto aire denso. Aparte de los Von Eycke había otros cuatro o cinco matrimonios esperando la partida, toda gente joven. Niños no se veían por ninguna parte. Para ellos parecía haber campos de acogida especiales. Tampoco había esclavos, el servicio lo realizaban voluntarios y algunas chicas noruegas.

Ahora, en su paseo, Yugurta acababa de llegar a la talanquera que bloqueaba el paso hacia el aeródromo. Dos guardias provistos de fusiles láser daban paseítos de un lado a otro, mientras sus armas de frágil aspecto emitían un brillo negruzco. Lo de apostar guardias era una medida exagerada, según le parecía a Höllriegl; aquí, en todas partes, había carteles advirtiendo no

tocar las vallas electrificadas. Dentro de unos pocos días, cruzaría esa esclusa… O no. Y si no era así, también le daba igual.

Poco a poco, en su mente había ido afianzándose la idea de que el señor Von Eycke deseaba verlo muerto. Aquel vanidoso los había acogido a él y a Ulla en su bimotor sólo de muy mala gana, y por lo que Höllriegl sabía, por causa suya la pareja había protagonizado frecuentes y acaloradas discusiones. El *Obersturmbannführer* había intentado varias veces deshacerse de él. Höllriegl era un huésped indeseado, pero era también, en definitiva, el hombre que le había salvado la vida a Ulla. Ese huésped molesto estaba ahora allí: la terquedad de la señora Von Eycke había ganado con diferencia, porque ella lo amaba, si es que podía llamarse amor al placer de que Höllriegl la acariciara y la poseyera. Pero no había que hacerse ilusiones. Él, sencillamente, era de los dos hombrecillos el más joven y más fuerte. El mejor. Porque ¿qué podía decirse del tal Von Eycke, con su cabeza de pájaro? Vomitivo.

Él, Höllriegl, tendría que luchar por su vida y por la vida de Ulla, alias Sigga. En realidad, eso no le hacía mucha gracia. Diñarla allí, en Alemania o en cualquier otro lugar, era, a fin de cuentas, lo mismo. Y no le quedaría más remedio que morir pronto, al igual que a Sigga. Los dos habían quedado gravemente expuestos a la radioactividad, y esa contaminación ya se anunciaba en algunos síntomas. Los daños radiactivos iban corroyendo el cuerpo sin cesar, hasta devorar los órganos internos. Con un poco de suerte durante los exámenes médicos, ello podría disimularse, en caso de emergencia, durante un tiempo. Pero los trastornos de la vista, el lagrimeo, las diarreas, la «mente ajena»… ¿Acaso todo aquello no era una ironía? Él, el radiestesista con estudios, el terapeuta siempre en busca de radiaciones naturales, iba a perecer por culpa de la radiación que el hombre, ese verdadero demonio de la Creación, había provocado.

También era posible que Eycke emprendiera algo contra él, como denunciarlo ante los médicos del campo. Si esto ocurría, él, por desgracia, tendría que hablar. Porque en ese caso tampoco a Sigga, igualmente afectada por la radiación, la admitirían para pasar «al otro lado», a Niflheim, como lo llamaban aquí. (Además, Sigga tenía ya problemas hereditarios, se sabía que había tenido varios abortos). Eycke –Höllriegl no lo dudaba– no quería separarse de ella a ningún precio, seguía sometido a esa mujer, a pesar de todo. A los hijos habría que darles de baja –de la propia Erda no había ni

rastro–, una razón más para salvar el pellejo propio, el del señor Von Eycke y el de Sigga. ¡Es decir: un pellejo de mucho valor!

El estado mental de Sigga había mejorado rápidamente, aunque no tanto en lo relativo a sus lagunas de memoria. En la misma medida en que su estado físico se deterioraba (algo que sólo notaba él), su mente se avivaba, y en algunos aspectos seguía siendo la Ulla dominante y fría de siempre. La segunda vez que vino a verlo a su barracón, le había susurrado al oído –después de que ambos tuvieran un fugaz escarceo amoroso que jamás llegó al clímax– que tuviera cuidado, que su marido era capaz de cualquier cosa. Allí, en aquel campo, una persona podía diluirse en la nada, y nadie reclamaría luego a personas sin importancia, nadie investigaría nada, pues no había tiempo para tales cosas, y el personal hasta se alegraba de poder tachar los nombres de unos cuantos internos. Había demasiados refugiados del desastre atómico esperando en estos campos.

–¿Quieres decir que debería ser yo quien…? ¿A tu marido?

–Yugurta no puede hacer nada. Sigga lo hará.

–Pero, ¿con qué? ¿Tienes un arma?

–Tengo un láser… Un Meduso 6.

–¿¡Cómo!? ¿De dónde lo has sacado?

Ulla rió con mohín perverso.

–Me lo ha dado… Knud… El jefe de patrulla Knud. A modo de prenda, como juguete. Y a cambio ha podido meter la mano aquí…

Dicho esto, le agarró la mano a Höllriegl y le mostró el lugar.

Qué estupenda mujer. Un Meduso 6. ¡Un láser de rubíes! Tendría que intentar engatusarla para que le entregara el arma.

–No, no te inmiscuyas en estos asuntos. Es algo que tenemos que resolver entre hombres.

–No seas tonto. Tengo una deuda que saldar con Erik. Me ha reprochado haberle causado perjuicios heráldicos. ¡Él a mí! Lo pagará caro. Así que eres tú el que no debe inmiscuirse en nuestros asuntos.

«Perjuicios heráldicos». Eycke le había reprochado a Sigga su pasado, su origen humilde y plebeyo: tal vez por su relación con él, Höllriegl, que también era de extracción humilde. Los dos eran bastardos y estaban hechos el uno para el otro. Pero según el código de honor aristocrático, esa mancha sólo podía lavarse con sangre. Muy poco precavido por parte del señor Von

Eycke herir de ese modo la sensibilidad de Sigga. Ahora volvía a ser la Ulla de antes… Y actuaría en consecuencia.

¡No, no y no! Tendría que adelantársele, no era una actitud viril dejar ese asunto impostergable en manos de una mujer. Desde que abandonó la cantina no había pensado en otra cosa. ¿Cómo hacerlo? ¿En un duelo, a la manera de los caballeros? ¿Dos disparos para cada uno, como en tiempos pasados? El tal Eycke era un tipo peligroso, y sin duda un tirador mucho mejor. Además, con esa oscuridad, podían dispararte una bala desde cualquier otro sitio. ¿No era mejor hacerlo de un modo menos formal, a la americana, con un sorteo? ¿O, sencillamente, retirándose? Pero no, él no quería retirarse, no de ese modo. Era el otro el que tenía que ceder y retirarse. En fin… Tal vez fuera mejor morir de un disparo que estirar la pata a causa de las radiaciones, una muerte por enfermedad era algo infamante, poco heroico.

Pero quedaba una débil esperanza, aunque algo fantasiosa. Una argéntea franja en el horizonte, como el sol que nunca asomaba. Senkpiehl y Kummernuß ya le habían hablado de ello meses atrás. Una especie de cura secreta y milagrosa, un método supuestamente probado que eliminaba las secuelas del impacto radioactivo o al menos las frenaba. Se decía que en los laboratorios de los campos para infrahumanos se habían conseguido, después de algunos intentos fallidos, ciertos éxitos iniciales. Había personas curadas del todo. Un triunfo del espíritu progresista alemán.

¿Y si le habían mentido? En todo caso, también el señor Von Eycke había hecho algunas insinuaciones al respecto en cierta ocasión. Fue después del primer aterrizaje… ¿Dónde fue, en Aalborg? Höllriegl le había hablado con toda franqueza al frío y atónito marido del peligro mortal que acechaba a Ulla, que había estado expuesta durante horas al mayor nivel de radioactividad. ¿Qué se podía hacer? (Sobre su propia contaminación, él no dijo ni una sola palabra). Entonces el señor Von Eycke abrió la boca e hizo un comentario que todavía recordaba: «Cuando estemos *al otro lado*, la sacaremos adelante… En cuanto hayamos superado el Bifröst…».[42] Al parecer la frase se le había escapado, a juzgar por la mueca que hizo a continuación. Bien. De todos modos, también Sigga le había contado que «en Niflheim» curaban a la gente, que lo sabía por un médico del Estado Mayor que comía con ellos en la cantina. Por lo visto, Sigga sabía más acerca de su estado de lo que uno suponía.

Yugurta pasó de nuevo junto a los latones de basura vacíos. «Él o yo». Ese

pensamiento lo dominaba. No era que odiara al señor Von Eycke tanto como para desear su muerte, no tenía motivo alguno para ello. Simplemente no podía tragar al tipo. Por otra parte, Eycke no tendría el más mínimo escrúpulo a la hora de darle caza como si fuese una liebre. Pero, ¿dónde y cómo llevar a cabo el acto? ¿En el momento en que Eycke acabase en la cantina y regresara a su alojamiento? Los Von Eycke residían en el otro extremo del campo, en los barracones destinados a los matrimonios. Era un largo camino, y el señor *Obersturmbannführer* podría recorrerlo más pronto de lo que él deseaba. Los bidones de basura podían servirle de escondite. Pero el disparo (o los dos disparos) se oirían en todo el campo. ¡Había que usar un láser! El láser emitía únicamente un siseo, como el de un soplete de soldador. Sólo que el señor Von Eycke no tendría demasiado buen aspecto después del impacto. ¡Una pena! Los muertos por armas láser mostraban un aspecto horrible. Luego, sus restos terrenales podrían ser arrojados al mar de un modo solemne. Era preciso que Sigga le entregara el arma de inmediato…

Entró en la habitación malamente iluminada y vio sobre su litera un sobre. El señoritingo roncaba en su catre. Era su siestecita. El semental de Trakehnen estaba sentado delante del tablero de ajedrez, jugando una partida contra sí mismo.

Era un texto mimeografiado, una citación de la jefatura: «Presentarse mañana a las ocho ante el médico del campo». Debía comparecer en ayunas, y llevar una muestra de orina.

Aquí ya no era ni siquiera Yugurta, esa criatura salida de la imaginación de Sigga, sino un simple número. Le habían hecho una analítica racial de sangre, le habían centrifugado y analizado la orina, tomado las huellas dactilares, las de las plantas de los pies y las de las articulaciones, le habían hecho un electrocardiograma, tomado una muestra de jugo gástrico, le hicieron un examen del ano y del pito, lo auscultaron… Y todo a él: a Albin Totila Höllriegl, alias Yugurta. Lo percutieron, lo pesaron, lo midieron, le hicieron una prueba de seroquímica, le examinaron los reflejos, le hicieron un fondo de ojos. ¿Qué más, qué más? Ah, sí: le habían asignado el número 18.

Y ahora un tipo imberbe con gafas y bata de médico, que vestía pantalones de montar y calzaba unas botas de piel de oveja, le medía y manoseaba el cráneo desde hacía un buen rato. Como en un interrogatorio policial, tres

reflectores de intensa luz le enfocaban directamente la cara. Hacía un calor repugnante y maloliente en aquella habitación. Tenía frío: la hipotensión, la baja temperatura. A un lado, a la sombra, detrás de una mesa con forma de herradura estaban sentados tres hombres uniformados (de las SS, obviamente), sus guerreras, sus cinturones y gorras colgaban de la percha. Miraban al aire, con ojos ausentes, mientras el imberbe iba dictando –con una voz quejumbrosa que a él le recordaba el sonido de un instrumento folclórico del Tirol, las trompas alpinas– los resultados de su examen a una secretaria –sí, parecía una secretaria, una mujer (había un parabán por delante)–, que los mecanografiaba. Todo se desenvolvía del modo más profesional. Al fondo, otros hombres aguardaban desnudos el momento de ser sometidos al mismo examen.

–… dinárico, o predominantemente dinárico… tipo de sangre oscura, con influencia eslava alpina… índice craneano (dos puntos) ochenta y cuatro (coma) veintiuno… índice facial (dos puntos) cien (coma) ochenta y uno… occipital claramente escarpado…; visión lateral (dos puntos) la llamada cabeza de chacó… nariz y mandíbula de desarrollo prominente… (coma) sospecha de acromegalia… protuberancia occipital fácilmente palpable… corte de cara (dos puntos) frente inclinada superficialmente hacia atrás (coma) de aspecto elevado… arcos salientes sobre los ojos…; suave puente nasal… (coma) nariz robusta y prominente… en examen de perfil (dos puntos) *septum* visible… boca de trazo firme… (coma) prototípico para la formación fonética en la Marca Oriental… ángulo del mentón inferior (dos puntos) romo… línea posterior del patrón del mentón inferior no especialmente escarpada… visión frontal (dos puntos) protuberancia frontal bien visible… abultamiento de la sutura en el centro de la frente (coma) débilmente metópico… color del pelo (dos puntos) castaño oscuro, con rizos… iris (dos puntos) gris-azuloso… amplia y elevada abertura palpebral (coma) párpado superior sin arrugas… sin señas particulares en los pómulos y arcos cigomáticos…

Tintineaban los instrumentos, el traqueteo de la máquina de escribir provocaba modorra, los oficiales allí sentados lo observaban todo con indiferencia, mirando al vacío, y a veces se estiraban, haciendo sonar las extremidades. En ese momento, el médico imberbe le palpaba la dentadura. Estatus dental. ¿Qué fin tenía todo aquello? Era una jodida estupidez. ¡Y

aquella seriedad bestial! El único sentido era que allí se hacía acopio de datos que luego estarían consignados en su pasaporte. ¿O acaso no le devolvían los documentos? A él, en todo caso, le importaba un comino.

Desde ayer al anochecer estaba en posesión de los documentos identificativos expedidos y validados por la dirección del campo en favor del señor inspector de Asuntos Económicos en la región de Fulda-Werra, Erik Meinolf von Eycke (Dios lo tenga en su gloria), sólo que aquí se consignaba otro nombre. El aspecto de Eycke era horroroso, un auténtico guiñapo humano. Ellos –él, Sigga y Knud– no habían esparcido en el mar todo elemento mortal del *Obersturmbannführer* (su alma estaría ahora abrazando al Valföður Odín), sino que lo habían metido en un cubo, en uno de los bidones con los restos de la cocina.

Si se daba crédito al relato de Sigga, aquel día por la tarde habían vuelto a pelearse. Eycke se había plantado delante de ella, como de costumbre, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón, las piernas separadas y cierto balanceo del cuerpo, y había vuelto a sermonearla. Lo mismo de siempre: una deshonra para su estirpe, para su nombre, para el apellido de los Eycke. Ella se metía en la cama con cualquiera, también con empleados domésticos, y ahora hasta con un curandero de la Marca Oriental. Era la gran puta de la televisión nacional, y otras cosas por el estilo. Tampoco Sigga se había quedado callada. («Sabía jugar al duro»). Le reprochó algo que a ella por lo común le gustaba hasta ponerla ardiente y que él le hacía con las manos, algo que la *vox populi* llamaba «jugar al billar de bolsillo». Sólo que últimamente él había estado jugando demasiado al billar de bolsillo, y a ella le había parecido particularmente asqueroso. De modo que, en el fondo, no lo había matado tanto por las vejaciones sufridas, sino por causa de ese jueguecito pueril, inconscientemente onanista, que Eycke, por si fuera poco, practicaba con actitud sumamente arrogante. Se entendería, por lo tanto, que…

Knud –el rubio soldado oriundo de Norlandia, tan parco como tonto, que trabajaba en el fichero de la jefatura del campo– recibió el encargo de extraer los documentos del matrimonio Von Eycke y estampar en ellos el visado correspondiente. Ciertas personalidades importantes estaban autorizadas a quedarse con los antiguos papeles y no estaban obligadas a llevar nombres falsos, a menos que así lo desearan. Eycke había escogido voluntariamente un nombre muy antiguo y sonoro, pero lo usaría de forma exclusiva mientras durara su estancia en Niflheim: Hadmar Götz von der Leyen. Para ello se

habían efectuado ya los cambios pertinentes. La mujer antes llamada Ulla Frigg von Eycke llevaba ahora el nombre de Sigga von der Leyen, y su nombre honorífico ario era Gutruna. El señor Von Eycke ni siquiera le había preguntado, había dado por sentado su consentimiento. Ése, aunque mínimo, era uno de tantos dardos –y vejaciones– de su marido contra ella en los últimos tiempos. Pero sus riñas tenían una raíz mucho más profunda y databan de mucho más tiempo atrás. Estaban relacionadas con la carrera de Ulla en la televisión.

El médico imberbe había terminado sus balidos: el número 18 podía vestirse y pasar a la siguiente fase. Todo aquel proceso era, naturalmente, de una estupidez monumental, pero, ¿acaso tenía sentido alguno levantar sospechas? Fuera cual fuese el desenlace de aquel examen, él continuaría viaje con los papeles validados de un tal señor Von der Leyen. Knud había prometido llevarlos hoy mismo, a él y a Sigga, hasta «el otro lado», es decir, al aeródromo. Cabía preguntarse cuál era el modo en que Sigga recompensaba los servicios de Knud, pero, en fin, era algo con lo que había que vivir.

Provisionalmente, entre ellos, él seguía siendo Yugurta, mientras su antiguo nombre iba perdiendo vigencia poco a poco, empezaba a formar parte de una brumosa prehistoria, de una época en la que todavía hacía pesquisas de radiaciones terrestres y corporales. Elipses giratorias a la izquierda, elipses giratorias a la derecha. Ese Höllriegl había sido exterminado, borrado del mapa… Como el aliento de Odín. Como todo lo demás. Era algo remoto, hundido en el pasado.

Delante de él estaba sentado ahora un hombre muy delgado con la cara curtida de un veterano de guerra. Un civil. Llevaba en el ojal distintivos de la Liga Nazi de Abogados y de la Liga del Este Alemán. Mirada aguda, inquisitorial. Por lo visto, allí los reflectores de iluminación intensa eran cosa obligatoria en todos los recintos. Habían encendido también una grabadora.

–¿Que penas de vergüenza pública te inhabilitan para el Ejército…? ¿Qué significa «etnificación»…? ¿Quién decretó entre los antiguos alemanes el mandamiento de abrir vías para los ejércitos…? ¿Sabe usted cuál es la tirada aproximada de la prensa del Frente Alemán del Trabajo…? ¿Cuál es concretamente la tirada del periódico *Arbeitertum…?* ¿Cómo castiga usted a los esclavos a los que ha sorprendido robando…? ¿Al cumplir qué edad puede un joven alemán ser declarado adulto de cara a un tribunal de

tutelaje…? ¿Cuál es, a su juicio, el mayor crimen…? ¿Cómo se llama el autor del llamado *Espejo sajón.*…? Existen otros seis códigos similares, ¿cuál es el nombre de éstos…?

Lo que le preguntaban en aquel cuestionario estaba relacionado con un acervo de conocimientos inofensivo, básicogeneral. (¿O estaría la trampa, precisamente, en lo fácil que eran las preguntas?). Tal vez Knud, que tenía acceso a todos los departamentos, entraría pronto para hacerle la señal convenida; era lo que supuestamente iba a hacer si se presentaba la oportunidad favorable. Pero ¿dónde estaba Knud? ¿Con Sigga? Él miró furtivamente al reloj.

–¿Qué significa: «El Partido es la entidad fiduciaria de la comunidad del pueblo…»? ¿El nombre del *Gauleiter* en la región del sur de Hannover-Brunswick es…? ¿Y el de la región del Memel central…? ¿El de Weser-Ems…? Usted conoce la expresión «Ayuda para que te ayuden», ¿qué se le ocurre al oírla…? ¿Cuándo se firmó la Paz de Westfalia…? Cuéntenos algo sobre su ámbito profesional, la rabdomancia… ¿Quién fue el pasado año el campeón de acuapolo alemán…? ¿Quién el ganador, el año pasado, de la Copa Tschammer…? ¿Y en lanzamiento de bala? ¿En dodecatlón…? ¿Qué significa «desmasificación» del pueblo…? ¿Qué significa «afiliación por el suelo…»?

La sarta de preguntas saltaba de un tema a otro. Era un test de inteligencia. Algunas cosas eran complicadas, aunque parecieran sumamente fáciles, ya que él no tenía ni idea de ejercicios físicos ni campeonatos. Si Knud le hacía la señal, tendría que largarse de allí sin más. Lo más inteligente era alegar que tenía cagaleras y largarse en lugar de ir al baño. Pero si lo estaban vigilando, ¿qué pasaría? Allí todas las paredes tendrían oídos, y ojos las puertas. (Recordó aquellas horribles mirillas en el apartamento de Anselma). La cinta magnetofónica continuaba girando en silencio. Él contempló los carretes dando vueltas laboriosamente.

–¿Cómo logra usted vencer la flojera…? ¿Desde cuándo existen los exámenes de rendimiento para todos los jefes de las SS…? ¿Quién dio solución a la cuestión judía en Lublin…? ¿Qué oficinas pertenecen al ámbito de competencias del Ministerio de Hacienda del Reich…? ¿A qué entidad se subordina el Ministerio de Hacienda…? ¿Qué entendemos por la expresión de «infancia divina» de los alemanes…? Cante la primera estrofa de

Schleswig-Holstein, abrazada por el mar… ¿Quién fue el primero en desarrollar la expresión-consigna «Sangre y espíritu»? ¿Qué lugar ocupa la idea de la raza en las artes plásticas…? ¿Qué plantean las dos primeras «Tesis de Bormann»? ¿Cuántos enanos aparecen en el *Wöluspa.*..? ¿Qué haría usted si se encontrase seres pensantes después de un aterrizaje en Marte o en Venus…? ¿Cómo ve el futuro del movimiento Werwolf…? ¿Qué calificativo se le dio al sexto Congreso Nacional del Partido…? ¿Por qué…? ¿Cómo se llama el elemento químico cuyo número atómico es el 94…? ¿En qué modo es éste importante para la continuidad del Nuevo Orden…? ¿Quién es hoy líder del Grupo Nacional de la Industria en el sector siderúrgico…? ¿Conoce el nombre del Fideicomisario del Reich para el servicio público…? Desarrolle sus ideas en torno al tema «Pensar como un occidental, actuar como un alemán». ¿Qué son los æsir y los vanir…? ¿En qué año se lanzó al espacio el primer satélite alemán no tripulado …? ¿Cuándo el primer satélite tripulado…?

Las preguntas caían sobre él como un aguacero. Se veía cada vez en mayores dificultades para responder de inmediato, pero, aparte de algunas preguntas esencialmente difíciles, había otras ridículamente fáciles. Tal vez pretendieran aturdirlo. Algunas preguntas, obviamente, eran una especie de trampa, y en ese caso era vital tartamudear o irse por las ramas (algo en lo que él tenía cierta práctica). A medida que avanzaba, el parloteo cobraba cada vez más la forma de interrogatorio en toda regla, pero a un ritmo acelerado. Cuando no encontraba una respuesta de inmediato, la siguiente pregunta se le echaba encima. Aunque tenía frío, empezó a sudar de forma intensa. Sintió mareos. ¡Maldito nerviosismo! Y Knud que no llegaba…

–¿Qué puede decirnos de las siglas N y A, con «nocturnidad y alevosía»…? Descríbanos algunos métodos de tortura en los antiguos campos de reeducación de los bolcheviques… Como escritor, ¿cómo puede usted captar el alma de sus compatriotas e integrarla en la matriz de la comunidad del pueblo…? Divida la camaradería sobre una base de a) espacial y b) consanguínea y moral… ¿Conoce los propósitos de la Operación Bifröst?

¡Bifröst! ¡El puente de arcoíris de los antiguos que unía el Himinbjörg (la morada celestial de los dioses) con el mundo terrenal! (Sin embargo, los hijos de Muspel aguardaban la oportunidad para destruirlo). Bifröst era ahora también el gran puente aéreo, uno de los más grandes, a través del cual la

raza superior podía trasladarse a regiones secretas, inaccesibles, tal y como se lo habían revelado a él, bajo promesa del más estricto secreto. (¿Quién se lo había revelado? ¿Sigga?). Él no sabía nada de los «propósitos», pero sí que conocía su propósito principal: sobrevivir. La raza aria debía sobrevivir a toda costa –se decía– para que así su obra, el dominio del mundo, pudiera seguir existiendo. (¡Aquella explicación le provocaba escalofríos!). ¿Sabía él algo de los demás puentes aéreos?, le preguntó el hombre delgado. Su cara se estremeció. Sobre eso se oían versiones diversas: había oído hablar de la Operación Victoria Regia (Gundlfinger); de gigantescos puentes aéreos hacia la Tierra del Fuego, cuyo nombre secreto era «Pescheräh» o algo parecido, o hacia el continente antártico, conocido con las siglas OT, honorable firma de la Organización Todt; algo había oído decir de la infiltración de fanáticos hombres del Werwolf que se lanzaban con nocturnidad y alevosía en paracaídas… ¿Acaso era ésa la Operación N y A? Tales desembarcos tenían como destino el territorio controlado por los japoneses, y hasta la misma nación nipona, donde debían surgir centros clandestinos y enclaves secretos de los nórdicos. Höllriegl pensaba que se trataba, en su mayor parte, de rumores, chismes o fantasías, por eso uno debía procurar no estar demasiado al tanto de ellos.

De repente tuvo sentada frente a él a otra persona; el tipo delgado parecía haberse deslizado de allí como una sombra. No había notado el cambio, los focos lo cegaban. Su nuevo interrogador era un oficial pálido, algo lampiño y huesudo, cuya cabeza calva y pelada al cepillo, hasta donde podía verse, estaba metida en faja para el cuello. Llevaba el uniforme de la Wehrmacht, pero los galones del cuello y los hombros no indicaban ni el tipo de arma ni la graduación. Tenía la voz ronca, las frases le salían casi en un tono áspero.

–Explique el concepto de deber de presentación… ¿Cómo se localiza desde tierra la llegada de objetos volantes…? ¿De qué modo reúnen los comandantes sectoriales de la defensa el relevo de las diferentes armas de la Wehrmacht…? ¿Cuántas divisiones de tanques tenía el grupo del Ejército A al comienzo de la campaña en Francia…? ¿Y el grupo B…?; ¿Qué tipos de arma de fuego indirecto conoce…? Cuando se construye un refugio antiaéreo, ¿cuál es la forma más útil de almacenar la tierra excavada…? ¿Conoce el alfabeto morse…? ¿Cuál es el código morse de la U…? ¿Y para el punto y coma…? ¿Qué color emplean las unidades de comunicación del Ejército…?

¿Y el de la unidad de misiles químicos…? ¿El del reconocimiento aéreo…? ¿Y el color de las Oficinas de Certificación…? ¿Cómo es el llamado para el Gran Toque de Retreta? ¡Tararéelo! ¿Qué entiende usted por la expresión «terreno poco favorable para blindados»? ¿Qué alcance en altura tiene el Me-Fafnir…? ¿Cuál es su tiempo de ascenso hasta los seis mil metros…? ¿Y hasta los nueve mil metros…? Mencione una sustancia de combate con efectos nerviosos… Ahora alguna sustancia psicoactiva… Una que cause daños cutáneos… Una que afecte los pulmones… Una que contamine la sangre… ¿Qué sabe del empleo de helicópteros en la guerra en la jungla…? ¿En qué situación de combate emplearía el llamado «gas de la cobardía»…? ¿Qué significa para nosotros, los alemanes, la expresión «ante-morir»? ¿Cuándo construye usted un iglú y cuándo una cueva de nieve…? ¿Describa la dotación del tanque «Leopardo»…? El pensamiento estratégico del Reich Mundial, ¿está más influido por planes a corto o a largo plazo…? ¿Cuál de nuestros sistemas de armamento vuelan con velocidad supersónica…? ¿Es el espíritu de resistencia sólo un bien de las élites…? ¿Cuándo, exactamente, fueron relevadas las tropas de Narvik…? ¿Cómo? ¿Qué repercusión ha tenido, en su opinión, la época posterior a 1945, tan orientada a la formación política y racial, en las nuevas generaciones de líderes del cuerpo de oficiales…? En una unidad combativa de tanques, ¿quién posee la capacidad de fuego más potente …? ¿Mencione armas de tierra con el llamado «brazo largo»? ¿Cuáles de las siguientes cualidades de un soldado tendrían absoluta prioridad para usted: autodisciplina, obediencia, arrojo, cumplimiento del deber, camaradería, conocimiento de las tareas del Estado, conciencia étnica, disposición al sacrificio y a la muerte, habilidad táctica, fuerza resolutiva, lealtad al Partido, pulcro dominio de sí mismo?

Mientras respondía, la puerta se abrió de golpe, y Knud –un Knud sonriente, hermoso como Baldur– saludó muy resuelto. ¡Por fin! Le entregó a continuación, al examinador de la Wehrmacht, un papel oficial. El hombre apagó la grabadora.

–El interrogatorio se interrumpe; seguirá ahora a este hombre hasta la jefatura. Su número es… –El examinador miró la lista y escribió el nombre y el número–… el treinta y dos. Espere a que le llamen.

El número 18 (ahora el 32) se puso en marcha; es decir: siguió a Knud como un perrito faldero. En los pasillos, varias personas aguardaban ser examinadas. Permanecían apoyadas contra la pared o sentadas en los bancos,

en poses rígidas. No eran demasiadas, y tampoco se veía a muchos integrantes del personal. Pronto se encontraron en el ala de los médicos, donde todo era blanco y pulcro. Las luces de neón se reflejaban en la pintura.

Knud se detuvo delante de una puerta con el cartel de «Rayos X» y saludó amigablemente. Cuando Yugurta abrió, vio en la habitación a oscuras a Sigga, que vino a su encuentro. Ella, por lo visto, ya estaba lista para viajar, llevaba consigo una maleta pequeña.

–Aquí están tus cosas –le susurró–. Knud las ha conseguido.

Dicho esto, le echó encima un abrigo con un grueso relleno de piel, con un cuello alto groenlandés, así como una gorra de piel con orejeras. Él se visitó en silencio.

–¿Y Knud? –preguntó él, con la cara vuelta hacia un lado.

–Knud vendrá luego –dijo ella en voz baja–. Tiene que quedarse un poco más, hasta que dinamiten el campamento.

Aquello, pues, era una operación suicida. Una oleada de alegría infantil le hizo sentirse literalmente embriagado. Ahora sí que parecían exploradores del polo norte. Él le dedicó una radiante sonrisa a Sigga y la abrazó. Pero ella eludió el abrazo.

–Date prisa. Knud espera.

Tenía los bolsillos del abrigo repletos de papeles. Fuera, en el pasillo, los miró rápidamente. No sólo estaba allí toda la documentación antigua, bastante estrujada y salpicada de sangre (hasta los papeles del coche de Senkpiehl estaban allí), sino también la nueva. Knud era un genio.

–Mi nombre es Götz von der Leyen, caballero de la orden, con garra de hierro –exclamó, riendo con euforia, aunque se sentía destrozado físicamente (lo había olvidado por un instante)–. ¡Y tú eres mi esposa!

La abrazó una vez más, y en esta ocasión «Gutruna» le dejó hacer. No se mostraba tan eufórico desde el encuentro con Axel. Y «al otro lado, en Niflheim», lo curarían… Se aferraba a esa idea como a un clavo ardiendo. De buen ánimo, se puso a silbar entre dientes mientras caminaban hacia la salida del campo. Knud llevaba la maleta, y ellos caminaban detrás de él, abrazados.

Todo funcionó a la perfección. Los guardias hojearon superficialmente los documentos y parecieron satisfechos de ver a Knud en el grupo. ¡Qué extraño! Por un lado, no había más que humillaciones y obstáculos, y por el otro, una despreocupación que incitaba involuntariamente a la sospecha. (Era

un hecho: ¡aquel desenfado tenía algo de mal presagio!). Aun así, de repente se sentía libre de aquella pesadilla, del peso de todas aquellas oficinas por las que había tenido que pasar. Entonces inhaló profundamente el aire helado. Tras el portón empezaba algo nuevo, un mundo del todo desconocido, y él lo anhelaba con cada fibra de su ser. ¡Era la libertad! ¡La libertad del animal!

En la entrada del cobertizo de espera, Kund, siempre sonriente y radiante, se dio la vuelta. Su rígido saludo tenía mucho de impersonal, podría haber sido el de un *Brigadeführer* en medio de una inspección. Tampoco la sonrisa de despedida de Sigga decía nada. (¡Bien, bien, bien!). El señor austríaco, alias Hadmar Götz von der Leyen, saludó con marcialidad, porque estaba feliz; a punto estuvo de soltar su habitual *«Heitla!»*, un saludo que hacía tiempo pertenecía al pasado.

La sensación de libertad no se esfumó cuando él y Sigga tuvieron que pasar a través de dos filas de hombres de las SS que habían ocupado el corredor: cada uno de ellos era un monumento al Nuevo Orden. Una exasperante pena de baquetas. Con repentino desgano, vio en algunos de los galones del cuello las fauces abiertas de un lobo. Los fusiles láser brillaban en la luz azulosa.

El salón de espera, alumbrado por la luz cenagosa de unas lámparas de protección antiaérea, estaba a reventar. Los que esperaban parecían trozos de tierra ennegrecida; permanecían agachados en algún rincón o tumbados, inmóviles, en los bancos, por el suelo, junto a su escaso equipaje. Todos callaban, parecían estar dormitando o sumidos en sus pensamientos. ¡A saber cuánto tiempo llevarían esperando! (Una vez más alabó en sus pensamientos a Knud, aquel hombre capaz de hacer milagros, que había conseguido de forma inesperada el rápido traslado). Cierta tensión impregnaba el aire. Ese flujo nervioso era casi palpable, se le transmitía a todo el que esperaba para dar aquel salto a lo incierto. Al menos eso le pareció a Yugurta, quien, gracias a sus sentidos acostumbrados a rastrear las radiaciones, lo absorbía todo con más intensidad que el resto. ¡A ello se añadía el total bloqueo informativo imperante desde hacía días! ¡Ningún ser humano es capaz de aguantar eso! Sigga sabía por Knud que hasta hacía poco habían estado transmitiendo partes regulares sobre la situación militar, pero que luego toda comunicación por radio había quedado suspendida. Los altavoces mostraban

por todas partes la mueca de un bostezo, ni siquiera transmitían ya órdenes internas. (¡Nada más mortal que un altavoz sin voz!). Dentro del campo la gente se comunicaba ahora por medio de mensajes escritos.

Encontraron un rincón donde acomodarse: Yugurta se apoyó contra la pared, y Sigga se sentó a sus pies sobre los abrigos doblados. Había un calor inhumano allí, casi animal. Él sentía el peso de la cabeza de Sigga sobre sus muslos, e involuntariamente tensó los músculos, para que ella palpara su dureza. Luego le revolvió cariñosamente el pelo, ella alzó la mano y, por un momento, se regodearon en el juego de los dedos entrelazados. Solían compartir su excitación mutua con entrelazamientos muchos más íntimos, pero aquél no era el lugar para dar rienda suelta al deseo. ¿Cuándo podría poseer de nuevo a Sigga? Ya nadie se interponía en su camino, la orgullosa amazona era sólo suya. Y de repente se puso a soñar con tal intensidad con los abrazos de aquella mujer que hasta sintió dolor físico.

Después de ellos no había llegado nadie más. Parecían ser los últimos pasajeros para el transporte de hoy. Sus sentidos aún no se habían entrelazado lo suficiente cuando la puerta del aeródromo se abrió con estruendo y varios integrantes del personal de tierra bloquearon la salida. Una oleada de estremecimiento recorrió las filas de los que esperaban. De repente todos se habían espabilado, se mostraban asustados; aquellos terrones humanos empezaban a moverse. De inmediato se alistaron para emprender el viaje. Una auxiliar de la Luftwaffe con acento escandinavo leyó una lista los nombres. Su linterna sorda iluminaba la escena. Todos querían dirigirse a la salida, también Yugurta y Sigga se vieron absorbidos por aquel torbellino. Se formó un tumulto absurdo e innecesario, el estado febril y nervioso de tantas semanas fue hallando vías de escape en empujones e insultos. La voz de la auxiliar de la Luftwaffe fue totalmente acallada.

Pero también había hombres de las SS en la sala. Y armas láser. La tropa se abrió paso hasta la salida, apartando brutalmente a los que esperaban. Pasaron varios minutos para que se despejara el tumulto. Se hizo silencio. Todos estaban abatidos y avergonzados. Aquella era prueba concluyente. La élite del pueblo ario había fracasado estrepitosamente, y ahora se sumía de nuevo en su antiguo embotamiento. Uno de los hombres –¿no era acaso el tipo llamado «Fibra Sintética Alemana»?– gritó:

–¡Os deberían fusilar a todos!

Pero el grito de rabia no tuvo repercusión alguna.

Bajo la amenaza de los fusiles láser, con sus atractivas bocas, continuó la lectura de los nombres. Todo muy lento… La cosa tardaba. A los que iban siendo llamados les costaba un esfuerzo enorme llegar a la salida con sus pertenencias. Luego venía toda la revisión de los documentos. Cuando por fin llamaron a «Götz y Sigga von der Leyen», el salón ya prácticamente estaba vacío. Por segunda vez se día les examinaban la documentación, ahora con suma minuciosidad, hasta que por fin se vieron al aire libre, en medio de la noche invernal.

Caía una nieve muy fina. En el aeródromo oscurecido, sólo animado por unas solitarias señales luminosas que se deslizaban de un lado a otro, se veían los contornos de dos imponentes aviones. Uno de ellos parecía listo para despegar, se oía el rumor de sus turbinas. Yugurta y Sigga, que volvían a estar abrazados con fuerza, recibieron la indicación de entrar al segundo avión, que esperaba en silencio, como un espectro, entre las tinieblas. Caminaron de prisa a través de la amplia pista, el viento cortante les azotaba la cara lanzándoles copos de nieve y pequeños granos de hielo. Sobre la pista, hecha con planchas de acero perforadas, reposaban las imponentes ruedas del gigante de color gris. Las alas y la cola mostraban unas cruces rojas sobre un fondo blanco. Habían bajado las escalerillas, y tras las puertas centelleaban, bajo la opaca luz del interior, las paredes metálicas.

De nuevo estaban juntos, ya se había formado un pequeño grupo. Las barreras que los separaban parecían a punto de caer, algunos empezaban a examinar a sus compañeros de destino, a otros se les notaba cuánto les hubiese gustado entablar una charla. Pero, en lugar de ello, el castañeteo de dientes, la angustiosa espera, apoyando el cuerpo ora en una pierna, ora en la otra. Ánimo, ánimo. El personal de tierra mantenía bloqueadas las pasarelas.

Como respondiendo a una orden, en ese momento, al otro lado, se encendieron las señales luminosas de la pista de aterrizaje, formando un extenso camino centelleante. Y entonces, entre el hueco ulular de sus turbinas, el primer gigante giró garbosamente sobre su propio eje y avanzó con paso ligero por la pista, como un grifo mitológico de color gris apagado adentrándose en la noche. Lo oyeron detenerse y haciendo acopio de fuerzas. En este momento les abrieron la barrera, y Yugurta y Sigga tuvieron que ocuparse de embarcar en su avión. Fue entonces cuando el primero tuvo uno

de sus impulsos románticos: se sintió como un vikingo, y Sigga era su doncella.

La nave vikinga reveló ser, por cierto, un transporte de tropas de modelo algo anticuado. A ambos lados de las paredes interiores había hileras de asientos estrechos e incómodos que colgaban de unos cinturones metálicos. Los asientos se mecían ligeramente, y uno se sentaba con la espalda apoyada en la pared. Hacía un frío de mil demonios, y las redondas ventanillas, como ojos de buey, emitían destellos plateados. Yugurta vio que algunos de los refugiados se habían acomodado en el suelo bajo los asientos, así que él y Sigga hicieron lo mismo. Encontró entonces una manta gruesa para taparse, y las maletas de Sigga y las pieles les sirvieron de almohadas. Bien pegados el uno a la otra, al menos hasta donde se lo permitían los abrigos de piel, quedaron allí tumbados, muy a gusto a pesar del cansancio paralizante. Era preciso dejar un pasillo ancho en el centro.

El largo y sombrío tubo con cabina empezó a llenarse de gente. La gente corría de un lado a otro, ajetreada, repartiéndose chalecos salvavidas, botiquines de campaña y kits de vitaminas. También se servía café caliente, mientras la radio de a bordo dejaba oír una música ligera. Entonces las entrañas del aparato empezaron a emitir un rumor. El personal de tierra hizo un nuevo recuento, se compararon los documentos de identificación con la lista de pasajeros, momento en el cual casi se les presenta un inconveniente.

En su condición de matrimonio, Yugurta y Sigga poseían un pasaporte común, pero en este no constaba el historial de vacunas. Todos los internos del campo eran vacunados contra todo tipo de enfermedades y sometidos a exámenes en serie de toda índole: para detectar casos de escorbuto o de otros padecimientos estomacales. (Nadie hubiese podido eludir las vacunas, pero el «método abreviado» de Knud se había ocupado de resolverlo). En todo caso, faltaba la constancia. Fueron minutos de ansiedad. Si los rechazaban ahora y los reservaban para un vuelo posterior, era probable que se descubriera la mentira y –lo más terrible– el asuntito del señor Von Eycke.

Pero otra vez tuvieron suerte; la señal de despegue fue su salvación. El funcionario encargado del control les ordenó que se presentaran ante el personal médico en cuanto llegaran al lugar de destino. (Lo harían sin falta, por supuesto, pero tomarían todas las precauciones: quién podía asegurarles que no los pondrían a dormir para siempre si su dosis radioactiva era demasiado alta). En lo relativo a la constancia del examen de escorbuto… El

funcionario les extendió una ración extra de tabletas de vitamina C para chupar y les deseó un buen viaje. Un señor muy amable. Yugurta se enjugó el sudor de la frente.

En las turbinas se oyó entonces un pitido intenso. El pájaro gigante se estremeció levemente y empezó a rodar por la pista. A través de los escarchados ojos de buey centelleaban los reflectores del aeródromo, cuyos conos luminosos empezaron a vagar por la oscura pared de la cabina, ganando cada vez más en velocidad. Casi nadie había hecho caso a la orden de abrocharse los cinturones. Yugurta y Sigga comprimieron sus cuerpos, ella acomodó la cabeza sobre el brazo derecho de él y se dejó acariciar. Su cara se alzaba para recibir los besos de Yugurta, nadie los veía, y a nadie le hubiese importado. Cuando el penetrante sonsonete de las turbinas se convirtió en un rugido grave y pleno, sus bocas se encontraron. Ambos ansiaban aquellos apasionados abrazos.

El avión se alzó de la pista de manera apenas perceptible, sólo el suelo de la cabina hizo presión contra sus cuerpos, mientras el aparato ascendía rápidamente en posición muy inclinada. Los movimientos regulares provocados por la suspensión del aparato no fueron más que un cosquilleo adicional.

Yugurta tuvo la sensación de que algo maravilloso pasaría, si bien no de inmediato, al menos sí que pronto. Había conquistado para él a aquella mujer más que codiciada, de modo que nada era imposible. La proximidad de su carne voluptuosa y exuberante, o lo extraordinario que él veía sobrevenir, le provocaron un temblor, y el pulso se le disparó en el momento en que abrió bajo la manta el abrigo de Sigga y buscó su carne. Ella misma se desabotonó la blusa, y también sus manos se volvieron ávidas. ¡Una delicia de vértigo!

Durante un tiempo había estado coqueteando con la idea de humillarla, de vejarla y luego mandarla a paseo. Quería poseerla del modo más cruel y demostrarle que la consideraba una cualquiera. Eso debía ser el desquite justo por aquel latigazo. (Aún se le veía la marca infame).

Pero ahora ya no podría hacerlo. Sigga ya no tenía consciencia de aquella escena lamentable y repugnante, tampoco sospechaba quién era él o quién había sido, ni sabía lo que él había estado buscando aquella vez en su casa, ni que ahora ese recuerdo lo atormentaba. Pensaba en sus hijos de vez en cuando: como un juego a las escondidas, huyendo de fantasmas. Pero todo

ocurría sin nostalgia, sin sufrimiento. Manfred y Erda eran para ella criaturas extrañas. (La madre ejemplar, tal y como solían presentarla siempre, existía únicamente en la imaginación de las revistas para amas de casa. Sigga no era más que una amante aterradora, una devoradora compañera de cama). Y todo lo relacionado con su matrimonio parecía haber sido borrado de la faz de la tierra tras la muerte de Von Eycke.

Ella era ahora otra persona, o se estaba convirtiendo en otra. Probablemente la enfermedad estuviese haciendo en ella su labor, transformándola. Y esa otra Ulla –¡a pesar de lo extinto que parecía aquel nombre!– le pertenecía ahora de cuerpo entero, ese cuerpo tan bello. (Él tiró entonces de los vellos de su pubis). La amaba profunda e íntimamente, amaba incluso sus secreciones.

¿Qué los unía tanto?, se preguntaba él. ¿Sería, tal vez, la ominosa marcha por aquel páramo devastado por una bomba nuclear, alguna transformación química que estaría obrando desde entonces en las arterias de ambos? Por primera vez entendía que «sangre» no era una mera consigna partidista ni una metáfora, sino una realidad palpable y poderosa, algo decisivo sobre la vida y sobre la muerte. Ni siquiera como ayudante en hospitales de campaña en Grecia y en Creta, tan a menudo parecidos a una carnicería, había percibido de un modo tan intenso y dulce la realidad de la sangre. La sangre: sangre bella, cálida y móvil. ¡Sí! ¡Eso era lo que unía su vida a la de aquella mujer!

En la brumosa luz azul de la cabina del avión, los viajeros, con sus caras blancas como la tiza o amarillentas –caras con el color de las hostias–, parecían muertos. Algunos parecían dormir, otros chupaban embobados sus caramelos. Nadie sabía cuándo acabaría aquel vuelo ni hacia dónde los llevaría. Las turbinas gemían y retumbaban.

Yugurta y Sigga no intercambiaron palabra, cualquier cosa dicha habría destruido la voluptuosidad. Esa voluptuosidad era sinónimo de tinieblas, de delirio, de olvido. ¡Algo sacro! Estaba tan oscuro que ni siquiera podían mirarse a los ojos. Eran todo tacto. Para Yugurta se hundía un mundo, y él ya no pensaba en el destino de enfermos que les esperaba a ambos, ni en lo incierto de su situación. Ya no pensaba en nada. Estaba ebrio de alegría por su hermoso botín. Cuando recordó lo decepcionantes que habían sido las primeras veces con aquella mujer, cuando llegó a considerarla apenas algo más que una letrina para el sexo, se sintió avergonzado: y entonces la abrazó con ímpetu. Ya no entendía aquellos motivos, y eso debía repararse. Era una

verdadera dicha tenerla, una dicha tan grande como la que ahora le deparaba lo que ella le hacía con las manos.

Jamás se separaría de ella. (De repente, le dijo al oído: «¡Hasta que la muerte nos separe, Sigga!»). Fuera donde fuese, vivirían juntos. Tendría él que ser una canalla si no se dedicara a partir de ahora a trabajar para ella. Pero ¿en qué trabajaría? Yugurta oyó cómo Sigga reprimía un gemido, sintió el temblor de sus extremidades; hoy ella se mostraba insaciable, encontraba nuevos ardides, sus manos ocultaban sorpresas. ¡Qué bonito sería tener un hijo con ella! ¡Un hijo! Un hogar común, aunque fuera en un desierto de hielo en el sitio más remoto del mundo. ¡Pero eso era absurdo! Sigga era ya demasiado mayor, tendría bastante más de cuarenta, tal vez cincuenta, había tenido varios abortos, y sus nervios estaban resentidos. ¡Y luego estaban las radiaciones! Eso era el principio y el fin. ¡Tenían que *curarse*, estar sanos fuera como fuera! Lo demás, ya se vería.

Pronto se adormecieron. Con el hartazgo volvió también aquel doloroso cansancio que llevaba días metido en sus huesos. La sensación de haber sido molidos a palos, como cuando se anuncia una gripe muy grave. Sigga se giró y se apartó de él. El rostro de Yugurta se hundió en los cabellos de ella. Con los cuerpos pegados, se quedaron dormidos.

En la atemporalidad que lo rodeaba todo allí, poca relevancia tenía el tiempo que habían pasado allí tumbados. Despertaron casi al unísono, y el interior del avión estaba envuelto en la luz crepuscular del amanecer. Ambos se sentaron de un tirón y se miraron con ojos todavía soñolientos. ¡El sol! ¡Era de día! Entonces apartaron la manta y pegaron las caras a la ventanilla que estaba encima de ellos. Fuera imperaba una claridad opaca, uniformemente lechosa, apenas podían distinguirse los detalles. Pletórico de alegría, él la besó en las dos mejillas. No cabía duda de que el avión había tomado rumbo al sur, habían dejado atrás la noche polar.

Pero no había motivo alguno para estar alegres, y pronto se enterarían. El avión había sido localizado en algún punto encima del océano, y unos cazas de nacionalidad desconocida los habían estado persiguiendo durante un buen rato. El capitán –tras solicitar, sin éxito, una escolta– se había visto obligado a volar muy bajo, y desde hacía más o menos una hora volaban a velocidad reducida, protegidos por un manto de nubes que parecía inacabable. Era el

vuelo de la gallinita ciega. En repetidas ocasiones los aviones de reconocimiento habían intentado acercarse por radar al transporte.

La persona que les contó todo esto, un hombre de atractivo muy llamativo que tendría, a lo sumo, unos treinta y cinco años (y en el que Höllriegl vio con recelo a un competidor), sabía muchísimo más. Era asombroso, casi sospechoso, lo franco que se mostraba. Era posible que el poder del Partido hubiera empezado a disminuir o, incluso, dejado de existir a partir de cierto momento concreto. Ya no era necesario temer tanto a sus oídos. Aquel hombre, además, tal y como se supo enseguida, ocupaba un puesto clave, así que podía permitirse cierto lenguaje más osado. Tras haber conversado algo más íntimamente con él –en un tiempo durante el cual el hombre estuvo devorando a Sigga con sus ojitos de lobo (¡ojos del Werwolf!), con ella también pendiente de lo que decían sus labios de un modo bastante impropio–, se enteraron también, entre otras cosas, de que aquel hombre no estaba huyendo, sino que tenía negocios profesionales en el extremo norte. Ostentaba el cargo de inspector de obras públicas, era ingeniero (o *«ingner»,* como se le llamaba a la profesión oficialmente) y técnico en temas de calefacción; como tal, estaba llevando a cabo una inspección en las centrales de calefacción de los territorios polares. Por el momento –explicó con un encogimiento de hombros de resignación– se mantendría algún tiempo alejado de Europa. Vaya si hablaba abiertamente. Para causar impresión (supuso Yugurta), aquel hombre se servía de un lenguaje marcadamente vigoroso, exageradamente viril. Y Sigga, en ese momento, mostraba una belleza casi descarada, apenas era posible pasar por alto que se sentía cautivada. Lo llevaba inscrito en el rostro.

El Reich, según aquel hombre, había sido completamente rodeado, reducido a un espacio relativamente pequeño. Hasta donde sabía, habían cesado los ataques nucleares contra las regiones del Reich densamente pobladas, y con buenas razones. Los japos estaban haciendo uso, de la manera más sofisticada, de tácticas y técnicas de debilitamiento y penetración, de modo que ya no quedaban frentes fijos ni móviles, sino únicamente, y en cierto modo, una carnicería indefinida y continua. Dicho de un modo más claro: cada centímetro cuadrado del suelo alemán era ahora parte del frente. Bajo la presión de esa situación desesperada, parecía ahogada toda guerra civil en el Reich, todos se armaban para el combate final contra unas fuerzas armadas enemigas que llegaban desde todas partes

causando grandes estragos, un enemigo que estaba empleando a su élite de combate más brutal, sus pilotos kamikazes y sus guerrillas. El Reich parecía ahora una fortaleza asediada por todas partes, atacada por todos los flancos, en cuyo interior también se llevaban a cabo luchas enconadas cuerpo a cuerpo. En lo relacionado con los medios de combate, parecía haberse vuelto a la Edad Media: se combatía casi siempre de noche, haciendo uso de puñales y navajas, y hasta se había puesto otra vez de moda la técnica de morder el cuello del oponente.[43] Todo el que podía intentaba salvarse gracias a alguno de los puentes aéreos que estaban funcionando –al menos los que aún estaban funcionando–, o desaparecía en la clandestinidad para llevar una vida no muy distinta a la de las ratas. (Yugurta pensó en Gundlfinger y en los clandestinos, y también en Axel). En realidad, ya no había síntoma alguno de una defensa planificada. En Stuttgart, según había oído decir el señor inspector poco antes de su partida, residía ya un gobernador militar japonés, si bien aquello sólo podía ser una de esas fantasías que surgen del miedo. Pero, en todo caso, lo más terrible era que los amarillos estaban instalando es todas partes, en cada uno de los territorios alemanes protegidos y ahora evacuados –muy especialmente en el Este– a multitudes de colonos, tribus del centro de Asia que parecían ser más resistentes a cualquier precipitación radioactiva que los hombres de la raza blanca. Sin embargo, en lo que atañía a la guerra nuclear, el Reich, curiosamente, aún se hallaba en una posición ofensiva, como si nada hubiese sucedido: seguían lanzando misiles intercontinentales de gran fuerza destructiva en dirección al Lejano Oriente, donde en la práctica la mayoría de los territorios civilizados habían quedado convertidos en desiertos. Por tal razón, se estaba produciendo una especie de moderna migración de los pueblos, y las multitudes de supervivientes se empeñaban en llegar hasta Occidente. El hecho de que todavía hubiera por todas partes, en el territorio del Reich (o en cualquier otro punto de Europa), rampas subterráneas y móviles de lanzamiento de misiles o submarinos dotados con armas atómicas era simplemente un milagro. La moral combativa de la raza aria era inquebrantable, y ese hecho daba también a los defensores el correspondiente ímpetu. Predominaba la firme decisión de provocar un Ragnarök[44] como el que el mundo aún no conocía. El propósito era luchar hasta el último aliento, y las mujeres y los niños tampoco debían caer en las garras de esas bestias asiáticas.

Los ojos del narrador brillaban con fanatismo, no había duda de que se

trataba de un astuto hombre lobo; Yugurta conocía esos ojos, y los hombres del Werwolf, desde una distancia prudencial, serían capaces de luchar hasta el amargo final. Un hombre atractivo, sin duda, sólo sus uñas mordisqueadas, un aspecto sobre el que Yugurta le habría gustado llamarle la atención a la señora Von Leyen, estorbaban la impresión general.

Otros pasajeros se le unieron: Sigga era el imán de todos, hubo una lluvia de preguntas y respuestas, todos pretendían saber o haber oído algo. Se había roto el hechizo, la gente se volvía locuaz.

El pueblo alemán corría el riesgo de volver a los tiempos más negros de superstición en su prehistoria. Circulaban los rumores más descabellados, y la gente los creía: por ejemplo, que el cadáver del dalái lama, desaparecido hacía poco de manera inexplicable de una clínica de Colonia, estaba en el ataúd sepultado en la cripta del Kyffhäuser, o más exactamente: que quien estaba realmente en ese ataúd era el Führer, de eso no cabía duda, pero que el rostro de éste había adoptado, y de eso tampoco había duda, las facciones del dalái lama. Y como ésa, otras tonterías similares. Se decía, además, que Köpfler se le había aparecido de repente a varios compatriotas en lugares muy distintos, todo a plena luz del día, y que la aparición llevaba la propia cabeza bajo el brazo. Ese tipo de estupideces eran difundidas como cosa seria por personas adultas, hasta que el inspector de obras, que había estado escuchando irónicamente, interrumpió aquello con una pregunta:

–Señores, ¿dónde creen que está Köpfler en este momento?

Nadie tenía la menor idea. Hubo miradas cohibidas, esquivas. Pero entonces un simpático y aún joven empresario con una incipiente calvicie se acercó de pronto («Permítanme que me presente: Empresa de Piedras y Tierras, del grupo especializado en hidrodióxidos, subdepartamento de Duraluminio») y, con aquella mirada de acero en cierto modo estandarizada en todo el Reich, dijo:

–Estará, obviamente, junto a sus hombres.

A lo cual el experto en calefacción replicó, con una risita sarcástica:

–Sí, con sus hombres, pero ¿dónde? ¿En el Rio das Mortes?

–¿Dónde ha dicho?

–A orillas del río de las Muertes, en Matto Grosso, Brasil.

–¡Oh!

Se vio una sonrisita de entendimiento, pero al mismo tiempo avinagrada en las caras de todos.

Por lo que podía verse y escucharse, este transporte trasladaba únicamente a personal del sector económico (y a un par de secretarias, cinco bellezones arrogantes y muy sexis, ideales para la cama). Por lo visto, los hombres eran solteros o se habían quedado en casa mientras sus esposas llevaban tiempo a salvo en la Riviera del Ártico. Fuera como fuese, aquel campo de acogida, el JU 33, era el trampolín a una segunda vida para los principales empresarios del Reich; por eso había sido el objetivo del inspector en asuntos económicos Von Eycke. (¿Qué podría haberle pasado a su avión deportivo?).

Allí estaba todos representados: los Thyssen, el Reichsbank, el gremio de combustibles, Opel, Hoesch, el ramo de la planificación espacial, Telefunken, VW, las empresas hulleras de la cuenca del Ruhr, IG-Farben, Degussa, Taunus, Henkell, Brüninghaus, DDG (siglas de Cerebros Electrónicos Alemanes, S. A.), etcétera. Trabar conocimiento resultaba fácil y rápido, sobre todo después de que se retirara el manto de silencio inicial. Los caballeros se sentían alegres, se mostraban chistosos, las mujeres soltaban sus risitas obligatorias, el coñac pasaba de mano en mano, casi todos los señores sacaron alguna petaca. Sigga seguía cosechando el mayor éxito. Preocupado, Yugurta (que se sentía miserablemente) contemplaba cómo su tez iba cobrando color y su cara se mostraba radiante, las ojeras resaltaban con su color violeta oscuro, la carne bajo los pómulos se acomodaba. También veía que apenas podía sostenerse en pie, por eso permanecía a su lado, sin perderle ni pie ni pisada. Una actitud necesaria en vistas de que, a medida que el ambiente se iba relajando a causa del alcohol, alguno que otro empezaba a ponerse atrevido; también porque, para su gusto, Sigga era demasiado permisiva. No obstante, su aspecto era todavía fantasmal, eso se hacía cada vez más palpable, el aspecto de una enferma grave cuyo organismo debilitado estaba a punto de capitular. Por tal razón, nadie identificaba en ella al antiguo ídolo televisivo de las familias alemanas.

Después de algunas reticencias, las compañeras de género de Sigga acabaron aceptándola en su círculo. Chismorreaban, se intercambiaban confidencias, iban de dos en dos a los lavabos, y cuando alguno de los pilotos salía de la cabina –tipos espectaculares, islandeses, empleados de la Loftleidir, todas se les ponían en bandeja–. Todos estaban de acuerdo en que Sigga era la reina no coronada en este vuelo, mientras que la secretaria más amable –su nombre era Doris, y su apellido Völlenkle («Es mi verdadero

nombre, aunque también me llamo Heidrun y trabajo para la firma Deutsche Wurlitzer»)sólo reinaba en su autodesignado puesto de azafata. También fue Doris la que hizo un aparte con el señor Von der Leyen y le susurró al oído que, sin pretender causar ningún aspaviento, tenía que informarle de que su mujer se había desmayado en el lavabo.

Cuando Yugurta avanzó por el tubo del avión en dirección a la parte delantera, alguien conectó la radio de a bordo y se oyó una música marcial. De inmediato todas las charlas se acallaron, y Yugurta pudo ver todavía las expresiones de asombro de algunos señores. Luego se vio en el estrecho y caluroso retrete, donde olía a desinfectante y a vómito. Aquel pequeño cubículo vibraba con el retumbar de las turbinas. Sigga estaba allí, no se sabía muy bien si tumbada o sentada, con la cabeza apoyada contra la tapa del inodoro y la cara del color de la cera. Por lo visto, había vomitado, aunque sólo un poco de bilis. Yugurta le dio unas fuertes cachetadas y la lavó, luego buscó en el botiquín de primeros auxilios algo fuerte, pero sólo encontró carbonato de amonio. Le puso las sales debajo de la nariz. Poco a poco ella empezó a moverse como si estuviera dormida. Tocaron a la puerta.

–Soy yo, Doris. ¿Cómo está su esposa?

–Va mejorando.

–Tenemos que hacer un aterrizaje forzoso.

Sigga abrió los ojos, miró a su alrededor y luego lo miró a él.

–Negro Yugurta –murmuró. Luego hizo un par de convulsivas arqueadas y vomitó. Mientras tanto, él le sostuvo la cabeza. La cara de Sigga tenía una expresión horrorosa y hosca, pero al mismo tiempo mostraba una extraña curiosidad, como si reflexionara–. ¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? –preguntó–. ¿Dónde está Manfred? –Todo se le confundía–. Ah, sí, Manfred se ha marchado –dijo, y volvió a vomitar.

Cuando intentó incorporarse, se desplomó otra vez al suelo. Él le explicó la situación, pero a ella no pareció importarle. Doris tocó de nuevo a la puerta, pero esta vez entró. Juntos remolcaron a Sigga hasta su asiento. Él la depositó en él con sumo cuidado, le echó la cabeza hacia atrás y la envolvió con la manta. Cuando le tomó el pulso, sintió que todo el cuerpo le temblaba. Tenía escalofríos. ¿Sería una crisis de nervios?

Nadie había prestado demasiada atención al pequeño incidente, todos estaban bastante ocupados consigo mismos. Sólo el inspector general de obras del Gobierno se inclinó y preguntó muy cortésmente:

–¿Se siente mal su esposa? ¿Tiene mareos?

Yugurta se limitó a preguntarle qué estaba ocurriendo, y la respuesta que recibió fue alarmante. El capitán había comunicado que, debido a la espesa niebla, tan poco habitual en esa época del año, no podía aterrizar en el lugar de destino deseado, así que estaba buscando una alternativa.

A ello se añadió el comentario del inspector de obras:

–Debido a la cercanía del enemigo, ha sido imposible comunicarse por radio con el personal de tierra.

¿Qué quería decir «la cercanía del enemigo»?

Pues que el espacio aéreo local estaba siendo fuertemente vigilado desde hacía algún tiempo, ya que el enemigo –el que fuera– estaba intentando localizar los transportes para dispararles. Algunos vuelos, según se había enterado de trasmano, habían sido interceptados, y sólo habían conseguido pasar a duras penas. Pero en esta ocasión la niebla lo dificultaba todo.

–Nuestro propio avión, hace un rato, se vio delante de un caza sin insignias que le disparó, a pesar de que llevamos el símbolo de la Cruz Roja. Nadie se dio cuenta, porque el caza se dio la vuelta de repente y desapareció en la niebla.

¿Quién le había informado todo eso?

El inspector se mostró esquivo:

–Me lo han contado.

En cualquier caso, lo notable era que el capitán no se atreviera a establecer contacto con tierra.

–¿Por qué dejan al avión sin escolta?

Sonrisita irónica.

–Porque el Reich necesita ahora sus aviones de combate en otros sitios.

(Yugurta recordó la historia del motín de la Luftwaffe).

–¿Dónde aterrizaremos entonces?

–Sólo los dioses lo saben. Se supone que más al sur habrá menos niebla.

La música marcial se interrumpió de pronto, una voz gutural se oyó en los altavoces:

–Intentaremos aterrizar en pocos minutos. Presten atención a las indicaciones para aterrizajes de emergencia. Cambio.

Aquellos pocos minutos se extendieron de lo lindo. Yugurta retiró de sus bolsillos todos los objetos cortantes y registró también la ropa de Sigga. Encontró en su abrigo un láser Meduso, y puso aquella obra de filigrana junto

con los demás objetos. Luego se acomodó en el asiento y se puso el cinturón. Sigga yacía a sus pies, había cerrado los ojos y respiraba regularmente. Tenía también mejor color en la cara.

A través de la ventanilla pudo ver una mancha luminosa en el horizonte: era el sol. La niebla se iba despejando, se dispersaba poco a poco, formando retazos. El avión describía amplias curvas e iba ganando en altura, la posición del sol cambiaba constantemente, y uno veía las alas subir y bajar. Ahora el mar de niebla estaba ahí abajo, en lo profundo, tenía la engañosa densidad de una ondulada llanura blanca sobre la cual pasaba volando la sobra de un pájaro gigantesco. Los inclinados rayos del sol caían desde un cielo ennegrecido.

Entonces el ruido de las turbinas cambió de timbre. El avión empezó a descender rápidamente, el mar de niebla se les venía literalmente encima. Una vez más la cabina quedó envuelta en las tinieblas, mientras el avión avanzaba con traqueteos y sacudidas, como si rodara por una carretera llena de baches. Pero no, flotaban por el aire, cortaban el manto de nubes y se dirigían hacia un lejano punto negro del tamaño de la cabeza de un alfiler, un punto negro en medio de un continente sin sol, cubierto de nieve y hielo que se extendía con aspecto inconmensurable hacia los cuatro puntos cardinales. El único color a la vista, como un pequeño grito de alegría en aquel desierto blanco, era la cruz roja que ondeaba en un asta alrededor de la cual se agrupaban algunos cobertizos. No era posible determinar dónde estaba la pista (si es que había alguna). No obstante, el avión tocó tierra suavemente y con seguridad. Cuando ya rodaba por la pista, alguien gritó:

–¡Un *Heil* para nuestra tripulación!

Todos lanzaron gritos de júbilo. La gente empezó a quitarse los cinturones, hubo apretones de manos y abrazos para los pilotos, besitos para todos. En medio de la confusión, un tipo con la voz muy grave intentó entonar la canción de Horst Wessel, el himno de las SA, pero nadie lo secundó. Sigga seguía allí tumbada, y movió los labios sin decir nada.

EN LOS CAMPOS DE ASFÓDELOS

«ved ahora cómo nuestra risa se extingue bajo el llanto».

HARTMANN VON AUE

Todo aquello era una catástrofe gigantesca. Se hallaban a unas cuarenta millas alemanas (300 kilómetros) al sureste del lugar donde tenían que haber aterrizado. Y ni siquiera aquel sitio habría sido su destino final, sino otro campo de acogida (en cierto modo, un reflejo del JU 33 en este lado del mundo). El puente aéreo conocido con el nombre de Bifröst se apoyaba en varios baluartes como aquel. Todavía quedaba un buen trecho desde aquellos campos de acogida hasta los alojamientos y bases soterrados situados al norte del círculo polar, en algún sitio montañoso en la frontera con Alaska. Pero cada uno de los campos regulares contaba con buenos alojamientos, personal médico-sanitario, trineos de motor, helicópteros y, sobre todo, potentes instalaciones defensivas. Esa amplia red de campos de acogida fortificados formaba la antesala de la verdadera fortaleza en el Ártico. Aquí, en cambio, en un puesto de avanzada en medio de ninguna parte, no había nada.

Allí se acabó todo el secreteo, y cayeron también otras máscaras. Aquel campo de repostaje de combustible, cuyo número identificativo para las comunicaciones era el Y 771, se hallaba en una zona de tundra rica en agua, en las Barren Lands, en el noroeste de Canadá, en los 64 grados y 23 minutos de latitud norte y en los 96 grados y 25 minutos de longitud oeste. En torno a la estación del sitio, una casita de madera que también albergaba el equipo de transmisión –así como a una casa de oración que había pertenecido a la Society of Friends y que había sido abandonada hacía tiempo–, se agrupaban un par de cobertizos de latón ondulado y cabañas de nieve. Detrás del campamento, la pista de aterrizaje se extendía hacia el interior del territorio.

La bandera de camuflaje, la de la Cruz Roja, ondeaba en el mástil de la torre de transmisiones. Hacía días que no se transmitía nada, pues con ello sólo habían conseguido atraer a tropas de reconocimiento enemigas. Allí vivían un matrimonio alemán y un danés; los hombres eran geólogos, y el alemán, que durante la guerra había servido en una unidad de comunicaciones y tenía estudios de radiotelegrafía, se ocupaba también del servicio meteorológico. En los iglús vivían algunos esquimales.

Los pilotos esperaban y confiaban en que la densa capa de niebla se despejara. Sin embargo, pronto empezó a nevar, y los geólogos dijeron que podía tardar semanas enteras hasta que las primeras tormentas invernales cambiaran el estado del tiempo. De modo que estaban en un aprieto. La

tripulación tenías órdenes estrictas de llevar el avión de vuelta sin demora, pero ahora el plazo ya se había superado en un día. No podía pensarse en continuar el vuelo hacia el destino original. La niebla cubría todo el territorio, de modo que a la tercera mañana decidieron despegar y regresar en busca de ayuda. Aunque gracias a la niebla protectora las temperaturas no eran tan extremas, los islandeses sacaron de una carga un buen número de trajes protectores con calefacción y los repartieron. La mitad de los pasajeros quiso emprender el vuelo de regreso.

Sobre quién viajaba o no, decidía el destino. Para el matrimonio Von der Leyen aquello habría significado tener que esperar en aquella estación hasta que llegara la ayuda. Sigga, obviamente, estaba enferma, tras la última recaída aún no había podido recuperarse como era debido, y también el señor Von der Leyen sufría por todo tipo de padecimientos, de modo que dos jóvenes se habían ofrecido para permanecer a su lado. Pero Sigga no quería eso, de ningún modo, y también a Yugurta le horrorizaba pensar siquiera en tener que volver a la noche polar del campo JU 33. Allí por lo menos había un día y una noche, al menos como insinuación, y, además, estaban más próximos a la meta. ¡No, nada de regresar! A Sigga la instalaron en la habitación más bonita y caliente de la antigua casa de oración, la cual debía compartir ahora con Doris y con una segunda secretaria; Doris se había quedado de manera voluntaria. Era una criatura leal. Los demás pasajeros fueron hacinados en las barracas y los iglús, sólo el inspector general de obras, cuyo nombre nadie sabía, se instaló –como era de esperar– en el edificio principal de la estación.

Existía el plan –una propuesta de los geólogos– de no esperar el relevo, sino abandonar por anticipado la estación Y 771 y abrirse paso hasta llegar al siguiente campo de acogida, el AL JU 12, con trineos tirados por perros y esquíes. De ese modo se podría burlar mejor al enemigo, si es que este andaba operando por la zona. A la larga, aquella estación de combustible no podría sostenerse, las unidades de reconocimiento del enemigo se hacían cada vez más molestas, era preciso dinamitar la estación, aprovechando la protección de la niebla, y luego largarse. Cerca de allí había existido durante muchos años uno de los llamados Apemen Camp (AMC), que había sido evacuado cuando se interrumpieron todas las labores constructivas de aeropuertos, bases policiales y autovías estratégicas intercontinentales en esta

región del territorio del noroeste. Ahora en él vivían familias de indígenas y esquimales con sus renos, sus perros y tótems, todos hacinados en una comunidad que, en apariencia, vivía en paz. Por las noches podía oírse incluso el aullido de los perros de tiro. En ese antiguo campo de infrahumanos, los geólogos pretendían pertrecharse de trineos, armamento y de gente que les sirviera de prácticos.

Fue allí, en esa estación, donde Yugurta se enteró de que la antigua enemistad de sangre entre los esquimales y los indios, que había durado hasta finales del siglo XIX y principios del XX, pero amainando mucho desde esa fecha, amenazaba ahora con inflamarse otra vez de forma encubierta. La causa originaria era toda una curiosidad. En todas las regiones de este continente donde los alemanes tenían la última palabra, sobre todo en los protectorados del Reich, la raza india gozaba de claros privilegios en relación con otros aborígenes. Claro que no era equiparable a la raza blanca, y muchísimo menos al pueblo heliogermánico de hombres arios, pero se la trataba según los principios del estatuto de los colaboradores voluntarios (el llamado estatuto Cola-Volun). Sobre eso había incluso, supuestamente, una orden secreta de Adolf Hitler, que, como gran admirador que era de Karl May y de Winnetou, consideraba a los pieles rojas gente heroica y digna de participar en el Ejército. En algún lugar del sur de Canadá se había creado una Oficina Central de Colonización y Asuntos Raciales para atender a los indios cola-voluns en los protectorados. Esa medida, basada tanto en cuestiones legales como en una cuestión de supervivencia y de estrategia militar, había creado muy mala sangre, sobre todo, entre las tribus de esquimales. A estos últimos se los consideraba descendientes de los pueblos mongoles que se habían instalado en la región, de modo que estaban en el mismo escalafón de los hombres de color.

Y de otra cosa se enteró Yugurta, y esta vez no lo supo por los geólogos alemanes de la estación, sino por un compañero de viaje, un señor de pelo canoso y actitud marcial que era portador del distintivo de oro del Partido. Ese hombre, oriundo de Neckarsulm, había estudiado tiempo atrás Ingeniería de Minas en Graz y Leoben, era, además de ingeniero de minas, experto metalurgista y director técnico de las fábricas Hermann Göring de Estiria, en fin, un entusiasta austríaco por elección. La simpatía y la confianza entre ellos dos se dio casi a primera vista. Cuando en una ocasión se pusieron a

hablar de la célebre esfinge de hielo de las ss, esas fortalezas y castillos del Grial construidos en el Ártico, y Yugurta alabó las grandes plantas de calefacción y otros grandes logros tecnológicos mencionados de pasada por el inspector de obras –quien, por cierto, empezaba a asumir un papel de liderazgo en medio de aquel fragmentado grupo–, el director se mostró de repente lacónico. Yugurta lo pinchó un poco y acabó preguntándole sin rodeos qué tenía en contra de aquel hombre.

–Oh, nada, nada –respondió el director.

Que el tipo pretendiera asumir aquella posición de liderazgo, a él le parecía bien (para gran pesar de Yugurta, Sigga era de la misma opinión), pero aquel inspector de obras les estaba mostrando una cara que no era la verdadera, temía el director. ¿Qué era entonces? Después de vacilar un poco, el director decidió soltar prenda: el tal inspector general de obras públicas –de cuyo nombre ahora no se acordaba– no era en absoluto un técnico de calefacción ni inspector, sino un físico nuclear, y, a pesar de su juventud, uno de los más capaces. Y como tal había participado desde el principio, de forma muy activa, en el desarrollo de esa arma secreta o milagrosa, la bomba de antipartículas, y tenía el encargo, en el marco del Programa Frauja, de seguir trabajando en las regiones polares, en una isla solitaria, en esa superbomba, todo en colaboración con un grupo de expertos internacionales en antimateria. Se decía que la fuerza explosiva de esa bomba ya no podría medirse con los habituales megas, como en el caso de las armas atómicas, sino que pasaba al ámbito de los gigas (10^{11}). Se decía que ese grupo de físicos tenía órdenes de activar la bomba aun cuando ya fuera demasiado tarde desde el punto de vista estratégico; sin embargo, el arma milagrosa no estaba todavía terminada, por desgracia.

Yugurta estaba horrorizado.

–¿Cómo puede usted hablar así tan abiertamente con un desconocido de un secreto de Estado de esa magnitud?

–Bueno, sí. Se trata de un asunto confidencial, claro, pero al mismo tiempo es un secreto a voces. Mucha gente está al tanto de ello; también, por cierto, algunos integrantes de nuestro grupo. Köpfler y sus hombres habían sido lo suficientemente hábiles para que ese secreto de primera magnitud se hiciera público en un aparente descuido, pero sin quitarle un ápice de su misterio. Luego lo habían difundido entre las élites. Parece que fue idea del nuevo jefe

de la Propaganda, Hassenteufel. Y en efecto, la esperanza puesta en ese misil que aún se está cocinando ofrece un sostén a muchos que, de lo contrario, ya se habrían venido abajo o se habría quitado la vida.

Yugurta se había quedado perplejo al oír el nombre de Frauja. ¡El odioso salvador de los cristianos! ¿Qué tenía él que ver con la superbomba?

Pues sí, el nombre lo habían escogido conscientemente, con cierta intención morbosa. Era una paradoja. Jesús pretendía traer la salvación al mundo, aunque de una manera típicamente pérfida, mediante la propaganda del boca a boca; sin embargo, con ello no consiguió más que causar desgracias aún mayores. Por el contrario, la bomba «Frauja» sería la verdadera salvación, un acto destructivo, lo que es igual a decir: la salvación que se haya en la muerte, en el no ser, en la nada. La activación de la bomba de antipartículas significaría probablemente el fin de toda existencia: el hombre, los animales y las plantas serían exterminados de forma radical de un solo golpe, y detrás sólo quedaría un planeta muerto. Se contaba que la isla, cuya ubicación nadie conocía, se llamaba Suicide Island, o así se había llamado antes (¡una coincidencia muy curiosa!), y había motivos para suponer que no se encontraba en el Ártico, sino próxima al continente antártico, en el polo sur, en algún lugar situado entre las Kerguelen y tierra firme, detrás de los límites de los hielos a la deriva. El viaje del inspector de obras hasta estos parajes podía tener otro trasfondo.

–Es posible –continuó el director, bajando la voz hasta hacer de ella un susurro– que en la región de Canadá se estén realizando los primeros experimentos con la antimateria. Debería usted saber que la dirigencia del Reich tiene la voluntad de preservar al precio que sea el noroeste de Canadá, y también Alaska. Lo he visto en un mapa. La línea de Uranium City-Yellowknife-Port Radium-Aklavik será defendida hasta el último hombre, y el distrito de Mackenzie es casi sagrado para el Reich, por así decir. Sin embargo, ese amplio cinturón de fortificación nuclear que encierra todos esos importantes puntos y territorios dedicados a la fabricación de armamentos, podría revelarse como demasiado débil, como ya lo hizo en su momento la llamada Pared de los Urales. A mi juicio, cualquier defensa rígida debería dar paso a una más ofensiva, elástica y móvil. Las solitarias regiones heladas del norte de Canadá, prácticamente infinitas, constituyen precisamente un campo de experimentación ideal para probar armas desde potentes hasta muy potentes.

–¿Y nosotros? –lo interrumpió Yugurta, que empezaba a sentir de nuevo esa molesta presión en la nuca y en la región occipital, al punto de que le costaba esfuerzo seguir aquel discurso del director.

–Nosotros, querido amigo, nos encontramos en una zona estratégicamente muy poco interesante, la cual, por si fuera poco, está infectada de guerrillas, según he oído. Estoy seguro de que todo el territorio será evacuado en breve, desde aquí hasta los mares helados, y sin disparar un solo tiro. Tampoco doy un céntimo por ese campo de acogida al que queremos llegar. Tenemos que largarnos de aquí cuando antes, de lo contrario perderemos la última barca. La estación del año y la niebla nos son favorables. Es preciso borrar todo rastro, no dejar nada detrás. ¡Mañana mismo deberíamos ponernos en marcha!

Así estaban las cosas. A Yugurta le llamó la atención que aquel señor entrado en años llevara la insignia del Partido con un crespón fúnebre. A su mirada inquisitiva el hombre respondió serenamente:

–Por nuestro Führer.

Era evidente: aquel hombre, en su condición de refugiado, estaba obligado a aullar con los del Werwolf, pero tenía agallas todavía para guardar luto por Adolf Hitler. En realidad, el luto oficial no había sido desconvocado, al menos no oficialmente; sin embargo, en la práctica las cosas eran algo distintas: el «crespón por el Führer» era una profesión de fe por el pasado, y hasta podía entenderse como una provocación de índole política. ¿O ya no era así? Yugurta tenía aún en sus oídos aquellas palabras despectivas que el inspector de obras había soltado al referirse a la supuesta huida de Köpfler. Y en el cuarto de transmisiones de la estación geológica colgaba todavía –o de nuevo– un retrato del Führer.

¿Era cierto que el Reich se había quedado sin liderazgo? La pregunta se derivaba por sí sola de todo lo demás. Yugurta caminó un poco otra vez alrededor de la estación, en medio de la vastedad de aquel paisaje nevado. Necesitaba moverse constantemente, se sentía inquieto, y en ocasiones daba paseos fuera durante la noche, esas noches claras que lo ponían tan nervioso, acechado por el gruñido de los perros y llamado a cada instante por los guardias. Pero, sencillamente, dentro no soportaba el ronquido de los magnates del ramo económico. (Cada ramo tenía su propia potencia y su tonalidad). Los esquimales parecía ser gente tranquila, el sitio que rodeaba sus iglús estaba pulcramente limpio de nieve, y también la impecable pista de

aterrizaje daba fe de su laboriosidad. A Yugurta le gustaba observarlos cada vez que asomaban sus rostros achatados y oscuros envueltos en pieles, con la piel semejante a cobre mojado. En esos casos los saludaba furtivamente con la mirada. Los ojos negros y oblicuos de ellos le devolvían el saludo con un destello de amabilidad. Lo único vomitivo era aquel olor a aceite de ballena, y su estómago se revolvía desde hacía poco a la vista de cualquier comida.

¿No tenía un líder el Reich? El artífice del Imperio Mundial estaba muerto, su asesino y sucesor había desaparecido. ¿Quién impartía las órdenes? Alguien tenía que darlas, aunque fuera un asesino. No existía nada sin una orden previa. En Alemania, a pesar de la confusión y el caos, se habían formado dos frentes muy bien definidos. El futuro se sublevaba contra el pasado, un futuro como el que empezaba a perfilarse en todas partes después de la muerte del Führer. El pasado estaba fuera de juego, y para siempre. El destino del Reich residía únicamente en fuerzas que, de un modo u otro, determinarían su propio futuro. Y ese futuro ya no era el NSDAP, el Partido, no eran ni las SS ni las SA. Su nombre sería o bien el Werwolf o el Pobre Konrad.

¡Si es que en medio de aquel masivo ataque asiático podía existir algo parecido a un futuro germánico! El Fresno Perenne de la mitología nórdica, Yggdrasil, se estremecía hasta sus raíces a causa del ataque, las hojas caían de las ramas carcomidas. Aquel oscuro día de otoño en que se anunció la muerte de Adolf Hitler, el viento había barrido las últimas hojas de los árboles, y Yugurta lo recordaba muy bien.

Intentó hablar con Sigga de ellos, pero ella, cuando no estaba tumbada en cama, durmiendo, permanecía sentada junto a la ventana, envuelta en unas mantas y mirando a lo lejos. Su intento fue vano. Sigga se mostró apática, a pesar de las inyecciones fortificantes y revitalizantes que le suministraba la esposa del geólogo, una doctora que nunca había acabado los estudios. Sigga empezaba otra vez a decir cosas raras, a menudo era como si hablara en sueños. En sus fantasías aparecían a veces los romanos, o el «negro Yugurta», la guerra, y la persona con la que hablaba siempre era «su querido niño», según le dijo Doris. Sólo cuando el inspector de obras entraba a su habitación (y lo hacía a menudo) y le hablaba de un modo breve, resuelto, medio campechano e irónico, ella se animaba, hasta se volvía coqueta. Era un tormento ver aquello. Los celos y la decepción. Primero había sido Knud, y ahora éste. Una vez más ella se le escapaba.

El inspector había acaparado la jefatura en todos los niveles, nadie lo contradecía. Era el centro en todas partes, daba órdenes. Y esas órdenes –y eso había que admitirlo, a pesar de la envidia– eran brillantemente bien pensadas y previsoras. Eran «complejas», tenían en cuenta las circunstancias en cada caso específico: eran órdenes realistas, en cierto modo, científicas. Ese hombre era un planificador y organizador innato, tenía madera de líder. Él y los dos geólogos (que conocían el lugar) trazaron un exacto plan de fuga, fijaron todos los detalles de la expedición, sopesaron cada riesgo, y de inmediato empezaron con los preparativos y el entrenamiento de la gente. Tantos y tantos trineos y perros, tantas herramientas y tantas parkas con calefacción, tales y más cuales armas, tanto combustible. Serían indios cola-voluns, no esquimales. Una cuestión de honor. Los indios estaban más próximos a la raza aria. Aunque en este caso se prescindió del secreto, no tenía sentido ponerle a la operación un nombre camuflado, así que el inspector de obras (probablemente siguiendo una vieja costumbre) le puso al plan de fuga un nombre secreto Operación Winnetou. Había en todo aquello cierto tufo a naftalina. Se examinó al equipo que se encargaría de la protección, y el señor Von der Leyen formaba parte de él, naturalmente.

Era martes. El jueves o el viernes, según la situación meteorológica, se pretendía partir bien temprano por la mañana; lo primero que habría que destruir era la pista de aterrizaje y la estación de radio. A continuación, todo lo demás. Los iglús se vendrían abajo a causa de la fuerza explosiva. Pero daba igual. Más tarde o más temprano esos esquimales acabarían con sus huesos en un campo de infrahumanos.

Para los enfermos –aparte de Sigga había enfermado un joven industrial que se había visto bastante afectado por la noche de bombardeos en Renania– se había preparado un trineo de motor grande y cómodo. Un segundo debía trasladar a los líderes del convoy. Las reservas de alimentos eran sumamente escasas: un verdadero aprieto. Los geólogos prometieron conseguir avituallamiento adicional en el campo de trabajo, al menos hasta donde esto fuese posible. Se elaboró un estricto plan de calorías y se impuso un riguroso racionamiento.

Todo pintaba bastante mal, era tan sombrío como el propio clima. Yugurta reflexionó. ¿Cómo acabaría la aventura? ¿Qué vida les esperaría en las cavernas de hielo de Niflheim? Su optimismo se esfumaba. Estaba terriblemente harto de todo. (Una vez más). El Reich se había quedado

prácticamente sin liderazgo, había dejado de existir, se desmoronaba, exhalaba los últimos estertores, asfixiado por las hordas asiáticas. Y el destino del mundo, no sólo del Reich, estaba ahora en manos de algunos aventureros y científicos cuyo credo político estaba impregnado por las doctrinas del Werwolf. Exploradores, organizadores, jefes, líderes geniales, pero también asesinos y suicidas innatos. Si alcanzaban su meta –el dominio del mundo–, el planeta se extinguiría. Y si no la alcanzaban, el planeta se extinguiría de todos modos. ¿Tenía sentido sobrevivir ante tales perspectivas? ¿Tendría sentido para él? En caso de que Sigga se curara (lo cual era improbable), ya la habría perdido. Se iría corriendo como una perrita faldera detrás un tipo más fuerte y brutal. Ahora había un vínculo entre ellos, pero ese vínculo, a su juicio, tenía un plazo; era amor hasta nuevo aviso, duraría lo que durase la enfermedad de ambos. Era una hermandad de sangre fijada por una especie de transfusión. No había camaradería ni sentido de pertenencia. ¡Sólo una leucemia galopante! La compañera, la mujer de sus sueños no era más que una alucinación. Amaba no a una amazona, a una valquiria, sino a una cualquiera, una cualquiera mortalmente enferma y demente.

Y si la vida, a pesar de toda decadencia, continuase, ¿cómo sería? La nueva sociedad no estaría compuesta por seres humanos, por individuos, sino por aparatos, por gente que impartía órdenes sin sentido y otra gente descerebrada que las recibía. Ese desarrollo ya empezaba a anunciarse, por desgracia. Los nobles ideales que él había defendido cuando todavía era un soldado raso entre las huestes de las camisas pardas, eran falseados cada día, traicionados, arrastrados por la inmundicia. Eran blanco de burlas. Puro romanticismo, tonterías. Cosas que huelen a naftalina. Estaba naciendo un nuevo tipo de ser humano (¿ser humano?) y ese nuevo tipo sería el que dominaría. Los mandatarios venideros tendrían incorporado, en lugar del espíritu alemán, una memoria electrónica teledirigida que los ayudaría a pensar. ¡Hormigas gigantes con el raciocinio de superhombres!

A pesar del cansancio que le carcomía los huesos, siguió haciendo sus rondas de paseo, una tras otra. En algún punto lejano e invisible, por encima del manto de niebla, se escuchaba el bramido de motores de un avión. Ello le recordaba aquel constante rumor de motores en el espacio aéreo alemán, en casa. Y de repente pensó de nuevo en Heydrich, en su oficio de rabdomante, pensó en su hogar, en Ingrid, en las horas tocando el piano. Por primera vez se sentía del todo abandonado por los astros.

Análisis de la situación en la estación: el retrato del Führer, al que alguien le ha colgado un trocito de papel negro, miraba desde lo alto al pequeño grupo allí reunido. El inspector de obras llevaba la voz cantante. Hablaba ahora de las personas que portarían las armas durante la expedición.

Los geólogos habían desmontado las instalaciones de radio y la habían empacado parcialmente, ya que sus componentes más valiosos debían llegar al otro lado. Hacía apenas un par de horas habían llegado algunos cables cifrados según los cuales el campamento AL JU 12 estaba ya al corriente de la situación en el Y 771 (probablemente los pilotos islandeses les habría comunicado por radio, durante el vuelo de regreso, todo lo imprescindible); desde allí se intentaría enviar un equipo de ayuda que saliera al encuentro de los expedicionarios, algo que los geólogos habían pedido encarecidamente. Luego, la comunicación se cortó.

Hasta donde uno podía hacerse una idea, la situación en los Estados Unidos Vasallos de América era desoladora. El fascismo americano, dividido ahora en dos bandos enfrentados (más bien dos empresas enfrentadas por la competencia), a raíz de los golpes recibidos por los invasores amarillos y de la sublevación en el propio país, estaba a punto de extinguirse. Sobre esto el inspector soltó un comentario sarcástico: «… una firma, la de Duluth, está completamente en bancarrota; la otra, la de Corpus Christi, se ha declarado insolvente: ésa es toda la diferencia…». Los Korps de Defensa alemanes y los oficiales de sangre alemana que quedaban de los activos en quiebra del movimiento de los Minutemen debían llevar a sus espaldas, al parecer, toda la carga de la guerra contra los invasores asiáticos y contra los sublevados. Estos últimos llevaban a cabo una guerra en dos frentes: por un lado, contra los fascistas y el Protectorado del Reich, y por el otro, contra los japos, que, según rumores no confirmados, ya tenían bases en el Midwest. Los EUVA habían quedado listos para la invasión después de que les lanzaran un par de misiles Banzai con cabezas nucleares (disparados desde Hawái y desde otras islas del Pacífico). Pero las bases coheteriles alemanes en América habían respondido de un modo terrible. Una farsa al margen de la tragedia americana era que los llamados Freikorps Lincoln tenían que luchar a menudo hombro con hombro con los Minutemen y los del Ku Klux Klan en contra de los amarillos. Cuando éstos se evaporaban –ya que tenían una forma muy peculiar y enigmática de desaparecer en un santiamén de la faz de la tierra–,

ambos bandos, unidos hasta entonces por un propósito, la emprendían el uno contra el otro.

–Por esos lares está todo tan hundido en el barro, que ni siquiera me detendré en el asunto. A nosotros aquí en el norte nos interesan otras cosas –comentó el inspector de obras. Como todo un general, se inclinó sobre un gran Mapa Físico del Canadá (no había a mano un mapa político más exacto), y empezó a consignar en él puntos y líneas. Todos seguían con atención sus explicaciones.

–El problema consiste en cómo hacer que nuestras unidades lleguen sanas y salvas al norte. ¿Qué haría Schimming? –Coronel general Von Schimming, excomandante de las tropas blindadas, actualmente jefe del Mando Superior de la Wehrmacht en América del Norte–. Pues intentaría, sin duda, sacar a su tropa de esa inmundicia y llevarla hacia la fortaleza del Ártico. Claro que no sabemos si el Mando Superior de la Luftwaffe en Smithers –el inspector señaló a un punto situado en las Montañas Rocosas canadienses, momento en que llamaron la atención, muy desagradablemente, sus uñas mordisqueadas– existe todavía. Es decir: si está en condiciones de luchar. Si está en activo y hay suficientes aviones, entonces el asunto estará resuelto. Hasta donde sé, estos movimientos de repliegue están en marcha desde hace varios días. Señores, tengan en cuenta eso: es de máxima importancia para nosotros. Si Schimming, por cierto, deja que esos materialistas americanos resuelvan su porquería ellos solos y saca a todas las tropas alemanas de los EUVA, se replegará sin duda a la costa del Pacífico, es decir, hacia las Rocosas, con la ayuda, además, de sus excelentes unidades de montaña austríacas. En ningún caso organizaría su repliegue por los territorios desprotegidos del centro de Canadá. Eso sería una locura. La ancha franja de bosque que pudiera ofrecer algún tipo de protección es intransitable en invierno, y también se acaba en algún momento. Nosotros tenemos el límite de bosques más o menos a 59º de latitud norte. ¡Bien! Schimming se trasladará al norte, en dirección a las Rocosas, tan pronto como pueda. El enemigo, en cambio, empleará todo lo que pueda añascar aquí en Canadá con tal de cortar el avance de Schimming. Es decir, entre nosotros surge un vacío…

Pudo oírse cómo los magnates de la economía respiraban con alivio. ¡La Operación Winnetou sería una breve y agradable excursión, una escapada! Más tarde uno podría contarla como una aventura a vida o muerte.

–Los japos deben de haber intentado trazar una línea de bloqueo a través de las montañas –mirada inquisitiva al geólogo alemán, que mostraba los puntos indicados en el mapa–, partiendo de algunos puntos de la costa; por ejemplo, de aquí de Columbia, y de aquí, cerca de Wrangell, que ya forma parte de Alaska. Yo todavía no me lo creo, ya que nuestra guardia costera está en muy buena forma precisamente en esa zona. En cualquier caso, el enemigo con el que tenemos que vérnoslas en la región de los lagos querrá reagrupar sus fuerzas hacia el oeste y avanzará hacia allí.

–¿Quién es aquí el enemigo? –preguntó uno de los oyentes.

–Eso no podemos decírselo con exactitud –respondió el meteorólogo en lugar del inspector–, pero de lo que no tenemos dudas es de que no son japoneses. Hemos captado numerosas transmisiones de radio inglesas y francesas, muchas más francesas que inglesas. Eso nos permite suponer que se trata de canadienses de habla francesa, guerrilleros que avanzan lentamente por aquí en dirección al norte. Y lo hacen lentamente porque están a la espera de refuerzos y de apoyo aéreo. Se huelen, claro está, que el círculo polar es un enorme cinturón de minas nucleares. Basándonos en las últimas localizaciones por radar hechas por nosotros y por el personal del campo AL JU 12, el enemigo estaba operando en un punto situado bastante al sureste, entre el lago de Dubawnt… Aquí… y el lago Baker… Aquí. Eso fue hace una semana. Pero no podemos juzgar ni la rapidez de su avance ni sus fuerzas, es decir, los refuerzos que se les unan por el camino; en fin, que nosotros…

–Señores –dijo el inspector de obras, interrumpiendo a su interlocutor–, creo que la Operación Winnetou empieza con buena estrella. Lo más probable es que ni veamos al enemigo, salvo quizá algunas unidades exploradoras y alguna insignificante avanzadilla. Pero, claro, hay que poner todo en una balanza. Y claro que tendremos que avanzar con rapidez. Los trescientos kilómetros hasta puerto seguro podremos vencerlos seguramente, los señores Kircheiß y Laale –se refería al geólogo alemán y a su callado colega danés– son prácticos de fiar a través de ese cinturón de minas. Y si entramos en contacto con el enemigo y algo saliera mal, *bon*, en ese caso sabemos lo que tenemos que hacer…

Todos lo sabían. Rociar los trineos con gasolina y prenderles fuego. Luchar hasta la última bala. Sí, hasta esa última. Primero las mujeres, y luego cada uno de ellos. Era la ley no escrita de esta guerra.

¡El inspector tomaba medidas! ¡Qué bárbaro! ¡Qué tipo! Mientras el Reich tuviera hombres como ése… Esa expresión se le había escapado con demasiada frecuencia en los últimos tiempos, pensó Yugurta. Lo de siempre. Tal vez debería variarla: mientras el Reich tuviera criaturas como aquélla… ¡Ridículo! ¡Penoso! Lo que él estaba era celoso, tenía envidia. Era, además, un tipo horroroso, y un blandengue.

Eso, sobre todo: un blandengue. Cierto que estaba enfermo. *(«Bon»*, diría el señor inspector de obras y consejero gubernamental). Con mayor razón tenía que hacer como si estuviera perfectamente. Pero había cosas que uno sólo aguantaba apretando los dientes. Por ejemplo, esos problemas con la visión, la presión craneal, las alucinaciones, esa sensación de pesadez en los huesos, los eternos escalofríos, la caída del pelo. Días enteros sin ir al retrete, su viejo padecimiento. Y luego, de repente, las diarreas. Desde aquella estancia en… ¿Cómo se llamaba aquel pueblucho estúpido del Harz? En fin, desde que había estado en aquel pueblucho parecía de trastornos graves de la visión, así había empezado todo. Y todo empeoraba de día en día. No se trataba sólo de que a pesar de las gafas para la nieve (que él llevaba puestas incluso en la habitación a oscuras), todo –incluida la luz artificial– se le clavara en las pupilas con unos contornos nítidos que le causaban un dolor intenso, sino que esos trastornos le jugaban muy malas pasadas. Por ejemplo, cuando salía a dar sus paseos y se sentaba a descansar, bastaba con que se pusiera a contemplar unos minutos el paisaje para que el espacio a su alrededor pareciera llenarse de repente de un aire negro, mientras que la llanura nevada empezaba a cobrar vida, a hacer extrañas olas, unas olas blancas y grises que empezaban a desplazarse en su dirección. Como si el suelo se moviera al menor soplo del aire, a la menor brisa tibia. Un estúpido engaño de los sentidos. Y el culpable de todo era, seguramente, aquel maldito traje con calefacción. Era cierto que lo protegía muy bien del frío, pero el aire caliente le ofuscaba los sentidos. Y si decidía desconectar la batería del traje, empezaba a temblar como un imbécil.

Ese traje calefactor, que tenía la forma de las parkas típicas del país, era un insulto a su persona. Las parkas caldeables (hasta las capuchas tenían un sistema de calefacción) y las botas de piel (los mukluks) las habían recibido únicamente, debido a las escasas existencias, las personas mayores y las mujeres. Y él. Y todo porque «se sabía» que él estaba padeciendo… Tal vez porque era el marido de la mujer deseada por todos, la señora Sigga van der

Leyen, y, por si fuera poco, un tipo flojo; sólo por eso «se» le había asignado esa parka (más bien se la había asignado el inspector general de obras). Un privilegio. Y él la había aceptado. ¡Era una deshonra tras otra!

Yugurta examinó sus armas mientras los demás alojados en la barraca yacían en sus catres, o bien hablando de temas profesionales o simplemente durmiendo. Con excepción de los enfermos, todos estaban armados, sólo los guardias habían recibido, adicionalmente, una carabina. Höllriegl miró de soslayo su arma secreta personal, el láser de rubí tipo 6 de Knud, su «garantía». Al diablo con aquel hombre, y al diablo también con él, con Yugurta, el regalito de Sigga. Aquello era una curiosidad, nada más. Por desgracia, sólo podría descargar el arma una vez, conocía el mecanismo de disparo, pero lo demás era sólo teoría. Se trataba de uno de los llamados láseres químicos o láseres de gas, que disparaba un rayo infrarrojo de intensidad gigantesca (con una duración de una billonésima de segundo). La desventaja era que ese modelo, el «Meduso», combinaba el efecto del láser con un complicado proceso químico o físico-atómico. Sólo era posible generar un único rayo muy potente con una longitud de onda pareja. Para efectuar el siguiente disparo era preciso renovar la carga de gas. El «Meduso» se cargaba automáticamente para lanzar diez rayos, pero ¿cómo? Yugurta, que en los cursos de preparación militar había tenido que asistir a clases especiales sobre armas láser, se había olvidado totalmente del manejo, y tampoco se atrevía a preguntar, ya que, no siendo un miembro de las ss, le estaba terminantemente prohibido portar un arma de esa índole. (La entrega del láser a los jóvenes soldados juramentados, entrega que realizaba personalmente el maestro armero de cada Ordensburg, constituía cada año un ceremonial casi sagrado, y en las familias más antiguas de las ss se había ido estableciendo en tiempo reciente la costumbre de que el patriarca moribundo miembro del cuerpo entregase su arma láser al primogénito en su propio lecho de muerte). Lo que Yugurta tenía ahora en sus manos era como una especie de Mjolnir, un martillo de Thor, pero con él sólo podría disparar un miserable rayo.

Bueno, tenía también la vieja pistola que, en una conmovedora muestra de amistad, le había entregado el bueno de Kummernuß. Pero, ¿dónde estaba? Tenía dos balas en uno de los cargadores, y contaba con otro cargador lleno. Y, aparte de aquella pieza de museo, se había hecho con otra arma, una

carabina 98 K, cuya eficiencia había quedado demostrada en los territorios situados entre Murmansk y Tobruk, la valiente «novia del soldado» de la Segunda Guerra Mundial. Al parecer ese fusil, el más popular dentro de la Wehrmacht, había continuado migrando, después de la guerra, en dirección al norte, ya que nadie quiso quedarse con aquel vestigio de heroísmo, cantado como símbolo de la victoria por los escaldos de la nación, así que lo emplearon para dotar con él a algunas bases militares poco importantes del Ártico y de ultramar. (El bromista director de minas de Estiria lo comparaba acertadamente con la vieja escopeta austríaca de Werndl). En la estación Y 771 había almacenadas, bien engrasadas y empacadas en fundas protectoras diseñadas especialmente para las temperaturas del Ártico, cantidades ingentes de la Kar 98 K, y también suficiente munición en un estado impecable. Con ellas cargaron un trineo entero.

Sólo los jefes de la operación (el inspector de obras y los geólogos) poseían modernas armas manuales de gran poder de destrucción: fusiles de asalto automáticos de diferentes modelos, bautizados con nombres alusivos al propio nombre de la expedición, el «mataosos» y la carabina de repetición «Henry».[45] Era admirable la manera en que el inspector de obras tenía las manos metidas en todo. Sus maneras elegantes, la sangre fría que mostraba al manejar los láseres y las nuevas armas, su disciplina marcial (en la que no cabían los caóticos tiros al aire) eran ejemplares; eso le hacía olvidar incluso que lo había visto pasándole la mano a Sigga por la cabeza con demasiada confianza y llamándola Rubita, apodo cariñoso que Yugurta había oído de casualidad. ¡Una mierda! ¡Aquello era una mierda!

El convoy de trineos se desplazaba por la tundra. Yugurta, guardián del trineo con las provisiones y, al mismo tiempo, una especie de sargento mayor encargado del avituallamiento, estaba sentado en la parte posterior de aquel coche indio para enanos; delante de él, las cabezas de los perros de tiro, y la del animal guía, se movían incesantemente en un gesto de asentimiento. Detrás marchaba el trineo de motor con los dos enfermos y la bandera de la Cruz Roja ondeando al viento. A continuación, venía la larga retaguardia. Medio adormecido, Yugurta contemplaba el paso del paisaje a través de las ranuras de los ojos. A pesar de la parka caldeada y de la piel de oso en la que estaba envuelto, el frío le calaba los huesos.

Aquel territorio era una planicie blanca e infinita sin apenas puntos de referencia. Se suponía que avanzaban a través de una carretera, o al menos se mantenían muy próximos a ella. No se notaba ninguna diferencia en la estructura del suelo, y faltaban también los habituales postes del telégrafo. De vez en cuando se veían cornisas de nieve de formas curiosas, restos medio hundidos de campos y torres de perforación –los huecos de las perforaciones, situados a millas de distancia, nunca pudieron ser encontrados, explicó Kircheiß, el geólogo alemán– que obligaban al ojo en cada ocasión a regodearse en esos vestigios. En una ocasión en que se tropezaron con una valla de colores chillones con el nombre de la North American Trading and Transportation Company, Yugurta, como si hubiese recibido una descarga, se bajó del trineo y se puso a examinarla. Aquellas tablas habrían pertenecido probablemente a un camión, y estaban salpicadas de agujeros (de disparos recientes). Los demás ni siquiera notaron la presencia del hallazgo, de modo que él también lo olvidó y continuó avanzando mientras daba cabezadas.

Desde ayer el tiempo había empezado a mejorar. Puede que la voladura de la estación hubiese abierto un agujero en la cubierta de nubes, o tal vez no, pero lo cierto era que aquel bajo mar de niebla había empezado a moverse y a rasgarse. Una luz crepuscular, oscilante entre la noche y el día, empezó a expandirse; la visibilidad hacia el horizonte se hizo más clara, los contornos más nítidos. Kircheiß, Laale y el inspector de obras juntaron sus cabecitas y azuzaron a los indios voluntarios, para que se dieran prisa.

Ayer al atardecer se había levantado un viento del noroeste, la temperatura había bajado de inmediato a unos menos quince grados. Yugurta y otras cuatro personas tuvieron que asumir la guardia, ese amargo placer, mientras el resto levantaba el campamento nocturno en una amplia depresión del terreno con la ayuda de los pieles rojas. El aliento de aquel fuego helado le quemaba la piel, las extremidades se le entumecían. Si ese viento se mantenía, espantando a la niebla, que servía de manto protector, las temperaturas bajarían aun más. Hasta entonces habían tenido suerte.

El campamento consistía en una ingeniosa combinación de toldos de tiendas de campaña, pieles de reno y agujeros pequeños cavados en la nieve más alta. La entrada a aquella galería estaba protegida por esteras de tienda de campaña sostenidas por unos esquíes clavados en la nieve. Era como una zorrera. Los indios, unos tipos ágiles de anchas espaldas y cuerpos achaparrados, con las caras color barro surcadas de arrugas, revelaron ser

auténticos maestros en el rápido montaje de tales campamentos algo más habitables, al parecer, que los iglús.

Eran tinglits –explicó Kircheiß– y habían emigrado desde Alaska. Primero habían estado buscando trabajo en las regiones del cauce superior del Yukón, en una época en la que las minas de níquel de Rankin Inlet constituían la gran atracción para la mano de obra. Pero cuando las minas pasaron a ser administradas por los alemanes y los jornaleros fueron sustituidos por trabajadores forzosos (rusos de Alaska y de la Siberia), la tribu se los tinglits se agrupó en pequeñas colonias. Allí habitaban, dispersos por aquella inmensa llanura, sacando su sustento de la caza de animales con pieles preciosas, trabajitos de ocasión y tráfico de pieles. (Por cierto, en Chesterfiled, que ahora también se llamaba Ciudad Heydrich –Yugurta hubo de reprimir una furtiva lagrimilla–, había funcionado hasta hacía poco un gran centro comercial perteneciente a la sección para el norte de América de un *holding* empresarial del Reich especializado el comercio mayorista y minorista, en la importación y la exportación de accesorios para fumadores, con una filial en la bahía de Hudson). Los pieles rojas contratados por Kircheiß eran descendientes del muy ramificado Clan del Lobo, de la estirpe de los Cobayas, que era también, para ellos, el animal totémico. Aquella tribu, antes tan temida en toda aquella región septentrional por su enorme crueldad –hasta Schultze-Rüssing la mencionaba en su manual de las razas–, habitaba ahora en una relación relativamente pacífica con los esquimales, en la medida en que, cada vez que podía, azotaba con mano férrea a estos últimos. Los indios cobayas adoraban al Big Chieftain Adolf Hitler (al que llamaban Big Hit) y eran en todo el Reich, según les aseguró Kircheiß a sus oyentes, los más condecorados con el distintivo al mérito por sus donaciones caritativas de artículos de invierno.

La caída de la noche transcurrió en un ambiente aun más sombrío. Nadie habló. Hubo de cena conservas de pescado, mermelada, galletas y algo de leche condensada, todo en raciones mínimas. Todos se metieron en los sacos de dormir, dispuestos muy juntos, a fin de disfrutar del calor animal. El aire que entraba silbando por los huecos de ventilación del techo era cortante. Sigga estaba tumbada entre Yugurta y el inspector general de obras: con su afilada nariz amarillenta y las oscuras cavidades oculares parecía un demonio muerto. Pero aun así era bella. Yugurta, que no conseguía pegar ojo, pero se hacía el dormido, pudo percibir (más que ver) cómo su mujer se dejaba

manosear en secreto por el hombre de las uñas comidas. Eso le asqueaba. Cuando por fin se apagó la lámpara de grasa de ballena que, según las órdenes impartidas, debía estar encendida en cada tienda, todo se volvió oscuro como boca de lobo, y a pesar de los ronquidos de los otros, él fue perdiendo poco a poco la conciencia.

A la mañana siguiente, se pusieron en camino una vez más. Que Sigga hubiera vomitado después de desayunar permitía intuir hasta dónde había llegado aquel jueguecito nocturno. También había vomitado después de aquella escena de amor en el avión, su estado ya no soportaba tal excitación. Estaba en las últimas.

Poco después del mediodía –cuando ya todos, como por la mañana, habían bebido su trago de té y comido cada uno una galleta con margarina, además de tomado su ración de vitamina C–, Yugurta lo notó por primera vez. Aquellas suaves olas que de vez en cuando (¡por culpa de aquellas malditas visiones!) veía venírsele encima bajo un cielo negro, no eran olas de nieve, sino que consistían en millones de flores con unos botoncitos pálidos en forma de estrellas, como el edelweiss. Se movían por causa de la brisa, alzaban y bajaban sus corolas en forma de oleaje. Esas praderas floridas se extendían hasta el horizonte, y Yugurta recordaba haber visto unas iguales aquella primavera en la que su tropa avanzó sobre Grecia. Sólo que aquí en el norte era todo más imponente, ineludible, amenazante. Porque ahora aquellas flores alcanzaban la estatura de un hombre, eran altas como árboles, se separaban abriendo un arco que daba lugar a una callejuela, o a algo parecido a una quebrada, para luego juntarse de nuevo y cerrarse. Aquello era maleza, no praderas. Laberintos de nieve. Y a Yugurta le asombraba que el indio que dirigía los perros pudiera mantener la calma.

Confundido, al cabo de un rato se quitó las gafas de nieve. La visión había desaparecido, todo volvía a ser blanco, uniforme, todo volvía a la inmovilidad. Seguramente se deslizaban por unas nieves bajo las cuales yacía sepultado aquel paisaje. Delante de él iba sentado, indiferente, el que guiaba el trineo, los perros de tiro seguían asintiendo al compás de su paso, él veía sus patas fibrosas moviéndose rápidamente, veía –cuando los animales giraban un poco sus peludos cuellos– sus caras oscuras, de aspecto tiznado, sus ojos astutos y brillantes y el vaho de su respiración. Algo alejado, detrás de él, se oía el apacible rumor del trineo con los enfermos. Lo que había

tomado por maleza podrían ser cornisas de nieve con las bellas y onduladas formas de una mujer, o serían los taludes a la orilla de riachuelos congelados por encima de los cuales debían cruzar. O tal vez habría allí auténticos praderíos (no falsos ni engañosos), aunque sólo fuera durante la breve estación de verano. Kircheiß había contado que ese tiempo la tundra florece, y con él llegaban también los mosquitos del Ártico, que se agrupaban en enjambres gigantescos parecidos a nubes y quedaban suspendidos en el aire, inmóviles, como enormes cortinas, según las palabras exactas de Kircheiß.

¡Vaya! ¡Ahí estaba de nuevo la visión! ¿A qué se debía eso? ¿Tendría fiebre, estaría soñando con los ojos abiertos? El aire se ennegreció a causa de aquellos mosquitos que ahora venían hacia él. Oyó un grave zumbido. Y de nuevo estaban allí los prados que se mecían en oleadas, sólo que ahora la imagen le pareció más plástica e imponente. Las flores, que antes eran bajas y tenían forma de hierba, podían ahora ser tocadas con las manos. Al tacto parecían algo sin vida, como la textura aterciopelada del edelweiss. Pero luego se hicieron más altas y exuberantes, y se doblaban al viento como voluptuosos cuerpos de mujer. Si apartaba las pálidas corolas, veía debajo el brillo esmeralda y turquesa de las grandes profundidades. ¿Serían barrancos llenos de una vegetación extraña ya extinguida? ¿Flores de hielo? ¿O simplemente hielo? ¡Eso! ¡Era hielo! Cuando la nieve de la superficie salpicaba bajo los patines de los trineos, quedaba a la vista ese abismo cristalino. Los trineos que iban delante habían pulido la vía, y a través de la cubierta de hielo uno podía ver el moho y los líquenes congelados. Viajaban, por lo tanto, a través de un grueso espejo de color verde claro. Los patines crujían y cantaban sobre el hielo, el indio chasqueaba la lengua o soltaba algunas breves palabras de arreo cada vez que los perros se resbalaban, se detenían gruñendo o se sacudían. Y entonces Yugurta se dio cuenta de que no eran las supuestas flores las que estaban muertas, sino que eran sus dedos los que estaban entumecidos, casi sin vida, y sintió entonces como iba perdiendo la sensibilidad de las manos casi hasta los antebrazos. Los guantes de piel que llevaba eran una vergüenza.

Aquel territorio salvaje estaba surcado de ríos, salpicado por todas partes con pequeñas lagunas y lagos. Yugurta lo había visto en el mapa de los geólogos. Su viaje a través de aquellos hielos significaba que o bien habían abandonado la carretera –la única en la región– o bien la habían perdido, de modo que estarían guiándose ahora por la brújula y por la radio. Él sabía que

los prácticos que viajaban en el primer trineo con motor escuchaban de vez en cuando por la radio los partes (cifrados) de localización transmitidos desde el campo AL JU 12. Ese campo de acogida era para ellos la estrella polar.

El día antes por la noche había entrado un cable por el cual se enteraron de que el AL JU 12 ya había puesto enviado rumbo al sureste un equipo de rescate formado por hombres de las SS. El punto exacto del encuentro era una localidad antes habitada por esquimales y dujobores llamada Kuharuk («Tres Deditos», era la traducción del nombre al inglés, Ten-LittleFingers) y que Laale y Kircheiß conocían bien. Según los cálculos, el encuentro tendría lugar en las horas de la mañana del tercer día de viaje, es decir: mañana.

Los prados se habían disuelto en la bruma. Los sueños no eran más que espuma. A través de sus verdes gafas especiales no conseguía ver ya otra cosa salvo aquel infinito desierto nevado. Sólo perduraba el grave zumbido de los mosquitos, que se había intensificado incluso. Sentía ahora un rumor en los oídos. Se había acostumbrado a taparse la nariz con dos dedos y a hacer presión de aire contra las aletas, a fin de descompresionar, pero aun así el rumor aumentó. ¿Qué ocurría? De pronto el convoy se detuvo, y se oyó el ensordecedor bramido de los indios. También su trineo se detuvo. Vio que el inspector de obras y los geólogos caminaban a lo largo de la fila de trineos, gesticulando frenéticamente con ambos brazos y gritando algo. Las siluetas grotescamente envueltas de los fugitivos empezaron a saltar de los vehículos, y también su indio se bajó del trineo y echó a correr como una comadreja. Antes de que Yugurta pudiera entender lo que gritaban los jefes, el indio lo había comprendido: «¡Aviones!».

Rápidamente, se deshizo de la piel de oso y saltó del trineo. Al hacerlo estuvo casi a punto de chocar con el danés, que se le acercaba en ese momento. «¡Pónganse a cubierto!», gritó alguien. «¡Todos a cubierto!». Instintivamente, Yugurta comprimió su cuerpo contra la nieve, pero a su alrededor el suelo estaba liso como una tabla y no ofrecía la más mínima protección. ¡El trineo de motor! ¡Sigga! Llegó hasta allí con un par de zancadas. La enferma dormía, o estaría inconsciente. Tuvo que alzarla de su lecho como una carga inerte. El guía de aquel trineo, así como el segundo enfermo (que, al parecer, estaba mucho mejor, Yugurta lo había visto incluso esquiando) lo ayudaron a meter el cuerpo inerte debajo del vehículo. Y hasta

allí se deslizaron ellos también, quedando tumbados, sin aliento, bajo el cálido y humeante motor.

Se pegaron bien al suelo cuando el avión se les abalanzó con su estruendo ensordecedor. Les había pasado muy cerca de las cabezas. ¡Eran aviones de reconocimiento que volaban a baja altura! A pesar del ruido oyeron el seco tableteo de la ametralladora y los impactos en las partes metálicas del trineo. A derecha y a izquierda vieron la nieve levantarse en pequeños surtidores, vieron el hielo pulverizarse y los trozos de metal volando por los aires. Apenas habían tomado aliento, el siguiente avión les pasó por encima con un bramido. Otra vez el rápido martilleo contra el metal, que soltó un alarido, otra vez el rastro de las ráfagas como diminutos remolinos sobre la nieve. Y en medio de todo ello, un estruendo seco. Una y otra vez. Infinitamente. Por la frecuencia de los ataques en oleadas Yugurta infirió que eran pocos los aviones en acción. No obstante, todo duró una eternidad.

Tal vez tardara sólo unos minutos. Unos minutos largos y angustiosos. Cuando se atrevieron a salir, el cielo se había oscurecido, la noche estaba a la vuelta de la esquina. Los atacantes parecían haberse retirado; se oían unos gemidos y lamentos, también unos gritos muy agudos que parecían provocados por un simpar tormento, se oía el crepitar de unas llamas, pero lo que verdaderamente ponía los nervios de punta eran los aullidos quejumbrosos de los perros. Lo que se les ofreció a la vista fue una carnicería. Los moribundos se revolcaban por la nieve entre lamentos, los heridos se arrastraban por ella sobre las cuatro patas, moviéndose lentamente entre los trineos destrozados y en llamas. Fuera, en la nieve fosforescente, yacían unos muñecos negros que gesticulaban de forma extraña, dislocada. Olía a quemado, a heces y sangre. La noche a medias que ahora despuntaba se iba depositando como un sudario gris sobre aquel horror.

Entre los tres alzaron a Sigga y la colocaron en el trineo, que había recibido todos los impactos. Con ojos extraviados, la mujer miró a su alrededor, pero no pareció comprender nada. El indio voluntario estaba concentrado en el motor, el resto le importaba un comino. Yugurta vio a Doris y a la otra mujer, Tusnelda o como se llamara. Las vio acercarse. Doris cojeaba bastante, la había rozado una esquirla. «No es nada», dijo, ella misma se la había vendado. Yugurta le pidió a la joven, bastante conmocionada, que se ocupara de Sigga. Por desgracia, el kit de primeros auxilios había quedado destrozado.

¿Existiría aún el trineo de avituallamiento? Ahí estaba, volcado, hecho trizas, un esqueleto calcinado. De los perros sólo uno quedaba con vida, había salido ileso de milagro; los cadáveres de los otros cuatro seguían enganchados a los ronzales. Mientras Yugurta y el joven industrial buscaban provisiones –al final sólo consiguieron salvar un par de latas de conserva–, el pobre animal saltó hacia donde estaban, lloriqueando, y les lamió las manoplas.

El enemigo, al parecer, había disparado con balas incendiarias, o habría lanzado, tal vez, bidones de gasolina. (Aquello no parecía napalm). Un herido que abordó a Yugurta para pedirle un cigarrillo le contó que había visto salir un chorro de fuego de los aviones atacantes, pero tal vez fueran imaginaciones suyas. Como pudo comprobarse, los más afectados habían sido los de la llamada retaguardia, unos veinticinco trineos y sus pasajeros, que habían estado viajando inmediatamente detrás del trineo de los enfermos. (Los restos de los últimos vehículos yacían esparcidos todavía por el hielo del riachuelo). La carga de carabinas había sido alcanzada varias veces, las cajas de munición se habían inflamado y habían estallado por los aires, por suerte no todas a la vez, sino una a una.

De pronto se oyeron nuevos disparos. Uno, otro. Se tiraron al suelo rápidamente; Yugurta sacó su pistola. El industrial iba desarmado. La carabina de Yugurta tendría que estar en la nieve, por alguna parte, la había lanzado hacia algún sitio cuando corrió para poner a Sigga a resguardo. Los disparos empezaron a hacerse más nutridos, como el fuego regular de unos francotiradores. También se oyó el tableteo de una ametralladora. No tenía sentido quedarse allí tumbado a riesgo de congelarse, tenía que tomar contacto con los guías, pero… ¿Dónde estaban el inspector y los dos geólogos, Kircheiß y Laale? ¿Estarían vivos? Sin inmutarse por el impacto de una eventual bala perdida, se puso a buscar el arma hasta que la encontró. Sobre la nieve, las huellas de las ráfagas de la ametralladora de aquellos aviones. También la culata de la carabina mostraba algunos daños. Se decidió que el industrial se quedase junto al trineo de los enfermos, protegiendo a las mujeres con la vieja Kar 98 K.

En la penumbra de la noche ártica, Yugurta avanzó dando saltos o a rastras. Los incendios empezaban a apagarse, los copos de nieve caían aislados del cielo encapotado, una señal de que hacía más calor que por la

mañana. El fuego de los fusiles fue amainando, avivándose de nuevo, de vez en cuando, con breves pausas intercaladas. Parecía provenir de todas partes, lo que tal vez fuera una ilusión acústica. A fin de cuentas, el sonido, en esas estepas, se volvía algo caprichoso. Tal vez algunos disparos venían también de su propia gente.

De vez en cuando alguien lo llamaba, algún herido grave con el abrigo de piel empapado en sangre le pedía que le diera el tiro de gracia, pero él ni se ocupaba del asunto. Sólo en una ocasión se quedó boquiabierto: un cadáver colgaba de uno de los trineos destrozados. El hombre debió de ser alcanzado por la bala mortal en el momento en que intentaba saltar del vehículo a toda prisa; tenía la cara vuelta hacia arriba. Aquella sonrisa jovial, que resultaba simpática incluso en aquella mueca, la conocía. Pertenecía al director de minas de Estiria, aquel pájaro de mal agüero. Pero, ahí estaba: la muerte también podía ser alegre.

Por lo visto, el inspector de obras y los dos geólogos –que estaban vivos, pues pudo reconocer sus voces a medida que se acercaba– habían conseguido poner un poco de orden en el caos imperante en la vanguardia del convoy. Detrás de los trineos (o de lo que quedaba de ellos) había gente sentada por todas partes, con los fusiles en ristre. Era una imagen imponente. Yugurta abordó a uno de los hombres, que le parecía conocido… (Sí, había hecho la guardia con él la noche anterior, y no habían parado de hacerse chistes sobre Köpfler, y también otros menos apetitosos). El tipo le dijo que Kircheiß estaba intentando poner a funcionar el aparato de onda corta que viajaba guardado (o despiezado más bien) en el trineo de los jefes. Pretendían enviar un SOS y guiar hasta donde estaban a la tropa de rescate enviada desde el AL JU 12, pedirles a los del campo que enviaran helicópteros de transporte y de combate, etcétera. ¿Lo conseguiría…?

–¿Qué tal las cosas por el otro lado? –preguntó el inspector de obras, que pareció pasar por alto deliberadamente el saludo de Yugurta *(«Heitla!»)*, cuando éste se le acercó con el brazo en alto.

–Mal –respondió Yugurta–. En realidad, de mal a peor. Le molestaba el tono impertinente del inspector de obras–. Provisiones no queda apenas ninguna.

–Pues regrese y traiga hasta aquí a todo el que pueda todavía sostener un arma. Es preciso que nos agrupemos. A los heridos déjelos donde están; a fin

de cuentas, no podemos ayudarlos, y sólo son más bocas para comer que no aportan nada. En cuanto a las armas, reúna todas las que pueda, también las restantes provisiones. Cada bala vale su peso en oro. Al igual que cada lata de conserva. Ésos de ahí…

El inspector hizo un gesto impreciso y echó mano a unos prismáticos. La conversación tenía lugar bajo la protección del trineo de los jefes, un pesado carro oruga, robusto, normalmente empleado para retirar la nieve o para remolcar a un auténtico quitanieves con cañón. Apenas había sufrido daños. Yugurta echó una ojeada alrededor. En la oscuridad del crepúsculo, veía los destellos de los disparos, aislados o en cadenas. Algunos impactos caían cerca.

–Por desgracia, cuentan también con lanzagranadas. Y con cantidades enormes de hombres. Nuestras oportunidades son ahora de cien a cero. Una puta mierda. Y cuando se haga de día, volverán esos pajarracos. Esta vez fueron dos, pero trabajaron con eficiencia.

Entonces apareció Kircheiß. Venció los tramos entre los trineos con osados saltos. Normalmente se mantenía muy pegado al suelo.

–La radio funciona, jefe. Hace un rato que intento establecer contacto con la tropa, pero nada. No oigo nada. El diablo sabrá lo que está pasando.

Sí, el diablo lo sabría.

–¡Continúe intentándolo, Kircheiß! –ordenó el inspector, y cuando este último volvió a alejarse con sus saltos de pantera, después de que Laale le hiciera una seña desde lejos, le gritó–: ¡Tenemos que cruzar! ¡Tenemos que hacerlo! –Y añadió, esta vez dirigiéndose de nuevo a Yugurta–: Este mar de sangre nos lo han ocasionado esos malditos nanuks –apodo de los esquimales–. ¡Una panda de cerdos! Unos traidores. Habría que ponerlos a todos ante un paredón, o ahorcarlos. No obstante, prefiero verles el culo a estos nanuks que la cara a los americanos.

(Yugurta pensó: «¡Idiota! ¿Por qué entonces en lugar de traer a estos esquimales no elegiste a los indios?»).

Al otro lado se oyó entonces un gran estruendo. El disparo había llegado silbando, y se sintió cómo golpeaba el suelo, produciendo un ruido sordo, parecido al que produce el impacto de un montón de ropa mojada. No hubo detonación.

–Están ejercitando el tiro –dijo el inspector, hablando más para sí que para Yugurta; los dos se habían arrojado de inmediato al suelo–. Son armas de

calibre medio, me parece. ¿Ha oído algo? No ha habido espoleta de percusión, sino retardo. ¡Quédese tumbado!

Al cabo de medio minuto estalló un obús de fragmentación. Una potente onda expansiva, las esquirlas llegaron hasta donde estaban ellos. Se incorporaron y se mantuvieron agachados, pendientes de que volviera a impactar un proyectil de un momento a otro.

–¿Cómo está su mujer?

–Bastante mal –Yugurta se estremeció de rabia. Aquel cerdo tenía la culpa de que Sigga estuviera en un estado tan miserable. ¡La Rubita!

–La carcome la radiación, tiene dañada la médula espinal. Lo leí en el reporte médico. Me interesé de inmediato por la señora Von Eycke –el inspector de obras pronunció el nombre verdadero de Sigga con un tonito irónico–. Leyen, compórtese como un hombre y póngale fin al asunto. No tiene sentido, coño. ¿O acaso quiere que esos nanuks saquen sus cuchillos dentados y…? Recuerde la consigna: «¡E-l-g! ¡E-l-g!» –Se refería a la manera popular abreviada de referirse a la consigna «¡Endurécete, *landgrave!*»–. ¡Es una orden del Partido!

Cuántas cosas sabía aquel tipejo de mierda. ¡La señora Von Eycke! ¡Metía las narices en todo, no sólo en el tema de las antipartículas! Una orden del Partido, había dicho… ¡Pues a la mierda las órdenes del Partido!

–No tire la toalla, Leyen. ¡Que lo pase bien!

Yugurta estaba como anestesiado. Mientras se arrastraba de vuelta, vio que a pesar de los disparos allí todos estaban empezando a levantar una especie de fortificación con los restos de los vehículos destrozados, una especie de trinchera en forma rectangular. Pretendía convertirse en una fortaleza improvisada, pero por ahora parecía más bien una trampa para ratones. La Operación Winnetou debería mejor llevar el nombre de Operación «La Hemos Cagado».

–Que lo pase bien –murmuró Yugurta. Pasó a rastras junto al director de minas y su sonrisa eterna y junto al moribundo que le había pedido el tiro de gracia (que seguía moviéndose). Hasta que por fin llegó al trineo del avituallamiento con el perro que lloriqueaba. El animal le dio la bienvenida con un largo aullido y tirando de la correa.

Doris y Tusnelda permanecían agachadas y temblando detrás del trineo de los enfermos. Aquí los disparos habían hecho grandes estragos. Habían perdido a su protector, el joven industrial, que yacía bocabajo, con la cara

contra la nieve; debajo de su cuerpo estaba la carabina. Inmediatamente después de que Yugurta se marchara, un disparo había alcanzado al imprudente. Tampoco el indio estaba allí. Tras intentar en vano poner en marcha el motor, se había largado. Yugurta ordenó a las jóvenes ponerse «a la cabecera» y cargar algunas provisiones; ambas podían ser de utilidad en el campamento. Él las seguiría con Sigga. Las jóvenes estaban tan intimidadas, que obedecieron sin rechistar. Yugurta notó la mirada desesperada de Doris.

Contempló durante un buen rato el rostro marmóreo de Sigga, intentando memorizar todos sus rasgos petrificados. Claro que lo mejor era… Ella no sentiría apenas nada. Pero de ningún modo podía dejarla aquí. Tampoco era posible arrastrarla hasta el campamento. Además, luego allí, ¿qué? Allí, el propio inspector de obras lo haría. De pronto Yugurta perdió toda sensibilidad en las piernas, empezaron a temblarle las manos y percibió un rumor en sus intestinos. ¡Un blandengue, un blandengue! ¡Rápido, tenía que hacerlo antes de que se viniera abajo!

A continuación, le descubrió la cabeza a Sigga y se la inclinó suavemente hacia delante. Luego le echó el cabello por encima del rostro, de modo que la nuca quedara al desnudo. Con el pulgar y el índice de su mano izquierda palpó el sitio donde estaba la cerviz, buscando la vértebra superior. Mientras tanto, pensó: «C-uno y C-dos». De repente tuvo ante sus ojos, como un destello, la escena en aquel dormitorio, cuando él se arrodilló ante el desván, con el hilo de cabello del péndulo entre los dedos… ¡Su Bruja de Ámbar!

Orden del Partido. Que lo pase bien.

Con la diestra, colocó la pistola justo en el punto donde acababa el cuello y empezaba el occipucio. El temblor de sus manos era tan fuerte en ese instante que la cabeza de Sigga, que él sostenía, oscilaba como un péndulo de un lado a otro. (¡Si por lo menos no se despertaba de su profundo sueño!). Tal y como le habían enseñado en los cursos de las SS, colocó el cañón en posición transversal, apuntando hacia arriba, y apretó el gatillo. Una vez más. Entonces todo se le puso negro.

El frío lo hizo volver en sí. Le tiritaba todo el cuerpo. Bajo la presión irresistible de mirar a su víctima a la cara, subió de un salto al trineo. Sin embargo, no se atrevió. Sentía ganas de vomitar, volvía a luchar con la sensación de desmayo. ¡Un cobarde! ¡Un flojo! Deslizó entonces las manos debajo de las pieles y sintió el calor que se había preservado en el lecho del

trineo. ¿Cuánto tiempo llevaba muerta? ¿Cinco, seis, más minutos? A ella le daban igual cinco que seis, o millones de millones de años. En un gesto mecánico, pensó que, desde su punto de vista, ella nunca estuvo viva.

Nada tenía sentido, todo era absurdo, la vida era una mierda. La pistola yacía de canto sobre la nieve reluciente. Yugurta la guardó, se contempló las manos largo rato, al tiempo que les daba la vuelta repetidas veces. Intentó doblar los dedos mientras pensaba en otra cosa. Los tenía tan entumecidos, que sólo con sumo esfuerzo logró meterlos en las manoplas de piel. Ahora los disparos parecían más próximos. ¿O acaso el oído lo engañaba? Alzó la cabeza y miró hacia la noche. Delante de los trineos destrozados, los muertos yacían como sarcófagos, pero más allá… Allí veía unos objetos oscuros y alargados que se movían de vez en cuando. Se arrastraban. Y lo hacían en dirección a él.

Yugurta se deslizó hacia donde estaba el joven industrial y le arrebató la carabina. El muerto se negó a dársela. Del mismo modo que Senkpiehl se había resistido a entregarle su arma. ¡Había que seguir!

¡Ese animal! Yugurta desató al perro, pero lo lamentó de inmediato, porque el animal de tiro empezó a soltar unos aullidos de alegría, danzando como un loco a su alrededor; se lanzaba encima de él y le lamía la cara. ¡Fuera, bestia! A lo lejos, respondían los perros de tiro del enemigo, y era como si aullara la propia noche. Para tranquilizar al animal, Höllriegl (sí, ya no había motivos para seguir llamándolo Yugurta) le agarró el hocico y se lo mantuvo cerrado por un tiempo. El perro comprendió y siguió a su salvador mientras lo olisqueaba. También Höllriegl, como el perro, avanzaban en cuatro patas, de modo que, para el animal, debió tratarse de un igual.

Allí estaban las latas de conservas salvadas. Höllriegl las ignoró y sonrió con frialdad. Cuando acabara este asunto, le quedaba otro pendiente. Arrastrándose, o dando saltos agachado, continuó avanzando.

¡Qué mundo de porquería! Su vida era una mierda, el Führer era una puta mierda, todo era una mierda. Otra vez sentía aquellas náuseas y una ira violenta. Los nervios le provocaban gases. Si al menos pudiera vomitar. ¡Dejarse las entrañas vomitando!

Ni siquiera eso le fue concedido. Por desgracia, tenía que tragárselo. Le llamó la atención algo que arrastraba consigo, a sus espaldas. Era la correa del perro. Estaba justo llegando al sitio donde estaba su amigo, el director de

minas. A ése bien que le vendrían estos bozales. ¡La orden *Pour le mérite*! Y de primera clase. Un señor simpático. Austríaco por elección. *Heitla*!

Los cola-voluns habían trabajado frenéticamente. ¡Respetos! Lo que allí estaba edificándose era algo parecido a un fuerte del oeste, como en las películas, una fortaleza surgida de las ruinas. *Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo.* Pero ¿dónde estaba ahora… nuestro Dios? ¿Y quién era? Las balas cruzaban silbando la noche, disparaban desde el frente y desde la retaguardia, por lo visto los frentes estaban bien definidos: nosotros aquí, en la fortaleza, y vosotros al otro lado, en la nieve. El enemigo se había atrincherado a su alrededor, disparaba con todas las armas. Debían tener munición en abundancia, porque lo que hacían era algo más que disparar por guardar las formas. ¿O se trataba de un fuego de desgaste? ¿Sabían acaso que había refuerzos en camino? Höllriegl avanzó por la zona crítica sólo unos centímetros. El perro seguía manteniendo el más estrecho contacto con él. (¡Lo grato que puede ser el hocico húmedo de un perro!). Desde donde estaba se veía que la fortaleza del inspector de obras estaba totalmente rodeada.

Entonces se puso a hacer señas y a gritar para evitar que su propia gente le disparara.

–¡Kircheiß! –gritó con todas sus fuerzas–. ¡Laaaaaaale!

En realidad, eran los únicos nombres que conocía. Cuando estaba a pocos pasos de la barricada en la que alguien había izado la bandera de guerra del Reich, un relámpago iluminó la llanura.

Oyó la sorda estampida y, casi al unísono, escuchó el impacto. La ola expansiva fue como una pared caliente. Los objetos revoloteaban a su alrededor en un torbellino, y algo enorme y pesado cayó del cielo en vertical sobre la nieve delante de sus ojos. El perro se apretaba contra él y lloriqueaba. De repente sintió cómo se le había aligerado el estómago. Se había cagado en los pantalones. «Qué raro –pensó–, en las sagas de héroes no se habla nunca de digestión. Los antiguos guerreros germánicos no tenían intestinos». ¡Pero ahora tocaba avanzar!

Aprovechó la pausa y trepó por encima de la barricada; el perro lo siguió. Un ladrido de alegría. En fin, ahí estaba.

Como topos, los fugitivos empezaron a salir de sus madrigueras. Uno de ellos le dijo que ahí delante estaban formando una tropa de exploradores y que ya habían preguntado por él. Höllriegl se escaqueó como pudo. Hasta ese momento había cumplido con todo. Vio al inspector de obras pasando revista

a los hombres: a juzgar por la vestimenta y la estatura, se trataba de cola-voluns; también Laale estaba con él, y parecía traducirle. Luego se le sumaron Kircheiß y las dos mujeres. En ese momento el inspector de obras, que estaba de pie sobre la estera del vehículo motorizado, ofrecía un blanco magnífico.

Höllriegl se puso cómodamente en posición de tiro detrás de un trineo y sacó el arma láser de su funda. El láser mataba silenciosamente, era apenas un siseo. Un arma pérfida. Era preciso apretar aquel botón cuando el objetivo estuviera en la mirilla. Esta vez no le tembló el pulso: tenía las manos más serenas del mundo, y ni siquiera el lagrimeo constante le molestaba ya, cuando apoyó el arma láser y miró a través del objetivo. En medio de aquel fuego cruzado, la imagen del inspector de obras parecía engrandecerse, lo cual no era precisamente una ventaja para él en su situación. Pero, en fin: un hombre admirable y una lumbrera de la ciencia. *Bon.* Höllriegl accionó el mecanismo y vio cómo el inspector general de obras se encogía mientras se calcinaba.

–¡Saludos de la Rubita!

Oyó entonces el griterío de las mujeres, que parecían estar chillando todas a la vez, casi como en un coro. Sacó la pistola y se la llevó a la sien, con el mango hacia arriba, el dedo en el gatillo, mientras que, con la zurda, oprimía contra el cuero cabelludo la boca del arma, que estaba helada y causaba dolor. Un clic. Otro clic. Otro. ¡Demonios! ¡El cargador estaba vacío! ¿Dónde tenía el otro cargador?

Con gesto febril, se revolvió todos los bolsillos, y una ira inmensa lo sobrecogió. Hubiera preferido abrirse la tapa de los sesos con su propia pistola. El perro danzaba a su alrededor con los ojos brillantes de regocijo.

Vio a Kircheiß y a los cola-voluns venir hacia donde él estaba, alguien tenía que haberlo visto. Era ya demasiado tarde para cargar el arma. Y ésos no conseguirían capturarlo. ¡*Ellos* no!

Hizo una acrobacia por encima de la barricada y saltó al suelo, y el perro con él. Y entonces corrió hacia aquellos campos blancos y ondulados, en pos de los disparos salvadores.

GLOSA

El «alemán matricial» hablado por Axel es un invento de Ernst C. Schär y ha sido tomado de su obra *La miseria de la lengua materna* (Ott Verlag, Thun / München 1960). Yo apoyo muy encarecidamente los esfuerzos del señor Ernst C. Schär.

OTTO BASIL

[1] Muchos de los nombres propios en esta novela tienen connotaciones irónicas, hilarantes, amenazantes o trágicas. Höllriegl es un nombre formado con las palabras *Hölle* (infierno) y *Riegel* (cerrojo, pestillo), de modo que nuestro protagonista, un giromante y radiestesista, viene a ser algo así como un singular cancerbero, un «portero del infierno». [N. del T.]

[2] En su afán mesiánico por apropiarse del mundo, la Alemania nazi no sólo apeló a la fuerza bruta y a la represión, sino que recurrió también a un intento de redenominación de la realidad: en ese intento surge el llamado *Gau* (plural *Gaue)* en sustitución de los *Länder* de la República de Weimar. Antes de tomar el poder en 1933, los *Gaue* eran las delegaciones del Partido nazi en las distintas regiones alemanas, el marco geográfico al que quedaban delimitadas sus competencias. A la cabeza de cada *Gau* había un *Gauleiter* (un jefe regional del Partido). Con la toma de poder, el término pasa a ser el nombre común de los Gobiernos regionales, y los *Gauleiter* empiezan a cumplir funciones de gobernadores, con potestades casi de señores feudales. La palabra *Gau* (del antiguo germánico *gaw-ja*: paraje, comarca, paisaje, región), representa muy bien esos afanes romántico-medievalizantes del nazismo. En este caso, el Warthegau (antiguo *Reichsgau* Posen), comprendía una parte de los territorios ocupados en Polonia. [N. del T.]

[3] *Asisch*, asio, es uno de los sinónimos de ario empleados por Jörg Lanz von Liebenfels, uno de los padres de las teorías raciales del nazismo. [N. del T.]

[4] Basil emplea aquí una entre las muchas transcripciones de uno de los pasajes de la *Saga Volsunga* de la mitología germana, el que relata la venganza de los hermanos de Sunilda por la muerte de ésta. Lo hilarante se deriva de la utilización de estos textos arcaizantes como material didáctico en la enseñanza de la lengua alemana en las nuevas regiones colonizadas en esta obra de ficción. [N. del T.]

[5] Como habrá notado ya el lector, en este libro abundan los neologismos de toda índole que designan territorios ficticios o semificticios, cargos y denominaciones de nueva creación, instrumentos inventados. Un buen ejemplo es el del «odóscopo». Basil juega aquí, a nuestro juicio, con el término «hodóscopo», un aparato real para detectar la trayectoria de las partículas, y el nombre masculino de raíces germánicas Odo, derivado del antiguo alemán *ot* (riqueza, posesiones). En el vocablo resuena también el eco de la palabra horóscopo, por lo que representa muy bien ese batiburrillo de ideas que intentó amalgamar la ideología nazi, con sus estilizaciones de referencias germánicas, su esoterismo pseudocientífico, sus afanes medievalizantes, sus fantasías de una estirpe primigenia del género humano, etc. [N. del T.]

[6] *Volks-Allempfänger*, en el original. El autor varía aquí la denominación real del modelo de aparatos de radio que empezó a fabricarse y distribuirse en Alemania, por encargo de Goebbels, desde mediados del año 1933: el *Volksempfänger* o VE-301. Los equipos

podían adquirirse por un módico precio o eran donados masivamente con algún motivo especial de importancia simbólica para el régimen nazi: un cumpleaños de Goebbels, por ejemplo. La idea subyacente a tal «generosidad», aparte del motivo oficial de que cada hogar alemán contara con un aparato de radio, era la de hacer llegar la propaganda del régimen no sólo a todos los rincones del país, sino al oído de cada familia. Los VE-301 estaban prudentemente diseñados para recibir únicamente la señal de emisoras locales o nacionales. Basil reajusta la denominación a un Reich alemán que se ha extendido por todo el planeta. [N. del T.]

[7] KdF son las siglas de *Kraft durch Freude* (Fuerza a través de la alegría), la dependencia estatal de la Alemania nazi que se ocupaba de administrar, organizar y controlar el tiempo de ocio de los ciudadanos. [N. del T.]

[8] Con el término genérico de *«Das System»* solían referirse despectivamente los nazis al período democrático durante la llamada República de Weimar. [N. del T.]

[9] *Wehrbauer* era el término eufemístico empleado por las SS para designar a los soldados enviados a colonizar los territorios ocupados en la Unión Soviética y Polonia. [N. del T.]

[10] El nombre podría traducirse como «Quiero Grasa» o «Quiero a las gordas». *Fett* alude también a alguien bien cebado, en este caso, gracias a los privilegios de su cargo. [N. del T.]

[11] *Pommersche Mütze*, método de tortura empleado en la Edad Media en Alemania, consistente en un instrumento de hierro que se colocaba en la cabeza del reo y que, por medio de unos tornillos, era ajustado con fuerza, llegando a causar violentos dolores de cabeza y hasta conmociones cerebrales. [N. del T.]

[12] Algunas figuras importantes o aspectos emblemáticos del nazismo histórico impregnan la vida privada y han pasado a dar nombre, como es habitual en toda dictadura, a bloques de edificios, calles y barrios enteros. Se alude, en este caso, a Roland Freisler, presidente del *Volksgerichtshof*, el Tribunal Superior de Justicia del Tercer Reich, y al buque de guerra *Gneisenau*, destacado en el hundimiento de buques mercantes de los Aliados en el Atlántico. [N. del T.]

[13] Lur (plural lurs) antiguo instrumento de viento típico de Escandinavia y el norte de Alemania. [N. del T.]

[14] Basil reproduce aquí un pasaje del *Muspilli*, uno de los fragmentos de poesía épica del alto alemán antiguo que han sobrevivido hasta nuestros días. Aunque no está claro el significado del título, se supone que se refiere a un tipo de cataclismo causado por el fuego y que acaba con el mundo. El significado, traducido ahora de la versión en alemán moderno, es: «Y en cuanto el alma se pone en camino / y deja detrás el envoltorio del

amor / llega un ejército desde los astros del cielo / […] y se la lleva a su reino celestial: / donde hay vida sin muerte / luz sin tinieblas / morada sin pesar». [N. del T.]

15 Basil hace alusión al célebre pasaje del *Götz von Berlichingen*, de Goethe, en el que el protagonista usa la expresión vulgar *Leck mich am Arsch* al referirse a otro personaje: *«Er aber, sag's ihm, er kann mich im Arsche lecken!»* (¡Pero él –y puedes decírselo– tendrá que besarme el culo!). En la actualidad, habría varias formas para traducir la expresión: «Vete a la mierda», «Que te den», «Me cago en…». [N. del T.]

16 Es frecuente el uso que hace el autor, en esta ucronía, de eufemismos tomados de expresiones coloquiales austríacas extrapoladas a la ficticia lengua alemana normativa del nazismo triunfante. *Küß die Hand*! (¡Beso su mano!) es una expresión galante de la antigua Austria habsbúrgica que aquí Basil mezcla con otra frase hecha, *etwas mit Kusshand nehmen*, en expresión eufemística de «esclavizar», de ser obligado a «morder el polvo», a la vez que insinúa la aceptación con agrado de ese estado de esclavitud y servidumbre. [N. del T.]

17 Abreviatura de *Deutsch-Österreichische Tageszeitung*, un diario vienés de marcado carácter antisemita y nacionalista. [N. del T.]

18 Alusión a Horst Wessel, uno de los mártires del nazismo en el período anterior a la toma de poder. [N. del T.]

19 Un verso del himno compuesto por Lutero, *Castillo fuerte es nuestro Dios… [Eine feste Burg ist unser Gott]*. El verso, en el original, dice: *«Und wenn die Welt voll Teufel wär…»*. [N. del T.]

20 *Tanngrisnir* es, según la mitología nórdica, uno de los machos cabríos que conducen el carro volador del dios Thor. En combinación con motora, lo he empleado aquí como sinónimo de coche en esta jerigonza ficticia llamada «alemán matricial». [N. del T.]

21 *Galm* es sonido de instrumentos de viento, también ruido, en el alto alemán medio, en este caso parece referirse a la música. [N. del T.]

22 Como seguramente recordará el lector, Schicklgruber es el apellido de nacimiento de Alois Hitler, funcionario de Aduanas del Imperio Austrohúngaro y padre del dictador nazi. [N. del T.]

23 «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; / ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?» (Salmo 42, 2). [N. del T.]

24 «Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, / mientras me dicen todos los días: "¿Dónde está tu Dios?"» (Salmo 42, 3). [N. del T.]

[25] «Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa; / líbrame de gente impía, y del hombre engañoso e inicuo» (Salmo 43, 1). [N. del T.]

[26] «Ya que tú eres el Dios de mi fortaleza, ¿por qué me has desechado? / ¿Por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo?» (Salmo 43, 2). [N. del T.]

[27] «Entraré al altar de Dios, / al Dios de mi alegría y de mi gozo» (Salmo 43, 4). El traductor desea agradecer la invaluable ayuda de la colega Monika Zgustova en la localización de estos pasajes bíblicos. [N. del T.]

[28] Basil emplea aquí el neologismo *Systemlinge*, en cuya sonoridad se escucha el eco tanto de *System* [sistema] como de *Schädlinge* [parásito]. En la retórica propagandística de los nazis, el sistema republicano parlamentario conocido como República de Weimar era, simplemente, el Sistema, y contra ese sistema arremetía Hitler desde las propias páginas de su «programa político», *Mein Kampf*. [N. del T.]

[29] En la mitología germánica, *Waberlohe* es una impenetrable pared de fuego en forma circular. [N. del T.]

[30] Las *Napola* (siglas de *Nationalpolitische Erziehungsanstalt)* eran internados de educación secundaria dedicados a la capacitación político nacionalista de la población alemana. [N. del T.]

[31] «Higiene femenina. Introduzca su compresa en esta bolsa. No tire nada por el inodoro. Gracias». [N. del T.]

[32] El Bundschuh (calzado atado) fue un movimiento conspirativo de los campesinos que tuvo lugar en varias regiones de Alemania entre finales del siglo XV y principios del XVI. Su nombre remite al símbolo del movimiento, un tipo de zapato muy típico de los campesinos de la época, que se ataba alrededor de la pantorrilla. [N. del T.]

[33] En realidad, Basil juega aquí con las tan frecuentes resemantizaciones de los hechos históricos, pues se trata de una frase de Lutero en su panfleto *Contra el populacho criminal y ladrón de los siervos*, en la que el Reformador arremete precisamente contra el campesinado. [N. del T.]

[34] *Landgraf, werde hart!* Según la leyenda de Johannes Rothe, el *landgrave* Luis de Turingia (1140-1172) gobernaba sus territorios con tan poca firmeza que los señores feudales se daban el lujo de cometer todo tipo de tropelías contra sus súbditos. Durante una partida de caza, el *landgrave* halló alojamiento en la casa de un herrero que, sin reconocerlo, se puso a maldecir la falta de carácter de su señor mientras golpeaba su yunque con el martillo: «¡Y ahora, *landgrave*, endurécete!» La frase cobra carácter

proverbial a partir de un poema de Wilhelm Gerhard (1780-1858), «Der Edelacker». [N. del T.]

35 Johann Andreas Eisenbarth (1663-1727) fue un controvertido médico alemán de la época del Barroco, que supo ganarse la confianza del mismísimo «rey soldado» y consiguió forjar un imperio de medicamentos y remedios que circulaban por todos los principados y regiones de Alemania. Existe hasta una canción de borrachos dedicada a su dudosa figura. [N. del T.]

36 *Hitlerwetter* era una expresión habitual en el Tercer Reich para designar el buen tiempo, los cielos despejados y días de sol, o, en general, cualquier giro favorable del clima con vistas a determinados propósitos. [N. del T.]

37 Nombre que sugiere «buitre que come heces». [N. del T.]

38 Nombre que sugiere «lloriqueo ario», como bien conviene a la caracterización de este personaje ficticio, un alemán aristócrata que preside un Fascio berlinés, caracterización basada en el cliché esencialista que tenían los militares alemanes sobre los italianos, gente supuestamente blandengue y demasiado emotiva. [N. del T.]

39 Dominio del amo blanco. [N. del T.]

40 Por exagerada y ficticia que parezca esta escena, cabe recordar aquí que en ese mismo lugar descrito por Basil con la pompa ridícula de toda ceremonia en las dictaduras, el régimen de la RDA erigió entre 1976 y 1987 el *Bauernkriegspanorama* [Panorama de la Guerras de los Campesinos], un museo dedicado a conmemorar la revolución campesina liderada por el radical reformador Thomas Müntzer. Un horrendo cilindro de piezas prefabricadas de hormigón, con 44 metros de diámetro, se erige hoy en ese sitio, como escalofriante recordatorio de la megalomanía característica de cualquier régimen totalitario. [N. del T.]

41 Referencia al llamado «incidente de Gliwice» (Gleiwitz en alemán), una operación de bandera falsa orquestado por las SS el día previo al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. [N. del T.]

42 En la mitología nórdica, el Bifröst (también Bilröst) es un puente de arcoíris ardiente que une Midgard (el mundo de los hombres) y Asgard (el reino de los dioses). [N. del T.]

43 El *Gurgelbiß* era una técnica de combate de los antiguos germanos, usada en casos de necesidad extrema, ante la invulnerabilidad de algunos oponentes a las espadas o demás armas empleadas en la lucha cuerpo a cuerpo. [N. del T.]

44 En la mitología nórdica, el Ragnarök es la batalla del fin del mundo librada por los æsir

que lidera Odín. [N. del T.]

[45] Aunque ahora prácticamente olvidado en el ámbito de habla castellana, Karl May llegó a ser, con sus novelas de aventuras, uno de los autores alemanes más populares de Europa. Su serie del Oeste americano, con sus personajes Old Shatterhand y su amigo el indio Winnetou constituyen no sólo una referencia obligada en toda la literatura alemana del siglo XX, sino también una de las primeras grandes operaciones de *marketing* en la historia de la cultura popular europea (con sus álbumes de postales para jóvenes coleccionistas, sus concursos de *trivia* y más tarde sus versiones cinematográficas, etc.). Basil emplea aquí las referencias en un satírico juego intertextual que se inspira en el ya naciente fenómeno del *spaghetti western*. Los fusiles mencionados, empleados en esta Operación Winnetou, forman parte de ese acervo de conocimientos triviales que todo adolescente alemán conocía. Entre 1927 y 1929 la editorial de Gustavo Gili, que había comprado los derechos de las obras de Karl May desde 1915, publicó la serie del oeste de este autor. [N. del T.]

[46] Justo en el momento en el que escribo este prólogo (enero de 2018), los mandatarios de los Estados Unidos y Corea del Norte protagonizan un infantilizado y peligrosísimo intercambio de reproches y amenazas en relación con la capacidad destructiva de sus respectivos arsenales nucleares. [N. del T.]

[47] Rosenfeld, Gavriel D., *The World Hitler Never Made: Alternate History and the Memory of Nazism*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 2005, pág. 164.

OTTO BASIL

Si el Führer lo supiera

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

narrativasextopiso